BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 108

JENOFONTE

CIROPEDIA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANA VEGAS SANSALVADOR



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por EMILIO CRESPO GÜEMES.

Depósito Legal: M. 37479-1987.

ISBN 84-249-1256-X.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1987. — 6096.

INTRODUCCIÓN

I. PRIMERA APROXIMACIÓN A LA OBRA

Es evidente que el título, *Ciropedia* o *Educación de Ciro* [1], se ciñe solamente al libro I, ya que el resto de los libros tienen por objetivo presentar el ideal de caballero y soberano a partir de la figura ejemplar de Ciro. No obstante, Jenofonte, en el Proemio (I, 1, 6), establece tres aspectos fundamentales de su investigación sobre gobernante tan excepcional: linaje, cualidades naturales y educación. El autor se compromete a representar, en primer lugar, el devenir de su héroe (libro I); en segundo lugar, su modo de actuar, entendido como producto de ese devenir (libros II-VIII), poniendo de manifiesto que la personalidad del héroe no es más que el resultado del germen de su juventud. El título adquiere, por tanto, su total significado referido al conjunto de la obra [2], que constituye

[1] Éste es el título tradicional a partir de AULO GELIO, *Noches áticas* XIV 3. El hecho de que el título no abarque el contenido general de la obra se da también en la *Anábasis*, donde sólo los seis primeros capítulos relatan la anábasis propiamente dicha.

[2] Cf. E. SCHMALZRIEDT, *Kindlers Literaturlexicon*, VI, supl., cols. 5442-5443.

una asistemática *Summa* de las ideas de su autor sobre educación, caza, equitación, política, moral y arte militar, que el propio Jenofonte había plasmado o iba a expresar más sistemáticamente en tratados especializados.

El libro I comienza con un capítulo cargado de consideraciones filosófico-políticas, el Proemio, donde el autor reflexiona sobre las muchas dificultades que implica gobernar y concluye que tal tarea, aunque ardua, no es imposible, ya que existió un hombre que fue capaz de hacerse respetar y amar por los súbditos de su vasto imperio: el persa Ciro. — En I 2 se pasa a referir los orígenes de Ciro: sus padres, sus cualidades innatas y la educación que siguió, aspecto éste que Jenofonte describe en detalle aludiendo al sistema perfectamente organizado que, según él, imperaba en Persia y que se basaba en una división en clases por edades, cada una con sus respectivas obligaciones. — En I 3 y 4 se narra de un modo anovelado la estancia del niño Ciro en la corte de su abuelo, el rey medo Astiages; sus ingeniosas ocurrencias, el cariño por su abuelo y por sus amigos, su paso a la adolescencia acompañado de dos experiencias que intencionadamente aparecen yuxtapuestas: su primera asistencia a una cacería y su primera participación en una empresa guerrera con una brillantez extraordinaria [3], y, finalmente, su partida de Media rodeado del cariño de todos. — A su vuelta a Persia (I 5), Ciro prosigue su formación cívica y moral, distinguiéndose de los demás jóvenes por su celo en el cumplimiento de sus deberes. Pasado algún tiempo, el joven príncipe debe salir al frente de un ejército de persas en auxilio de los medos que, una vez muerto Astiages y entronizado su hijo Ciaxares, son amenazados por el Asirio y sus aliados. En el camino hasta la frontera con Media, que abarca I 6 en su totalidad, el padre de Ciro, Cambises, expone a su hijo con todo detalle las cualidades que deben adornar a un buen jefe militar y los conocimientos indispensables para obtener el celo y la obediencia voluntaria de sus hombres, prestando especial atención al cuidado de su higiene, salud y condición física, pero, sobre todo, de su espíritu. Especial interés tienen los consejos para conseguir la superioridad sobre el enemigo, siendo lícito tenderle emboscadas y engañarlo por medio de todo tipo de trucos [4].

[3] Jenofonte considera que la caza es una magnífica preparación para la guerra. Por otra parte, tampoco es ajeno a la intención del autor el hecho de que el adversario sea el hijo del rey asirio, anticipando la campaña contra Asiria que Ciro emprenderá ya adulto, cf. III 3, 9-VII 5, 36.

Los libros II y III, hasta III 3, 9, forman una unidad que comprende los preparativos previos a la contienda y las campañas de Armenia y Caldea. Ciro se manifiesta ya con todo el carácter de un jefe: resolviendo el problema de la falta de contingentes por medio del equipamiento de los soldados ordinarios con el mismo armamento que los de élite, estableciendo el modo de vida en las tiendas, organizando concursos y otorgando recompensas para fomentar la emulación (II 1 y 3). No faltan las anécdotas, generalmente graciosas, de la vida cotidiana en el ejército (II 2), como la del comensal glotón, la compañía con excesivo celo o el feo amante de Sambaulas. A continuación se narra la campaña de Armenia y su sometimiento (II 4-III 1), que tiene su punto culminante en el dramático diálogo entre el hijo del Armenio, Tigranes, quien intenta justificar y salvar a su padre, y Ciro, que se muestra muy generoso con los vencidos. La expedición de Caldea (III 2) concluye con la paz propiciada por el arbitraje de Ciro entre armenios y caldeos.

La narración de la campaña de Asiria es mucho más extensa (III 3, 9-VII 5, 36), ya que ocupa la mayor parte de la obra. Comienza con los *prolegómena:* los preparativos, el discurso exhortativo, la discusión entre Ciro y Ciaxares sobre la táctica que hay que seguir (III 3, 9-55); prosigue con la marcha contra el enemigo y la primera batalla, que otorga la victoria a los persas (III 3, 56-IV 1, 18). Ante las reticencias de su tío, Ciro se ve obligado a emprender la persecución del enemigo sólo con sus

[4] Este capítulo presenta muchas semejanzas con el *A Nicocles* de Isócrates.

hombres y algunos voluntarios medos (IV 1, 19-24). Acto seguido, los hircanios, aliados de los asirios, se pasan al bando de Ciro y con él consiguen la derrota total de aquéllos (IV 2). El proyecto y consecución de una caballería persa por parte de Ciro, que encuentra su ejército minimizado frente a los medos de Ciaxares provistos de ella, ocupan tres capítulos (IV 3-5), en los que también se aprovecha para contrastar las figuras de Ciaxares, incapaz y celoso del éxito de su sobrino, y Ciro, emprendedor y triunfante. — La acogida de dos desertores del Asirio, el anciano Gobrias (IV 6) y Gadatas, el príncipe castrado por el Asirio (V 3, 8), y el comienzo del relato de la bella princesa cautiva siempre fiel a su esposo, Pantea, que despierta una fogosa pasión en su vigilante, Araspas, ocupan el final del libro IV y la mitad del V, que continúa con enfrentamientos armados de menor importancia de Ciro y sus aliados contra el Asirio y los suyos (V 4), y el encuentro entre Ciaxares, más envidioso que nunca, y Ciro, quien acaba convenciéndolo de que deponga sus infundados recelos (V 5). — Los libros VI y VII, hasta VII 1, 2, refieren los preparativos para la batalla de Sardes: la discusión sobre la conveniencia de proseguir la lucha enfrentando de nuevo a Ciaxares, en contra, y Ciro, a favor (VI 1, 1-11), los planes para pasar el invierno (VI 1, 12-25), la mejora de la caballería y de los carros (VI 1, 25-30), la fabricación de torres móviles (VI 1, 52-55), los entrenamientos para la lucha (VI 2, 4-8), la organización para la batalla inminente (VI 2, 23-41), el orden de marcha (VI 3, 1-4) y las últimas exhortaciones e instrucciones de Ciro (VI 4, 12-VII 1, 22). A lo largo de esta extensa narración, de corte técnico-militar, reaparece esporádicamente la historia de la pasión de Araspas por Pantea, hecho que Ciro aprovecha para enviar a aquél como espía para averiguar la formación de los asirios y sus aliados, haciendo creer a todos que lo destierra en castigo por su vulgar comportamiento con la cautiva (VI 1, 31-44 y 3, 14-20). El romántico relato se ve enriquecido por el paso del esposo de Pantea, Abradatas, a las filas de Ciro (VI 1, 46-51) y culmina con la emotiva despedida de los esposos antes de que él salga a la lucha (VI 4, 2-11). — Desde VII 1, 24 a VII 5 los acontecimientos se suceden con rapidez: relato de la batalla de Sardes (VII 1, 23-35), muerte de Abradatas a manos de los egipcios (VII 1, 29-32), victoria de Ciro y conquista de la ciudad (VII 1, 36-2, 14), encuentro de Ciro con el rey de Lidia, Creso (VII 2, 15-29), y suicidio de Pantea (VII 3, 4-16). — A partir de VII 4 hasta VII 5, 36 se narra la marcha hacia Babilonia dejando sometidos los pueblos que atraviesan: Caria, las dos Frigias, Capadocia y Arabia (VII 4). Se describen con todo detalle los planes para la conquista de la ciudad, el desvío del cauce del río Eufrates, que atravesaba Babilonia, para hacerlo practicable a los hombres (VII 5, 9-25) y la toma de la ciudad (VII 5, 26-36).

A continuación, se presenta a Ciro ya como soberano: asentado en Babilonia (VII 5, 37-69), granjeándose el favor de sus súbditos y tomando medidas para mantener la unidad del Imperio sobre la base de la práctica de la virtud (VII 5, 70-86). El libro VIII comienza con la organización de la corte (VIII 1, 1-8), prosigue con la organización del imperio (VIII 1, 9-2, 28) controlada por un monarca absoluto, Ciro, por medio de una extensa red de funcionarios y espías —los «oídos» y los «ojos» del Rey—, pero siempre resaltando que tal absolutismo era querido por sus súbditos, entre los que gozaba de la máxima popularidad. El relato del desfile real con toda su magnificencia completa la imagen de un Ciro en el culmen de su gloria (VIII 3, 1-34), lo que no impedía que conversara con un hombre del pueblo como Feraulas (VIII 3, 35-50), o se reuniera con sus amigos, a quienes colmaba de regalos y honores (VIII 4). Tras un capítulo que refiere sus viajes a Persia y Media con el fin de formalizar su enlace matrimonial con la hija de Ciaxares (VIII 5), en VIII 6 se vuelve a tratar el tema de la organización del imperio; Ciro establece una institución sin precedentes, la satrapía, para controlar las diversas provincias, así como un sistema racionalizado del correo.

El VIII 7 presenta a un Ciro ya anciano, próximo a morir en su cama de muerte natural, y rodeado de sus hijos, a quienes

advierte sobre los peligros de la división; establece su sucesión, da sus últimos consejos y muere.

La obra concluye con el Epílogo (VIII 8), en que se describe la decadencia del imperio después de la muerte de Ciro, atribuyéndola a la pérdida de los valores morales que lo hicieron posible y contrastando la gloria pasada con la ruina actual [5].

2A. CRONOLOGÍA

La coherencia que la *Ciropedia* presenta, tanto en el aspecto formal como en el de contenido —con la posible excepción del Epílogo, VIII 8, en donde se aprecia un cierto cambio de actitud del autor respecto a Persia—, hace inviable o, cuando menos, dificultoso todo intento de establecer una datación de cada libro por separado.

El comienzo de la redacción de la *Ciropedia* está, muy probablemente, relacionado con la vuelta del rey Agesilao a Asia (365), hecho que atrajo de nuevo la atención de Jenofonte hacia Persia. En cuanto a la fecha de su terminación, aunque se admita que la redacción se escalonó en varios años, sigue siendo objeto de controversia. Las fechas propuestas, basadas en gran medida en la consideración del Epílogo como auténtico o espurio y unido o no al conjunto, oscilan entre los años 380 y poco después de 360 [6].

[5] Este capítulo será visto en detalle más adelante, debido a la polémica que su autenticidad y cronología presentan.

[6] Partidario de una fecha temprana es, por ejemplo, W. GEMOLL (recensión de TH. MARSCHALL, «Untersuchungen zur Chronologie des Werkes Xenophons», *Philol. Wochens.* [1929], 277), que considera la *Ciropedia* inmediatamente posterior a la *Anábasis*, es decir, de después del 379, admitiendo que esta última se remonta a antes del 380. La datación media, antes del 367, es propuesta por W. SCHMID, *Geschichte der griechische Literatur,* I[6], pág. 518. Sostienen una fecha tardía, alrededor del 362, ST. WITKOWSKI, *Historiografya Grecka,* vol. II, Cracovia, 1926, página 169, siguiendo a W. SCHWARTZ, *Fünf Vorträge über den griechischen Roman,* Berlín, 1896; P. CARLIER, «L'idée de monarchie impériale dans la *Cyropédie* de Xénophon», *Ktêma* 3 (1978), 137 n. 13; R. NICKEL, *Xenophon,* Darmstadt, 1979, pág. 57, y E. DELEBECQUE, *Essai sur la vie de Xénophon,* París, 1957, pág. 407, quien sitúa el *terminus ante quem* en 358, como veremos. Por su parte, W. SCHARR, *Xenophons Staats und Gesellschaftsideal und seine Zeit,* Halle, 1919, presenta una cronología que oscila entre el 369 y 362.

Un análisis interno de la obra puede situarla de un modo aproximado. Por ejemplo, las alusiones indirectas al sistema espartano y a sus instituciones, cuando Jenofonte presenta el régimen socio-político de los homótimos persas [7], la aproximarían a los años de su estancia en Escilunte (387-371); sin embargo, los sentimientos de Jenofonte no se muestran tan apasionados respecto a Esparta como en la época de la redacción de *La República de los lacedemonios* (*ca.* 387).

E. Delebecque [8] propone un método que procura una mayor exactitud cronológica partiendo de los pasajes en que el autor acude a la expresión «todavía en la actualidad», *éti kaì nŷn,* con la variante *kaì nŷn éti,* para indicar similitudes y contrastes entre el momento en que vivió Ciro y el contemporáneo del autor. En favor de la autenticidad de tales pasajes, considerados espurios por algunos editores (los mismos que juzgan apócrifo el Epílogo), hay que recordar que expresiones semejantes aparecen en otras obras del mismo autor [9].

[7] I 2, 2-16, II 1, 25-29.

[8] *Essai sur la vie...*, págs. 395 y sigs.

[9] *Agesilao* I 2, X 3; *La República de los lacedemonios* X 8, XII 3, XIV 1, y XV *passim; Cinegético* I 10 y 17, XII 18; *Anábasis* III 2, 12;

La argumentación de Delebecque se apoya en determinados contextos que presentan la fórmula en cuestión:

a) Referencias a la corte del Rey, a la que Jenofonte nunca fue invitado [10]. Una información tan detallada del protocolo real persa puede proceder de uno de los delegados atenienses enviados a la Conferencia de Susa (367), probablemente León, que estuvo de vuelta en Atenas después de 366. Si la hipótesis es cierta, realmente el autor manejaba datos de última hora cuando emplea la fórmula «todavía en la actualidad».

b) Alusiones a los reyes sucesores de Ciro [11] e, incluso, al «rey actual» [12]. En el primer caso, no parece referirse a los ocho reyes que ocuparon el trono después de Ciro el Viejo, ya que sólo pudo estar bien informado de los últimos: Darío II (424-404) y Artajerjes II (404-358). En cuanto a Artajerjes III (358-336), si se admite el año 354 como fecha de la muerte del autor, es muy improbable que llegara éste a tener noticias de su gobierno. Así pues, el «rey actual» no puede ser otro que el tan odiado Artajerjes II, contra quien, como sabemos por la *Anábasis*, Jenofonte apoyó a su hermano, Ciro el Joven, y, por otro lado, la fecha del comienzo del reinado de Artajerjes III, 358, puede tomarse como *terminus ante quem* de la *Ciropedia*.

c) La mención a los carros troyanos [13], utilizados «todavía en la actualidad» por los cireneos, y que fueron sustituidos

Helénicas II 4, 43, VI 4, 30; *Ingresos* IV 13. Sólo la variante *mékhri toû nŷn* (VII 3, 15) no tiene paralelismo en ninguna otra obra de Jenofonte.

[10] Por ejemplo: los invitado a la mesa real gozan de buena reputación (VIII 2, 4), los cortesanos mantienen su mano bajo la túnica en presencia del Rey (VIII 3, 10), los parientes del Rey llevan una diadema (VIII 3, 13), el cortejo real conserva la estructura establecida por Ciro (VIII 3, 34).

[11] VIII 1, 7 y 24, y 2, 7.

[12] VIII 1, 20.

[13] VI 1, 27.

por Ciro con un nuevo y original sistema de carros, podría responder a fuentes literarias [14]. Sin embargo, el conocimiento tan pormenorizado que presenta Jenofonte al respecto más bien debería relacionarse con la campaña egipcia (361-360) del rey espartano Agesilao, quien, antes de morir en las proximidades de Cirene [15], debió de admirarse ante el tipo de carruajes empleado por los cireneos. Esta hipótesis señala el año de la muerte del espartano, 360, como *terminus post quem* de la obra.

d) Por último, Delebecque resalta la atención prestada al papel jugado por los egipcios, especialmente a partir del libro VI, cuando Jenofonte se refiere a su armamento, a su formación dentro del ejército enemigo o a su valiente actuación en la batalla de los alrededores de Sardes [16], que les valió, después de la derrota, la alianza de Ciro y la donación de las ciudades que sus descendientes «todavía en la actualidad» habitan [17].

Tal interés del autor por los egipcios, que fueron sus adversarios en Cunaxa, parece responder a su deseo de exaltar la campaña egipcia de Agesilao [18], a la que acabamos de aludir, y fija, como en la hipótesis anterior, la fecha de la muerte de Agesilao (360) como *terminus post quem*, al menos para el libro VI.

[14] Píndaro, *Pítica* IV 7; Sófocles, *Electra* 702.

[15] Plutarco, *Agesilao* 67. Diodoro, XV 93, localiza su muerte en la propia Cirene.

[16] VI 2, 10, y 3, 19-20; VII 1, 29-45, respectivamente.

[17] No es de extrañar que nuestro autor tuviera interés en recoger el máximo de noticias acerca de la última expedición militar de su admirado amigo Agesilao, a quien, en 355, dedicó un escrito histórico-encomiástico.

[18] Agesilao se alió con el rey egipcio Taco, contra el persa Artajerjes II, pero, al no obtener el mando supremo de las tropas, traicionó a Taco uniéndose a la rebelión promovida por el hijo de éste, Nectanebo, que puso en pie a todo Egipto contra su padre, cf. Jenof., *Ages.* II 31; Plut., *Ages.* 62-67; Diod., XV 92-93.

2B. EL PROBLEMA DEL «EPÍLOGO»

El último capítulo del libro VIII ha sido objeto de controversia por sus contradicciones con el conjunto de la *Ciropedia.* Mientras unos editores lo consideran sospechoso y otros apócrifo, para otros su autenticidad queda fuera de toda duda [19]. Si bien es cierto que el Epílogo presenta algunos rasgos disonantes con el resto de la obra, no hay que olvidar que también *La República de los lacedemonios* tiene un último capítulo que, aparentemente, contradice los anteriores. Convenimos con Jaeger en que es altamente improbable que en ambas obras hubiera sido introducida la misma modificación *a posteriori* por otro autor [20].

[19] Considerado como sospechoso por A. HUG (ed.), Leipzig, 1905, y P. CHAMBRY (trad.), París, 1932, entre otros; como apócrifo, por W. DINDORF (ed.), Leipzig, 1875; M. HÉMARDINQUER, *La Cyropédie. Essai sur les idées morales et politiques de Xénophon,* París, 1872; H. A. HOLDEN, *The Cyropaedia of Xenophon,* Cambridge, 1903; W. GEMOLL (ed.), Leipzig, 1912, y M. BIZOS, *Xénophon. La Cyropédie,* París, 1972², Introducción. En cambio, lo juzgan auténtico C. G. COBET, «Xenophontea. I: De Xenophontis *Cyropadiae* Epílogo», *Mnemosyne.,* N. S., 3 (1875), 66-72; G. EICHLER, *De Cyropaediae capite extremo,* Leipzig, 1880; E. C. MARCHANT (ed.), *Xenophontis Opera Omnia,* 3 vols., Oxford, 1910; L. CASTIGLIONI, «Studi Senofontei, V: *La Ciropedia*», *Rendiconti della Reale Academia Nazionale dei Lincei,* Serie V, vol. XXI (1922), 34-56; J. LUCCIONI, *Les idées politiques et sociales de Xénophon,* París, 1948; H. R. BREITENBACH, en *RE,* IX A 2 (1966) col. 1741; DELEBECQUE, *Essai sur la vie...* (trad. esp.), págs. 384-410; A. LESKY, *Historia de la Literatura Griega* (trad. esp.), Madrid, 1968, pág. 651.

[20] *Paideia,* México, 1962² (en un solo volumen), pág. 963, n. 56: en ambos epílogos, «Jenofonte acusa a los espartanos y a los persas de su tiempo, respectivamente, de haber abandonado su propio ideal».

La cuestión se plantea en torno a la causa de esas contradicciones. Si se entienden como elementos compensatorios del excesivo elogio a los persas patente en otros capítulos, con el fin de no herir la susceptibilidad de los griegos, es preciso recordar que las alabanzas a pueblos extranjeros no extrañaban ya al pueblo griego desde hacía tiempo. Si se consideran como una instigación a la conquista del Imperio Persa, hay que tener presente que no se encuentra en toda la obra una insinuación al respecto, a diferencia de las claras incitaciones del casi contemporáneo *Panegírico* isocrático. Delebecque [21] explica la supuesta incoherencia entre pasajes del Epílogo y otros capítulos —tales como el que alude al «actual» abandono de la práctica de la caza entre los persas, habiendo constatado anteriormente que las cacerías del Rey se siguen celebrando «todavía en la actualidad» [22], o el que se refiere al «actual» desprecio por la equitación, habiendo dicho antes que los persas suelen ir a caballo «todavía en la actualidad» [23]—, sobre la base de que se trata de contradicciones sólo aparentes, ya que responden a un interés del autor por contrastar el pasado esplendoroso y la decadencia actual, y entiende que los «en la actualidad» del Epílogo proceden de una época en la que Jenofonte había cambiado de opinión respecto al mundo persa, a diferencia de los «en la actualidad» anteriores, producto de un momento en que el autor admiraba las costumbres y prácticas inauguradas por Ciro el Viejo. Esta especie de rectificación sería debida, por una parte, al deseo de Jenofonte de manifestar

[21] *Essai sur la vie...,* págs. 405-407.

[22] VIII 8, 12, y 1, 34-36.

[23] VIII 8, 13; IV 3, 23.

su odio por la persona de Artajerjes II [24], quien, a su parecer, encarnaba la decadencia del Imperio; de ahí la detallada descripción de la corte de Artajerjes, en la que reinaba la impiedad y la deslealtad [25], aludiendo muy probablemente a la revuelta de las provincias occidentales del Imperio (362/61). Por otra parte, el autor pretende presentar a los atenienses, a modo de advertencia, el ejemplo de la decadencia de un país próximo, que, como Atenas, había gozado de gran esplendor mientras respetaba una serie de principios morales tradicionales, a cuyo abandono siguió la disolución política.

Delebecque, tras reconocer el sello del estilo de Jenofonte, tanto en el aspecto interno —vocabulario, uso de partículas— como en el externo —referencia a la traición de Tisafernes [26], a la *Anábasis* [27] o a determinados rasgos morales inconfundiblemente suyos [28]—, defiende la autenticidad del Epílogo como parte integrante de la *Ciropedia* y producto del desarrollo normal de la obra.

En cuanto a su datación, si se toman como *terminus post quem* los años 362/361, fecha de la revuelta de las provincias occidentales a la que alude indirectamente, puede verse que prácticamente coinciden con la fecha establecida *supra* para el resto de la obra (361/360, años de la campaña de Agesilao en Egipto). Por ello, sería improcedente suponer un intervalo de tiempo entre el Epílogo y los capítulos anteriores. Resumiendo, puede decirse que Jenofonte comenzó la *Ciropedia* poco después de la vuelta

[24] Llega a mencionar su nombre en VIII 8, 12.

[25] VIII 8, 4.

[26] VIII 8, 2.

[27] VIII 8, 3.

[28] VIII 8, 9; 10; 11.

de Agesilao a Asia (365), incitado por este suceso que obligaba a dirigir la atención, una vez más, hacia Persia; se encontraba en el libro VI hacia el año 361, ya que a partir de él se encuentran resonancias de la revuelta de las provincias orientales y de la campaña egipcia de Agesilao, y terminó la obra antes de 358, año del advenimiento de Artajerjes III, a quien Jenofonte no tuvo apenas tiempo de conocer.

3. MODELOS Y FUENTES

La combinación que hace Jenofonte de material histórico y pseudohistórico complica el análisis de las fuentes, ya que la delimitación entre ambos no es clara. Esta dificultad se incrementa por la presencia de elementos no literarios.

3.1. EL ELEMENTO PERSA.

En primer lugar, la acción se desarrolla en Persia. La elección de ese escenario no es accidental. Jenofonte estaba muy sensibilizado con los problemas de la zona, como demuestra que se enrolara en el ejército que apoyaba a Ciro el Joven contra su hermano Artajerjes; tal interés responde a la corriente filoexótica que aparece en Grecia como efecto de la crisis moral subsiguiente a las Guerras Médicas [29]. De cualquier modo, es evidente que la *Ciropedia*

[29] O. REVERDIN, «Crise spirituelle et evasión, Grecs et Barbares», *Entretiens Hardt* 8 (1962), 83-120, cree que ni el entusiasmo de Jenofonte por Persia ni el interés de geógrafos e historiadores por el mundo oriental implican que los griegos hayan perdido su conciencia de superioridad frente

contiene muchos elementos persas auténticos, procedentes, unos, de sus recuerdos y, otros, de sus lecturas, particularmente Heródoto.

Sobre la base de un análisis comparativo de la técnica narrativa, A. Christensen [30] ha resaltado el influjo de la épica irania en la *Ciropedia,* y concluye que la repetición de situaciones a lo largo de la obra —tales como las oraciones dirigidas por Ciro a los dioses [31], o la reserva de una parte del botín para los magos [32]— es rasgo común a la epopeya irania. En su opinión, es en los diálogos donde se manifiesta la impronta del historiador griego, y en las historietas, que a menudo sazonan el relato, donde se deja sentir el estilo de los cuentistas iranios como Firdûsî [33]. Así, el trágico accidente de caza acaecido al príncipe asirio (IV 6, 3-6) recuerda al ocurrido a Ardašâr î Pâbhaghân [34]; el episodio romántico de Araspas, Abradatas y Pantea (V 1; VI 1, 31-49) tiene extraordinarias similitudes con el apasionado amor recogido en el *Šâhnâmâ;* la trenodia

a los demás pueblos, sino que simplemente responden a un deseo de fundamentar tal sentimiento en un análisis racional, cuyo exponente máximo es PLATÓN, *Leyes* 747d-e.

[30] *Les gestes des rois dans les traditions de l'Iran antique,* París, 1936.

[31] I 6, 1; II 1, 1; III 3, 21; VII 1, 1.

[32] IV 5, 14 y 51, y 6, 11; VII 3, 1, y 5, 35.

[33] Poeta épico persa (930-1020 d. C.), también llamado Firdawsî. Se propuso componer una inmensa epopeya legendaria e histórica basada en una colección de leyendas del Irán. Después de treinta y cinco años terminó los 60.000 dísticos de su obra, *Šâhnâmâ, Libro de los Reyes,* en el que, como su título indica, relata las míticas hazañas de los reyes antiguos.

[34] Primer rey persa de la dinastía Sasánida (226-241 d. C.), hijo de Pâbhaga y nieto de Sasán. Se proclamó «rey de reyes» y consiguió que todo Irán reconociese su autoridad. Su leyenda aparece recogida en el *Šâhnâmâ.*

de Pantea a la muerte de su esposo (VII 3, 8-14) recuerda a la de Tahmînagh [35] a la muerte de su hijo. La figura de Ciro como rey modelo y organizador de un imperio se asemeja a la de Ardašâr î Pâbhaghân [36]. Con todo, es en los últimos momentos de Ciro (VIII 7) donde Christensen ve más claro el paralelismo; en efecto, el *Šâhnâmâ* de Firdûsî, que conserva el esquema de las antiguas crónicas iranias, presenta los momentos finales del rey modelo regulando la sucesión, comunicando su testamento político y ordenando sus exequias tal como hace Ciro poco antes de morir.

Si bien el entusiasmo de Christensen lo lleva a caer en exageraciones, hay que reconocer que el elemento persa está presente en la *Ciropedia,* como lo atestiguan los nombres de los personajes y la alusión a las armas, vestimenta y costumbres persas. Sin embargo, estos elementos exóticos parecen, más bien, destinados a crear la ambientación de un relato de corte preeminentemente griego con decorado persa.

3.2. EL ELEMENTO ESPARTANO.

Menos superficial es el elemento espartano. En efecto, el consejo del Rey se ajusta al modelo de la *Gerousía;* la educación de los niños persas está calcada de la de Esparta, y los homótimos que rodean a Ciro no son más que una réplica de los *homoîoi* de *La República de los lacedemonios.*

¿Cuáles son las causas de esta aproximación de Jenofonte a un régimen tan opuesto al de su ciudad, Atenas?

[35] Héroe que aparece también en el *Šâhnâmâ.*

[36] W. KNAUT, *Das altiranische Fürstenideal von Xenophon bis Ferdousi nach den antiken und einheimischem Quellen,* Wiesbaden, 1975.

Por una parte, su experiencia en el ejército de mercenarios griegos que apoyaban a Ciro el Joven le sirvió para ponerse en contacto con soldados espartanos, por medio de los cuales pudo llegar a conocer sus instituciones políticas, que personalmente tuvo ocasión de comprobar, cuando, por su filolaconismo, sufrió el extrañamiento de su patria [37] y fue a vivir a Escilunte, en la Élide, a una finca que le regalaron los propios espartanos [38]. Por otra parte, las tendencias aristocráticas y guerreras que animan la ideología de Jenofonte tienen su realización más próxima en el sistema laconio, cuyo fin era convertir a los ciudadanos en los mejores guerreros por medio de una formación interior del hombre que acompañara al adiestramiento técnico y una firme educación política y moral [39].

3.3. Fuentes griegas.

La mención más antigua de Ciro que se conserva en la literatura griega es de Esquilo, *Persas* 770 ss., pero no puede ser considerada como fuente de la *Ciropedia* en el sentido propio. Es, prácticamente, seguro que la figura del rey persa fue tratada en los *Persiká* de los logógrafos antiguos, como Carón de Lámpsaco, Dionisio de Mileto o Helánico, que pudieron ser consultados por Jenofonte. Más clara parece la relación con una de las obras de Antístenes [40], *Ciro*, de la que sólo se conoce el título, ya que ideas propias de este filósofo cínico —tales como que la felicidad procede de la virtud basada en el conocimiento o la exaltación del «esfuerzo» *(pónos)*— aparecen reflejadas en la *Ciropedia* [41]. Con todo, está fuera de dudas que las fuentes más cercanas para la figura del Ciro de Jenofonte son Ctesias (*Persiká* VII-XI [42]) y Heródoto. Sobre esta base puede ser de utilidad clasificar la *Ciropedia* en bloques narrativos con el fin de ver el reflejo o el contraste —a menudo, Jenofonte se aparta de sus modelos, generalmente tratando de perfeccionar la imagen de Ciro— con las fuentes [43]:

a) *Vida de Ciro hasta la toma de Media.* — Tanto Jenofonte como Heródoto [44] presentan a Ciro procedente de estirpe real, como hijo del rey persa Cambises y Mandane, hija del rey medo Astiages; por el contrario, Ctesias [45] lo hace proceder de un bandolero de la estirpe persa de los mardos y de una pastora de cabras.

La relación de Ciro con Astiages aparece tratada de modo muy diverso por los tres autores. Heródoto [46] con-

[37] Jenofonte pone de manifiesto su admiración por Esparta en *La República de los lacedemonios*, obra de la que es deudora, en gran medida, la *Ciropedia* —cuyos pasajes I 2, 10; II 3, 21; III 3, 40; V 4, 1, y VI 2, 34-37, se inspiran, respectivamente, en *Rep. lac.* IV 7; XI 4; XIII 8; X 13, y 12—, y, posteriormente, en el panegírico a *Agesilao*, dedicado a este rey, que encarna la auténtica virtud espartana.

[38] *Anáb.* V 3, 7.

[39] Jaeger, *Paideia*, pág. 965.

[40] (445-360 a. C.), fundador de la secta de los cínicos; probablemente influyó en Diógenes de Sínope. Fue discípulo, primero, de Gorgias y, después, muy fervientemente, de Sócrates (Jenof., *Banquete* VIII 4; *Memorables* III 2, 17).

[41] O. Gigon, *Sokrates. Sein Bild in Dichtung und Geschichte*, Berna, 1947, pág. 294, considera posible una reconstrucción del *Ciro* de Antístenes sobre la base de la *Ciropedia*.

[42] Ctesias de Cnido, médico de Artajerjes II, fue autor de una fantasiosa historia de Persia, *Persiká*, en veintitrés libros, que sirvió también de fuente a Antístenes.

[43] F. H. Weissbach, en *RE*, Supl. IV, cols. 1128-1166.

[44] *Cirop.* I 2, 1; Heródoto, I 107.

[45] Nicolás de Damasco, *Fr. Gr. Hist.* 90 F 66, 3.

[46] I 107-131.

vierte a Astiages en fallido asesino de su nieto, Ciro, a quien manda matar por temor a perder el trono; gracias a una serie de peripecias realmente novelescas, el niño se salva, vuelve a la corte y acaba siendo reconocido por su abuelo, quien, aun creyendo conjurado el peligro, lo devuelve a sus padres. Posteriormente, Ciro subleva Persia contra Media, de la que era vasalla, captura a Astiages y se hace dueño del país. En el relato de Ctesias [47], Ciro va a la corte de Astiages, que no es su abuelo, y desempeña allí distintos trabajos —portador de antorcha, escanciador, etc.—, hasta que consigue el favor del rey. Ante la sublevación de los cadusios, Astiages lo pone al frente de un ejército para someterlos; pero, en lugar de ello, se les une y, tras convertirse en su jefe, vence a Astiages y ocupa su trono. Tanto la versión de uno como la de otro difieren bastante de la que ofrece Jenofonte, que presenta, primero, a Ciro como nieto modelo y, después, como jefe del ejército persa que sale en ayuda de los medos [48].

b) *Campaña de Lidia.* — Heródoto la presenta desdoblada en dos batallas, la de Pteria, de resultado indeciso, y la de Sardes, que supuso la toma de la ciudad y el apresamiento de Creso [49]. Después de la conquista de Lidia, el general Hárpago, comisionado por Ciro, procede a la campaña contra Jonia, Caria, Licia y otros pueblos de Asia Menor, que consigue someter [50].

Jenofonte presenta novedades frente a los hechos históricos: en primer lugar, combina las campañas de Lidia y

[47] Nic. Dam., *Fr. Gr. Hist.* 90 F 66, 24 y sigs.
[48] I 3-4; I 5, 4.
[49] I 71-92.
[50] I 162-176.

Babilonia, muy probablemente para concentrar la acción y magnificar el éxito de Ciro; en segundo lugar, adorna la batalla de Sardes con sucesos que nada tuvieron de históricos, como la muerte de Abradatas [51], el esposo de la bella Pantea. La toma de la ciudad [52] se narra de manera muy similar a la de Heródoto; en cambio, las campañas de Caria y Asia Menor aparecen, más bien, como una pacificación y son llevadas a cabo, en lugar de por Hárpago, por un desconocido, Adusio [53]. Por último, Jenofonte minimiza, en favor de los griegos, la conquista persa de Jonia [54].

c) *Campaña de Babilonia.* — Tras dedicar un largo excurso a la descripción de las murallas y los monumentos de la ciudad, Heródoto narra los trabajos para la desviación del cauce de dos ríos; primero el Gindes y después el Eufrates [55], y finalmente la caída de Babilonia ante el prolongado asedio de los persas. El historiador subraya que se trata de la primera conquista de la ciudad para distinguirla de la llevada a cabo por Darío.

Por su parte, Jenofonte reduce la desviación del cauce de los dos ríos al de uno, el Eufrates, como siempre *ad maiorem gloriam Cyri,* a quien se atribuye la idea de esta *stratēgēma* [56]. Por lo demás, parece conocer bien el relato de Heródoto, ya que coincide con él en detalles tales como la duración de los trabajos en el río, que, en ambos, es

[51] VII 1, 29-32.
[52] VII 2.
[53] VII 4.
[54] VII 4, 9.
[55] I 189, y I 191, respectivamente.
[56] Cf. Breitenbach, en *RE,* col. 1712.

de un año [57], o la circunstancia de que Babilonia se encontrara en fiestas cuando fue tomada [58].

d) *Extensión del imperio de Ciro.* — Mientras Heródoto presenta a Ciro como rey de los persas por derecho de sucesión, y de los medos, lidios, jonios, carios, licios y asirios por derecho de conquista, Jenofonte, ya en el Proemio [59], hace una extensa relación de los pueblos que le debían obediencia: persas, medos, hircanios, sirios, asirios, árabes, capadocios, frigios, lidios, carios, fenicios, babilonios, bactrios, indios, cilicios, sacas, paflagonios, magadidas, jonios, chipriotas y egipcios. Es evidente que Jenofonte atribuye a Ciro la conquista de territorios sometidos posteriormente.

En el último libro alude, primero, sólo a seis satrapías [60] Arabia, Capadocia, Gran Frigia, Lidia-Jonia, Caria, Eolia-Pequeña Frigia, pero, poco después, hace referencia a la última extensión del imperio, completando así la lista de países sometidos [61].

e) *Matrimonio y muerte de Ciro.* — Según Heródoto [62], Ciro desposó a Casandane, hija de Farnaspes, noble aqueménida. Por su parte, Ctesias lo casa con una tía suya, Amitis, hija de Astiages [63]. Jenofonte presenta una versión distinta convirtiendo en su esposa a la hija de Ciaxa-

[57] Heród., I 189-190; Jenof., *Cirop.* VII 5, 13.
[58] Heród., I 191; Jenof., *Cirop.* VII 5, 15.
[59] I 1, 4.
[60] VIII 6, 7.
[61] VIII 6, 19-21.
[62] II 1, 1.
[63] Focio, *Fr. Gr. Hist.* 688 F 9, 1.

res, seguramente con la intención de fortalecer las relaciones medo-persas [64].

En cuanto a la muerte de Ciro, Heródoto reconoce que había muchas versiones, de las que escogió la más plausible: luchando contra los maságetas y sufriendo en su cadáver el ultraje de ser introducida su cabeza en un odre lleno de sangre humana [65]. No tan truculenta es la versión de Ctesias, que lo hace morir a consecuencia de una herida recibida durante una batalla contra los dérbices, pueblo del Irán oriental [66]. A Jenofonte [67] no le satisface ninguna de las dos versiones de sus predecesores, y prefiere hacerlo morir, ya anciano, en su palacio, dictando sus últimas disposiciones a la manera de los reyes de la tradición irania, como intuyó Christensen (cf. *supra,* 3.1).

Respecto a otros aspectos de la *Ciropedia,* tales como las lecciones de estrategia y táctica [68] por un lado, y las de dietética y medicina [69] por otro, parecen apuntar a que Jenofonte consultara literatura especializada en estos temas [70].

4. TÉCNICA NARRATIVA

Jenofonte, en la *Ciropedia,* como en otras obras, opera con material procedente de otros escritos de su autoría,

[64] VII 5, 28.
[65] I 214.
[66] *Fr. Gr. Hist.* 688 F, 6.
[67] VIII 7.
[68] I 6 13-14.
[69] I 6, 15-18.
[70] Nickel, *Xenophon,* pág. 90.

adaptándolo a su propósito literario, pero delatando en algunos detalles la formulación originaria. Por medio de esas constantes, consigue relacionar, por un lado, los distintos libros entre sí y, por otro, el conjunto de la obra con sus otros escritos. El hecho de que la narración no sea lineal y presente interrupciones o retardación de la acción no implica que los distintos elementos queden descolgados del hilo conductor o que no exista unidad en el conjunto; Jenofonte sabe entrelazar perfectamente los episodios y la acción principal, y tales variantes deben ser entendidas como recursos literarios encaminados a conseguir un *clímax* que incremente el impacto de la personalidad de héroe.

a) *Discursos.* — En total hay cuarenta y tres discursos, la mayoría de los cuales se sitúa en los momentos previos al inicio de la batalla. Su extensión es considerable, pero hay que tener en cuenta, por un lado, la licencia que puede permitirse el autor a la hora de manejar el tiempo a lo largo de la obra y, por otro, su función preparatoria para el lector, manteniéndolo en el máximo suspense para que se acreciente la fuerza narrativa de la escena suprema. También son frecuentes en la *Anábasis,* donde pone de manifiesto una elocuencia sobria, persuasiva y vigorosa; los discursos de la *Ciropedia,* en cambio, tienen un tono más sencillo, casi coloquial, y no son en absoluto pomposos ni excesivamente didácticos. Aunque la mayor parte de las veces son pronunciados por Ciro, en algunas ocasiones aparecen en boca de otros personajes, recurso que Jenofonte emplea para que sus sentimientos e ideas lleguen a todo tipo de gentes.

b) *Diálogos.* — Tratan, en general, los mismos temas que los discursos, pero presentan mayor dinamismo y expresividad, porque su estilo es más vivo, llegando a tomar a menudo la forma de una discusión animada con una carga dramática importante. Si bien el manejo de la dialéctica no adquiere las dimensiones geniales de Platón, la habilidad de Jenofonte en los diálogos es innegable. Baste recordar los mantenidos por: Ciro y Tigranes para decidir sobre la suerte del rey armenio [71]; Ciro y Creso sobre las auténticas riquezas [72]; Ciro y Ciaxares para convencer a éste de que su cólera no tiene justificación [73]; Ciro y Araspas acerca del amor (con claras reminiscencias platónicas [74]); Feraulas y un joven saca sobre la riqueza y la felicidad [75].

c) *Episodios anovelados.* — Es donde Jenofonte despliega mayor ternura. Unas veces son escenas graciosas, incluso cómicas, como la de Ciro niño sentado a la mesa de su abuelo [76], sus celos por el escanciador Sacas [77], su inocente relato sobre la borrachera de su abuelo [78], el ingenio de un enamorado de Ciro para recibir un beso suyo [79]. Después, ya como jefe del ejército, multitud de escenas divertidas en el campamento, como la del jefe que entrenaba con disciplina tan excesiva a sus hombres que, cuando envía a uno de los soldados en busca de una carta, marcha

[71] III 1, 14-30.
[72] VIII 2, 15-23.
[73] V 5, 8-36.
[74] V 1, 9-17.
[75] VIII 3, 35-50.
[76] I 3, 4-7.
[77] I 3, 8-9.
[78] I 3, 10.
[79] I 4, 27-28.

toda la compañía tras él por mantener la formación [80]; o la del soldado ávido de comida, que no llega a probar bocado por su excesiva glotonería [81]; o la del feo compañero del taxiarco Sambaulas [82]. Otras veces, son escenas serias, tristes e, incluso, patéticas, como la del joven príncipe armenio Tigranes que se encuentra ante la humillante rendición de su padre [83], o las tristes historias de los nobles asirios, Gobrias y Gadatas, víctimas de la crueldad de su rey [84]. El relato de Creso [85], rey de Lidia, que había poseído cuantiosas riquezas hasta su derrota ante Ciro, se asemeja mucho al de Heródoto [86] —si bien, en la *Ciropedia,* la clemencia de Ciro aparece desde el principio—; su consulta a los oráculos, especialmente al de Delfos, la referencia a sus dos hijos, uno mudo y el otro muerto en plena juventud, y, finalmente, su conversión en consejero de Ciro son pasajes vibrantes. No obstante, donde la narración adquiere dimensiones trágicas es en la historia de Araspas-Pantea-Abradatas, repartida entre los libros V, VI y VII: la pasión de Araspas por su prisionera, el paso del príncipe Abradatas, esposo de Pantea, al bando de Ciro, la tierna y emocionante despedida de los dos esposos, la muerte de Abradatas en el campo de batalla y, por último, la patética escena del suicidio de Pantea al enterarse de la noticia. El relato es en sí mismo una verdadera novela intercalada entre áridos pasajes de guerra para introducir variedad en la narración.

[80] II 2, 6-9.
[81] II 2, 2-5.
[82] II 2, 28-31.
[83] III 1, 7-43.
[84] IV 6, 1-11; V 2, 28.
[85] VII 2, 15-29.
[86] I 85-92.

5. IDEOLOGÍA

5.1. Influencia e interrelaciones.

a) *Sócrates y la sofística.* — El Ciro reflejado en la *Ciropedia* parece un discípulo de Sócrates. A menudo el lector se siente transportado al ambiente del *Económico* o de las *Memorables,* donde el maestro tiene gran protagonismo. En la *Ciropedia,* especialmente a partir del libro II, cuando los rasgos del rey bárbaro van desapareciendo, hay momentos en que parecería que es Sócrates, en vez de Ciro, quien habla [87]. De origen socrático, aunque frecuentemente a través de Platón, son muchas de las doctrinas reflejadas en la *Ciropedia*: la inmortalidad del alma, la virtud o la relación entre la ignorancia y la injusticia [88]. Pero donde el autor manifiesta mejor la ferviente admiración que sentía por su maestro es en el pasaje en que Ciro pregunta al príncipe armenio Tigranes por el sofista que le educaba, cuyo nombre no menciona; el amor a su recuerdo y el dolor por su injusta pérdida reflejan los sentimientos reales del autor respecto a Sócrates [89].

En cuanto a la influencia de la sofística [90], hay que señalar que no es tan clara como en las *Memorables* o el

[87] Delebecque, *Essai sur la vie...*, pág. 395.
[88] Inmortalidad del alma: VIII 7, 17-22; acerca de la virtud: VII 5, 72-86; relación ignorancia-injusticia: III 1; cf. J. Luccioni, *Xénophon et le Socratisme,* París, 1953.
[89] III 1, 14 y 38-39.
[90] Cf. W. Nestle, «Xenophon und die Sophistik», *Philologus* 94 (1941), 31-50; M. Untersteiner, «Prodico e Xenophonte. *Oec.* VII», en *Studi in onore di L. Castiglioni,* Florencia, 1960, págs. 1059-1070.

Económico, pero se deja sentir en la estructura del discurso y en la referencia a temas tratados por los sofistas; por ejemplo, la alusión a la dificultad que entraña el camino de la virtud, o el interés por la agricultura [91], procedentes ambos temas de Pródico, o el «maestro de jóvenes» que enseña el engaño lícito [92], trazado previamente por Gorgias.

b) *Cinismo.* — Antístenes, fundador de la escuela, ejerce un innegable influjo en Jenofonte, quien le ha levantado un hermoso monumento en el *Banquete* para manifestar el respeto que este pensador le inspiraba. Constantes ideológicas, como la conveniencia de alcanzar la «autosuficiencia» *(autárkeia),* base de toda virtud, la exaltación del «esfuerzo» *(pónos),* o la admiración por la figura de Ciro, son de cuño cínico [93].

c) *Platón.* — Las similitudes entre las ideas del fundador de la Academia y Jenofonte son evidentes, especialmente en lo relativo a la educación, la división del trabajo [94], la inmortalidad del alma [95], o las partes que la constituyen [96]. Ambos autores eran discípulos de Sócrates y sus coincidencias van más allá de las enseñanzas del maestro, aunque existían asimismo notorias diferencias [97]. El contraste entre ambos se manifiesta aún más claramente a la hora de concebir la ciudad ideal. Aulo Gelio [98] recoge la tradición de que Jenofonte escribió su *Ciropedia* como réplica al comienzo de la *República,* entendiendo como tal aproximadamente los dos primeros libros *(duo fere libri);* sin embargo, Aulo Gelio no refiere los nombres de los autores que sostenían esa opinión ni aporta argumentos que la apoyen [99].

La crítica no se pone de acuerdo a la hora de aceptar la hipótesis de la influencia directa de la *República* sobre la *Ciropedia,* pues, mientras unos la consideran solamente posible [100], otros la dan por segura [101]. Con todo, el conocimiento de la *República* por parte de Jenofonte viene avalado por la similitud de conceptos y términos: la creencia de que el alma manifiesta su carácter divino durante el sueño, al liberarse del cuerpo, parece sacada del pasaje de la *República* en que el hombre se abandona al reposo para acudir a la verdad [102]. La idea de que el arrojo del soldado se acrecienta cuando defiende lo que más aprecia [103], la conveniencia de no devastar los campos del vencido [104],

[91] II 2, 24, y III 2, 18-22, respectivamente.

[92] I 6, 31.

[93] W. Nestle, *Historia del espíritu griego* (trad. esp.), Barcelona, 1961, pág. 229, define a Jenofonte como «un socrático con una gota de cínico». Interesante para ver el paralelismo entre la figura de Ciro en Jenofonte y el héroe cínico: R. Höistad, *Cynic Hero and Cynic King,* Upsala, 1948.

[94] *Cirop.* VIII 2, 5; Platón, *Político* 369.

[95] *Cirop.* VIII 7, 17-22; Plat., *Fedón, passim.*

[96] *Cirop.* VI 1, 41; Plat., *Pol.* 439, y *Banqu.* 203d.

[97] Ateneo, *Deipnosophistaí* XI 504-5; Diógenes Laercio, III 34; Amiano Marcelino, *Vida de Tucídides* 27.

[98] *Noches áticas* XIV 3.

[99] A. Diès, Introducción a la *République* de Platón, París, 1932-34, págs. XLI-XLII, interpreta la expresión de Aulo Gelio laxamente y entiende que los dos libros pueden referirse, en sentido amplio, a la parte comprendida entre el comienzo y IV 427d de la *República,* donde la constitución del Estado ideal concluye.

[100] Luccioni, *Les idées politiques...,* págs. 205 y sigs.; Diès, Introducción..., págs. XLII-XLIII.

[101] Delebecque, *Essai sur la vie...,* págs. 389 y sigs.

[102] *Cirop.* VIII 7, 21; *Rep.* 572a-b.

[103] *Cirop.* IV 3, 1-2; *Rep.* 467a.

[104] *Cirop.* V 4, 24-27; *Rep.* 470d-471c.

el símil del pastor-rey [105] o el de la colmena [106] están presentes también en la *República*.

No obstante, las diferencias entre ambas obras son grandes. Mientras Platón ofrece una formación fundamentalmente intelectual al futuro gobernante, Jenofonte se centra en el aspecto práctico [107], quizá porque no posee la capacidad de abstracción de su oponente. En lo que concierne a las mujeres, el planteamiento de ambos autores es radicalmente distinto: Platón las hace partícipes en el trabajo y la guerra, y propone la comunidad de mujeres y de hijos [108], entendiendo como única familia la ciudad; Jenofonte, en cambio, manifiesta un distanciamiento respetuoso hacia la mujer, y ensalza el amor conyugal en el breve relato de Tigranes y su esposa [109] y, sobre todo, en el de Abradatas y Pantea [110]. Ciro jamás se aprovecha de los derechos de conquista sobre las mujeres del vencido [111], y se muestra favorable a la institución del matrimonio al preparar el de sus amigos [112] y casándose el mismo [113]. Respecto a los hijos y al amor filial, Jenofonte, en claro contraste con Platón, demuestra una cierta ternura, que se refleja en pasajes como el de Gobrias y el dolor por la muerte de su hijo [114] o el de Creso abrumado por las desgracias de sus hijos, uno mudo y el otro muerto «en la

[105] *Cirop.* I 1, 2, y VIII 2, 14; *Rep.* 343b.

[106] *Cirop.* V 1, 24; *Rep.* 520b.

[107] G. B. Nussbaum, «Plato and Xenophon. Political Theory and Political Experiment», *Liverp. Class. Month.* 3 (1978), 279-284.

[108] *Rep.* 457d.

[109] III 1, 41-42.

[110] IV 6, 11; V 1; VI 1, 31 ss., y 4, 2-11; VII 1, 15 ss., y 3, 2 ss.

[111] III 1, 36-37; V 1, 2-3.

[112] VIII 4, 13-23.

[113] VIII 5, 21-28.

[114] IV 6, 3-7.

flor de la edad» [115]. Quedan, pues, muy lejos las mujeres y los niños que asoman de vez en cuando a la *Ciropedia* de las inhumanas mujeres de la *República* y de los niños sacrificados por el bien de la ciudad. Esa humanidad de Jenofonte puede entenderse como reflejo, por un lado, de su apacible vida conyugal con Filesia y, por otro, de la dolorosa pérdida del hijo de ambos, Grilo, en Mantinea, frente a un Platón que no fue ni esposo ni padre [116].

En cuanto a la relación entre la *Ciropedia* y *Las leyes* [117], está claro que Platón, en su última obra, critica la educación de los persas por considerarla de corte femenino y dirigida por las mujeres sin ayuda de los varones, alejados por la guerra [118]. No cabe duda de que se trata de un ataque a las teorías pedagógicas de Jenofonte; incluso llega a decir: «Adivino, pues, por lo que toca a Ciro, que fue buen general y amante de su patria, pero que no se ocupó nada de su recta educación y que no prestó en absoluto atención al gobierno de su casa» [119], pareciendo replicar tanto a la *Ciropedia* como al *Económico*. No obstante, pueden encontrarse también similitudes entre la *Ciropedia* y *Las leyes*, por ejemplo, en cuanto a la conveniencia de la práctica de la caza como preparación para la guerra [120], o en cuanto a la ignorancia política [121], pero,

[115] VII 2, 20.

[116] Delebecque, *Essai sur la vie...*, pág. 392.

[117] Diès, Introducción a la *República*, pág. XL: «En lo que concierne a la oposición de Platón a la *Ciropedia* el indicio (de la rivalidad entre ambos autores) es un texto perteneciente indudablemente a las *Leyes*.»

[118] *Leyes* 694d.

[119] *Ibid.*, 694c (trad. de J. M. Pabón y M. Fernández Galiano [Inst. Estud. Polít.], Madrid, 1960).

[120] *Cirop.* I 4, 10-15, y 6, 39-40; *Leyes* 633b.

[121] *Cirop.* I 1; *Leyes* 676b-c, 688e-689a.

principalmente, al constatar ambos autores la incapacidad de los sucesores de Ciro [122].

d) *Isócrates.* — Las ideas fundamentales del *A Nicocles* y las de la *Ciropedia,* especialmente en lo relativo a la tipificación de los deberes del buen gobernante, coinciden hasta tal punto que la obra de Jenofonte parece el desarrollo de la del orador, ya que, si se admite la fecha de 370 [123] para el *A Nicocles,* éste es anterior a la *Ciropedia.* Aún más claro es el paralelismo entre la *Ciropedia* y el *Evágoras* isocrático, elogio a un personaje altamente idealizado, cuya vida es la realización de unos principios morales básicos. Una vez más, la fecha de composición de la obra de Isócrates es anterior a la que se le atribuye a la *Ciropedia,* ya que oscila entre 370 y 365 [124]. Es muy posible, pues, que Isócrates mostrara el camino a Jenofonte al trazar un programa de educación del príncipe acompañado de elogio, si bien es verdad que la *Ciropedia* mejora y amplía su modelo procediendo con mayor libertad en el tratamiento de un héroe perteneciente a la historia legendaria.

[122] *Cirop.* VIII 8; *Leyes* 695b. Jenofonte se limita a constatar el hecho sin explicarlo.

[123] Cf. G. Mathieu-E. Bremond, *Isocrate. Discours II,* París 1962-1963³, pág. 92.

[124] F. Blass, *Die attische Beredsamkeit,* 3 vols., Leipzig, 1887-1898², la data en 370; R. C. Jebb, *The Attic Orators from Antiphon to Isaeus,* 2 vols., Londres, 1893², propone la fecha de 365, y Mathieu-Bremond, *Discours...,* entre 365 y 362.

5.2. La «Ciropedia»: reflejo de la vida y del pensamiento político de Jenofonte.

Ya hemos señalado la importancia de la experiencia personal del autor para la confección de su obra. En su estancia por tierras asiáticas, Jenofonte recogió numerosas tradiciones orales relativas a la figura de Ciro el Viejo; de ahí la frecuencia de expresiones tales como «dicen» o «se dice» [125]. Anécdotas e incidencias de la «Expedición de los Diez Mil», en la que participó y a la que había dedicado la *Anábasis,* asoman con frecuencia en la *Ciropedia*: los muchos recuerdos de fallos y fracasos de la campaña aparecen prevenidos, evitados o corregidos. Así, sus advertencias sobre la deslealtad de los persas se fundan en la traición de Tisafernes [126], el interés por la alineación de las tropas responde al deseo de corregir los fallos de la batalla de Cunaxa [127] y la consideración de la dificultad que entraña la acción de equipar los caballos durante la noche es fruto de la experiencia relatada en la *Anábasis* [128]. A menudo el autor parece trasladar la acción de la *Ciropedia* a los momentos vividos durante la expedición: así, cuando se refiere a las túnicas de color púrpura de los soldados, en realidad está pensando en las túnicas que llevaban los soldados de Ciro el Joven [129], y cuando alude a los egipcios en la batalla de Timbrara, está recordando la presen-

[125] I 2, 1 y 15, y 4, 9; II 1, 11; III 2, 7; IV 2, 13, 15 y 30; V 2, 20; VII 3, 15 y 17; VIII 2, 14 y 15; 3, 26; 5, 28; 6, 18 y 19-20, son sólo unos cuantos ejemplos.

[126] *Cirop.* VIII 8, 2; *Anáb.* II 5, 16-34.

[127] *Cirop.* VII 5, 1-8; *Anáb.* I 8.

[128] *Cirop.* III 3, 26; *Anáb.* III 4, 35.

[129] *Cirop.* VI 4, 1; *Anáb.* I 2, 16.

cia de soldados egipcios en Cunaxa [130]: los parajes que recorre Ciro en Lidia o Armenia le eran familiares a Jenofonte, porque los había atravesado durante la Expedición de los Diez Mil; el lento avance de Ciro el Viejo hacia Babilonia en varias etapas, está prácticamente copiado de la marcha de Ciro el Joven hacia el Este [131]. En cuanto a la figura de Ciro el Viejo, no pasa inadvertido que tiene claras huellas de Ciro el Joven, a quien el autor conoció personalmente y cuyas virtudes resaltó en la *Anábasis* [132]. No en vano se ha llegado a decir que la *Ciropedia* era menos una historia de Ciro el Viejo que el sueño de lo que hubiera hecho Ciro el Joven de haber vencido, o que la *Ciropedia* es una teoría de ideas políticas y militares suscitada por la *Anábasis* en el pensamiento de Jenofonte [133].

Respecto a las ideas políticas que aparecen reflejadas en la obra, armonizan perfectamente con las de *La República de los lacedemonios* y aplican al Estado las referidas al gobierno de la casa en el *Económico*. De hecho, el régimen político de la Persia de la *Ciropedia* poco tenía que ver con la realidad histórica, ya que se manifiesta como una oligarquía plutocrática tal como la entendía Sócrates en las *Memorables* [134]. A nadie debe extrañar que se elija este régimen en lugar del democrático: en Atenas la democracia radical se había quedado sin defensores después de haberse cometido en su nombre tantos excesos y errores, el más transcendental de los cuales fue la condena de Sócrates. De ahí que el pensamiento político del siglo IV prefiera sistemas oligárquicos puros, como el propuesto en el siglo V por el viejo oligarca; oligarquías moderadas, como las de Isócrates y Jenofonte, que representan el tercer partido, el de Terámenes, o las democracias moderadas representadas por Hiperides, Esquines y Demóstenes [135].

Por encima de esa oligarquía moderada compuesta por los *homótimoi,* Jenofonte presenta un monarca «constitucional» [136], Cambises, quien, como dice Mandane, «no tiene como medida su voluntad, sino la ley» [137]; se trata, pues, de un sistema mixto, por un lado oligárquico y por otro monárquico [138]. No obstante, cuando, en el libro VIII, Ciro se manifiesta como soberano, no se comporta como un monarca «constitucional», sino absoluto. ¿Responde esta transformación a un cambio ideológico del autor durante la redacción de la obra, o se trata de una incoherencia interna a favor de su falta de unidad? Más bien parece responder al interés del autor por marcar la diferencia entre el gobierno de Cambises, que se ceñía a un reino de fronteras más o menos amplias, y el de Ciro, que, como queda esbozado en el Proemio, abarcaba un gran imperio. Jenofonte, a diferencia de Platón, no se interesa por el gobierno de una ciudad o de un reino, sino por el de un imperio, lo que constituye uno de los rasgos originales de la obra como precursora de conceptos que serán propios del helenismo.

---

130 *Cirop.* VII 1, 30-45; *Anáb.* I 8, 9.

131 *Cirop.* VII 4; *Anáb.* I 4, 11-13.

132 I 9.

133 G. Cousin, *Kyros le Jeune en Asie Mineure,* tesis doct., Nancy, 1904, pág. 41.

134 IV 6, 12.

135 Cf. N. Albafull-E. Pagés, «Tendencias del pensamiento político en el siglo IV», *Bol. Inst. Est. Hel.* 4-5 (1970-71), y U. Hackl, *Die oligarchische Bewegung in Athen am Ausgang des 5. Jh. v. Chr.,* tesis doct., Munich, 1960.

136 Bizos (ed.), *Cyropédie,* I, Introducción, pág. XIV.

137 I 3, 18.

138 Carlier, «L'idée de monarchie impériale...», 133-163.

5.3. «Paideía». El ideal del soberano.

Si, como está generalmente admitido, el centro de interés de la obra de Jenofonte es la preocupación pedagógica [139], aún puede afirmarse con mayor énfasis en el caso de la *Ciropedia,* cuyo protagonista aparece muy idealizado con el fin de encarnar el prototipo del soldado excelso y del soberano justo que mantiene su autoridad sobre un vasto imperio por obra de sus cualidades innatas y la *paideía* recibida [140]. En esta obra más que en otras se habla de la educación como medio para alcanzar la *aretḗ,* como fuerza creadora del poderío persa. Lo que extraña al lector es que el paradigma propuesto no corresponde a un griego, sino a un persa. Hay que tener en cuenta que, en la Grecia del siglo IV, el concepto de «griego» comienza a aplicarse a residentes de más allá de los límites de la Hélade. No en vano Isócrates constata que los pueblos que participaban de la *paideía* reciben el nombre de griegos con mayor propiedad que los propios griegos [141]. Jenofonte, participando del mismo criterio, hace una mezcla perfecta de la *kalokagathía* griega con la *aretḗ* persa, si bien señala el contraste entre la educación griega, basada en el individualismo, y la persa, vinculada a la comunidad [142]. La estricta división de la sociedad en clases y el sistema militarista, unido a un régimen de vida sobrio fundamentado tanto en la práctica de la continencia y de la obediencia como en el fortalecimiento físico, debían sonar extraños al público ateniense. Mucho más próximos le parecerían los valores cívicos y morales que Jenofonte atribuye a los persas: el respeto a las leyes, el amor a la patria y a la libertad, así como la importancia dada al buen ejemplo [143].

[139] J. Mossay, «Hummanisme et centre d'intérêt dans Xénophon», *Les Étud. Class.* 42 (1974), 345-361.

[140] Carlier, «L'idée de monarchie impériale...», atribuye al abandono de esta *paideía,* que resultó de la instauración de la monarquía absoluta, la decadencia del imperio persa.

[141] *Panegírico,* 50.

[142] I 2, 6. En realidad se refiere, concretamente, a la educación que se impartía en la Atenas democrática y, especialmente, a la de la sofística y Platón.

Cabe preguntarse si el autor sólo pretendía exponer sus teorías educativas y políticas o si tenía intención de llevarlas a la práctica. Parece verosímil que Jenofonte con esta obra se propusiera promover entre los círculos cultos de su ciudad la comprensión hacia un estado guerrero [144]. Por otra parte, no hay que olvidar que él mismo participó en la sublevación de Ciro el Joven contra su hermano Artajerjes II, símbolo de la decadencia persa, en la idea de que, si la revuelta triunfaba, Ciro el Joven traería consigo el renacimiento de los antiguos ideales de Ciro el Viejo unidos a las mejores fuerzas del helenismo. Sobre esa base, Jenofonte atribuye a su protagonista una serie de cualidades que considera indispensables para el correcto ejercicio del poder, partiendo de la concepción socrática de la virtud, del modelo de Isócrates y, sobre todo, de las virtudes cardinales platónicas. No obstante, su perspectiva difiere de la del autor del *Panegírico,* pues, mientras éste establece en sus obras las mismas virtudes que aparecen en la *Ciropedia* desde la proximidad del consejero, Jenofonte lo hace desde el distanciamiento propio del historia-

[143] Jenofonte parte de la idea de que la naturaleza del hombre, en general, y del niño, en particular, es mimética, cf. J. Karnasopoulos, «*Ideodé, morphotikaí axiai kaí paidagogikaí idéai toũ Xenophontos*», *Platon* 26 (1974), 45-54.

[144] Jaeger, *Paideia...,* págs. 963-64.

dor. También su enfoque es distinto del de Platón, ya que no parte de la dialéctica filosófica como él, sino de la necesidad práctica de encontrar la personalidad capaz de detentar el poder en el máximo de espacio y de tiempo —en el caso de Ciro, sobre un vasto imperio y en el amplio período que cubre desde su juventud hasta su muerte—, habida cuenta de la inestabilidad inherente a la mayor parte de las formas de gobierno. Jenofonte no presta atención a la naturaleza del Estado o a su constitución política y prefiere detenerse en anécdotas o excursos sobre cuestiones estrictamente militares.

Procede ahora analizar las cualidades del soberano ideal trazado por Jenofonte [145].

a) En primer lugar, la «piedad» *(eusébeia)*. Ya en el comienzo, el padre de Ciro, Cambises, le aconseja ser respetuoso con los dioses y no ir jamás en contra de sus preceptos [146]. Ciro obedece y, cada vez que emprende una nueva acción, se encomienda a la divinidad o, si la empresa se ve coronada por el éxito, se lo atribuye a su auxilio [147]. No es una piedad ritual la de Ciro, simplemente reflejada en la celebración de unos sacrificios y libaciones, sino una piedad basada en la profunda convicción de que constituye uno de los pilares fundamentales del imperio; de ahí que en el Epílogo relacione expresamente la decadencia del poderío persa con el abandono de esta virtud [148]. El interés

[145] Nos ha sido de gran utilidad el artículo de J. GRUBER, «Xenophon und das hellenistisch-römische Herrscherideal», en *Reflexionen antiker Kulturen* (ed. P. NEUKAM), Munich, 1986, págs. 27-46 (Dialog Schule und Wissensachft, Klassische Sprachen und Literaturen XX), enviado gentilmente por el autor todavía en manuscrito.

[146] I 6, 2-6.

[147] Por ejemplo, en II 1, 1; IV 1, 2; VI 4, 1; VII 1, 1; VIII 7, 3.

[148] VIII 8, 2-5.

de Jenofonte por resaltar el origen divino de la estirpe de Ciro [149] procede del deseo de legitimar su papel de monarca absoluto. Esta legitimación de la monarquía tiene precedentes y paralelismos en la literatura griega: Homero presenta a menudo el epíteto *diogenḗs* «nacido de Zeus» acompañando al nombre de los reyes [150]; también para Píndaro la virtud del atleta vencedor es divina, e Isócrates, por su parte, considera a Evágoras como un dios entre los hombres [151]. Así pues, para Jenofonte, el punto de partida para convertirse en un *anḗr kalós k'agathós* es la procedencia divina, a diferencia de Platón, para quien llegar a ser semejante a los dioses es la máxima aspiración [152].

b) En segundo lugar, se le atribuye la «justicia» *(dikaiosýnē)*, principal meta de la educación de los persas [153], en claro contraste con la educación ateniense, que se centraba en el aprendizaje de la *grammatikḗ tékhnē*. Esta virtud es, además, el fundamento del Estado, y es inseparable del respeto a las leyes y del principio de la igualdad de derechos para todos los persas garantizada por la monarquía. El soberano encarna las leyes: es una «ley con ojos» [154]. Muy semejantes son el juicio de Isócrates, que considera las palabras del rey como leyes [155], y el de Platón, quien atribuye al buen legislador el conocimiento de la ley eterna, por lo que puede descuidar las leyes escritas [156].

[149] I 2, 1; IV 1, 24; VII 2, 24.

[150] *Il.* I 489; IV 489; VII 249; X 340; XI 810; XXI 17; XXIII 294; *Od.* II 352; V 387; VIII 3; XV 485; XVIII 312; XXIII 306.

[151] *Evágoras* 72.

[152] *Rep.* 383c.

[153] I 2, 6.

[154] VIII 1, 22.

[155] *A Nicocles* 18.

[156] *Polít.* 300c.

c) La tercera cualidad con la que el autor adorna a Ciro es el «respeto» *(aidôs)*, cualidad obligada del héroe homérico [157], a cuya desaparición Hesíodo atribuye la pérdida de buena conciencia en el mundo [158] y que considera Platón como base del arte político en pie de igualdad con la justicia [159].

d) En relación con su entorno, Ciro manifiesta su «generosidad» *(euergesía)*, no concebida sólo como ayuda material, sino como actitud fundamental del hombre [160]. En inscripciones de *ca.* 450, el calificativo *euergétēs* «benefactor», aparece junto a *próxenos* «protector»; ambos conceptos encajan perfectamente con la idea de soberano padre que refleja la *Ciropedia.* Jenofonte presenta como partes integrantes de la *euergesía* otras cualidades más concretas: la *philanthrōpía*, la *philomathía* «amor al estudio», y la *philotimía* o «avidez de gloria» [161].

e) De modo muy similar habría que entender otra de las cualidades de Ciro, la mansedumbre, la «dulzura en el trato» *(praótēs)* [162], término que todavía no aparece en Homero, pero que en el siglo IV se convierte en consigna de la democracia moderada.

f) Muy relacionada con esta última se encuentra la «obediencia» *(peithṓ)*, elemento básico de la *paideía*, de los jóvenes persas [163] con vistas a que más tarde sean soldados disciplinados [164]. El símil de las abejas ilustra la necesidad social de esta virtud, fundamento de la *eukosmía* [165].

g) Por último, ha de hacerse referencia a una de las cualidades en la que Jenofonte hace mayor hincapié [166]: la «continencia» *(enkráteia)*, indispensable para poder soportar las fatigas, el hambre y la sed. Esta virtud, que distinguía a los persas del resto de los pueblos, especialmente de los medos [167], no aparece todavía en Homero y, cuando asoma a la tragedia, lo hace referida a algún elemento exterior al sujeto [168]; Platón es el primero que la aplica al dominio sobre uno mismo [169] y así también la interpreta Jenofonte, aunque dándole mayor énfasis, ya que se presenta como fundamento del estado y del imperio [170].

157 C. E. v. ERFFA, «*Aidṓs*», *Philologus*, Supl 30, 2 (1937); A. BEIL, «*Aidṓs* bei Homer», *Der altsprachliche Unterricht* 5, 1 (1961), 51 y sigs.

158 *Trabajos y Días* 200.

159 *Protágoras* 322d.

160 E. SKARD, *Zwei religiöse Begriffe: Euergetes-Concordia*, Oslo, 1932, págs. 49 y sigs.

161 I 2, 1 y I 4, 1; VIII 7, 25.

162 III 1, 41; VI 1, 37.

163 En *Rep. lac.* VIII 3, se manifiesta como fundamento del Estado espartano.

6. LENGUA Y ESTILO

La lengua y el estilo de Jenofonte gozaron de admiración en la Antigüedad. Su dulzura aparece reflejada en el apelativo que le aplica el Léxico *Suda*: «abeja ática», a lo que ya aluden Cicerón, al decir que su estilo es más dulce que la miel [171], y Diógenes Laercio, quien llama a Jenofonte «musa ática» por su dulce expresión [172]. Los gramáticos y críticos literarios antiguos apre-

164 III 3, 8; VIII 1, 2.

165 V 1, 24.

166 Cf. *Rep. lac.* II 14; *Mem.* I 5, 4.

167 I 2, 8, y 3, 4; IV 5, 1; V 2, 14-19.

168 SÓFOCLES, *Filoctetes* 75.

169 *Fedro* 256b.

170 Jenofonte atribuye la decadencia del imperio persa entre otras causas al abandono de esta virtud, cf. VIII 8, 9-10.

171 *Orator* IX 32.

172 *Vida* XIV.

ciaban su sencillez y sus recursos estilísticos [173]. Así, Demetrio admira su concisión, que no excluye las frecuentes repeticiones encaminadas a dar mayor solemnidad al párrafo, y el ritmo casi métrico de algunos pasajes [174]. Como ático, experimentó un auténtico renacimiento en la época del aticismo y sobrevivió a los siglos oscuros. Fue en el siglo XIX cuando su valoración experimentó un fuerte descenso por duras críticas, que la investigación actual intenta situar en su justa proporción con el fin de recuperar la imagen amable del autor, aunque no alcanzara las dimensiones sublimes de Tucídides como historiador ni de Platón como pensador.

Si bien es cierta esa sencillez que, como hemos visto, se le atribuye tradicionalmente e hizo creer a F. Blass [175] que Jenofonte «war nicht Kunstredner, sondern Naturredner», no lo es menos el hecho de que aprovecha todos los medios del arte de la oratoria de su tiempo. Sin duda, Jenofonte sintió la influencia de los sofistas y de los maestros de retórica, pero su carácter ateniense lo preservó de todo exceso llevándolo a utilizar los recursos de la prosa artística con la máxima moderación [176].

En cuanto a la lengua, el autor de la *Ciropedia* presenta auténticas diferencias con el ático clásico contemporáneo. Su larga ausencia de Atenas y su contacto con griegos de otros dialectos han dejado huella en su obra. Gautier [177] ha tipificado las particularidades de la lengua de Jenofonte en distintas categorías: dorismos, hechos susceptibles de ser atribuidos al dorio o al jonio indistintamente, jonismos, elementos helenísticos, «poetismos». Estas peculiaridades, ajenas al ático clásico, han sido, generalmente, atribuidas a la larga estancia de Jenofonte fuera de Atenas. No quiere esto decir que el autor hubiera olvidado su lengua materna, sino que el contacto con otros dialectos le sirvió para enriquecerla.

[173] QUINTILIANO, X 1, 82, reconoce su fuerza persuasiva, aunque considera que «su encanto» no procede de una verdadera investigación. TÁCITO, *Diálogo de los oradores* XXXI, también lo elogia. HERMÓGENES DE TARSO, *Perì Ideôn* 405-406, alude a su simplicidad en términos elogiosos. Sólo hay una crítica entre tanta alabanza, la de HELADIO recogida por FOCIO, *Bibl.*, pág. 533 b 28 BEKKER, para quien Jenofonte no debería ser considerado como modelo de aticismo.

[174] *Perì Hermeneías* 137 y 181.

[175] *Die attische...*, vol. II, 2.ª ed., Leipzig, 1892, pág. 479.

[176] R. CAVENAILE, «Aperçu sur la langue et le style de Xénophon», *Les Étud. Class.* 43 (1975), 238-252.

[177] L. GAUTIER, *La langue de Xénophon*, Ginebra, 1911.

En cuanto al estilo, una fuente segura es la retórica de su tiempo, especialmente los sofistas; Jenofonte fue discípulo de Pródico y pudo serlo también de Gorgias, cuyo estilo, pleno de recursos, como el hipérbaton, la antítesis, la igualdad de los miembros de la frase, las terminaciones semejantes en los miembros de las frases *(homoiotéleuton)*, ejerció una importante influencia en la prosa ática del momento. Las figuras estilísticas que se encuentran con mayor frecuencia en la *Ciropedia* son [178]:

a) Anáfora [179], a menudo acompañada de la disposición simétrica de la frase.

b) Antítesis, como en III 1, 19.

c) Perífrasis, tal como *télos eíkhen*, en vez de *etéleuta* [180].

d) Metáforas, por ejemplo, cuando Creso refiere la muerte de uno de sus hijos «en la flor de la vida» [181].

e) Símiles, como el del brillo de las armas antes de la batalla, semejante al de un espejo [182], o el símil del liderazgo de Ciro con el de la abeja-jefe [183]. Muy frecuentes son las imágenes procedentes del ámbito marinero o campesino [184], de la caza [185], o de la música [186].

[178] Seguimos el modelo que CAVENAILE, «Aperçu sur la langue et le style...», págs. 243-249, aplica a la *Anábasis*.

[179] Por ejemplo en I 6, 43; III 3, 27; V 3, 38; VIII 3, 16-17.

[180] III 3, 34.

[181] VII 2, 20.

[182] VII 1, 2.

[183] V 1, 24.

[184] I 6, 6.

[185] I 6, 39-40.

[186] I 6, 18; III 3, 70.

f) Metonimias, por ejemplo, cuando presenta *thýrai* en el sentido de corte del rey y no de puertas [187], o cuando utiliza *hópla* en el sentido de almacén de armas [188].

g) Máximas, que también aparecen frecuentemente en tragedia y oratoria. En la *Ciropedia,* como en otras obras de contenido pedagógico del mismo autor, se encuentran a menudo, por ejemplo: «para aparentar ser diestro en lo relativo a los asuntos que quieras no hay camino más corto que ser diestro en ellos»[189], o «los respetuosos rehúyen quizá los actos públicamente vergonzosos, en tanto que los prudentes rehúyen también los que son vergonzosos en privado» [190].

h) Asíndeton y polisíndeton. Jenofonte emplea estos recursos estilísticos para dar dinamismo a la acción en el primer caso [191] y para dar énfasis en el segundo [192], aunque no siempre se puede ver la diferencia de matiz con claridad.

7. INFLUJO DE LA *CIROPEDIA* EN LA LITERATURA POSTERIOR

La influencia de la *Ciropedia* en la literatura posterior ha sido enorme [193]. Sus pasajes anovelados, especialmente

[187] I 3, 2; II 4, 4; VIII 1, 6.

[188] VII 2, 5.

[189] I 6, 22.

[190] VIII 1, 31.

[191] I 1, 4, VII 1, 2 y 13, VIII 2, 5, no constituyen más que una muestra.

[192] Por ejemplo, en I 3, 2, y 4, 7; IV 5, 18; VIII 1, 36, aunque en la mayoría de los casos no se refleja en la traducción.

[193] Hemos recurrido en numerosas ocasiones al artículo ya citado de J. GRUBER, «Xenophon...». Cf. también, E. R. GOODENOUGH, «The Political Philosophy of Hellenistic Kingship», *Yale Class. Stud.* 1 (1928), 55-102; H. KLOFT (ed.), *Ideologie und Herrschaft in der Antike* (Wege der Forschung 528), Darmstadt, 1979, págs. 27-89; K. MÜNSCHER, «Xenophon in der griechisch-römische Literatur», *Philologus,* Supl. XIII 2 (1920); I. BORZSÁK, «Die Achämeniden in der späteren Überlieferung zur Geschichte ihres Ruhmes», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 19 (1971), 41-51.

el episodio de Abradatas y Pantea, pueden haber servido de modelo para la novela, que florece desde el siglo I a. C.; pero es la ideología que aporta lo que verdaderamente motivó su transcendecia. Así, el cinismo [194], que en un primer momento influyó en la *Ciropedia* por medio del fundador de la escuela, Antístenes —quien presenta el «esfuerzo» *(pónos)* como fundamento de la *kalokagathía* encarnada en dos modelos, Ciro y Heracles indistintamente—, recibe a su vez, el influjo de la *Ciropedia* a la hora de confeccionar la imagen del soberano ideal, como demuestra uno de los discípulos de Diógenes, Onesícrito, partícipe en la campaña de Alejandro e historiador suyo, cuando llama a su soberano «filósofo en armas» [195]. También los estoicos sintieron una especial predilección por Jenofonte. Es muy probable que Zenón de Citio, quien, según parece, se dedicó a la filosofía incitado por la lectura del libro II de los *Memorables* [196], se sintiera influido por la *Ciropedia,* a la hora de escribir su *República,* obra desgraciadamente perdida.

Por otra parte, a nadie escapa que las cualidades presentadas en la *Ciropedia* coinciden con las del prototipo de los reyes helenísticos, como atestiguan los textos oficiales [197]. Así, entre los Ptolomeos la piedad era una cualidad

[194] R. HÖISTAD, *Cynic Hero and Cynic King. Studies in the Cynic Conception of Man,* Upsala, 1948.

[195] *Fr. Gr. Hist.* 134 F 17 = ESTRABÓN, XV 1, 64. Con Onesícrito comienzan las historias idealizadas de Alejandro Magno.

[196] MÜNSCHER, «Xenophon...», pág. 48.

[197] J. J. FARBER, «The *Cyropaedia* and Hellenistic Kingship», *Amer. Journ. Philol.* 100 (1979), 497-514.

de vital importancia con vistas a mantener la tradición, en la que se respaldaban para justificar su autoridad, y entre los príncipes de Capadocia el apelativo *eusebḗs* (pío) era común [198]. Conceptos tales como *philanthrōpía, praótēs* y *euergesía,* que hemos visto atribuidos a Ciro, dominan el ideal del rey helenístico, experimentando, a menudo, una mayor extensión del término, como ocurre con la *euergesía,* que se proyecta universalmente, como demuestran los títulos de *pántōn euergétēs* o *koinòs euergétēs,* sólo imaginables a partir de las conquistas de Alejandro. También es evidente que el concepto de *émpsychos nómos* «ley viviente» [199], referido a los reyes helenísticos, recuerda el epíteto *blépōn nómos* [200] aplicado a Ciro por Jenofonte.

En cuanto a la influencia de la *Ciropedia* en el mundo romano, muy notable en el caso de Cicerón, Escipión y Séneca [201], hay que señalar que, en primer lugar, incide en el ámbito de la religión. En la era de los Escipiones se produce un sentimiento defensor de la religión tradicional frente a los nuevos cultos orientales que invadían Roma. A la cabeza de este movimiento se encuentran Escipión, Lelio y Furio, quienes toman el modelo de la exaltación de la religión ancestral, presente en la *Ciropedia,* para

[198] F. Taeger, *Charisma. Studien zur Geschichte des antiken Herrscherkultes,* Stuttgart 1957/60, vol. I, págs. 335 y sigs.— W. Schubart, «Das hellenistische Königsideal nach Inschriften und Papyri», *Archiv für Papyrusforschung und verwandte Gebiete* 12 (1937), 1-26 (= Kloft, páginas 90-122, *op. cit.* en n. 193).

[199] Estobeo, IV 7, 67.

[200] VIII 1, 22, exactamente *bléponta nómon* «ley con ojos».

[201] T. Adam, *Clementia Caesaris. Der Einfluss hellenistischer Fürstenspiegel auf den Versuch einer rechtlichen Fundierung des Principats durch Seneca,* Stuttgart, 1970.

resucitar los valores religiosos genuinamente romanos [202]. También deudora de Jenofonte es la propaganda, primero, del príncipe y, después, del emperador como cúmulo de virtudes [203] para justificar su *auctoritas,* lo cual culminará en el fenómeno de la divinización del emperador.

La atracción que sentía el lector romano por Jenofonte, en mayor medida que por Platón o Isócrates, venía motivada por el propio carácter del romano, que gustaba de las vidas ejemplares, las enseñanzas militares y las cuestiones políticas prácticas, como la ampliación de los límites del Estado o la relación con los pueblos aliados [204]. No es de extrañar, entonces, que el modelo tratado por Jenofonte fuera materia de discusión en el círculo de los Escipiones [205].

Con todo, el máximo representante de la influencia de la *Ciropedia* en Roma es Cicerón. Gruber analiza dos de sus cartas que lo demuestran; en la primera, dirigida a su hermano Quinto [206] a fines del año 60, constata que la *Ciropedia* era utilizada sistemáticamente por Escipión el Africano y se refiere a la imagen del soberano trazada por Jenofonte, en la que admira la combinación perfecta entre

[202] E. Rawson, «Scipio, Laelius, Furius and the Ancestral Religion», *Journ. Rom. Stud.* 63 (1973), 161-174.

[203] M. P. Charlesworth, «The Virtues of a Roman Emperor. Propaganda and the Creation of Belief», *Proc. of the Brit. Acad.* 23 (1937), 105-133 (= Kloft [W. d. F. 528], págs. 361-387).

[204] W. Dahlheim, *Gewalt und Herrschaft. Das provinziale Herrschaftssystem der römischen Republik,* Berlín-Nueva York, 1977, pág. 154, n. 49.

[205] A. E. Astin, *Scipio Aemilianus,* Oxford 1967, fundamentalmente págs. 296 y sig.; J. Kaerst, «Scipio Aemilianus, die Stoa und der Prinzipat», *Neue Jahrb. f. Wiss. u. Jugendb.* 5 (1929), 653-675 (= Kloft, págs. 205-237, *op. cit.* en n. 193).

[206] *Ad Quintum fratrem* I 1, 23 ss.

la máxima autoridad y una extraordinaria afabilidad. En la segunda carta, dirigida a L. Papirio Peto [207] diez años después de la anterior, Cicerón afirma haber leído a menudo la *Ciropedia*, como, por otro lado, lo atestigua el hecho de que su tratado *De senectute* presente casi una traducción del final de la obra de Jenofonte, y el haber intentado llevar a la práctica sus enseñanzas durante su cargo al frente de la administración de Cilicia. También en *De republica* elogia a Ciro cuando pone en boca de Escipión las fórmulas de *iustissimus et sapientissimus rex* primero, y *tolerabilis aut... amabilis* después, referidas a él [208]. El ejemplo del soberano persa también se hace patente al trazar la imagen de los reyes romanos, quienes, a su vez, sirven de ejemplo para los políticos contemporáneos [209]. Mayor dependencia de la obra de Jenofonte presentan los pocos fragmentos que quedan del libro V, en el que Cicerón trazaba el ideal del príncipe, especialmente al referirse a los fundamentos educativos o a la teoría de la decadencia del Imperio [210].

Menor es la influencia que experimenta Salustio, si bien es clara la semejanza entre el pasaje de la muerte de Ciro y el del rey Micipsa en su lecho de muerte recomendando a Yugurta y a sus hijos permanecer unidos [211]. El modelo jenofonteo también incidió en la vida política romana, por ejemplo, cuando el año 27 el Senado en la *Curia Iulia* de-

[207] *Ad familiares* IX 25, 1.

[208] *De republica* I 43 ss.

[209] Así, cuando presenta a Rómulo como *euergétēs* (*Rep.* II 15) o cuando se refiere a que la clemencia y la piedad constituyen la base de la actuación de Numa (*ibid.* II 27), lo que subyace es el modelo del rey persa.

[210] *Rep.* V 6, y V 2, respectivamente.

[211] *Cirop.* VIII 7; *Yugurta* X.

cidió otorgar a Augusto el título honorífico de *virtutis clementiaeque iustitiae et pietatis causa* [212], o, incluso en época muy posterior, cuando Ausonio atribuye al emperador Graciano el conjunto de las virtudes que Jenofonte había atribuido a Ciro [213].

En el Renacimiento y los siglos XVII y XVIII, el influjo de la *Ciropedia* se deja sentir con fuerza en la literatura europea. Así N. Maquiavelo, en *El Príncipe* [213bis], recoge muchas de las ideas expresadas por Jenofonte:

> El príncipe no debe cesar, pues, jamás de pensar en el ejercicio de las armas y en los tiempos de paz debe darse a ellos más que en los de guerra... Debe no solamente tener bien ordenadas y ejercitadas sus tropas, sino también ir con frecuencia de caza, con la que, por una parte, acostumbra su cuerpo a la fatiga, y por otra, aprende a conocer la calidad de los sitios... para ejercitar su espíritu, debe leer las historias; y al contemplar las acciones de los varones insignes debe notar cómo se condujeron ellos en las guerras... Alejandro Magno imitaba a Aquiles, César seguía a Alejandro y Escipión caminaba tras las huellas de Ciro. Cualquiera que lea la vida de este último, escrita por Jenofonte, reconocerá después en la de Escipión cuánta gloria le resultó a éste haberse propuesto a Ciro como modelo, y cuán semejante se hizo a él, por otra parte, con su continencia, afabilidad, humanidad y liberalidad (cap. XIV).

También Montaigne conocía la *Ciropedia* [214] y alababa el sistema que enseñaba la virtud a los niños. Bossuet elo-

[212] *Res Gestae* XXIV 3.

[213] *Gratiani Acta* 15.

[213bis] Madrid, Espasa-Calpe, Col. Austral, 1967[11].

[214] *Ensayos* I 3, y 25; II 22; III 6; III 10.

gia a Ciro como conquistador y a Jenofonte como historiador [215]. Y Fenelón, por su parte, imita la *Ciropedia* en su *Telémaco* [216].

En cuanto a España, durante los siglos XVI y XVII florecieron obras dirigidas a la instrucción de los príncipes [217]. De entre todas estas obras moralizantes que recomendaban la piedad, la castidad y el cuidado del bien público, sólo unas pocas resaltaron por su originalidad; por ejemplo, *El Concejo* y *Consejeros del Príncipe* de Fadrique Furio Ceriol, quien a la hora de trazar las cualidades del consejero presenta numerosas afinidades con el modelo jenofonteo [218].

8. TEXTO

8.1. MANUSCRITOS.

Aunque las relaciones entre los numerosos manuscritos existentes para la *Ciropedia* son harto complejas, W. Gemoll [219] los ha sistematizado en tres grupos a los que aplica las letras *x, y, z.*

a) El grupo *x*, el más polémico, está formado, en primer lugar, por el *Codex Parisinus* 1640, C [220], de 1320. La copia transcrita de la Alta Edad Media ha sido fechada por A. Hug a finales del siglo IX o principios del X [221]. Otro componente de

215 J. B. BOSSUET, Parte I, época VIII.

216 Comparar *Cirop.* I 3, 3, con el libro I de *Telémaco.*

217 Cf. M.ª Á. GALINO CARRILLO, *Los Tratados sobre Educación de Príncipes, siglos XVI y XVII,* Madrid, 1948.

218 Única parte editada (Ed. Nacional, Madrid, 1978) de un conjunto más amplio, aún inédito, titulado *Sobre las Instituciones del Príncipe.*

219 *Xenophontis Institutio Cyri* (Teubner) Leipzig, 1912 (= 1968).

220 Este códice, conocido también para la *Anábasis* ha sido colacionado, además de por Hug, por Dübner y Gemoll.

221 *Commentatio de Xenophontis Anabasis. Cod. C, i. e. Parisinus 1640,* Zurich, 1872.

este grupo es el *Codex Etonensis,* E, que no puede datarse antes de la segunda mitad del siglo XV [222].

A. W. Persson [223], basándose en el hecho de que el grupo *x* presenta un extraordinario parentesco con el grupo *z* en los libros I-II, IV 5, 15-VIII y con el grupo *y* en los libros III-IV 5, 15, recurre a los papiros conocidos en su tiempo y a citas indirectas antiguas y concluye que existen dos redacciones diferentes de la *Ciropedia* en la Antigüedad, transmitidas por las familias *z* e *y* respectivamente, y que el grupo *x* no tiene una redacción independiente, sino que procede de una recensión de ambos grupos hecha en época bizantina. La influencia del estudio de Persson ha sido enorme [224] dándose el caso de que la última edición de la *Ciropedia,* realizada por M. Bizos [225], a la que hemos pretendido ser fieles, tiene como base los grupos de manuscritos *z* e *y,* y cuando hace referencia a uno de los manuscritos del grupo *x,* el C, es para referirse a un editor, ya sea como testimonio en los casos dudosos, o como apoyo de una lección personal considerada buena por el editor [226]. M. García Valdés [227],

222 Este códice ha sido colacionado por E. C. Marchant.

223 «Zur Textgeschichte Xenophons», *Lunds Universitets Årskrift* 10, 2 (1915).

224 H. ERBSE, *Geschichte der Textüberlieferung der antiken und mittelalterlichen Literatur,* vol. I, Zurich, 1961, cree que el elaborador de *x* une ambas ediciones, *z* e *y,* anteponiendo una a la otra a su arbitrio; G. PASQUALI, *Storia della tradizione e critica del testo,* Florencia, 1962², sigue las directrices de Persson, si bien considera exagerado atribuir a un erudito bizantino los innegables aciertos que hay en *x.* J. PETERS, reelaborador de la edición de GEMOLL en el año 1968, apoya los estudios de Persson y Erbse, aunque en algunos casos elige la variante que presentan los manuscritos de *x.*

225 *Xénophon. La Cyropédie...*

226 N. C. CONOMIS en la reseña a la edición de Bizos, *Gnomon* 48 (1976), 123-128, no considera oportuno el olvido del grupo *x,* ya que a menudo el editor se ve obligado a las lecturas del C.

227 «Los problemas del *stemma* de la *Ciropedia*», *Emerita* 43 (1975), 139-168.

en un detallado estudio de los mss. de los libros I y III, pone en relación los grupos *x* y *z* por una parte, y los grupos *x* e *y* por otra. La autora concluye que no se puede probar la contaminación y que el grupo *x* ha de tenerse en cuenta como testimonio válido del grupo *z* en una parte de la obra y del grupo *y* en la otra.

b) El grupo *y* se compone del *Codex Erlangensis* 88, F, que data del siglo XV [228] y sufrió la mano de un corrector (f). Aunque presenta una extensa laguna (IV 2, 20-V 2, 27), es el mejor representante del grupo, al cual también pertenece el *Codex Bodleianus Canonicianus* 39, D, del siglo XV, que presenta mayor número de omisiones, lugares corruptos y, por lo menos, dos manos de correctores.

c) Al grupo *z* pertenecen el *Codex parisinus* 1635, A, del siglo XIV, el *Codex Guelferbytanus* 71, 19, G, del siglo XV, que, desde el comienzo del libro I hasta I 3, 5, es prácticamente idéntico al grupo *y*, para, a partir de este pasaje, pasar a presentar un parentesco estrechísimo con el grupo *z*. Por último, forma parte de este grupo el *Códice Escurialense* T. III, 14, H, que presenta un texto muy semejante al de A. Este manuscrito, datado por Marchant [229] y Gemoll [230] en el siglo XII, ha sido objeto de numerosos estudios, entre los que destaca el de G. de Andrés [231], quien lo fecha a comienzos del siglo X: tras hacer un análisis de sus rasgos caligráficos, resalta De Andrés sus semejanzas con los propios del primer período de la minúscula —ausencia de letras unciales, situación de la transcripción del texto sobre el trazado de la línea— y atribuye el error cronológico al hecho de que un calígrafo posterior, imitando la letra del resto del texto, copiara el pergamino 112, precisamente aquel por el que se suele abrir el manuscrito. La nueva datación del *Códice Escurialense* lo convierte en el más antiguo de la *Ciropedia,* lo que conlleva el aumento de su valor y autoridad con respecto a su grupo y del grupo *z* respecto a los demás.

[228] H. THURN, «Die Erlanger Handschrift von Xenophons *Kyropädie,* ihre Fehldatierung und deren Folgen», *Würzb. Jahrb. f. d. Alt. Wiss.,* N. S., 2 (1976), 75-82, intenta demostrar que la cronología tradicional para este códice es falsa y lo remonta a mediados del siglo X.

[229] *Xen. Op. Omn.*

[230] *Xenoph. Inst. Cyr.,* al comienzo del Prefacio.

[231] «Sobre un códice de Jenofonte del siglo X (*Escurialense* 174. T. III 14)», *Emerita* 23 (1955), 232-257. La fecha del siglo X para este manuscrito es confirmada por G. GÓMEZ DEL RÍO, «Manuscritos de Jenofonte en bibliotecas españolas», *ibid.* 26 (1958), 319-354, y por M. J. IRIGÓIN, citado *apud* BIZOS, *Xénophon. La Cyropédie...,* Introducción, pág. LV, n. 1.

Existen, además, manuscritos incompletos dignos de mención: el *Codex Vaticanus* 1335, V, que contiene también la *Anábasis,* de la segunda mitad del siglo X, si bien Gemoll y P. Masqueray [232] lo datan en el siglo XII; muy mutilado y habiendo sufrido dos restauraciones, en los siglos XIV y XV respectivamente, no pudo ser introducido por Marchant en su edición por conocerlo demasiado tarde. Gemoll, quien lo ha colacionado, apenas lo utiliza en su aparato crítico, aunque J. Peters en la última edición teubneriana lo introduce en profusión. Su parte más antigua comienza en V 5, 35, folio 69. Bizos lo utiliza con frecuencia y lo hace perteneciente al grupo *z,* siguiendo a Gemoll. El *Codex Bremensis* b 23, R [233], considerado por Gemoll del siglo XV y por Bizos del siglo XIV, contiene sólo el libro I. El *Codex Ambrosianus* B 119 sup., m, con algunos párrafos de los libros I y III, es citado por Marchant y Bizos en algunas lecciones y silenciado por Gemoll; se remonta a fines del siglo X.

Bizos tiene en cuenta también otros manuscritos ignorados por los editores anteriores: el *Venetus Marcianus* 511, datado en el siglo XIV, que pertenece al grupo *z,* y contiene, además, la *Anábasis* y los *Scripta Minora* [234], asimismo, el *Perusinus* 90,

[232] Edición de la *Anábasis,* París, 1930.

[233] Persson y Gemoll lo aproximan al grupo *x,* mientras W. Miller, responsable de la edición de la Loeb Class. Libr., Londres, 1947, lo relaciona con *y,* y Bizos con el grupo *z.*

[234] Masqueray lo utiliza para la *Anábasis* con la sigla M primero y MM después; Fr. Ollier, para el *Banquete,* y P. Chantraine, para el *Económico* con la sigla V.

del siglo xv, y el *Vaticanus* 143, del siglo xiv. Especial atención merece el *Vaticanus* 129 W, por su antigüedad, siglo xi, reforzando con ello la autoridad del grupo *y* al que se encuentra muy próximo. Sin embargo, Bizos no hace referencia a un códice del siglo xv donado por F. Patetta a la Biblioteca Vaticana [235], que contiene la *Ciropedia* desde I 2, 2 hasta VI 1, 36, y no pudo ser utilizado por J. Peters en la última edición Teubneriana por no estar colacionado.

8.2. Papiros.

Mientras Gemoll sólo tiene en cuenta los papiros Π_1 y Π_2, R. A. Pack [236] establece una lista de papiros a la que nos atenemos:

Π_1 = *Oxyrhyncus Papyri* [237] 2101, del siglo iii. Está más próximo al grupo *y* que a los demás y contiene I 4, 15; 17-20, y 6, 3.

Π_2 = PO 697, del siglo iii. Contiene I 6, 3-11, y II 1, 30.

Π_3 = PO 698, también del siglo iii. Bizos no lo usa por considerarlo de poco interés debido a su brevedad: sólo contiene algunas líneas del final del libro I, la última de las cuales corresponde a la primera del libro II en *y*.

Π_4 = *P. Varsoviensis* 1, del siglo iii. Es el más ecléctico, pero se aproxima, sobre todo, a *y*. Contiene I 6, 6-8; 9; 10; IV 5, 41-42; 47-48; V 2, 35, y 3, 2-3. En el mismo códice que el *P. Varsoviensis* 1 se encuentra el *P. Raylands* 549 conteniendo VII 2, 6-8; VII 2, 12-15. Se aleja a menudo de *y*.

Π_5 = PO 1018, también del siglo iii. Corresponde casi por completo a *y*, en algunas ocasiones sólo a D; sin embargo, las divergencias no son de importancia, ya que a menudo se refieren al orden de palabras. Contiene I 6, 27-29.

Π_6 = *P. Hawara* 15, del siglo ii; sólo contiene IV 5 41-44. No es utilizado por Bizos, porque lo considera de poco interés, debido a su brevedad.

Π_7 = *P. Rainer* (M. P. E. R., vol. VI, págs. 81-97), también del siglo ii, emparentado en general con *y*, aunque, a veces, lo está con *z*. Contiene V 2, 3-3, 26.

Otros dos papiros han sido editados posteriormente: el DR 3b [238], genovés, del siglo ii, conteniendo un fragmento de la *Ciropedia* V 12, 15, demuestra que el manuscrito más próximo es el D, y el *P. Rain.* I 31, que parece tratarse de un ejemplar de lujo de los siglos i o ii y contiene el fragmento VII 5, 9-10 [239].

8.3. Ediciones y traducciones.

La primera edición impresa de la obra de Jenofonte es la versión latina de F. Philelfus, 1476. La *editio princeps* del texto griego se debe a P. Giunta, Florencia, 1516, sobre un buen manuscrito, perdido hoy. El resto de las ediciones más importantes son: H. Estienne (Stephanus), Ginebra, 1561, 1581; Th. Hutchinson (libro VIII), Londres

[235] Este códice ha sido editado por P. Canart, «Trois manuscrits grecs dans le fonds Patetta de la Bibliothèque Vaticane», *Scriptorium* 16 (1962), 363-365.

[236] *The Greek and Latin Literary Texts from Greco-Roman Egypt*, Ann Arbor, Michigan-Londres, 2.ª ed., 1965, pág. 90.

[237] Se trata de la colección, que abreviaremos con la sigla *PO*, procedentes de la localidad egipcia de *Oxyrhynchus* que desde el tomo I (1898) de su serie impresa hasta, por el momento, el XLIX (1982) ha venido abriendo nuevos caminos al mundo filológico, bajo la dirección de Grenfell y Hunt primero y de Lobel y Turner después, con la valiosa aportación de toda una legión de filólogos.

[238] Editado por L. Migliardi, «Un nuovo papiro di Xenofonte inv. DR. 3 b: Xen. *Cyr.* V 2, 15», *Maia* 22 (1970), 269-270.

[239] Editado por J. Lenaerts, «Un papyrus de la *Cyropédie* de Xénophon, *P. Rain.* I 31», *Chronique d'Égypte* 54 (1979), núm. 108, 271-272.

(1727), 1765; I. C. Zeune, 1778-1782; I. G. Schneider, Leipzig, 1790-1849; J. B. Gail, París, 1797-1815; B. Weiske, Leipzig, 1798-1804; E. Poppo, Leipzig, 1819, 1823; Fr. Aug. Bornemann, Leipzig, 1838-1863; L. Dindorf, Oxford, 1857, 1875; L. Breitenbach, Leipzig, 1858, 1875-1890; G. Sauppe, Leipzig, 1865-1867-1870; Fr. K. Hertlein, Berlín, 1853 (V-VII), 3.ª ed., 1876; (I-IV Nitsche), 1886; A. Hug, Leipzig, *ed. maior,* 1883, última edición 1905; E. C. Marchant, Oxford, 1910; W. Gemoll, Leipzig, *ed. maior,* 1912, reeditada con ligeras correcciones, en 1967, por J. Peters.

En cuanto a las traducciones, es interesante la inglesa de W. Miller en Loeb Classical Library, Londres-Massachusetts, 1914, y las francesas de J. B. Gail, París, 1797-1815, pero, sobre todo, la de M. Bizos (I-V) y E. Delebecque (VI-VIII) en Belles Lettres, París, 1971-78. También de interés son la traducción catalana del libro I de N. Albafull, Fund. Bernat Metge, Barcelona, 1965; la rumana de M. Marinescu-Himu, Bucarest, 1967, y la edición comentada en italiano por G. Masera, Turín, 1941. Además, pueden consultarse la antología de textos de *Ciropedia* y *Memorables,* comentada por J. Von Hemsing y J. Rempe, Münster, 1960, y los comentarios de extractos del libro II de la *Ciropedia* realizados por L. Geysels, Lieja, 1962.

En lo que concierne al castellano, la versión más antigua es la de Diego Gracián de Alderete, Salamanca, 1552 [240], cuya segunda edición del texto griego y algunas correcciones de traducción se deben a Casimiro Flórez Canseco, Madrid, 1781 [241]. Más moderna, pero de menos interés, es la de Demetrio Frangos, México, 1948.

[240] *Las obras de Xenophon, trasladadas de Griego en Castellano por el Secretario Diego Gracián, divididas en tres partes. Dirigidas al Serenissimo Príncipe Don Philippe nuestro señor.* La *Ciropedia* ocupa la primera parte.

[241] Ensalzada por MENÉNDEZ Y PELAYO, «Biblioteca de traductores españoles», Madrid, CSIC, ed. de 1952-3, vol. II, págs. 188-190.

BIBLIOGRAFÍA

I. Autor y época:

J. K. Anderson, *Xenophon,* Londres, 1974.

H. R. Breitenbach, *Xenophon von Athen,* en Pauly-Wissowa, *RE,* IX A (1966), cols. 1707-1742.

P. Carlier, «L'idée de monarchie impériale dans la *Cyropédie* de Xénophon», *Ktêma* 3 (1978), 133-163.

A. Delatte, «La formation humaniste selon Xénophon», *Bull. Clas. Lett. Ac. Roy. Belg.* (1949), 505-522.

G. C. Field, *Plato and his Contemporaries,* Oxford, 2.ª ed., 1948.

C. García Gual, Introducción a la *Anábasis* (trad. de R. Bach Pellicer), Biblioteca Clásica Gredos 52, Madrid, 1982.

Th. Gomperz, *Les penseurs de la Grèce* (trad. fr. por A. Reymond), 1908-1909, vol. II, págs. 121-141.

E. R. Goodenough, «The Political Philosophy of Hellenistic Kingship», *Yale Class. Stud.* 1 (1928), 55-102.

W. K. C. Guthrie, *A History of Greek Philosophy,* vol. III, Cambridge, 1969, págs. 333-348.

G. Hémardinquer, *La Cyropédie. Essai sur les idées morales et politiques de Xénophon,* París, 1872.

W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis,* Nueva York, 1977.

R. Höistad, *Cynic Hero and Cynic King. Studies in the Cynic Conception of Man,* Upsala, 1948, págs. 78 y sigs.

W. Jaeger, *Paideia* (trad. esp.), F. C. E., México, 1962², páginas 956-964.

M. Kloft (ed.), *Ideologie und Herrschaft in der Antike* (Wege der Forschung 518), Darmstadt, 1979, págs. 27-188, 205-237, 361-387.

E. Lefèvre, «Die Frage nach dem *Bíos eudaímōn.* Die Begegnung zwischen Kyros und Kroisos bei Xenophon», *Hermes* 99 (1971), 283-296.

C. F. Lehmann-Haupt, «Der Sturz des Kroisos und das historische Element in Xenophons *Cyropaedie*», *Wiener Studien* 47 (1929), 123-127.

J. Luccioni, *Les idées politiques et sociales de Xénophon,* París, 1948.

—, *Xénophon et le Socratisme,* París, 1953.

R. Nickel, *Xenophon,* Darmstadt, 1979, págs. 56-58, 89-90, 120-122.

W. Prinz, *Der Xenophontis Cyri institutione,* Gotinga, 1911.

J. Romilly, «Les moderés athéniens vers le milieu du IVᵉ siécle», *Rev. d'Étud. Grec.* (1954), 327-354.

E. Scharr, *Xenophons Staats und Gesellschaftsideal und seine Zeit,* Halle, 1919.

E. Schwartz, *Fünf Vorträge über den griechischen Roman,* Berlín, 1896, págs. 56 y sigs.

R. Walzer, «Sulla religione di Senofonte», *Annali delle Scuola normale sup. di Pisa* (1936), 17-32.

II. Cronología:

L. Castiglioni, «Studi Senofontei, V: *La Ciropedia*», *Rendiconti della R. Acad. Naz. dei Lincei,* Serie V, vol. XXI (1922), 34-56.

E. Delebecque, *Essai sur la vie de Xénophon,* París, 1957, especialmente págs. 395-409.

G. Eichler, *De Cyrupaediae capite extremo,* Leipzig, 1880.

Th. Marschall, *Untersuchungen zur Chronologie des Werkes Xenophons,* Munich, 1928.

III. Reflejo del mundo persa:

A. Bauer, «Die Kyros-Sage und Verwandtes», en *Sitzungsb. d. philos.-hist. Kl. der Öst Ak. der Wiss.* (Viena, 1882).

H. Bengston, *Griegos y Persas* (trad. esp.), Madrid, 1972.

V. Brandenstein-M. Mayrhofer, *Handbuch des Altpersischen,* Wiesbaden, 1964.

A. R. Burn, *Persia and the Greeks. The Defence of the West 546-478 b. C.,* Londres, 1962.

A. Champdor, *Cyrus,* París, 1952.

A. Christensen, *Les gestes des rois dans les traditions de l'Iran antique,* París, 1936.

E. Friederici, *Das persische Idealheer der Cyropaedie,* Berlín, 1909.

R. Ghirscham, *L'Iran des origines à l'Islam,* París, 1951.

E. Herzfeld, *The Persian Empire,* Wiesbaden, 1968.

W. Hinz, *Das Reich Elam,* Stuttgart, 1964.

R. G. Kent, *Old Persian Grammar, Texts, Lexicon,* New Haven, 2.ª ed., 1953.

F. W. König, *Älteste Geschichte der Meder und Perser,* Leipzig, 1934.

J. Marquart, *Untersuchungen zur Geschichte von Iran,* Gotinga, 1896-1905.

E. Meyer, *Geschichte des Altertums,* vols. IV-V, Stuttgart, 1939-1958.

A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire,* Chicago, 1948.

J. V. Prášek, *Geschichte der Meder und Perser bis zur makedonischen Eroberung,* vols. I-II, Gotha, 1906-1910 (= Darmstadt, 1968).

G. Walser, *Hellas und Iran,* Darmstadt, 1984.

F. H. Weissbach, en Pauly-Wissowa, *RE,* Supl. IV, cols. 1128-1166.

IV. Influjo en la literatura posterior:

T. Adam, *Clementia Caesaris. Der Einfluss hellenistischer Fürstenspiegel auf den Versuch einer rechtlichen Fundierung des Principats durch Seneca,* Stuttgart, 1970.

M. P. Charlesworth, «The Virtues of a Roman Emperor. Propaganda and the Creation of Belief», *Proc. Brit. Acad.* 23 (1937), 105-133.

J. J. Farber, «The *Cyropaedia* and Hellenistic Kingship», *Amer. Jour. Philol.* 100 (1979), 497-514.

E. R. Goodenough, «The Political Philosophy of Hellenistic Kingship», *Yale Class. Stud.* 1 (1928), 55-102.

J. Gruber, «Xenophon und das hellenistisch-römische Herrscherideal», en *Reflexionen antiker Kulturen* (ed. P. Neukam), Munich, 1986, págs. 27-46 (Dialog Schule und Wissenschaft, Klassische Sprachen und Literaturen XX).

A. Heuss, «Alexander der Grosse und die politische Ideologie des Altertums», *Antike und Abendland* 4 (1954), 65-104.

K. Münscher, «Xenophon in der griechisch-römischen Literatur», *Philologus,* Supl. XIII 2 (Leipzig, 1920).

E. Richter, *Xenophon in der römischen Literatur,* Charlottenburg, 1905.

W. Schubart, «Das hellenistische Königsideal nach Inschriften und Papyri», *Archiv f. Papyrusf. u. verw. Geb.* 12 (1937), 1-26.

F. Taeger, *Charisma. Studien zur Geschichte des antiken Herrscherkultes,* 2 vols., Stuttgart, 1957/60, vol. I, págs. 263 y sigs.

V. Lengua y estilo:

S. B. Basset, «Wit and Humor in Xenophon», *Class. Jour.* 12 (1916-17), 565-574.

J. Bigalke, *Einfluss der Rhetorik auf Xenophons Stil,* Greisswald, 1933.

G. M. Calhoun, «Xenophon tragodos», *Class. Jour.* 17 (1921-2), 141-149.

R. Cavenaile, «Aperçu sur la langue et le style de Xénophon», *Les Étud. Class.* 43 (1975), 238-252.

L. Gauthier, *La langue de Xénophon,* Ginebra, 1911.

W. Horn, *Quaestiones ad elocutionem pertinentes,* Halle, 1924.

E. Norden, *Die antike Kunstprosa,* I, 2.ª ed., Leipzig-Berlín, 1909, págs. 101 y sigs.

G. Sauppe, *Lexilogus Xenophonteus,* Leipzig, 1869.

H. Schacht, *De Xenophontis studiis rhetoricis,* Berlín, 1890.

A. Simon, *Zur Entwicklung des Xenophons Stils,* Düren, 1887.

H. L. Strack, *Vollständiges Wörterbuch zu Xenophons Kyropädie,* Hildesheim, 1969.

F. W. Sturz, *Lexicon Xenophonteum,* 4 vols., Leipzig, 1801-4.

F. O. Wissmann, *De genere dicendi Xenophonteo,* Giessen, 1888.

VI. Texto:

G. de Andrés Martínez, «Sobre un códice de Jenofonte del siglo x (*Escurialense* 174, T. III 14)», *Emerita* 23 (1955), 232-257.

M. Bizos, *Xénophon. La Cyropédie,* París, 1972², Introducción, págs. LIV-LX.

H. Erbse, *Geschichte der Textüberlieferung der antiken und mittelalterlichen Literatur,* vol. I, Zurich, 1961, págs. 268 y sigs.

M. García Valdés, «Los problemas del *stemma* de la *Ciropedia*», *Emerita* 43 (1975), 139-168.

W. Gemoll, ed. corr. por J. Peters, *Xenophontis Institutio Cyri,* Praefatio, Leipzig, 1968.

F. Gómez del Río, «Manuscritos de Jenofonte en bibliotecas españolas», *Emerita* 26 (1958), 319-354.

A. Hug, *Commentatio de Xenophontis Anabasi. Cod. C, i. e. Parisinus 1640,* Zurich, 1872.

A. H. R. E. Paap, *The Xenophon Papyri. Papyrologica Lugduno-Batava,* vol. XVIII, Leiden, 1970.

G. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo,* Florencia, 1962².

A. W. Persson «Zur Textgeschichte Xenophons», *Lunds Universitets Årskrift* 10, 2 (1915).

DISCREPANCIAS TEXTUALES RESPECTO DE LA EDICIÓN DE BIZOS-DELEBECQUE

Pasajes	Bizos-Delebecque	Texto adoptado
I 3, 10	ἐπεί τε	ἐπειτ'εἰ
I 5, 9	διαπράξασθαι	διαπράξεσθαι
II 3, 7	πως ἔτι	προσέτι
II 3, 12	—	ἥδιον *ante* δίδοντα
II 4, 14	θέλεις	θέλοις
III 2, 1	ἀλλὰ	ἀλλ'ἀεὶ
III 3, 48	τοῖς αἰεὶ ἔξω οὖσι	τοῖς αἰεὶ ἐξιοῦσι
IV 1, 11	ἔσονται	νέονται
IV 5, 13	τότε	—
V 2, 29	συμμῖξαι	συμμίξειν
V 3, 34	μετὰ τούτων	μετ' αὐτῶν
V 4, 36	[καὶ]	—
VI 2, 11	[Συρίας]	—
VI 3, 5	σχεδὸν	—
VIII 2, 22	ἐξακοῦμαι	ἐξαρκοῦμαι
VIII 2, 24	[καὶ τὰ χρήματα]	—
VIII 3, 42	ἀποβαλλόντων	ἀποβαλόντων
VIII 3, 48	ᾗ	εἴη
VIII 8, 20	εἶναι ὑπῆρχε	ἦν

Hemos de señalar que los corchetes cuadrados y angulares de la edición de Bizos-Delebecque han sido respetados en la presente traducción.

SINOPSIS

I 1: Proemio.
- 2: Organización sociopolítica de los persas.
- 3-5: Juventud de Ciro: estancia en la corte de Astiages; primera experiencia guerrera.
- 6: Educación del príncipe.

II-III 3, 8: Ciro sale en auxilio de los medos al frente de un ejército. Preparativos. Vida comunitaria en las tiendas (II 1-4). Expediciones de Armenia y Caldea (III 1-2).

III 3, 9-VII 5-36: Guerra contra Asiria.
- Victoria frente a los asirios en la frontera. Los hircanios se pasan a Ciro (III 3, 9-IV 2).
- Proyecto de una caballería persa. Recelos de Ciaxares. Gobrias se pasa a Ciro (IV 3-6).
- Pantea, la princesa cautiva. Ciro en el palacio de Gobrias. Gadatas se pasa a Ciro. Nuevos recelos de Ciaxares (V 1-5).
- Planes para la campaña de invierno. Araspas - Pantea - Abradatas (VI 1).
- Discursos previos y salida del ejército (VI 2-VII 1, 22).
- Batalla de Sardes. Muerte de Abradatas. Encuentro de Ciro con Creso. Suicidio de Pantea (VII 1, 23-VII 3).
- Marcha hacia Babilonia. Planes y conquista de la ciudad (VII 4-VII 5, 36).

VII 5, 37-VIII 7: Ciro como soberano.
- Asentamiento en Babilonia (VII 5, 37-86).
- Organización de la corte. Métodos para granjearse el favor de los hombres (VII 1-4).
- Vuelta a Persia. Organización del imperio. Muerte de Ciro (VIII 5-7).

VIII 8: Epílogo. Decadencia del imperio que contrasta con el pasado esplendoroso.

LIBRO I

Dificultad que supone gobernar seres humanos

Una[1] vez se nos ocurrió reflexionar 1
sobre cuántas democracias han sido derrocadas por quienes preferían regirse con un régimen distinto del democrático, y sobre cuántas monarquías y cuántas oligarquías han sido ya, a su vez, abolidas por el pueblo, y sobre el hecho de que, de cuantos intentaron imponer la tiranía, unos fueron inmediatamente derrocados, y otros, por poco tiempo que se hayan mantenido en el poder, son objeto de admiración por haber sido varones tan sabios y afortunados. Nos pareció haber observado que también en las viviendas particulares muchos amos, unos con mayor número de criados y otros con muy pocos, no son capaces de mantener ni siquiera a estos pocos en actitud obediente[2]. Además, seguíamos reflexionando sobre el hecho 2
de que gobernantes son los boyeros de sus bueyes, los

[1] *La República de los lacedemonios* comienza de modo parecido: «Una vez se nos ocurrió reflexionar sobre que Esparta, una de las ciudades menos ricas en hombres...»

[2] En *Económico* III 1 ss., JENOFONTE habla de la conducta de los amos con sus criados.

yegüeros de sus caballos y que todos los que reciben el nombre de pastores podrían también ser considerados razonablemente gobernantes de los animales a cuyo cuidado están; pues bien, nos parecía apreciar que todos estos rebaños obedecen de mejor grado a sus pastores que los hombres a sus gobernantes. En efecto, los rebaños van exclusivamente por donde los pastores los dirigen, pacen en los lugares a los que los conducen y se mantienen alejados de aquellos de los que los apartan. Además, permiten a los pastores hacer el uso que quieran de los productos que se obtienen de ellos y aún no tenemos noticias de que nunca un rebaño se rebelara contra su pastor, ni para desobedecerle ni para impedirle hacer uso de sus productos, sino que, al contrario, los rebaños son más ariscos con cualquier extraño que con quienes los gobiernan y sacan provecho de ellos. Los hombres, en cambio, contra nadie se levantan más que contra aquellos en quienes noten intención de gobernarlos.

Excepcionales dotes para gobernar del persa Ciro

3 Mientras meditábamos sobre estos asuntos, íbamos comprendiendo, al respecto, que al hombre, por su naturaleza, le es más fácil gobernar a todos los demás seres vivos que a los propios hombres. Pero, cuando caímos en la cuenta de que existió el persa Ciro, que consiguió la obediencia de muchísimos hombres, muchísimas ciudades y muchísimos pueblos, a partir de ese momento nos vimos obligados a cambiar de idea y a considerar que gobernar hombres no es una tarea imposible ni difícil, si se realiza con conocimiento. Por ejemplo, sabemos que a Ciro le obedecían de buen grado gentes que, unos distaban de él muchos días de camino, otros incluso meses, otros que no lo habían visto nunca y otros que sabían bien que ni siquiera lo verían jamás, y, sin embargo, estaban dispuestos a serle sumisos [3]. En efecto, hasta tal 4
punto sobresalió del resto de los reyes, tanto de los que habían heredado el poder de sus padres como de los que lo habían obtenido por sí mismos, que el rey escita, aun siendo numerosísimos los escitas, no sería capaz de extender su dominio sobre ningún otro pueblo y se daría por satisfecho simplemente con mantenerse en el gobierno del suyo propio. Lo mismo le ocurriría al rey tracio con los tracios, al rey ilirio con los ilirios y a todos los otros pueblos de los que tenemos noticia; también se dice que los pueblos de Europa todavía en la actualidad son autónomos e independientes unos de otros. Sin embargo, Ciro, que había recibido en herencia a los pueblos de Asia, asimismo autónomos, partiendo con un pequeño ejército de persas se hizo caudillo de los medos y de los hircanios [4] con el consentimiento de cada uno de ellos; sometió a si-

[3] La *Ciropedia*, así como el *Hierón*, reflejan el conflicto político de la época, el declive de la *polis* y la revalorización de una idea monárquica. La teoría que desarrolla Jenofonte es la relativa a la transformación de la tiranía en una monarquía ideal. Cf. E. D. Frolov, «Xenophon and the later Tyranny» (en ruso, con resumen en inglés), *Vestnik Drevnej Istorii* 107 (1969), 108-124.

[4] Hircania, Varkana en antiguo persa, significa «tierra de lobos». Se encontraba en el ángulo sur del Mar Caspio. La primera mención que tenenos de ella es a través de Hecateo, *Fr. Gr. Hist.* 1 F 291, que no habla de la tierra, sino del «mar hircanio», probablemente antigua designación del Caspio. Era un país rico, que, a partir del siglo vii a. C., pasó a formar parte del imperio asirio y, después, del persa. Pero no aparece en la lista de las satrapías de Heródoto, ya que estaba incluida en la satrapía undécima a la que pertenecía el Caspio. Los hircanios pertenecían a la familia indoirania. La toponimia demuestra que tuvieron varios asentamientos, pues existen localidades con el nombre de Hircania en Macedonia, Palestina y Lidia. Entre sus costumbres se encontraba la de echar los cadáveres a los perros. Cf. Cicerón, *Tusculanas* I 108.

rios, asirios, árabes [5], capadocios, los habitantes de ambas Frigias, lidios, carios, fenicios y babilonios, gobernó a bactrios, indios y cilicios y, asimismo, fue soberano de sacas [6], paflagonios, magadidas [7] y un elevado número de

[5] Se refiere no a los árabes de la península arábiga, sino a los de la región que se encuentra en la margen izquierda del río Eufrates. En el mismo sentido aparece Arabia en *Anábasis* I 5, 1 ss. Según Heródoto, ésta era la tierra más meridional del mundo (III 107); la sitúa en la lista de provincias próximas a Egipto y afirma que los árabes nunca estuvieron sometidos al gran Rey (III 88), si bien sirvieron en el ejército persa junto a los etíopes (VII 69). Era un pueblo rico, porque controlaba las rutas del comercio de las especias; pero tenían un sistema socioeconómico muy primitivo propio de su carácter nómada.

[6] Heródoto (VII 64) señala que los persas llamaban a todos los escitas «sacas». De modo que saca corresponde al nombre iranio, y escita al griego. Los griegos entraron en contacto con los escitas en el siglo VIII a. C. —Hesíodo, fr. 150, 15, ya habla de ellos—, escucharon el vocablo indígena *skuda* «arquero», y a partir de él formaron *skýthes*, igual que los asirios formaron *aškuzai*. Para F. Cornillot, «L'origine du nom des scythes», *Indoir. Journ.* 23 (1981), 29-39, *skuda* antes de convertirse en el término para «arquero» significaba bonete acabado en punta, tal como el que llevaban los escitas occidentales. Respecto al término iranio *sáka*, ha sido puesto en relación con *spaka* «perro» por M. Sköld, «*Spansáka*, *Spaka*», *Bull. Soc. Lett.* 2 (1931), 1-5. En cambio, O. Szemerényi, «Four Old Iranian Ethnic Names: Scythian, Skudra, Sogdian, Saka», *Sitzungsb. phil. hist. Klasse* 371 (1980), 1-47, alude a su espíritu nómada, al relacionar «saca» con la raíz irania *sak-* «correr, fluir», y sigue su migración E.-O., emparentando la toponimia de puntos como las dos Skudra, una en Tracia y la otra en Macedonia, con la lejana Sogdiana, entre Bactria y el lago Aral. Según el testimonio de Heródoto, este pueblo, formado por tribus nómadas de buenos jinetes y arqueros (IV 46 y VI 112), presionado por los maságetas, penetró en Cimeria, de donde expulsaron a los cimerios, y se asentaron en la región conocida en la Antigüedad con el nombre de Escitia (IV 11). Durante la segunda mitad del siglo VII a. C., se dedicaron a someter a los cimerios y al pillaje por Siria, Palestina y Norte de Egipto.

[7] Pueblo desconocido. Dinforf lo corrige por la forma «mariandines», tribu de Bitinia. Sin embargo, nos parece verosímil la relación de

pueblos cuyos nombres no se podrían ni decir; y tuvo poder también sobre los griegos de Asia, y, bajando hacia el mar, sobre chipriotas y egipcios. Además, gobernó 5
sobre todos estos pueblos que no tenían la misma lengua que él ni una lengua común entre ellos; y, sin embargo, pudo abarcar tan extenso territorio por el temor que les inspiraba, de suerte que a todos aterrorizó y nadie intentaba nada en su contra, y fue capaz de infundirles tanto deseo de que todos le agradaran, que en todo momento exigían ser gobernados según su criterio, y se anexionó tantos pueblos, que es costoso incluso recorrerlos sea cual sea la dirección en la que se comience a marchar desde el palacio real, tanto si es hacia Oriente como hacia Occidente, hacia el Norte como hacia el Mediodía. Nosotros, conside- 6
rando que este varón es digno de admiración, nos pusimos a investigar cuál fue su linaje, qué dones naturales tuvo y qué clase de educación recibió para distinguirse tanto en el gobierno de los hombres. Así que, todo lo que averiguamos y todo aquello de lo que nos parece habernos percatado acerca de su persona intentaremos exponerlo ahora.

magadidas con la *mágadis*, instrumento de veinte cuerdas que se atribuye a los lidios y a los tracios. (Cf. Alcmán, *P. M. G.* 101; Anacreonte, *ibid.*, 374.) La hipótesis semítica propuesta por H. Lewy, *Die semitischen Fremdwörter im Griechischen*, Hildesheim, 1970, pág. 162, parece poco consistente.

Estirpe, aspecto y carácter de Ciro

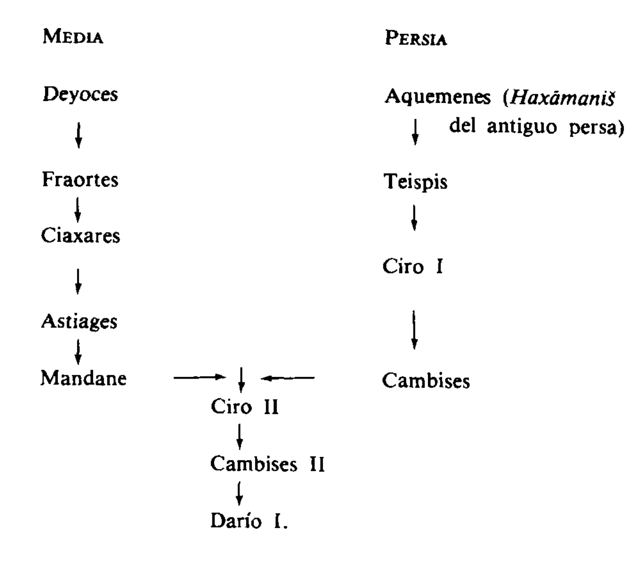
2 Se dice que el padre de Ciro fue Cambises, rey de los Persas; este Cambises era de la estirpe de los Perseidas, y los Perseidas reciben su nombre por Perseo [8]. Su madre, está generalmente admitido, fue Mandane; y esta Mandane era hija de Astiages, rey de los medos [9]. Todavía en la actualidad entre los bárbaros se

[8] Esta etimología popular de persas, que aparece también en PLATÓN, *Alcibíades* 120e, es falsa. La mayoría de los estudiosos relacionan este étnico con la ciudad de *Pārsua* en la ribera sur del lago Urmía, al NO. de la actual Kermanshah. (Cf. L. LEVINE, en *Iran* 12 [1974], 112.) La cuestión de la población de esta ciudad sigue abierta: ¿se trataba de los antepasados de los persas que más tarde emigraron hacia el S., hacia la actual provincia de Fars, o era un grupo de persas que se dirigió al O., mientras el resto emigraba hacia el S.? La primera hipótesis parece más plausible y se apoya en el testimonio de algunas inscripciones cuneiformes que presentan el étnico *Pàrsua* y parecen responder a un estadio de la marcha de los persas hacia el S. (Cf. R. GHIRSHMAN, *L'Iran et la migration des indo-aryens et des iraniens*, Leiden, 1977.) De cualquier modo, los *pârsua* desaparecen del N. a fines del siglo VIII, y ya sólo encontramos en las inscripciones referencias a los *pārsa* situados más al S., en la provincia conocida hoy con el nombre de Fars emparentado etimológicamente con el étnico. La hipótesis de I. M. DYAKONOV, *Istoriya Medii*, Moscú-Leningrado, 1952, pág. 69, basada en la suposición del origen común de las formas *pārsua, pārsa* y *parthia*, a partir de la palabra indoirania *pārsa-* «costado», «frontera», y el hecho geográfico de que las zonas correspondientes a esos nombres tenían fronteras con Media es sugestiva, pero poco convincente.

[9] HERÓDOTO (I 107 ss.) refiere el origen mítico de Ciro: el rey medo Astiages casó a su hija Mandane con un persa, Cambises, y habiendo tenido en sueños una visión de que el hijo de Mandane inundaría toda Asia y otra de que de su hija saldría una viña que daría sombra a toda Asia, ordenó a un noble medo, Hárpago, que matara al niño, pero éste, en lugar de matarlo, se lo entregó a un pastor, Spako, para que lo criara; con el tiempo, Astiages reconoció el origen real de Ciro y lo llevó junto a sus padres. El mito de la inundación de Asia relacionado con el origen de Ciro aparece también en CTESIAS (NICOLÁS DAMASCENO, *Fr. Gr. Hist.*

mantiene la tradición, en relatos y canciones [10], de que Ciro era muy bien parecido y muy generoso de corazón, muy

90, fr, 65), y el sueño de la viña en JUSTINO, I 4. Esta saga de Ciro contiene muchos elementos indoeuropeos, como señaló A. BAUER, «Die Kyros-sage und Verwandtes», en *Sitzungsb. d. philos.-hist. Kl.* (Viena, 1882).—Por otro lado, partiendo de la etimología de Spako, pastor que crió al joven Ciro y que se ha puesto en relación con el término medo *spaka-* «perro», se puede ver una característica común a la mayoría de las tradiciones acerca de los orígenes de estirpes reales: el abandono del niño, futuro fundador de dinastía, y su posterior crianza por parte de un animal; así Rómulo por una loba, Aquemenes por un águila, Ciro por un perro, etc. (cf. G. BINDER, «Die Aussetzung der Königskinder Kyros und Romulus», *Beiträge zur klass. Philol.* 10 [1964], 17-28 y 175-182).—En cuanto a la genealogía histórica del Ciro de la *Ciropedia*, Ciro II, tenemos datos procedentes de fuentes persas que pueden resumirse así:



[10] Se refiere a los *yashts*, himnos a dioses, héroes y reyes en el Irán antiguo, que a menudo sirvieron de fuente a los historiadores griegos.

amante del estudio y muy ávido de gloria, hasta el punto de soportar toda fatiga y de afrontar todo peligro con tal de recibir alabanzas [11].

La educación entre los persas

2 Tal era la naturaleza física y espiritual que se recuerda que tenía. Fue educado en las leyes de los persas [12], y estas leyes no parecen comenzar a ocuparse del bien común en el mismo punto en el que comienzan en la mayor parte de las ciudades; pues la mayoría de las ciudades, dejando que cada cual eduque a sus hijos como quiera y que los propios adultos vivan como deseen, luego les ordenan no robar ni saquear, no irrumpir en ninguna casa con violencia, no golpear a quien no sea lícito, no cometer adulterio, no desobedècer al gobernante

Cf. A. Christensen, *Les gestes des rois dans les traditions de l'Iran antique*, París, 1936, págs. 107 y sigs.

[11] Aquí Jenofonte hace una relación de las cualidades de Ciro, el futuro soberano, que coinciden con las del prototipo de hombre ideal. Ciro es, en primer lugar, «hermoso» (*kalós*), como el héroe de la epopeya. En ello se ajusta a la idea arcaica de que las acciones valientes se reflejan en el aspecto y porte del que las realiza. Es, asimismo, «generoso de corazón» (*philánthrōpos*), idea que también aparece en I 4, 1, IV 2, 10, VIII 2, 1, y 4, 7, «amante del estudio» (*philomathḗs*), como se refleja en I 4, 3 y I 6, 38, «ávido de gloria» (*philótimos*), como en I 3, 3, y I 4, 1, «justo» (*díkaios*), como se manifiesta en I 3, 16 ss. La enseñanza de la «virtud, justicia» (*dikaiosýnē*) era la base de la educación de los jóvenes nobles persas, cf. I 2, 6 ss.

[12] No disponemos de fuentes persas que nos detallen su sistema de educación. Sin embargo, el modelo de varón persa al que se debía aspirar lo conocemos gracias a la *Inscripción de Darío de Naqs -i- Rustam B*, 8a-8h., en la que Darío se atribuye a sí mismo todas las virtudes modélicas para un persa: justicia, amor a la verdad, continencia, generosidad con el amigo, pero intransigencia con el enemigo, pericia en el campo de batalla adquirida por medio de entrenamiento, ser buen jinete, buen arquero y buen lancero.

y, asimismo, cosas por el estilo; y si alguien infringe uno de estos preceptos, le imponen un castigo.

En cambio, las leyes persas se anticipan preocupándose 3
de que, desde el principio, los ciudadanos no sean tales que tiendan a alguna acción ruin o vergonzosa; y se ocupan de la siguiente manera: existe entre ellos un lugar llamado «Ágora Libre», en donde están el palacio real y los demás edificios de gobierno. De allí han sido desplazados a otro lugar las mercancías y los mercaderes con sus voces y groserías para que su tumulto no se mezcle con el buen orden de la gente que ha recibido educación.
Esta plaza que rodean los edificios de gobierno está divi- 4
dida en cuatro partes: una de ellas es para los niños, otra para los efebos [13], otra para los varones adultos y otra para quienes sobrepasan la edad militar. De acuerdo con la ley, cada uno de estos grupos acude al lugar que le corresponde. Los niños y los adultos, al amanecer; los ancianos, cuando a cada uno convenga, excepto en los días determinados en los que deben acudir. Los efebos duermen incluso cerca de los edificios de gobierno con sus armas ligeras, a excepción de los casados; a éstos no se les busca, a no ser que se les haya advertido con antelación que se presenten, pero tampoco está bien visto que falten a menudo.

[13] Traducimos *éphēboi* por «efebos», aunque no se ajuste a la idea del efebo griego, muchacho entre quince y veinte años. Aquí se refiere a jóvenes entre diecisiete y ventiséis años.

5 *Clasificación de los individuos*

Al mando de cada uno de estos grupos hay doce jefes, pues también están divididas en doce las tribus de los persas [14]. Como jefes de los niños se eligen, de la clase de los ancianos, a los que parece que van a darles la mejor formación; como jefes de los efebos se eligen, de la clase de los hombres adultos, a los que parece que les van a procurar mejor educación; como jefes de los varones adultos, a quienes parece que van a hacerles especialmente cumplidores de los mandatos y órdenes de la suprema autoridad; y, también, se eligen dirigentes de los ancianos, a quienes les inducen a que igualmente ellos cumplan con su deber. Y ahora vamos a exponer los deberes de cada una de estas edades para que quede más claro cómo los persas se preocupan de que sus ciudadanos sean los mejores.

La clase de los niños [15]

Los niños que van a la escuela pasan 6
su tiempo aprendiendo la virtud de la justicia y dicen que van allí con este propósito, como entre nosotros dicen que van para aprender las letras. Y sus jefes pasan la mayor parte del día juzgándolos, pues entre los niños, como entre los adultos, hay acusaciones de robo, rapiña, violencia, engaño, calumnia, y otros delitos por el estilo, que es verosímil que cometan. Y a los que reconocen culpables de alguno de estos delitos los castigan. También 7
castigan a quienes descubran que han hecho una acusación

---

[14] Jenofonte habla de doce tribus persas frente a las diez que presenta HERÓD., I 125, excluyendo otras que, según él, seguían sometidas a los medos. Esas diez tribus de Heródoto son:

PASARGADAS. Dan nombre a la capital de los persas durante el reinado de Ciro y Cambises, situada al O. de Persépolis. Los aqueménidas constituían una estirpe de esta tribu, y no una tribu distinta como afirma ESTRABÓN, XV 3, 1.

MARAFIOS. Tribu a la que pertenecían muchos personajes importantes persas, HERÓD. IV 167. Marafis se llama también un rey persa en ESQUILO, *Los persas* 778.

MASPIOS. Su nombre se conserva en una tribu de los Lurs actuales, cf. E. HERZFELD, *Zoroaster and his World,* II, Princeton, 1947, página 729.

GERMANIOS. Pueden ser localizados en la actual Kerman, en Persia Oriental.

PANTIALEOS. A quienes HERZFELD, *ibid.*, pág. 731, relaciona poco convincentemente con la actual Fahliyan.

DERUSIEOS. No son citados en ninguna otra parte.

Estas tres últimas tribus eran, siempre según Heródoto, labradores, mientras que las cuatro siguientes eran nómadas:

DAOS. También habla de ellos ESTRAB., XI 7, 1. Pueblo del N. que se ha puesto en relación con los dadicas HERÓD. III 91, 4.

MARDOS. Pueblo de las montañas del SO. de Persépolis. Son los *Amardoi* de ESTRAB., XI 7, 1. También aparece un rey persa llamado Mardos en ESQUILO, *Persas* 774 ss.

DRÓPICOS. Se les ha puesto en relación con los dérbices, ESTRAB., XI 8, 8.

SAGARTIOS. De quienes el propio HERÓDOTO (VII 85) dice que eran medio persas en el habla y, en parte, en el vestir.

Para profundizar en el tema, cf. J. V. PRÁŠEK, *Geschichte der Meder und Perser bis zur makedonischen Eroberung,* vol. I, Gotha, 1906, páginas 201 y sigs., y F. SPIEGEL, *Eranische Altertumskunde,* Leipzig, 1878, vol. II, pág. 234, quien defiende la historicidad de las tribus que presenta Heródoto, basándose tanto en las inscripciones iranias antiguas como en el *Avesta.*

[15] Según el testimonio de HERÓD., I 136, los niños para los persas eran muy importantes, pues tenían a gala mostrar el mayor número de hijos posible, considerando que éste era proporcional a la fuerza del hombre. Respecto a su educación, nos dice que los niños y jóvenes, desde los cinco a los veinte años, sólo aprendían tres cosas: montar a caballo, tirar al arco y decir la verdad. Ni Heródoto ni Jenofonte hacen referencia a la intensa formación religiosa que reciben los niños de los Parsis, tribu india procedente de Persia, que conserva costumbres y tradiciones persas antiguas, y cuya educación se basaba en el aprendizaje de oraciones e himnos (*yashts*). Cf. J. J. MODI, *The Religious Ceremonies and Customs of the Parsee,* Bombay, 1927, págs. 12-13.

injusta, y juzgan también por la acusación que más odio produce entre los hombres y que es menos objeto de juicio, la de ingratitud; y al niño de quien deciden que, pudiendo demostrar agradecimiento no lo hace, también a éste le dan un fuerte castigo, pues piensan que los desagradecidos son los más negligentes con respecto a los dioses, sus padres, su patria y sus amigos, y es opinión generalizada que a la ingratitud, sobre todo, acompaña la desvergüenza, pareciendo que ésta, a su vez, es la máxima guía para
8 todos los actos inmorales. Enseñan a los niños también la virtud de la templanza, y contribuye en gran manera a su aprendizaje el hecho de ver cómo sus mayores viven con templanza cada momento del día. Asimismo, les enseñan a obedecer a sus jefes, a lo que contribuye en gran manera el hecho de ver que sus mayores obedecen a sus jefes a rajatabla. Les inculcan, además, la sobriedad en el comer y en el beber, a lo que contribuyen en gran manera también el hecho de ver que sus mayores no abandonan sus puestos para ir a comer antes de que sus jefes les dejen marchar, y la costumbre de que los niños no coman con su madre, sino con su maestro cuando los jefes lo indiquen. Se traen de casa pan, como alimento básico, y berro [16], como companage, y para beber, por si alguno tiene sed, un tazón para extraer agua del río. Además de estas enseñanzas, aprenden a disparar el arco y la lanza. Hasta que tienen dieciséis o diecisiete años de edad, los niños

[16] Cicerón, *De finibus* II 92, habla de esta dieta de berros irónicamente: «...que los grandes placeres pueden ser baratos, incluso no costar nada estoy de acuerdo, si es posible; que no se encuentra menos placer en los famosos berros, que eran, según Jenofonte, el alimento común de los persas, que en los banquetes de Siracusa tan condenados por Platón...».

se ejercitan en estos menesteres y a continuación entran en la clase de los efebos.

La clase de los efebos

A su vez, estos efebos viven de la 9
manera siguiente: a partir del momento en que salen de la clase de los niños, durante diez años duermen, como ha quedado dicho antes, cerca de los edificios de gobierno para salvaguardar la ciudad y para ejercitar la templanza, pues parece que esta edad necesita del máximo cuidado. Durante el día se ponen al servicio de las autoridades por si son requeridos para realizar algún servicio relativo a la comunidad. Y, cuando es necesario, todos permanecen junto a los edificios de gobierno; pero, cuando el rey sale de caza, lo que hace muchas veces al mes, deja allí la mitad de la guarnición. Los que salen con él deben llevar un arco y, junto al carcaj, un cuchillo o un hacha [17] en su vaina y, además, un escudo ligero y dos lanzas, una para dispararla de lejos y otra para, en caso de necesidad, usarla a mano en un encuentro cuerpo a cuerpo.

Y se preocupan de la caza como actividad pública, y el 10
rey es en ello, como en la guerra, su caudillo, y él mismo caza y cuida de que cacen los demás, porque es opinión general que éste es el ejercicio más auténtico para el entrenamiento bélico [18]. En efecto, la caza acostumbra a levan-

[17] Los términos que aparecen en griego son: *kopís*, arma oriental de hoja curva usada generalmente por los caballeros, y *ságaris*, arma también oriental semejante al machete sudamericano.

[18] La idea de que la caza debe entenderse como entrenamiento para la guerra se repite con frecuencia en Jenof., *Rep. lac.* IV 7, y *Cinegético* XII 1-5, donde se llegan a detallar las semejanzas entre la guerra y la práctica de la caza. También recomienda que se aborde en el momento en que se sale de la infancia para entrar en la adolescencia, cf. *Cineg.* II 1-2.) De cualquier modo, esta práctica no constituye sólo una preocu-

tarse pronto, a soportar el frío y el calor, ejercita en la marcha y la carrera y obliga a tirar al arco y disparar la lanza a las fieras cada vez que una aparezca de improviso. También en la caza es obligado templar el ánimo cuando, como ocurre a menudo, un animal fiero hace frente, pues hay que golpearlo si se acerca, y esquivarlo si se abalanza; de modo que no es fácil encontrar en la caza ningún ele-
11 mento que esté ausente en la guerra. Los efebos salen de caza con un almuerzo más copioso que el de los niños, como es natural, pero en lo demás totalmente semejante al de ellos. Mientras cazan no pueden almorzar; pero, si fuera necesario permanecer más tiempo de caza por causa de un animal, o, si por alguna otra razón quieren alargar la caza, toman como cena este almuerzo y siguen cazando durante el día siguiente hasta la hora de cenar de nuevo; y cuentan estos dos días como uno, porque no gastan más que los víveres de una sola jornada. Y lo hacen para acostumbrarse y ser capaces de hacerlo también en la guerra, si fuera preciso. Los jóvenes de esta edad tienen como comida las piezas que cacen y, en su defecto, berros, y si alguien piensa que comen desganados cuando tienen de comida sólo berros con pan, o que beben desganados cuando beben agua, recuerde cuán agradable es comer torta de cebada o pan candeal para el que está hambriento y cuán agradable beber agua para el que tiene sed.

12 Por su parte, las tribus que no han salido de caza se entretienen ejercitando las demás prácticas que aprendieron de niños: tirar al arco y disparar la lanza, y pasan

pación griega, sino que Jenofonte debió de conocer personalmente la afición de los persas a este deporte conocido también por PLATÓN, cuando, en *Alc.* 121e, dice que era costumbre persa que los niños de la familia real comenzaran a cazar a los siete años.

el tiempo organizando certámenes de estas pruebas entre ellos. Tienen lugar también certámenes públicos y se proponen premios, y de la tribu en la que se encuentren en mayor número los jóvenes más hábiles, valerosos y fieles, los ciudadanos alaban y honran no sólo a su jefe actual, sino también al que los educó cuando eran niños. Los magistrados se sirven de los efebos que se han quedado en la ciudad, si hubiera que hacer guardia, seguir la pista de malhechores, perseguir forajidos y cuantos menesteres precisan fuerza y velocidad. Estas acciones son las que realizan los efebos. Después de diez años de permanencia en esta clase, entran en la de los adultos.

La clase de los adultos

A partir del momento en que éstos sa- 13
len de la clase de los efebos, pasan, a su vez, veinticinco años del modo siguiente: en primer lugar, como los efebos, se ponen al servicio de las autoridades, por si hubiera que realizar cualquiera de las acciones relativas a la comunidad que son ya propias de personas sensatas, pero todavía vigorosas. Si se ha de ir de expedición, los que han sido así educados marchan sin ni siquiera flechas ni lanzas, sino con las llamadas armas de cuerpo a cuerpo: una coraza alrededor del pecho, un escudo en la mano izquierda, como llevan los persas en las pinturas [19], y en la derecha una daga o un cuchillo. Es de esta clase de donde son designados todos los cargos públicos, excepto los maestros de los niños. Después de cumplir veinticinco años en esta clase, cuando tienen probablemente algo más de cincuenta años de edad, entran en la clase de los que son ancianos, y ése es el nombre que reciben.

[19] Se alude aquí a las pinturas del pórtico de Pecilo en Atenas que representaban la batalla de Maratón.

14 *La clase de los ancianos*

Por su parte, estos ancianos ya no salen fuera del país a ninguna expedición guerrera; se quedan en su país y juzgan todos los asuntos, ya sean públicos o privados, participan incluso en los procesos de pena de muerte y son ellos quienes eligen todos los cargos públicos; y, si un miembro de la clase de los efebos o de los adultos infringe una ley, lo hace público el jefe de tribu correspondiente, o cualquier ciudadano que lo desee, y los ancianos, una vez oída la acusación, lo excluyen. El que ha sido excluido pasa el resto de su vida privado de los derechos de ciudadanía.

15 *La Constitución de los persas*

Para dar a conocer más claramente el conjunto de la constitución persa, me remontaré un poco hacia atrás en el tiempo; pues, después de lo dicho anteriormente, me sería posible exponerla en pocas palabras. Se dice que los persas son cerca de ciento veinte mil [20], y ninguno de ellos es apartado por ley de honores o cargos públicos, sino que todos los persas tienen el derecho de enviar a sus hijos a las escuelas públicas de justicia. Pero sólo los que pueden educar a sus hijos sin hacerles trabajar los envían allí, y los que no pueden no los envían [21]. Los niños que hayan sido educados con maestros públicos tienen el derecho de pasar su juventud en la clase de los efebos, mientras que los que no han recibido esa educación no tienen ese derecho. Por su parte, los

[20] Esta cifra no tiene una base real, sino que debe ser muy inferior a la verdadera, de la que no tenemos noticias exactas.

[21] En *Anáb.* I 9, 2, también pone de manifiesto la diferencia entre los niños de familias distinguidas, que eran educados en la corte del rey, y el resto de los niños, que no recibían educación.

que hayan cumplido las normas vigentes en la clase de los efebos tienen el derecho de sumarse a la clase de los adultos, y de participar en cargos y honores; en cambio, los que no hayan vivido en la clase de los efebos, no tienen acceso a la de los adultos. A su vez, los que vivan intachablemente en la clase de los adultos pasan a formar parte de la clase de los ancianos. Así, la clase de los ancianos está compuesta de aquellos que hayan pasado por todos los niveles de virtud. Y ésta es la Constitución con cuya práctica los persas creen que pueden convertirse en los mejores ciudadanos.

Dieta y reglas de urbanidad entre los persas

Todavía en la actualidad quedan tes- 16
timonios de que su régimen alimenticio es equilibrado y de que hacen bien la digestión, pues todavía en la actualidad es vergonzoso para los persas escupir, sonarse o no retener ventosidades en público, y es vergonzoso también dejarse ver yendo a algún lugar a orinar o a hacer otra cosa por el estilo; y no podrían evitarlo, si no practicaran un régimen alimenticio equilibrado ni consumieran humores con trabajos pesados, de suerte que los eliminan por otros conductos [22]. Esto es lo que puedo decir acerca

[22] Según el testimonio de HERÓDOTO (I 133), los persas tomaban pocos platos fuertes y, en cambio, muchos postres servidos a lo largo de la comida. Eran muy dados al vino y tenían por costumbre discutir los asuntos importantes en estado de embriaguez. Estas noticias se contradicen con las de Jenofonte y las del propio HERÓDOTO (I 71), cuando dice que los persas «no comen lo que quieren, sino lo que pueden... Además, no prueban el vino, sino que únicamente beben agua; y tampoco tienen higos para comer, ni otra delicia cualquiera...» (trad. de C. SCHRADER [Biblioteca Clásica Gredos, 3], Madrid, 1977). ¿A qué se debe este contraste de testimonios? Sin duda se refieren a épocas distintas: mientras HERÓDOTO, en I 71, y Jenofonte, a lo largo de la *Ciropedia*, a excepción del libro VIII, se refieren a los persas de época de Ciro el Grande, hom-

de los persas en general. Ahora, para comenzar el relato, hablaremos de los hechos de Ciro comenzando desde su infancia.

Ciro en Media con Astiages

3 Hasta los doce años o poco más, Ciro recibió esta educación, y eran evidentes sus diferencias con los niños de su edad por la rapidez con que aprendía sus deberes y por la perfección y valor con que hacía todo. Después de este tiempo, fue cuando Astiages [23] hizo ir a su hija y al hijo de ella a Media, pues deseaba verlo, porque sabía de oídas que Ciro era hermoso de cuerpo y noble de espíritu [24], y Mandane entonces va

bres austeros y de gran continencia, el pasaje I 133 de HERÓDOTO y el libro VIII de la *Ciropedia* se refieren a los persas de su tiempo, que ya han abandonado gran parte de sus buenas costumbres. No hay que olvidar tampoco, en el caso de JENOFONTE, su admiración por la continencia y moderación en comida y bebida de los espartanos (cf. *Rep. lac.* V 1-7), que se refleja también en la *Ciropedia*. En cuanto a la prohibición de vomitar, orinar o estornudar en presencia de alguien, también se encuentra en HERÓD., I 138.

[23] Astiages, Ṛšti-vaiga en antiguo persa, «el que blande la lanza». El personaje histórico dista mucho del personaje novelado de la *Ciropedia*. Tanto dos inscripciones cuneiformes como la *Crónica de Nabonido* presentan a Ciro, señor de Anzan, sublevándose contra Astiages, rey de Media, del que era vasallo. Cf. F. H. WEISSBACH, en PAULY-WISSOWA, *RE*, supl. IV, col. 1143. También HERÓD., I 107-131, y CTESIAS, NIC. DAMASC., *Fr. Gr. Hist.* 90 fr. 66, 24 ss., aunque con grandes diferencias entre sí, recogen la tradición del enfrentamiento entre ambos personajes.

[24] JENOF., *Banquete* I 1: «la belleza tiene algo de grande, cuando va unida a la decencia y a la modestia», es decir, la bondad y la belleza son dos cualidades complementarias. R. TURASIEWICZ, «De *kaloû kagathoû* notione apud Xenophontem obvia» (en polaco con resumen en latín), *Meander* 35 (1980), 195-210, añade al contenido moral de este término una significación sociopolítica de clase en la obra de Jenofonte, que peca de atrevimiento.

hacia la casa de su padre con su hijo, Ciro. Tan pronto 2
como Ciro llegó y se enteró de que Astiages era el padre de su madre y, como era niño de natural cariñoso, al punto lo abrazó como lo podría abrazar quien se hubiera criado con él y fuera amigo suyo desde antiguo, y al verlo maquillado, los ojos pintados, aplicado colorete y puesta la peluca —adornos que eran tradicionales entre los medos, como también lo son los trajes de púrpura, los caftanes, los collares en el cuello y las pulseras en las muñecas, a diferencia de Persia, donde todavía en la actualidad casas y ropas son mucho más ordinarias y el tipo de vida es más sencillo [25]—, al ver, pues, el maquillaje de su abue-

[25] Es preciso distinguir, una vez más, entre los persas de tiempos de Ciro el Grande y los persas de la época de Jenofonte. Mientras los persas primitivos llevaban una vestimenta muy simple (cf. ESTRAB., XV 3, 18) de cuero, cuyo rasgo más sobresaliente eran los pantalones también de cuero (cf. HERÓD., I 71), posteriormente se hicieron famosos por su lujo y abandonaron su tradicional sobriedad. El propio Heródoto presenta como causa de ese cambio tan radical la victoria sobre los lidios, que los puso en contacto con el lujo y con las riquezas de la corte de Sardes.—Por otra parte, hay que resaltar la facilidad con que los persas adoptaban las costumbres de otros, por ejemplo, la túnica meda, porque la encontraban más hermosa (cf. *ibid.*, I 135). La mayor parte de los usos medos se imponen en la corte de Ciro (cf. *infra*, VIII 1, 41). Así, no es de extrañar que, en *Anáb.* I 5, 8, se hable de sus suntuosas túnicas, sus largos pantalones bordados, sus collares y sus pulseras.—Los relieves de Persépolis, de época de Darío y Jerjes, son ilustrativos al respecto y coinciden con la descripción de HERÓD., VII 61, que hace referencia a las amplias túnicas con mangas y de muchos colores. En la Apadana —vestíbulo de pilares— persepolitana aparecen representados cortesanos medos y persas alternando; sus ropas son color escarlata, rojo oscuro y púrpura, mezclados a veces con un gris más sobrio y llevan como adornos pendientes y collares.—En el Tesoro de Persépolis aparece Darío sentado en el trono, sin tocar el suelo con los pies, para no contaminarse, apoyándose en una banqueta; su túnica es de amplias mangas, su barba larga, rizada y cuadrada al estilo asirio, su cabeza va tocada con una

lo, sin dejar de contemplarlo dijo: «¡Madre, qué hermoso es mi abuelo!» Y como su madre le preguntara quién le parecía más hermoso si su padre o él, Ciro respondió: «Madre, de los persas, el más hermoso, con mucho, es mi padre, pero, de todos los medos que he visto en los caminos y en la corte, el más hermoso, con mucho, es éste, mi
3 abuelo.» Astiages dándole un abrazo por la respuesta, le puso una hermosa túnica y lo honró y adornó con collares y pulseras; si tenía que salir a algún sitio lo paseaba sobre un caballo de bridas de oro, como él mismo solía hacer cuando salía de paseo. Y Ciro, como era un niño amante de la belleza y de los honores, estaba muy contento con la túnica y disfrutaba sobremanera aprendiendo a montar a caballo; pues, en Persia, por la dificultad que representaba criar y montar caballos en una tierra montañosa, era muy raro ya, incluso, el hecho de ver un caballo.

tiara y lleva como adornos collares y pulseras.—Todavía más detallado es el relieve de la Sala de Audiencias donde aparece Jerjes. La túnica exterior, el *kandys*, está teñida con púrpura fenicia y lleva bordados de oro representando halcones luchando. La túnica interior, *chitón*, es púrpura con lunares blancos, como correspondía sólo al rey (cf. *Esther* VIII 15). Debajo lleva unos pantalones blancos. Sus zapatos planos y puntiagudos son de color azafrán, (cf. Esquilo, *Persas* 661). Lleva collares y pulseras de oro. También de oro es el ceñidor para sujetar la espada corta persa cuyo puño presenta una piedra preciosa. En su mano derecha tiene un cetro de oro y en la izquierda un loto. Los servidores reales aparecen en los relieves con trajes y zapatos púrpuras, pero sus sombreros son más bajos y sus barbas más redondeadas; alguno sostiene el parasol para el rey, complemento tomado de los asirios. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, págs. 276-285, y E. F. Schmidt, *Persepolis*, vol. I, Chicago, 1953, págs. 84 y sigs., figs. 50-52.

Sentado a la mesa de su abuelo

Estando una vez Astiages cenando con 4
su hija y con Ciro y queriendo que el niño comiera lo más a gusto posible para que no echara de menos su país, hizo que le sirvieran golosinas y toda clase de salsas y manjares, y cuentan que Ciro dijo:

—¡Abuelo, cuántos problemas tienes durante la cena si estás obligado a tender tus manos hacia todos estos platos y probar estos variados manjares!

—Pero, ¿por qué?, preguntó Astiages. ¿Es que no te parece esta comida mucho mejor que la de los persas?

Y se dice que Ciro replicó:

—No, abuelo; en mi país el modo de saciar nuestro apetito es más sencillo y rápido que en el vuestro, pues a ello nos encamina la alimentación a base de pan y carne. Vosotros os afanáis por la misma meta que nosotros, pero, después de dar muchas vueltas arriba y abajo, con dificultades alcanzáis el lugar donde nosotros llegamos hace tiempo.

—Pero, hijo mío, dijo Astiages, nosotros no damos 5
esos rodeos a disgusto, y si pruebas estos manjares, tú también reconocerás que son agradables.

—Pero, dijo Ciro, veo que también a ti, abuelo, te repugnan estos manjares.

Y Astiages preguntó:

—¿En qué te basas, hijo, para decir eso?

—En que veo que, cuando has tocado pan, dijo, no te enjuagas las manos para nada; en cambio, cuando has cogido alguno de estos manjares, en seguida te limpias la mano con las servilletas, como si te desagradara haberla tenido llena de ellos.

A esto Astiages replicó: 6

—Está bien, si así lo crees, hijo mío; pero, al menos obséquiate con carne en abundancia para que vuelvas a tu país hecho un mozo.

Y mientras pronunciaba estas palabras hacía que le sirvieran muchos trozos de carne de venado y de animales domésticos. Cuando Ciro vio tantos trozos de carne, dijo:

—¿Me das, abuelo, toda esta carne para que haga con ella lo que quiera?

—Por Zeus, dijo su abuelo, claro que sí, hijo mío.

7 Entonces, Ciro, después de coger los trozos de carne, los fue distribuyendo entre los sirvientes de su abuelo mientras decía a cada uno de ellos: «A ti te entrego este trozo porque me estás enseñando a montar a caballo con gran interés, a ti porque me regalaste una lanza (pues ahora la tengo en mi poder), a ti porque sirves bien a mi abuelo y a ti porque honras a mi madre.» Y fue haciendo eso hasta que hubo distribuido todos los trozos de carne que había cogido.

Episodio de Sacas, el escanciador

8 «Y a Sacas [26], el escanciador dijo Astiages, al que yo más estimo, ¿no le das nada?» Y ocurría que este Sacas era un hermoso joven que tenía el encargo de conducir ante Astiages a quienes le pedían audiencia, e interceptar el paso a aquellos que no le pareciera conveniente conducir a su presencia. Y Ciro preguntó impetuosamente, como un niño que todavía no se intimida por nada: «Abuelo, y ¿por qué a ese lo estimas tanto?» Y Astiages bromeando le dijo: «¿No ves qué bien

[26] A lo largo de la obra encontramos étnicos para designar a un personaje determinado, en lugar del nombre propio correspondiente. Así, por ejemplo: el Asirio, II 1, 5, y 4, 7, III 3, 45, V 4, 1, VI 1, 25; el Armenio: II 4, 12 y 31, III 1, 43.

y con cuánta distinción escancia?» Los escanciadores de estos reyes escancian el vino con elegancia, lo vierten con limpieza y entregan la copa sosteniéndola con tres dedos y la ofrecen del modo que le sea más cómodo cogerla
al que va a beber. Entonces, Ciro dijo: «Abuelo, ordena a Sacas que me dé la copa para que también yo, habiendo vertido bien el vino en tu copa, consiga conquistarte, si puedo.» Y Astiages ordenó a Sacas que se la diera. Ciro cogió la copa y después la lavó tan bien como había visto hacer a Sacas, y le ofreció y entregó la copa a su abuelo poniendo una cara tan seria y distinguida, que les hizo reír mucho a su madre y a Astiages. El mismo Ciro, echándose a reír también, se lanzó sobre su abuelo y, al mismo tiempo que lo besaba, dijo: «Estás perdido Sacas, te echaré de tu cargo, pues además de que escanciaré mejor que tú, decía, yo no me beberé el vino.» Pues los escanciadores reales, cada vez que entregan la copa, después de extraer un poco de ella con una taza [27], lo vierten en la mano izquierda y lo ingieren para que no les reporte beneficio servir veneno. 10

Acto seguido, Astiages bromeando le dijo:

—Y ¿por qué, Ciro, ya que imitas en otras cosas a Sacas, no has ingerido un poco de vino?

—Por Zeus, dijo, porque temía que hubiera veneno mezclado con el vino en el crater, pues cuando invitaste a tus amigos a las fiestas de tu cumpleaños [28] claramente comprendí que él os vertía veneno.

[27] Se trata de un vaso o taza para escanciar vino, el *kýathos*.

[28] Los persas celebraban más que ningún otro pueblo el aniversario. Los ricos, según HERÓD., I 133, encargaban un buey, un caballo, un camello y un asno para asar en un horno, y los pobres preparaban animales más pequeños para la ocasión. También PLATÓN (*Alcibíades* 121c) se hace eco de la importancia de esta fiesta. Entre los parsis de la India

—Y, dijo Astiages, ¿cómo te diste cuenta de ello, hijo mío?

—Por Zeus, porque os veía vacilantes mental y físicamente; pues, en primer lugar, lo que no nos dejáis hacer a los niños, vosotros sí lo hacíais; chillabais todos a la vez sin entenderos los unos a los otros y cantabais también muy ridículamente y sin escuchar al cantor jurabais que cantaba muy bien. Cada uno de vosotros hablaba de su propia fuerza, pero luego, si os levantabais para ir a bailar, no sólo no bailabais al ritmo, sino que ni siquiera podíais manteneros derechos. Olvidabais por completo, tú que eras rey, y los demás que tú los gobernabas. Entonces, en efecto, por vez primera comprendí que lo que entonces hacíais era ejercer el derecho a expresaros libremente, pues no os callabais nunca.

Y Astiages dijo:

11 —Pero, hijo mío, ¿tu padre no se emborracha cuando bebe?

—No, por Zeus, dijo Ciro.

—Y ¿cómo hace?

—Deja de tener sed y no sufre ningún otro mal, y creo, abuelo, que es porque Sacas no le escancia.

—Pero, hijo mío, dijo su madre, ¿por qué haces la guerra a Sacas?

—Por Zeus, dijo Ciro, porque le odio. Pues muchas veces cuando deseo correr junto al abuelo, el muy miserable me lo impide. Pero te suplico, abuelo, dijo, que me permitas ser su jefe durante tres días.

Astiages dijo: «Y ¿cómo te comportarías de jefe suyo?» Ciro dijo: «Me colocaría en la entrada de tus aposen-

se mantiene dicha tradición, especialmente referida al primer aniversario de un niño, que se celebraba con gran ceremonia, cf. MODI, *The Religious Ceremonies...*, pág. 12.

tos como él hace; luego, cuando quisiera pasar para el desayuno, le diría que aún no le es posible ponerse a desayunar, pues está ocupado con alguien; y, si volviera para la cena, le diría que se está bañando; y, cuando tuviera ya muchísima hambre, le diría que está con sus mujeres, y así hasta hacerle esperar como él me hace esperar a mí, cuando me aparta de ti.» Tan alegres eran los ratos que 12
Ciro les hacía pasar durante la cena, y de día, si se daba cuenta de que su abuelo o el hermano de su madre necesitaban algún servicio, era difícil que otro se le adelantara a hacerlo, pues disfrutaba sobremanera complaciéndolos en lo que podía.

Mandane vuelve a Persia y Ciro se queda en Media

Cuando Mandane se disponía a volver con su marido, Astiages le rogó que le dejara a Ciro, y ella contestó que quería complacer a su padre en todo, pero que, sin embargo, le parecía duro dejar allí al niño en contra de su voluntad. Entonces Astiages dice a Ciro: 13

—Hijo mío, si te quedas junto a mí, en primer lugar 14
Sacas no tendrá mando sobre tus entradas a mis aposentos, sino que en tus manos estará entrar cuando quieras, y te estaré tanto más agradecido cuanto más a menudo lo hagas. En segundo lugar, podrás hacer uso de mis caballos y de los demás que quieras y, cuando te vayas a Persia, te podrás llevar los que desees. Después, respecto a la comida, podrás seguir la vía que quieras para conseguir la dieta que te parezca equilibrada. Luego, te regalo las fieras que hay ahora en el parque [29] y añadiré otras espe-

[29] El término que aparece en griego es *parádeisos*. Se trata de una palabra de origen medo, *airidaeza*, que encontramos en avéstico como *pairidaēza* «recinto» (cf. BRANDENSTEIN-MAYRHOFER, *Handbuch des Altpersischen*, Wiesbaden, 1964, pág. 137). También aparece en *Génesis* II

cies a las cuales tú, en cuanto hayas aprendido a montar a caballo, perseguirás y derribarás con flechas y lanzas, como los adultos. También te procuraré niños como compañeros de juego, y cuanto quieras además de esto, me lo dices y no dejarás de obtenerlo.

15 Después de que Astiages hubo hecho esta propuesta, la madre le preguntó a Ciro si prefería quedarse o marcharse; él no vaciló, sino que inmediatamente dijo que quería quedarse, y, al preguntarle su madre la razón, se dice que respondió:

—Porque en Persia soy y se me considera el más diestro de todos mis camaradas en el manejo de la lanza y del arco. En cambio, aquí sé bien que soy inferior a mis camaradas en el manejo del caballo y eso, dijo, sábelo bien, madre, me molesta mucho. Pero, si me dejas aquí y aprendo a montar, cuando esté en Persia creo que voy a vencer con facilidad a los buenos corredores y cuando venga a Media intentaré ser el mejor jinete de la caballería de mi abuelo para luchar junto a él como caballero.

Entonces su madre le dijo:

16 —Y ¿cómo aprenderás aquí la virtud de la justicia, si tus maestros están allá?

Ciro contestó:

—Pero, madre, si la conozco con todo detalle.

—Y ¿cómo es que tú la conoces?, dijo Mandane.

—Porque mi maestro, dijo, considerando que conocía a Justicia con todo detalle, me puso a juzgar a otros y sólo

8 ss.; Lucas, XXIII 43; Pablo, II *Cor.* XII 3., y *Apocalipsis* II 7, en el sentido de lugar de paz y goce. Con todo, cuando se encuentra en contextos persas, se refiere a las extensas reservas de caza que pudo haber conocido el propio Jenofonte; así aparece en *Ciropedia*, *Económico* IV 20-25, y *Anábasis* I 4, 10, y II 4, 14.

en una ocasión recibí golpes por no haber juzgado correctamente. El caso que se juzgaba era así: un niño mayor 17 que tenía una túnica pequeña le quitó a un niño pequeño la túnica grande que llevaba puesta, le puso la suya y él se vistió con la de aquél. Así que yo a la hora de juzgarlos decidí que era mejor para ambos que cada uno llevara la túnica que le ajustaba mejor. Entonces, el maestro me pegó y me dijo que siempre que se me encargara actuar como juez de lo que quedaba bien, así se debía hacer, pero que siempre que tuviera que decidir de quién es la túnica, esto dijo que había que investigar: qué posesión es legítima, la de quien la ha robado y la tiene en su poder, o la de quien la posee porque se la ha hecho o comprado. Y ya que lo legal es justo, y lo ilegal arbitrario, dijo que él aconsejaba siempre al juez votar de acuerdo con la ley. Así pues, madre, has de saber que yo ya conozco con exactitud lo que es justo y, si necesitara más conocimientos, aquí está el abuelo para enseñármelos.

—Pero, hijo mío, dijo su madre, en el país de tu 18 abuelo y en Persia no tienen por justos los mismos hechos: pues él se ha hecho a sí mismo soberano absoluto en Media; en cambio, en Persia consideran justa la igualdad: y tu padre es el primero que ejecuta lo ordenado por la ciudad y recibe lo ordenado. No tiene como medida su voluntad, sino la ley [30]. De modo que ten cuidado, no vaya a

[30] Jenofonte condena la tiranía que atribuye al sistema político medo y ensalza la soberanía de la ley que considera propia del régimen político persa. En *Econ.* XXI 12, también ataca la tiranía, y en *Memorables* IV 6, 12, opone medos a persas en términos semejantes a los que encontramos aquí. Sin embargo, los datos que tenemos del sistema político persa no corroboran la imagen dada por Jenofonte, sino que presentan al rey como Rey de Reyes, centro de gobierno, salvaguarda de la tradición y fuente directa e indirecta de autoridad con limitaciones muy reducidas.

ser que mueras a latigazos cuando estés ya en casa, si vuelves habiendo aprendido de tu abuelo en vez del poder del rey el del tirano, que, entre otras cosas, consiste en creer que el tirano debe poseer más que nadie.

—Pero tu padre, dijo Ciro, precisamente es más digno de admiración, madre, al enseñar a los demás a poseer menos que más. ¿O no ves, dijo, que tiene a todos los medos enseñados a tener menos posesiones que él? De modo que ten confianza en la seguridad de que tu padre no devolverá a casa a ningún otro ni a mí enseñados en el afán de poseer más.

Detalles de la humanidad de Ciro

De muchos temas de este tipo solía charlar Ciro. Finalmente, su madre se marchó. Ciro se quedó y allí recibió su educación. Rápidamente se había mezclado con sus camaradas, hasta hacerse amigo suyo y rápidamente se ganó el favor de los padres de sus compañeros, yéndolos a ver y demostrándoles que amaba a sus hijos, de suerte que, si tenían que pedir algo al rey, mandaban a sus hijos rogar a Ciro que se lo consiguiera en su nombre, y Ciro, gracias a su bondad y amor, tenía en la mayor estima conseguir lo que los niños
2 le pidieran. Tampoco Astiages era capaz de negarse a complacer a Ciro en todo lo que le pedía. Además, en una ocasión en que cayó enfermo, Ciro no se apartaba nunca de su abuelo ni cesaba de llorar, y era evidente para todos su exagerado temor ante la idea de que su abuelo muriera. Y si por la noche Astiages tenía alguna necesidad, era Ciro el primero que se daba cuenta y el más diligente de todos en saltar para servirle en lo que creía que le iba a agradar, de suerte que acabó por ganarse del todo a Astiages.

Quizá Ciro era demasiado charlatán, en parte por su 3
educación, ya que era obligado por su maestro a rendir cuentas de sus acciones y a tomarlas de otros siempre que actuaba de juez; y, además, por su deseo de instrucción, siempre preguntaba muchas cosas a quien tuviese cerca para saber cómo eran, y a todo lo que otros le preguntaban, por ser de entendimiento despierto, rápidamente daba una respuesta, de suerte que todos estos factores contribuían a su charlatanería. Pero, igual que a todos los que aun siendo jóvenes han crecido, sin embargo en su cuerpo se manifiesta la juventud que acusa sus pocos años, así también de la charlatanería de Ciro no se traslucía atrevimiento, sino sencillez y necesidad de cariño, de modo que cualquiera habría preferido escucharle a tenerlo al lado en silencio.

Adolescencia de Ciro: su ansia de superación

Cuando el tiempo, acompañado de 4
la talla, le condujo hacia la pubertad, entonces hacía uso de pocas palabras y de una voz más reposada; se llenaba de pudor hasta el punto de enrojecer siempre que se encontrase con personas mayores que él y ya no era igual de impetuoso para lanzarse sobre todos como un cachorro. Así, se había vuelto más tranquilo, pero enteramente encantador en sociedad. De hecho, en cuantos juegos suelen competir los jóvenes entre sí no desafiaba a los compañeros en aquello que él se sabía mejor, sino que tomaba la iniciativa precisamente en aquello que se sabía inferior, afirmando que iba a hacerlo mejor que ellos: era el primero en saltar sobre el caballo para tirar al arco o disparar la lanza desde la montura, aunque todavía no era un jinete firme. Y cuando era derrotado era el que más se reía de sí mismo. Pero, como no rehuía hacer aquello 5
en lo que era derrotado, sino que se esmeraba en intentar

hacerlo mejor la próxima vez, pronto llegó a igualar a sus compañeros en el manejo del caballo, pronto los superó porque le apasionaba esta ocupación y pronto hubo cazado las fieras del parque a base de perseguirlas, herirlas y matarlas, de suerte que Astiages ya no era capaz de reunirle más. Entonces, Ciro, como se dio cuenta de que, aunque quisiera, su abuelo no podía proporcionarle muchos animales, le dijo: «Abuelo, ¿qué falta te hace meterte en problemas buscando fieras? Envíame con el tío a cazar y pensaré que todas las fieras que vea tú las crías para mí.»
6 Pero, aunque deseaba ardientemente ir de caza, ya no podía seguir rogando con la insistencia de cuando era niño y se acercaba a su abuelo con más timidez. En cuanto al reproche que antes hacía a Sacas de que no le permitía acercarse a su abuelo, él mismo se fue convirtiendo en un Sacas para sí mismo, pues no se le acercaba si no lo veía oportuno y pedía a Sacas que le hiciera saber por medio de un signo cuándo era el momento oportuno para entrar y cuándo no, de modo que Sacas ya lo estimaba sobremanera al igual que el resto del mundo.

Ciro sale de caza

7 Cuando Astiages comprendió que tenía un deseo muy grande de salir de caza, lo dejó ir con su tío [31] y una escolta de guardias veteranos a caballo para que lo preservaran de los terrenos peligrosos y de las fieras salvajes que pudieran aparecer. Ciro preguntaba con interés a los componentes del séquito a qué

[31] Se refiere a Ciaxares, a quien Jenofonte hace hijo del rey medo Astiages. En cambio, HERÓDOTO (I 73) informa que era hijo de Fraortes y, por tanto, nieto de Deyoces y padre del propio Astiages. No parece que se trate de un simple error de Jenofonte, sino, más bien, que esa adecuación de la figura de Ciaxares como tío de Ciro provenga de la intención por parte del autor de contrastar la figura ideal de Ciro

fieras no había que aproximarse y a cuáles había que perseguir sin temor, y le dijeron que osos, jabalíes, leones y panteras habían matado a muchos que osaron aproximarse a ellos, pero que ciervos, gacelas, ovejas y burros salvajes eran inofensivos; también le dijeron que había que precaverse de los terrenos difíciles no menos que de las fieras, porque muchos jinetes se habían despeñado junto con sus caballos. Ciro aprendía todas estas enseñanzas con interés, 8
pero tan pronto como vio pasar un ciervo brincando, olvidó todos los consejos que había oído y lo persiguió, pendiente nada más que de por dónde huía. Entonces, el caballo en algún saltó cayó de manos y por poco lo tira por encima de la cabeza. Ciro se mantuvo, no obstante, con bastante dificultad, y el animal se levantó. Y cuando llegó a la llanura, derribó con su lanza al ciervo, un ejemplar grande y hermoso. Él disfrutaba muchísimo, pero los guardias de su escolta se acercaron a galope y le reprendieron por haberse lanzado a tan gran peligro, y le dijeron que lo contarían. Así que Ciro, pie a tierra, estaba allí afligido por lo que oía; pero, en cuanto oyó un grito, saltó sobre el caballo, como poseído por un dios, y, tan pronto como vio venir de frente a un jabalí, se dirigió a él, le apuntó certeramente, lo hirió en la frente y lo derribó. Entonces 9
ya también su tío le reprendió al ver su temeridad. Pero, a pesar de la regañina, Ciro pidió a su tío que le permitiera llevar a su abuelo cuantas piezas había cobrado para regalárselas, y dicen que su tío le respondió:

con un personaje poco agradable para el que no era adecuado su abuelo Astiages. Por otra parte, el Ciaxares que refleja Heródoto es un hombre de carácter violento que trataba con brutalidad a sus servidores escitas.

—Pero, si se entera de que has estado persiguiendo fieras, no te reprenderá sólo a ti, sino a mí también por permitírtelo.

—Que me azote, si quiere, dijo Ciro, pero después de dárselas; y tú, tío, dame el castigo que quieras, pero hazme ese favor.

Y Ciaxares terminó diciendo:

—Haz como quieras, ya que ahora mismo pareces nuestro rey.

10 Así fue como Ciro llevó las fieras y se las entregó a su abuelo diciendo que él mismo las había cazado para él. No le mostró los dardos, pero los colocó, llenos de sangre, allí donde pensaba que su abuelo los vería.

Y entonces Astiages dijo:

—Hijo mío, acepto gustosamente lo que me regalas; sin embargo, no tengo tanta necesidad de ninguna de estas fieras como para que arriesgues tu vida por ellas.

Y Ciro dijo:

—Pues bien, si tú no las necesitas, te ruego, abuelo, que me las des para que las distribuya entre mis compañeros.

—Tómalas, hijo, dijo Astiages, y distribúyelas entre quienes quieras juntamente con los demás regalos que desees.

11 Ciro las cogió y se las fue entregando a los niños mientras decía:

—Muchachos, ¡qué bobada era que cazáramos los animales del parque! Me parece que era como cazar animales atados. Pues, en primer lugar, se realizaba en un espacio pequeño; después, las fieras estaban flacas y sarnosas, y la una coja y la otra lisiada. En cambio, las de los montes y praderas qué hermosas, qué grandes y qué gordas se las veía: los ciervos, como si tuvieran alas, saltaban hacia el

cielo, y los jabalíes se lanzaban como dicen que hacen los hombres valerosos, y era imposible errar el tiro de lo anchos que estaban; más bellas, dijo, me parecen estas fieras muertas que aquéllas de la cerca vivas. ¿Os dejarían, siguió diciendo, también vuestros padres ir de caza?

—Sería fácil, respondieron, si Astiages lo ordenara.

Ciro, entonces, dijo:

—¿Quién podría hablar a Astiages en nuestro favor?

—¿Quién podría convencerlo mejor que tú?, dijeron 12
ellos.

—Pero, por Hera, exclamó Ciro, si no sé en qué clase de persona me he convertido, que ya no soy capaz ni de hablar ni de dirigir la mirada hacia mi abuelo como antes, y me temo que si aumenta mi miedo me convierta en un rematado tonto e idiota, a diferencia de cuando era pequeño, cuando se me tenía por un conversador muy hábil.

Los niños entonces le replicaron:

—Molesto es lo que dices; si no vas a poder hacer nada por nosotros en caso de necesidad, nos veremos obligados a pedir a algún otro lo que está en tus manos.

Ciro se picó al oír estas razones; sin decir una palabra 13
se alejó, se dio valor a sí mismo y entró en el aposento de su abuelo no sin antes haber cavilado sobre la manera de dirigirse a él sin causarle molestia alguna y conseguir lo que los niños y él mismo deseaban. Y comenzó del modo siguiente:

—Dime abuelo, si uno de tus esclavos se escapa y lo capturas, ¿cómo te comportarás con él?

—¿De qué otro modo, contestó Astiages, sino atándolo y obligándolo a trabajar?

—Y si él vuelve por sí mismo, ¿qué le harás?

—¿Qué podría hacerle sino azotarlo para que no lo volviese a hacer y tratarle de nuevo como antes?

—Podría ser hora de que te prepares una cosa con la que azotarme ahora, porque estoy planeando escaparme de ti con mis camaradas para ir a cazar, dijo Ciro.

Y Astiages replicó:

—Has hecho bien en advertirme: te prohíbo moverte de palacio. Pues buen pastor sería yo, si por unos pedazos de carne dejara extraviarse al hijo de mi hija.

14 Al oír esto, Ciro obedeció y se quedó, pero como estaba apesadumbrado y sombrío se pasaba el día callado. Cuando Astiages se dio cuenta de la profunda aflicción de Ciro, con intención de alegrarle lo sacó de caza. Una vez que hubo reunido muchos infantes y caballeros y a los niños, camaradas de Ciro, y hubo congregado a las fieras en lugares aptos para la caballería, organizó una gran cacería. Él mismo la presenciaba luciendo sus atributos reales y ordenó que nadie disparara hasta que su nieto se hubiese saciado de piezas. Pero Ciro no permitió este impedimento y dijo: «Si quieres que cace a gusto, abuelo, deja que todos éstos persigan las piezas en rivalidad conmigo y compita cada cual lo mejor que pueda.»

15 Entonces, Astiages accedió y allí de pie contemplaba cómo se medían con las fieras y rivalizaban persiguiéndolas y disparándoles las lanzas. Y se alegraba de que Ciro, de puro placer, no pudiera estar callado, sino que rompía a gritar como un cachorro de buena casta cada vez que se aproximaba una fiera, y exhortaba a los participantes llamando a cada uno por su nombre. Y Astiages se regocijaba al ver cómo Ciro se reía de uno, pero se daba cuenta de que también a otro lo alababa sin ninguna clase de envidia. Astiages, al final, se marchó en posesión de muchas piezas, y a partir de entonces tan contento se había quedado con esta cacería, que siempre que podía salía con Ciro y llevaba consigo muchos caballeros y niños y todo lo hacía por Ciro. Así era como Ciro pasaba la mayor parte de su tiempo, y era motivo de alegría y bien para todos, pero de mal para nadie.

Ataque del príncipe asirio

Cuando Ciro hubo cumplido aproximadamente quince o dieciséis años, el hijo del rey de los asirios [32], en vísperas de su boda, tuvo deseos de salir de caza, también él, por esta época. Al enterarse de que en la zona fronteriza entre Asiria y Media había muchas fieras sin cazar, por causa de la guerra, le entraron deseos de ir allí. Para cazar sin peligro, se llevó consigo muchos caballeros y peltastas [33], que tenían la misión de 16

[32] Tanto Jenofonte como Heródoto (VII 63) identifican asirios con sirios; este último alega que *sýrioi* es el nombre griego y *asýrioi* el bárbaro. En sentido estricto, los asirios eran los habitantes del país cuya capital era Nínive. En sentido más amplio eran los súbditos de los reyes de Nínive en su época de esplendor. Dominaron (cf. *ibid.*, I 95), la Alta Asia durante quinientos veinte años hasta que los medos adquirieron poder. Heródoto (IV 39) incluye bajo su mando toda la región entre la llanura irania, Armenia y el desierto. Esta región es llamada Asiria en las inscripciones procedentes de Sudarabia que se remontan al siglo IX a. C. Su dominio en Mesopotamia abarca, sobre todo, del siglo IX al VII, a finales del cual su poderío decae. Assur, su antigua capital, fue sitiada por los babilonios en el 615 y tomada por los medos en el 614. Los medos aliados a los babilonios toman también la nueva capital, Nínive, en el 610. Comienza entonces el poderío de Babilonia. Después del reinado de Nabucodonosor, el imperio asirio se desploma ante los ataques del rey medo Ciaxares, quien somete todo el país a excepción de Babilonia (cf. *ibid.*, I 106), ciudad que Ciro incorpora más tarde al imperio persa. Heródoto (I 178), como Jenofonte, incluye Babilonia en Asiria. Esta confusión puede deberse a la similitud cultural y religiosa existente entre Babilonia y Nínive.

[33] Soldados de infantería ligera. Recibían su nombre del pequeño escudo redondo que portaban, *péltē*. En un principio no llevaban armadura para el cuerpo y su armamento fundamental constaba de unas lanzas

azuzarle las fieras desde las espesuras hacia las tierras cultivadas y apropiadas para la caballería. Al llegar adonde los asirios tenían sus plazas fuertes y guarniciones, cenó para salir de caza a la mañana siguiente temprano.

17 Ya al atardecer, el relevo de la guardia anterior, compuesto de caballeros e infantes, llega de la ciudad. Entonces tuvo la impresión de que estaba en posesión de un ejército numeroso, pues estaban congregados dos guarniciones y, además, los caballeros e infantes que habían venido con él. En consecuencia, decidió que lo mejor era saquear la tierra de los medos: esta acción resultaría más lucida que la de cazar y proporcionaría, según pensaba, gran cantidad de ofrendas para los sacrificios. En tales circunstancias, se levantó temprano y se puso al frente del ejército: dejó a los infantes concentrados en la frontera, y él avanzó con la caballería hacia las plazas fuertes de los medos, y allí permaneció acompañado de los mejores y el mayor número de sus soldados para evitar que los centinelas medos pudieran recibir ayuda contra las fuerzas atacantes. Envió a sus compañeros, divididos en grupos, a atacar cada uno un lugar y les ordenó que rodearan al enemigo que encontraran y se lo trajeran a su presencia. Y ellos así lo hacían.

18

Ciro sale también a defender el país

Cuando Astiages fue puesto al corriente de que había enemigos dentro del país, sale a defender la frontera él en persona, acompañado de su guardia personal, y su hijo hizo otro tanto con los caballeros que se encontraban junto a él e indicó a todos los demás que salieran en su ayuda. Tan pronto como vieron a un

ligeras, *akóntia*. Parece que este tipo de soldado procedía de Tracia y fue importado a Grecia a finales del siglo V.

número elevado de asirios dispuestos en línea de batalla y a los caballeros en posición de descanso, los medos también se detuvieron. Por su parte, Ciro, al ver que los demás habían salido en masa en defensa de la frontera, también él sale, después de haberse puesto sus armas entonces por vez primera —momento que creía que no iba a llegar nunca, tan grande era su deseo de armarse con ellas—; eran muy bellas y le sentaban muy bien porque su abuelo las había hecho a medida. Armado de esta guisa se abalanzó sobre el caballo. Al verlo, Astiages se preguntó quién le habría ordenado venir; de cualquier modo, le dijo que se mantuviera a su lado. Y Ciro, cuando vio frente a él 19
a tan elevado número de caballeros, preguntó:

—Abuelo, ¿esos soldados que están quietos sobre sus caballos son enemigos?

—Claro que son enemigos, replicó Astiages.

—¿Y aquellos que cabalgan?, continuó.

—Claro, aquéllos también.

—¡Por Zeus, abuelo, exclamó Ciro, a pesar de su aspecto miserable y de montar caballejos miserables se llevan nuestras propiedades! Es necesario, pues, que algunos de los nuestros avancen contra ellos.

—Pero, hijo mío, ¿no ves la cantidad de caballeros que se mantienen formados en línea de batalla? Si los atacamos, ellos, a su vez, nos cortarán la retirada y no tenemos aquí todavía el grueso de nuestras fuerzas.

—Si te quedas aquí, dijo Ciro, y recibes el refuerzo de nuestras tropas de auxilio, éstos tendrán miedo, no se moverán, y, cuando vean a alguien avanzar contra ellos, los que llevan el botín lo soltarán inmediatamente.

Estas sugerencias de Ciro le parecieron razonables a 20
Astiages y, al mismo tiempo que se admiraba de que fuera tan sensato y avispado, ordena a su hijo tomar una com-

pañía de caballería y avanzar contra los que se llevaban el botín. «Y yo, dijo Astiages, avanzaré contra éstos si se mueven hacia ti, para forzarlos a dirigir su atención hacia nosotros.» Entonces, Ciaxares se lanzó al ataque con los hombres y caballos más vigorosos. Cuando Ciro los vio partir, se unió inmediatamente a ellos y se puso en cabeza rápidamente. Ciaxares iba detrás de él y el resto de la tropa no se quedaba a la zaga. Tan pronto como los saqueadores los vieron acercarse, inmediatamente sol-
21 taron el botín y echaron a huir. Sin embargo, Ciro y su gente les cortaban la retirada, y a quienes cogían por sorpresa al punto los golpeaban, Ciro el primero, y a los que se habían apresurado a escabullirse, los perseguían y no los dejaron hasta atrapar a algunos de ellos. Como un perro de pura raza falto de experiencia se precipita imprudentemente contra un jabalí, así también Ciro se precipitaba en su persecución con la vista puesta sólo en golpear al que alcanzaba y sin prever nada más.

Pero los enemigos, cuando vieron a los suyos en serias dificultades, se movilizaron en masa hacia delante con la convicción de que la persecución cesaría en cuanto los
22 viesen avanzar. Ciro, por su parte, no cejaba en su empeño, sino que por obra de su regocijo llamaba a su tío mientras continuaba la persecución y, presionando a los enemigos, provocaba su violenta huida. Ciaxares lo seguía, quizá por no tener que avergonzarse ante su padre, y el resto de los hombres lo seguían también con más ardor en la persecución en tales circunstancias, incluso los que no eran muy valerosos para enfrentarse al enemigo. Pero Astiages, al ver que los unos hacían una persecución irreflexiva y que los enemigos, en cambio, les hacían frente en formación compacta, temeroso de que les sucediera algún percance a su hijo y a Ciro, que caían desordenadamente sobre tropas bien preparadas, dirigió sus tropas contra los enemigos. Los enemigos, a su vez, tan pronto como vieron 23
avanzar a los medos, se detuvieron blandiendo sus lanzas unos y tensando sus flechas otros, en la idea de que sus adversarios, cuando estuvieran a tiro de flecha, se pararían como solían hacer casi siempre —pues solían avanzar los unos contra los otros hasta que estuvieran muy próximos y se quedaban disparándose a menudo hasta el atardecer—, pero cuando vieron a los suyos precipitarse en su huida contra sus propios compañeros, a la tropa de Ciro dirigiéndose contra ellos a muy poca distancia y a Astiages con la caballería ya a tiro de flecha, se dan la vuelta y huyen. Los medos los perseguían muy de cerca a todo galope y atrapaban a muchos; a quienes alcanzaban los golpeaban, tanto caballos como jinetes, y a quienes caían los mataban. Y no pararon hasta que se encontraron cerca de la infantería asiria. Llegados allí, pararon, temerosos de exponerse a que una tropa más numerosa les hubiera tendido una emboscada. Acto seguido, Astiages ordenó la 24
retirada muy satisfecho de la victoria de su caballería y sin saber qué decir a Ciro, consciente de que era responsable del éxito, pero reconociendo que era un loco por su temeridad. En efecto, entonces, mientras todos los demás volvían a sus casas, Ciro se quedó solo no haciendo otra cosa que dar vueltas por entre los caídos; los soldados que habían recibido la orden a duras penas lo arrancaron del lugar y lo condujeron ante Astiages, mientras Ciro se escabullía de ellos porque veía la cara de enfado de su abuelo ante su vista [34].

[34] En el pasaje que aquí termina se perfilan ya las líneas generales de lo que serán los episodios de batalla en la *Ciropedia:* planificación prudente del ataque por parte de Ciro, arrojo y valentía de Ciro frente

Regreso a Media

25 Estos sucesos habían ocurrido en Media y todos tenían el nombre de Ciro en la boca, en relatos y en canciones. Respecto a Astiages, que ya antes lo estimaba, esta hazaña lo había dejado atónito. Y Cambises, el padre de Ciro, se alegraba de recibir estas noticias; pero, cuando oyó decir que Ciro realizaba ya acciones de varón adulto, lo llamó para que completara su formación dentro de los usos persas. Entonces, se dice que Ciro expresó su intención de marcharse para evitar que su padre se disgustase y su patria se lo reprochara. También a Astiages le pareció inevitable devolverlo a casa. Y después de regalarle los caballos que él deseaba recibir e incluir en su equipaje toda clase de regalos, lo devolvió a Persia porque lo amaba y, además, tenía grandes esperanzas de que se convirtiera en un varón capaz de ser útil a los amigos y terrible para los enemigos [35]. Al llegar el momento de su partida, todos lo escoltaban a caballo: niños, jóvenes de su edad, adultos y ancianos e, incluso, el propio Astiages; y cuentan que no hubo nadie que no volviera
26 a casa llorando. Se dice que también el mismo Ciro se marchó con abundantes lágrimas. También cuentan que repartió entre sus camaradas muchos regalos de los que Astiages le había dado [36], y que, finalmente, se quitó la túnica meda que llevaba puesta y se la regaló a uno de ellos

a la indecisión y, a menudo, cobardía de Ciaxares e interés de Ciro por los caídos en la batalla.

[35] Cf. *Mem.* III 1, 6 ss., donde se expone una idea semejante.

[36] En este párrafo se esbozan las actitudes constantes de Ciro: su obediencia al superior, la devoción que el pueblo le profesaba y su generosidad para con los amigos.

demostrando que aquél era al que más quería [37]. Sin embargo, quienes habían recibido y aceptado los regalos se dice que se los llevaron a Astiages, quien los aceptó y, después, se los envió a Ciro, pero que él se los devolvió a los medos diciendo: «Abuelo, si quieres que cuando vuelva a visitarte lo haga con alegría y no tenga ningún motivo de vergüenza, permite que los que hayan recibido algo de mí lo posean.» Y Astiages, una vez enterado del deseo de Ciro, hizo como él le había pedido.

El enamorado de Ciro

Si se ha de hacer mención de un relato amoroso en torno a Ciro, he aquí uno: se dice que, cuando Ciro estaba a punto de marcharse y llegaba el momento de la separación, sus parientes se despidieron de él besándolo en la boca, a la costumbre persa [38] —en efecto, todavía en la actualidad lo hacen los persas—, y que un medo [39], muy hermoso de cuerpo y noble de espíritu, conmovido desde hacía tiempo por la belleza de Ciro, cuando vio que sus parientes lo besaban, se quedó rezagado. Después de que el resto de los presentes se marchó, se dirigió a Ciro y le dijo: 27

—¿Soy yo el único de tus parientes que no conoces, Ciro?

—¡Cómo!, exclamó Ciro. ¿Es que acaso tú también eres pariente mío?

[37] Este niño, Araspas, reaparecerá en V 1, 2, y jugará un papel importante en la campaña contra los asirios.

[38] La costumbre del saludo con un beso en la boca es recogida también por HERÓD., I 134: «...si las dos personas que se encuentran son del mismo rango... se besan en la boca; si hay diferencia de rango, se besan en las mejillas, y si la diferencia de rango es muy grande, el de rango inferior se echa a tierra ante el de rango superior...».

[39] El nombre de este joven es Artabazo. Reaparecerá en IV 1, 22.

—Sí, replicó.

—Entonces, por eso me mirabas. En efecto, muchas veces creo haberme dado cuenta de ello, dijo Ciro.

—Siempre quería acercarme a ti, dijo el medo, pero, por los dioses tenía vergüenza de hacerlo.

—No debías haberla tenido siendo pariente mío, dijo Ciro mientras se acercaba a él para besarlo.

28 Una vez que Ciro lo hubo besado, el medo le preguntó:

—¿También en Persia existe la costumbre de besar a los parientes?

—Sí, contestó Ciro, sobre todo cuando se encuentran después de mucho tiempo o se despiden unos de otros.

—Sería el momento de que me vuelvas a besar, pues, como ves, me voy ya.

Ciro, después de besarlo de nuevo, lo despidió y se marchó. No llevaban hasta entonces mucho camino hecho cuando el medo volvió con su caballo sudoroso. Al verlo, Ciro le preguntó:

—¿Se te ha olvidado algo de lo que querías decirme?

—No, por Zeus, contestó el medo, vuelvo después de una larga separación.

—Por Zeus, pariente, exclamó Ciro, al contrario, es un rato corto.

—¿Cómo corto? ¿No sabes, Ciro, que incluso el tiempo que tardo en pestañear, me parece que es muy largo porque no te veo, de tan hermoso como eres?

Entonces, Ciro de llorar pasó a reír y le dijo que se marchara confiado, porque volvería a estar entre ellos después de tan corto espacio de tiempo, que podría volver a verlo aun sin necesidad de pestañear si quería.

Ciro pasa a la clase de los efebos

Ciro volvió a Persia y se dice que 5
todavía estuvo un año más en la clase de los niños. Al principio se burlaban de él, considerando que llegaba acostumbrado a la vida muelle que había aprendido en Media; pero, cuando lo vieron comer y beber con gusto, como ellos, y se dieron cuenta de que, si alguna vez se celebraba un festín durante una fiesta, más bien entregaba su propia parte, que pedía más, y observaron que, además, los aventajaba en los restantes aspectos relativos a cualquier asunto, entonces sus camaradas volvieron a inclinarse ante él. Después de completar este grado de su educación y entrar en el grupo de los efebos, entre éstos parecía también destacar por su interés en cumplir con sus obligaciones, su resistencia en aquello que la requería, su respeto a los mayores y su obediencia a los jefes.

Ciaxares accede al trono de Media. Ataque del Asirio [40]

Pasado un tiempo, Astiages murió en 2
Media, y Ciaxares, su hijo y hermano de la madre de Ciro, recibió el imperio de los medos. Por su parte, el rey de Asiria, una vez que hubo sometido a todos los sirios, pueblo no insignificante, hecho súbdito suyo al rey de los árabes y teniendo ya también como súbditos a los hircanios, durante el asedio de los bactrios [41] maduraba la idea de que, si debilitaba el poderío

[40] Se trata del último soberano del imperio neobabilónico, Nabonido, a quien HERÓD., I 77, llama Labineto.

[41] SIRIOS. HERÓDOTO (I 72) se refiere con ese nombre a los capadocios del N. a quienes ESTRABÓN (XVI 1, 2) llama «sirios blancos» para distinguirlos de los «sirios oscuros» de raza oriental. Generalmente se les atribuye el territorio entre los montes Amanos, entre Cilicia y Siria, y el monte Tauro, el río Eufrates y la estepa arábiga, Egipto y la costa

de los medos, dominaría con mayor facilidad a todos los pueblos circundantes, pues ésta le parecía la más poderosa
3 de las tribus vecinas. Entonces despacha embajadas a todos los pueblos sometidos a su poder: a Creso, rey de los lidios, al rey de Capadocia, a los de ambas Frigias, a los paflagonios, indios, carios y cilicios [42], levantando

mediterránea. El rey asirio Tiglapilasar III (745-727 a. C.) adhirió Siria al sistema de provincias asirio.

HIRCANIOS. Cf. I 1, 4.

BACTRIOS. Habitantes de Bactria, región entre el Paropamiso, el río Oxo y el Hindukush. Este país era considerado, en la Antigüedad, el fin del mundo, cf. HERÓD., VI 9.

[42] LIDIOS. Habitantes de Lidia, región de Asia Menor, que limitaba al E. con Frigia, al N. con Misia, al O. con Jonia y al S. con Caria. Su capital era Sardes y sus productos: vino, aceite e higos. Los lidios eran excelentes jinetes y soldados (HERÓD., I 79), pero despreciaban el trabajo manual (*ibid.*, II 167). En la época de Aliates sostuvieron una larga guerra contra Ciaxares, rey de Media, y opusieron una resistencia tenaz a Ciro (*ibid.*, I 74-103), en tiempos del rey Creso. Para profundizar sobre el tema, cf. G. RADET, *La Lydie et le monde grec au temps des Mermnades*, Roma, 1967.

CAPADOCIA. Región de Asia Menor que abarcaba del Mar Negro al Tauro.

LAS DOS FRIGIAS. Se refiere a la Gran Frigia, entre Lidia y Capadocia, y a la Pequeña Frigia, al S. de la Propóntide. Estuvieron sometidas, primero, a los lidios y, después, a los persas, cf. HERÓD. I 28, y III 90. El rey frigio que gozó de más fama fue Midas, cf. *ibid.*, I 14.

PAFLAGONIOS. Habitantes de Paflagonia, región que limitaba al E. con el río Halis, al N. con el Ponto Euxino, al O. con Partenio y al S. con la tierra de los gálatas.

INDIOS. Habitantes de la India, entendida como la región situada en la ribera izquierda del Indo. Según HERÓD., III 94-98, y V 3, era el pueblo más numeroso del mundo y comprendía muchas tribus con diferentes lenguas y costumbres.

CARIOS. Habitantes de Caria, región situada al S. de Lidia. Eran expertos en armas, siendo inventores de numerosos detalles de armamento, y utilizaban unos sables muy curvos, cf. HERÓD., I 171, V 112, y

calumnias contra los propios medos y persas, alegando que éstos eran pueblos importantes y poderosos asociados con vistas a un mismo objetivo y que habían concertado alianzas matrimoniales entre sí, que se corría el peligro de que, si nadie se les adelantaba y debilitaba su poder, marcharan sobre cada pueblo y los sometieran uno por uno. Entonces firmaron alianzas con él, unos convencidos por sus palabras y otros seducidos por regalos y riquezas, pues el rey asirio tenía muchas.

Ciro al mando del ejército enviado en auxilio de los medos

Ciaxares, el hijo de Astiages, cuando 4
se enteró de la conspiración y de los preparativos de levantamiento conjunto contra él, hizo inmediatamente los preparativos que pudo como réplica a esta amenaza. Envió embajadas a Persia, ante el Estado y ante Cambises, esposo de su hermana y rey de los persas [43]. Envió una embajada también a Ciro, pidiéndole que, si la comunidad persa enviaba soldados, intentase ir al frente de sus hombres. Pues Ciro había cumplido, a la sazón, diez años en la clase de los jóvenes y estaba incluido ya en la clase de los varones adultos. Entonces, 5
una vez que Ciro hubo accedido, los ancianos, reunidos en consejo, lo eligieron comandante del ejército que se iba a enviar a Media y le permitieron también elegir doscientos homótimos [44], y a cada uno de estos doscientos le permi-

VII 93. Fueron sometidos a Creso (*ibid.*, I 28), y más tarde a Ciro (*ibid.*, I 174-175).

CILICIOS. Habitantes de la región al S. de Asia Menor frente a Chipre.

[43] Jenofonte distorsiona aquí, como en otras ocasiones, los hechos históricos convirtiendo la campaña para someter Media, de la que habla HERÓD., I 95-130, en una expedición para socorrer a los medos.

[44] JENOFONTE traspone a Persia un grupo social propio de Esparta, los *homoîoi*, de los que habla en *Helénicas* III 3, 5, pero, sobre todo,

tieron escoger, a su vez, a cuatro hombres también homó-
timos. Éstos hacen mil en total. A su vez a cada uno de
estos mil hombres le ordenaron, asimismo, escoger de en-
tre el pueblo persa diez peltastas, diez honderos y diez ar-
queros. Así, hicieron en total diez mil arqueros, diez mil
peltastas y diez mil honderos, aparte de los mil del comien-
zo. Tan numeroso ejército le fue entregado a Ciro.

Discurso a los homótimos

6 Inmediatamente después de su elec-
ción, Ciro comenzó antes que nada por
los dioses y, después de ofrecerles un sa-
crificio favorable, eligió a sus doscientos
hombres. Cuando los hubo elegido, y
cada uno de ellos, a su vez, a los cuatro correspondientes,
los reunió y, entonces, por vez primera en medio de ellos,
7 les dijo lo siguiente [45]: «Amigos míos, os he seleccionado
a vosotros no porque os haya juzgado ahora por vez pri-
mera, sino porque desde la infancia os he visto esforzaros
celosamente en el cumplimiento de aquello que la ciudad
considera hermoso y apartaros rotundamente de lo que es-
tima vergonzoso. Las causas por las que yo mismo he lle-
gado a este cargo no contra mi voluntad y por las que os
8 he llamado a mi lado os las quiero revelar. He llegado a la

en *Rep. lac.* X 7, donde detalla su austero régimen de vida, su instrucción como guerreros de vanguardia y su igualdad de derechos y deberes políticos.

[45] Este primer discurso de Ciro dirigido a sus soldados tiene ya los elementos de los discursos posteriores: justificación de su participación en la lucha para convencerles de que poseen la verdad, afirmación de su superioridad frente a los enemigos para inspirarles ánimo, advertencias para no caer en errores propios o de los enemigos y últimas órdenes. Por otra parte, Ciro menciona aquí cuatro de las cualidades esenciales de un soldado: sobriedad, deseo de recibir alabanza, culto a la amistad y devoción a los dioses. Falta sólo la obediencia, que aparecerá en I 6, 20.

conclusión de que vuestros antepasados no fueron en nada
peores que nosotros: por ejemplo, también ellos se ejerci-
taban en el cumplimiento de aquellas obras que precisa-
mente se consideran propias de virtud y, sin embargo, no
acierto a ver qué clase de bien, con esta conducta, consi-
guieron para la comunidad persa o para ellos mismos.
No obstante, yo creo que ninguna virtud es ejercitada por 9
los hombres para que quienes son de natural noble no ten-
gan más ventaja que los miserables; y que quienes se apar-
tan de los placeres momentáneos no lo hacen para no vol-
ver a gozar nunca, sino para, a causa de esta continencia,
prepararse así para obtener gozos multiplicados en el por-
venir; y que quienes tienen vivos deseos de convertirse
en expertos oradores no practican este arte para hacer uso
constante de su elocuencia, sino en la esperanza de que,
si con su elocuencia convencen a muchas personas, obten-
drán importantes bienes; y que quienes, a su vez, se ejerci-
tan en las artes guerreras no es para luchar constantemente
por lo que se esfuerzan en ellas, sino en la creencia de
que, éstos también, si llegan a ser diestros guerreros, se
atribuirán muchas riquezas, mucha felicidad y grandes ho-
nores para sí mismos y para su ciudad; pero si algu- 10
nos de ellos, después de haberse esforzado en estos me-
nesteres, toleran su incapacidad causada por la vejez antes
de haber recogido su esfuerzo, me parece que les ha ocu-
rrido algo similar a aquel que, teniendo vivos deseos de
convertirse en un buen agricultor, siembra bien y planta
bien, pero, cuando debiera recoger el fruto, lo deja caer
de nuevo a tierra sin recogerlo; así, también, un atleta que,
después de mucho esfuerzo y de llegar a estar preparado
para lograr la victoria, termina por no competir, me pare-
ce que en justicia tampoco éste sería inocente de su
insensatez.

11 »¡Que a nosotros, soldados, no nos pase esto! Ya que
somos conscientes de que desde niños empezamos a practi-
car nobles acciones, marchemos contra los enemigos, que,
lo sé sin duda alguna porque yo mismo los he visto, son
inexpertos para competir con nosotros. Pues todavía no
son combatientes capacitados quienes saben tirar al arco,
disparar la lanza o montar a caballo con destreza, pero
si han de esforzarse de algún modo no resisten porque son
inexpertos en fatigas; ni quienes, teniendo que velar, son
vencidos por el sueño, pues también son inexpertos a ese
respecto; ni tampoco quienes, expertos en estos meneste-
res, son ignorantes, empero, de la conducta que se debe
seguir con aliados y con enemigos, pues es evidente que
son inexpertos en los conocimientos más importantes [46].
12 Vosotros, en cambio, sois capaces de manejaros de noche
como los otros de día [47] y consideráis que las fatigas con-
ducen a una vida feliz; usáis a menudo el hambre como
condimento y soportáis la costumbre de beber sólo agua
mejor que los leones, y habéis almacenado en vuestras almas
la posesión más hermosa y más propicia para la guerra:
la alabanza os causa más alegría que al resto de los hom-
bres, y forzoso es que los amantes de la alabanza asuman
con gusto todo esfuerzo y todo peligro con tal de obtener-
13 la. Si digo esto de vosotros en contra de lo que pienso,

[46] Esta experiencia que Ciro afirma haber tenido de los enemigos se debe referir a I 4 16. Parece que es una experiencia demasiado breve para medir la capacidad de los enemigos y más bien debe corresponder a la táctica psicológica de la que suele hacer gala Ciro al dirigirse a sus soldados.

[47] «La noche era para él como el día y el día como la noche...» (*Agesilao* VI 5-6). La misma idea en términos semejantes aparece también en *Helén.* VI 1, 15, y *Rep. lac.* III 2.

me engaño a mí mismo, pues lo que no resulte así por
vuestra parte será deficiencia que recaerá sobre mí. Pero
yo confío en la experiencia que tengo de vosotros y de
los enemigos y en que estas esperanzas favorables no me
engañarán. Partamos con confianza, porque está lejos de
vuestras mentes la intención de apoderaros injustamente
de bienes ajenos. En efecto, en esta ocasión los enemigos
vienen siendo ellos quienes han comenzado las acciones in-
justas, y a nosotros, en cambio, nuestros amigos nos lla-
man para que los auxiliemos. Y ¿qué hay más justo que
defenderse y más hermoso que socorrer a los amigos?
Pero creo que no en menor grado os da confianza el hecho 14
de salir sin que yo haya descuidado los deberes para con
los dioses, pues, después de haber estado mucho tiempo
a mi lado, sabéis que procuro siempre tomar como punto
de partida a los dioses, no sólo en las empresas importan-
tes, sino también en las insignificantes.» Finalmente dijo:
«¿Por qué he de seguir hablando? Elegid vuestros hom-
bres, tomadlos a vuestras órdenes, preparad lo demás y
marchad hacia Media. Yo, por mi parte, volveré junto a
mi padre y, luego, me pondré al frente de vuestras tropas,
para, en cuanto me entere de cuál es la situación de los
enemigos, hacer los preparativos que están en mi mano,
a fin de que con la ayuda de la divinidad combatamos
en condiciones óptimas.» Y sus hombres cumplieron sus
órdenes.

6 Ciro fue a su casa, dirigió plegarias a los dioses patrios: Hestia y Zeus[49] y el resto de las divinidades, y partió para la campaña; y lo acompañaba su padre. Una vez que estuvieron fuera del palacio, se dice que hubo truenos y relámpagos de buen agüero para él. A la vista de estos fenómenos, partieron sin esperar otro presagio, considerando que a nadie escaparían los signos del más grande de los dioses.

Presagios favorables en la salida hacia Media[48]

2 Durante el camino el padre de Ciro comenzó a hablarle en los siguientes términos[50]: «Hijo mío, que los dioses propicios y favorables te envían, es evidente por los sacrificios y las señales celestes; y tú mismo también los conoces. En efecto, yo te enseñé convenientemente para que entendieras, sin ayuda de otros intérpretes, los designios de los dioses y para que fueras tú mismo quien com-

Consejos de Cambises para ser un buen jefe: 1) Buscar el favor divino

[48] Esta salida hacia la lucha, como las que veremos posteriormente, va precedida de plegarias a los dioses por parte de Ciro y manifestación de presagios favorables a partir de fenómenos naturales (cf. II 4, 19; IV 2, 15).

[49] La trasposición de divinidades griegas a contextos persas es frecuente. No excluye, sin embargo, la mención a divinidades persas tales como el Sol y la Tierra.

[50] Las cualidades que aquí presenta JENOFONTE como necesarias para el buen general son las mismas que pone en boca de Sócrates en *Mem.* III 1-4. También hay gran similitud con los consejos dados a Hierón, cf. *Hierón* X-XI. Todas estas recomendaciones van encaminadas a enseñar a manejar a los inferiores, tema que interesó mucho a JENOFONTE, como pone de manifiesto, asimismo, en *Econ.* V 14-17, donde hace un paralelismo entre la conducta del buen agricultor con sus obreros y la del general con sus soldados. En definitiva, el concepto griego de esclavitud se encuentra en la base de numerosos pasajes de Jenofonte, quien,

prendiera las señales perceptibles por los ojos o por los oídos, sin estar a merced de los adivinos, por si acaso quisieran engañarte diciendo una cosa distinta de lo indicado por los dioses y, además, a fin de que, si alguna vez te encontraras sin adivino, no tuvieras dificultades para interpretar los signos divinos, sino que, conociendo a través del arte adivinatorio los designios de los dioses, los pudieras obedecer»[51]. Entonces dijo Ciro: 3

—Y aquello, padre, que los dioses siéndonos propicios deseen aconsejarnos, yo, siguiendo tus recomendaciones, me ocupo de cumplirlo en la medida de mis posibilidades. Pues recuerdo haberte oído decir, una vez, que, como es natural, puede tener más influencia, tanto cerca de los dioses como de los hombres, aquel que no les adula cuando está en dificultades, sino que se acuerda de los dioses, sobre todo, cuando las cosas le salen a pedir de boca. Y decías que de igual manera hay que ocuparse también de los amigos.

—¿No es verdad, hijo, dijo Cambises, que, gracias a 4
esos cuidados, ahora te diriges más a gusto a hacer rogativas a los dioses y tienes más esperanzas de obtener lo que precisas porque te parece tener conciencia de no haberlos desatendido nunca hasta el momento presente?

sin emplear el término esclavo, expone el arte de tratar a los obreros agrícolas en *Económico* y a los soldados en la *Ciropedia*. Cf. E. GRACE, «Athenian Views on what is a Slave and How to Manage People» (en ruso, con resumen en inglés), *Vestnik Drevnej Istorii* 111 (1970), 40-66.

[51] La importancia de la interpretación de los signos divinos también se subraya en *Mem.* IV 7: «Cuando se conocen los signos que los dioses nos dan, no se deja nunca de recibir su consejo.» El propio JENOFONTE conocía el arte de la adivinación, cf. *Anáb.* V 6, 29.

—Claro que sí, padre, contestó Ciro, me encuentro en una disposición tal para con los dioses como si fueran amigos míos [52].

5 —Pues entonces, hijo mío, dijo Cambises, ¿recuerdas aquello que resolvimos, una vez, de que los hombres hacen mejor las cosas si saben lo que, precisamente, los dioses les han otorgado, que si lo ignoran; que si trabajan consiguen más beneficios, que si permanecen inactivos, y que si velan viven con menos riesgos de peligro que si se descuidan? Y, por tanto, nos parecía que hay que presentarse a sí mismos tal como se debe ser y pedir entonces a los dioses su favor.

6 —Sí, por Zeus, exclamó Ciro, claro que recuerdo habértelo oído decir, pues forzoso era obedecer tu palabra. También sé que a eso añadías que no es conforme a la ley divina, si no se ha aprendido a montar a caballo, pedir a los dioses la victoria en combates hípicos; si no se sabe tirar al arco, pedir el triunfo sobre quienes sí saben; si no se sabe pilotar, rogar para que las naves se mantengan a salvo mientras se dirige el timón; si no se siembra trigo, rogar para que les salga una buena cosecha; si no se ha prevenido la guerra pedir la salvación en ella: todas estas súplicas y otras por el estilo están al margen de las leyes divinas, y quienes piden algo contrario a la ley divina, decías, es natural que no lo obtengan de los dioses, como tampoco consiguen nada de los hombres quienes piden algo contrario a la ley humana.

[52] «El primer deber es sacrificar a los dioses y dirigirles plegarias» (cf. *El jefe de la caballería* I 1). También en *Ages.* III 2-5, resalta la extremada religiosidad del tirano.

2) *Cuidar de que los soldados tengan suficientes provisiones*

—Pero, hijo mío, ¿has olvidado lo que una vez tú y yo razonábamos, que era una conveniente y hermosa labor para un varón poder ocuparse de convertirse en un hombre probadamente hermoso de cuerpo y noble de espíritu, y de tener suficientes recursos él y su familia? Pero, aun siendo ésta una importante labor, el hecho de saber dirigir a otros hombres de modo que tengan recursos en abundancia y sean todos como deben ser, se nos revelaba entonces como algo verdaderamente admirable. 7

—Sí, padre, por Zeus, dijo Ciro, me acuerdo de que también decías eso, y yo convenía contigo en que era una empresa de gran magnitud el buen gobierno. También ahora, dijo, mantengo la misma opinión cuando en mis reflexiones razono sobre el hecho mismo de gobernar. Sin embargo, cuando, al observar a otros pueblos, reflexiono sobre qué clase de personas se mantienen como sus gobernantes y qué clase de gente van a ser nuestros adversarios, me parece muy vergonzoso achicarse ante gente tal y no desear marchar a enfrentarse con ellos. Todos ellos, empezando por estos amigos nuestros, me doy cuenta de que juzgan necesario que el gobernante se distinga de los gobernados en comer más copiosamente, tener más oro en su casa, dormir más tiempo y vivir, en todas sus facetas, más descansadamente que los gobernados. En cambio, yo creo que el gobernante se tiene que distinguir de los gobernandos no por su vida muelle, sino por su previsión y celo en el trabajo. 8

—Pero, hijo mío, dijo Cambises, en ocasiones no hay que combatir con los hombres, sino con los hechos en sí mismos, sobre los cuales no es fácil conseguir una victoria cómoda. Por ejemplo, sabes sin duda que, si el ejército 9

no tuviera los recursos necesarios [53], tu autoridad inmediatamente se habrá venido abajo.

—Por esa razón, padre, dijo Ciro, afirma Ciaxares que proveerá a todos los que partan de aquí, sea el número que sea.

—¿En esas riquezas de Ciaxares, hijo mío, depositas tu confianza en el momento de salir?

—Sí, dijo Ciro.

—Y qué, ¿sabes cuántas tiene?, preguntó Cambises.

—Por Zeus, contestó Ciro, no lo sé.

—¿Y, a pesar de todo, confías en cosas que son inseguras? A ti te harán falta muchas cosas, y Ciaxares ya ahora se ve obligado a realizar muchos gastos, ¿no lo sabes?

—Lo sé, dijo Ciro.

—Así que, dijo Cambises, ¿si le faltan medios o te engaña a propósito, en qué situación se encontrará tu ejército?

—Es evidente que no en buena. Ahora bien, padre, replicó Ciro, si ves alguna fuente de ingresos que se pueda conseguir por mi parte mientras todavía estamos en tierra amiga, dila.

10 —¿Me preguntas, hijo mío, dijo Cambises, si alguna fuente de ingresos podrías conseguir por tu parte? ¿De quién es más verosímil que provengan ingresos que de quien tiene poderío militar? Tú sales de aquí con una infantería que sé no admitirías cambiar por otra mucho más numerosa, y la caballería más poderosa, la de los medos, será tu

[53] Ocuparse del bienestar de los soldados es un requisito indispensable para el buen general también en *Mem.* III 1, 6. Esta condición es entendida por Jenofonte a dos niveles: *a)* procurar los víveres, y *b)* procurar el dinero necesario; para conseguirlo el general debe ser astuto y planear estratagemas y conquistas de plazas. Por ejemplo, el motivo principal de la campaña contra Armenia (II 4, 12-43) es conseguir medios.

aliada. Por consiguiente, ¿qué pueblo vecino crees que no va a querer ponerse a vuestro servicio por deseo de agradaros y por temor a sufrir algún tipo de represalias? Es necesario que tú, en unión de Ciaxares, busques el modo de que nunca os falten las existencias necesarias y que os las ingeniéis para obtener una fuente de ingresos regulares. Pero, sobre todo, recuerda esto: nunca esperes a procurarte recursos cuando la necesidad te obligue, sino que cuando estés bien abastecido debes prever para la época de escasez, pues obtendrás más de aquellos a quienes pidas, si no das la impresión de estar necesitado, y serás inocente a los ojos de tus propios soldados; con esto, también conseguirás más respeto de los demás, y, si quieres hacer ya el bien ya el mal a alguien con ayuda de tu ejército, tus soldados te prestarán un mejor servicio mientras tengan cubiertas sus necesidades, y, sábelo bien, entonces podrás pronunciar discursos más persuasivos, cuando puedas demostrar que eres capaz de hacer tanto el bien como el mal.

—Padre, dijo Ciro, me parece que todo lo que dices 11
está bien, incluso lo de que ninguno de los soldados me vaya a agradecer lo que ahora reciban, pues saben por qué motivo Ciaxares los lleva como aliados. En cambio, aquello que reciban por encima de lo dicho lo considerarán un honor y, naturalmente, se lo agradecerán muchísimo a quien se lo otorgue. Si se tiene un poderío militar mediante el cual es posible beneficiar a los amigos en réplica a la ayuda recibida, y es posible también intentar obtener alguna ganancia a expensas de los enemigos, pero luego se descuida la obtención de recursos, ¿crees tú, preguntó, que este supuesto es menos vergonzoso que tener campos y trabajadores para cultivarlos y, luego, dejar que la tierra quedara improductiva, sin labrar? Por tanto, ten la convicción de

que yo nunca dejaré de ingeniármelas para procurarles recursos a los soldados, ni en tierra amiga ni en enemiga.

3) Convencerse de que la táctica es sólo una parte del arte de la guerra

12 —Y ¿qué hay hijo mío, dijo Cambises, de las restantes condiciones que, en alguna ocasión, nos parecía forzoso no descuidar? ¿Las recuerdas?

—En efecto, recuerdo bien que yo me dirigí a ti en busca de dinero para pagar a quien afirmaba haberme enseñado las funciones de general [54], y tú, al mismo tiempo que me lo dabas, me preguntaste en estos términos: «Hijo, ¿acaso entre las funciones de general te mencionó algo de economía el hombre al que llevas su paga? Pues, sin duda alguna, los soldados necesitan recursos no menos que los criados domésticos.» Y, después de que yo, haciendo honor a la verdad, te dije que no me había menciondo una palabra de ello, me volviste a preguntar si me había hablado sobre la salud y la fuerza física, considerando que el general debe ocuparse de estos
13 asuntos como lo hace de su cargo. Y cuando negué también esto, me volviste a preguntar si me había enseñado algunas habilidades que podrían convertirse en los aliados más poderosos para las acciones bélicas. Y ante mi negación también con respecto a ese punto, me volviste a preguntar si me había enseñado alguna técnica para ser capaz de infundir ánimo en el ejército, alegando tú que, en toda ocasión, el ánimo se diferencia en todo del desánimo. Después que yo negué con la cabeza también, tú de nuevo interrogaste si había hecho alguna disertación para instruirme sobre la obediencia de las tropas y con qué clase de
14 artimañas conseguirla preferentemente. Y cuando quedó al

[54] Sabemos de la existencia de profesionales para adiestrar a los militares. cf. PLAT., *Laques* 181c ss.

descubierto que tampoco había hablado de esto, finalmente me preguntaste qué me enseñaba pretendiendo enseñarme las funciones de general, y yo, entonces, respondí que la táctica, y tú te echaste a reír y, recogiendo uno por uno los puntos anteriores, me preguntaste de qué serviría a un ejército la táctica sin recursos, sin la salud, sin el conocimiento de las artes inventadas para la guerra y sin la disciplina. Una vez que me hubiste demostrado que la táctica es una pequeña parte de la totalidad de las funciones del general [55], yo te pregunté si eras capaz de enseñarme algo de eso, y tú me recomendaste acudir a los varones considerados doctos en las ténicas militares para conversar con ellos e informarme de cómo es cada una de estas artes.

4) Cuidar la salud de los soldados [56]

A partir de entonces me relacionaba 15
con aquellos de quienes había oído decir que eran los más diestros en estos temas. Respecto a la alimentación de los soldados, fui convencido de que eran suficientes recursos los que Ciaxares nos iba a proporcionar. En cuanto a la salud, como oía y veía que las ciudades que

[55] En *Mem.* III 1, 6, aparece una situación semejante: esta vez es Sócrates quien interroga a un joven acerca de las enseñanzas impartidas por el general Dionisodoro, concluyendo que sólo le había enseñado el arte de la táctica, lo que es considerado por Sócrates como una pequeña parte de las funciones del general.

[56] VEGECIO, III 2: «quemadmodum sanitas gubernetur exercitus». Comienza aquí una interesante monografía sobre la salud en el ejército. Se trata de una alusión significativa a la literatura médica de la época. La preocupación por la salud abarca otras exigencias: disponer de médicos en el ejército, acampar en lugares salubres, potenciar las condiciones físicas de los soldados y seguir una dieta alimenticia equilibrada. Estos presupuestos se corresponden con los de VEG., I 22: *loca, aquae, tempus, medicina, exercitium.*

quieren mantenerse sanas eligen médicos y que los generales llevan con ellos médicos para que cuiden de la salud de los soldados [57], así también yo, en cuanto llegué a este cargo, me ocupé de este asunto y creo, padre, dijo Ciro, que voy a tener conmigo varones muy competentes en el arte de la medicina.

A esto, su padre respondió:

16 —Hijo mío, estos de los que hablas son como los remendones de trajes rotos: los médicos, cuando alguien enferma, entonces lo curan. Tú, en cambio, vas a tener un cuidado de la salud más elevado que ése: que no haya absolutamente ningún enfermo en el ejército ha de ser tu preocupación.

—¿Por qué camino, padre, preguntó Ciro, tengo que ir para poder cumplir ese propósito?

—Si vas a permanecer algún tiempo en el mismo sitio, en primer lugar es preciso no descuidar la salubridad del lugar donde acampes y no errarías si te ocuparas de ello [58]. Pues la gente no cesa de hablar de lugares malsanos y salubres, y presentan como evidentes pruebas de cada uno de estos dos tipos de lugar la complexión y la tez de la población autóctona. Pero, después, no bastará sólo ir a examinar el terreno; acuérdate tú de cómo te cuidas para estar sano.

Y Ciro dijo:

[57] En Grecia existían médicos públicos, cf. Aristófanes, *Acarnienses* 103, y Plat., *Gorgias* 454b.—En Persia había médicos militares, como Ctesias, médico de Artajerjes, y Jenofonte se hace eco de ello en *Anáb.* III 4, 30, pero, sobre todo en *Cirop.* I 6, 15-22; III 2, 12; V 3, 47, y 4, 18; VIII 2, 24, y 3, 41.

[58] Cf. Veg., I 22: «in qualibus locis constituenda sint castra». El *Corpus Hippocraticum*, en *Sobre los aires, aguas y lugares* II 12-92, hace una distinción entre lugares sanos e insanos.

—En primer lugar, por Zeus, intento no quedar nunca 17
demasiado lleno en la comida, porque resulta pesado. En segundo lugar, hago ejercicio para digerir lo que haya ingerido; pues me parece que así la salud se mantiene mejor y aumenta el vigor.

—Así, hijo mío, dijo Cambises, es como hay que ocuparse también de la salud de los demás.

—Pero ¿tendrán los soldados tiempo libre para ejercitar su cuerpo?

—Por Zeus, contestó Cambises, no sólo es conveniente sino forzoso que lo tengan. En efecto, es preciso que el ejército, si pretende cumplir con su deber, siempre esté entrenado, causando males a los enemigos o el bien a sí mismo. Difícil es ya alimentar a un solo hombre inactivo, pero todavía mucho más difícil, hijo mío, es alimentar una casa entera, y lo más difícil de todo es alimentar a un ejército inactivo, pues en un ejército son muchísimos los individuos a comer, parten con el mínimo de víveres y utilizan copiosísimamente lo que reciben; así que es conveniente que el ejército nunca esté inactivo.

—Quieres decir, padre, dijo Ciro, según me está pare- 18
ciendo, que igual que no es de ninguna utilidad un campesino inactivo, así tampoco es de ninguna utilidad un general inactivo.

—Yo, por mi parte, dijo Cambises, garantizo que el general laborioso, a no ser que lo impida algún dios, hará al mismo tiempo que sus soldados tengan el máximo de provisiones y los dispondrá con la mejor preparación física.

—Además, replicó Ciro, respecto a la práctica de cada una de las técnicas guerreras, me parece bien que se anuncien certámenes y se propongan premios con vistas a mejorar al máximo su entrenamiento en cada una de ellas,

para que, cuando sea preciso, se pueda hacer uso de hombres entrenados.

—Tienes mucha razón, hijo mío, dijo Cambises; pues, si haces eso, ten la seguridad de que verás a las compañías practicar su cometido siempre como coros de danza [59].

5) Buscar el celo, la disciplina y la amistad de los soldados [60]

19 —De otro lado, dijo Ciro, mantengo la opinión de que, para infundir ánimo a los soldados, no hay nada más eficaz que tener capacidad de imprimir esperanza en sus personas.

—Pero, hijo mío, replicó Cambises, eso es como si en una cacería un cazador llamara siempre a las perras con la misma llamada que cuando ve la presa, pues en un primer momento sé bien que puede hacer que le obedezcan con arrojo, pero, si las engaña muchas veces, acaban por no obedecer su llamada ni siquiera cuando vea realmente la presa. Así ocurre también en lo que se refiere a las esperanzas: si alguien miente frecuentemente infundiendo expectativas de bienes, tal persona acaba por no ser capaz de persuadir a nadie, ni siquiera cuando se refiera a esperanzas con base real. Por el contrario, hay que abstenerse

[59] Cf. *Econ.* VIII 1: «Nada es más hermoso que el orden: un coro es un conjunto de hombres... Cuando todos ejecutan a la vez las evoluciones y los cantos es un espectáculo digno de verse... Es como un ejército.»

[60] Idea casi obsesiva de Jenofonte, ya que aparece con insistencia en casi todas sus obras: los hombres obedecen voluntariamente a quienes consideran mejores, cf. *Mem.* III 3, 9. Los soldados obedecían ciegamente a Ciro el Joven para correr peligros o, incluso, para morir, cf. *Econ.* IV 19. La obediencia debe ser voluntaria, no como en la tiranía, que obliga a los hombres a obedecer, cf. *ibid.*, XXI 12. Para obtener la obediencia de los soldados es indispensable que estén bien equipados e instruidos, además de que conozcan y entiendan su alineación, cf. *Jef. cab.* I 24-26.

de decir las cosas que uno mismo no sepa con seguridad, hijo mío; otros, diciéndolo, en alguna ocasión pueden obtener el mismo resultado, pero debe mantenerse acreditada al máximo la capacidad de exhortación de uno mismo para cuando se presenten los peligros más graves.

—Sí, por Zeus, exclamó Ciro, me parece que tienes razón, padre, y esta conducta me complace.

—Me parece que el arte de promover la obediencia de 20
los soldados no es ajeno a mi experiencia, padre, pues tú en un primer momento me lo inculcaste desde pequeño, obligándome a obedecer, luego me entregaste a los maestros, quienes, a su vez, obraban del mismo modo, y, cuando estábamos en la clase de los efebos, nuestro jefe se ocupaba con firmeza de lo mismo; y también me parece que la mayor parte de nuestras leyes, por encima de todo, encierran estas dos enseñanzas: gobernar y ser gobernado. Pues bien, cuando a menudo reflexiono sobre estos asuntos, me parece que, en todos los casos, lo que más incita a la obediencia es alabar y honrar al sujeto obediente, y deshonrar y castigar al desobediente.

—Claro, replicó Cambises, para hacerse obedecer a la 21
fuerza, ése, hijo mío, es el camino; pero para algo mucho más importante que eso, para hacerse obedecer voluntariamente, hay otro camino más corto. En efecto, a quien los hombres estiman más diestro que ellos en lo tocante a sus propios intereses, a éste lo obedecen sumamente gustosos. Y puedes reconocer que esto es así también en muchos otros casos, por ejemplo, en el de los enfermos, con cuánto interés llaman a quienes les van a mandar lo que han de hacer; en el mar, con cuánto interés la tripulación obedece a los pilotos, y con cuánta intensidad desean algunos no ser abandonados por aquellos a quienes consideran que conocen el camino mejor que ellos mismos. En cambio, cuando creen

que por obedecer van a recibir algún mal, ni quieren ceder con castigos ni se dejan arrastrar por regalos, pues nadie recibe voluntariamente regalos para su propia desgracia.

22 —¿Quieres decir, padre, que para hacerse obedecer no hay medio más eficaz que parecer más diestro que sus subordinados?, preguntó Ciro.

—En efecto, dijo Cambises, eso digo.

—Y ¿cómo, padre, podría uno ofrecer rápidamente tal imagen de sí mismo?

—Hijo mío, contestó Cambises, para aparentar ser diestro en lo relativo a los asuntos que quieras, no hay camino más corto que llegar a ser diestro en ellos [61]. Cuando los examines uno a uno comprenderás que te digo la verdad. En efecto, si tú, no siéndolo, quieres aparentar ser un buen campesino, un buen jinete, un buen médico, un buen flautista o cualquier otra cosa, imagínate cuántos ardides habrás de ingeniar para aparentarlo. Incluso, si convencieras a mucha gente para que te alabaran con vistas a adquirir fama, y te procuraras bellos equipos para cada uso de estos oficios, de momento engañarías, pero, poco después, cuando dieras en intentarlo, te revelarías además como un cumplido fanfarrón.

23 —¿Pero cómo podría uno llegar a ser realmente diestro en algún oficio que le vaya a ser útil?

—Es evidente, hijo mío, contestó Cambises, que, en lo que respecta a cuantas materias se llegan a conocer después de aprenderlas, ello es posible a base del aprendizaje, como tú aprendiste el arte táctica; pero, en lo que respecta a cuantas materias no pueden ser aprendidas por los hombres ni previstas por la previsión humana, es a base de

[61] Esta idea expresada en términos casi idénticos aparece en *Mem.* I 7, 1 ss., y *Jef. cab.* IV 4, 6.

consultar a los dioses a través de la adivinación como podrías ser más diestro que otros; y aquello que comprendieras que es preferible que sea realizado, es ocupándose de ello como podría realizarse, pues el ocuparse de su deber es más propio de varón sensato que el descuidarlo.

Sin embargo, el camino que hay que seguir para hacer- 24
se amar por los soldados, prosiguió, cosa que en mi opinión se encuentra entre las tareas más importantes, evidentemente es el mismo que cuando se desea recibir el afecto de los amigos [62]; en efecto, creo que uno se debe mostrar como su protector. Pero, hijo mío, dijo, es difícil todo esto: tener la capacidad de beneficiar siempre a quienes uno desee beneficiar, mostrar que compartes su alegría si les sobreviene un éxito, que compartes su aflicción si les ocurre una desgracia, que tienes interés en ayudarles en las dificultades, que temes vayan a cometer un error y que intentas tomar medidas para que no lo cometan. Esta disposición es, sin duda, muy necesaria para prestarles ayu-
da. También durante las acciones guerreras debe ser mani- 25
fiesto que el jefe les supera en aguantar el sol en verano, el frío en invierno y las fatigas en el transcurso de las dificultades [63]. Pues todos estos factores contribuyen a granjearse el afecto de los subordinados.

—¿Quieres decir, padre, preguntó Ciro, que el jefe debe tener más aguante que sus subordinados a la hora de enfrentarse a todas las situaciones?

[62] Cf. *Mem.* II 4-10: «...un buen amigo es la posición más útil y fructífera...». También en otros pasajes de la *Ciropedia* se resalta frecuentemente la importancia de la amistad: VIII 2, 1-4 y 7-13.

[63] La superioridad del gobernante ha de demostrarse por medio de la fortaleza, debiendo tomar «...más porción de la que le corresponde, por ejemplo, de calor en el verano y de frío en el invierno...» (cf. *Ages.* V 3).

—En efecto, eso digo, respondió Cambises. Sin embargo, hijo mío, ten confianza, pues sabe bien que las mismas fatigas no alcanzan de modo semejante al jefe y al individuo particular, aunque tengan unas condiciones semejantes, sino que la honra, de algún modo, alivia las fatigas del jefe y también el consuelo de saber que nada de lo que haga va a pasar inadvertido [64].

26 —En el momento en que ya, padre, los soldados tengan cubiertas las necesidades, estén sanos, sean capaces de soportar las fatigas, estén ejercitados en las artes guerreras y ansiosos de demostrar su valor y les agrade más obedecer que desobedecer, en ese momento ¿no te parecería sensato que uno quisiera ir a combatir con los enemigos cuanto antes?

—Sí, por Zeus, exclamó Cambises, si se va a vencer; si no, yo, por mi parte, creería tanto más en mi propia valentía y en la de los hombres que me siguen cuanto más precavido fuera, como también intentamos hacer con la mayor seguridad el resto de las acciones que creemos son de la máxima importancia para nosotros.

Consejos para adquirir ventaja sobre los enemigos.
1) *Ser tramposo*

27 —Pero ¿cuál es el mejor medio para adquirir la superioridad sobre los enemigos, padre?

—Por Zeus, respondió Cambises, lo que me preguntas no es ya un asunto desdeñable ni sencillo; pero sabe bien que quien lo pretenda conseguir debe ser conspirador, disimulado, tramposo, mentiroso, ladrón, bandido y superior en todo a sus enemigos.

Y Ciro, echándose a reír, dijo:

[64] La misma idea se expresa en *Hierón* VII 1. Pasaje literalmente traducido por Cic., *Tusc.* II 26, 62.

—Por Heracles, padre, ¡en qué clase de hombre dices tú que debo convertirme!

—Con tal conducta, hijo mío, serías el varón más justo y conforme a las normas establecidas.

—¿Entonces, cómo es que cuando éramos niños y efe- 28
bos nos enseñabais lo contrario?

—Sí, por Zeus, replicó Cambises, y todavía en la actualidad lo hacemos de cara a amigos y conciudadanos, pero, para ser capaces de perjudicar a los enemigos, ¿no sabes que aprendisteis muchas malicias?

—Por mi parte, yo no, padre, dijo Ciro.

—Entonces, preguntó Cambises, ¿para qué aprendíais a tirar al arco, a disparar la lanza, a cazar jabalíes engañándolos con redes y fosas, y a ciervos con cepos y cuerdas? ¿Por qué no luchabais con leones, osos y leopardos en igualdad de condiciones, y siempre intentabais combatirlos con algún tipo de ventaja? ¿O no comprendes que todo eso son malicias, engaños, trampas, y ventajas fraudulentas? [65].

2) *Engaños*

—Sí, por Zeus, exclamó Ciro, pero se 29
trataba de animales salvajes; en cambio, si se trataba de hombres, aunque sólo diera la impresión de pretender engañar a alguien, sé que recibía muchos golpes.

—En efecto, no os permitíamos, creo, tirar al arco, ni disparar la lanza a personas, sino que os enseñábamos a tirar a un blanco para que en ese momento no dañarais a los amigos, pero para que, si alguna vez se producía una guerra, pudierais apuntar a hombres también. Y os educábamos en el arte del engaño y de la ventaja fraudulenta

[65] Jenofonte muestra gran interés por las emboscadas, como puede verse a lo largo de su obra, cf. *Anáb.* V 2, 28; *Jef. cab.* IV 10, 12, V 8, y VIII 15, 20. Se trata de un desarrollo de las estratagemas aconsejadas en I 6, 13, y se corresponde con *Mem.* III 1, 6.

no en caso de los hombres, sino de animales, y no para
dañar a vuestros amigos en estos ejercicios, sino para que,
si alguna vez se producía una guerra, no estuvierais desen-
trenados al respecto.

30 —Así que, padre, dijo Ciro, si es útil conocer ambas
conductas: beneficiar y perjudicar a los hombres, se nos
debían haber enseñado también ambas en el caso de los
hombres [66].

31 —Se dice, hijo mío, dijo Cambises, que en tiempos de
nuestros antepasados hubo una vez un maestro de niños
que, efectivamente, les enseñaba la justicia, como tú pides,
enseñándoles a no mentir y a mentir, a no engañar y a
engañar, a calumniar y a no calumniar, a no ganar por
medios fraudulentos y a ganar por medios fraudulentos.
Y delimitaba dentro de esas conductas qué había que hacer
a los amigos y qué a los enemigos. Incluso les enseñaba
que es justo engañar también a los amigos, al menos si
es para obtener provecho, y robarles las pertenencias para
32 sacar provecho también. Con estas enseñanzas también era
forzoso que los niños [67] se entrenaran para practicarlas en-

[66] En la misma línea de este razonamiento el Sócrates de *Mem.* III 1, 6 alude a la conveniencia de una cierta ambigüedad en el general, quien debe ser tierno y cruel, estricto y mentiroso. En cambio, las fuentes persas rechazan en todo momento la mentira, cf. *Inscripción de Behistún* I 10, donde se dice que Ahura Mazdah ayuda a Darío «...porque no fue perverso ni mentiroso...». El testimonio de HERÓD., I 136-138, también corrobora el respeto por la verdad entre los persas, al decir que desde los cinco a los veinte años la educación consitía en el aprendizaje de tres habilidades y virtudes: montar a caballo, tirar al arco y decir la verdad, y que los persas tenían prohibido mentir y tener deudas, porque, a la larga, obligan a mentir.

[67] En *Rep. lac.* II 7-8, se habla de la necesidad del entrenamiento de los niños en el robo y la generalización de esta costumbre se atribuye a Licurgo, quien la consideraba un medio excelente para hacerlos «...más

tre ellos, como dicen que los griegos enseñan a los niños
a servirse del engaño en las competiciones atléticas y a en-
trenarse entre ellos para poder practicarlo. Así pues, algu-
nos que así habían llegado a ser expertos tanto en engañar
como en ganar por medios fraudulentos y quizá sin ser
tampoco inexpertos en codicia, no se abstenían de intentar
ganar por medios fraudulentos ni con sus amigos. A 33
partir de estas acciones, se gestó un decreto, en vigor
todavía en nuestros días, por el que simplemente se ense-
ñara a los niños, como nosotros enseñamos a los criados
a que en su comportamiento con nosotros digan la verdad,
no engañen, no roben ni saquen ganancia por medios frau-
dulentos, y, si hacen algo al margen de estas normas, se
les castigue para que, acostumbrados a tal hábito, lleguen
a convertirse en ciudadanos más dóciles. Y, cuando llega- 34
ban a la edad que tú tienes ahora ya parecía libre de peli-
gro enseñarles también normas contra los enemigos [68], pues
parecía que ya no os dejaríais arrastrar a ser ciudadanos
incivilizados habiendo sido criados en el respeto mutuo.
Así como tampoco nosotros conversamos sobre temas amo-
rosos con los demasiado jóvenes, para evitar que, como
se añade su ligereza en el actuar a su fuerte deseo, los
jóvenes hagan uso de esa ligereza desmedidamente.

3) *Actuar por sorpresa*

—Sí, por Zeus, dijo Ciro. Pues bien, 35
considerando que yo he llegado tarde a
instruirme en esas ventajas fraudulentas,
no escatimes, padre, explicaciones, si es
que puedes enseñarme la manera de ser
superior a mis enemigos.

diestros y batalladores en las necesidades de la vida...» y alababa que fueran castigados por robar mal.

[68] Presenta aquí JENOFONTE una imposición socrática de la relatividad del concepto moral que ya aparece en *Mem.* IV 2, 14-17.

—Pues bien, replicó Cambises, ingéniatelas como puedas para procurar sorprender con tus hombres bien ordenados a los enemigos en desorden, con tus hombres bien armados a los enemigos desarmados, con tus hombres despiertos a los enemigos dormidos, y para procurar recibir su ataque cuando ellos sean visibles para ti, mientras tú seas invisible para ellos; cuando ellos estén en terreno desfavorable, mientras tú estás en lugar bien defendido.

36 —Y ¿cómo, padre, preguntó Ciro, podría uno sorprender a los enemigos en tales descuidos?

—Hijo mío, replicó Cambises, tanto vosotros como vuestros enemigos inevitablemente tenéis que pasar por muchas situaciones de este tipo, pues es inevitable que ambos bandos hagáis la comida y es inevitable que ambos descanséis y que, al alba, casi todos a la vez tengáis que retiraros para hacer vuestras necesidades, y es inevitable también hacer uso de los caminos sea cual sea el estado en que estén. Tienes que percatarte de todas estas situaciones, y en lo que tú sepas que sois más débiles, a ello sobre todo dedica tu atención, y en lo que notes que los enemigos son fáciles de dominar, por allí sobre todo debes atacarlos.

4) Inventar nuevos ardides

37 —¿Pero la superioridad frente a los enemigos consiste sólo en tomar estas medidas, o existen otras de otro tipo?

—Sí, hay muchas más, hijo mío, respondió Cambises. En efecto, todos en general prestan rigurosa vigilancia a estas medidas porque saben que son necesarias. Pero quienes engañan a los enemigos también pueden hacer que se confíen para cogerlos desprevenidos, permitirles que les persigan para hacer que se desordenen y atraerlos con la huida a un terreno desfavorable para echárseles allí encima.

Pero, hijo mío, continuó Cambises, si quieres aprender 38
todos los ardides, tienes que servirte no sólo de los que aprendas, sino que también tú mismo debes ser inventor de ardides contra los enemigos, como también los músicos no se sirven sólo de las composiciones que aprenden, sino que también intentan componer otras nuevas. Y las composiciones que son lozanas son vehementemente celebradas en la música, pero en la guerra son mucho más celebrados los nuevos ardides, pues pueden engañar mejor a los adversarios. Y si tú, hijo mío, prosiguió Cambises, no hicie- 39
ras más que adaptar para los hombres los ardides que ingeniaste para las fierecillas [69], ¿no crees que llevarías mucho adelantado para aventajar a tus enemigos? En efecto, cuando en lo más riguroso del invierno ibas a cazar pájaros, te levantabas y te ponías en marcha de noche, y antes de que los pájaros se desplazaran del lugar, tú habías confeccionado las redes para atraparlos y habías igualado el suelo removido con el no removido. Y habías amaestrado pájaros [70], de suerte que estuvieran a tu servicio en el momento conveniente y engañasen a los pájaros de su misma especie; tú, entretanto, permanecías al acecho escondido, de suerte que los pudieras ver, pero ellos no te vieran a ti; y te habías ejercitado en tirar de las redes antes de que las aves huyeran.

Y para cazar la liebre [71], ya que come en la oscuridad 40
de la noche y se esconde durante el día, criabas perras que

[69] Como con los animales en la caza, cf. *Cineg.* VI 7-10; X 1-3; XI 2.

[70] *Ibid.*, II y VI, JENOFONTE explica las diversas clases de redes y la técnica para utilizarlas. En cuanto a la caza con aves pudo haberla visto practicar en Persia o, si no, haber oído hablar de ella. Según el testimonio de CTESIAS, *India*, fr. 11 (ed. MULLER), esta técnica llegó a Persia desde la India.

[71] Cf. *Cineg.* VI 8-10.

por el olfato la encontraran. Pero, como huía rápidamente en cuanto la encontraban, tenías adiestradas otras perras para que la atraparan a la carrera; y, si se les escapaba también a éstas, como conocías sus vías de escape y a qué clase de sitios huían, las liebres eran atrapadas, ya que en esos sitios extendías unas redes que no se vieran, y la propia liebre, en la precipitación de la huida, caía y se enredaba. Y para que no se escapara de allí colocabas unos hombres que vigilaran lo que pudiera ocurrir y que, situados muy cerca, estaban dispuestos a echarse sobre ella rápidamente. Tú mismo desde atrás con un grito lanzado no más tarde que los chillidos de la liebre, la asustabas, de suerte que, al quedarse aturdida, fuera atrapada, y en cuanto a los hombres que estaban delante, les enseñabas a que estuvieran en silencio y les hacías esconderse al ace-
41 cho. Así que, como dije antes, si quisieras emplear ardides de este tipo con los hombres, no sé si serías vencido por un enemigo; pero, si alguna vez es inevitable que ambos ejércitos traben combate en terreno llano, a la vista de todos y bien armados, en tal caso, hijo mío, verdaderamente valen mucho las ventajas preparadas con mucha antelación. Y yo te digo que estas ventajas existen cuando los soldados están bien entrenados físicamente, bien templados psíquicamente y han hecho buena práctica en las artes guerreras.

Cómo actuar en cada situación

42 Tienes que saber, además, esto bien: todos aquellos a quienes exiges obediencia, también te exigirán que veles por ellos. Por tanto, que tu espíritu no esté nunca desprevenido; de noche estáte atento a lo que puedan hacerte tus subordinados cuando llegue el día, y de día, para que las noches transcurran apacibles.

Cómo se ha de ordenar el ejército para la batalla [72], cómo conducirlo de día o de noche, por caminos angostos o desahogados, montañosos o llanos, cómo acampar [73], cómo disponer los centinelas nocturnos y diurnos, cómo dirigirse hacia el enemigo o retirarse de él, cómo vadear una ciudad enemiga, cómo marchar contra sus murallas o evitarlas, cómo atravesar valles boscosos [74] y ríos, o cómo defenderse de la caballería, de los lanceros o de los arqueros, o, si se te presentaran los enemigos de improviso cuando marchas en columna, cómo debes aguantar el ataque, y, si se te presentasen los enemigos por cualquier otro lado que no sea de frente cuando marches tú en línea de combate [75], cómo hay que contraatacarles, de qué manera se podrían conocer al máximo los planes de los enemigos 43

[72] La preocupación por conseguir una buena alimentación de las tropas se refleja en *Mem.* III 1-7. VEG., II 15, III 14, la sistematiza: «quemadmodum legionum acies instruantur» y «quemadmodum acies debeat ordinari, ut in conflictu reddatur invicta».

[73] Cf. *Rep. lac.* XII; POLIBIO, VI 27 ss.; VEG., III 8: «quemadmodum castra debeant ordinari», y I 22: «in qualibus locis constituenda sint castra».

[74] El término que aparece en griego es *nápos*. L. GAUTHIER, *La langue de Xénophon*, Ginebra, 1911, págs. 97 y sigs., lo interpreta como arroyo por oposición a *potamós* «río», y concluye que se trata de un término jónico-helenístico, que, por tanto, se podría incluir en el lenguaje militar de influjo jónico como en V 4, 41-50. En sentido similar al de este párrafo lo encontramos en *Anáb.* VI 5, 12-23, y *Helén.* V 4, 44.

[75] *phálanx*, que en un principio designa la línea de batalla más o menos profunda, a menudo se opone a *kéras* «la columna», como aquí y en VII 1, 26. En otras ocasiones designa al centro por oposición a las alas, cf. VII 1, 6. Aunque JENOFONTE refiere esta formación al cuerpo de caballería (cf. *Jef. cab.* III 2; IV 3), en general, se aplica a la infantería alineada en una marcha o cuando se va a entablar combate. Este interés por la táctica se encuentra también en *Rep. lac.* XI 6-10, y *Mem.* III 1, 11.

y de qué manera ellos conocieran menos los tuyos [76] ¿debería decirte yo todas estas técnicas? Todo cuanto yo sabía, muchas veces me los has oído decir; además, de ninguno de los que parecen entendidos en estas materias has dejado de escuchar ni de aprender algo. Así que, ante la coyuntura, en mi opinión, debes hacer uso de los consejos que en cada momento te parezcan convenientes.

No actuar en contra de los presagios

44 Aprende también de mí, hijo mío, continuó Cambises, esto que es lo más importante: no pongas en peligro tu persona ni tu ejército en contra de los presagios y augurios, pues debes saber que los hombres eligen realizar empresas a partir sólo de conjetu-
45 ras sin saber de cuál de ellas obtendrán bienes. Podrías sacar esta lección de los propios hechos ya sucedidos, pues ya desde antiguo muchos hombres, incluso los que parecían más sabios en estos asuntos, persuadieron a ciudades para que emprendieran la guerra contra aquellas a mano de las cuales perecieron quienes se habían dejado persuadir para atacarles; muchos otros engrandecieron a multitud de individuos y ciudades a mano de los cuales, una vez encumbrados, sufrieron los más grandes males; y muchos otros que tuvieron la posibilidad de tratar como amigos a determinadas personas y obtener muchos beneficios, por preferir tratarlos como esclavos más bien que como amigos, recibieron castigo a mano de esas mismas personas; a muchos otros que tenían lo que les correspondía,

[76] Éste es un aspecto que preocupa mucho a Ciro / Jenofonte: el espionaje por un lado (cf. III 3, 48; VI 1, 25, 2, 1-3, y 3, 2), que culmina con la incursión de Araspas en el campo enemigo, y la discreción por otro: cómo se unen los hircanios a Ciro (cf. IV 2, 16 ss.) o cómo entran en la fortaleza de Gobrias (cf. V 2-6).

no les bastó con vivir agradablemente, y, por haber deseado ser dueños de todo, no conservaron ni siquiera lo que tenían; y muchos otros, tras haber conseguido el tan deseado oro, por su causa perecieron [77]. Así resulta que la 46
sabiduría humana no sabe en modo alguno elegir lo mejor más que un hombre que echara a suerte su conducta y conforme al resultado actuara. En cambio, hijo mío, los dioses, por ser eternos, saben todo: el pasado, el presente y lo que resultará de cada uno de los acontecimientos, y, de entre los hombres que los consultan, a aquellos a quienes se muestren propicios les anuncian lo que es necesario hacer y lo que no. Y si no quieren aconsejar a todos, no es nada extraño, pues no están obligados a ocuparse de los que no quieran.

[77] Como le ocurrirá a Creso.

LIBRO II

Ciro en Media

1 Mientras conversaban en estos términos llegaron hasta la frontera persa [78]. Y cuando un águila que había aparecido por la derecha comenzó a volar delante de ellos [79], rogaron a los dioses y héroes soberanos de la tierra persa que los dejaran partir con su benevolencia y favor, y así cruzaron la frontera. Después de cruzarla, rogaron esta vez a los dioses soberanos de la tierra meda que los acogieran con su benevolencia y favor. Hecho esto, se abrazaron, como es natural, y, acto seguido, el padre volvió a Persia y Ciro se dirigió a Media, hacia Ciaxares.

2 Cuando Ciro llegó a Media y a la presencia de Ciaxares, en primer lugar, como es natural, se abrazaron y, luego, Ciaxares preguntó a Ciro el efectivo del ejército que traía, y él contestó:

—Por un lado treinta mil hombres, como los que también antiguamente frecuentaban vuestras filas en calidad

[78] Se refiere a la frontera entre Persia y Media, al N. de Persia.

[79] Trasposición de una creencia griega al mundo persa. Los griegos consideraban que el vuelo de un águila era favorable, si aparecía a su derecha.

de mercenarios; y vienen, además, otros hombres que hasta ahora no habían salido de campaña, los homótimos.

—¿Cuántos son?, preguntó Ciaxares.

—No te gustaría oír su número, replicó Ciro, pero ten 3
presente que estos llamados homótimos, aun siendo pocos, gobiernan con facilidad al resto de los persas, que son muchos. Pero, continuó, ¿realmente te hacen falta o te has asustado en vano, y los enemigos no vienen?

—Sí vienen, por Zeus, replicó Ciaxares, y además en gran número.

—¿Cómo lo sabes con seguridad? 4

—Porque, dijo, los que han venido de allí, que son muchos, dicen todos lo mismo, cada cual a su manera.

—Entonces, tenéis que luchar contra esos hombres.

—En efecto, es inevitable, dijo Ciaxares.

—Entonces, dijo Ciro, ¿por qué no me has dicho los efectivos del ejército que viene contra nosotros, si lo sabes, y del vuestro, para decidir, conociendo la magnitud de ambos, el mejor modo de atacarlos?

Efectivos de ambos contendientes [80]

—Escucha, dijo Ciaxares. Se dice que 5
el lidio Creso trae diez mil caballeros y más de cuarenta mil peltastas y arqueros, y dicen que Artacamas, que gobierna la Frigia mayor, trae alrededor de ocho mil caballeros y no menos de cuarenta mil lanceros acompañados de los correspondientes peltastas; Aribeo, rey de Ca-

[80] Las cifras que presenta Jenofonte para los contingentes del ejército en la *Ciropedia*, como en otras de sus obras, a excepción de las tropas presentes en Cunaxa, son moderadas y se distinguen de muchos otros datos numéricos de la Antigüedad por su verosimilitud. Es preciso resaltar que en estas cifras la proporción entre caballeros e infantes es de 1 : 4 o de 1 : 5.—El problema es averiguar cómo llegó Jenofonte a forjar esas cifras. Es muy improbable que manejara para ello fuentes persas

padocia, trae alrededor de seis mil caballeros y no menos de treinta mil arqueros y peltastas; el árabe Aragdo trae alrededor de diez mil caballeros, cien carros y multitud de honderos. Sin embargo, respecto a los griegos que habitan en Asia, se dice que no es seguro que los secunden. Y dicen que los habitantes de la Frigia próxima al Helesponto han reunido, en la llanura de Caístro [81], bajo el mando de Gabedo, seis mil caballeros y alrededor de diez mil peltastas. Sin embargo, los carios, los cilicios y los paflagonios, aunque han sido llamados, se dice que no los acompañan. El propio Asirio, que tiene bajo su poder Babilonia y el resto de Asiria, traerá, yo creo, no menos de veinte mil caballeros y, lo sé bien, no menos de doscientos carros y creo que multitud de infantes; por lo menos así solía presentarse siempre que invadía nuestro país.

6 —Así que, dijo Ciro, dices que los enemigos son alrededor de sesenta mil caballeros, y más de doscientos mil entre peltastas y arqueros. Veamos, ahora, ¿cuáles dices que son los efectivos de tu ejército?

—Son más de diez mil caballeros medos, contestó Ciaxares, y los peltastas y arqueros con los que se puede contar para que se sumen a nuestras tropas podrían llegar, en mi opinión, incluso a sesenta mil. Por parte de los armenios [82], nuestros vecinos, se presentarán cuatro mil caballeros y veinte mil infantes.

---

de la época de Ciro, ya que las inscripciones persas no tocan este tema. Tampoco es verosímil que las inventara para conseguir dar a la obra un colorido histórico. La hipótesis más probable es que vertiera en la *Ciropedia* las cifras de súbditos persas de su tiempo.

[81] Río de Asia Menor que desemboca en el mar Egeo cerca de Éfeso. En Homero, *Ilíada* II 461, aparece como Caístrio.

[82] Pueblo, vecino de los medos, obligado a pagarles tributo. Heródoto (VII 73) los hace colonos de los frigios. El mismo autor, en I 194,

—De modo que dices que tenemos menos de la cuarta parte que la caballería enemiga, dijo Ciro, y casi la mitad de su infantería.

—Por tanto, dijo Ciaxares, ¿no crees que son pocos 7
los persas que dices que traes?

—Si tenemos necesidad de más hombres o si no, replicó Ciro, lo decidiremos más tarde. Pero, dime la modalidad de combate que es propia de cada adversario.

—Casi todos combaten del mismo modo, pues tanto sus filas como las nuestras están compuestas por arqueros y lanceros, respondió Ciaxares.

---

refiere que disponían de barcos circulares de cuero que utilizaban para bajar el curso del Eufrates camino de Babilonia, donde los vendían y volvían a Armenia por vía terrestre. Jenofonte, en la *Anábasis* IV 4, 2, habla de que sus casas tenían torres; eran viviendas subterráneas y sus entradas disponían de rampas para las acémilas y escaleras para los hombres. Tenían por costumbre sorber vino de cebada por medio de una caña (IV 5, 25) y poner saquitos a los cascos de los caballos y acémilas para que no se hundieran en la nieve hasta el vientre (IV 5 36).—Respecto al país, Heródoto (I 194) lo sitúa más arriba de Asiria y dice que tanto el Eufrates como el Halis proceden de Armenia (I 72, y 180). Se penetra en el país desde Cilicia por el Camino Real, atravesando el Eufrates (V 52). Jenofonte, en *Anáb.* IV 1, 3, dice de Armenia que es un país llano con algunas elevaciones, cuyos montes más importantes eran los Carducos. También, que tenía importantes llanuras, como la que era recorrida por el río Centrites que separa Armenia del País de los Carducos (IV 3, 1) y que Armenia Occidental estaba recorrida por el hermoso, pero no grande, río Teleboas, siendo ésta una zona muy poblada y muy a menudo nevada, y todo el país próspero: sus riquezas consistían en ganado, vinos viejos y olorosos, pasas y legumbres de todo tipo (IV 4, 1-11). Los estudiosos contemporáneos parten de los testimonios de Heródoto y Jenofonte, para reconstruir la historia de este pueblo. Cf. E. Cavaignac, «L'origine des Armeniens», *Rev. Hitt. et Asian.* 21 (1963), 47-54, y R. H. Hewsen, «Introduction to Armenian Historical Geography II. The Boundaries of Achemenid Armina», *Rev. des Étud. Armen.* 17 (1983), 123-143.

—Así que, dijo Ciro, es inevitable dispararles de lejos con tales armas.

8 —En efecto, es inevitable, contestó Ciaxares.

—En ese caso, la victoria es del ejército más numeroso, pues el pequeño sería herido y destruido por el grande mucho antes que el grande por el pequeño, dijo Ciro.

—Si la situación es ésa, Ciro, ¿qué solución se podría encontrar mejor que enviar mensajes a Persia para explicarles que si les sucede alguna desgracia a los medos, el mal llegará a Persia también, y al mismo tiempo pedirles un ejército más numeroso?

—Sabe bien esto, replicó Ciro, que, aunque vinieran todos los persas, de todos modos no superaríamos en número a los enemigos.

9 —Pues, entonces, ¿qué otra solución ves mejor que ésa?

—Yo, contestó Ciro, si estuviera en tu lugar, haría confeccionar lo antes posible para todos los persas que nos van llegando armas como las que llevan cuando vienen de nuestro país los llamados homótimos; éstas son: una coraza en torno al pecho, un escudo de mimbre para la mano izquierda y una daga o un hacha para la mano derecha [83].

[83] Las fuentes griegas principales para el conocimiento del armamento persa son Heródoto, que menciona en VII 61: un arco, una daga, una lanza corta, un escudo y una coraza a la que atribuye un origen egipcio en I 135, y Jenofonte, quien, además de en la *Ciropedia*, se ocupa de las armas persas en *Anáb.* III 4, 17. Las fuentes iranias, al respecto, son fundamentalmente las inscripciones aqueménidas y los textos avésticos. El *Vendidād* 14, 9, hace una relación bastante completa de todo el equipo de un guerrero: «...primero una lanza, segundo una daga, tercero una maza, cuarto un arco, quinto un cinturón para llevar armas y un carcaj con treinta flechas de puntas de hierro, sexto una honda y piedras para ella, séptimo una coraza, octavo una armadura para el cuello, noveno una cobertura de fieltro, décimo un protector para la cabeza, el undécimo un corsé y el duodécimo grebas...».—De especial

Si preparas este equipo, a nosotros nos harás ir al encuentro de nuestros adversarios con mayor seguridad, y a los enemigos les harás preferir la huida a resistir nuestro ataque. Nosotros, continuó, tomamos posiciones para los que resistan; sin embargo, los que huyan os los asignamos a vosotros y a vuestra caballería, para que no les dé tiempo ni de quedarse a esperarnos ni de darse la vuelta.

En estos términos habló Ciro y a Ciaxares le pareció 10
que tenía razón; ya no se acordaba de su propuesta de hacer venir más efectivos y preparaba las armas de las que había hablado Ciro. Estaban casi preparadas cuando los homótimos persas se presentaron trayendo consigo el ejército de los persas.

Ventajas del nuevo armamento

Entonces se dice que Ciro, después de 11
reunirlos, les dijo: «Amigos míos, yo, al veros armados así y preparados en vuestro ánimo para trabar un combate cuerpo a cuerpo con los enemigos, y sabiendo, por otra parte, que los persas que os siguen están armados como para luchar con una alineación que les permita mantenerse lo más alejados que les sea posible de las líneas enemigas, temí que a vosotros, pocos y carentes de aliados, al caer sobre el numeroso ejército enemigo, os ocurriera algún mal. Pues bien, ahora, prosiguió, llegáis con hombres de aspecto nada despreciable. Sus armas serán semejantes a las nuestras, pero afilar su valor es labor vues-

interés era el equipamiento del arquero, ya que era la parte principal del ejército persa en sus dos modalidades de infantería y carros. Su escudo era largo y de madera y el arco llevaba un cordón hecho de tendón de ciervo. Las flechas tenían atadas plumas de buitres o de águila y en la punta llevaban un gancho probablemente envenenado. cf. W. W. Malandra, «A Glossary of Terms for Weapons and Armor in Old Iranian», *Indoiran. Journ.* 15, núm. 4 (1973), 264-289.

tra, pues es propio de un jefe no sólo presentarse a sí mismo como un soldado valiente, sino también ocuparse de que sus subordinados sean lo más valientes que puedan.»

12 En estos términos habló Ciro y todos los presentes se alegraron de pensar que iban a combatir acompañados de más efectivos. Entonces uno de ellos, a su vez, tomó la
13 palabra y dijo lo siguiente: «Quizá parecerá que digo algo raro, si aconsejo a Ciro que hable en nuestro lugar cuando los que van a luchar a nuestro lado reciban sus armas, pero es que sé, prosiguió, que las palabras de los que tienen mayor capacidad para hacer tanto el bien como el mal penetran más profundamente en el espíritu del auditorio; al menos, cuando tales personas otorgan dones, aunque ocurra que éstos sean de menor calidad que los recibidos de parte de sus iguales, sin embargo, quienes los reciben los aprecian más. También ahora, continuó, a los camaradas persas les satisfará mucho más ser exhortados por Ciro que por nosotros, y, cuando lleguen al rango de los homótimos, estimarán más firme este ascenso, si se produce por obra del hijo del rey, su general, que si el mismo ascenso se produjera por obra nuestra. Sin embargo, no debe faltar nuestra participación, sino que es absolutamente preciso que estimulemos el espíritu de los soldados por cualquier medio. Pues cuanto más valientes sean más útiles serán para nosotros.»

14 Entonces Ciro, tras colocar las armas delante de todos y reunir a todos los soldados persas, pronunció las palabras
15 siguientes: «Varones persas, vosotros nacisteis y os educasteis en la misma tierra que nosotros. Tenéis un físico en nada inferior al nuestro y en vuestra mano está tener un espíritu no menos valiente que nosotros. Aun teniendo tales virtudes, en nuestra patria no participabais de los mismos derechos que nosotros, no porque hubierais sido marginados por nosotros, sino porque teníais la necesidad de proporcionaros el medio de vida [84]. Pero ahora soy yo quien, con ayuda de los dioses, se preocupará de que lo tengáis; si así lo queréis, es posible que vosotros, por haber recibido unas armas como las que tenemos nosotros, corráis el mismo peligro que nosotros y, si a partir de ahora tuviera lugar alguna hermosa y noble hazaña, merezcáis
honores semejantes a los nuestros. Antaño vosotros erais 16
arqueros y lanceros, también nosotros; y, si erais algo inferiores a nosotros en estas habilidadess, no era de extrañar, pues no disponíais, como nosotros, de tiempo libre para ocuparos de estos menesteres. En cambio, en lo que respecta al armamento aquí presente, nosotros no tendremos ninguna ventaja con respecto a vosotros: pues cada uno tendrá una coraza ajustada en torno a su pecho, en la mano izquierda un escudo de mimbre que todos estamos acostumbrados a llevar y en la derecha una daga o un hacha, con la que se deberá golpear a los adversarios sin cui-
darse de errar el golpe. Así que, con estas armas, ¿en qué 17
podríamos diferenciarnos unos de otros, excepto en el arrojo que os conviene avivar no menos que a nosotros? En efecto, respecto a la victoria, que es la que obtiene las cosas hermosas y nobles y las salvaguarda, ¿por qué va a convenirnos más a nosotros que a vosotros el deseo de conseguirla?, y, en cuanto al poder que otorga a los fuertes lo que es de los débiles, ¿por qué va a ser natural que nosotros vayamos a necesitarlo más que vosotros?» Finalmente
dijo: «Habéis oído todo lo que he dicho; veis las armas, 18
y el que lo desee que las tome y se inscriba ante el taxiar-

[84] Reflejo de la gran diferencia existente entre la situación de los *homoîoi* espartanos y el pueblo llano, que aquí Jenofonte justifica.

co [85] en la misma compañía que nosotros, pero al que le baste estar en el puesto de mercenario que se quede con
19 las armas serviles.» Así habló Ciro, y los persas, después de escucharle, consideraron que, si siendo invitados a obtener las mismas ventajas por pasar fatigas semejantes, no desearan hacerlo, en justicia vivirían sin recursos durante toda su vida. Así, todos se inscribieron y todos tomaron las armas.

Juegos y competiciones preparatorias para la guerra

20 En el espacio de tiempo en el que se decía que los enemigos se acercaban, pero aún no se habían presentado, Ciro procuraba ejercitar físicamente a sus hombres para fortalecerlos, les enseñaba a maniobrar y estimulaba su espíritu para la acción guerre-
21 ra [86]. En primer lugar, Ciro, habiendo recibido de parte de Ciaxares a unos subalternos, les ordenó que abastecieran cumplidamente a cada soldado de los productos que necesitaran. Una vez hechos estos preparativos, no les había dejado hacer más que practicar ejercicios bélicos, porque creía haber observado que los mejores en cada caso son aquellos que rehúsan atender muchos asuntos a la vez y se dedican a uno solo. De los ejercicios bélicos, propiamente dichos, dejó de lado la práctica del arco y la lanza, y sólo les permitió luchar con daga, escudo y coraza; de suerte que inmediatamente los mentalizó de que había que ir al encuentro de los enemigos, o convenir en que eran

[85] Jefe de una compañía, *táxis*, grupo de cien hombres. H. L. Strack, *Vollständiges Wörterbuch zu Xenophons Kyropädie*, Hildesheim, 1892, pág. 138, traduce el término por capitán.

[86] Esta idea de fomentar la emulación entre los hombres por medio de certámenes y concursos aparece a menudo en Jenof., *Ages.*, I 25; *Banqu.* I 2; *Econ.* VIII 9; *Helén.* III 4, 16, y *Anáb.* IV 8, 28.

unos aliados sin categoría alguna, y es difícil que convengan en eso quienes sepan que no son alimentados con ningún otro fin que para luchar en defensa de quienes los alimentan.

Además, habiendo caído en la cuenta de que todos 22
los ejercicios que producen emulación entre los hombres son, con mucho, los que éstos prefieren ejercitar, les anunció concursos de todos aquellos ejercicios cuya práctica por parte de los soldados entendía positiva; y éstos son los preceptos que anunció públicamente: al soldado raso, que se mostrara sumiso a sus superiores, celoso de su trabajo, amante del riesgo, pero con disciplina, buen conocedor de las tareas de soldados, pulcro en su armamento y ávido de gloria en este género de ocupaciones; al pempadarco [87], que él mismo fuera como el buen soldado e hiciera, en la medida de sus posibilidades, a su grupo de cinco hombres por el estilo; igualmente, al decadarco [88] con su grupo de diez, y asimismo al jefe de sección [89] con sus hombres, así como al taxiarco, que él mismo fuera irreprochable y cuidara de que también los hombres que estuvieran a sus órdenes hicieran, a su vez, que sus subordinados cumplieran sus respectivos deberes. Proponía como recompensa 23
para los taxiarcos que parecieran haber preparado mejor sus compañías, convertirlos en quiliarcos [90]; a los jefes de sección que parecieran presentar las mejores unidades, ascenderlos a la categoría de taxiarcos; a su vez, a los mejo-

[87] Jefe de un pémpada, grupo de cinco hombres.

[88] Jefe de una década, grupo de diez hombres.

[89] Traducimos así *lochagogós*, jefe de un *lóchos*, grupo de aproximadamente la cuarta parte de una *táxis*, compañía. H. L. Strack, *Vollständiges Wörterbuch...*, pág. 87, le atribuye veinticuatro hombres.

[90] Jefe de un grupo de mil hombres.

res decadarcos, pasar a la categoría de jefes de sección; asimismo, a los pempadarcos, acceder a la categoría de los decadarcos, y a los soldados rasos más aventajados, acceder a la categoría de los pempadarcos. Todos estos jefes, en primer lugar, tenían la posibilidad de recibir atenciones por parte de sus subordinados y, en segundo lugar, los escoltaba el resto de los honores que convenían a cada categoría. Ciro daba también mayores esperanzas a quienes merecieran elogios, para ver si en el futuro el soldado
24 bueno se revelaba óptimo. Anunció públicamente también trofeos para compañías enteras y para secciones enteras; asimismo, para las décadas y pémpadas que se revelaran como las más obedientes con sus jefes y que con más celo practicaran los preceptos mencionados anteriormente. Ésas eran las competiciones tal como convienen a una multitud de hombres. Y ésos eran los preceptos anunciados públicamente por Ciro y practicados por el ejército.

Ventajas de la vida en común

25 Y Ciro dispuso para ellos tiendas de campaña [91], tantas como taxiarcos había y tan amplias como para que pudieran albergar a cada una de las compañías —cada compañía estaba compuesta por cien hombres—. Acampaban así por compañías. En su opinión, el hecho de acampar juntos tenía la ventaja, de cara a la futura confrontación, de que unos y otros veían que recibían la misma alimentación y que no era posible ningún pretexto de inferioridad en el trato para admitir que uno fuera más cobarde que otro ante los enemigos. Y, en su opinión, el hecho de acampar juntos tenía, además, otra ventaja: promover el conocimiento mutuo, pues es opinión generalizada que incluso el afán de superación radica en

[91] Las tiendas orientales eran bastante más amplias que las griegas.

el conocimiento mutuo, y que, en cambio, los hombres que no se conocen parece que, de algún modo, actuán más a la ligera, como los que se encuentran en la sombra [92].
Y le parecía también que, por vivir en tiendas comunes, 26
tenían una gran ventaja para conocer exactamente sus puestos, pues los taxiarcos tenían las compañías bajo su mando ordenadas del mismo modo que cuando la compañía marchaba en fila, e igualmente los jefes de sección a sus unidades, los decadarcos a sus décadas y los pempadarcos a sus pémpadas. El hecho de conocer exactamente las posi- 27
ciones le parecía muy positivo para que no se desordenaran y para que, en caso de que se desordenaran, volvieran a sus posiciones con más rapidez, como ocurre con las piedras y trozos de madera que haya que ajustar, que, aunque se encuentran diseminadas de cualquier manera, su ajustamiento es más cómodo, si tienen marcas, de suerte que se vea claramente la posición que corresponde a cada una de ellas. Y le parecía que el hecho de comer juntos ayuda- 28
ba a que tuvieran menos deseos de abandonarse los unos a los otros, porque veía que los animales que son alimentados juntos tienen una terrible pena si se los separa.

Ciro se ocupaba también de que nunca entraran a desa- 29
yunar o cenar sin haber sudado previamente: les provocaba el sudor sacándolos de caza, o ideaba un tipo de juegos que se lo fuera a producir, o incluso, si ocurría que había

[92] Otra vez nos traslada Jenofonte a Esparta: nos parece leer a nuestro autor en la *Rep. lac.* V 1-7, donde nos relata cómo: «Licurgo encontró a su llegada que los espartanos, como los demás griegos, hacían la vida en sus casas; y, dándose cuenta de que, en estas condiciones, muchísimas cosas eran hechas descuidadamente, instituyó las comidas públicas y en común, pensando que así no sería tan fácil trasgredir las órdenes» (trad. de M. Rico Gómez [Centro de Estudios Constitucionales], Madrid, 1973).

alguna otra labor que realizar, llevaba de tal modo la acción, que ellos no volvieran sin sudor. Pues consideraba que haber sudado era conveniente para comer con satisfacción, para mantenerse sanos y para adquirir la capacidad de soportar fatigas; y para que fueran más afables unos con otros, las fatigas le parecían buenas, como también los caballos que trabajan juntos conviven en mejores relaciones [93]. Por otra parte, al menos de cara a los enemigos, son más arrogantes quienes se saben bien entrenados.

Invitaciones de Ciro a sus hombres para cenar en su tienda

30 Ciro ordenó que prepararan para él una tienda que fuera suficientemente grande para albergar a quienes invitara a cenar. Muchas veces invitaba a los taxiarcos que le parecía oportuno invitar; a veces, también, invitaba a algunos jefes de sección, a decadarcos y a pempadarcos; a veces, invitaba, incluso, a los soldados rasos, a veces, a una pémpada entera, a una década entera, a una sección entera, o a una compañía entera. Invitaba y honraba a quienes en algún momento hubiera visto hacer alguna hazaña que quería que todos hicieran, y las viandas servidas eran siempre
31 iguales para él y para los invitados a la cena. También hacía siempre igualmente partícipes de todo a los subalter-

[93] En el *Corpus Hippocraticum* (*Sobre la dieta* II 60, 2 ss.) se aconseja el ejercicio para desecar y fortalecer el cuerpo y se sugieren diversas modalidades de concursos, luchas, carreras, etc., para ejercitarse. También JENOFONTE, en *La República de los lacedemonios,* da importancia al ejercicio entre jóvenes, entre maduros (IV 6-7), y entre los soldados (XII 5-7), a fin de endurecer los cuerpos y prepararlos para la lucha.—El símil de los caballos es recogido por Virgilio, quien considera que el hambre acompañada del ejercicio es algo positivo para el entrenamiento de los caballos, cf. P. BRIND 'AMOUR, «Virgile et le dressage des chevaux», *Phoenix* 26 (1972), 187-188.

nos del ejército, pues en nada le parecía menos digno honrar a los subalternos del ejército que a los heraldos o a los embajadores, ya que estimaba que debían ser fieles, entendidos en asuntos militares, inteligentes e, incluso, fuertes, rápidos, decididos y firmes. Además, Ciro sabía que los subalternos debían tener las virtudes que poseen los soldados que gozan de la mejor reputación, tener como práctica no rehusar ningún trabajo, y considerar conveniente para ellos mismos el cumplimiento de cuanto el jefe ordenaba.

Ciro, cada vez que se reunían en su tienda, se ocupaba 2
siempre de que fueran sacados a colación temas al mismo tiempo agradables e incitantes al bien. Un día llegó al tema siguiente: «¿Acaso, señores, dijo, se muestran nuestros compañeros algo inferiores a nosotros, porque no han sido educados de la misma manera que nosotros, o no se diferenciarán de nosotros ni en el trato, ni cuando sea preciso combatir contra los enemigos?»

Relato del comensal insatisfecho

Histaspas [94] tomando la palabra dijo: 2
«Cómo se comportarán de cara a los enemigos, al menos yo todavía no lo sé. Sin embargo, en lo tocante al trato, por los dioses, algunos de ellos se muestran desagradables. Por ejemplo, hace poco, Ciaxares envió a cada compañía las piezas sacrificadas, y fueron tres para cada uno de nosotros las piezas que circularon o, incluso, más. El cocinero, al pasar la primera ronda, comenzó por

[94] Aunque es un nombre que aparece a menudo en los *yashts* y podría haber sido tomado por Jenofonte del repertorio iranio para imponérselo a un personaje de su propia creación, no es éste el caso, ya que se puede identificar con Wistašpa, el abuelo de Darío (cf. HERÓD., I 209).

mí. Pero, cuando entró para hacer circular la segunda, yo le ordené que volviera a servir comenzando por el último.
3 Así que uno de los soldados que estaba sentado en el centro del círculo comenzó a gritar diciendo: 'Por Zeus, este reparto no es equitativo, si nadie va a comenzar nunca por los que estamos en medio.' Y yo, al oírle, me disgusté por si se consideraba peor tratado y en seguida le ordené que se sentara a mi lado. Él obedeció muy disciplinadamente al menos esta orden, y cuando nos llegó la ronda a nosotros, quedaban, creo, los trozos más pequeños por ser nosotros los últimos en servirnos. Entonces aquél se mostró muy molesto y dijo para sí: '¡Qué mala suerte que casualmente haya sido llamado aquí en este momento!'
4 Y yo le dije: 'No te preocupes, pues en seguida comenzará por nosotros y tú el primero cogerás el trozo mayor.' En ese momento estaba pasando la tercera ronda, que era la que restaba de la distribución y aquél se sirvió el segundo, después de mí; pero, como el tercero se sirvió un trozo que a él le pareció mayor que el suyo, lo echó de nuevo al plato con la intención de coger otro. Y el cocinero, creyendo que ya no quería más comida, se marchó siguiendo la ronda antes de que él cogiera otro pedazo.
5 Entonces, él llevó con tanta pesadumbre su infortunio, que se perdió la comida que había cogido, y además lo que le quedaba de la salsa, aturdido e irritado con su suerte, lo volcó lleno de despecho. Al verlo, el jefe de sección que estaba más cerca de nosotros comenzó a aplaudir mientras reía. Por mi parte yo, dijo Histaspas, fingía toser, pues no podía reprimir la risa. En efecto, te estoy mostrando, Ciro, cómo era uno de nuestros compañeros.» Después de este relato, como es natural, se echaron a reír.

Relato del soldado excesivamente celoso de su deber

Otro de los taxiarcos dijo: «Ése, Ciro, según parece, se encontró con un compañero bastante desagradable. Yo, por mi parte, cuando tú, después de habernos enseñado las posiciones, nos despediste y ordenaste que cada uno enseñara a su compañía las instrucciones que habíamos recibido de ti, de igual modo que los otros hacían, fui también a instruir a una sección. Coloqué al jefe de la sección en primer lugar, situé a un hombre joven detrás de él y a los otros como creía que debían marchar; después, me puse yo delante, mirando a la sección y, cuando me pareció oportuno, di la orden de avanzar. Entonces el varón del que te hablo, 7 aquel joven, adelantándose al jefe de sección, comenzó a marchar en primera posición, y yo al verlo le dije: 'Pero, hombre, ¿qué haces?' Y él contestó: 'Avanzo como tú ordenas.' Yo repliqué: 'Pero yo no te he ordenado avanzar a ti solo, sino a todos.' Y él, al oír esto, volviéndose hacia sus compañeros de sección dijo: '¿No oís al que da las órdenes que avancéis todos?' Y todos, colocándose junto al jefe de sección, se dirigieron hacia mí. Pero, después de 8 que el jefe de sección les hizo retroceder, se indignaron y dijeron: '¿A cuál de los dos hay que obedecer? Pues hace un momento el uno nos manda avanzar, pero el otro no lo permite.' Sin embargo, yo tomé la situación con calma, los volví a ordenar en sus puestos, y, después, les dije que nadie que estuviera detrás se moviera antes de que el de delante comenzara a marchar y que sólo estuvieran todos pendientes de seguir al que les precedía. Pero, cuan- 9 do un soldado que volvía a Persia se me acercó y me pidió que le diera la carta que yo había escrito a mi familia, yo, como el jefe de sección sabía dónde estaba la carta,

le mandé que me la trajera corriendo, y él fue corriendo, pero el que estaba detrás de él le sigue con la coraza y la daga, y el resto de los soldados, al verlo, echó a correr con él; vinieron los soldados de la sección con la carta. Así, dijo aquél, mi sección cumple a la perfección tus órdenes».
10 El resto de los presentes, como es natural, reían por el acompañamiento militar que habían dado a la carta, y Ciro dijo: «¡Zeus y todos los dioses!, ¡qué compañeros tenemos entonces! Son tan fáciles de contentar, que uno consigue entre ellos muchísimos amigos incluso con un poco de comida y tan dóciles que algunos obedecen antes de saber lo que se les ordena. ¡Yo no sé qué clase de gente se ha de pedir antes que unos soldados tales!» Así, entre risas, Ciro elogió a los soldados.

Un taxiarco demasiado serio

11 Y ocurría que en la tienda se encontraba un taxiarco de nombre Aglaitadas, varón de carácter bastante agrio, que habló más o menos del modo siguiente:

—Ciro, ¿de verdad crees que lo que éstos te dicen es cierto?

—¿Y por qué iban a querer engañarnos?, preguntó Ciro.

—¿Por qué otra razón, sino porque desean hacernos reír de lo que dicen y fanfarronear?, replicó el taxiarco.

12 —Habla bien de ellos, dijo Ciro, y no los trates de fanfarrones, pues me parece que el término fanfarrón es para los que fingen ser más ricos y más valientes de lo que son, y prometen hacer lo que no son capaces de hacer, cuando es evidente que hacen esto para recibir algo o sacar algún provecho. En cambio, los que con su ingenio provocan la risa de sus compañeros, no para provecho propio, ni para castigo del auditorio, ni para ocasionar daño alguno, ¿cómo no sería más justo llamarlos dicharacheros y graciosos mejor que fanfarrones? [95].

En estos términos defendió Ciro a los que provocaban la risa, y el taxiarco que había expuesto la graciosa historia de la sección tomó de nuevo la palabra: 13

—Aglaitadas, si intentáramos hacerte llorar como algunos intentan inducir a las lágrimas componiendo obras quejumbrosas en verso o en prosa, seguramente nos lo reprocharías con dureza, cuando, ahora que sabes que te queremos alegrar y no molestarte, sin embargo, nos desprecias tanto.

—Sí, por Zeus, replicó Aglaitadas, y lo hago con justicia, porque al menos a mí me parece que, a menudo, el que provoca la risa en sus amigos realiza una labor de menor valor que el que los hace llorar. También tú, si razonas correctamente, descubrirás que te digo la verdad: con castigos los padres infunden a sus hijos la templanza, y los maestros a sus discípulos las buenas enseñanzas, y las leyes incitan a los ciudadanos a la justicia por medio del llanto; en cambio, ¿podrías decir que los que provocan la risa reportan utilidad al cuerpo o hacen los espíritus más virtuosos en su vida privada o mejores ciudadanos? 14

A continuación, Histaspas habló más o menos del modo siguiente: 15

—Tú, Aglaitadas, dijo, si me haces caso, con los enemigos gastarás generosamente esto que dices que es de gran valor e intentarás hacerlos llorar; en cambio, prosiguió,

[95] Esta actitud de Ciro se corresponde con el tema desarrollado, en II 2, 11-16, acerca de la alegría entre los soldados, que aparece solamente esbozado en *Banqu.* III 11. Tal jovialidad, que contrasta vivamente con la sencillez de las costumbres de los persas, sorprende a Gobrias cuando se pasa al bando de Ciro (V 2, 16-18).

a tus amigos aquí presentes, nos proveerás en abundancia de eso que dices que es de poco valor, la risa, pues sí que la tienes en cantidad porque no la has empleado en uso propio; y, ciertamente, no proporcionas risa de grado ni a tus amigos ni a tus huéspedes, de suerte que no tienes ningún pretexto para no hacernos reír.

Y Aglaitadas preguntó:

—Histaspas, ¿piensas obtener risa de mí?

El taxiarco replicó:

—Sí, por Zeus, y verdaderamente es una insensatez, porque sería más fácil, creo, obtener por frotación fuego de ti que extraerte risa.

16 El resto de los presentes se echó a reír de esta broma, porque conocía el carácter de Aglaitadas, y el propio Aglaitadas sonrió. Ciro, al verlo radiante de alegría, dijo: «Cometes injusticia, taxiarco, al corromper a nuestro más serio soldado convenciéndole de que se ría y eso que es tan
17 enemigo de la risa.» Las bromas terminaron en este punto. Y, a continuación, Crisantas[96] tomó la palabra:

Discusión sobre el reparto de honores y recompensas

18 —Ciro y todos los presentes, comenzó, yo considero que han salido con nosotros los mejores hombres, y también otros de menos valía, pero si tuviéramos éxito, reivindicarán todos ellos participar por igual de él. No obstante yo, por mi parte, considero que en el mundo no hay nada menos equitativo que el hecho de juzgar lo bueno y lo malo con el mismo rasero.

Ciro replicó a esto:

[96] Homótimo, de pequeña talla, pero de gran inteligencia, cf. II 3, 5, frecuentemente interlocutor de Ciro en discusiones sobre temas de importancia, aportando sugerencias importantes como la de desviar el Eufrates para facilitar la conquista de Babilonia, cf. VII 5, 8.

—Por los dioses, señores, ¿acaso no es más conveniente para nosotros, en caso de que la divinidad a la vista de nuestras fatigas nos otorgue algún éxito, promover en el ejército una deliberación al respecto para ver qué les parece mejor: hacer partícipes por igual a todos, o atribuir los honores que corresponden a cada uno por medio de un análisis de sus respectivas actuaciones?

—¿Y por qué, preguntó Crisantas, promover un debate 19
al respecto, y no hacer público simplemente que vas a actuar de este modo? ¿O no obraste así cuando anunciaste los concursos y las recompensas?

—Pero, por Zeus, exclamó Ciro, este caso no es igual que aquél, pues los soldados considerarán bienes comunes, creo, las adquisiciones que logren en sus campañas, pero quizá todavía estiman que el mando del ejército me pertenece por herencia, de suerte que piensan, creo, que yo no cometo injusticias a la hora de dar órdenes a los oficiales.

—Y ¿de verdad crees, preguntó Crisantas, que una vez 20
reunida la multitud vaya a votar que no todos obtengan igual parte, sino que los que mejor hayan actuado reciban más honores y obsequios que el resto?

—Yo, respondió Ciro, creo que sí, en parte porque somos nosotros quienes lo sostenemos, y en parte porque es vergonzoso decir lo contrario: que quien soporta las máximas fatigas y rinde el máximo servicio a la comunidad no merezca también las máximas recompensas. Y creo, prosiguió, que incluso a los soldados menos competentes les parecerá evidente la conveniencia de que los que son competentes reciban mayor parte en el reparto[97].

[97] La idea de que los buenos soldados, como los buenos jornaleros, deben ser recompensados, y los malos castigados, aparece a menudo en el *Económico*, especialmente en XIII 6 ss., y XXI 10, y en *Anáb.* I 9,

21 Ciro quería que, en beneficio de los propios homótimos, se celebrara esta votación, pues estimaba que también ellos se comportarían mejor, si sabían que serían juzgados y obtendrían la parte que merecieran. Así que le pareció oportuno proponer una votación en el momento en que los homótimos temían que iban a tener una participación igual a la de la masa de los soldados. Los presentes en la tienda estuvieron de acuerdo en tomar una determinación al respecto y dijeron que todo aquel que se tuviera por hombre de bien también debía sostener esta propuesta.

22 Un taxiarco dijo riendo:

—Yo sé de un varón que, aun siendo del pueblo, nos apoyará con su palabra para que no exista una igual participación concebida tan a la ligera.

Otro le preguntó a quién se refería y él contestó:

—Por Zeus, es un compañero de tienda que siempre trata de tener más de lo que le corresponde.

A su vez, otro le preguntó:

—¿Acaso también más fatigas?

—Por Zeus, replicó, no, en absoluto, y en esto me habéis cogido en mentira, ya que él siempre está pronto a permitir que quien lo quiera, tenga más fatigas y otras penas por el estilo.

23 —Yo, señores, dijo Ciro, estoy seguro de que hombres como aquel al que éste se está refiriendo ahora, si hay que tener un ejército eficaz y sumiso, deben ser excluidos de nuestras filas, pues me parece que la mayor parte de nuestros hombres son de los que van por donde se les conduzca y creo que los buenos guías intentan conducirlos hacia el
24 bien y los malos hacia el mal. Y eso que a menudo los

14-28, donde se hace referencia a esta generosidad de Ciro el Viejo aplicada a Ciro el Joven.

malvados encuentran más partidarios que los virtuosos, pues el vicio, como marcha a través de los placeres momentáneos, tiene a éstos como pruebas convincentes para que mucha gente sea partidaria suya. En cambio, la virtud, como conduce a un camino escarpado, no es muy hábil para atraer a nadie a primera vista, sobre todo si hay otros que los llaman a acudir por un camino cuesta abajo y fácil [98].
Pues bien, yo, a quienes son malos sólo por desidia y pere- 25
za, los considero como zánganos, porque sólo dañan a sus socios con el gasto que representan; en cambio, quienes son malos compañeros de fatigas, violentos y carentes de pudor si se trata de sacar mayor provecho del debido, estas personas también son guías para el vicio, pues a menudo pueden demostrar que el vicio es más ventajoso; de manera que debemos apartar totalmente a tales personas
de nuestras filas. Sin embargo, no reflexionéis demasiado 26
sobre el modo de completar vuestras filas con conciudadanos nuestros: de la misma manera que buscáis los mejores caballos, aunque no sean del país, así también tomad de cualquier lugar los hombres que os parezca que van a representar un refuerzo mayor y a contribuir en mayor medida a vuestro prestigio. Lo que voy a decir a continuación testimonia que mi argumento es bueno: sin duda un carro no puede ser rápido si los caballos que lleva son lentos, ni estará equilibrado si sus caballos están uncidos uno más alto que otro; tampoco una casa puede ser bien administrada si se ocupan de ella servidores perversos, e incluso su economía sufrirá menos sin servidores que perturbada
por la acción de servidores injustos. Y sabed bien, amigos 27

[98] Se refiere al mito de Pródico recogido en *Mem.* II 1, 21, que presenta a Heracles en la encrucijada dudando ante la elección del camino del vicio o el de la virtud.

míos, prosiguió, que al excluir de vuestras filas a los malos soldados no sólo os beneficiará el hecho de tenerlos apartados, sino también el hecho de que cuantos de los que se queden estén ya plenos de vicio volverán a ser limpios de él, y los buenos soldados, al ver que los malos han sido proscritos, se consagrarán a la virtud con mucha mejor disposición.

28 Así habló Ciro, y todos sus amigos estuvieron de acuerdo y obraron en consecuencia.

Sambaulas y su velludo jovencito

Acto seguido, Ciro dio de nuevo comienzo a las bromas; pues, al darse cuenta de que un jefe de sección había traído a cenar con ellos y colocado a su lado a un hombre muy velludo y extremadamente feo, llamó al jefe de sección por su nombre y le habló del modo siguiente:

—Sambaulas, ¿acaso tú también, siguiendo el modo griego, es en razón de su belleza por lo que llevas contigo a este jovencito que está echado a tu lado? [99].

—Sí, por Zeus, replicó Sambaulas, en verdad me complace estar junto a él y contemplarlo.

29 Al oír esto, los que estaban en la tienda dirigieron sus miradas hacia él, pero, tan pronto como vieron que su cara era tan extremadamente fea, todos se echaron a reír. Y uno de ellos dijo:

—Por los dioses, Sambaulas, ¿con qué clase de artimañas te conquistó este hombre?

Y él contestó: 30

—Por Zeus, señores, os lo diré: cada vez que lo he llamado de noche o de día, hasta ahora nunca me puso de pretexto la falta de tiempo, ni me obedeció con lentitud, sino siempre corriendo, y cada vez que le ordené hacer algo, hasta ahora no lo vi cumplirlo sin sudar. Y también ha hecho de esa manera a sus compañeros de década, mostrándoles, no de palabra sino de obra, cómo deben ser.

Entonces alguien preguntó: 31

—Y siendo un hombre tal, ¿no lo besas como a un pariente [100]?

Y el soldado que era tan feo replicó a esto:

—No, por Zeus, porque él es poco amante del trabajo y, si deseara besarme, hacerlo le costaría más que todos los ejercicios juntos.

Tres opiniones favorables a tratar a cada uno según sus méritos

Tales cosas, unas veces jocosas, otras serias, se decían y hacían en la tienda de Ciro. Finalmente, después de hacer las tres libaciones [101] de ritual y pedir a los dioses sus favores, abandonaron la tienda para ir a acostarse. Al día siguiente, Ciro reunió a todos los soldados y les dijo lo siguiente: 3

[99] Este pasaje muestra la costumbre del amor a los jóvenes, a la que Heródoto (I 135) atribuye un origen griego. Jenofonte la condena a menudo ásperamente, a diferencia de Platón. Por ejemplo, en la *Rep. lac.* II 13-14, Jenofonte ataca la relación física entre hombres y niños, mientras que alaba la relación espiritual. Todavía se hace más patente el rechazo en el *Banqu.* VIII 32-38, donde Jenofonte hace una condena de la pederastia carnal en boca de Sócrates, retocando la figura del maestro que se dejaba atraer por los jóvenes hermosos en el *Banquete* platónico (178e y 182b).

[100] Es decir, en la boca, a la costumbre persa, cf. n. 38.

[101] Ritual griego traspuesto a Persia. La primera libación era de leche y miel, la segunda de vino dulce y la tercera de agua. Ciro, de acuerdo con su profunda religiosidad, realiza libaciones a menudo: III 3, 40; IV 1, 6, y VI 4, 1.

2 «Amigos míos, el combate está próximo, pues los enemigos se acercan. Si vencemos nosotros —en efecto, esto hay que decirlo y hacerlo—, la recompensa de la victoria evidentemente serán vuestros enemigos y todos los bienes de los enemigos; en cambio, si somos nosotros los vencidos, desde siempre está fijada también como recompensa
3 de los vencedores toda posesión de los vencidos. Por tanto, debéis saber que, cuando cada uno de los hombres unidos para hacer la guerra piensa, en su fuero interno, que a menos que él personalmente actúe con todo su ardor nada de lo que se pretende saldrá, en seguida realiza muchas y nobles acciones, pues no descuida lo que debe hacer. En cambio, cuando cada uno de ellos piensa que el otro va a ser el que actúe y luche aunque él se haga el remolón, a tales hombres, dijo, sabed bien que les sobrevendrán las dificultades, desencadenándose todas a la vez sobre todos
4 ellos. Así lo dispuso la divinidad: a los que no quieran imponerse el esfuerzo para la realización de buenas acciones les otorga otra clase de jefes. Así que, ahora, prosiguió, que uno de vosotros se levante aquí y responda a esta pregunta solamente: en qué caso cree que se ejercita mejor el valor entre nosotros, cuando el que desee esforzarse más y exponerse a los mayores peligros obtiene también los mayores honores, o cuando sabemos que no tiene importancia ser mal soldado, pues al final obtendremos las mismas recompensas todos por igual.»

5 Entonces se levantó Crisantas, uno de los homótimos, varón que no era en apariencia alto ni fuerte, pero que se distinguía de los demás por su inteligencia, y habló en los siguientes términos:

«Ciro, yo creo que has planteado esta cuestión no porque creas que los malos soldados deban tener una parte igual a la de los buenos, sino para comprobar si habrá

algún varón que desee exponer su convicción de que sin realizar ninguna acción noble debe participar por igual del éxito que otros obtengan por su valor. Yo, prosiguió, no 6
tengo los pies veloces ni las manos potentes, y sé que por lo que yo fuera a realizar con este cuerpo no sería distinguido como el primero ni el segundo, creo que ni como el milésimo, quizá ni como el diezmilésimo, pero también sé con seguridad que, si los soldados fuertes se ocupan de las acciones bélicas con vigor, yo participaré de parte de sus éxitos en la medida en que sea justo; en cambio, si los malos soldados no hacen nada y los que son valientes y fuertes se desaniman, me temo, dijo, que yo vaya a recibir una parte mayor de la que quiero de algo distinto del éxito.» Así habló Crisantas. 7

Después de él se levantó el persa Feraulas, un hombre del pueblo, además ligado íntimamente a la casa de Ciro, varón agradable que no parecía exento de cualidades físicas ni villano de espíritu, y dijo lo siguiente: «Ciro y 8
todos los persas presentes, yo estimo que todos nosotros nos lanzamos ahora a combatir por el valor, en igualdad de condiciones: en efecto, veo que todos nosotros nos ejercitamos físicamente recibiendo la misma alimentación, somos invitados a las mismas reuniones y a todos se nos han fijado los mismos deberes, pues la obediencia a los jefes es obligación común a todos, y el que manifiestamente la cumple sin reservas, veo que obtiene honores de parte de Ciro; y, a su vez, el arrojo frente a los enemigos es considerado, no por uno sí y por otro no, sino por todos, la virtud más hermosa. Y ahora, prosiguió, se nos presenta 9
un tipo de combate que veo que todos los hombres conocen por naturaleza, como también en el resto de los seres vivos cada uno conoce un tipo de combate sin haberlo aprendido de ningún otro maestro distinto de la naturale-

za: así, el buey ataca con sus cuernos, el caballo con sus
cascos, el perro con sus fauces y el jabalí con sus dientes.
Y todos estos animales, prosiguió, saben guardarse de aque-
llos que representan mayor peligro para ellos, y esto sin
10 haber acudido hasta ahora a ningún maestro. Yo también,
continuó, ya desde niño sabía protegerme al momento la
parte del cuerpo que creía que iba a recibir un golpe, y
si no tenía otra cosa para defenderme, impedía el golpe,
en la medida de mis posibilidades, poniéndome delante las
dos manos —esto lo hacía no porque me lo hubieran
enseñado—, incluso por eso mismo recibía los golpes, por-
que me protegía [102]. Además, ya desde niño, cogía de donde
la viera una espada [103] sin haber aprendido de otro maes-
tro distinto de la naturaleza cómo había que cogerla. En
todo caso, yo hacía esto, sin que me lo hubiera enseñado
nadie y aunque me lo impidieran, como había también otras
cosas prohibidas por mi madre y por mi padre que la natu-
raleza me obligaba a hacer. Y, por Zeus, yo golpeaba con

---

[102] Los niños persas recibían una educación muy severa, siendo golpeados y castigados por sus instructores, como demuestra a menudo la *Ciropedia* (cf. I 1, 6, y 3, 17).

[103] *Máchaira* es el término que utiliza Jenofonte. Corresponde a una espada pequeña algo curva. Pero las fuentes persas (*Vendidād* 14, 9) no hablan de espadas en ningún momento. P. Thieme, Recensión a *Dictionnaire étymologique du protoindoeuropéen* de A. Carnoy, en *Language* 34 (1958), 514 y sigs., ha puesto de manifiesto la ausencia de término en antiguo indio e iranio para designar espada, lo que explica a partir de la suposición de que la metalurgia de estos pueblos no estaba suficientemente desarrollada para fabricar armas de hoja larga. Todo ello es corroborado por el hecho de que en los relieves persas sólo aparecen espadas muy cortas. Por otra parte, palabras que en las fuentes clásicas relativas al mundo persa se creía que designaban a la espada, como *akinákēs*, Heród., III 118, 128, y Jenof., *Anáb.* I 2, 27, la arqueología ha demostrado que se refieren a la daga.

mi espada todo aquello que podía cuando no me veían,
pues esta tendencia no sólo era por naturaleza, como an-
dar o correr, sino que, además de ser algo natural, hacerlo
me parecía placentero. Así pues, ya que nos está reservado 11
este combate, en el que se necesita más ánimo que destre-
za, ¿cómo no va a sernos agradable tener que rivalizar con
los homótimos aquí presentes en una contienda donde está
establecido que los premios al valor sean iguales para to-
dos, si bien no marchamos hacia el peligro exponiéndonos
igualmente, pues éstos exponen una vida honrosa, que es,
sólo ella, la más placentera y, en cambio, nosotros expone-
mos una vida ardua y desprovista de honra, que, creo,
es la más difícil de soportar? Pero, señores, sobre todo 12
me mueve a rivalizar con ellos de tan buen ánimo el hecho
de que el juez vaya a ser Ciro, quien no juzga con envidia,
sino que, y lo digo poniendo de testigos a los dioses, me
parece que ama no menos que a sí mismo a aquellos solda-
dos que vea valientes. En todo caso, veo que él es más
feliz dándoles a éstos lo que tenga, que teniéndolo él mis-
mo. Sin embargo, dijo, sé que éstos se jactan de que han 13
sido educados para soportar el hambre, la sed y el frío,
ignorando que también nosotros hemos sido educados pa-
ra estas privaciones por un maestro mejor que ellos, por-
que no hay ningún maestro mejor que la necesidad, que
nos enseñó el conocimiento incluso demasiado exacto de
esta ciencia.

»En verdad, éstos han estado practicando para sopor- 14
tar el peso de las armas, que han sido inventadas para que
fueran muy fáciles de llevar para todos los hombres, y,
en cambio, nosotros, prosiguió, nos hemos visto obligados
a andar y correr con pesadas cargas, de suerte que ahora,
en mi opinión, el peso de las armas se asemeja más al
de unas alas que al de una carga. Por tanto, así voy a lu- 15

char, y según haya sido mi comportamiento, será la recompensa que exija, sábelo, Ciro. Y a vosotros, hombres del pueblo, exclamó, también os exhorto a lanzaros a la rivalidad de este combate frente a estos soldados tan bien educados, pues ahora son hombres sorprendidos en una
16 contienda popular.» Así habló Feraulas. También otros muchos soldados se levantaron para exponer de palabra su acuerdo con las opiniones de cada uno de ellos dos. Se decidió que cada uno recibiera los honores que mereciera, y que Ciro fuera quien juzgara los méritos. En efecto, así llegó a buen término esta discusión.

Ciro invita a cenar a un taxiarco ingenioso

17 Una vez, Ciro invitó a cenar a toda una compañía completa con su taxiarco, porque le había visto alinear a los hombres de su compañía en dos mitades, una frente a la otra, para el ataque: ambas partes tenían corazas, en la mano izquierda escudos, y para la mano derecha, a una mitad les había dado gruesas cañas y a los otros les había dicho que debían disparar bolas de tierra que previamente hubieran cogido del suelo.
18 Cuando estuvieron así preparados, les dio la señal de ataque. Entonces, unos lanzaban las bolas de tierra y había quienes alcanzaban corazas y escudos, y otros que alcanzaban muslos y grebas. Pero, cuando llegaron ambos grupos al cuerpo a cuerpo, los que llevaban cañas golpeaban a unos los muslos, a otros las manos, a otros las piernas y, a los que se inclinaban a formar las bolas de tierra, les golpeaban la nuca y la espalda. Finalmente, los que llevaban las cañas hicieron darse la vuelta a los otros y los perseguían golpeándolos con mucha risa y diversión. Por turno sucesivo, los que antes lanzaban las bolas cogieron, a su vez, las cañas e hicieron lo mismo a los que
19 ahora lanzaban bolas de tierra. Admirado Ciro de este

juego, de la capacidad de invención del taxiarco y la disciplina de sus hombres, porque al mismo tiempo que se ejercitaban, pasaban un buen rato y vencían los que imitaban el armamento persa, complacido con ellos, los invitó a cenar. Una vez en la tienda, al ver que algunos tenían vendadas, uno una pierna, otro una mano, Ciro les preguntó qué les había pasado, y ellos le respondieron que habían sido golpeados por las bolas de tierra. Entonces les volvió 20
a preguntar en qué momento había sido, si en el cuerpo a cuerpo o en el combate a distancia, y ellos respondieron que en el combate a distancia. En cambio, en el cuerpo a cuerpo los que llevaban cañas dijeron que había sido un juego muy divertido. Por el contrario, los otros, a su vez, como habían sido golpeados con las cañas se quejaron, ya que no les parecía que fuera divertido recibir golpes de cerca, y al mismo tiempo mostraban los golpes de las cañas en las manos, la nuca e incluso algunos en la cara. Entonces, como es natural, se rieron unos de otros. Al día siguiente, toda la llanura estaba llena de soldados que los imitaban. Y siempre que no tenían nada más importante que hacer se entretenían con este juego.

Vistosas maniobras de dos compañías

Otra vez, Ciro vio a otro taxiarco que 21
llevaba desde el río a su compañía en fila para ir a comer y que, cada vez que le parecía oportuno, transmitía la orden de que la segunda sección pasara al frente, después la tercera y la cuarta. Cuando los jefes de sección estuvieron delante, les ordenó que hicieran avanzar a sus hombres de dos en dos. Después, los decadarcos avanzaron al frente y, cuando a él le pareció oportuno, dio la orden de que sus hombres marcharan de cuatro en cuatro. Así, los pempadarcos, a su vez, se adelantaron de cuatro en cuatro y, cuando llegaron a la puerta de la tienda, el

taxiarco les ordenó otra vez marchar en fila e hizo entrar a la primera sección, ordenó que la segunda la siguiera detrás y, dando la misma orden a la tercera y a la cuarta, las iba haciendo entrar. Una vez que los hubo introducido en la tienda, los fue sentando a la mesa según iban entrando. Así que Ciro, admirado de la suavidad de su enseñanza y de su interés, invitó también a comer a esta compañía con su taxiarco.

22 Otro taxiarco allí presente que había sido invitado a comer dijo: «Y a mi compañía, Ciro, ¿no la invitas a tu tienda? Y eso que, cuando se acerca a la mesa, cumple todas estas formalidades y, cuando termina la cena en la tienda, el comandante de retaguardia, jefe de la última sección, sale llevando las últimas filas en primera posición para la lucha, luego, el segundo jefe de sección hace salir inmediatamente detrás de éstos a los soldados de la sección siguiente y, de igual modo, al tercero y al cuarto, para que, cuando deban retirarse de las filas enemigas, prosiguió, sepan cómo hay que efectuar la retirada. Y, cuando estamos en la pista donde hacemos nuestras evoluciones, si nos dirigimos hacia el Este, yo marcho en cabeza, la primera sección en primer lugar detrás de mí, la segunda en el puesto que le corresponde, después la tercera, la cuarta, y las décadas y pémpadas de las secciones que están a mis órdenes. En cambio, prosiguió, cuando nos dirigimos hacia el Oeste, el comandante de retaguardia y los últimos soldados marchan a la cabeza; sin embargo, me obedecen a mí, aunque marche en última posición para que se acostumbren a obedecerme tanto si van detrás de mí como si me preceden.»

23 Entonces Ciro preguntó:

—¿Y siempre os comportáis así?

—Sí, por Zeus, replicó el taxiarco, cada vez que vamos a comer.

—Entonces os invito, dijo Ciro, porque os ocupáis de la posición de los hombres tanto al ir como al volver, porque lo hacéis tanto de día como de noche y, además, porque os ejercitáis físicamente por medio de las evoluciones y asistís al espíritu por medio de la enseñanza. Así que, como todo lo hacéis doble, es justo que también se os conceda un doble banquete.

—Por Zeus, exclamó el taxiarco, que por lo menos no 24
sea en el mismo día, si es que no vas a concedernos también dobles estómagos.

Y así, en efecto, pusieron fin a la reunión de la tienda, y, al día siguiente, Ciro invitó a esta compañía, como había dicho, y al otro también. Al enterarse de esta recompensa, todos los demás soldados en lo sucesivo los emularon.

Ciro acude a recibir una embajada india. Sencillez de su vestido

Una vez que Ciro estaba pasando re- 4
vista de armas a todos sus hombres y alineándolos en orden de batalla, llegó un mensajero de parte de Ciaxares con la noticia de que una embajada india [104] estaba allí: «Te pide, pues, que vayas lo antes que puedas. Te traigo, prosiguió el mensajero, también la más bella túnica de parte de Ciaxares, pues quiere que vayas lo más brillante y arreglado posible, en la idea de que los indios van a fijarse en tu atavío cuando vayas.»
Cuando Ciro hubo escuchado este mensaje, ordenó al ta- 2

[104] No deja de ser sorprendente que, al comienzo de la *Ciropedia* (I 1, 4), los indios se encuentren entre los pueblos sometidos a Ciro, porque a lo largo de la obra no aparecen indicios de enfrentamiento ni de sometimiento.

xiarco que estaba en primera posición que se colocara al frente llevando su compañía en fila, manteniéndose él mismo a la derecha, y le ordenó también que le pasara la misma orden al segundo taxiarco y que así se fuera transmitiendo a través de todas las líneas, y ellos, obedeciéndole, rápidamente la transmitieron y rápidamente la fueron cumpliendo; en poco tiempo llegaron a ser de frente unos trescientos hombres —que era el número de los taxiarcos—
3 y en profundidad unos cien. Después que se hubieron situado, les ordenó que lo siguieran al ritmo que él los llevara y, al punto, comenzó a llevarlos a paso ligero. Pero, cuando se dio cuenta de que el camino que conducía al palacio real era demasiado estrecho como para que todos ellos lo atravesaran de frente, ordenó que el primer cuerpo de mil hombres [105], sin perder su puesto, lo siguiere y, al segundo, que fuera a retaguardia del primero y así sucesivamente; él continuaba en cabeza sin pararse, y los restantes cuerpos de mil lo seguían cada uno detrás de la retaguardia del precedente.

4 Envió también dos subalternos a la entrada del camino para que, si algún soldado no sabía lo que debía hacer, se lo indicaran. Tan pronto como llegaron a las puertas del palacio de Ciaxares [106], Ciro ordenó al primer taxiarco que alineara su compañía con doce hombres de profundidad, y que se colocaran los dodecarcos [107] al frente, alre-

[105] El término que aparece en griego es *chiliostýs*, grupo de mil hombres que corresponde aproximadamente a un regimiento.

[106] Era costumbre oriental recibir peticiones a la puerta del palacio (cf. Heród., III 119; Jenof., *Helén.* I 6, 7). En campaña, el término *thýrai* se refiere a las puertas de la tienda, mientras que en las residencias reales, se refiere a la corte (cf. *Anáb.* I 6, 7).

[107] Jefe de un grupo de doce hombres, es decir, de la mitad de una sección.

dedor del palacio, y al segundo taxiarco le transmitió las mismas órdenes y así sucesivamente. Ellos así lo hicieron. 5
Después, Ciro se presentó ante Ciaxares con su túnica persa, que no tenía nada de fastuosa. Al verlo, Ciaxares se alegró por su prontitud, pero se disgustó por la sencillez de su túnica y le dijo:

—¿Qué significa esto, Ciro? ¿Cómo has hecho esto? ¡Presentarte de esa guisa a los indios! Habría querido, prosiguió, que te presentases ante ellos con la máxima brillantez, pues para mí habría sido un honor que tú, hijo de mi hermana, aparecieras ataviado lo más magníficamente posible.

Ciro replicó a estos reproches: 6

—¿De qué modo, Ciaxares, te honraría más: si, vistiéndome de púrpura, llevando brazaletes, rodeándome con un collar, tardara en obedecerte por perder el tiempo en andar contoneándome, o como ahora, que, acompañado de una tropa tan preparada y tan numerosa, obedezco tus órdenes con tanta prontitud para honrarte, adornado yo mismo con mi sudor y mi diligencia y presentándote hombres que te obedecen tan bien?

El rey de la India árbitro entre medos y asirios

Una vez que hubieron entrado, los 7
indios dijeron que los enviaba el rey de la India con la orden de informarse sobre el motivo de la guerra entre los medos y el Asirio: «Después que oyéramos tu versión, nos ordenó que fuéramos también a entrevistarnos con el rey asiriro y le hiciéramos la misma pregunta y, finalmente, que os dijéramos a ambos contendientes que el rey de la India, después de reflexionar sobre lo que en justicia debe hacerse, declararía que iba a estar del lado de quien haya recibido la ofensa.»

8 Ciaxares respondió a esta embajada: «Pues bien, oídme: nosotros no inferimos ofensa alguna al Asirio; en lo que a él respecta, si es que debéis hacerlo, id ahora y preguntadle.» Entonces, Ciro, que estaba allí presente preguntó a Ciaxares: «¿También yo puedo exponer mi opinión?» Y Ciaxares lo invitó a hacerlo. «Pues bien, comenzó, si Ciaxares no es de la opinión contraria, comunicadle al rey de la India el siguiente mensaje: que, si el rey asirio declara haber recibido ofensa de nuestra parte, nosotros proponemos elegir como juez de la contienda al propio rey de la India.» Una vez que hubieron oído sus palabras, los embajadores indios se marcharon.

9 Cuando los indios hubieron salido, Ciro dio comienzo al siguiente discurso dirigido a Ciaxares: «Ciaxares, yo he venido sin traer de mi país muchos bienes personales y me queda muy poco de lo que tenía, pues lo he gastado, dijo, en mis soldados. Quizá te sorprenda, prosiguió, que lo haya gastado así, siendo tú quien corre con el gasto de su alimentación, pero sabe bien, dijo, que no he hecho más que honrar y recompensar al soldado cuya conducta me
10 ha agradado. Pues me parece, continuó, que a todos los que se quiera convertir en buenos colaboradores en el asunto que sea, es más agradable estimularlos con buenas plabras y buenas obras que con aflicción y represión, y que a quienes se quiera convertir en celosos colaboradores para la guerra, sin lugar a dudas, me parece que hay que ganárselos con buenas palabras y buenas obras. Es preciso que los que van a ser aliados sin condiciones sean amigos y no enemigos, sin envidiar a su jefe en los éxitos ni traicionarlo en los fracasos.

11 »Como tengo estos proyectos, me parece que necesito más dinero; pero dirigir todas las veces mis ojos hacia ti, que me doy cuenta tienes muchos gastos, me parece absurdo; y considero justo que tú y yo juntos busquemos la manera de que no te quedes sin dinero, pues sé que, si tú lo tuvieras en abundancia, podría también yo echar mano de él siempre que lo necesitara, sobre todo si lo tomara para emplearlo en un tipo de inversión que a la larga te resultará rentable.

Ciro proyecta atacar al Armenio rebelde [108]

»Recuerdo haberte oído decir hace 12
poco tiempo que ahora el Armenio te despreciaba, porque sabe de oídas que los enemigos marchan contra nosotros, y que no enviaba el ejército ni pagaba el tributo que te debe.»

—En efecto, replicó Ciaxares, eso es lo que hace, de suerte, Ciro, que yo no sé qué será mejor: marchar contra él e intentar obligarlo por la fuerza o dejarlo por el momento, no vaya a ser que añadamos este enemigo a los otros.

—¿Pero sus residencias, le preguntó Ciro entonces, es- 13
tán situadas en terrenos protegidos o, por el contrario, en terrenos de fácil acceso?

—Sus residencias, contestó Ciaxares, no están en terrenos muy protegidos, pues yo no descuidé este detalle; sin embargo, hay montañas, donde, si se retirara, podría estar seguro un cierto tiempo, para, por lo menos, no ser some-

---

[108] Esta campaña contra Armenia no tuvo lugar en la época a la que se refiere la *Ciropedia*, sino durante el reinado de Darío I (cf. *Inscripción de Behistún* 26-30). Como el rey armenio es imaginario no lo llama por su nombre, sino por el étnico, «el Armenio», así como se refiere al rey indio como «el Indio» y al rey asirio como «el Asirio», igualmente imaginarios. En la *Ciropedia* los armenios son vasallos de los medos desde que fueron sometidos por Ciaxares (cf. III 1, 10), pero, después, se niegan a pagarles el tributo debido y se alían a los asirios, los peores enemigos de los medos.

tido ni él ni cuantos enseres pudiera llevarse a escondidas, a no ser que se los sitiara por medio de un asedio persistente, como mi padre en una ocasión hizo.

14 Acto seguido, Ciro dijo lo siguiente:

—Si quisieras enviarme allí, comenzó, después de entregarme el número de caballeros que te parezca apropiado, creo que, con la ayuda de los dioses, conseguiría que el armenio te envíe el ejército y te pague el tributo. Y, además, confío en que él vaya a convertirse en un amigo mejor para nosotros de lo que es ahora.

15 —También yo confío, replicó Ciaxares, en que aquella gente acuda más dócilmente a tu llamada que a la mía, pues sé de oídas que unos hijos suyos han sido compañeros tuyos de caza [109], de suerte que quizá volverían de nuevo a tu lado y, una vez sometida parte de ellos, todo saldría como nosotros queremos.

—Así que, dijo Ciro, ¿no te parece que es conveniente mantener en secreto nuestros planes?

—En efecto, replicó Ciaxares, así sería más fácil que alguno de ellos cayera en nuestras manos y, si nos movilizáramos contra ellos, se los cogería desprevenidos.

16 —Pues bien, escucha, dijo Ciro, a ver si te parece bien lo que voy a decirte. A menudo yo, acompañado de un elevado número de persas, he cazado en la tierra próxima a la frontera entre tu país y Armenia y he llegado ya, otra vez, con algunos caballeros tomados de entre mis compañeros de aquí.

—Si ahora hicieras algo parecido, dijo Ciaxares, no serías visto con desconfianza, pero, si las tropas que te acom-

[109] En la escenas de caza del primer libro no se habla de la asistencia de jóvenes armenios.

pañan se manifiestan mucho más numerosas que las que acostumbras a llevar de caza, esto ya sería sospechoso.

—Se puede inventar un pretexto, dijo Ciro, que aquí 17
mismo no es inverosímil, si se anuncia que yo quiero hacer una gran cacería; y, prosiguió, yo te pediría caballeros públicamente.

—Tu idea es magnífica, dijo Ciaxares; y yo no querré entregarte más de los suficientes, con la excusa de que tengo la intención de ir a las guarniciones próximas a Asiria —y, realmente, quiero ir allí para reforzarlas lo más posible—. En cuanto tú hayas llegado con las tropas que tengas y hayas cazado durante dos días, yo te enviaría un número suficiente de caballeros e infantes tomados de entre las guarniciones reunidas bajo mi mando, con los cuales tú marcharías inmediatamente; y yo, con el resto del ejército, intentaría no estar lejos de vosotros para, si fuera oportuno, hacer mi aparición.

Expedición de Armenia

De este modo, Ciaxares reunió rápi- 18
damente caballería e infantería para ir a las guarniciones de la frontera con Asiria y envió, por delante, carros de grano por el camino que conducía a las guarniciones. Ciro, por su parte, ofreció sacrificios [110] para el éxito de

[110] El testimonio de HERÓD., I 131-132, es muy valioso para el conocimiento de los sacrificios en la antigua Persia: los persas ofrecían sacrificios a Zeus, al que Heródoto identifica con la divinidad persa Ahura Mazdah y, para ello, suben a la cima de las montañas. También sacrificaban al Sol, la Luna, la Tierra, el Fuego, el Agua y los Vientos. Respecto a la ceremonia del sacrificio, dice que no tenían altares, no encendían fuego, ni hacían libaciones. Se conducía a la víctima a un lugar puro, se invocaba a la divinidad en provecho del rey y de la comunidad de los persas, se descuartizaba a la víctima y se cocían sus pedazos que, luego, eran colocados sobre un lecho de yerba fresca. Entonces un mago,

la expedición y, al mismo tiempo, envió un mensaje a Ciaxares pidiéndole caballeros jóvenes, y Ciaxares, aunque era un número elevado el de los que querían seguir a Ciro, no le entregó muchos. Una vez que ya Ciaxares hubo salido por delante con un ejército compuesto de caballería e infantería camino de las guarniciones, los presagios para la expedición contra el rey armenio resultan favorables a Ciro. Entonces sale con su ejército equipado como para ir a cazar.

19 Nada más salir, en el primer campo por el que pasó, salta una liebre. Entonces un águila que volaba con vuelo de buen auspicio, al ver que la liebre huía, se le echó encima, la golpeó y, después de asirla, la elevó y, depositándola en una colina no lejana, hizo de su presa lo que quiso. Ciro, a la vista de esta señal, se alegró y, arrodillándose, adoró a Zeus soberano [111]; después se dirigió a los presen-
20 tes. «La caza será excelente, señores, si la divinidad lo quiere.»

Tan pronto como hubieron llegado cerca de la frontera armenia, inmediatamente Ciro se puso a cazar como solía hacer: el grueso de la infantería y de la caballería marchaba en fila delante de él para, con su marcha, ir levantando las piezas; por su parte, los mejores infantes y caballeros

cuya presencia era indispensable, entonaba una teogonía —especie de letanía—.La exactitud del relato de Heródoto y su similitud con el ceremonial de los sacrificios de las comunidades zoroástricas de la Persia actual hacen pensar que estuvo presente en alguna de estas ceremonias. Cf. W. W. How, J. Wells, *A Commentary on Herodotus*, vol. I, Oxford, 1928, pág. 116. Jenofonte, en cambio, no entra en detalles, pero suele trasponer usos griegos al ritual persa.

[111] Este hecho es una premonición del resultado de la campaña. Naturalmente el águila es imagen de las tropas medo-persas, y la liebre de las tropas armenias.

se distribuyeron a intervalos, recibían las piezas levantadas y las perseguían. Atraparon así gran número de jabalíes, ciervos, gacelas y burros salvajes —en efecto, en estos parajes, todavía en la actualidad, abundan los burros—.
Cuando hubo terminado de cazar, se aproximó a la fronte- 21
ra armenia y cenó. Al día siguiente, volvió a cazar mientras avanzaba hacia la frontera que pretendía alcanzar. Después que, de nuevo, hubo terminado de cazar, cenó. Cuando se dio cuenta de que el ejército enviado por Ciaxares se aproximaba, les mandó secretamente un mensaje diciéndoles que para la cena se mantuvieran a una distancia de él de dos parasangas [112], previendo que esta cautela contribuiría a que pasaran inadvertidos. Ciro mandó decir a su jefe que, cuando hubieran cenado, compareciera ante él; después de la cena, reunió a sus taxiarcos, y, una vez que estuvieron presentes, les dirigió las siguientes palabras:

Misión de Crisantas

«Amigos, el rey armenio antes era 22
aliado y vasallo de Ciaxares, pero ahora que se ha dado cuenta de que los enemigos avanzan contra nosotros, nos desprecia y ni nos envía el ejército ni paga el tributo. A éste es a quien ahora venimos a cazar, si podemos. Así pues, dijo, me parece que se debe actuar del modo siguiente: tú, Crisantas, cuando hayas descansado el tiempo necesario, coge la mitad del ejército persa que tenemos con nosotros, ve a las montañas y toma la cima en la que dicen que el rey armenio se refugia cuando ve que hay algún motivo de temor. Yo te entregaré guías para que te muestren el camino.

[112] Parasanga: medida de longitud persa variable según las épocas. Aproximadamente entre 5 y 6 km.; según Heródoto (II 6, 3), 30 estadios, es decir 4.500 m. Además, era una medida horaria más o menos equivalente a una hora de camino.

23 »Dicen que esas montañas son muy boscosas, de suerte
que puedes albergar la esperanza de no ser visto, pero,
quizá, si envías delante de tu ejército a unos soldados ligeramente
equipados, con apariencia de bandoleros por el
número y las túnicas, éstos, si topan con un grupo de armenios,
a unos los capturarían y les impedirían enviar aviso
al resto, y a los que no pudieran apresar los ahuyentarían
para impedirles ver la totalidad de tu ejército y hacer-
24 les creer que se trata de una banda de ladrones. Tú haz
como te he dicho. Yo, por mi parte, al romper el día,
con la mitad de la infantería y la totalidad de la caballería,
atravesaré la llanura directamente hacia el palacio real. Si
el rey armenio ofrece resistencia, es evidente que habrá que
luchar; si, por el contrario, retrocede a través de la llanura,
es evidente que habrá que correr tras él; y si huye a
las montañas, entonces, dijo, labor tuya es no dejar esca-
25 par a ningún armenio que se te presente. Piensa que,
como en una cacería [113], nosotros seremos los rastreadores
y tú el encargado de tender las redes. Así que recuerda
que debes apresurarte para tener cubiertos los pasajes por
donde vayan a ir antes de que sea movida la caza. También
deben permanecer escondidos los que guarden las salidas,
26 si no quieres desviar las piezas que se presenten. Sin embargo,
Crisantas, exclamó Ciro, no hagas como en alguna
ocasión hiciste por amor a la caza, pues a menudo pasas
toda la noche despierto haciendo cosas. Ahora hay que
dejar a los soldados descansar lo suficiente como para que
27 puedan luchar contra el sueño [114]. Como tú te pierdes
en las montañas sin tener unos hombres como guías y co-

[113] Cf. *Cineg.* VI, *passim.*

[114] Ciro sigue los consejos de su padre y cuida de la salud de sus soldados.

rres por donde las piezas te guíen, te aconsejo que ahora
no vayas así por las zonas de difícil acceso; al contrario,
ordena a tus guías que te lleven por el camino más fácil,
si no es mucho más largo, pues para un ejército el camino
más fácil es el más rápido. Y como tú sueles atravesar 28
las montañas corriendo, te aconsejo que no lleves ahora
a tu ejército a la carrera; al contrario, para que te pueda
seguir, llévalo a paso medio. Es bueno también que parte 29
de los soldados más capaces y arrojados en alguna ocasión,
se queden retrasados para animar a los demás y, cuando
la columna los haya pasado, es estimulante, para que
todos aligeren el paso, que durante la marcha vean correr
a gente a su lado.»

Invitación de Ciro al Armenio a reconsiderar su postura

Crisantas, después de escuchar estos 30
mensajes y afanándose en cumplir las instrucciones
de Ciro, tomó consigo los guías
y se retiró, transmitió las órdenes debidas
a los soldados que iban a acompañarle
y, finalmente, se fue a descansar. Cuando hubieron descansado
el tiempo que le pareció suficiente, se pusieron
en camino hacia las montañas. Por su parte, Ciro, cuando 31
rompió el día, envió un mensajero al Armenio con la orden
de comunicarle la siguiente embajada: «Armenio, Ciro
te invita a que hagas de manera que él pueda marcharse
lo antes posible llevando consigo el tributo y el ejército.
Y si te pregunta dónde estoy, dile la verdad, que estoy
en la frontera. Si pregunta si soy yo en persona quien viene,
dile también entonces que no lo sabes a ciencia cierta,
y, por último, si quiere saber cuántos somos, invítale a
que envíe contigo a alguien para enterarse.» Después de 32
encargarle esta embajada, Ciro despachó al mensajero considerando
que era más amistoso este proceder, que avanzar
sin previo aviso. Cuando hubo formado a sus soldados

en el orden más conveniente, tanto para hacer el camino como para luchar en caso de necesidad, se puso en marcha. Por otra parte, advirtió a sus soldados que no ofendieran a nadie y que si alguno topaba con un armenio, le diera confianza e invitara a quien lo deseara a llevar sus mercancías donde estaban acampados, por si se daba el caso de que quería vender comida o bebida [115].

[115] HERÓDOTO (I 153) constata que en Persia no existía la costumbre de comprar y vender en las plazas y que allí no se veían mercados.

LIBRO III

Temor y huida del rey armenio

Ciro estaba ocupado en estos asuntos. 1
El rey armenio, por su parte, cuando hubo escuchado de boca del mensajero la embajada de Ciro, sintió temor ante la idea de que delinquía al retener el tributo y no enviar el ejército, y, sobre todo, temía que se le viera cuando comenzaba las obras de fortificación de la capital para hacerla capaz de rechazar un ataque. An- 2
gustiado por todas estas razones, mandó aviso en todas direcciones para reunir sus tropas, al mismo tiempo que enviaba al refugio de las montañas al menor de sus hijos, Sábaris, a las mujeres, la suya y la de su hijo, y a sus hijas. Envió con ellas las joyas y muebles de más valor después de darles una escolta. Simultáneamente envió unos espías para que observaran los movimientos de Ciro y dispuso en orden de batalla a los armenios que se iban presentando. En seguida llegaron otros anunciando que Ciro en persona se encontraba allí. Entonces ya no se atrevió 3
a trabar combate, sino que retrocedió. Cuando los armenios lo vieron hacer esto, huyeron ya en todas direcciones, cada uno a su casa respectiva para poner a salvo sus enseres.

Cuando Ciro vio la llanura llena de hombres que corrían de un lado para otro a pie y a caballo, envió un

mensaje secreto diciendo que él no era enemigo de ninguno de los que se quedaran en la ciudad, pero que, si sorprendía a alguien huyendo, advertía que lo trataría como enemigo. De este modo, la mayoría se quedó, pero hubo
4 quienes se retiraron con el rey. Cuando la escolta que iba delante con las mujeres vino a dar con los soldados persas que se encontraban en la montaña [116], al punto organizaron un griterío y muchos de ellos fueron capturados cuando huían. Finalmente, el hijo, las mujeres y las hijas del rey armenio fueron apresados junto con todos los bienes que llevaban consigo; y su rey, cuando se enteró de lo sucedido, no sabiendo adónde dirigirse, se refugió en
5 una colina. Por su parte, Ciro, al ver el desarrollo de los acontecimientos, rodea la colina con el ejército que tenía allí y envía un mensaje a Crisantas ordenándole que dejara la vigilancia de la montaña y viniera. De este modo, el ejército se reunió con Ciro. Entonces envió un mensajero al Armenio preguntándole lo siguiente: «Contéstame, rey de Armenia, ¿qué prefieres, quedarte ahí y luchar contra el hambre y la sed o bajar a la llanura y luchar contra nosotros?» El Armenio respondió que no quería luchar
6 con ninguno de los dos. De nuevo, Ciro le envió otro mensaje preguntándole: «Entonces, ¿por qué estás allí sentado y no bajas?» «Porque no sé lo que debo hacer», respondió. «No debes estar en esa indecisión, pues te es lícito bajar para asistir a un juicio.» «Y ¿quién será el juez?», preguntó el Armenio. «Evidentemente, aquel a quien, sin juicio alguno, la divinidad ha dado el poder de tratarte a su antojo», respondió Ciro. Entonces, el Armenio, conociendo la fuerza del destino, bajó. Ciro le salió al en-

[116] Se refiere a los persas que habían marchado con Crisantas a las montañas.

cuentro en mitad del campo a él y a la totalidad de su escolta, y los rodeó con sus tropas, que ya se encontraban todas reunidas.

Por este tiempo el primogénito del rey armenio, Tigra- 7
nes [117], que en alguna ocasión había sido compañero de caza de Ciro, volvió de un viaje y, cuando se enteró de lo ocurrido, en seguida, tal como estaba, se dirigió hacia Ciro y, tan pronto como vio a su padre, a su madre, a sus hermanos y a su esposa prisioneros, se echó a llorar,
como es natural. Ciro no le manifestó ningún signo de amis- 8
tad al verlo, y simplemente le dijo: «Has llegado en el momento oportuno para presenciar el juicio de tu padre.» Inmediatamente congregó a los caudillos persas y medos, e invitó también a los armenios ilustres que estaban allí, y a las mujeres que se encontraban en sus carruajes [118] no las despidió, sino que les permitió atender al desarrollo del juicio.

Juicio del rey armenio en presencia de todos

Cuando todo estuvo a punto, Ciro 9
comenzó a hablar:

—Rey de Armenia, exclamó, en primer lugar te aconsejo que, durante el juicio, digas la verdad para mantenerte apartado de la única falta que es la más aborrecible de todas [119]; pues sabe bien que el hecho de aparecer como

[117] Parece que el primero en llevar este nombre fue un rey armenio de tiempos del rey medo Astiages. Éste era un nombre frecuente en Armenia, como lo demuestra el hecho de que Tigranes se llamara el rey de Armenia de época romana aliado de Mitrídates (94 a. C.).

[118] Los *harmámaxai* eran carros provistos de una capota y, en general, eran utilizados por las mujeres nobles; en ellos se sentían más resguardadas frente a las inclemencias del tiempo y las miradas indiscretas de los viandantes.

[119] De nuevo se resalta la virtud de la verdad que, como ya hemos visto, era la base de la educación persa, cf. I 6, 27-31.

mentiroso constituye el máximo obstáculo para los hombres que quieren obtener perdón. En segundo lugar, prosiguió, los niños y estas mujeres son testigos de todo cuanto hiciste, así como los armenios aquí presentes, y, si se dieran cuenta de que dices algo diferente de lo ocurrido, considerarán que tú mismo te estás condenando a sufrir la última pena, en caso de enterarme yo de la verdad.

—Ciro, exclamó el Armenio, pregunta lo que quieras en la confianza de que diré la verdad, y que de ello resulte lo que sea.

10 —Dime, pues, preguntó Ciro, ¿luchaste alguna vez contra Astiages, el padre de mi madre, y contra el resto de los medos?

—Sí, respondió.

—Y, una vez vencido por él, ¿te comprometiste a que, en lo sucesivo, le pagarías un tributo y tu ejército tomaría parte en sus campañas allá donde él ordenara y, finalmente, que no tendrías ninguna fortificación?

—Así fue.

—Entonces, ¿por qué ahora no le has pagado el tributo ni le has enviado el ejército, y estabas construyendo fortificaciones?

—Deseaba libertad, pues me parecía hermoso ser libre yo mismo y legar libertad a mis hijos.

11 —En efecto, dijo Ciro, es hermoso luchar para no llegar a convertirse nunca en esclavo; pero, si es manifiesto que alguien vencido en una guerra o hecho esclavo de cualquier otro modo intenta liberarse del dominio de sus señores, tú el primero ¿lo honras como a hombre honesto que realiza buenas acciones, o lo castigas como a hombre injusto, si lo atrapas?

—Lo castigo, contestó, pues no me permites mentir.

—Contéstame con claridad y, una por una, cada pregunta que te haga: si por casualidad tienes un comandante que comete una falta contra ti, ¿lo dejas seguir ostentando el mando, o pones a otro oficial en su lugar? 12

—Pongo a otro en su lugar.

—Y si tiene muchas riquezas, ¿lo dejas seguir siendo rico, o lo haces pobre?

—Lo despojo de la fortuna que tenga, respondió.

—Y si te enteras de que deserta y se pasa a los enemigos, ¿qué haces?

—Lo hago matar, contestó, ¿pues por qué voy a tener que morir convicto de mentira antes que diciendo la verdad?

Tan pronto como su hijo oyó esta confesión, se quitó el turbante y se rasgó las vestiduras, y las mujeres, por su parte, se arañaban dando grandes gritos como si su padre hubiera muerto y todos ellos estuvieran ya perdidos. Ciro, entonces, después de mandarlos callar, volvió a tomar la palabra: «Bien, Armenio, estas declaraciones tuyas expresan tu idea de la justicia; a partir de ellas, ¿qué nos aconsejas hacer?» Entonces el Armenio guardó silencio no sabiendo si aconsejar a Ciro que lo matara o indicarle lo contrario de lo que había dicho que él mismo hacía. 13

Intervención sofística de Tigranes

Pero su hijo, Tigranes, preguntó a Ciro: «Dime, Ciro, exclamó, ya que mi padre parece no saber qué contestar, ¿puedo aconsejarte yo sobre este particular lo que creo que es mejor para ti?» Y Ciro, que se había dado cuenta, cuando Tigranes iba de caza con él, de que tenía consigo un sofista y de que él gozaba de la admiración de Tigranes, deseó ardiente- 14

mente escuchar lo que pudiera decir y le pidió con interés que expresara su opinión [120].

15 —Si de verdad te agradan todas las decisiones y acciones de mi padre, comenzó Tigranes, yo, sin lugar a dudas, te aconsejo imitarle; sin embargo, si te parece que ha errado en todas ellas, te aconsejo no imitarle.

—De modo que, obrando en justicia, dijo Ciro, no debería en absoluto imitar al que yerra.

—Eso es, respondió Tigranes.

—Entonces, según tus argumentos, habría que castigar a tu padre, si es justo castigar al que obra injustamente.

—¿Qué te parece mejor, Ciro, hacer cumplir un castigo que te reporte beneficio o que te reporte perjuicio?

—Si me reportara perjuicio, respondió Ciro, me castigaría a mí mismo.

16 Ciertamente, continuó Tigranes, tú te infligirías un gran castigo, si mataras a gente tuya en el momento en que tenerlos en tu poder te sería del máximo valor.

—¿Cómo, exclamó Ciro, podrían llegar a ser del máximo valor los hombres cuando han sido cogidos en falta?

—Podrían serlo entonces, creo, si fueran sabios; pues me parece, Ciro, que la cosa es así: sin sabiduría no es de utilidad ninguna otra virtud [121]; ya que, prosiguió, ¿de qué le serviría a uno un hombre fuerte, valeroso o [buen jinete], de qué un hombre rico, de qué uno que tenga poder en la ciudad, si no es sabio? En cambio, con sabiduría cualquier amigo es útil y cualquier siervo bueno.

[120] Este diálogo, quizá porque Jenofonte hace a Tigranes discípulo de un sofista, tiene un carácter dialéctico más marcado que otros. Para las relaciones de Jenofonte con la sofística, cf. W. NESTLE, «Xenophon und die Sophistik», *Philologus* 94 (1941), 31-50.

[121] Ésta es una idea socrática: la sabiduría va emparejada con la virtud (cf. *Mem.* III 9).

—Así que, dijo Ciro, ¿dices que también tu padre en 17
un solo día, hoy, ha pasado de ser insensato a sabio?

—Eso es exactamente lo que digo, respondió.

—Entonces, quieres decir que la sabiduría es una vivencia del espíritu, como el dolor, y no algo que se pueda aprender; pues, sin duda, si para llegar a ser sabio hace falta ser sensato, nadie podría pasar de ser insensato a ser sabio en un momento.

—Pero, Ciro, exclamó, ¿no te has dado cuenta de que, 18
si un hombre sólo por causa de su insensatez intenta luchar contra otro más fuerte que él, inmediatamente después de su derrota cesa en su insensatez con respecto a su vencedor? ¿Y no has visto aún que, si una ciudad se enfrenta a otra ciudad, después de su derrota en un momento pasa a desear obedecer a la ciudad vencedora en lugar de proseguir la lucha?

—¿A qué derrota de tu padre te refieres, preguntó 19
Ciro, para insistir en tu afirmación de que se ha vuelto sabio?

—Por Zeus, exclamó Tigranes, a la que él sabe que fue por desear libertad —pero a costa de convertirse en esclavo como no lo había sido hasta entonces— y por no haber sido capaz de cumplir ninguno de los propósitos en los que creyó conveniente el uso de la discreción, la diligencia, o la fuerza. En cambio, sabe que tú en lo que querías engañarlo lo engañaste como se engañaría a un hombre ciego, sordo y totalmente falto de inteligencia. Y los planes en los que creíste conveniente el uso de la discreción él sabe que tú los mantuviste tan en secreto que le pasó inadvertido el hecho de que los lugares que les estaban reservados como refugio previamente tú se los habías acondicionado como prisión. Y tanto lo aventajaste en rapidez,

que te anticipaste en llegar con numerosos efectivos antes de que reuniera las tropas que tenía junto a él.

20 —Luego ¿te parece, preguntó Ciro, que, es suficiente para hacer entrar en razón a los hombres una tal derrota que les haga comprender que otros son superiores a ellos?

—Por lo menos mucho más que cuando son derrotados en combate, respondió Tigranes, pues el que es vencido por la fuerza, es posible que vuelva a la lucha cuando crea haberse ejercitado físicamente. También las ciudades que han sido tomadas creen que, atrayéndose aliados, podrán volver a la lucha. En cambio, a quienes estimen superiores a ellos, a menudo los obedecen incluso sin coacción, sino por su propio deseo.

21 Da la impresión, prosiguió, de que no crees que los insolentes reconocen a quienes son más prudentes que ellos, ni los ladrones a quienes no roban, ni los mentirosos a quienes dicen la verdad, ni los que cometen injusticia a quienes hacen obras justas; ¿no sabes, preguntó, que ahora mismo tu padre nos ha mentido y no ha respetado los tratados que firmó con nosotros, sabiendo que nosotros no transgredimos ningún acuerdo de los que Astiages pactó?

22 —Pero yo no digo que sólo el hecho de reconocer a los superiores haga entrar en razón a nadie, sin ser castigado por ellos [122], como ahora lo está siendo mi padre.

—Lo que tu padre ha sufrido, dijo Ciro, hasta ahora no ha sido nada malo, sin embargo teme, y él lo sabe bien, sufrir los más extremados castigos.

[122] La apología del castigo aparece a menudo en Jenofonte, especialmente en *Rep. lac.* II 9, donde probablemente se hace referencia a la *diamastígōsis* «azotamiento», prueba deportiva que debían pasar los efebos espartanos relacionada con un antiguo ritual de castigo.

—Así pues, preguntó Tigranes, ¿crees que nada somete 23
a los hombres más que el temor intenso? ¿No sabes que quienes son golpeados con hierro, que es considerado el instrumento más contundente para castigar, desean, sin embargo, volver a luchar contra sus dominadores, y que, en cambio, a quienes los hombres temen violentamente no se atreven siquiera a mantenerles la mirada, aunque se les exhorte a ello?

—Quieres decir, dijo Ciro, que el temor castiga más a los hombres, que los malos tratos, aunque sean reales.

—Efectivamente. Tú, prosiguió Tigranes, sabes que 24
digo la verdad, pues has comprobado que los hombres que temen ser desterrados de su patria, o los que en víspera del combate tienen miedo de ser derrotados se pasan el tiempo abatidos, y que los que durante la travesía temen hundirse, o los que temen la esclavitud o el cautiverio, todos éstos no son capaces de participar del alimento ni del sueño a causa del temor que sienten. En cambio, los que ya están en el destierro o han sido ya derrotados o esclavizados hay veces que incluso comen y duermen mejor que los hombres felices.

Todavía es más evidente cuán pesada carga es el miedo 25
en los casos siguientes: hay quienes temiendo ser apresados y morir mueren antes por el temor que sienten: unos precipitándose en el vacío, otros ahorcándose y otros degollándose. Por tanto, de todos los horrores el temor es el que más acobarda los espíritus ¿Y qué estado de ánimo te parece que puede tener ahora mi padre, que teme la esclavitud no sólo por sí mismo, sino también por mí, por su esposa y por todos sus hijos?

Entonces, Ciro respondió:

26 —En mi opinión, no es inverosímil que tenga ese estado de ánimo; sin embargo, me parece que es propio del mismo hombre ser insolente cuando le van bien las cosas, huir rápidamente cuando sufre un revés y, cuando vuelve a estar en la cima, tener pensamientos altivos y, de nuevo, ocasionar problemas.

27 —Sí, por Zeus, Ciro, exclamó Tigranes, nuestros errores te proporcionan pretextos para no fiarte de nosotros. Te es lícito construir fortalezas, conquistar plazas y tomar cualquier otra garantía que quieras. Sin embargo, prosiguió, no nos causarás dolor con estas medidas porque recordaremos que nosotros somos culpables de ellas. En cambio, si entregas el poder a quienes no han errado, pero les muestras tu desconfianza, ten cuidado, no vaya a ser que tú te portes bien con ellos, y ellos, en cambio, no te consideren amigo. Y si, por evitar suscitar su odio, no los subyugas para impedir su insolencia, ten cuidado, no vaya a ser que, para hacerlos entrar en razón, debas reprimirlos aún con mayor intensidad, que a nosotros hubieras debido en este momento.

28 —Sí, por los dioses, exclamó Ciro, me parece que me serviría muy a pesar mío de estos servidores que supiera que me sirven por obligación; en cambio, a quienes me parezca entender que colaboran por buena voluntad y amistad hacia mí, me parece que los soportaría más fácilmente, aunque yerren, que a quienes me odian y se esfuerzan en realizar todo perfectamente, pero por obligación [123].

Entonces, Tigranes replicó a esto:

—¿De quiénes podrías nunca recibir una amistad tan grande como la que puedes obtener de nosotros ahora?

[123] Cf. I 6, 21. Idea frecuente en la *Ciropedia* es la de conseguir la sumisión voluntaria.

—Creo, respondió Ciro, que de aquellos que jamás han sido enemigos en caso de que quisiera favorecerlos como ahora tú me pides que os favorezca a vosotros.

—¿Acaso, Ciro, serías capaz de encontrar ahora, en 29
la presente situación, preguntó Tigranes, a alguien a quien hacer un favor tan grande como a mi padre? Por ejemplo, prosiguió, si dejas vivir a quien no te haya ofendido, ¿qué agradecimiento crees que él sentirá hacia ti por esto? Y ¿quién te amará más, si no le arrebatas sus hijos y su esposa, que aquel que considera justo ser desposeído de ellos? Y ¿sabes de alguien que, si no ocupara el trono de Armenia en el futuro, estuviera más afligido que nosotros? Así que, prosiguió, es evidente también que el más afligido, si no fuera rey, es quien más agradecimiento sentiría hacia ti en caso de recibir el poder supremo. Y si te importa, 30
prosiguió, dejar los asuntos de este país lo menos confusos posible, cuando te marches, fíjate, dijo, de qué modo crees que el país estará más tranquilo: si le sobreviene un nuevo gobierno, o si se mantiene el que le es habitual. Y, si también te importa llevarte el ejército más numeroso posible, ¿quién crees que lo dispone en orden de batalla más correctamente que quien se haya servido de él a menudo? Y, si tienes necesidad de dinero, ¿quién consideras que te lo proporciona mejor que quien conoce y tiene en su poder todos los recursos? Mi buen Ciro, exclamó, ten cuidado no vaya a ser que, rechazándonos a nosotros, te perjudiques más de lo que mi padre te haya podido dañar.

Tales cosas dijo Tigranes.

Ciro pone condiciones para conceder su perdón

31 Y Ciro, al oírlo, se regocijó sobremanera, porque consideraba que todo cuanto había prometido a Ciaxares hacer lo estaba cumpliendo; pues recordaba haberle dicho que se creía capaz de hacer al Armenio incluso más amigo de lo que había sido antes de su rebelión. Y, después de esto, pregunta al Armenio:

—Si me fío de vuestras promesas, dime tú, Armenio, ¿de qué magnitud será el ejército que me enviarás y con cuánto dinero contribuirás para la guerra?

A lo que el Armenio replica:

32 —No puedo proponerte, Ciro, nada más sencillo ni más justo, que mostrarte todas las tropas que tengo y, una vez que las hayas visto, decidas cuántas tropas te llevas y cuántas dejas como defensa del país. Y lo mismo respecto al dinero, justo es que yo te enseñe las existencias que tengo y tú, una vez que las conozcas, te lleves y dejes cuanto quieras.

33 Y Ciro, entonces, dijo:

—Venga, dime el efectivo de tropas que tienes y dime también cuánto dinero.

Entonces, el Armenio le contestó:

—Pues bien, caballeros son alrededor de ocho mil e infantes alrededor de cuarenta mil. Y el dinero, dijo, contando los tesoros que mi padre me dejó, son más de tres mil talentos [124] calculados en plata.

34 Y Ciro sin vacilar dijo:

—Pues bien, respecto al ejército, como los caldeos, tus vecinos, están en guerra contigo envíame la mitad. En cuanto al dinero, en lugar de los cincuenta talentos que aportabas como tributo a Ciaxares págale el doble por haberle dejado de pagar. Y a mí, dijo, préstame otros cien talentos; yo, por mi parte, te prometo que, si la divinidad me otorga su favor, en réplica de la cantidad que me prestas, o bien te haré favores de mayor valor, o te devolveré el dinero, si puedo. Y, si no puedo, evidenciaría mi incapacidad, creo, pero, en justicia, no podría ser acusado de injusto.

El Armenio, entonces, dijo: 35

—Por los dioses, Ciro, no hables de ese modo, que, si no es así, voy a perder la confianza. Más bien considera, prosiguió, que lo que dejes no es menos tuyo que lo que te lleves.

—Sea, exclamó Ciro; pero, para recobrar a tu esposa, preguntó, ¿cuánto dinero me darías?

—Cuanto pudiera, replicó el Armenio.

—¿Y cuánto por recobrar a tus hijos?

—Por ellos también cuanto pudiera.

—Así que, dijo Ciro, ello es ya el doble de tus existencias.

—Y tú, Tigranes, prosiguió Ciro, dime, ¿cuánto pagarías para recobrar a tu esposa? —y ocurría que Tigranes era recién casado y amaba extraordinariamente a su esposa—. 36

—Yo, Ciro, respondió, pagaría incluso con mi vida para que nunca se convirtiera en esclava [125].

[124] El talento era una moneda de plata equivalente a 60 minas. Su valor era variable según el lugar y la época. El talento ático como unidad de peso era equivalente a 26 kg.

[125] Era frecuente que las mujeres de los vencidos pasaran como esclavas y concubinas a los vencedores. Tenemos ejemplos en *Il.* I, y en la tragedia: *Hécuba* 100 ss., 350-378, y *Andrómaca* 11-15. En la misma *Ciropedia,* IV 2, 26 y V 5, 2, queda bastante claro.

37 —Pues bien, dijo Ciro, llévatela, que tuya es; yo no considero que haya sido tomada como cautiva, porque tú por ahora no has escapado a nuestra autoridad. Y tú también, Armenio, llévate a tu mujer y a tus hijas sin pagar rescate por ellas, para que sepan que vuelven a ti libres. Y ahora, prosiguió, cenad con nosotros y, después de cenar, marchad donde os apetezca.

Así pues, se quedaron a cenar con Ciro.

Ciro pregunta por un sofista maestro de Tigranes

38 Cuando salían de la tienda después de la cena, Ciro preguntó a Tigranes:

—Dime, Tigranes, ¿dónde está aquel varón que cazaba con nosotros y a quien me parecía que admirabas mucho?

—¿No lo mató mi padre que está aquí presente?, dijo Tigranes.

—¿En qué falta lo sorprendió?

—Decía que él me corrompía [126]; sin embargo, Ciro, exclamó, aquel hombre era tan noble, que, incluso cuando iba a morir, me llamó a su lado y me dijo: «Tigranes, no te pongas a mal con tu padre por hacerme matar, pues no lo hace con mala intención hacia ti, sino por ignorancia, y todas las faltas que cometen los hombres por ignorancia yo, por mi parte, las considero involuntarias.»

[126] Como Sócrates, este sofista murió por la envidia que provocaba su sabiduría. Aquí el término «sofista» no está empleado en sentido peyorativo, sino como sinónimo de sabio. La relación de Ciro y el hijo de Tigranes con este sofista es un recuerdo a la figura de Sócrates, cf. E. SCHWARTZ, *Fünf Vorträge über den griechischen Roman*, Berlín, 1896 pág. 70. La idea de que los jóvenes hicieran más caso a Sócrates que a los padres la presentan JENOFONTE también en *Apología* XX-XXI, y en *Mem.* IV 1, 1; y, por su parte, PLAT., *Laques* 184d ss.; *Protágoras* 325d-326a ss.; *Gorgias* 445b, y *Menón* 90b-94e.

Al oír esto Ciro exclamó: 39

—¡Pobre hombre!

Entonces el padre de Tigranes, rey de Armenia, dijo:

—Esos que sorprenden a hombres extraños en relaciones con sus mujeres, Ciro, los matan, pero no porque los culpen de hacer a sus mujeres más insensatas, sino porque consideran que ellos les han arrebatado el afecto de sus esposas; por eso los tratan como enemigos. Así, yo también, prosiguió, estaba celoso de aquel hombre, porque me parecía que hacía que mi hijo lo admirara más a él que a mí.

Entonces Ciro dijo: 40

—Sí, Armenio, por los dioses, tus faltas me parecen humanas; y tú, Tigranes, perdona a tu padre.

Entonces, después de hablar en estos términos y de demostrarse mutuamente su amistad, como era natural después de su reconciliación, subieron a las carrozas con sus mujeres y se alejaron con gran regocijo.

Reconciliación de los armenios y Ciro

De vuelta a su casa, el uno hablaba de la sabiduría de Ciro, el otro de su fuerza, el otro de su dulzura, el otro de su belleza y porte distinguido. Entonces, Tigranes preguntó a su mujer: 41

—¿Acaso también a ti, mujer armenia, te pareció hermoso Ciro?

—Por Zeus, exclamó, yo no lo contemplé a él.

—¿A quién, entonces?, preguntó Tigranes.

—Por Zeus, al que dijo que pagaría con su propia vida para que no me convirtiera en esclava.

Entonces, como es natural después de tales ternezas, se fueron a descansar juntos.

42 Al día siguiente, el Armenio envió a Ciro obsequios de hospitalidad [127] con la totalidad de su ejército, y advirtió a quienes de entre sus filas debían marchar de campaña al cabo de tres días, y pagó el doble del dinero que Ciro había dicho. Ciro, entonces, tomó la cantidad que había dicho, le devolvió el resto y preguntó quién de los dos iba a dirigir el ejército, su hijo o él mismo. Entonces hablaron los dos al mismo tiempo, el padre diciendo así: «El que tú ordenes.» Y el hijo, así: «Yo no te dejaré, Ciro, aunque tenga que acompañarte como mozo de equipajes.»

43 Entonces Ciro se echó a reír y dijo:

—¿Por cuánto querrías que llegara a oídos de tu mujer que cargas con los equipajes?

—No tiene que llegar a sus oídos nada, dijo Tigranes, pues me la llevaré conmigo para que pueda ver el trabajo que hago.

—Podría, entonces, dijo Ciro, ser ya hora de hacer vuestro equipaje.

—Ten el convencimiento de que nos presentaremos equipados, dijo, con el equipaje que mi padre nos haya dado.

Entonces, después que los soldados recibieron sus regalos de hospitalidad, se fueron a dormir.

Ataque contra los caldeos

2 Al día siguiente, Ciro tomó consigo a Tigranes, a lo mejor de la caballería meda y al número de amigos que le pareció oportuno y, cabalgando en todas direcciones, ojeó el terreno para ver dónde podía construir un fuerte. Habiendo llegado a un punto elevado, preguntó a Tigranes cuáles eran las montañas de

[127] Se refiere a los regalos que se ofrecían a los huéspedes, cf. *Odisea* IX 356, y XX 296; HERÓD., II 107; ESQU., *Agamenón* 1590; PLAT., *Timeo* 20c; JENOF., *Anáb.* VI 1, 3.

las que los caldeos [128] descendían para saquearlos, y Tigranes se las indicó. Entonces, Ciro volvió a preguntarle:

—Y ¿ahora estas montañas están deshabitadas?

—No, por Zeus, contestó Tigranes, siempre hay vigías de los caldeos que transmiten por señales a los demás lo que ven.

—Y ¿qué hacen cuando reciben una señal?, preguntó Ciro.

—Suben a las cumbres para prestarles ayuda, cada uno como puede.

Ésta es la información que Ciro recibió. Al inspeccionar 2
el terreno, se dio cuenta de que gran parte de Armenia estaba deshabitada y sin cultivar a causa de la guerra. Entonces volvieron al campamento y después de cenar se fueron a dormir. Al día siguiente, Tigranes en persona se 3
presentó equipado y se fueron reuniendo en torno a él alrededor de cuatro mil caballeros, diez mil arqueros y otros tantos peltastas. Mientras ellos se reunían, Ciro celebró un sacrificio y, como los presagios le fueron favorables, convocó a los caudillos persas y medos. Cuando estuvieron 4
reunidos, Ciro pronunció el siguiente discurso:

[128] Los caldeos aparecen aquí como un pueblo nómada enemigo de los armenios cuyos poblados saqueaban. En la misma *Ciropedia,* III 2, 7, se explica que acudían a luchar como mercenarios, porque su país era pobre en recursos. Así, en *Anáb.* IV 3, 4, aparecen luchando en el bando de los armenios; se dice de ellos que eran libres y valientes y que disponían de escudos de mimbre y lanzas, como armas. Siguiendo el testimonio de HERÓD., I 181-183, parece que en Babilonia formaban una casta sacerdotal dedicada al culto de Zeus Belos, es decir, de Bel Marduk.

Ciro se dirige a sus hombres

«Amigos, estas montañas que vemos
pertenecen a los caldeos. Si las tomára-
mos y tuviéramos en la cumbre nuestro
fuerte, ambos contendientes, los armenios
y los caldeos, se verían obligados a ser
prudentes con respecto a nosotros. Los presagios nos son
favorables, pero, para la ejecución de estos planes, nada
podría ser tan gran aliado del arrojo humano como la dili-
gencia, pues, si nos apresuramos a subir antes de que los
enemigos se reúnan, sin duda tomaríamos la cumbre sin
hacer uso de las armas o tendríamos que vérnoslas con
5 unos enemigos poco numerosos y débiles. Pues bien, nin-
guna tarea es más sencilla y libre de peligros, dijo, que
mantener ahora un avance apresurado. Así que, a las ar-
mas. Vosotros, medos, marchad a nuestra izquierda; voso-
tros armenios, la mitad a la derecha y la otra mitad guiad-
nos; y vosotros, caballeros, seguidnos detrás animándonos
y empujándonos hacia arriba; y, si alguno de los nuestros
6 flaquea, no lo dejéis darse la vuelta.» Una vez pronuncia-
do este discurso, Ciro se puso al frente de las secciones,
que había dispuesto en columnas. En cuanto los caldeos
comprendieron que la marcha era hacia arriba, al punto
hicieron señales a los suyos y, llamándose unos a otros
a grandes gritos, se reunieron. Por su parte, Ciro exhorta-
ba a los suyos: «Soldados persas, nos hacen señales para
que nos apresuremos, pues, si somos los primeros en llegar
arriba, las tropas enemigas no serán capaces de nada.»

Conquista de las cumbres

7 Los caldeos iban provistos de un es-
cudo y dos lanzas —se dice que éste es
el pueblo más aguerrido de la región: acu-
den a luchar a sueldo, siempre que al-
guien se lo pide, porque son muy belico-
sos y pobres, pues su país es montañoso, y poco el terreno
rico en recursos—.

Según se iban acercando Ciro y sus hombres a las cum- 8
bres, Tigranes, que marchaba con Ciro, preguntó: «¿Sa-
bes, Ciro, que dentro de un momento nosotros mismos
tendremos que luchar? Pues con seguridad los armenios
no van a aguantar el ataque de los enemigos.» Ciro contes-
tó que lo sabía y, al punto, ordenó a los persas que se
prepararan: «Va a haber que perseguir a los enemigos en
cuanto los armenios, por medio de la huida, los atrai-
gan para que los tengamos próximos.» En efecto, así avan- 9
zaban en cabeza los armenios; y los caldeos que estaban
allí presentes, tan pronto como los armenios se les aproxi-
maron, se echaron sobre ellos tras lanzar un grito de gue-
rra, como acostumbraban [129]. Los armenios, por su parte,
no aguantaron su ataque, también como acostumbran.
Y los caldeos, mientras los perseguían, vieron como adver- 10
sarios a más hombres armados con dagas, que subían apre-
suradamente, algunos que se les acercaban y rápidamente
los mataban, otros que huían, otros compañeros de filas
que eran hechos prisioneros, y rápidamente las cumbres
fueron tomadas. Una vez que tuvieron en su poder las cum-
bres, Ciro y su gente vieron allá abajo las viviendas de
los caldeos y se dieron cuenta de que ellos huían de las
casas próximas a las posesiones persas. Tan pronto como 11
todos los soldados persas estuvieron reunidos en el mismo
lugar, Ciro dio orden de desayunar. Después de desayu-
nar, al comprobar que las atalayas de los caldeos estaban
en un lugar bien defendido y provisto de agua, inmediata-
mente hizo construir un fuerte. Y ordenó a Tigranes que
enviara una embajada a su padre pidiéndole que se presen-
tara acompañado de cuantos carpinteros y albañiles tuvie-

[129] Tal como los griegos gritaban inmediatamente antes del ataque, cf. *Anáb.* I 8, 18.

ra. En efecto, el mensajero partió hacia la corte del rey armenio; Ciro, por su parte, iba construyendo el fuerte con los hombres de que disponía allí.

Buen trato de Ciro a los prisioneros

12 En esto, traen ante Ciro a los prisioneros encadenados y a algunos, además heridos. En cuanto Ciro los vio, ordenó que liberaran a los encadenados y llamó a médicos, a los que ordenó que curaran a los heridos; después, dijo a los caldeos que no había llegado con deseos de aniquilarlos ni con obligación de luchar, sino con la intención de poner paz entre armenios y caldeos. «Veamos, sé que, antes de que ocupáramos las cumbres, vosotros no pretendíais la paz, pues vuestras propiedades estaban a seguro, y saqueabais las de los arme-
13 nios; pero ahora ved en qué situación estáis. Pues bien, a vosotros, mis cautivos, ahora os dejo volver a vuestro país y os permito consultar con el resto de los caldeos si queréis luchar contra nosotros o ser nuestros amigos. En caso de que escojáis la guerra, no vengáis aquí sin armas, si estáis en vuestro sano juicio; pero, en caso de juzgar deseable la paz, venid sin armas; y yo me preocuparé de que vuestros asuntos vayan bien, si llegáis a ser amigos
14 nuestros.» Después de que los caldeos escucharon estas palabras, alabaron a Ciro mucho y le demostraron efusivamente su amistad, y después se marcharon a su país.

Cuando el rey de Armenia oyó la petición de Ciro y se enteró del objetivo que perseguía, tomó consigo a los carpinteros y el resto de instrumentos que pensó pudiera necesitar y se llegó ante Ciro lo más rápidamente que
15 pudo. Cuando vio a Ciro, le dijo: «¡Qué poco podemos los hombres prever el futuro, Ciro, y, sin embargo, cuántas empresas intentamos realizar! Pues también yo ahora, por intentar procurarme la libertad, me he convertido en

esclavo como no lo había sido nunca antes. Después de ser hechos prisioneros, teníamos la certeza de que íbamos a morir; pero ahora, en cambio, nos vemos más a salvo que nunca, pues a quienes no habían cesado hasta ahora de causarnos muchos males, en este momento los veo en la situación que rogaba en mis oraciones. Y, prosiguió, 16
estáte bien seguro, Ciro, de que yo, para expulsar a los caldeos de estas cumbres, hubiera dado una cantidad de dinero mucho más elevada que la que has recibido ahora de mí. Y los beneficios que nos prometiste cuando tomaste nuestro dinero los has cumplido, de suerte que, evidentemente, te somos deudores de otros favores que nosotros, de no ser unos malvados, nos avergonzaríamos de no devolverte.» Éstas fueron las palabras del Armenio. 17

Ciro pone paz entre armenios y caldeos y se queda con la custodia de las montañas

Los caldeos llegaron para pedirle a Ciro que hiciera la paz con ellos, y Ciro les preguntó:

—¿Por qué motivo deseáis ahora la paz, sino porque consideráis que podéis vivir en mayor seguridad durante la paz, que estando en guerra con nosotros cuando somos dueños de estas cumbres?

Y los caldeos asintieron.

—¿Y si, además, os sobrevinieran otros beneficios a 18
causa de la paz?, preguntó Ciro.

—Todavía nos regocijaríamos más, replicaron los caldeos.

—Pues bien, ¿por qué motivo creéis que sois ahora pobres, dijo Ciro, sino porque andáis escasos de buenas tierras?

También asintieron a esta pregunta.

—¿Y qué?, prosiguió Ciro, ¿querríais tener el derecho de trabajar toda la tierra armenia que deseéis, si cumplís las prestaciones que los armenios cumplen?

Y los caldeos replicaron:

—Siempre y cuando recibiéramos garantías de no sufrir ofensa alguna.

19 —Y tú, Armenio, preguntó Ciro, ¿querrías que la tierra que ahora está inculta llegara a ser cultivada, si los que la trabajaran fueran a cumplir las prestaciones establecidas por la costumbre en tu país?

El Armenio replicó que pagaría una gran suma por ello, pues de este modo sus ingresos aumentarían mucho [130].

20 —Y vosotros, caldeos, preguntó Ciro, ahora que tenéis en vuestro poder buenas montañas, ¿accederíais a que los armenios llevaran sus rebaños a pacer allí, si a cambio estuvieran dispuestos a pagar un precio justo?

Los caldeos accedieron, porque, de ese modo, conseguirían grandes beneficios sin ningún trabajo.

—¿Y tú, Armenio, preguntó Ciro, querrías hacer uso de los pastos de los caldeos, si, a cambio de reportar un pequeño beneficio a los caldeos, fueras a sacar tú un beneficio mucho mayor?

—Claro, replicó el Armenio, si pensara que mis rebaños iban a pastar sin peligro —y el Armenio asintió—.

21 —Pero, por Zeus, dijeron los caldeos, no sólo no podríamos trabajar sin riesgo la tierra de los armenios, sino ni siquiera la nuestra, si éstos tuvieran en su poder las cumbres.

—Y ¿si fuerais vosotros los que tuvieseis las cumbres de vuestra parte?

[130] Este interés de JENOFONTE en que la tierra sea cultivada se hace patente en *Econ.* XVI-XX.

—Eso nos vendría bien, dijeron los caldeos.

—Pero, por Zeus, exclamó el Armenio, a nosotros, en cambio, no nos vendría bien que éstos volvieran a apoderarse de las cumbres, especialmente ahora que están fortificadas.

Y Ciro dijo: 22

—Pues bien, entonces haré lo siguiente: no entregaré las cumbres a ninguno de vosotros dos; nosotros nos reservaremos su custodia, y, en caso de que cualquiera de las dos partes ofendiera a la otra, nosotros estaremos con la parte que recibiera la ofensa.

Cuando ambas partes hubieron escuchado estas pala- 23
bras, las alabaron y dijeron que sólo de ese modo la paz sería estable. A partir de tales premisas, todos se intercambiaron juramentos de fidelidad e hicieron un pacto de mutuo respeto a las respectivas soberanías, de derecho de matrimonio, de derecho recíproco de cultivo de tierras y de utilización de pastos, y una alianza defensiva, si alguien agredía a uno de los dos pueblos. Así se negoció en aquel 24
entonces y todavía hoy día siguen en vigor los mismos acuerdos que se firmaron entre los caldeos y el soberano armenio [131]. Y después de que los acuerdos se hubieron firmado, en seguida ambos pueblos comenzaron a levantar con entusiasmo un fuerte como defensa común y a llevar allí provisiones. Al caer la tarde, Ciro recibió a cenar a ambas 25
partes ya como amigos. Y cuando estaban reunidos en la tienda de Ciro, un caldeo dijo que estos acuerdos eran deseables para la mayoría de los caldeos, pero que algunos de ellos vivían del saqueo y no sabían trabajar ni podrían, acostumbrados a vivir de la guerra. En efecto, siempre sa-

[131] Jenofonte quiere dar visos de verosimilitud a un hecho fruto de su fantasía.

108. — 14

queaban o eran mercenarios, muchas veces con el rey de la India —que decían era hombre muy rico— y muchas
26 otras veces también con Astiages. Ciro, entonces, dijo: «¿Y por qué, pues, no luchan ahora en mis filas como mercenarios? Ya que yo les daré mucho más de lo que cualquier otro les haya dada nunca.» Ellos asintieron y dijeron que muchos iban a ser los voluntarios.

Embajada al rey de la India

27 Así es como se pusieron de acuerdo en estos puntos. Por su parte, Ciro, tan pronto como se enteró de que, a menudo, los caldeos iban a visitar al rey de la India, recordando que algunos enviados de este rey habían ido a Media para espiar los asuntos internos de los medos y, luego, habían ido a terreno enemigo para también acechar sus asuntos, quiso que el rey indio
28 se enterara de las hazañas realizadas por él. Así pues, Ciro comenzó el siguiente discurso: «Armenio, y vosotros, caldeos, decidme: si yo ahora enviara a uno de mis hombres al rey de la India, ¡me lo escoltaríais con hombres vuestros que le mostraran el camino y le ayudaran a obtener del rey de la India lo que quiero? Pues yo todavía querría conseguir más dinero, para tener la posibilidad de dar un buen sueldo a quienes deba honrar, y colmar de obsequios a los compañeros de armas que lo merezcan. Por esta razón, quiero tener la mayor cantidad de dinero posible; creo que lo necesito y me sería agradable que vosotros lo pudiérais ahorrar, pues os considero ya amigos, pero también yo lo tomaría gustosamente del indio, si me lo diera.
29 Así pues, el mensajero para el que os pido entreguéis guías y seáis colaboradores, irá allí y dirá lo siguiente: 'Ciro me envió a ti, rey de la India. Y dice que tiene necesidad de dinero, porque aguarda la llegada de otro ejército procedente de su país, Persia —y en efecto lo aguardo, aclaró

Ciro—. Por consiguiente, si le envías todo el dinero que te sea posible, él dice que, de otorgarle la divinidad un buen desenlace de los acontencimientos, intentará obrar de suerte que consideres que has tomado una buena decisión al hacerle ese favor.' Éstas serán las palabras que pronun- 30
ciará el hombre que envíe; y a los hombres que vosotros enviéis dadles el mensaje que os parezca conveniente. Si recibimos dinero del indio, haremos uso de él en abundancia; y si no lo recibimos, sabremos que no le debemos ningún agradecimiento, y nos será lícito, en lo que a él respecta, disponer todo para nuestra propia conveniencia.» Así habló Ciro, con el convencimiento de que los arme- 31
nios y caldeos que fueran a la India iban a hablar de él tal y como deseaba que todos los hombres hablaran y oyeran hablar de él. Y, entonces, cuando fue el momento adecuado, disolvieron la reunión de la tienda y se fueron a descansar.

Ciro sale de Armenia escoltado por toda la población

Al día siguiente, Ciro despachó al 3
mensajero con el encargo que había dado a conocer el día anterior. Por su parte, el rey de Armenia y los caldeos le enviaron como escolta los soldados que consideraban más apropiados para ayudarle en su gestión y para dar noticias convenientes acerca de Ciro. Acto seguido, Ciro equipó el fuerte con una guardia suficientemente numerosa y con todo lo necesario, dejó al frente de ellos a un medo cuya elección Ciro creía que agradaría muchísimo a Ciaxares, y se marchó llevando consigo el ejército con el que había venido, además del que había reclutado entre los armenios y alrededor de cuatro mil hombres del ejército caldeo, que eran considerados mejores que
2 todos los demás juntos. Cuando Ciro bajó a la zona pobla- 2

da, ningún armenio, ni hombre ni mujer, se quedó en casa, sino que todos, regocijados por la paz, le salían al encuentro cargando o conduciendo lo que cada uno tenía de valor. Y el Armenio no se disgustó con ellos, porque consideraba que Ciro se alegraría más al verse honrado por todos. Finalmente, la esposa del Armenio le salió al encuentro con sus hijas y el hijo menor de los dos y, entre otros regalos, llevaba el objeto de oro que Ciro no había
3 querido aceptar antes. Ciro al verla dijo: «Vosotros no haréis de mí un mercenario que vaya de un lado a otro para actuar en vuestro favor por un sueldo; así que, vete, mujer, con esas riquezas que traes, y de ahora en adelante no se las des a tu esposo para que las entierre, equipa con ellas a tu hijo lo mejor que puedas y envíalo al ejército, y con el resto compra para ti misma, tu esposo, hijas e hijos lo que, una vez en vuestro poder, os permita ataviaros con más belleza y pasar la vida más agradablemente, y baste enterrar en la tierra los cadáveres cuando cada uno muera [132].»

4 Después de pronunciar estas palabras, siguió su camino cabalgando. El Armenio lo escoltó y también el resto de la población, aclamándolo como benefactor y hombre de bien; y fueron de esta guisa hasta salir del territorio. Y como ahora había paz en su país, el Armenio le envió
5 como escolta un ejército más numeroso. Así partió Ciro, enriquecido no sólo con el dinero que había recibido, sino con el camino preparado, gracias a su comportamiento,

[132] Según HERÓD., I 140, los persas no enterraban a los muertos, sino que los exponían en las alturas para que los comieran los perros, consagrados a Ahura Mazdah. En el mazdeísmo, el cadáver pasaba a ser controlado por el mal espíritu, Aryman, por lo que debía permanecer apartado de los tres elementos, fuego, agua y tierra para no contaminarlos.

para recibir una cantidad mucho más elevada siempre que tuviera necesidad. Aquel día acampó en la frontera y, al día siguiente, envió el ejército y el dinero a Ciaxares, que se encontraba en un lugar próximo, como había dicho. Después, Ciro, en compañía de Tigranes y lo mejor del ejército persa, estuvo cazando donde encontraban fieras, y ello le agradaba.

Ciro entrega dinero a los taxiarcos para que también ellos recompensen a sus subordinados

Cuando llegó a Media, entregó a sus 6
taxiarcos la cantidad de dinero que estimó suficiente para cada uno, a fin de que también ellos pudieran recompensar a aquellos de sus subordinados cuya actuación les complaciera; pues consideraba que tendría al conjunto del ejército en buena disposición hacia él. Y cualquier objeto que en algún lugar viera hermoso para su ejército, lo adquiría y se lo regalaba a quienes sucesivamente hubieran hecho más méritos, en la idea de que cuanto su ejército tuviera de hermoso y virtuoso a él adornaba. Cada vez que repartía entre ellos el dinero 7
que había recibido, en medio de los taxiarcos, los jefes de sección y de todos cuantos estaba recompensando les hablaba del modo siguiente: «Amigos, parece que ahora tenemos un momento de gozo, porque hemos conseguido abundancia de recursos y porque tenemos con qué poder recompesar a quien queramos y ser recompensados como cada cual merezca. De todos modos, recordemos la clase 8
de acciones que son causa de estos bienes, pues si investigáis descubriréis que son: haber velado cuanto era preciso, haberse esforzado, haber actuado con prontitud y no haber cedido ante el enemigo; por tanto, de ahora en adelante, hemos de ser buenos soldados sabiendo que la obediencia, la perseverancia y, en el momento oportuno, las

fatigas y los peligros proporcionan grandes placeres e im-
portantes bienes.»

9 Ciro, entonces, que se daba cuenta de cuán bien prepa-
rados físicamente estaban sus soldados para poder sopor-
tar las fatigas de la guerra, y psíquicamente para despre-
ciar a los enemigos, y de que eran diestros, cada uno, en
los ejercicios que convinieran a sus armas, y como veía
a todos bien dispuestos a obedecer a sus jefes; partiendo
de todas estas consideraciones, tenía ya deseos de actuar
contra los enemigos, consciente de que a menudo con la
demora los jefes pierden parte del fruto de la buena prepa-
10 ración que dan a sus soldados. Además, viendo que mu-
chos soldados, debido al afán de destacarse en aquellos
ejercicios en los que rivalizaban, llegaban incluso a tener
celos unos de otros, también por esta razón quería llevar-
los a tierra enemiga lo antes posible, sabiendo que los peli-
gros comunes hacen que los compañeros de armas tengan
camaradería entre sí y, en esa situación, ya no envidian
a quienes porten condecoraciones en sus armas ni a quie-
nes deseen apasionadamente la gloria, sino que tales solda-
dos alaban y aman más a sus semejantes, porque conside-
ran que ellos son sus colaboradores para el bien común.
11 Por tanto, en primer lugar, equipó al ejército con sus ar-
mas y los dispuso en el orden más lucido y mejor posible
y, después, convocó a los miriarcos [133], quiliarcos, taxiar-
cos y jefes de sección —en efecto, éstos habían sido exen-
tos de alistarse en las divisiones tácticas y, cuando había
que obedecer las órdenes del general o transmitirlas, no
quedaba ningún elemento del ejército sin mando, sino que
los que quedaban sin sus jefes se mantenían en orden

[133] El miriarco era el jefe de una miríada, es decir, de un grupo de diez mil hombres.

por medio de los dodecadarcos y los hexadarcos [134]—.
Cuando estuvieron reunidos los altos mandos, Ciro los 12
condujo a lo largo de las filas de soldados y les mostró
sus buenas condiciones y les explicó dónde residía la
fuerza de cada uno de los ejércitos aliados. Y después que
consiguió que también ellos estuvieran ansiosos de actuar
ya, les dijo que era el momento de que cada uno volviera
a su compañía y enseñara a sus hombres lo que él les había
enseñado a ellos e intentara infundir a todos deseos de mar-
char contra los enemigos, para que, así, todos partieran
con los mejores ánimos, y que se presentaran, al día si-
guiente por la mañana temprano, ante las puertas del pala-
cio de Ciaxares. Entonces, todos volvieron a sus compa- 13
ñías, e hicieron como él les había dicho. Al día siguiente,
al amanecer, los altos mandos estaban presentes ante las
puertas del palacio de Ciaxares. Ciro entró con ellos ante
Ciaxares y comenzó el siguiente discurso:

Discurso expresando a Ciaxares su deseo de salir a combatir

«Ciaxares, sé que desde hace tiempo
tú piensas en lo que voy a decirte no
menos que nosotros, pero quizá te aver-
güenza hablar de ello por temor a que
parezca que nos recuerdas la expedición
disgustado por estar manteniéndonos.
Así que, como tú guardas silencio, yo hablaré por ti y por 14
nosotros. En efecto, todos opinamos que, puesto que
estamos preparados para ello, no esperemos a luchar
cuando ya los enemigos irrumpan en tu país ni nos que-
demos aquí sentados en tierra amiga, sino que vayamos
a tierra enemiga lo más rápidamente posible. Pues ahora, 15
mientras estamos en tu país, muy a pesar nuestro causa-
mos muchos daños a tus gentes; en cambio, si vamos

[134] El hexadarco era el jefe de un grupo de seis hombres.

a tierra enemiga, muy gustosos perjudicaremos las propie-
16 dades de los enemigos. En segundo lugar, ahora tú estás
gastando mucho en alimentarnos; en cambio, si salimos
17 de campaña, viviremos a costa de los enemigos. Además,
si fuéramos a correr mayor riesgo allí que aquí, quizá ha-
bría que escoger el lugar más seguro. Ahora bien, los ene-
migos serán los mismos, tanto si nos quedamos aquí
como si vamos a su país para salirles al encuentro allí,
y nosotros seremos los mismos cuando les combatamos, tan-
to si nos quedamos a recibir su ataque como si vamos con-
18 tra ellos para trabar combate. Sin embargo, nosotros dis-
pondremos de un espíritu mucho más valiente y resistente
en nuestros soldados, si atacamos a los enemigos sin dar
la impresión de que los vemos contra nuestra voluntad,
y también mucho más nos temerán cuando se enteren de
que, en vez de quedarnos sentados en casa por temor, en
cuanto nos dimos cuenta de su avance, les salimos al en-
cuentro para trabar combate lo más rápidamente posible
y no esperamos a que nuestro país fuera devastado, sino
19 que nos apresuramos a saquear sus tierras. En verdad,
prosiguió, si conseguimos hacer más temerosos a aquéllos
y, en cambio, más valientes a nosotros mismos, creo que
les sacaremos una gran ventaja, y calculo que así el riesgo
será menor para nosotros y mayor para los enemigos. Pues
mi padre siempre lo dice, tú lo afirmas y todos los demás
están de acuerdo: el resultado de la lucha más lo decide
20 el espíritu que la fuerza física.» Así habló Ciro, y Ciaxares
le respondió:

—No supongáis, Ciro y demás soldados persas, que me disgusta alimentaros; sin embargo, la inmediata entrada en tierra enemiga también a mí me parece que, en todo caso, es lo mejor.

—Pues bien, dijo Ciro, ya que somos de la misma opinión, hagamos los preparativos y, si la voluntad de los dioses aprueba nuestra decisión, salgamos lo más rápidamente posible.

Rogativas para atraer el favor de dioses y héroes

Acto seguido, después de decir a los 21
soldados que hicieran los preparativos, Ci-
ro hizo sacrificios, primero, a Zeus sobe-
rano y, después, al resto de los dioses,
y les pidió que, siéndoles propicios y
favorables, se convirtieran en guías de su ejército, buenos
colaboradores, aliados y consejeros de buenas decisiones.
También invocó a los héroes habitantes y protectores de
la tierra meda.

Cuando hubo obtenido auspicios favorables y el ejérci- 22
to estuvo concentrado junto a la frontera, entonces, bajo
presagios propicios, invadió el territorio enemigo. En cuanto
hubo cruzado la frontera, allí también propició a la diosa
Tierra por medio de libaciones y atrajo el favor de los dio-
ses y de los héroes habitantes de Asiria por medio de sacri-
ficios. Una vez que hubo realizado estos ritos, de nuevo
celebró un sacrificio al Zeus patrio, y tampoco descuidaba
el culto de ningún otro dios que le indicaran.

Cuando hubo llevado a buen término estas ceremonias, 23
la infantería, después de efectuar un avance no muy gran-
de, acampó; por su parte, la caballería hizo una incursión
y consiguió abundante y variado botín. De entonces en
adelante, el ejército, cambiando de campamento, teniendo
en su poder abundantes provisiones y devastando el país,
esperaba a los enemigos.

Cuando corrían rumores de que, en su avance, las tro- 24
pas enemigas ya no distaban más de diez días, Ciro dijo:
«Ciaxares, ha llegado el momento de salirles al encuentro,
para que ni los enemigos, ni nuestros soldados crean que

tememos hacerles frente, sino que quede claro que no lu-
25 chamos contra nuestra voluntad.» Como Ciaxares fue del mismo parecer, se pusieron en marcha dispuestos en orden de batalla, avanzando cada día el trecho de camino que les parecía bien. Siempre cenaban de día para no encender fuego dentro del campamento por la noche. Sin embargo, sí lo encendían delante del campamento para, gracias al fuego, ver a quienes se aproximaran sin ser vistos por ellos y muchas veces también alimentaban fuego detrás del campamento para engañar a los enemigos; así, hubo veces que espías enemigos cayeron en poder de los puestos de avanzada persas: porque, debido a estar el fuego encendido detrás, ellos se creían todavía lejos del campamento.

Campamento de los asirios y sus aliados

26 Cuando los ejércitos de unos y otros estuvieron próximos, los asirios y sus aliados se rodearon de una fosa, como todavía en la actualidad siguen haciendo los reyes bárbaros cada vez que acampan, que se rodean de una fosa con facilidad por la numerosa mano de obra con la que cuentan; pues saben que por la noche el ejército está intranquilo y es difícil de controlar,
27 sobre todo si se trata de un ejército bárbaro. En efecto, tienen los caballos con los pies atados a los pesebres [135] y, si alguien los ataca en la oscuridad de la noche, cosa ardua es desatar los caballos, cosa ardua embridarlos, cosa ardua ensillarlos, cosa ardua ponerles la coraza y totalmente imposible montarlos y atravesar el campamento. Por todas estas razones, los asirios y otros pueblos se rodean con trincheras y, además, porque creen que el estar en lu-

[135] La costumbre de mantener a los caballos con las patas trabadas era frecuente en la Antigüedad. Cf. *Il.* XIII 36-38; JENOF., *Anáb.* III 4, 35; TÁCITO, *Anales* IV 25.

gar seguro les da la posibilidad de presentar batalla cuando quieran. Tales eran las ocupaciones de ambos ejércitos 28
mientras se iban acercando unos a otros. Y cuando en su avance distaban aproximadamente una parasanga, los asirios acamparon, como se ha dicho, en terreno rodeado de una fosa, pero a la vista; en cambio, Ciro acampó en el lugar más escondido que pudo encontrar, ocultándose tras aldeas y colinas, con el convencimiento de que asusta más a los contrarios la aparición repentina de los efectivos enemigos. Y aquella noche, cada uno de los dos bandos colocaron sendos puestos de avanzada como convenía, y se fueron a descansar.

Diferencias tácticas entre Ciro y Ciaxares. Recomendaciones a los homótimos

Al día siguiente, el Asirio, Creso y el 29
resto de los caudillos [136] hicieron descansar a sus ejércitos en lugar seguro.

Por su parte, Ciro y Ciaxares permanecieron dispuestos en línea de batalla, listos para luchar si los enemigos avanzaban. Pero, cuando fue evidente que los enemigos no iban a salir de su trinchera ni iban a luchar durante aquella jornada, Ciaxares llamó a Ciro y a los altos mandos y les dijo lo siguiente: «Me parece, señores, comenzó, que tal como nos 30
encontramos alineados debemos ir a la trinchera de esos hombres para mostrarles nuestro deseo de combatir. Pues de este modo, prosiguió, si ellos no salen a oponernos resistencia los nuestros volverán más animosos, y los enemigos, en cambio, al ver nuestro valor nos temerán más.» Ciro, entonces, respondió a esta opinión de Ciaxares: «Por 31
los dioses, Ciaxares, de ninguna manera hagamos eso, por-

[136] Los aliados de los asirios eran: lidios, frigios, hircanios, capadocios y árabes. Todos estos pueblos aparecen como vasallos de Ciro al comienzo de la *Ciropedia* (I 1, 4).

que, si nos hacemos visibles ya y avanzamos, como tú su-
gieres, entonces los enemigos contemplarán nuestro avance
sin temor, porque saben que están a salvo de cualquier
peligro, y, cuando volvamos sin haber realizado ninguna
acción, nos despreciarán, al darse cuenta de que nuestro
contingente es muy inferior al suyo, y mañana saldrán de
32 la trinchera con una convicción mucho más firme. Ahora en
cambio, como saben que estamos aquí, aunque no nos vean,
no nos desprecian, estáte bien seguro de ello, sino que se
preguntan el significado de nuestro ocultamiento, y yo sé
que no dejan de hablar de nosotros. Cuando salgan, en-
tonces sí debemos hacernos visibles a sus ojos e inmediata-
mente ir a su encuentro sorprendiéndolos en el lugar que
33 nosotros desde hace tiempo queríamos.» Habiendo habla-
do así Ciro, Ciaxares y los demás fueron de la misma
opinión. Entonces cenaron, establecieron puestos de guar-
dia [137], delante de los cuales encendieron muchas hogue-
ras, y se fueron a descansar.

34 Al día siguiente temprano, Ciro, coronado de guirnal-
das, celebró un sacrificio y transmitió la orden de que asis-
tieran a la ceremonia los homótimos, también coronados.
Y después que el sacrificio terminó, los reunió y les dijo:
«Señores, los dioses anuncian, según declaran los adivinos,
y yo soy de la misma opinión, que va a tener lugar una
batalla, y en estos sacrificios nos otorgan la victoria
35 y nos prometen la salvación. Yo sentiría pudor si os diera
consejos sobre el comportamiento que hay que tener en
una tal ocasión, porque sé que vosotros lo sabéis, os ha-
béis adiestrado para ello, lo habéis oído y lo oís continua-

[137] Ciro, siguiendo los consejos dados por Cambises en I 6, 43, se preocupa de disponer puestos de guardia en varias ocasiones, cf. IV 1, 1, y V 3, 44. También, en *Rep. lac.* XII 2, se refleja ese interés.

mente, tanto como yo, de suerte que podríais verosímil-
mente enseñárselo a otros; pero, por si acaso no habéis
reflexionado sobre ello, escuchad: a quienes tenemos como 36
aliados desde hace poco y tratamos de hacer semejantes
a nosotros mismos [138], debemos recordarles las condiciones
con las que fuimos mantenidos por Ciaxares, los ejercicios
que practicábamos, la razón por la que les hemos llamado
y las tareas en las que dijeron que, con mucho gusto por
su parte, serían rivales nuestros. Recordadles también 37
que este día pondrá de manifiesto lo que cada uno merece,
ya que no hay que extrañarse de que algunos hombres ne-
cesiten quien les recuerde aquello que han aprendido tar-
díamente, sino que hay que alegrarse de que, aunque sea
a partir de vuestra advertencia, puedan ser soldados va-
lientes. Y al actuar de esta manera vais a poneros a prueba 38
vosotros mismos, porque el que es capaz de hacer mejores
a los demás en una tal situación, como es natural, podría
tener conciencia de que también él es un hombre absoluta-
mente bueno; en cambio, el que se conforma con tener
él solo el recuerdo del comportamiento que debe seguir,
como es natural, tendría que considerarse a sí mismo bue-
no a medias solamente. Por eso yo, prosiguió, no me diri- 39
jo a ellos, sino que os pido que les habléis vosotros para
que intenten agradaros también a vosotros, pues sois quie-
nes estáis en contacto con ellos, cada cual con su propia
división, y estad bien seguros de que, si les demostráis que
vosotros sois animosos, les daréis ejemplo [139], no de
palabra, sino de obra, a éstos y a muchos otros.» Final- 40

[138] Se refiere a los soldados persas que habían ascendido a rango superior y recibido las mismas armas que los homótimos. Cf. II 1, 15.

[139] También en *Econ.* XIII 6 ss., resalta la importancia del ejemplo del amo para los servidores.

mente, les dijo que fueran con las coronas puestas a desayunar y que, después de hacer las libaciones, fueran a sus compañías llevando puestas las coronas.

Después que éstos se retiraron, llamó, a su vez, a los comandantes de la retaguardia y les hizo las siguientes recomendaciones:

Recomendaciones a los comandantes de la retaguardia

41 «Varones persas, habéis pasado a formar parte del grupo de los homótimos y habéis sido seleccionados los que parecéis en todos los aspectos semejantes a los mejores y, por vuestra edad, incluso más sabios que ellos. Pues bien, ocupáis una posición no menos importante que la de los primeros puestos, ya que vosotros, situados detrás de los soldados valientes sin dejar de observarlos y animarlos, podéis hacerlos aún más valientes, y, si vierais a alguien flaquear, no le permitiríais
42 darse la vuelta. Si hay alguien a quien convenga la victoria es a vosotros por causa de vuestra edad y del peso de vuestra túnica, y, si los que tenéis delante os llaman y os invitan a seguirlos, obedecedlos y, para no sentiros inferiores a ellos tampoco en esto, vosotros, a vuestra vez, animadlos a que os conduzcan hacia los enemigos con más rapidez. Ahora, terminó, id, desayunad y volved, todavía coronados, a vuestras compañías con los demás.»

Exhortación del rey asirio a sus tropas

43 En ésas estaban Ciro y su gente. Por su parte, los asirios, después de que hubieron terminado de desayunar, salieron desafiantes y se alinearon con firmeza. El rey de los asirios en persona, pasando junto a las filas en su carro, los iba colocando en orden
44 de batalla y les dirigía las exhortaciones siguientes: «Varones asirios, es ahora cuando debéis ser valientes, pues ahora va a tener lugar la confrontación en defensa de vuestra

vida, de la tierra en la que nacisteis, de la casa en la que os criaron, de vuestra esposa, de vuestros hijos y de todos los bienes que disfrutáis; en efecto, si vencéis vosotros, seréis, como lo erais antes, dueños de todo ello, pero si sois derrotados, sabed bien que todas esas posesiones se las entregaréis a los enemigos. Y bien, como deseáis la victoria, 45
quedaos a luchar; pues locura es que quienes quieran vencer huyan exponiendo a los enemigos las partes del cuerpo desprovistas de ojos, armas o manos. Loco es también quien, queriendo vivir, intente huir sabiendo que los vencedores se salvan, mientras que los que huyen mueren con mayor facilidad que los que permanecen en sus puestos. Loco es también quien, deseando riquezas, se deje derrotar, pues ¿quién no sabe que los vencedores salvan sus posesiones y conquistan las de los vencidos, y que, en cambio, los vencidos pierden con ellos mismos sus pertenencias?» En ésas estaba el Asirio.

Ciro retrasa el enfrentamiento

Por su parte, Ciaxares envió un men- 46
saje a Ciro diciendo que ya había llegado el momento oportuno de llevar la tropa contra los enemigos: «Pues si ahora, dijo, son pocos los que se encuentran fuera del parapeto, en el momento en que avancemos serán muchos; así que, no esperemos a que lleguen a un número superior al nuestro y marchemos mientras todavía creamos que es fácil vencerlos.»

Entonces Ciro le respondió: «Ciaxares, si el número 47
de enemigos derrotados no llega a la mitad de su contingente, sabe bien que dirán que atacamos sólo a unos pocos porque temíamos enfrentarnos a la multitud, no se considerarán derrotados y necesitarás otra batalla en la que quizás podrían tomar decisiones más acertadas que las que han tomado ahora al permitir que determinemos el

número de enemigos contra los que queremos luchar.»
48 Los mensajeros, después de escuchar esta respuesta, se marcharon.

En este momento llegaron el persa Crisantas y otros homótimos trayendo a unos desertores asirios, y Ciro entonces, como es natural, preguntó a los desertores cómo iban las cosas en el campamento enemigo, y ellos le contestaron que ya estaban saliendo equipados con sus armas y que el rey en persona, fuera de la trinchera, alineaba y animaba a los soldados, a medida que iban saliendo, con muchas y vehementes exhortaciones, según decían los
49 que lo habían oído hablar [140]. Entonces Crisantas preguntó:

—¿Y si tú también reunieras a los soldados para, mientras te sea posible, exhortarlos y acrecentar su valor?

50 Y Ciro respondió:

—Que no te inquieten, Crisantas, las exhortaciones del rey asirio, porque no hay exhortación tan eficaz que súbitamente haga valientes a quienes no lo eran antes de oírlas; una exhortación no podría hacer diestros a los arqueros, si antes no han sido entrenados en el manejo del arco, ni tampoco a los lanceros, ni a los caballeros, ni siquiera capacitarlos físicamente para soportar las fatigas, si antes no han sido ejercitados para ello [141].

51 Entonces Crisantas dijo:

[140] R. Renehan, «Nugae Xenophonteae», *Rheinisches Musseum* 114 (1971), 135-145, corrige la edición de Marchant: *...toîs aieí éxō oûsi...*, que se traduciría: «...a aquellos que en cada momento estaban fuera...» por *...toîs aieí exioûsi...*, versión a la que se ajusta nuestra traducción.

[141] Cf. Salustio, *Catilina* LVIII: «Me consta, soldados, que las palabras no dan bravura, y que un ejército flojo no se convierte en esforzado, ni una tropa cobarde en valiente, con una arenga del general...» (trad. de M. Marín y A. Pariente, Ed. Hernando, Madrid, 1985 —reimpr.—).

—Pero, Ciro, es suficiente, si por medio de la exhortación acrecientas el valor de sus espíritus.

—¿Acaso, preguntó Ciro, podría un solo discurso súbitamente llenar de pundonor los espíritus de la audiencia o apartarlos de acciones vergonzosas y persuadirlos de que, en aras del elogio, tienen que arrostrar toda penalidad y todo peligro, y grabarles firmemente en sus mentes que es preferible morir luchando que salvarse huyendo? [142].
En primer lugar, prosiguió, ¿acaso, si tales propósitos van a 52
ser imprimidos y, por tanto, van a quedar fijos en la mente de los hombres, no es preciso que existan leyes tales con cuya ayuda la vida se prepara honrosa y libre para los valientes, y, en cambio, para los cobardes la existencia se
imponga humillante, dolorosa e insoportable? En segundo 53
lugar, creo que debe haber cerca de ellos maestros y jefes que les muestren el camino recto, y les enseñen y acostumbren a poner en práctica las verdades que se les inculcan hasta que les sea natural considerar que los hombres buenos y bien afamados son, realmente, los más felices y juzgar a los malos e infames como los más desgraciados de todos. Pues así deben estar dispuestos quienes van a ofrecer una instrucción que supere el temor que les inspiran los enemigos.
Y si, cuando los hombres marchan con sus armas hacia 54
la lucha, momento en el que muchos olvidan las enseñanzas antiguas, fuera capaz alguien entonces de hacerlos belicosos al instante por medio de declaraciones rapsódicas, lo más fácil de todo sería aprender la virtud más importan-
te que reside en los hombres y luego enseñarla; ya que 55
al menos yo, prosiguió, no confiaría en que fueran a ser

[142] Éste es el antiguo ideal heroico, que contrasta con el espíritu de Arquíloco dispuesto a perder el escudo antes que la vida, cf. *Arquíloco* V (ed. West).

108. — 15

perseverantes los hombres que en este momento tenemos a nuestro lado y nosotros mismos hemos ejercitado, si no os viera aquí presentes a vosotros, que constituiréis su modelo de conducta y podréis hacerles sugerencias en caso de que olviden alguna consigna. Pero me extrañaría, Crisantas, exclamó, que a quienes no han sido en absoluto educados en la virtud un discurso bien pronunciado les fuera de mayor utilidad para infundirles valor, que una canción bien interpretada a quienes no han sido educados en la música para hacerlos músicos [143].

Ante una segunda advertencia de Ciaxares, Ciro marcha contra el enemigo

56 En tales términos conversaban, y Ciaxares volvió a enviar un mensaje advirtiéndole que erraba al perder tiempo y no marchar contra los enemigos lo antes posible. Ciro, entonces, respondió a los mensajeros: «Que Ciaxares sepa que, de momento, no hay fuera el número de enemigos necesarios. Decídselo delante de todos. Sin embargo, ya que es de esa opinión, marcharé contra los enemigos en seguida.»
57 Tras pronunciar estas palabras, elevó plegarias a los dioses e hizo salir a su ejército. Cuando comenzó la marcha, Ciro ya rápidamente se puso en cabeza y sus hombres lo seguían ordenadamente, porque sabían marchar en forma-

[143] Esta actitud negativa de Ciro frente al discurso exhortativo a las tropas lleva implícito un rechazo del *lógos epideiktikós* y del arte de la retórica, postura frecuente en el círculo socrático. Sin embargo, sorprende la abundancia de pasajes en los que Ciro se dirige a sus hombres para animarlos (II 3, 2-16; III 3, 34-40; VI 2, 14-20, y 4, 13-20; VII 1, 10-19). Ciro, así, pone en práctica el consejo dado por Cambises en I 6, 19: infundir ánimo en los soldados. No obstante, esa exhortación debe hacerse sobre la base no de una deformación de la verdad que desacredite al general ante sus hombres, sino de un análisis de la realidad, resaltando las ventajas frente al enemigo.

ción, gracias a que lo habían practicado, valerosamente, porque competían unos con otros en valor, porque se habían ejercitado físicamente y porque todos sus jefes estaban en primera fila, y alegremente, porque eran conscientes de lo que iban a hacer. En efecto, sabían, tras un largo aprendizaje, que el medio más seguro y más fácil era salir al encuentro de los enemigos, especialmente al de sus arqueros, lanceros y caballeros. Mientras todavía estaban 58
fuera del alcance de los proyectiles enemigos, Ciro iba transmitiendo la siguiente consigna: «Zeus aliado y guía.» Y después de que la consigna de nuevo volvió a él [144], Ciro, comenzó a entonar el peán al uso dirigido a los Dioscuros [145], y todos, llenos de temor de dios, se unieron a él con gran voz, pues en una situación como ésta los temerosos de la divinidad temen menos a los hombres. Una vez con- 59
cluido el peán, los homótimos marchaban todos a una radiantes, mirándose unos a otros, pronunciando el nombre de los compañeros de al lado y de detrás y, repitiendo a menudo el «¡Adelante, amigos, adelante, valientes soldados!», se exhortaban unos a otros a continuar avanzando. Y los de la retaguardia, después de oírlos, exhortaban, a su vez, a los de las primeras filas para que los dirigieran

[144] La costumbre griega de transmitir el jefe una consigna que luego vuelve a él aparece también en *Anáb.* I 8, 16.

[145] No se trata de un peán en el sentido original, es decir, un canto en honor a Apolo o a Ártemis, sino del canto entonado inmediatamente antes del ataque. Tenía como finalidad principal animar a los hombres. El hecho de que vaya dirigido a los Dioscuros, los dos gemelos fruto de la unión de Zeus y Leda, se debe a que estas divinidades tienen un marcado carácter guerrero. Es muy probable que Jenofonte escuchara peanes dedicados a los Dioscuros durante la marcha de los Diez Mil entre las filas espartanas, ya que los gemelos divinos recibían culto en Lacedemonia.

con valor. El ejército de Ciro estaba lleno de celo, de
deseo de gloria, de fuerza, valor, exhortación, templanza
y disciplina, lo que creo que es lo más temible para los
adversarios.

Los persas llegan hasta el parapeto de los asirios

60 Los asirios que debían luchar desde
sus carros, tan pronto como vieron que
el grueso del ejército persa se aproxima-
ba ya, subieron a los carros y se retira-
ron hacia el grueso de su ejército, y sus
arqueros, lanceros y honderos lanzaban frecuentemente sus
proyectiles antes de tener a tiro las líneas enemigas.
61 Cuando los persas en su avance llegaron a estar al al-
cance de los proyectiles lanzados por los asirios, Ciro gri-
tó: «Excelentes soldados, que ya cada uno de vosotros se
haga notar avanzando más deprisa y transmita la orden.»
Ellos la transmitieron y, por obra de su celo, su ímpetu
y su apremiante deseo de entablar el cuerpo a cuerpo, al-
gunos comenzaron a correr y toda la formación los siguió
62 a la carrera. E, incluso, el propio Ciro, olvidándose del
paso, iba a la cabeza de la carrera, al mismo tiempo que
gritaba: «¿Quién me seguirá?, ¿quién será el valiente?,
¿quién será el primero en derribar a un hombre?» Y ellos,
tras escuchar su exhortación, lanzaban el mismo grito que,
a modo de orden, iba corriendo entre las filas: «¿Quién
63 me seguirá?, ¿quién será el valiente?» Con este ánimo los
persas se precipitaban al encuentro de los enemigos, y
éstos ya no eran capaces de aguardar su ataque, sino
que se dieron la vuelta y echaron a huir hacia el parapeto.
64 Por su parte, los persas los perseguían hasta las entradas
del parapeto y derribaban a muchos aprovechando su con-
fusión, y a quienes caían en las trincheras les saltaban en-
cima y los mataban, tanto a hombres como a caballos,
pues hubo carros que fueron obligados en su huida a caer

en las trincheras. Al ver estos hechos, la caballería meda 65
se dirigió hacia la caballería enemiga, y ellos también hu-
yeron. Entonces se produjo la persecución de caballos y
hombres y la matanza de ambos. Y los asirios que estaban 66
dentro del parapeto de pie sobre el reborde de la trinchera
no tenían la intención ni la capacidad de lanzar flechas
o jabalinas contra quienes mataban a sus compañeros, de-
bido al temor que les causaba aquella terrible visión.
Pero, de repente, al darse cuenta de que algunos persas
habían cortado el camino hacia las entradas de la trin-
chera se apartaron también de los rebordes interiores.
Y las mujeres de los asirios y de sus aliados, al ver ya 67
la huida de sus hombres también en el campamento, grita-
ban y corrían fuera de sí, unas con sus hijos, y las más
jóvenes desgarrándose el peplo [146] y arañándose mientras
suplicaban, a todos los que se encontraban, que no huye-
ran dejándolas abandonadas, sino que defendieran a sus
hijos, a ellas y a ellos mismos. Entonces, incluso los reyes 68
en persona, que se mantenían ante las entradas acompaña-
dos de los más leales, subiendo al reborde de la trinchera,
combatían también ellos y exhortaban a los demás a
que hicieran lo propio. Cuando Ciro se enteró del desarro- 69
llo de los acontecimientos, temiendo que, si sus hombres
forzaban la entrada, por ser pocos, sucumbieran a manos
de muchos, transmitió la orden de lenta retirada fuera
del alcance de los proyectiles y de que lo obedecieran.
Entonces, en efecto, uno podía darse cuenta de que los 70

[146] Una vez más encontramos una trasposición de objetos y costumbres griegas a Persia. En Grecia, generalmente se llamaba peplo al vestido de mujer, por oposición al *chitón* del hombre. Era grande, amplio, plisado, de un material fino y ligero, normalmente bordado. Corrientemente se ponía debajo de otras vestimentas y envolvía todo el cuerpo.

homótimos estaban instruidos debidamente, pues rápidamente obedecieron la orden y rápidamente la transmitieron a los demás. Cuando estuvieron fuera del alcance de los proyectiles, se pararon cada cual en su posición porque sabían con mayor exactitud que los miembros de un coro el lugar que debía ocupar cada uno de ellos [147].

[147] La comparación del orden en el ejército con el orden de un coro ya aparece en *Econ.* VIII 20.

LIBRO IV

Acción de gracias. Recompensas a los soldados

1 Ciro se quedó allí algún tiempo con su ejército y demostró que estaban preparados para luchar contra quien les saliera al paso; pero, como no les salió nadie, se retiró a la distancia que le pareció conveniente y acampó. Después de colocar puestos de guardia y enviar por delante observadores, reunió a sus soldados y, de pie en medio de ellos, les habló en los siguientes términos: «Soldados persas, en primer lugar, elevo una 2
alabanza a los dioses con todas mis fuerzas y creo que todos vosotros debéis hacerlo también, pues hemos obtenido la victoria y la salvación. Así que tenemos que celebrar en honor de los dioses sacrificios de acción de gracias por cuanto hemos conseguido, y ahora os felicito a todos en conjunto, pues la hazaña que ha tenido lugar ha sido llevada a buen término por todos vosotros; cuando de una fuente fiable me informe de los méritos de cada uno, entonces intentaré recompensaros por separado de palabra y de obra. Ahora bien, respecto al taxiarco Crisantas, que fue quien 3
luchó más cerca de mí, no necesito recibir información de otros, sino que yo mismo sé cuál fue su comportamiento, pues en el resto de las situaciones actuó como vosotros

actuabais; pero cuando yo lo llamé por su nombre y le ordené la retirada, éste, aunque tenía la daga levantada para golpear a un enemigo, me obedeció inmediatamente y dejando lo que iba a hacer cumplió la orden, pues retrocedió y transmitió con prontitud la orden en el mismo sentido a los demás, de suerte que consiguió poner a su compañía fuera del alcance de los proyectiles antes de que los enemigos se dieran cuenta de nuestra retirada, tensaran sus arcos y dispararan sus lanzas. Así que, gracias a su obediencia se nos presenta incólume él e incólumes sus hombres[148].
4 Veo, prosiguió, que otros soldados están heridos: yo daré a conocer la opinión que me merecen cuando me haya informado de en qué momento recibieron sus heridas. Pero, a Crisantas, como artífice de hazañas guerreras, hombre sensato y apto tanto para ser gobernado como para gobernar, lo honro desde este momento con la quiliarquía y, cuando la divinidad nos otorgue otro éxito, tampoco en-
5 tonces me olvidaré de él. También quiero, dijo, que todos vosotros recordéis los hechos que habéis visto hace un momento en esta batalla; nunca dejéis de tenerlos presentes en vuestro corazón, para que siempre juzguéis por vosotros mismos si el valor salva la vida mejor que la huida, si se libran más fácilmente del peligro quienes quieren luchar que quienes no quieren, y qué clase de placer proporciona la victoria; pues ahora mejor que nunca juzgaríais estos hechos, porque tenéis experiencia de ellos y porque
6 han tenido lugar recientemente. Si los tuvierais siempre presentes, seríais más valientes. Y ahora, como hombres

[148] Al resaltar la importancia de la obediencia en el ejército, Ciro lleva a cabo los consejos de Cambises, cf. I 6, 20. Intenta conseguirla fundamentalmente por medio de la alabanza al que obedece y, rara vez, castigando al que desobedece, cf. VII 2, 5-7.

amados por los dioses, valientes y prudentes que sois, cenad, haced libaciones a los dioses y comenzad a entonar un peán[149], al mismo tiempo que atendéis a las órdenes dadas.» Después de pronunciar este discurso, Ciro montó 7
en su caballo y fue cabalgando hasta llegar a presencia de Ciaxares. Se felicitaron mutuamente, como es natural, y, después de ver cómo iban allí las cosas y preguntar si necesitaban algo, volvió al lugar donde estaba su ejército. Una vez allí, Ciro y los suyos cenaron, colocaron debidamente los puestos de guardia y se fueron a descansar.

Los asirios, desanimados, abandonan su campamento

Los asirios, por su parte, habiendo 8
muerto su jefe[150] y, con él, casi la totalidad de los mejores soldados, se desanimaron todos y gran parte de ellos huyó del campamento durante la noche. Al ver esta situación, el rey Creso y los demás aliados también sintieron desánimo, pues la situación general era difícil. Pero lo que producía mayor desánimo a todos era el hecho de que el estado mayor del ejército había perdido la razón. Ante tal situación abandonaron el campamento y se alejaron durante la noche.

Cuando se hizo de día y quedó al descubierto que el 9
campamento enemigo estaba desierto, Ciro, al punto, hizo que sus persas pasaran los primeros. Habían sido allí abandonados por los enemigos muchos corderos, muchos bueyes y muchos carros llenos de abundantes bienes. Después de este hallazgo, Ciaxares y todos los medos también pasa-

[149] El peán se cantaba también después de la batalla como acción de gracias.

[150] La muerte del asirio no ha aparecido en ningún pasaje, pero se puede suponer que sucediera en algún momento de la lucha final, inmediatamente después del III 3, 68.

10 ron y allí desayunaron. Cuando hubieron desayunado, Ciro reunió a sus taxiarcos y les habló en los siguientes términos: «¡Señores, cuántos y qué importantes bienes me parece que dejamos escapar, mientras los dioses nos los conceden! En efecto, ahora vosotros mismos estáis viendo que los enemigos, temerosos de nosotros, han escapado. Los que estando en la trinchera la abandonaron y huyeron, ¿cómo podría llegar a pensar alguien que se quedarían a esperarnos cuando nos vieran en el llano? Si antes de conocernos no resistían, ¿cómo podrían resistir ahora que han sido derrotados y han sufrido tantos males de nuestra parte? Si sus más valientes soldados han perecido, ¿cómo querrían luchar contra nosotros los más cobardes de
11 sus filas?» Entonces alguien preguntó: «¿Por qué no los perseguimos cuanto antes, ya que están sus bienes tan a la vista?» Y él respondió: «Porque necesitamos caballos. Los mejores soldados de las filas enemigas, a quienes precisamente habría convenido capturar o matar, se marchan sobre sus caballos. Con ayuda de los dioses somos capaces de ponerlos en fuga, pero no seremos capaces de perse-
12 guirlos ni de atraparlos.» «¿Por qué no vas a Ciaxares y le cuentas este problema?», le dijeron ellos, y él les respondió: «Venid conmigo todos entonces, para que él sepa que todos tenemos la misma opinión sobre este punto.» Acto seguido, todos le siguieron e iban conversando sobre la clase de acciones que, a su entender, era conveniente realizar, para la consecución de sus deseos.

Ciaxares y gran parte de los medos no quieren volver a correr peligro

Y Ciaxares sintió algo parecido a los 13
celos [151], porque aquéllos habían sido quienes iniciaron la discusión; pero, al mismo tiempo, quizá, le pareció que era cómodo no volver a correr peligro, pues ocurría que él se preocupaba de su propia tranquilidad y veía que muchos medos hacían lo mismo. Así que se dirigió a ellos del modo siguiente: «Vosotros, los persas, Ciro, 14
os preocupáis mucho más que el resto de los hombres por no propender insaciablemente hacia ningún placer, lo sé por lo que veo y oigo; en cambio, a mí me parece sobre todo conveniente tener continencia en el mayor placer. Y ¿qué proporciona a los hombres más placer que un éxito como el que ahora nos ha caído en suerte? Verdaderamen- 15
te, si, cuando tenemos un éxito, prudentemente tomamos precauciones respecto a él, quizá podríamos llegar a viejos viviendo una existencia feliz y exenta de peligros. Pero, si, por el contrario, gozando de él insaciablemente, vamos a intentar perseguir un éxito tras otro, mirad no vaya a pasarnos lo que dicen que les ha pasado en el mar a muchos, que, por tener la suerte de cara, no quieren dejar de navegar hasta que perecen, y a muchos otros que, habiendo obtenido una victoria, desean otras y acaban perdiendo incluso la primera [152].

»En efecto, si los enemigos huyeron porque son infe- 16
riores a nosotros, quizá no habría riesgo en perseguirlos. Ahora bien, reflexiona sobre cuántas divisiones de su ejército hemos derrotado participando todos nuestros hombres

[151] Ciaxares, cuyo antagonismo frente a Ciro se perfilaba ya en I 4, 9; II 4, 5, y III 3, 29 ss., se niega a participar en la persecución del enemigo por envidia y debilidad.

[152] La misma idea aparece expresada en *Helén.* VI 3, 16.

en el combate. El resto de los suyos no ha combatido, y, si no los obligamos a luchar, se retirarán por causa de su ignorancia y cobardía sin conocer nuestras fuerzas ni las suyas. Pero, si se dan cuenta de que, retirándose, no correrán menos peligro que si se quedan, los obligaremos,
17 quieran o no, a ser valientes. Pues sabe bien que tú no tienes más deseos de apoderarte de sus mujeres e hijos, que ellos de salvarlos. Ten presente que también las jabalinas, cuando son descubiertas, huyen, aunque sean muchas, con sus crías. Pero, cuando un cazador captura a uno de sus jabatos, la madre ya no huye, aunque eventualmente esté sola, sino que se lanza sobre el que intenta apoderarse
18 de él. Hace poco, cuando los enemigos se encerraron en la trinchera, nos ofrecieron la oportunidad de determinar el número de contendientes contra los que queríamos luchar. En cambio, si marchamos contra ellos en campo abierto y aprenden a hacernos frente por separado unos de frente como ahora, otros de lado y otros detrás de nosotros, ten cuidado no vaya a ser que cada uno de nosotros precise muchas manos y muchos ojos. Y, además, concluyó, yo no querría, ahora que veo a los medos tranquilos, obligarlos a levantarse y marchar hacia el peligro.»

Ciro pide voluntarios para la persecución

19 Entonces, Ciro tomó la palabra y dijo:

—Pero tú no tendrás que obligar a nadie, deja que me sigan los voluntarios y, quizá, volvamos con algo para ti y para estos amigos tuyos, por lo que todos os alegraréis. Nosotros no perseguiremos al grueso del ejército enemigo, pues ¿cómo podríamos hacernos con él? Pero si capturamos una parte del ejército que se haya separado del resto o que se haya quedado rezagada, volve-
20 remos con ella. Y ten presente, prosiguió, que nosotros también, cuando tú nos necesitaste, recorrimos un largo

camino para prestarte ayuda; así que justo es que nos hagas el mismo favor, para que volvamos a nuestras casas con algún botín y no dirijamos siempre la mirada hacia tu tesoro real.

Entonces Ciaxares replicó: 21

—Si verdaderamente alguien te siguiera voluntario, yo, por mi parte, te estaría agradecido.

—En ese caso, dijo Ciro, envía conmigo a uno de los hombres que te merezcan confianza, para que transmita tus órdenes.

—Llévate al que quieras de los hombres aquí presentes, dijo Ciaxares.

Y, casualmente, se encontraba allí el joven que, en 22
una ocasión, había dicho que era pariente de Ciro y había recibido un beso de sus labios [153]. Así que Ciro al punto dijo:

—Me basta éste.

—Entonces, que te siga, dijo Ciaxares, y tú ve diciendo por ahí que quien quiera vaya con Ciro.

Entonces, Ciro tomó a este hombre, salió de la tienda 23
de Ciaxares y, una vez fuera, le dijo:

—En verdad, ahora vas a demostrar si decías la verdad cuando dijiste que gozabas mirándome.

—Por mi parte yo no te abandonaré, dijo el medo, si te refieres a eso.

Ciro le dijo:

—¿Entonces vas a arrastrar a otros medos con tu celo?

Y el medo pronunció el siguiente juramento:

---

[153] Se refiere al joven enamorado de Ciro, cf. I 4, 27. Su nombre es Artabazo. A este personaje ficticio, Jenofonte le pone el nombre de un comandate y sátrapa de Artajerjes II.

—Sí, por Zeus, exclamó, por lo menos hasta conseguir que tú también goces mirándome.

24 Entonces, aquél, enviado por Ciaxares, se apresuró a transmitir a los medos el mensaje de Ciro y añadió que él no abandonaría al varón que era más noble, más hermoso y, lo más importante, de estirpe divina [154].

2

Los hircanios, pueblo sometido a los asirios, se pasan a Ciro

Mientras Ciro realizaba estas gestiones, como enviados por los dioses llegan mensajeros de los hircanios. Los hircanios son vecinos de los asirios y no son una población numerosa, por lo que eran vasallos suyos. Entonces eran y todavía en la actualidad son reputados como buenos jinetes, por lo que los asirios los trataban como los lacedemonios a los escíritas [155], sin ahorrarles ni penalidades ni peligros. En esta ocasión, como en otras, los asirios les habían mandado formar la retaguardia en número de alrededor de mil caballeros, para que, si sobrevenía algún peligro en la retaguardia, fueran los hircanios, en lugar de los asirios, quienes lo sufrieran.
2 Los hircanios, como debían marchar los últimos, tenían sus carros y familiares en última posición, pues los habitantes de Asia en su mayoría van de campaña con su familia [156], y también en esta ocasión los hircanios marchaban
3 de ese modo. Pero, habiendo reflexionado sobre la clase

[154] Según la falsa etimología que hace descender a los persas de Perseo, hijo de Zeus y Dánae, cf. I 2, 1. Por otra parte, el soberano persa era el representante de Ahura Mazdah en la tierra y recibía honores divinos.

[155] Pueblo procedente de las montañas limítrofes entre Laconia y Arcadia. Formaban el cuerpo de élite de la infantería ligera espartana y tomaban parte en las operaciones arriesgadas como fuerza de choque.

[156] Creencia de Jenofonte que vuelve a aparecer en IV 2, 29-30, y IV 3, 1-2.

de afrentas que sufrían por parte de los asirios, y que el jefe de los asirios había muerto, que habían sido derrotados, que había mucho temor en el ejército y que los aliados de los asirios estaban desanimados y los abandonaban, con estas reflexiones llegaron a la conclusión de que aquel momento era ideal para desertar, si Ciro y sus hombres querían que se les unieran en el ataque. Entonces envían mensajeros a Ciro, pues su nombre había adquirido gran fama a partir de la batalla.

Los enviados de los hircanios dijeron a Ciro que odia- 4
ban a los asirios con razón y que, en aquel momento, si querían marchar contra ellos, serían sus aliados y guías. Al mismo tiempo, les expusieron con todo detalle cuál era la situación de los enemigos porque, más que nada, querían incitar a Ciro a marchar contra los asirios. Entonces, 5
Ciro les preguntó: «¿Creéis que todavía los podemos alcanzar antes de que lleguen a sus trincheras? Pues, prosiguió, consideramos una gran desgracia que huyeran sin advertirlo nosotros.» Y Ciro les decía estas cosas para que tuvieran en la más alta consideración a sus hombres.
Los hircanios respondieron que los alcanzarían al día 6
siguiente, si salían con armamento ligero al romper el alba, pues los asirios marchaban lentamente por causa de la muchedumbre y de los carros, «y como ayer pasaron la noche en vela, dijeron los hircanios, después de haber avanzado poco trecho, ahora están acampados.» Ciro, 7
entonces, dijo:

—¿Y tenéis alguna prueba que nos muestre que es verdad lo que decís?

—Queremos partir a caballo inmediatamente para traerte esta noche unos rehenes, contestaron, y tú sólo jura por los dioses y danos tu mano derecha para que nosotros trans-

mitamos a los demás hircanios los mismos juramentos que te tomemos [157].

8 Acto seguido, Ciro les garantizó bajo juramento que, si confirmaban lo que decían, los iba a tratar como amigos y gente de su confianza, y que no iban a recibir de él menos que los persas y medos. Todavía en la actualidad es posible ver a los hircanios gozando de la misma confianza y detentando los mismos cargos que los persas y medos que sean considerados dignos de ellos.

Salida de las tropas al mando de Ciro

9 Después de la cena, Ciro hizo salir al ejército todavía de día, y ordenó a los hircanios que lo esperaran para ir juntos. Inmediatamente salieron todos los persas, como es natural, y Tigranes con su propio
10 ejército. Por parte meda salieron: unos, porque eran amigos de Ciro desde la infancia; otros, porque cuando habían convivido con él en las cacerías habían aprendido a admirar su carácter; otros, porque querían agradecerle que los hubiera librado de lo que, en su opinión, era un gran temor; otros, con la esperanza de que, como Ciro evidentemente era un varón valiente y afortunado, sería además muy importante, y otros, porque querían agradecerle en justa réplica lo que de bueno hubiera hecho a alguien en el tiempo que se estuvo educando en Media, pues Ciro por sus sentimientos humanitarios había conseguido de su abuelo muchos favores para mucha gente; y gran cantidad de ellos, cuando vieron a los hircanios y se hubo extendido el rumor de que los iban a conducir a numerosos bienes,
11 salieron también para recibir parte de ellos. Así, salieron

[157] En Grecia era costumbre que los dos compromisarios se intercambiaran la mano derecha y pusieran por testigos a los dioses mediante un juramento.

casi la totalidad de los hombres, incluso los medos, a excepción de quienes se encontraban en la misma tienda que Ciaxares; éstos se quedaron y también sus subordinados, pero todos los demás se lanzaron alegre y animosamente a la acción, porque no salían obligados, sino voluntarios y en señal de gratitud.

Los hircanios guían la marcha

Una vez fuera del campamento, Ciro 12
se dirigió a felicitar a los medos y pidió a los dioses, antes de nada, que fueran guías propicios para los persas y, en segundo lugar, que él mismo tuviera la capacidad de recompensarles este celo. Finalmente, dijo que la infantería iría en cabeza y ordenó a los medos seguirlos con la caballería, y allí donde pararan o suspendieran la marcha les encargó que le enviaran unos hombres para en-
terarse de lo que conviniera en cada momento. Acto se- 13
guido, ordenó a los hircanios que fueran en cabeza y ellos preguntaron: «¿Pues qué? ¿No vas a esperar a que traigamos los rehenes para que marches con alguna garantía por nuestra parte?» Y se dice que Ciro les respondió: «No, porque creo que tenemos la garantía en nuestros espíritus y en nuestras manos, pues de esta manera parece que estamos preparados para, si decís verdad, tener capacidad de favoreceros; en cambio, si nos engañáis, no creemos que seamos nosotros los que estaremos en vuestras manos, sino, más bien, si los dioses lo quieren, seréis vosotros quienes estaréis en las nuestras. No obstante, hircanios, les advirtió, puesto que efectivamente decís que los vuestros marchan en la retaguardia del ejército asirio, en cuanto los veáis, indicadnos que son vuestros para que los tratemos
con consideración.» Oídas estas advertencias, los hircanios 14
fueron abriendo camino, como Ciro les había ordenado, y se admiraron de su fortaleza de ánimo: ya no temían

ni a los asirios, ni a los lidios, ni a sus aliados, sino a la posibilidad de que Ciro creyera que era una circunstancia sin importancia que ellos estuvieran o no con él.

Los hircanios de la retaguardia asiria se pasan al ejército de Ciro

15 Cuando en su marcha les sobrevino la noche, se dice que una luz procedente del cielo se les manifestó a Ciro y a su ejército, de suerte que se produjo en todos un sentimiento, por un lado, de temor ante el signo divino, pero, por otro, de confianza frente a los enemigos. Dado que marchaban ligeramente equipados y rápidamente, como es natural recorrieron mucho camino y, cuando amanecía, llegaron
16 cerca del ejército hircanio [158]. Cuando los mensajeros hircanios los reconocieron, avisaron a Ciro de que aquéllos eran los suyos y le dijeron que los reconocían, porque iban en la retaguardia y por el número elevado de fuegos que
17 llevaban. Acto seguido, Ciro envía a uno de los dos mensajeros a los hircanios con el encargo de decirles que, si eran amigos, vinieran a su encuentro con la mano derecha levantada [159]; también envía con él a uno de sus hombres con orden de advertir a los hircanios que, tal como los vieran comportarse, así obrarían ellos. De modo que uno de los mensajeros se queda con Ciro y otro parte hacia las
18 tropas hircanias. Mientras Ciro estaba pendiente de lo que los hircanios iban a hacer, detuvo su ejército. Entonces, los jefes medos y Tigranes se le presentan y le preguntan qué hay que hacer. Él les dice: «Ese ejército que está ahí al lado es el de los hircanios. Uno de los mensajeros hircanios ha ido hacia ellos con uno de los nuestros para pedirles que, si son amigos, vengan a nuestro encuentro llevando todos la mano derecha levantada. Por tanto, si así hacen dadles la bienvenida, cada uno a quien tenga enfrente, y al mismo tiempo dadles confianza. Por el contrario, si levantan las armas o intentan huir, dijo, lo primero que debéis procurar es que no quede vivo ninguno de ellos.»

[158] Se refiere a las tropas hircanias que formaban la retaguardia del ejército asirio.

[159] Señal de rendición incondicional.

Tales fueron las instrucciones de Ciro. Y los hircanios, 19
por su parte, alegres por lo que acababan de oír de labios de los mensajeros, saltaron sobre los caballos y se presentaron con la mano derecha levantada, como se les había dicho. Los medos y los persas correspondieron a su saludo
y les dieron confianza. Después de este encuentro, Ciro 20
les dice: «Ahora ya, hircanios, confiamos en vosotros, y vosotros debéis albergar los mismos sentimientos hacia nosotros. Pero, primero, dijo, decidnos cuánta distancia hay desde aquí al lugar donde están el estado mayor enemigo y el grueso de su ejército.» Y ellos respondieron que poco más de una parasanga.

Ciro exhorta al conjunto de las tropas aliadas

Entonces, Ciro les dice: «Vamos, sol- 21
dados persas, medos, y vosotros, hircanios —pues ya me dirijo también a vosotros como aliados y socios—, debéis saber que ahora estamos en una situación tal que, si nos acobardamos, puede ser que suframos los mayores males, pues los enemigos saben a qué venimos. En cambio, si marchamos con fuerza y resolución contra los enemigos, irrumpiendo violentamente, al punto los veréis, como esclavos sorprendidos en su huida, a unos suplicar, a otros huir y a otros sin fuerzas para ni siquiera pensar en estas posibilidades, pues os verán con ojos de derrotados, y, como no sospechan nuestra llegada ni están alineados en orden de batalla ni preparados para el combate,

22 quedarán atrapados. Así pues, si queremos cenar, pasar la
noche y vivir tranquilamente a partir de ahora, no les de-
mos tiempo de deliberar ni de preparar nada que les sea
útil ni de darse cuenta en absoluto de que quienes llegan
son personas, y crean que los que llegan son escudos, cu-
23 chillos, hachas y golpes. Y vosotros, hircanios, dijo, des-
plegaos y marchad delante de nosotros, para que, mientras
vuestras armas sean visibles, nosotros pasemos inadverti-
dos el máximo espacio de tiempo posible. Y cuando yo
me aproxime al ejército enemigo, dejadme cada uno una
compañía de caballería de la que, en caso de necesidad,
pueda echar mano mientras permanezca junto al campa-
24 mento. De entre vosotros los que seáis oficiales y vetera-
nos avanzad en formación compacta, si sois sensatos, para
que nunca seáis rechazados con violencia por ir a caer so-
bre un grupo compacto, y dejad que los jóvenes persigan,
y que sean ellos los que maten, pues ahora este plan
25 es el más seguro: dejar vivo el mínimo de enemigos. Si
vencemos, prosiguió, debemos guardarnos de algo que cam-
bió la suerte de muchos vencedores: el dedicarse al pillaje,
porque el que lo practica ya no es un hombre, sino un
mozo de carga, a quien cualquiera pueda tratar ya como
26 esclavo. Hay que reconocer que nada es más rentable que
una victoria, pues el vencedor arrastra para sí todo de una
vez: hombres, mujeres, dinero y toda la tierra. Ved sólo
la manera de conservar la victoria, pues el propio saquea-
dor, si es derrotado, también es capturado. Y mientras los
perseguís acordaos de volver a mí cuando todavía sea de
día, porque de noche no admitiremos a nadie [160].»

[160] La noche es peligrosa por su oscuridad, cf. *Anáb.* III 4, 35.

Instrucciones para la marcha

Dicho esto, los hizo volver a sus res- 27
pectivas compañías con la orden de que,
durante la marcha, cada uno indicara a
sus decadarcos las mismas instrucciones
—pues los decadarcos iban en primera
posición, de suerte que podían oírles— y que ordenaran
a los decadarcos que las transmitieran, cada uno a su
década.

Acto seguido, los hircanios se pusieron a la cabeza del ejército. Por su parte, Ciro, con sus persas, marchaba en el centro y dispuso a la caballería [161], como es natural, a ambos flancos.

Sorpresa y confusión en las filas enemigas ante el ataque

Cuando se hizo de día, en las filas 28
enemigas unos se extrañaban de lo que
veían, otros en seguida se dieron cuenta
de lo que pasaba, otros daban la alarma,
otros gritaban, otros desataban los caba-
llos, otros recogían sus enseres, otros
arrojaban las armas de las bestias de carga, otros se arma-
ban, otros saltaban sobre sus caballos, otros les ponían
las bridas, otros subían a las mujeres a los carros, otros
cogían los objetos de más valor para ponerlos a salvo, otros
eran sorprendidos en el acto de enterrarlas, pero la mayo-
ría emprendía la huida. Hay que imaginar que hacían tam-
bién muchas otras cosas de todo tipo, excepto luchar, y
que morían sin oponer resistencia.

Creso, el rey de Lidia, como era verano, había manda- 29
do por delante a las mujeres en carruajes durante la noche,
para que pudieran marchar más cómodamente con el fres-
cor nocturno, y él mismo las escoltaba con la caballería.
El soberano que gobierna la Frigia del Helesponto dicen 30

[161] Se refiere a la caballería meda y armenia.

que hizo lo mismo. Pero, en cuanto vieron a los fugitivos
que los alcanzaban, se enteraron de lo sucedido y echaron
31 a huir ellos también a toda prisa. Al rey de Capadocia
y al de Arabia, que todavía estaban próximos y resistían
aun desprovistos de corazas, los mataron los hircanios. La
mayor parte de los muertos fueron asirios y árabes, pues,
como estaban en su propio país, se encontraban más rea-
32 cios a marcharse. Los medos y los hircanios durante su
persecución se comportaban como se puede esperar que
lo hagan los vencedores. Ciro ordenó a los caballeros que
había reservado a su lado que dieran una vuelta alrededor
del campamento enemigo y mataran a quien vieran salir
armado. Y a los que se quedaban en el campamento les
dio a conocer por medio de un heraldo la proclama de
que los soldados enemigos, fueran caballeros, peltastas o
arqueros, sacaran sus armas bien atadas y dejaran los
caballos junto a la tienda, y que aquel que no lo hiciera
le cortarían la cabeza inmediatamente. Los persas los rodea-
33 ron en formación con los cuchillos en mano. Los que
tenían armas las sacaban y las tiraban en el lugar que
les había mandado, donde soldados designados para ello
las quemaban.

Ciro, falto de provisiones, las toma de los enemigos

34 Entonces Ciro cayó en la cuenta de
que habían ido sin comida ni bebida y
que, sin ellas, no se podía marchar de
campaña ni hacer ninguna otra cosa.
Mientras buscaba la manera mejor y más
rápida de obtenerlas, recuerda la necesidad imperiosa de
que todos los que salen de campaña tengan alguien que
se ocupe de la tienda y tenga preparadas las provisiones
35 cuando ellos vuelvan. Y comprendió que era natural que
hubieran sido éstos los capturados, de entre todo el ejérci-
to, por estar ocupados en los preparativos del viaje. En-

tonces Ciro proclamó por medio de un heraldo que todos
los intendentes se presentaran ante él y, en caso de faltar
el encargado, lo hiciera el más veterano de la tienda; y
anunció penas severas para aquel que no obedeciera sus
órdenes. Pero ellos, como veían que sus amos obedecían,
en seguida obedecieron también. Cuando se encontraron 36
en presencia de Ciro, éste ordenó que tomaran asiento pri-
mero cuantos tuvieran en su tienda provisiones para más
de dos meses. Cuando hubo visto cuántos eran, volvió a
dar la misma orden, esta vez dirigida a cuantos tuvieran
provisiones para un mes. Entonces casi todos se sentaron.
Cuando tuvo conocimiento de las provisiones que había, 37
les habló de la siguiente manera: «Vamos, señores, aque-
llos de vosotros que odiéis las penalidades y queráis obte-
ner algún beneficio de nuestra parte, ocupaos resueltamen-
te de que en cada tienda haya preparado el doble de comi-
da y bebida del que cada día preparáis para vuestros amos
y sus criados. Disponed también todo lo que pueda consti-
tuir un buen banquete, ya que aquel de los dos bandos
que gane inmediatamente se presentará y reclamará provi-
siones en cantidad. Así pues, sabed bien que quizá os con-
venga acoger a estos hombres sin reproches.» Ellos, des- 38
pués de oír sus instrucciones, las cumplieron con presteza.

Discurso de Ciro sobre el reparto del botín y aprobación de Histaspas

Ciro, por su parte, reunió a los ta-
xiarcos y les habló en los siguientes tér-
minos [162]: «Amigos, sé que ahora que
nuestros aliados están ausentes, tenemos
la posibilidad de ser los primeros en co-
mer y en disfrutar de los más exquisitos
manjares y bebidas, pero me parece que no nos aprovecha-
ría más esta comida que si mostráramos nuestra preocupa-

[162] Aquí comienza un discurso en el que Ciro desarrolla el tema clave en la relación entre los persas y sus aliados: presentarse ante ellos como

ción por la suerte de nuestros aliados, y que este banquete
no aumentaría nuestra fuerza tanto como si fuéramos ca-
paces de hacer a los aliados celosos de nuestra causa.
39 Si damos la impresión de estar tan despreocupados por
quienes ahora mismo están persiguiendo y matando a nues-
tros enemigos y luchando contra quien les oponga resisten-
cia, que aparecemos bien comidos antes incluso de saber
cómo les va, será evidente que somos unos infames y nos
debilitaremos al carecer de aliados. Por el contrario, si nos
ocupamos de que quienes corren peligro y pasan penalida-
des tengan las provisiones cuando vuelvan, este banquete
nos regocijaría más, como os digo, que la satisfacción mo-
40 mentánea de nuestro estómago. Y tened presente, prosi-
guió, que, aunque no tuviésemos que avergonzarnos ante
ellos, tampoco en ese caso nos convendría todavía saciar-
nos de comida y bebida, pues aún no hemos cumplido nues-
tro plan, que se encuentra ahora en su punto culminante
y precisa atención. En efecto, tenemos en el campamento
enemigos en número muchas veces superior al nuestro y,
además, sin cadenas. Conviene guardarse aún de ellos y
reservarlos para que sean quienes se ocupen de nuestras
provisiones. Además, nuestra caballería está ausente y nos
preocupa su paradero y si permanecerán a nuestro lado
41 en caso de volver. De manera que, en mi opinión, señores,
ahora debemos llevarnos a la boca la cantidad de comida
y bebida que se estime conveniente para evitar llenarnos
42 de sueño y atontamiento. Todavía hay muchas riquezas
en el campamento y no ignoro que podemos apropiarnos
de cuantas queramos, aunque sean también propiedad de

modelo, resaltando las virtudes propias, especialmente la continencia, proverbial entre los persas, y la sencillez, que asombra a los aliados. *Cf.* V 2, 20-22.

quienes nos han acompañado en la acción. Pero no me
parece más rentable tomarlo, que presentarnos ante sus ojos
como hombres justos e intentar que nos aprecien más que
ahora. En mi opinión, prosiguió, es conveniente encomen- 43
dar el reparto de las riquezas a los medos, hircanios y a
Tigranes cuando vuelvan, y si nos adjudicaran una parte
menor, pensemos que salimos ganando, pues gracias a su
ventaja se quedarán junto a nosotros de mejor grado.
En efecto, la obtención, en este momento, de una mayor 44
parte nos proporcionaría una riqueza poco duradera; en
cambio, el hecho de que perdiendo estas ventajas obtenga-
mos aquellas de las que brota la riqueza [163], en mi opi-
nión, podría proporcionarnos, a nosotros y a los nuestros,
una fortuna inagotable. Y creo que en nuestra patria 45
nosotros nos ejercitamos en el dominio del apetito y la
avaricia desmesurados para que, cuando fuera necesario,
pudiéramos hacer uso de ellos convenientemente. Y no veo
en qué situación podríamos manifestar nuestra educación
mejor que en la presente.» Así habló Ciro, e Histaspas, 46
un homótimo persa, apoyó su argumentación del modo
siguiente: «Sería sorprendente, Ciro, que en una cacería
aguantáramos muchas veces sin comer para echarnos a la
mano alguna pieza, quizá incluso insignificante, y, en cam-
bio, ahora que estamos intentando alcanzar una riqueza
total, si nos obstaculiza en la consecución de nuestros pla-
nes el vicio, que domina a los hombres malos, pero que
se somete a los buenos, parecería que nuestra conducta
es impropia de nosotros.» Así habló Histaspas, y el resto 47
de los presentes aprobó sus palabras. Entonces dijo Ciro:
«Y bien, una vez que estamos todos de acuerdo en lo que

[163] La idea de que la amistad es algo fructífero se encuentra también en *Mem.* II 4, 6, y II 7, 10.

se ha dicho, que cada uno me envíe los cinco hombres más diligentes de su compañía y que éstos hagan una ronda por el campamento y alaben a los que vean preparar las provisiones y castiguen a los negligentes con más rigor que si fueran sus amos.» Y, en efecto, así hicieron.

Los medos saquean el campamento asirio mientras los persas observan

3 Ya algunos medos, que se habían apoderado de los carros enviados por delante llenos de las provisiones que necesita un ejército, les habían dado la vuelta y los conducían al campamento, y otros, que habían capturado los carruajes de las mujeres de las mejores familias, tanto esposas como concubinas, que los enemigos habían llevado consigo por
2 su belleza, las llevaban al campamento. En efecto, todavía en la actualidad, todos los pueblos de Asia, cuando salen de campaña, lo hacen llevando consigo las pertenencias de mayor valor, alegando que lucharán mejor si tienen cerca lo que más aman, pues dicen que se ven obligados a defenderlas celosamente. Quizá sea por esta causa o quizá lo hagan para satisfacer sus pasiones.
3 Y Ciro, mientras contemplaba las acciones de los medos e hircanios, parecía como si se reprochara a sí mismo y a los que lo acompañaban que en ese momento los otros dieran la impresión de superarse a sí mismos y de, además, sacar provecho, y que ellos, en cambio, permanecieran en una situación de inactividad. En efecto, aquéllos traían botín, se lo enseñaban a Ciro y volvían a marcharse para perseguir a los restantes fugitivos, pues decían que éstas eran las órdenes dadas por sus jefes. Entonces Ciro, aunque picado por la situación, dispuso ordenadamente las piezas obtenidas. Después volvió a reunir a los taxiarcos y, situándose donde todos pudieran oír sus proyectos, dijo lo siguiente:

Necesidad de crear una caballería persa[164]

«Amigos, si nos apropiáramos de las 4
riquezas que ahora se ofrecen a nuestra vista, sería un gran bien para todos los persas, pero especialmente, como es natural, para nosotros, pues gracias a nosotros se ha realizado la hazaña, eso creo que todos lo sabemos. Pero lo que ya no veo es el modo por el que pudiéramos convertirnos en dueños legales del botín nosotros, que no somos capaces de obtenerlo por nosotros mismos, mientras los persas no tengamos una caballería propia. Refle- 5
xionad, dijo: nosotros los persas tenemos unas armas con las que parece que ponemos en fuga a los enemigos cuando se trata de un combate cuerpo a cuerpo. Pero, ¿a cuántos caballeros, arqueros, peltastas o lanceros que se encontraran ya a distancia podríamos capturar o matar en su huida sin disponer de caballería? ¿Qué arquero, lancero o caballero que avanzara contra nosotros para hacernos mal sentiría miedo, sabiendo que no corre ningún peligro de sufrir de nuestra parte más daño que de los árboles que hay aquí plantados? Si esto es así, ¿no está bien 6
claro que los caballeros que ahora tenemos con nosotros consideran que todas las conquistas habidas son no menos suyas que nuestras y, quizá, por Zeus, incluso más suyas? Así estamos ahora por necesidad. Pero, si consiguiéramos 7
una caballería no peor que la suya, ¿no es evidente para todos nosotros que sin ellos seríamos capaces de hacer a

[164] Jenofonte atribuye la creación de la caballería persa a Ciro. Sin embargo, parece que los persas eran importantes jinetes desde antiguo. Cf. HERÓD., I 136.

los enemigos cuanto ahora les hacemos con su ayuda y que tendríamos entonces a nuestros aliados en actitud más modesta con respecto a nosotros? Pues, cada vez que quisieran quedarse o marcharse, nos importaría menos, si nos
8 bastásemos a nosotros mismos sin su ayuda. Y bien, nadie, creo, me contradiría sosteniendo que tener una caballería propia no cambiaría en absoluto la situación de los persas. Pero quizá os preguntéis el modo de conseguirla. En el supuesto de que queramos formar una caballería, ¿acaso no deberíamos examinar lo que tenemos y lo que
9 nos falta para crearla? En el campamento enemigo han sido capturados estos caballos, que son muchos, los frenos a los que obedecen y el resto de los arreos que se precisan para montarlos [165]. Por otra parte, también tenemos las armas que un soldado de caballería debe utilizar: corazas para proteger el cuerpo y lanzas que podamos usar para
10 disparar o para llevar en la mano. ¿Qué nos falta entonces? Evidentemente, nos faltan hombres. Pero esto es de lo que más tenemos, pues nada es tan nuestro como nosotros de nosotros mismos. Quizá alguien diga que no sabemos montar: por Zeus, ninguno de los que ahora saben sabía antes de aprender. Pero alguien podría decir que
11 aprendieron de niños. Y ¿quiénes son más listos para aprender lo que se les instruye y enseña, los niños o los hombres? ¿Quiénes son más capaces físicamente para ejecutar lo que han aprendido, los niños o los hombres?
12 Además, disponemos de una cantidad de tiempo libre para

[165] El caballo ideal, según la idea de Jenofonte, aparece descrito en *De la equitación* 1 9-12, y su representación plástica es el grupo escultórico de terracota siciliana, de 63 cm., ofrenda votiva que se encuentra en el Museo de Bellas Artes de Boston. Cf. C. VERMEULE, «Youngman on Horseback (500 b. c.). The Youth, his Horse, and his Dog», *Bull. Mus. of Fine Arts of Boston.* 64 (1966), 124-133.

aprender que no tienen ni los niños ni los demás hombres: no tenemos que aprender a tirar al arco como los niños, porque ya sabemos, ni a disparar la lanza, porque también sabemos; tampoco estamos en la situación de los demás hombres, pues a éstos los ocupan las labores del campo, los oficios, u otras tareas domésticas. Nosotros no sólo tenemos tiempo libre para ir a la guerra, sino también obligación de hacerlo [166]. Además, éste no es como otros 13
deberes guerreros, convenientes, pero duros; pues, en un viaje, ¿no es más agradable ir a caballo, que marchar a pie?, y, en una urgencia, ¿no es agradable acudir rápidamente junto al amigo que nos necesite y, en el caso de una persecución, ya de personas ya de animales, capturarlos rápidamente?, y ¿no es cómodo que el caballo ayude a llevar el arma que haya que transportar? Pues no es lo mismo tenerla uno solo que llevarla con alguien [167]. Lo 14
que verdaderamente uno podría temer es que tuviéramos que combatir a caballo antes de conocer con exactitud este oficio, y que, además, dejemos de ser infantes sin ser todavía buenos caballeros, pero tampoco este problema es insoluble, porque, en cuanto queramos, nos será posible combatir a pie, pues no olvidaremos nada del oficio de infantería por aprender el de caballería.»

[166] Los homótimos, por oposición al resto de los persas.

[167] Jenofonte es un enamorado de la hípica, como lo demuestra el hecho de que sea el tema central de algunas de sus obras: *De la equitación* y *El jefe de la caballería.*

Crisantas apoya la propuesta de Ciro y compara a los buenos jinetes con los centauros[168]

15 Así habló Ciro, y Crisantas en apoyo
de su propuesta habló en estos términos:
«Yo deseo aprender a montar, porque
pienso que, si llego a convertirme en ji-
16 nete, seré un hombre alado. Pues en el
momento presente me doy por satisfecho,
si, partiendo del mismo punto que unos hombres en una
carrera, logro sacarles solamente una cabeza de ventaja;
o, si al ver pasar una fiera corriendo cerca de mí, consigo
con mucho esfuerzo dispararle la lanza o las flechas antes
de que esté demasiado lejos. En cambio, si me convierto
en jinete podré derribar a un hombre desde donde alcance
a verlo; y en las cacerías, durante la persecución de las
piezas, seré capaz de capturarlas y golpearlas con el arma
en la mano o dispararles la lanza como si estuvieran para-
das —pues si dos cuerpos van a toda velocidad y llegan
a estar uno próximo al otro es como si ambos estuvieran
17 parados—. La habilidad que creo haber envidiado más de
los seres vivos reside en los centauros, que han sido capa-
ces de tomar decisiones con cordura de hombre y que con
manos humanas fabrican los utensilios que necesitan, pero
que tienen la velocidad y la fuerza del caballo para captu-
rar a la presa que huye y derribar a la que les hace frente.
Pues bien, todas estas habilidades también yo, una vez con-
18 vertido en jinete, las reuniré en mi persona. Podré prever
todo con mi inteligencia humana y con mis manos llevaré
las armas, pero perseguiré con el caballo y derribaré al
adversario con el ímpetu del caballo, pero sin necesidad

[168] Personajes míticos con la mitad superior del cuerpo de hombre y la inferior de caballo. Aparecen ya en *Il.* I 262; II 742; *Od.* XI 295. Parecen ser de origen oriental, como tantos otros seres monstruosos que inundan el arte griego en el siglo VII a. C.

de combinar ambas naturalezas como ocurre en el caso
de los centauros. Y esto es mejor que la doble natura- 19
leza, pues creo que los centauros no conocen la manera
de utilizar los muchos bienes descubiertos por los hombres
ni el modo de gozar de los placeres innatos a los caba-
llos. Y yo, si aprendo a cabalgar, cuando me encuentre 20
montado en el caballo, por supuesto realizaré acciones
propias de centauro, pero, cuando me baje del caballo,
comeré, me vestiré y dormiré como los demás hombres,
de suerte que no seré otra cosa que un centauro divi-
dido en dos y de nuevo unido. Todavía, prosiguió, aventa- 21
jaré al centauro en lo siguiente: él veía con dos ojos y
oía con dos oídos; en cambio, yo observaré con precisión
con cuatro ojos y percibiré los sonidos con cuatros oídos,
pues dicen que el caballo muestra al hombre muchas cosas
que con sus oídos oye antes que el hombre. Así que, con-
cluyó, inscríbeme entre los que más ardientemente desean
cabalgar.» «Por Zeus, exclamaron los demás, y a nosotros
también.» Acto seguido, Ciro dijo: «Ya que estamos todos 22
absolutamente de acuerdo en la necesidad de la creación
de una caballería, ¿qué diríais si constituyéramos como ley
de orden interno la deshonra para aquellos a quienes yo
haya entregado caballos que se dejen ver marchando a pie
durante mucho o poco trecho, para que así la gente crea
que sin lugar a dudas somos centauros?» Así habló Ciro 23
y todos ensalzaron su propuesta, de suerte que todavía aho-
ra, desde entonces, hacen uso de esta ley y en ningún sitio
se ve a ningún noble persa ir a pie por su propia voluntad.
Éstas eran sus conversaciones.

4 *Regreso de los medos con información y prisioneros*

Pasado el mediodía, llegaron las caballerías meda e hircania con los caballos y los hombres que habían capturado, pues a todo el que entregaba las armas no lo
2 mataban. Cuando llegaron, Ciro les preguntó, en primer lugar, si todos estaban sanos y salvos; como le contestaron que sí, después les preguntó qué habían hecho, y ellos le relataron sus hazañas y se jactaron de cuán valerosamente se habían comportado en cada una
3 de ellas. Él escuchó complacido todo lo que quisieron contarle y, después, los alabó en los siguientes términos: «Está claro, comenzó, que habéis sido valientes; además, parecéis más altos, hermosos y temibles que antes»[169].
4 A continuación, les preguntó cuánto camino habían recorrido y si el país estaba habitado y lleno de ovejas, cabras,
5 vacas, caballos, trigo y toda clase de bienes. «Debemos preocuparnos, dijo, de dos objetivos: que seamos nosotros más fuertes que los propietarios de estas riquezas y que ellos permanezcan en su tierra, pues un país habitado es una adquisición de gran valor, mientras que un país sin hombres se acaba convirtiendo en un país sin bienes.
6 Así que, prosiguió, a los que trataban de rechazaros sé que los matasteis e hicisteis bien, pues ése es el procedimiento mejor para preservar la victoria. En cambio, a los que se os entregaron los habéis traído en calidad de prisioneros de guerra; si los dejáramos libres, redundaría en pro-
7 vecho nuestro, como os digo: en primer lugar, ahora no tendríamos que vigilarlos ni guardarnos de ellos, ni tampoco alimentarlos —pues, ciertamente, de hambre no los haremos morir—, y, en segundo lugar, porque, si los liberamos, dispondremos de mayor número de prisioneros. En 8
efecto, si nos hacemos dueños del país, tendremos como prisioneros a todos sus habitantes, ya que, cuando los demás vean a éstos vivos y libres, es más probable que se queden y prefieran someterse antes que combatir. Ésta es mi opinión; pero, si alguien ve una solución mejor, que la diga.» Ellos lo escucharon y acordaron hacer así.

Ciro se dirige a los prisioneros asirios

De este modo, Ciro llamó a los pri- 9
sioneros y les dijo lo siguiente: «Solda- 10
dos asirios, acabáis de salvar vuestras vidas por haberme obedecido, y, si en adelante seguís sumisos, no sufriréis ningún cambio, excepto que quien os gobernará no va a ser la misma persona que antes. Habitaréis las mismas casas, trabajaréis la misma tierra, conviviréis con las mismas mujeres y tendréis autoridad sobre vuestros hijos, como ahora; sin embargo, no lucharéis contra nosotros ni contra ningún otro pueblo. Y cuando, llegado el caso, alguien 11
os injurie, nosotros lucharemos en favor vuestro. Y para que nadie os incite a tomar las armas, traédnoslas; aquellos que las traigan tendrán paz y lo que os estamos diciendo sin ningún tipo de engaño; en cambio, a cuantos no traigan sus armas de guerra los atacaremos. Y si alguno 12
de vosotros se nos acerca con un ademán manifiestamente benévolo para actuar en nuestro favor u ofrecernos información, lo trataremos como benefactor y amigo y no como esclavo. Enteraos bien de lo que os digo y transmitídselo a los demás[170]. Y si, a pesar de nuestra buena inten- 13

[169] La idea de que la belleza de las acciones valientes se refleja en la apariencia del que las realiza, ya está presente en I 2, 1, cf. n. 11.

[170] HERÓDOTO (III 89 ss.) se refiere a la situación de los pueblos sometidos a los persas en la época de Darío. Los deberes de estos pueblos para con su dominador son los mismos en Heródoto y en Jenofonte: pagar tributo y prestar servicio militar por medio del envío de un ejército en caso de conflicto. W. W. How-J. WELLS, *A Commentary...*, vol II, 108. — 17

ción, algunos no obedecen, conducidnos hasta ellos para que seáis vosotros quienes los dominéis y no ellos a vosotros.» Después de pronunciar Ciro este discurso, los prisioneros se postraron [171] ante él y le prometieron hacer lo que les había ordenado.

Ciro invita a cenar a medos y armenios y acomoda a los hircanios en las tiendas

5 Y después de que aquéllos se hubieron marchado, Ciro dijo: «Medos y armenios, es hora de que todos cenemos. Os hemos preparado provisiones lo mejor que hemos podido. Id y enviadnos la mitad del pan que hay hecho, pues es suficiente para vosotros y nosotros, pero no enviéis condimento ni bebida porque tenemos preparada suficiente en
2 nuestro pabellón. Y vosotros, hircanios, conducid a las

Apéndice VI, resaltan el interés del Gran Rey por que los sometidos no tuvieran excesiva opresión, lo que no contradice el hecho de que la suma que debía pagar estuviera fijada de antemano, y que, además, del tributo en dinero hubiera una fuerte contribución en especies a la que se refiere HERÓDOTO (III 90-91), al hablar del sometimiento de Cilicia y de Egipto. Tanto TEÓFANES, fr. 125, como CICERÓN, *Verrinas* III 33, 76, hablan de los innumerables «regalos persas». Por otra parte, no hay que olvidar que las provincias debían mantener a los sátrapas y a los ejércitos que albergaban, ni los cuantiosos beneficios que reportaban los dominios y monopolios reales a costa de los sometidos.—No parece que los reyes persas temieran entregar armas a los pueblos vencidos, como puede verse a lo largo del relato de HERÓD., I 155, en el que el desarme de los lidios es una medida excepcional, si bien el mando estaba en manos de los persas, VII 96.—En general, puede decirse que los persas permitían que los pueblos sometidos mantuvieran su comercio y costumbres dentro de un marco de permisividad que no excluía la introducción de medidas centralistas y unitarias, como la existencia de un sistema monetario uniforme.

[171] Alusión a la *proskýnesis* que se debía al Gran Rey. Consistía en prosternarse ante sus pies poniendo el rostro contra la tierra.

tiendas a vuestra gente: a los jefes a las más grandes, ya sabéis, y a los demás donde os sea más agradable, pues vuestras tiendas están a salvo e intactas. Allí también está todo preparado, igual que para estos soldados. Y sabed 3
ambos grupos que nosotros vigilaremos fuera del campamento durante la noche, pero dentro de las tiendas tened vosotros los ojos bien abiertos y las armas bien dispuestas, porque quienes están allí por ahora no son amigos nuestros.»

Entonces, los medos y los soldados de Tigranes se ba- 4
ñaron [172], se cambiaron de ropa —pues tenían preparada otra— y cenaron. Sus caballos también tenían todo lo necesario. Después, enviaron la mitad del pan a los persas, pero ni condimento ni vino, en la idea de que los soldados de Ciro todavía tenían en cantidad. Pero Ciro se había referido al hambre como su condimento y al agua del río que corría en las proximidades como su bebida. Ciro, 5
después de hacer cenar a los persas, cuando oscureció, distribuyó a muchos de ellos en grupos de cinco y diez y les ordenó que se ocultaran en torno al campamento con una doble intención: que vigilaran por si alguien de fuera se aproximaba y que quien intentara huir con dinero fuera capturado. Y así fue: muchos fueron los que intentaron escapar y muchos fueron capturados. Ciro dejó la pose- 6
sión del dinero a quienes los habían capturado, y ordenó que degollaran a las personas que habían tratado de huir; de modo que, en lo sucesivo, ni queriendo, se habría encontrado con facilidad un viandante nocturno. Así pasa- 7
ban el tiempo los persas. En cambio, los medos bebían,

[172] Como entre otros pueblos orientales, el baño era costumbre generalizada entre los persas, especialmente antes de la comida, cf. HERÓD., I 126. Los numerosos baños rituales de los antiguos persas se han conservado entre los parsis, cf. MODI, *The Religious Ceremonies...*, págs. 145 y sigs.

participaban en un banquete, hacían que tocaran la flauta para ellos y se colmaban de toda alegría, pues era tanto el botín que habían capturado, que a los que quedaban despiertos no les faltaba faena.

Encolerizado Ciaxares contra Ciro, envía un mensajero para hacer volver a los medos

8 Ciaxares, el rey de los medos, durante la noche en la que Ciro había salido, él mismo se embriagó junto con los que estaban en su tienda para celebrar un banquete por el éxito obtenido. Creía que el resto de los medos, excepto unos pocos, estaban en el campamento, porque oía mucho ruido —en efecto, los servidores de los medos, como sus amos estaban fuera, bebían sin freno y alborotaban, principalmente porque tenían en su poder vino y muchas otras provisiones capturados del campamento asirio—.
9 Cuando amaneció, nadie llegó a su puerta, excepto quienes habían cenado con él, oyó decir que el campamento estaba vacío de medos y de caballeros y comprobó con sus propios ojos, cuando salió de su tienda, que así era. Entonces, se irritó con Ciro y los medos por haberse marchado dejándolo solo y, al punto, tal como se dice que era, cruel e insensato [173], ordena a uno de los presentes tomar consigo a sus caballeros, ir lo más rápidamente posible ha-
10 cia el ejército de Ciro y decir lo siguiente: «Yo creía que tú, Ciro, no decidirías sobre mi persona de modo tan irreflexivo y que, aunque Ciro fuera de esta opinión, vosotros, medos, no querríais dejarme solo. Y ahora, si Ciro quiere venir, que venga y, si no, vosotros solos presentaos
11 aquí cuanto antes.» Éste es el mensaje que le ordenó decir. Entonces el hombre encargado de partir preguntó:

[173] Jenofonte tiene especial interés en resaltar los defectos de Ciaxares, para que, como contraste, la bondad de Ciro sobresalga más. Respecto a la crueldad de Ciaxares, cf. HERÓD., I 73, 4.

—Y ¿cómo los encontraré, señor?

—¿Cómo encontraron Ciro y sus acompañantes a aquellos contra los que marchaban?

—Por Zeus, exclamó, he oído decir que unos hircanios que habían desertado de las filas enemigas vinieron aquí y marcharon con él en calidad de guías.

Después de oír las palabras del mensajero, Ciaxares se 12
irritó todavía mucho más con Ciro por no haberle hablado de todos estos hechos y le envió con mayor urgencia en busca de los medos, para dejar a Ciro desguarnecido. Llamaba hacia sí a los medos profiriendo amenazas todavía más fuertes que antes. Amenazó también al mensajero si no transmitía el mensaje con rigor.

Entonces el mensajero partió con sus caballeros —en 13
número de alrededor de cien—, disgustado por no haberse ido también él con Ciro. En su marcha, se equivocaron de camino, se extraviaron y no alcanzaron al ejército amigo hasta después de encontrarse a unos asirios que se habían retirado del grueso del ejército, a los cuales obligaron a servirles de guías. Así, después de vislumbrar las hogueras del campamento, llegaron alrededor de la media noche.
Cuando estuvieron próximos al campamento, los centine- 14
las, siguiendo las órdenes que Ciro había dado, no los dejaron entrar antes del día.

Ciro pide refuerzos a Persia

Cuando amaneció, Ciro lo primero que hizo fue llamar a los magos [174] y les ordenó elegir los rituales que en situaciones tan favorables se suelen celebrar en señal de agradecimiento a los dioses.

Ellos se ocupaban de estas celebraciones y él, por su 15
parte, después de reunir a los homótimos, les dijo: «Seño-

[174] Desde el punto de vista etimológico, J. POKORNY, *Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch*, vol. I, Berna, 1959, pág. 695, pone

res, la divinidad nos ofrece muchos bienes, pero nosotros, los persas, por el momento somos pocos para ser sus dueños, pues, si no custodiamos nuestras conquistas, volverán

---

en relación la palabra «mago» con la raíz *magh-* «poder», «ser capaz de...», «ayudar», y se basa en el testimonio del antiguo indio *maghavat-* «fuerte», del gr. *mêchos, mēchanē* «instrumento que ayuda», y del gót. *magan*, al. *mögen*. Tanto para P. Chantraine, *Dictionnaire étimologique de la langue grecque*, París, 1968, pág. 656, como para H. Frisk, *Griechisches Etymologisches Wörterbuch*, vol. II, Heidelberg, 1973², pág. 156, no tiene etimología clara; y R. Schmitt, en *Glotta* 49 (1971), 105-107, después de un estudio exhaustivo con abundante bibliografía, llega a la conclusión de que es de etimología desconocida. J. Duchesne-Guillemin, *Der Kleine Pauly*, vol. III, págs. 890-891, después de relacionar el término *maga-* del *Avesta*, que en los *gâthâs* aparece en la construción *magavan*, con sánscrito *maghavan* «rico en mercedes», concluye que la forma avéstica *maga—* significaba «merced», apoyado también por el término medo *magu-*, de significado semejante. Respecto a su filiación histórica, es importante la obra de Prášek, *Geschichte der Meder...*, páginas 109-110.—Heródoto (I 101) los inserta entre las tribus de los medos junto con los busas, paretacenos, estrucates, arizantos y budios. En cambio, Estrabón (XV 1, 68) los incluye entre las tribus persas, y los considera una tribu local que, luego, se convirtió en casta sacerdotal. Podemos pensar en un proceso semejante al seguido por los levitas judíos, cf. Amiano Marcelino, XXIII 6, 32 ss.—Entre sus costumbres se cita que enterraban a sus muertos sólo después de haber sufrido la deformación o mutilación por obra de algún ave rapaz o un perro. A diferencia de los sacerdotes de otros países, como los de Egipto, a quienes estaba prohibido matar animales, los magos sí podían matarlos, a excepción del perro, animal consagrado a Ahura Mazdah. Esta peculiaridad se debía a su concepción dualística del mundo, que les permitía distinguir entre animales a los que era lícito matar y otros a los que no. Eran especialistas en oniromancia, astrología y magia. Su influencia, durante los Aqueménidas, fue aumentando progresivamente llegando a extenderse, incluso, hasta Irán Occidental, y consiguiendo el monopolio religioso. Parece que no tuvieron relación con la reforma de Zaratustra, por lo menos en sus orígenes. De hecho, en el *Avesta* el término «mago» aparece una sola vez.—Respecto a la sublevación de los magos contra Cambises, hijo de Ciro, y su sofocación por obra de siete nobles persas, entre los que se contaba

a manos extrañas; mas, por otra parte, si dejamos a algunos de nuestros soldados como guardianes de lo que hemos hecho nuestro, en seguida evidenciaremos nuestra fal-
ta de fuerza. Así pues, soy de la opinión de que uno de 16
nosotros vaya a Persia lo más rápidamente posible para transmitir la situación a la que me refiero, y pedir que envíen un ejército lo más rápidamente posible, si es que los persas desean convertirse en los amos de Asia y disfru-
tar de sus riquezas [175]. Ve tú, el más anciano, dijo, y 17
cuando llegues a Persia diles lo que he dicho y, además, que yo me ocuparé de la alimentación de los soldados que envíen, mientras permanezcan a mi lado. Estás viendo el botín que tenemos, no les ocultes nada de él, y respecto a la parte que debería enviar a Persia de acuerdo con las normas y la ley, pregúntale a mi padre sobre lo referente a los dioses, y a los magistrados sobre lo referente al Estado. Y que nos envíen inspectores que supervisen nuestras actividades e informadores que respondan a nuestras preguntas. Tú, terminó, ve tras hacer los preparativos para el viaje y llévate tu sección a modo de escolta.»

Llegada del mensajero de Ciaxares. Ciro responde a sus reproches

Acto seguido, Ciro llamó a su presen- 18
cia a los medos y, al mismo tiempo, se presentó el mensajero de Ciaxares, que ante todos expresó la cólera de su rey contra Ciro y las amenazas dirigidas a los medos; finalmente, dijo que la orden de Ciaxares era que los medos se volvieran, aunque Ciro quisiera quedarse.

---

el futuro rey Darío I, disponemos del testimonio novelesco de Heród., III 64-79; la *Inscripción de Behistún* 11, y Ctesias, *Persiká*, en Focio, *Fr. Gr. Hist.* 688 F, 12-15. La celebración de la «Magofonía», fiesta en cuyo curso no le estaba permitido a ningún mago dejarse ver en público, conmemoraba la matanza de los magos sublevados.

[175] Aquí se pone de manifiesto el interés imperalista de los persas.

19 Los medos, después de escuchar al mensajero, guardaron silencio, porque no veían el medio de desobedecer a la llamada del rey, pero, por otro lado, tenían miedo ante la idea de ceder a sus amenazas, sobre todo, porque
20 conocían su crueldad. Ciro, entonces, les dijo: «Mensajero y medos que me escucháis, no me sorprende que Ciaxares, al haber visto entonces tantos enemigos y desconocer nuestras actividades, tema por nosotros y por él mismo. Pero, cuando se entere de la multitud de enemigos muertos y de todos los que se han ido huyendo, en primer lugar, dejará de sentir temor y, en segundo lugar, se dará cuenta de que no está solo ahora que sus amigos matan a sus
21 enemigos. Por lo demás, ¿cómo podemos merecer su reproche, si actuamos en su beneficio y no hemos realizado estas acciones por iniciativa propia? Yo lo convencí para que me permitiera salir de expedición trayéndoos conmigo; en cuanto a vosotros, no fue vuestro deseo de ir de expedición la razón por la que le pedisteis permiso para salir y por la que ahora habéis llegado hasta aquí, sino que recibisteis su invitación para salir aquellos de vosotros a quienes no disgustara la idea. Pero sé con seguridad que la cólera ésta se calmará por los éxitos obtenidos y se alejará
22 al mismo tiempo que el temor cese. Así pues, prosiguió, ahora tú, mensajero, reposa porque has realizado un gran esfuerzo, y vosotros, persas, como estamos esperando la llegada de los enemigos, ya sea para luchar ya sea para someterse a nosotros, formemos en orden de batalla lo mejor que podamos, pues, dejándonos ver así, será más verosímil que cumplamos nuestros deseos. Y tú, dijo, jefe de los hircanios, ordena a tus oficiales que hagan armarse a los soldados, y espera.»

23 Después de cumplir esta orden, el jefe de los hircanios se acercó a Ciro, quien le dijo: «Hircanio, observo con

placer que tu presencia aquí no sólo demuestra tu amistad, sino que también revela tu inteligencia. Ahora es evidente que tenemos los mismos intereses: los asirios son enemigos míos, pero en este momento te odian todavía más a ti que a mí. Así pues, tenemos que convenir ambos en alguna 24
medida para que ninguno de los actuales aliados abandone nuestras filas y para aumentar su número, si nos es posible. Has oído al rey medo reclamar su caballería; si éstos se marchan, los únicos que quedaremos seremos de infantería. De modo que tú y yo debemos hacer gestiones para 25
que este mensajero que los reclama también quiera quedarse con nosotros. Así pues, búscale una tienda equipada con todo lo necesario donde pueda vivir muy cómodamente y entrégasela. Yo, por mi parte, intentaré asignarle algún trabajo que le sea más agradable de cumplir que volver a Media. Y también habla con él de cuántos son los bienes que pueden esperar nuestros amigos, si estas acciones llegan a buen término. Cuando hayas cumplido estas órdenes, vuelve a mi lado.»

Carta dirigida a Ciaxares

El jefe hircanio se alejó llevando al 26
medo hacia una tienda. Por su parte, el mensajero que iba a ir a Persia estaba allí presente totalmente equipado. Ciro le encomendó, de un lado, transmitir a los persas lo que ha quedado expuesto más arriba en el discurso y, de otro, entregar una carta a Ciaxares: «Quiero leerte también a ti el contenido de la carta para que, conociéndolo, contestes en el mismo sentido, si te pregunta al respecto.» Y el contenido de la carta era el siguiente: 'Ciro 27
saluda a Ciaxares. Nosotros no te hemos dejado solo —pues nadie cuando vence a los enemigos se queda sin amigos—, y no creemos que al apartarnos de ti te hayamos

puesto en peligro, sino, por el contrario, consideramos que
28 cuanto más nos alejamos mayor seguridad te damos. Pues no son quienes permanecen sentados muy cerca de los amigos los que mayor seguridad les proporcionan, sino quienes más lejos apartan a los enemigos son los que más a
29 salvo ponen a los amigos. Observa cómo me comporto yo contigo y cómo te comportas tú conmigo y luego hazme reproches: yo te traje aliados —no el número del que me convenciste, sino el máximo que pude—; tú, en cambio, cuando estaba en tierra amiga me permitiste tomar todos los hombres que pudiera convencer para que me siguieran, y ahora que estoy en tierra enemiga me reclamas no ya
30 los que quieran irse contigo, sino todos. Por tanto, entonces creía que os debía agradecimiento a ambos, a ti y a ellos, pero ahora me obligas a olvidar tus favores y a tratar de demostrar todo mi agradecimiento sólo a quienes
31 me acompañan. Sin embargo, yo no puedo ser como tú, y en este momento que envío a Persia una petición de refuerzos, ordeno a todos los que vengan a mi ejército que te sean adictos por si precisas de sus servicios antes de que nos vayamos, y no para la misión que ellos quieran, sino
32 para la que tú quieras servirte de ellos. A pesar de ser yo más joven que tú, te aconsejo que no arrebates lo que otorgues, para que no se te deban rencores en lugar de agradecimiento, y que, cuando quieras que alguien acuda rápidamente, no envíes a buscarlo profiriendo amenazas contra él, y que tampoco amenaces a una multitud al mismo tiempo que afirmas estar solo, para que no les enseñes
33 a desentenderse de ti. Nosotros intentaremos estar a tu lado, en cuanto llevemos a cabo las acciones cuyo resultado consideramos un beneficio común para ti y para noso-

tros. ¡Que goces de buena suerte?' [176]. Entrégale, pues, es- 34
ta carta, y a lo que te pregunte contesta con una respuesta conforme a lo escrito. También mis instrucciones respecto a los persas son conformes a lo escrito.» Así le dijo, después le entregó la carta y lo despidió, no sin antes recomendarle que se apresurara, porque sabía cuán conveniente era que volviera rápidamente.

Acto seguido, Ciro vio que ya todos los medos, hir- 35
canios y hombres de Tigranes estaban armados [177], también los persas estaban armados, y ya algunos de los pueblos vecinos venían trayendo sus caballos y portando sus armas. Ciro les ordenó que tiraran sus lanzas allí donde 36
los otros las habían puesto antes, y quienes estaban al cargo de esa labor quemaron todo aquello que no necesitaban; en cuanto a los caballos, ordenó que quienes los habían traído se quedaran a vigilarlos hasta que él se lo indicara. Entonces llamó a los jefes de los caballeros y de los hircanios y les habló en los siguientes términos:

[176] Esta carta dirigida por Ciro a Ciaxares tiene las características de una carta griega. La semejanza entre el estilo epistolar y el de la oratoria es evidente. Cabe resaltar el empleo de fórmulas, especialmente en el encabezamiento: *chaírein, errôsthai* y sus variantes, a modo de saludo, y en el final: *érrōso, errôsthai se eúchomai,* a modo de despedida. Es frecuente el uso de imperativos e infinitivos exhortativos. Cf. E. Suárez de la Torre, «La epistolografía griega», *Est. Clás.* 23, núm. 83 (1979), 19-46, y K. Thraede, *Grundzüge der griechisch-römischer Brieftopik,* Munich, 1970, págs. 70 y sigs.

[177] El armamento de los hircanios y de los hombres de Tigranes, es decir, de los armenios, era semejante al de los persas, según Heród., III 117, y VII 62. Así que constaba de un cuchillo o un hacha y de un escudo de mimbre.

Disposiciones de Ciro para el reparto del botín y la utilización de los caballos

37 «Amigos y aliados, no os sorprenda
que os reúna tan a menudo, pues, como
la situación es nueva para nosotros, está
muy confusa, y la confusión a la fuerza
tiene que causar problemas hasta que ca-
38 da cosa ocupe su lugar. Ahora tenemos
abundante botín y, además, hombres; pero, como no sabe-
mos la parte que corresponde a cada uno de nosotros ni
los cautivos saben quién es el amo de cada uno, no es
muy fácil ver a muchos de ellos cumplir con su deber, por-
39 que casi ninguno sabe lo que hay que hacer. Así que, para
que esto no sea así, haced la distribución del botín, y quien
haya recibido una tienda provista de suficiente comida, be-
bida, sevidores, cena, ropa y todos los demás detalles con
los que una tienda militar se habita confortablemente, en-
tonces el que la recibe no ha de añadir nada más que la
conciencia de que debe ocuparse de ello como si fuera pro-
pio; pero, a quien haya ocupado una tienda con alguna
deficiencia vosotros debéis averiguar lo que le falta, y lue-
go suplirlo —y sé que habrá todavía abundantes exceden-
40 tes; pues los enemigos tenían de todo más de lo que nues-
tra gente necesita, y además vinieron a visitarme los teso-
reros del rey asirio y de otros príncipes, quienes me dijeron
que tenían en su país oro acuñado, refiriéndose a unos
41 tributos—. Así pues, anunciadles mediante un heraldo que
os lleven todas estas riquezas donde vosotros estéis y ate-
morizad a quien no cumpla las prescripciones. Vosotros,
por vuestra parte, cuando las hayáis recibido las repartís,
dando al caballero el doble que al infante, para que, si
todavía tenéis algunos necesidad que cubrir, tengáis con qué
42 comprarla. En cuanto al mercado del campamento, que
el heraldo anuncie ahora mismo la prohibición de cometer
fraude, que los mercaderes vendan las mercancías que ca-

da uno tenga y que cuando las hayan vendido saquen otras,
de modo que el campamento esté bien surtido.» El heraldo
anunció estas medidas inmediatamente. Entonces, los me- 43
dos e hircanios preguntaron lo siguiente: «Pero, ¿cómo po-
dremos nosotros efectuar la repartición sin ti y sin los
tuyos?» Y Ciro replicó a esta pregunta del modo siguiente: 44
«Señores, ¿acaso creéis que para cualquier gestión que ha-
ya que realizar deberemos estar todos presentes y que yo
no voy a bastarme para hacer lo que sea preciso por voso-
tros, ni vosotros por mí? ¿De qué otro modo tendríamos
más preocupaciones y menos resultados que así? Mirad, 45
prosiguió, nosotros os hemos guardado este botín, voso-
tros confiáis en que os lo hemos guardado bien; ahora vo-
sotros repartidlo, y nosotros confiaremos en que lo habéis
repartido bien. Nosotros, por nuestra parte, intentaremos 46
hacer otra cosa por el bien común: veis, dijo, en este mo-
mento, la cantidad de caballos que, por primera vez, tene-
mos con nosotros, y los que nos traen. Si los dejamos sin
montar, no nos serán de ninguna utilidad y nos darán la
preocupación de cuidar de ellos; pero, si les ponemos enci-
ma jinetes, al mismo tiempo que alejamos problemas
aumentaremos nuestra propia fuerza. Si tenéis otros a quie- 47
nes podáis entregar los caballos y con quienes, en caso de
necesidad, lucharíais más a gusto que con nosotros, dádse-
los a ellos. Sin embargo, si queréis tenernos a nosotros
más que a nadie como compañeros de armas, dádnoslos
a nosotros. Pues hace poco, cuando a lomos de vuestros 48
caballos fuisteis a arriesgar vuestras vidas sin nosotros, tu-
vimos mucho temor de que os ocurriera alguna desgracia
y nos hicisteis sentir mucha vergüenza por no estar donde
vosotros estabais. En cambio, si recibimos los caballos, os
seguiremos. Si os parece que vamos a seros de mayor 49
utilidad combatiendo con vosotros a caballo, no depondre-

mos nada de nuestro empeño; pero, si os parece más oporturno que estemos a vuestro lado como infantes, no hay más que bajar allí en medio e inmediatamente nos tendréis a vuestro lado como infantes, y ya encontraremos a quienes darles los caballos.»

50 Así habló Ciro. Y ellos respondieron: «Ciro, nosotros no tenemos hombres a quienes montar sobre estos caballos, pero aunque tuviéramos, si tú los quieres, no elegiríamos a nadie en vuestro lugar, y ahora, dijeron, tómalos
51 y haz con ellos lo que creas más conveniente.» «Los acepto, dijo Ciro. ¡Que tengamos buena suerte nosotros como jinetes y vosotros en repartir el botín común! En primer lugar, escoged para los dioses la parte que los magos prescriban, y luego apartad para Ciaxares lo que creáis que
52 más le va a satisfacer.» Y ellos dijeron riendo que había que elegir a las mujeres. «Pues bien, elegid a las mujeres, dijo Ciro, y lo demás que os parezca. Cuando hayáis apartado lo suyo, hircanios, haced todo lo posible para que estos medos que me siguen voluntarios no tengan queja
53 de vosotros. Y vosotros, medos, por vuestra parte, honrad a los hircanios, pues ellos fueron nuestros primeros aliados, para que estimen que fue una decisión acertada hacerse amigos nuestros. Dadle también su parte de todo al mensajero de Ciaxares y a sus acompañantes, animadle a que se quede con nosotros, cosa que también a mí me parece bien, para que conociendo mejor la situación dé
54 a Ciaxares una información detallada. A los persas que están conmigo, prosiguió Ciro, les bastará lo que os sobre a vosotros, una vez que os hayáis provisto bien, pues nosotros no hemos sido en absoluto educados en el lujo, sino al modo rústico, de suerte que quizá os burlaríais de nosotros, si nos cubriéramos con una vestimenta

suntuosa [178], como también sé que os producirá mucha risa el hecho de vernos montados a caballo y que luego, creo, caigamos a tierra.»

Bando dirigido a los extranjeros del ejército enemigo

Acto seguido, se marcharon para efectuar el reparto, riéndose mucho de la caballería a la que se había referido. Ciro, por su parte, llamó a los taxiarcos y les ordenó que tomaran los caballos, los aparejos de los caballos [179] y los palafreneros, y que, después de contarlos, los sortearan y que cada uno recibiera la parte equitativa para su compañía. A continuación, ordenó hacer público que si en el ejército asirio, sirio o árabe había sido obligado a enrolarse algún esclavo medo, persa, bactrio, cilicio, griego o de algún otro lugar, se diera a conocer. Muchos, después de oír este bando, se presentaron con alegría. Ciro eligió los que tenían mejor aspecto y les dijo que, ahora que eran libres, debían llevar las armas que él les entregara y que él mismo, dijo, se ocuparía de las necesidades que tuvieran. En seguida, los condujo a los taxiarcos, a quienes los presentó, y ordenó que les hicieran entrega de escudos de mimbre y cuchillos sin vaina para que, armados de esta guisa, los siguieran con los caballos; que tomaran para ellos las mismas provisiones que los persas que iban con él, y que, provistos de corazas y lanzas, siempre marcharan a caballo y que él sería el primero en hacerlo; además, ordenó que cada uno pusiera

55 56 57 58

[178] La sobriedad de los persas era proverbial, cf. ESTRAB., XV 3, 18. Resaltarla es el tema favorito de JENOFONTE, cf. *Cirop.* I 3, 2-4, y V 2, 14, además de esta ligera alusión. Del mismo modo, en *La República de los lacedemonios,* ensalza también la sencillez de los espartanos.

[179] Es decir, testeros, petos y quijotes (musleras). Los caballos enganchados a los carros llevaban, además, armadura para los costados. Cf. VI 4, 1, y *Cineg.* XII 8.

en su lugar a otro homótimo al mando de la infantería de los homótimos.

El anciano Gobrias deserta del rey asirio y expone sus razones

6 En esto estaban cuando Gobrias [180], un anciano asirio, se presentó a caballo con una escolta de caballería, y todos iban armados como caballeros. Entonces, los encargados de recoger las armas le pidieron que entregara sus lanzas para quemarlas, como el resto del armamento, y Gobrias respondió que antes quería ver a Ciro. Los subalternos hicieron quedarse allí a los demás caballeros y condujeron a Gobrias
2 ante Ciro. Tan pronto como vio a Ciro, le habló del modo siguiente: «Señor, yo soy asirio de origen, poseo una plaza fuerte y domino un extenso territorio, tengo alrededor de un millar de caballeros que ofrecí al rey asirio, porque era muy amigo suyo. Como aquél, que era un hombre bueno, murió a vuestras manos, y su hijo, que es mi peor enemigo, detenta el poder, he llegado ante ti, caigo suplicante a tus pies y me entrego a ti como esclavo y aliado, y te pido que seas mi vengador. Te adopto como hijo en la nedida de mis posibilidades, ya que no tengo hijos varo-
3 nes; pues el único que tenía, señor, un joven bello y virtuoso, que me amaba y honraba como un hijo honraría a su padre para hacerlo feliz, el rey actual (el rey anterior, padre del actual, había llamado a mi hijo para entregarle a su hija en matrimonio, y yo lo había enviado con el altivo pensamiento de que realmente lo vería casado con la hija del rey), el rey actual, digo, lo invitó a ir de caza y le permitió cazar a placer, pues se consideraba mejor jinete que él, y mi hijo cazaba con alguien que tenía por amigo, pero apareció una osa, los dos la persiguieron, el que ahora gobierna Asiria disparó su lanza y erró el tiro, ¡ojalá no hubiera sucedido eso nunca!; en cambio, mi hijo disparó y —¡no debiera haberlo hecho!— derribó la osa.
Entonces, el príncipe asirio, disgustado, mantuvo su envi- 4
dia en secreto. Pero apareció un león y volvió a errar el tiro, suceso que, creo, no tiene nada de extraño; en cambio, mi hijo alcanzó al león, lo mató y exclamó: 'Vaya dos veces he disparado y cada una de ellas he derribado una fiera.' En este momento, el muy impío ya no contuvo más su envidia, sino que arrebató la lanza a un miembro de la escolta, se la clavó en el pecho y arrancó la vida
de mi querido unigénito. Y yo, desgraciado de mí, en 5
lugar de a un novio me llevé un cadáver y enterré, a mi edad, al mejor hijo, al mío querido, que acababa de comenzar a echar barba. Y su asesino, después de haberlo matado como a un enemigo, por ahora no ha llegado a mostrar su arrepentimiento, ni en compensación de su mala acción consideró digno de honores al que yace bajo tierra. Sin embargo, su padre me pidió disculpas y era evidente
que compartía mi desgracia. Así pues, yo, si mi hijo vivie- 6
ra, nunca habría acudido a ti para causar daño al rey asirio, pues he recibido muchas pruebas de su amistad y le he servido. Pero, después que el poder pasó al asesino de mi hijo, nunca me consideraría su amigo. Él, en efecto,

[180] En Jenofonte, Gobrias es un vasallo del Asirio (Babilonio) que se pasa al bando de Ciro. HERÓDOTO se refiere a él como suegro de Darío (VII 2, 97) y como padre de Mardonio (VI 43). Sin embargo, hay un problema cronológico que obstaculiza la identificación de ambos personajes: en Jenofonte es ya un hombre anciano, circunstancia que impide que reaparezca en época de Darío como general. Más bien parece pertenecer al repertorio de nombres propios persas relativamente frecuentes, como demuestra el hecho de que, en *Anáb.* I 7, 12, se cite a un Gobrias, general de Artajerjes y aparezca en inscripciones iranias antiguas. Cf. M. MAYRHOFER, *Onomastica Persepolitana,* I, Viena, 1973, pág. 173.

conoce los sentimientos que albergo en su contra y mi situación actual, que llevo una existencia antes alegre y ahora solitaria, y que paso la vejez en medio de sufrimien-
7 tos. Así pues, si tú me acoges y yo concibiera alguna esperanza de conseguir con tu ayuda algún tipo de venganza del asesinato de mi hijo, me parece que rejuvenecería y ya no me avergonzaría de vivir ni creo que aun muriendo me afligiría.»

Alianza entre Gobrias y Ciro

8 Así habló Gobrias, y Ciro le replicó: «Si demuestras, Gobrias, que tus pensamientos se adecuan a tus palabras, te acojo como suplicante [181] y prometo castigar con ayuda de los dioses al asesino de tu hijo. Pero dime, si te hacemos este favor y te permitimos conservar tu fuerte, tu país, tus armas y el ejército que antes tenías, ¿qué servicio nos prestarás tú a cambio?»
9 Y Gobrias respondió: «Cuando vengas a mi país, te ofreceré mi fuerte como residencia, el tributo sobre la tierra que reportaba al rey asirio te lo pagaré a ti, y adondequiera que marches de campaña, te acompañaré con las tropas de mi país. Tengo también, dijo, una hija doncella que estimo mucho, y ya en edad de casarse, a la que yo antes creía educar como futura esposa del rey actual, pero ahora ella misma me ha suplicado con muchos llantos que no la entregue al asesino de su hermano, y yo soy de la misma opinión. Ahora te permito decidir sobre ella conforme veas que yo decido sobre ti.»

10 Así le habló Ciro: «Además de estas muestras de sinceridad, yo te doy mi mano derecha y tomo la tuya, y ¡que los dioses sean nuestros testigos!» Hecho esto, ordenó a

[181] Era un deber entre los griegos acoger al suplicante. Cf. EURÍPIDES, *Heraclidas* 220-230, y *Cíclope* 285-312.

Gobrias que se marchara llevando sus armas y le preguntó cuánto camino quedaba hasta su residencia, porque tenía la intención de ir allí. Y él respondió: «Si mañana sales temprano, al día siguiente podrías pernoctar entre nosotros.»

Gobrias, entonces, partió dejándole un guía. Acto se- 11
guido, se presentaron los medos, después de haber entregado a los magos la parte que habían dicho que escogieran para los dioses y haber elegido para Ciro la tienda más bella y la mujer de Susa, que se dice era la más hermosa de Asia, y las dos mejores cantantes. La segunda parte fue para Ciaxares, y ellos estaban bien surtidos de las demás provisiones que necesitaban para no echar en falta nada durante la marcha, pues había de todo en abundancia.
También los hircanios tomaron cuanto necesitaban e hicie- 12
ron partícipe de igual parte al mensajero de Ciaxares; y entregaron todas las tiendas sobrantes a Ciro, para los persas. Respecto al dinero, dijeron que lo repartirían cuando lo hubieran reunido todo, y así lo hicieron.

LIBRO V

1 Esto es lo que hicieron y dijeron. Ciro, por su parte, ordenó a quienes sabía más allegados a Ciaxares que, después de repartir la parte que les correspondía, la guardaran: «Respecto a la parte que me entregáis, dijo Ciro, la acepto de buen grado, pero podrá hacer uso de ella el que en cada momento más la necesite de vosotros.» Entonces, un medo aficionado a la música le dijo: «Ayer por la tarde escuché a las cantantes que ahora te pertenecen, y lo hice con gusto; si me das una sola de ellas, creo que me apetecerá más salir de campaña que quedarme en casa.» Y Ciro respondió: «Te la doy y creo que te estoy más agradecido yo a ti por habérmela pedido, que tú a mí por recibirla, tanto es mi deseo de agradaros.» Así pues, el que le había pedido la cantante, la recibió.

Generosidad de Ciro con un medo amante de la música

Ciro encarga la custodia de una princesa asiria al medo Araspas

Ciro hizo llamar al medo Araspas [182] 2
que había sido compañero de la infancia y a quien también había regalado, después de despojarse de ella, la túnica meda, cuando volvió de la corte de Astiages a Persia, y le pidió que custodiara a la mujer y la tienda. Esta mujer era la esposa de Abradatas de Susa [183]. Su esposo, casualmente, no se encontraba en 3
el campamento asirio cuando fue tomado, porque había ido con una embajada al rey de Bactria, a donde el rey asirio lo había enviado para concertar una alianza, pues se daba el caso de que le unían lazos de hospitalidad con el rey de Bactria. Así pues, Ciro pidió a Araspas que custodiara a la mujer hasta que él pudiera tomarla. Ante tal 4
petición, Araspas preguntó:

—Pero, Ciro, ¿has visto a la mujer que me pides custodiar?

—No, por Zeus, exclamó Ciro, no la he visto.

—Pues bien, dijo Araspas, yo sí la vi al apartarla para tu lote. En verdad, cuando entramos en su tienda, al principio no la distinguimos, pues estaba sentada en el suelo y todas las sirvientas alrededor de ella, y llevaba una vestimenta semejante a la de sus esclavas; pero, cuando quisimos saber quién era el ama, las miramos a todas detenidamente y rápidamente se manifestó distinta de todas las

[182] Homótimo medo, amigo de infancia de Ciro, a quien había entregado la túnica al partir de Media para demostrar que era el medo al que más amaba. Cf. I 4, 26.

[183] Susa era la capital de la provincia persa de Susiana. En la propia *Cirop.* VIII 6, 22, aparece como residencia real durante la primavera. En este capítulo, su rey Abradatas, joven hermoso y valiente, como demostrará en la batalla de Timbrara, cf. VII 1, 29-32, es todavía vasallo del Asirio. En realidad, se trata de un personaje de ficción.

demás, aunque estaba sentada con la cabeza cubierta y mi-
5 rando al suelo. Cuando le ordenamos levantarse, se levantaron con ella todas sus acompañantes y entonces se vio cómo se distinguía de las demás, primero en talla, luego en nobleza y compostura, aunque estuviera en una actitud humilde. Y podía verse cómo le caían las lágrimas, unas
6 por el peplo y otras incluso hasta los pies. Y cuando el más veterano de nosotros dijo: «Ánimo, mujer, pues hemos oído decir que tu esposo es hermoso y noble; sin embargo, ahora te elegimos para un hombre que, sábelo bien, no le es inferior en apariencia, inteligencia ni fuerza; nosotros consideramos que, si algún hombre hay digno de admiración, ése es Ciro, a quien pertenecerás a partir de ahora.» Tan pronto como la mujer escuchó estas palabras, se rasgó el peplo de arriba abajo y comenzó a lamentarse a grandes gritos, y sus siervas se pusieron a gritar con ella.
7 En ese momento quedó al descubierto la mayor parte de su rostro, el cuello y las manos, y sabe bien, Ciro, dijo, que, en mi opinión y en la de todos los demás que la vieron, por ahora no ha nacido ni ha habido en Asia una mujer de padres mortales tan hermosa; pero es absolutamente necesario, le exhortó, que la veas tú mismo.

8 Ciro, entonces, exclamó:

—No, por Zeus, y mucho menos si es tal como dices.

—¿Y por qué?, preguntó el joven.

—Porque, respondió Ciro, si ahora, después de oírte decir que es hermosa, me dejo convencer por tus palabras para ir a verla, aunque no dispongo de mucho tiempo, me temo que ella me convenza mucho antes para volver a verla y que, quizá, a partir de ese momento, descuide yo mis obligaciones para quedarme sentado contemplándola.

Y el joven, echándose a reír, dijo: 9

Discusión sobre el amor[184]

—¿Crees tú, Ciro, que la belleza de un ser humano es capaz de obligar a alguien a actuar al margen del bien aunque no quiera? Si la naturaleza tuviera ese
poder, obligaría a todos por igual. Mira cómo el fuego 10
quema a todos por igual, pues es así por naturaleza; pero, en lo que respecta a las criaturas hermosas, los hombres se enamoran de unas y no de otras, y el uno de una, el otro de otra, pues se trata de un sentimiento voluntario, prosiguió, y cada uno se enamora de quien quiere: por ejemplo, el hermano no se enamora de la hermana, es otro el que se enamora de ella, ni el padre de la hija, sino que es otro el que se enamora de ella, pues el miedo y la ley
tienen capacidad de impedir estos amores[185]. Y, prosiguió, 11
si hubiera una ley que prohibiera tener hambre a los que no comen, tener sed a los que no beben, tener frío en el invierno y tener calor en el verano, ninguna ley sería capaz

[184] El concepto de Eros varía a los largo de la historia de la literatura griega. En Homero, *Il.* III 442, XIV 294, y *Od.* XVIII 212, se presenta como un deseo físico violento. En Hesíodo coexisten dos concepciones de Eros, de un lado como sentimiento violento semejante al que describe Homero, y de otro como principio omnipotente por encima de dioses y hombres al que se refiere Parménides y que parece tener su origen en el orfismo. Los líricos lo conciben como un elemento, a menudo cruel, que se apodera del cuerpo y la mente, cf. Alcmán, *PMG* 59; Íbico, *ibid.*, 86-87; Safo, LP 31. Con todo, el estudio más conocido acerca del amor es el de Platón, principalmente en el *Banquete* y en el *Fedro*, donde recoge diversas teorías al respecto, para acabar concluyendo que Eros es la tendencia irresistible del alma a la perfección del estado vivido antes de entrar en un cuerpo mortal.

[185] El tabú del incesto, que se encuentra también en muchas otras culturas, aparece a menudo en la literatura griega, cf. Esquilo, *Las Suplicantes*, y Sófocles, *Edipo rey*.

de conseguir que los hombres obedeciesen estos preceptos, pues la naturaleza los tiene sometidos a ellos. En cambio, el amor es un sentimiento voluntario, por lo que cada cual se enamora de las criaturas que le convienen, como de los vestidos o los zapatos.

12 —Entonces preguntó Ciró, ¿cómo, si el amor es voluntario, no lo es también el dejar de amar cuando uno quiere? Yo he visto a gente llorar por mal de amores y ser esclavos del ser amado, aunque antes de enamorarse consideraran la esclavitud un gran mal, dar gran parte de los bienes de los que hubiese sido preferible no desprenderse, y rogar a los dioses la liberación del amor, como si se tratara de una enfermedad más; con todo, no son capaces de liberarse, sino que están sujetos por una necesidad más fuerte que si estuvieran encadenados con hierro. Por ejemplo, se entregan al amado para prestarle a menudo servicios incluso superfluos y, sin embargo, no intentan huir, a pesar de tales males, sino que incluso cuidan de que el amado no huya.

13 Y el joven replicó a los argumentos de Ciro:

—En efecto, así es como se comportan; sin embargo, los individuos que siguen una conducta tal son unos miserables: por eso, creo, hacen continuamente alarde de desearse la muerte porque se sienten desgraciados; pero, habiendo como hay múltiples medios de liberarse de la vida, no lo hacen. Éstos son los mismos individuos que intentan robar y no se apartan de los bienes ajenos. Sin embargo, cuando han robado o arrebatado alguno de ellos, ¿te das cuenta de que tú, el primero, como no consideras el hurto una necesidad natural, culpas al ladrón y al salteador, y
14 no lo perdonas, sino que lo castigas? Asimismo, prosiguió, los individuos nobles no obligan a los hombres a amarlos ni a aspirar a los que no deben, pero los seres miserables,

creo, son incapaces de dominar todos sus deseos y luego culpan al amor. Por el contrario, los hombres nobles y honrados aunque deseen oro, buenos caballos o bellas mujeres, no obstante, pueden pasar fácilmente sin todos estos bienes, de suerte que no se apoderan de ellos al margen de la justicia. Así pues, yo, terminó, aun habiendo visto 15
a esa mujer y encontrándola muy bella, sin embargo, estoy a tu lado sobre mi caballo y realizo los demás deberes que me conciernen.

—Sí, por Zeus, exclamó Ciro, pero es que quizá te 16
apartaste de ella antes de dejar pasar el espacio de tiempo que la naturaleza exige para que el amor se apodere de un hombre, pues se puede tocar el fuego sin quemarse inmediatamente, y los maderos tampoco se prenden de inmediato; sin embargo, yo deliberadamente no toco el fuego, ni dirijo mi mirada hacia los seres bellos; tampoco te aconsejo a ti, Araspas, que permitas a tu mirada entretenerse en los seres bellos: como el fuego quema a quienes lo tocan, también los seres bellos inflaman a quienes los contemplan de lejos para que ardan de amor.

—Ten confianza, Ciro, dijo Araspas, que, aunque no 17
dejara de contemplarla, no hay riesgo de que sea tal el dominio que ejerza sobre mí que me lleve a cometer una acción que no deba cometer.

—Muy bien dicho. Pues bien, dijo Ciro, custódiala como te pido, y ocúpate de ella, porque quizá esta mujer nos haya venido en el momento oportuno.

Entonces, una vez dicho esto, se separaron. 18

Araspas, a pesar de su postura, se enamora de la princesa

El joven, al mismo tiempo que veía
la belleza de la mujer, se daba cuenta de
su honestidad y, a la vez que la servía
con intención de agradarla, observaba que
no era desagradecida, sino que, en justa
réplica, se ocupaba, a través de sus siervos, de que, cuan-
do él volviera a casa, tuviera lo necesario y de que, si
alguna vez caía malo, no le faltara nada; por todas estas
atenciones, el joven se enamoró de ella, y quizá no sea
extraño que esto ocurriera. En efecto, así estaban las
cosas [186].

Ciro quiere mantener sus alianzas y proseguir la guerra

19 Ciro, por su parte, queriendo que los
medos y los demás aliados se quedaran
con él voluntariamente, convocó a todos
los altos mandos y, una vez reunidos, les
20 habló en los siguientes términos: «Solda-
dos medos y todos los presentes, yo sé
de cierto que no fue la falta de dinero lo que os impulsó
a salir de campaña conmigo ni la convicción de que así
prestabais un servicio a Ciaxares, sino que la intención de
agradarme y honrarme fue la causa de que hayáis querido
acompañarme en los desplazamientos nocturnos y en los
21 peligros. Os estoy agradecido por ello —si así no fuera,
sería injusto—, pero me parece que, por ahora, no puedo
daros la recompensa que os merecéis, y no me avergüenza
decirlo. Si os dijera: 'Si os quedáis conmigo, os recompen-
saré', sentiría vergüenza, sabedlo bien, pues creo que po-
dría dar la impresión de que os lo digo para que tengáis
mayores deseos de quedaros a mi lado. En lugar de eso,
os digo lo siguiente: aunque os marchéis ya para obedecer
las órdenes de Ciaxares, sin embargo, intentaré obrar de

[186] La historia de Araspas y la bella princesa prosigue en VI 1, 31.

modo que, en caso de tener éxito en mi acción, también
vosotros me alabéis. En efecto, yo no me vuelvo, sino que 22
mantendré firmes los juramentos y los compromisos que
intercambié con los hircanios, y no se me podrá acusar
con fundamento de traición, y en cuanto a Gobrias, que
ahora nos entrega su muralla, su país y sus tropas, intenta-
ré hacer que nunca se arrepienta de haber dirigido sus
pasos hacia mí. Y, sobre todo, ya que los dioses nos 23
dan signos claramente favorables, temería sus reproches
y me avergonzaría de abandonar esta acción y marcharme
tan irreflexivamente. Así obraré yo, terminó, y vosotros
obrad según vuestras convicciones y transmitidme vuestro
parecer.» Así habló Ciro. 24

Los altos mandos lo apoyan

El primero en replicarle fue aquel que,
en una ocasión, le había dicho a Ciro que
era pariente suyo [187]: «A mí, mi rey, co-
menzó, pues me parece que eres por na-
turaleza no menos rey que el individuo
que en la colmena ha nacido para caudillo de las abejas [188],
—las abejas siempre le obedecen de buen grado, del lugar
donde se queda ninguna de ellas se aparta, y si sale en
alguna dirección, ninguna se queda rezagada, tan tre-
mendo es el deseo que tienen ellas de ser gobernadas por
él—, a mí, decía, me parece que los hombres tienen una 25
disposición de ánimo semejante hacia tu persona, pues,
cuando nos dejaste para volver a Persia, ¿qué medo joven
o viejo dejó de acompañarte hasta que Astiages nos hizo
volver?, y, cuando viniste de Persia en nuestra ayuda, vi-
mos que casi todos tus amigos te seguían voluntarios. Y

[187] Se trata de Artabazo.

[188] Un símil parecido se encuentra en *Econ.* VII 17, y en VIRGILIO, *Geórgicas* III 209.

cuando has deseado hacer una expedición a este país, to-
26 dos los medos te han acompañado gustosos. También nosotros ahora tenemos una disposición de ánimo tal que contigo, aun en tierra enemiga, tenemos valor, y sin ti sentimos temor incluso de volver a nuestro país. Los demás hombres te dirán, ellos mismos, lo que van a hacer; pero, Ciro, yo y los que están a mis órdenes nos quedaremos contigo, nos conformaremos con verte y persistiremos en recibir tus favores.»

27 A continuación de estas palabras, habló Tigranes de la siguiente manera: «Ciro, no te extrañes nunca de que guarde silencio, pues mi espíritu no está preparado para decidir,
28 sino para ejecutar tus órdenes.» Y el hircanio, por su parte, dijo: «Yo, medos, si os marcháis ahora, diría que las asechanzas de un espíritu del mal no os permiten llegar a una gran felicidad. ¿Quién con entendimiento humano se daría la vuelta cuando los enemigos huyen, no tomaría las armas cuando se las entregan o no los aceptaría a ellos ni a sus propiedades, cuando se están entregando, sobre todo teniendo un jefe que, en mi opinión, os lo juro por todos los dioses, recibe más satisfacción beneficiándoos que enriqueciéndose a sí mismo.»

29 Después del Hircanio todos los medos a una dijeron: «Tú, Ciro, nos sacaste de nuestro país. Así pues, cuando te parezca oportuno, devuélvenos allí, pero que sea contigo.» Ciro, después de oír esta súplica dirigió una plegaria a Zeus: «Poderosísimo Zeus, a ti te imploro, concédeme superar con buenas acciones la honra que ellos me prodigan.»

30 Acto seguido, ordenó a los soldados no persas que apostaran centinelas y luego se ocuparan de sus propios asuntos, y a los persas que distribuyeran las tiendas, dando a los caballeros las apropiadas a su arma y a los infan-

tes las que les bastaran, y que dispusieran que los encargados de las tiendas llevaran todo lo necesario a los persas en sus compañías, y les proporcionaran caballos muy cuidados; los persas no debían tener otra ocupación que esforzarse en los ejercicios guerreros. Y así pasó este día.

Ciro se dirige hacia el nuevo aliado, Gobrias

Se levantaron temprano y hacia Go- 2
brias se dirigieron, a caballo, Ciro y los persas que se habían convertido en caballeros, alrededor de dos mil hombres; detrás marchaban sus servidores con sus escudos y cuchillos en un número igual a ellos; y el resto del ejército marchaba detrás en formación. Ciro ordenó que cada caballero advirtiera a sus nuevos servidores que aquel de ellos que se dejara ver detrás de la retaguardia o delante del frente del ejército o fuese sorprendido en los flancos, fuera de alineación, sería castigado. Al segundo 2
día, a la caída de la tarde, se encuentran ante la fortaleza de Gobrias y ven que tiene una muralla extremadamente sólida y que en el fuerte todo está preparado para, llegado el caso, rechazar cualquier ataque con la máxima contundencia. También vieron que muchos bueyes e innumerables ovejas eran conducidas a la parte inferior de la fortificación.

Gobrias envió a Ciro un mensaje en el que le pedía 3
que, a caballo, diera una vuelta a la ciudadela para ver por dónde era más fácil el acceso y que le enviara al interior algunos hombres de su confianza para que le informaran de lo que hubieran visto dentro. Entonces, Ciro, en 4
persona, queriendo ver realmente si la muralla era expugnable en algún punto o si se demostraba que Gobrias mentía, dio una vuelta a caballo y comprobó que por todas partes era demasiado sólida para poder aproximarse; por

su parte, los hombres que había enviado a Gobrias le informaron de que, en su opinión, había en la ciudadela una cantidad tal de provisiones como para no faltar a sus moradores durante una generación.

5 Ciro estaba preocupado y se preguntaba qué significaba eso; entonces, Gobrias, en persona, salió a su encuentro e hizo salir a todos los habitantes de la ciudadela: unos cargados con vino, harina de cebada y de trigo, otros arreando bueyes, cabras, ovejas, cerdos y cualquier otro manjar, todo ello en cantidad suficiente, como para que
6 todo el ejército que acompañaba a Ciro cenara bien. En efecto, los soldados encargados de esta labor repartieron estos manjares y prepararon la cena.

Por su parte, Gobrias, una vez que todos sus hombres estuvieron fuera de la ciudadela, invitó a Ciro a entrar del modo que consideraba más seguro. Pero Ciro envió por delante a unos exploradores y a un contingente y, luego, entró él. Después de entrar, teniendo las puertas abiertas, llamó a todos sus compañeros y a los jefes del ejército
7 que lo acompañaban. Una vez dentro, Gobrias sacó copas de oro, vasos, vasijas y toda clase de adornos e innumerables daricos [189], todo ello hermoso y en abundancia, y, finalmente, a su hija, de una belleza y talla admirables, la

[189] Moneda de oro persa equivalente a 20 dracmas griegas, de un peso de 8,4 gr. En el anverso aparecía la efigie del rey con arco y lanza y en el reverso una cavidad oblonga rara vez subdividida. Su aparición aquí es un anacronismo, pues fue acuñada por primera vez por Darío, nieto de Ciro. Cf. B. V. HEAD, *Historia Nummorum. A Manual of Greek Numismatics*, Londres, 1911, pág. 826. Por su parte, G. PORAS, «Du bon usage des dariques», *Cahiers Numismatiques* 13, 48 (1976), 28-30, sugiere con poco éxito que se inventó en el siglo VII a. C. para pagar a soldados mercenarios y se basa en el testimonio de la *Anábasis* para afirmar su carácter internacional.

cual vestía de luto por la muerte de su hermano, y dijo lo siguiente:

«Yo te regalo, Ciro, todas estas riquezas y te confío a esta mi hija para que dispongas de ella a tu gusto, pero te suplicamos, yo lo hice antes por mi hijo y ella ahora por su hermano, que lo vengues.»

Ciro replicó a sus súplicas: «Entonces yo te prometí 8
que, si no me engañabas, me empeñaría con todas mis fuerzas en vengarlo, y ahora que compruebo que dices verdad, debo mantener mi promesa; también a tu hija le prometo realizar, con la ayuda de los dioses, lo mismo que te he prometido a ti. Yo, dijo, te acepto todas estas riquezas, pero se las entrego a esta tu hija y a aquel que la despose. Parto llevándome un solo regalo tuyo: si en su lugar me llevara las riquezas que alberga Babilonia [190], y eso que allí son cuantiosísimas, o las del mundo entero en lugar de lo que me has regalado, no partiría más contento.»
Y Gobrias preguntándose qué podría ser ello y en la sospe- 9
cha de que se refería a su hija le preguntó: «¿Pues qué es ello, Ciro?» Y Ciro respondió: «Creo, Gobrias, exclamó, que hay muchos hombres que no querrían ser impíos, ni delinquir, ni mentirían deliberadamente; pero, por el he-

[190] El esplendor de esta ciudad en época de Nabucodonosor (siglo VI), a la que parece referirse el texto, era legendaria. HERÓDOTO (I 177-187), cuya estancia en Babilonia fue puesta en duda a partir de F. BREDDIN, *Bedenken gegen Herodots asiatische Reise*, Marburgo, 1857, atribuye a la ciudad el perímetro exagerado de 480 estadios, es decir, más de 85 km.; habla, después, del profundo foso y las dos murallas que la circundaban, de sus numerosos edificios de 3 y 4 pisos, de su espléndido palacio real, su santuario de Zeus Belo, es decir, Bel Marduk, el zigurat, las estatuas, altares y trono de oro, el uso abundante de incienso y las obras realizadas para construir canales y desviar el Eufrates. También, en la *Cirop.* VII 2, 11, se alude al esplendor de Babilonia.

cho de que nadie les haya querido ceder riquezas importantes, ni el poder absoluto, ni una sólida fortaleza, ni hijos dignos de cariño, mueren antes de demostrar cómo eran.
10 En cambio, tú, al entregarme ahora una sólida fortaleza, toda clase de riquezas, tus tropas y una hija digna de ser poseída, me has hecho demostrar a todos los hombres que no querría ser impío con los huéspedes, ni delinquir por
11 dinero, ni incumplir pactos deliberadamente. Yo, sábelo bien, mientras sea un hombre justo y por tal reputación reciba la alabanza de los hombres, nunca olvidaré esta acción tuya, sino que intentaré devolverte todos los honores
12 que me prodigas. Y en cuanto a un marido para tu hija, no temas no encontrar uno digno de ella, pues tengo muchos buenos amigos; alguno de ellos la desposará. Sin embargo, si va a poseer tantas riquezas como tú ofreces o incluso muchas más, no podría decirte; pero sabe bien que entre ellos hay algunos que no acrecientan la admiración que te profesan por las riquezas que ofreces. Ahora me envidian y piden a los dioses que alguna vez también ellos estén en condiciones de demostrar que no son menos fieles que yo con los amigos y, que, mientras vivan, nunca se inclinarían ante los enemigos, a no ser que les trastorne una divinidad, y que, frente a la virtud y la buena reputación, no preferirían las riquezas de sirios y asirios unidas a las tuyas. Sabe bien que tales hombres están allí senta-
13 dos.» Gobrias, entonces, dijo riendo: «Por los dioses, Ciro, muéstrame ahora mismo dónde están ésos, para que te pida uno de ellos con la intención de convertirlo en hijo mío.» Y Ciro le replicó: «No te preocupes, no necesitarás mi información; si nos sigues, tú mismo podrás mostrar cada uno de ellos a otra persona.»

Gobrias admira la sobriedad de los persas

Una vez expresadas tantas alabanzas, 14
Ciro tomó la mano derecha de Gobrias, se puso en pie y salió llevándose a toda su escolta. Aunque Gobrias se lo pidió mucha veces, no quiso cenar en el interior de la ciudadela, cenó en el campamento e invitó a
Gobrias a que cenara con él. Después de reclinarse sobre 15
un lecho de hojas le preguntó lo siguiente: «Dime, Gobrias, ¿quién crees que tiene más cubiertas, tú o cada uno de nosotros?» Y él respondió: «Por Zeus, sé bien que vosotros tenéis más cubiertas y lechos, y que vuestra casa es mucho mayor que la mía, puesto que os servís de la tierra y del cielo como casa, que vuestros lechos son todos los lugares de reposo que pueda haber en la tierra, y que tenéis como cubierta no toda la lana que producen los rebaños, sino toda la maleza que hacen brotar montañas y praderas.»

Como ésta era la primera vez que Gobrias cenaba con 16
ellos, al ver la sencillez de los manjares servidos, empezó a pensar que sus hombres recibían un trato más liberal
que los persas. Y aún confirmó más esta idea al darse cuenta 17
de la mesura de la comida en común [191]; pues un varón persa bien educado no puede mostrarse emocionado ante ningún manjar o bebida por medio de miradas, de gestos de avidez, o con una disposición de ánimo que no sea la de contemplarlos como si no estuviera a la mesa. Como los jinetes para no perturbarse a caballo pueden ver, oír y hablar lo conveniente mientras están montados, así también aquéllos creen que en la comida se deben mostrar pru-

---

[191] Heródoto no habla de ninguna de estas costumbres. Más bien parece que Jenofonte traslada al ámbito persa la comida en común espartana, *syssítion*, a la que se refiere en *Rep. lac.* V 2.

108. — 19

dentes y moderados, y el hecho de dejarse excitar por manjares o bebidas les parece propio de cerdos y de bestias salvajes.

18 Se dio cuenta también de que se intercambiaban un tipo de preguntas que es más grato formular que no hacerlo, y que bromeaban sobre un tipo de asuntos sobre los que es más grato bromear que no hacerlo, y observó que las bromas que hacían se mantenían muy apartadas de la
19 injuria, la desvergüenza o la hostilidad mutua. Pero lo que le pareció más importante fue ver que unos hombres en campaña creían que no tenían derecho de recibir más alimento que los que van a correr los mismos peligros que ellos, y que consideraban que el banquete más agradable consistía en equipar lo mejor posible a quienes iban a combatir a su lado.

20 En el momento en que se levantaba para volver a su casa, se dice que Gobrias le dijo a Ciro: «Ya no me extraña que, aunque nosotros poseamos más copas, vestidos y objetos de oro, valgamos menos que vosotros; pues, mientras nosotros nos preocupamos de obtener el máximo de riquezas posible, me parece que vosotros os preocupáis de
21 ser lo mejor posible.» Éstas fueron las palabras de Gobrias, y Ciro, por su parte, dijo: «Vamos, Gobrias, preocúpate de estar aquí presente mañana temprano con tu caballería armada para que veamos tus efectivos, y nos conducirás a través de tu país para que sepamos lo que debemos considerar amigo y enemigo.»

22 Entonces, en efecto, tras pronunciar estas palabras, se marchó cada cual a sus asuntos. Cuando llegó el día, Gobrias se presentó con su caballería y les fue sirviendo de guía. Y Ciro, como conviene a un jefe, no sólo prestaba atención a la marcha, sino que, mientras avanzaba, buscaba la posibilidad de debilitar la fuerza de los enemigos y

acrecentar la suya. Llamó, pues, al Hircanio y a Gobrias 23
(puesto que consideraba que éstos eran los que mejor conocían la información que él creía necesitar) y les dijo: «Yo, amigos míos, creo que al deliberar con vosotros, como hombres de confianza, acerca de esta guerra, no cometo un error, pues veo que os es más necesario a vosotros que a mí buscar la manera de que el asirio no nos derrote, ya que, prosiguió, en cuanto a mí, si me falla este recurso, quizá tenga otro, pero en cuanto a vosotros, veo que, si él os vence, todas vuestras posesiones pasarán a manos ajenas a la vez. Pues él es enemigo mío no porque me odie, 24
sino porque cree que no le conviene que nuestro pueblo sea poderoso, y por esta razón marchó contra nosotros; en cambio, a vosotros os odia porque considera que es víctima de vuestra injusticia.» A estos razonamientos le contestaron ambos del mismo modo, diciéndole que cumpliera sus planes, pues ellos los conocían y estaban terriblemente preocupados por cómo se iban a desarrollar los acontecimientos.

Ciro busca más aliados contra el Asirio

Entonces él comenzó de la siguiente manera: 25

—Decidme, ¿cree el Asirio que sólo os tiene a vosotros en actitud hostil o sabéis si tiene también algún otro enemigo?

—Sí, por Zeus, exclamó el Hircanio, sus mayores enemigos son los cadusios [192], pueblo numeroso y valiente;

[192] Tribu de la región montañosa de Media, entre el Caspio y el Ponto Euxino. La mitología relaciona este pueblo con los persas al atribuirles un rey persa, Parsondes, que se había sublevado contra el rey Arteo por no haberle vengado de la humillación de haber vivido como mujer en el harén de Nánaro durante siete años. A lo largo de la *Ciropedia* vemos a ilustres cadusios desempeñando papeles importantes, como Datamas

y sin duda los sacas, vecinos nuestros, que han sufrido muchos desmanes de parte del rey asirio, pues intentaba someterlos como a nosotros.

26 —Así que, preguntó Ciro, ¿creéis que estos dos pueblos se unirían voluntariamente a nosotros ahora en el ataque contra los asirios?

—Por supuesto, afirmaron ellos, si tuvieran la posibilidad de unírsenos.

—Y ¿qué impide que se nos unan?, preguntó Ciro.

—Los asirios, respondieron ellos, el mismo pueblo cuyo país ahora mismo está atravesando.

27 Después de oír estas palabras, Ciro preguntó:

—Gobrias, ¿no acusas tú a este joven que ocupa en la actualidad el trono, de tener un carácter extremadamente arrogante?

Y Gobrias respondió:

—En efecto, tal es la experiencia que tengo de él.

—Y, preguntó Ciro, ¿se comportó de ese modo sólo contigo o también con algún otro?

28 —Por Zeus, exclamó Gobrias, también se portó así con muchos otros. ¿Pero es preciso enumerar la clase de afrentas que cometió contra los débiles? Por ejemplo, un varón mucho más poderoso que yo tenía un hijo que era compañero suyo, como el mío, y una vez, que estaba bebiendo con él, lo hizo prender y castrar, porque, según dijeron entonces algunos, su concubina había alabado su belleza y había estimado afortunada a la mujer que se convirtiera en su esposa, y, según él ahora dice, porque había pretendido a su concubina. Ahora éste es un eunuco, y aquél detenta el poder desde que murió su padre.

y Alceunas o realizando proezas, como Ratines, ganador de la carrera de caballos, cf. VIII 3, 32.

—Así que, preguntó Ciro, ¿crees que éste también nos 29
vería con buenos ojos, si pensara que íbamos a ir a socorrerlo?

—Estoy seguro, respondió Gobrias, pero es ciertamente difícil verlo, Ciro.

—¿Por qué?, preguntó Ciro.

—Porque, si uno quiere unirse con él, ha de atravesar la propia Babilonia.

—¿Y por qué es eso difícil?, preguntó Ciro. 30

—Por Zeus, exclamó Gobrias, porque sé que saldría de allí un contingente más numeroso que el que tú tienes ahora; y sabe bien la causa por la cual los asirios llevan menos armas y conducen menos caballos ahora que antes: porque a cuantos asirios han visto tus tropas les ha parecido que tu contingente era reducido. Este rumor se ha extendido mucho ya. En mi opinión, terminó, es mejor que marchemos con mucha precaución.

Razones por las que Ciro propone marchar sobre Babilonia

Después de oír tales razonamientos, 31
Ciro respondió en los siguientes términos: «Me parece que tienes razón, Gobrias, al aconsejarnos hacer el trayecto con la mayor seguridad posible, pero por más que busco no encuentro un camino que nos sea más seguro que el que se dirige a la propia Babilonia, si es que es allí donde está el contingente más importante del enemigo. En efecto, son muy numerosos, como dices, y si tienen confianza en sí mismos, serán para nosotros, como yo digo, motivo de temor. Si no nos ven y creen que nos mante- 32
nemos ocultos por el temor que nos inspiran, estáte bien seguro, dijo, de que se librarán del temor que han tenido y, por el contrario, tanto más se envalentonarán cuanto más largo sea el período de tiempo que estén sin vernos. En cambio, si marchamos ya contra ellos, nos

encontraremos a muchos babilonios todavía llorando los muertos que nosotros les hemos causado, a muchos todavía vendados por las heridas que han recibido de nuestras armas y a muchos todavía recordando la audacia de este nuestro ejército y, en contrapartida, su huida
33 y su desgracia. Y sabe bien, Gobrias, dijo, para que lo entiendas, que, cuando muchos hombres tienen valor, presentan un temple irresistible; en cambio, cuando tienen miedo, cuanto más numerosos son, tanto mayor y más espan-
34 toso es el temor que los posee. Pues el temor que tienen se ve acrecentado por numerosas habladurías y se reafirma por muchas actitudes miserables y por muchos rostros desanimados y desencajados; y tanta es su magnitud, que no es fácil ahogarlo con razonamientos ni infundirles ímpetu durante el avance hacia el enemigo ni promover su valor durante la retirada, sino que cuanto más se les exhorte a tener confianza, tanto más se consideran en peli-
35 gro. Sin embargo, por Zeus, exclamó, examinemos con exactitud cómo están las cosas: si las victorias en la guerra son alcanzadas por aquel de los dos contendientes que cuenta con más hombres, tienes razón al temer, también tú, por nosotros y verdaderamente estamos en peligro; sin embargo, si todavía ahora, como antes, las batallas se deciden en razón de la valía de los combatientes, no errarías al tener confianza en ti mismo, pues, con ayuda de los dioses, encontrarás muchos más hombres que
36 deseen la lucha en nuestras filas que en las suyas. Para que todavía tengas más confianza, piensa en lo siguiente: el contingente enemigo es mucho menor que antes de sufrir la derrota que les infligimos y mucho menor que cuando escaparon de nuestro acoso; en cambio, nosotros nos hemos crecido ahora que tenemos la victoria, y somos más fuertes ahora que os habéis unido vosotros a nuestras fi-

las: no menosprecies tampoco a los tuyos ahora que están con nosotros; y sabe bien, Gobrias, que a los vencedores les sigue también con confianza su séquito. Que no se te 37
escape tampoco la posibilidad de que los enemigos nos vean ahora y, sábelo bien, no nos presentaríamos ante sus ojos más terribles que si los atacáramos. Éste es mi consejo, así que, condúcenos directamente por la ruta de Babilonia.»

Incursión en Asiria y reparto del botín

Siguiendo ese camino, al cuarto día 3
llegaron a la frontera del país de Gobrias, y Ciro, tan pronto como estuvo en tierra enemiga, hizo alto y quedándose con la infantería y el contingente de caballería que le pareció conveniente, todos ellos en formación, envió al resto de la caballería a recorrer el terreno con la orden de matar a los que tuvieran armas y de traer a su presencia a los demás junto con el ganado que encontraran. Ordenó también a los persas que los acompañaran en esta misión. Muchos de ellos volvieron derribados de sus monturas, pero muchos otros trajeron abundante botín. Cuando el botín estuvo allí, Ciro reunió a los jefes 2
medos e hircanios y les habló del modo siguiente: «Amigos míos, Gobrias nos ha agasajado a todos con cuantiosos bienes. Así que, dijo, si apartamos la porción que tradicionalmente se reserva para los dioses y la porción suficiente para el ejército y le diéramos a él el resto del botín, ¿acaso, preguntó, no haríamos bien en demostrarle ya que intentamos superar los beneficios de nuestros benefactores?»
Tan pronto como oyeron estas palabras, todos las alaba- 3
ron, todos las elogiaron; entonces uno de ellos habló así:

«Sí, Ciro, haremos lo que dices, pues a mí también me parece que Gobrias nos tiene por unos mendigos, porque no vinimos cargados de daricos ni bebemos en copas

de oro; pero, si procediéramos de ese modo se daría
cuenta de que también se puede ser generoso, incluso sin
4 oro.» «Id, entonces, los exhortó Ciro, y después de dar
a los magos la parte debida a los dioses y de apartar la
porción suficiente para el ejército, llamad a Gobrias y
dadle el resto del botín.» Y aquéllos, como les había
dicho Ciro, tomaron la cantidad que debían tomar y
dieron el resto a Gobrias.

Última oportunidad para el Asirio

5 Acto seguido, el ejército se dirigió
hacia Babilonia, ordenado como cuando
había combate; pero, como los asirios no
salían a su encuentro, Ciro ordenó a Go-
brias que se adelantase a caballo para de-
cirles que, si su rey quería salir a luchar en defensa de
su país, él mismo, Gobrias, lucharía de su parte, pero que,
si no iba a defender el país, se veía obligado a someterse
6 a los vencedores. Gobrias, pues, se adelantó a un lugar
donde estuvo a seguro y le transmitió sus propósitos, y
el rey asirio le envió un mensajero con la siguiente respues-
ta: «Gobrias, tu soberano dice: me arrepiento no de haber
matado a tu hijo, sino de no haberte matado a ti también.
Si queréis luchar, venid dentro de treinta días, que ahora
no tenemos tiempo, pues todavía estamos haciendo los pre-
7 parativos.» Gobrias entonces le replicó: «Ojalá nunca cese
tu arrepentimiento, pues es evidente que te causa aflicción
desde el momento en que este arrepentimiento te posee.»

Ciro plantea atraerse a sus filas al príncipe eunuco

8 Gobrias entonces transmitió el men-
saje del rey asirio, y Ciro, después de es-
cucharlo, hizo salir a su ejército, luego
llamó a Gobrias y le dijo:

—Habla, ¿no decías tú que el prínci-
pe castrado por el rey asirio creías que
estaría de nuestra parte?

—Creo estar seguro de ello, replicó Gobrias, pues él
y yo muchas veces hemos conversado con toda confianza.

—Puesto que, en tu opinión, esa cuestión está a punto, 9
dirígete a él y, primero, actúa de modo que vosotros mis-
mos sepáis lo que dice al respecto; después, si cuando estés
con él, te das cuenta de que quiere ser amigo, debemos
procurar que no se haga pública su amistad hacia noso-
tros, pues en la guerra no hay otra actitud que benefi-
cie más a los amigos que parecer su enemigo, ni otra
actitud que dañe más a los adversarios que parecer su
amigo.

—Sé con seguridad, dijo Gobrias, que Gadatas pagaría 10
por causar un importante daño al actual rey de Asiria. Pe-
ro qué daño le podría hacer, eso lo debemos averiguar
nosotros.

—Dime, preguntó entonces Ciro, en cuanto a la plaza 11
fuerte que hay en Babilonia y que decís ha sido fortificada
en este lugar como defensa contra los hircanios y los sacas,
¿crees que, en caso de guerra, su comandante dejaría en-
trar al eunuco si fuera allí con un contingente?

—Seguro, respondió Gobrias, siempre y cuando se lle-
gara a él sin despertar sospechas, como ahora.

—¿Y estaría libre de sospechas, preguntó Ciro, si yo 12
atacara su territorio como si quisiera conquistarlo y él re-
chazara el ataque con fuerza, y, luego, yo me apoderara
de alguna de sus posesiones, y él, en justa réplica, captura-
ra algunos hombres nuestros o, incluso, mensajeros envia-
dos por mí a quienes decís que son enemigos del rey asirio,
y, a continuación, estos prisioneros le dijeran que van a
buscar un ejército y escalas para llevarlos contra la plaza,
y el eunuco, después de escucharlos, fingiera que se ha
presentado allí para advertírselo?

Entonces Gobrias dijo: 13

—Si sucede así, seguro que podría llegarse a él y que éste le pediría que se quedara allí hasta que tú te marcharas.

—Entonces, dijo Ciro, una vez dentro, ¿podríamos someter la plaza?

14 —Es verosímil, dijo Gobrias, si él colabora preparando la situación interna y tú atacas violentamente desde el exterior.

—Entonces ve, dijo Ciro, y procura no volver hasta haber explicado a Gadatas estos planes y llevarlos a cabo con él. Como prueba de nuestras buenas intenciones no puedes decirle ni mostrarle mayores garantías que las que has recibido de nosotros.

Gadatas, el príncipe castrado, colabora con Ciro para tomar una fortaleza

15 Acto seguido, Gobrias partió. El eunuco se alegró de verlo, y convino y consintió en todos los planes que había que realizar. Después de que Gobrias informó a Ciro de que todas las propuestas le habían parecido muy bien al eunuco, al día siguiente, Ciro le atacó y Gadatas trató de rechazar el ataque. El sitio que tomó Ciro era como había dicho Gada-
16 tas. Respecto a los mensajeros que Ciro había enviado indicándoles por dónde tenían que caminar [para poder conducir el ejército y transportar las escalas], a unos Gadatas les permitió huir, pero a los que tomó los torturó delante de mucha gente y, en cuanto escuchó para qué decían haber ido, preparó el equipaje y salió por la noche
17 haciendo como que iba a avisar del hecho. Finalmente, se fiaron de su palabra y entró en la plaza como si fuera a prestarles ayuda. Durante un tiempo estuvo ayudando en lo que pudo al comandante de la plaza a preparar la defensa, pero, cuando Ciro llegó, conquistó el sitio con la colaboración de los hombres de Ciro que él había hecho prisioneros.

Encuentro de Gadatas y Ciro

Inmediatamente después de este hecho, 18
Gadatas, el eunuco, puso orden en el interior de la plaza y, luego, salió a recibir a Ciro. Se postró ante él, según la costumbre [193], y le dijo:

—¡Alégrate, Ciro! [194].

—Lo hago, replicó Ciro, pues, gracias a los dioses, no 19
sólo me invitas a alegrarme, sino que incluso me obligas a ello. Estáte seguro de que yo valoro mucho el hecho de dejar amiga esta plaza para los aliados aquí presentes. Y aunque el rey asirio te haya impedido, según parece, engendrar hijos, sin embargo, no te arrebató la facultad de adquirir amigos. Y que sepas bien que con esta hazaña nos has convertido en amigos que intentaremos, en la medida de nuestras posibilidades, prestarte una ayuda no menor que la descendencia que hubieras podido tener.

Éstas fueron las palabras de Ciro. En ese momento 20
el Hircanio, que acababa de enterarse de lo ocurrido, corrió hacia Ciro y tomando su derecha le dijo:

—¡Oh alto bien de tus amigos, Ciro, de cuánto agradecimiento me haces deudor respecto a los dioses porque me han traído junto a ti!

—Ahora, dijo Ciro, ve, toma posesión del sitio, por 21
cuya ocupación me saludas tan afectuosamente, y dispónlo de modo que os sea de la mayor utilidad a vuestro pueblo, al resto de los aliados y, especialmente, dijo, a este hombre, Gadatas, que lo ha conquistado y nos lo ha entregado.

---

[193] Cf. HERÓD., I 134: «Cuando dos se encuentran por la calles... si uno es de condición mucho más humilde, saluda al otro postrándose de hinojos» (trad. de C. SCHRADER [B. C. G., 3], Madrid, 1977).

[194] Traducimos literalmente el saludo griego, *chaíre,* que se suele traducir por «¡salud!», para poder mantener el juego de palabras de la respuesta de Ciro.

22 —Pues bien, dijo el Hircanio, cuando lleguen los cadusios, los sacas y mis conciudadanos, convoquemos también a éste para que todos cuantos estemos interesados en la plaza decidamos conjuntamente cómo sacar de ella el mejor partido posible.

23 Ciro aprobó esta sugerencia. Cuando se reunieron con ellos los que tenían interés en la plaza, decidieron que la vigilaran conjuntamente aquellos a quienes beneficiaba que la plaza estuviera en manos amigas como avanzada en ca-
24 so de guerra, y fortaleza contra los asirios. Después de tomar esta decisión, los cadusios, sacas e hircanios participaron en la campaña en mayor número y con más ánimo, y de esos territorios se congregó un ejército con la siguiente composición: por parte de los cadusios, unos veinte mil peltastas y cuatro mil caballeros; de los sacas, unos diez mil arqueros de a pie y unos dos mil arqueros de a caballo [195]. Los hircanios añadieron a la infantería que habían enviado todos los infantes que pudieron conseguir y completaron su caballería hasta dos mil caballeros; pues, hasta entonces, siempre habían dejado la mayor parte de la caballería en su país porque los cadusios y los sacas eran
25 enemigos de los asirios. Durante todo el tiempo que Ciro permaneció ocupado en la administración de la plaza, gran parte de los asirios que habitaban estos lugares llevaban caballos y otros muchos aportaban armas, temerosos ya de todos los pueblos vecinos.

[195] Los manuscritos difieren en la cifra que corresponde a los efectivos de la caballería saca. Oscilan entre los veinte mil de *F*, número exagerado para un pueblo tan reducido, y los mil de *Z* y Marchant, que parece demasiado escaso. Parecen más verosímiles los dos mil de *D* y Gemoll, sobre todo a la vista del contingente de los cadusios, cuatro mil.

El Asirio se prepara a atacar

Acto seguido, Gadatas se aproximó 26
a Ciro y le comunicó que unos mensajeros habían venido para informarle de que el rey asirio, una vez enterado de lo ocurrido en la plaza fuerte, había soportado muy mal la noticia y que estaba haciendo los preparativos para atacar a su propio país.

—Pues bien, Ciro, si tú me lo permites podría intentar salvaguardar mis fortalezas; en cuanto al resto, es de menor importancia.

Entonces Ciro le dijo:

—Si sales ahora, ¿cuándo estarás en casa?

Y Gadatas le respondió: 27

—Dentro de tres días cenaré en mi país.

—¿Y crees, le preguntó Ciro, que vas a sorprender al rey asirio allí ya?

—Estoy seguro, replicó Gadatas, porque se apresurará, mientras te crea todavía lejos.

—¿En cuántos días, preguntó Ciro, podría llegar yo 28
allí con mi ejército?

A lo que Gadatas contestó:

—Numeroso es ya el ejército que tienes, señor, y no podrás tardar menos de seis o siete días en llegar a mi residencia.

—Entonces, dijo Ciro, vete tú lo antes posible y yo, en cuanto pueda, me pondré en marcha.

Partida de Gadatas y exhortación de Ciro a los aliados para auxiliarle

Entonces Gadatas partió. Ciro, por 29
su parte, reunió a todos los jefes de las tropas aliadas, y tuvo la impresión de que ya había allí un número importante de hombres nobles y valientes. Ciro, en me-
dio de ellos, les dijo lo siguiente: «Alia- 30
dos, Gadatas ha realizado unas acciones que todos noso-

tros tenemos en gran estima y lo ha hecho incluso antes de haber recibido ningún beneficio de nuestra parte. Ahora se anuncia que el rey asirio va a atacar su país. Evidentemente quiere vengarse porque, en su opinión, ha recibido un gran daño de parte de Gadatas; pero, al mismo tiempo, quizá tenga el pensamiento de que, si los soldados que desertan de sus filas para pasarse a las nuestras no van a sufrir ningún mal de su parte y, en cambio, los soldados que estén con él van a morir a nuestras manos, es verosí-
31 mil que muy pronto nadie quiera estar de su lado. Así pues, ahora, señores, me parece que haríamos bien si fuéramos en auxilio de Gadatas, nuestro bienhechor, con ánimo resuelto y, al mismo tiempo, obraríamos en justicia devolviéndole el favor, sin contar con que, en mi opinión,
32 nos beneficiaríamos a nosotros mismos. Pues, si aparecemos a ojos de todos como quienes intentan aventajar en daños a quienes nos perjudican y superar en bienes a quienes nos benefician, es verosímil que, a partir de tales muestras, muchos quieran convertirse en partidarios nuestros
33 y nadie desee ser nuestro enemigo. En cambio, si pareciera que nos desentendemos de Gadatas, por los dioses, ¿con qué clase de argumentos convenceríamos a otros de que nos sean favorables? ¿Cómo nos atreveríamos a alabar nuestras propias acciones? ¿Y cómo podría alguno de nosotros mirar a Gadatas a la cara, si siendo tantos como somos, nos superara en favores él, un hombre solo y en esta situa-
34 ción tan comprometida?» Así habló Ciro y todos aprobaron rotundamente estos planes.

Ciro marcha en auxilio de Gadatas. Alineación de su ejército

«Vamos, pues, dijo Ciro, ya que también vosotros estáis de acuerdo con estos planes. Que cada grupo encargue de las acémilas y los carros a los soldados que tengan mayor aptitud para marchar con ellos. Que Gobrias vaya al frente de ellos y los guíe, pues conoce bien los caminos y es hombre de recursos. Nosotros, por nuestra parte, dijo, marcharemos con los caballos y hombres más vigorosos equipados con provisiones para tres días: cuanto más ligera y parcamente nos equipemos tanto más a gusto desayunaremos, cenaremos y dormiremos los días siguientes. Por ahora marcharemos ordenados de la siguiente manera: en primera 36
posición marcha tú, Crisantas, conduciendo a los soldados con coraza, ya que el camino es llano y amplio, con todos los taxiarcos en cabeza, y que cada compañía vaya en fila, pues en líneas apretadas podremos marchar más segura y rápidamente. Por esto, prosiguió Ciro, ordeno a los solda- 37
dos con coraza ir en primera posición porque es la división más pesada del ejército y, si la división más pesada va en primera posición, es forzoso que todas las divisiones más rápidas la sigan sin esfuerzo; por el contrario, cuando la división más rápida va en primera posición durante la noche, no es extraño que el ejército se disperse, pues las primeras líneas se despegan del resto [196]. Detrás de éstos, con- 38
tinuó, que marche Artabazo con los peltastas y arqueros persas; detrás, el medo Andamias con la infantería meda; detrás, Embas con la infantería armenia; detrás, Artucas [197]

[196] Cf. *Anáb.* VII 3, 37: «...la regla general entre los griegos es que por la noche la tropa más lenta vaya delante...».

[197] En la *Ciropedia* es comandante de un grupo de hircanios; en cambio, en *Anáb.* IV 3, 4, aparece como comandante de los persas en Arme-

con los hircanios; detrás Tambradas con la infantería saca;
39 y detrás Datamas [198], con los cadusios. Y que todos estos jefes lleven en cabeza a los taxiarcos; a la derecha a los peltastas, y a la izquierda de su propio batallón a los arqueros, pues en este orden de marcha son de la máxima
40 utilidad. Que a éstos los sigan, prosiguió, los encargados de los bagajes de toda la tropa; que sus jefes se cuiden de que hayan empaquetado todo antes de irse a dormir, de que se presenten mañana temprano con el equipaje en el lugar fijado y de que sigan al resto ordenadamente.
41 Detrás de los encargados de los bagajes que marche el persa Madatas llevando la caballería persa, con los jefes de las compañías de caballería en cabeza; y que cada jefe lleve
42 una compañía en fila, como los jefes de infantería. Detrás de éstos y del mismo modo, el medo Pambacas con su caballería; detrás tú, Tigranes, con tu caballería, y el resto de los comandantes de caballería con los caballeros que cada uno haya traído cuando se unió a nosotros. Detrás marchad los sacas, y los últimos que vayan los cadusios, porque también llegaron los últimos. Y tú, Alceunas, su jefe, ocúpate por el momento de la totalidad de la retaguardia y no permitas que nadie vaya detrás de tu gen-
43 te [199]. Ocupaos de que la marcha se haga en silencio vosotros, los jefes, y todos los hombres prudentes, pues durante la noche hay mayor necesidad de percibir y actuar por medio de los oídos que de los ojos; por otro lado,

nia. Pertenece a aquellos personajes de la *Ciropedia* que proceden de figuras contemporáneas de Jenofonte.

[198] No es un cadusio, sino un oficial persa al frente de los cadusios. El Datamas histórico pertenece a la época del propio Jenofonte y se distinguió en la campaña de Artajerjes II contra los cadusios.

[199] Los nombres de todos estos comandantes aparecen con variantes en los manuscritos.

la alteración del orden es más grave de noche que de día y tiene peor arreglo. Por tanto, hay que guardar silencio
y mantener la fila. Respecto a las guardias nocturnas, 44
cada vez que vayáis a levantar el campamento de noche, deben hacerse siempre lo más breves y con el mayor número de relevos posible para que la mucha vigilia en la guardia no perjudique a nadie durante la marcha. Cuando sea la hora de partir, hay que indicarlo por medio de la
trompeta. Y que cada uno de vosotros, con el avitualla- 45
miento necesario, se presente en la ruta de Babilonia, y que la vanguardia transmita siempre a la retaguardia la consigna de seguirla.»

Ciro conoce el nombre de cada uno de sus oficiales

Acto seguido, se fueron hacia las tien- 46
das y, mientras salían, iban comentando unos con otros cuánta era la memoria de Ciro al designar por su nombre a cuan-
tos tenía que transmitir órdenes. Ciro cui- 47
daba este detalle a propósito, porque le parecía sorprendente que cada artesano conociera los nombres de los útiles de su propio oficio, el médico conociera los nombres de todos los remedios y fármacos que utiliza, y que en cambio, el general fuera tan necio que no conociera los nombres de los caudillos que tiene a sus órdenes, a quienes por fuerza ha de utilizar como instrumentos cada vez que quiera apoderarse de una plaza, vigilarla, animar a las tropas o infundir temor; y si en alguna ocasión quería honrar a alguien, le parecía conveniente dirigirse a él llamándolo
por su nombre. Era de la opinión de que los soldados 48
que se consideran conocidos por su jefe desean más que se les vea realizando buenas acciones y se preocupan más
de apartarse de acciones vergonzosas. También le parecía 49
necio, cuando quería que se realizara algún trabajo, dar la orden como algunos amos en sus casas: «Que alguien

50 vaya por agua, que alguien corte la leña», pues pensaba que cuantos reciben órdenes de este modo se miran unos a otros y nadie cumple lo ordenado; todos tienen culpa, pero nadie se avergüenza de ella ni teme un castigo, porque comparte por igual y con muchos la culpa. Por estas razones, Ciro llamaba por su nombre a quien daba una orden.

Salida del ejército

51 Ésta era la opinión de Ciro en lo referente a la relación entre el jefe y sus soldados. Entonces los soldados cenaron, dispusieron las guardias, empaquetaron todo lo necesario y se fueron a acostar.
52 Cuando era media noche, se dio la señal con la trompeta, y Ciro, después de decir a Crisantas que le esperara en el camino, a la cabeza del ejército, salió con sus ayudantes de campo. Poco tiempo después se presentó Crisantas con
53 los soldados que llevaban coraza. Entonces Ciro los proveyó de guías para el camino y les ordenó marchar lentamente, porque todavía no estaban todos en camino. Él mismo, parado en el camino, hacía avanzar, en formación, al soldado que se aproximaba y enviaba a alguien a llamar al
54 que se retrasaba. Cuando estuvieron todos en camino, envió caballeros a Crisantas para que le dijeran: «Todos están ya en camino [200], así que, vamos, marcha más aprisa.»
55 Él mismo, dirigiendo su caballo lentamente hacia la vanguardia de las tropas, iba inspeccionando las compañías. A los soldados que veía marchar en buen orden y en silencio se les aproximaba a caballo y les preguntaba quiénes

[200] El griego no evita las repeticiones como lo hacen las lenguas modernas; sin embargo, en este párrafo más bien parece tratarse de una negligencia estilística del autor; cf. M. Bizos, *Xénophon. Cyropédie*, II, París, 1972², pág. 109, n. 4.

eran y, una vez enterado de su identidad, los elogiaba; en cambio, si notaba que alguien alborotaba, investigaba la causa e intentaba apagar el desorden.

Una sola cosa me ha quedado por decir de sus cuida- 56
dos durante la noche. Había mandado por delante de todo el ejército un contingente no elevado de infantes que pudieran ser vistos por Crisantas y que, a su vez, pudieran verlo a él, para que, si por medio del oído o de cualquier otro sentido, percibían algún signo sospechoso, indicaran por señas a Crisantas lo que, en su opinión, era oportuno hacer. Al frente de este contingente estaba el jefe que los mandaba, y él era quien les indicaba lo que merecía la pena decir y lo que no, en cuyo caso no molestaba con avisos innecesarios. De este modo, marcharon durante la 57
noche. Y, al llegar el día, dejó con este contingente a una parte de la caballería cadusia para que no hicieran el camino desprovistos de caballería, ya que su infantería marchaba en última posición, y al resto les ordenó dirigirse a la cabeza de las tropas, ya que también la caballería enemiga estaba en cabeza de las suyas, para, si le hacían frente, salirles al encuentro con sus fuerzas dispuestas en orden de batalla y trabar combate, y si, por el contrario, veía que lo rehuían, perseguirlos con la máxima prontitud. Siempre 58
tenía dispuesto quiénes debían realizar la persecución y quiénes debían permanecer a su lado, y nunca permitía que el orden de batalla se aflojara. Así era como Ciro condu- 59
cía el ejército. Sin embargo, él no ocupaba una sola posición, sino que de vez en cuando recorría de arriba a abajo las posiciones para supervisarlas y cuidar de sus necesidades. De este modo marchaban Ciro y sus tropas.

4

Emboscada de los asirios a Gadatas

Uno de los hombres principales de la
caballería de Gadatas, cuando vio que éste
desertaba del bando asirio, cayó en la
cuenta de que, si le pasaba algo a Gada-
tas, él recibiría del rey asirio todos sus
bienes. Así que envió al Asirio a uno de sus hombres
de confianza con la orden de que, si se encontraba con
el ejército asirio ya en tierras de Gadatas, le dijera al rey
que, si quería tenderle una emboscada, podía capturar a
2 Gadatas y a su gente. Y le encargó que le revelara la mag-
nitud del contingente que Gadatas tenía y que Ciro no lo
acompañaba. Le reveló también el camino por el que Ga-
datas iba a pasar. Y además, para inspirar más confianza,
ordenó a sus subordinados que entregaran al rey asirio la
fortaleza que precisamente tenía en las tierras de Gadatas
y todos sus enseres. Y aseguró que, si podía, vendría des-
pués de haber matado a Gadatas, y que, si no, se reuniría
3 más adelante con los asirios. El soldado encargado de esta
empresa cabalgó a todo galope y, cuando llegó a presencia
del rey asirio le reveló la finalidad de su venida. Aquél,
nada más escuchar sus noticias, se apoderó del lugar y se
emboscó en un conjunto de aldeas, provisto de un nume-
4 roso contingente de caballería y carros. Tan pronto como
Gadatas estuvo próximo a las aldeas, envió unos explora-
dores a inspeccionar el terreno. El Asirio, por su parte,
cuando se enteró de que los exploradores se acercaban,
ordenó que salieran dos o tres carros y unos pocos caba-
llos y emprendieran la huida para dar la impresión de que
tenían miedo y de que eran un número reducido. Ante esta
huida, los exploradores los persiguieron e hicieron señas
a Gadatas, quien, también engañado, los persiguió a todo
galope. En cuanto los asirios vieron que podían alcanzar-
5 lo, salieron de su emboscada. Al verlos, como es natural,

Gadatas y sus hombres huyeron, y ellos, como es natural
también, comenzaron a perseguirlos. Entonces, el oficial
que intrigaba contra Gadatas lo golpeó y erró el golpe mor-
tal, pero lo alcanzó en el hombro. Tras hacer esto, se alejó
hasta hallarse con el resto de los perseguidores. Dio a co-
nocer su identidad, se unió a las filas asirias y, poniendo
su caballo a galope tendido, acompañó con ardor al Asirio
en su persecución. Entonces quedó claro que quienes po- 6
seían los caballos más lentos eran alcanzados por los
que poseían los más rápidos. Y los jinetes de Gadatas,
que ya estaban acosados por el agotamiento causado por
la carrera, observaron que Ciro se acercaba con el ejército.
Hay que imaginar la alegría con la que se lanzaron como
a puerto tras la tempestad.

Ciro venga a Gadatas

Al principio, Ciro se sorprendió de la 7
huida; pero, cuando se dio cuenta de la
situación, mientras toda la caballería ene-
miga avanzaba a su encuentro, también
él condujo la suya en formación contra
ellos, y cuando los enemigos se percataron de la realidad,
se dieron la vuelta para huir. Entonces, Ciro ordenó a los
soldados encargados de ello que los persiguieran, y él mis-
mo con el resto del ejército los fue siguiendo de la manera
que creyó conveniente. Entonces se apoderaron de algu- 8
nos carros, bien porque los aurigas habían ido cayendo
cuando daban la vuelta o en otra circunstancia, bien por-
que fueron quedando interceptados por los jinetes. Mata-
ron al oficial que había herido a Gadatas y a muchos otros.
Respecto a la infantería asiria que se encontraba poniendo 9
sitio al territorio de Gadatas, una parte se refugió en la
fortaleza que había desertado de Gadatas, mientras que
otros, adelantándose a los enemigos, se dirigieron a una

importante ciudad asiria donde el propio rey asirio se había refugiado con los caballos y carros.

Ciro va a visitar a Gadatas para interesarse por su salud

10 Tras llevar a cabo estas acciones, Ciro volvió al país de Gadatas, donde dio las órdenes pertinentes a quienes debían custodiar a los prisioneros y, en seguida, fue a ver cómo se encontraba de su herida Gadatas. Cuando iba de camino, Gadatas le salió al encuentro con la herida ya vendada. Ciro se alegró de verlo y le dijo:

—Venía para ver cómo éstas.

11 —Por los dioses, exclamó Gadatas, y yo venía a ver exactamente cuál es la apariencia del hombre que tiene tal espíritu, de quien sé que, sin necesitarme para nada, sin haberme prometido realizar estas acciones y sin haber recibido ningún favor a título privado por mi parte, sino porque te pareció que yo había ayudado de algún modo a tus amigos, me socorriste tan resueltamente que, si por mí hubiera sido, ahora estaría muerto, pero, gracias a ti,
12 me he salvado. Por los dioses, Ciro, si yo hubiese sido como era de nacimiento y hubiera engendrado hijos, no sé si hubiera logrado alguna vez tener un hijo que se comportara conmigo del modo que tú lo has hecho, porque sé que otros hijos, y en particular el que ahora es rey de Asiria ha atormentado a su padre mucho más de lo que ahora te puede atormentar a ti.

13 Ciro, entonces, le replicó del siguiente modo:

—Gadatas, verdaderamente has omitido un hecho mucho más admirable que la admiración que ahora me profesas.

—Y ¿qué es ello?, preguntó Gadatas.

—El hecho de que un número tan elevado de persas, medos, hircanios y todos los armenios, sacas y cadusios aquí presentes se hayan esforzado tanto por ti.

Gadatas entonces comenzó esta plegaria: «Zeus, que los 14
dioses les otorguen muchos bienes y, sobre todo, al responsable de que sean de este modo. Sin embargo, para que podamos, Ciro, complacer a estos que elogias como se merecen, acepta tú estos dones de hospitalidad con que puedo obsequiarte.» Y, al mismo tiempo, le ofreció muchas y variadas ofrendas, de suerte que quien lo quisiera, pudiera hacer un sacrificio, y todo el ejército los agasajó como correspondía a las hazañas realizadas y al éxito conseguido.

El rey cadusio paga con su vida y la de muchos de sus hombres su imprudencia

El rey cadusio, que estaba en la reta- 15
guardia, no había tomado parte en la persecución y, queriendo realizar también él alguna acción brillante, sin consultar con Ciro ni decirle nada atacó la región de Babilonia. Mientras su caballería marchaba dispersa, el rey asirio salió de la ciudad donde se había refugiado y fue a su encuentro con el ejército en buen orden. Cuando se dio cuenta de que los cadusios avan- 16
zaban solos, los atacó, mató a su jefe y a muchos otros, se apoderó de algunos caballos y les arrebató el botín que llevaban. Después de perseguirlos hasta donde creyó que era lugar seguro, se volvió. Y de los cadusios que se habían salvado los primeros en llegar al campamento lo hicieron por la tarde.

Ciro se ocupa de los heridos

Cuando Ciro se percató de lo ocurri- 17
do, salió al encuentro de los cadusios, y al que veía herido lo tomaba consigo y se lo enviaba a Gadatas para que lo curara, y al resto lo reunió en una tienda cuidando de que enviaran provisiones. Y tomó como ayudantes para

esta tarea a homótimos persas, pues en tales circunstan-
18 cias los hombres nobles desean esforzarse. Ciro estaba
visiblemente muy afectado, y mientras los demás cenaban
cuando ya era la hora, él todavía estaba con los sirvientes
y médicos para no dejar a nadie sin auxilio a sabiendas,
los examinaba con sus propios ojos o, si no podía hacerlo
él personalmente, se le veía enviar a gente que los cuidara.

Ciro saca una lección de lo ocurrido y planea la venganza

19 Después de esto, se fueron a acostar.
Con la llegada del día, Ciro convocó, por
medio de un bando, a la totalidad de los
cadusios y a los jefes de los demás alia-
dos y les habló en los siguientes térmi-
nos: «Aliados, lo que nos ha ocurrido es humano, porque
creo que no tiene nada de extraño que quien es hombre
yerre. Sin embargo, merece la pena que saquemos algún
provecho de lo ocurrido: la lección de que nunca un con-
tingente más débil que el de los enemigos se separe del
20 grueso del ejército. Y no digo, prosiguió, que no haya que
ir, en caso de necesidad, con un destacamento todavía me-
nor que el que en esta ocasión se llevó el cadusio, sino
que, si algún ofical avanza de acuerdo con quien sea capaz
de prestarle ayuda, es posible que caiga en una trampa,
pero es posible que el oficial que se ha quedado atrás en-
gañe a los enemigos y los desvíe para separarlos de las
tropas que hayan efectuado la salida, y es posible que a
base de ocasionar problemas a los enemigos dé seguridad
a los amigos. De este modo, aun estando él lejos no estará
ausente, sino que se mantendrá en contacto con su ejérci-
to. En cambio, quien se aleja sin haber consultado su sali-
da, donde quiera que sea, no correrá distinta suerte que
21 si marchara a la guerra solo [201]. En lugar de obrar así,

[201] Con respecto a la conveniencia de no arriesgarse en vano, cf. *Jef. Cab.* IV 13.

prosiguió, si la divinidad lo quiere, castigaremos a los ene-
migos sin demora. En cuanto desayunéis, os llevaré al lu-
gar de los hechos y enterraremos a los muertos al mismo
tiempo que mostraremos a los enemigos, allí donde creen
haber vencido, que hay otros soldados más fuertes que ellos,
si la divinidad lo quiere. Si no salen a nuestro encuentro,
incendiaremos sus aldeas y devastaremos el país para que
no sientan regocijo a la vista de las desgracias que nos
han ocasionado, sino que se aflijan ante la contemplación
de sus propios males, de manera que ni siquiera puedan
ver con agrado el lugar donde mataron a muchos alia-
dos nuestros. El resto de los hombres id a desayunar; pero 22
vosotros, cadusios, retiraos y antes de nada elegid, de acuer-
do con vuestra ley, a vuestro propio jefe, que se ocupará de
vosotros con ayuda de los dioses y nuestra, si la necesitáis,
y después que hayáis hecho la elección y hayáis desayuna-
do, enviadme al elegido.» Así hicieron. Ciro, por su parte, 23
sacó al ejército y colocó en su puesto al oficial elegido
por los cadusios y le ordenó llevar la compañía sin sepa-
rarse de él para que «si podemos, dijo, recuperemos la
moral de los hombres». Así avanzaban. Cuando llegaron
al lugar, enterraron a los cadusios y devastaron el país.
Hecho esto, volvieron al país de Gadatas con las provisio-
nes procedentes de tierra enemiga.

Pacto con el Asirio en favor de los campesinos babilonios

Al darse cuenta Ciro de que los pue- 24
blos vecinos de Babilonia que se habían
pasado a su bando lo iban a pasar mal
si no estaba él allí permanentemente, or-
denó a todos los enemigos que dejaba en
libertad que le dijeran al rey asirio, a quien él en persona
envió un heraldo con el mismo mensaje, que estaba dis-
puesto a dejar en paz a los agricultores, sin dañarles, si
aquél accedía a permitir que los agricultores que se habían

25 pasado al bando de Ciro cultivaran la tierra. «Aunque pue-
des impedírselo, dijo, se lo impedirás a unos pocos, pues
reducida es la tierra de los que se han pasado a mi bando;
en cambio, extensa es la tierra que yo te permitiría que
estuviera en cultivo. Además, si hacia la época de la reco-
lección hay guerra, creo que el vencedor de la contienda
la disfrutará; en cambio, si hay paz, prosiguió, evidente-
mente serás tú quien la disfrute. Por otro lado, en caso
de que alguno de los míos levante las armas contra ti o
uno tuyo contra mí los castigaremos los dos, en la medida
de nuestras posibilidades.»
26 Ciro, transmitió al heraldo este mensaje y lo envió a
Asiria. Cuando los asirios lo oyeron, hicieron todo para
convencer al rey de que aceptara esta propuesta y redujera
27 al mínimo los efectos de la guerra. El rey asirio convino
con esta propuesta, ya convencido por sus compatriotas,
ya porque él mismo así lo quería, y se firmaron los acuer-
dos por los que habría paz para los agricultores y guerra
28 para los que se levantaran en armas. Éstas fueron las ac-
ciones que realizó Ciro respecto a los agricultores. En cuanto
a las partidas de ganado, ordenó a sus amigos que, si que-
rían, las guardaran en sus propios dominios; ellos, por
su parte, sacaron de donde les fue posible botín enemigo
para que la expedición fuera más agradable a los aliados,
pues los peligros son los mismos prescindiendo de tomar
provisiones, pero el avituallamiento a base de los que
se arrebata a los enemigos parece hacer más ligero el
servicio de campaña.

Gadatas colma de obsequios a Ciro y le expone sus pesares

29 Cuando Ciro ya se preparaba para ir-
se, se presentó Gadatas cargando y lle-
vando numerosos y variados presentes,
como corresponde a una casa importan-
te, y también caballos que había arreba-
tado a sus propios caballeros de los que no se fiaba por

la conspiración. Cuando se aproximó, le dirigió las siguien-
tes palabras: «Te entrego ahora, Ciro, estos presentes para 30
que hagas uso de ellos en caso de necesidad, y considera
el resto de mis posesiones tuyas también, pues no hay ni
habrá ningún descendiente mío a quien dejar mi casa, sino
que es forzoso, dijo, que con mi muerte desaparezca toda
mi estirpe y mi nombre. Y te juro por los dioses, que todo 31
lo ven y todo lo oyen, Ciro, exclamó, que he sufrido estas
desgracias sin haber dicho ni hecho nada injusto ni vergo-
zoso.» Y, mientras pronunciaba estas palabras, lloraba su
suerte hasta que ya no pudo seguir hablando. Ciro, des- 32
pués de escuchar su desgracia, se compadeció de él y le
habló del modo siguiente: «Acepto los caballos, comenzó,
porque te será de utilidad que se los entregue a gente me-
jor intencionada que la que, al parecer, tenía ahora, y
yo completaré más rápidamente la caballería persa hasta un
número de diez mil jinetes, de lo cual hace tiempo estaba
deseoso. Pero el resto de las riquezas llévatelas y guárdalas
hasta que me veas tan rico que pueda pagar tu generosidad
en una medida no inferior a la tuya. Pero, si antes de par-
tir me das más de lo que has recibido de mí, por los dio-
ses, no sé cómo haría para no sentir vergüenza.» A lo cual 33
Gadatas replicó: «Yo te confío estas riquezas, comenzó,
porque veo cómo eres. Sin embargo, respecto a quién las
debe guardar, mira si soy yo el adecuado. Mientras éramos 34
amigos de los asirios la hacienda de mi padre parecía la
más hermosa, pues al estar próximos a la gigantesca ciu-
dad de Babilonia disfrutábamos de todas las ventajas de
una ciudad importante y nos apartábamos de sus incomo-
didades viniendo aquí, a nuestro país. En cambio, ahora
que somos enemigos, cuando tú te vayas, seremos objeto
de asechanzas nosotros y nuestra casa, y creo que llevare-
mos una vida miserable al tener próximos a los enemigos

35 y verlos más poderosos que nosotros. Quizá alguien podría decir: '¿Y por qué no pensaste en estas consecuencias antes de hacer defección de Asiria?' Porque, Ciro, mi alma, debido a la injuria recibida y a la indignación consiguiente, no vivía pendiente de lo que fuera más seguro, sino que siempre albergaba la idea de que alguna vez, acaso, sería posible vengarse del enemigo de dioses y hombres, que vive en odio continuo no ya hacia quien lo injurie, sino hacia quien tenga la sospecha de que es mejor que él.
36 Creo que, como él es un malvado, se valdrá de unos aliados que, en su totalidad, sean más malvados que él. Pero, si aparece alguien mejor que él, tranquilo, Ciro, no será necesario que luches contra el hombre bueno, porque aquél se bastará para arreglárselas hasta que consiga destruir a quien es mejor que él. Sin embargo, para causarme tribulaciones con ayuda de estos malvados creo que no le costará mucho ser más poderoso.»

Ciro y Gadatas salen para Babilonia tras dejar una guarnición en la fortaleza

37 A Ciro entonces le pareció que las palabras que acababa de oír merecían atención y, al punto, le dijo: «Gadatas, ¿por qué no hemos reforzado con una guarnición la fortaleza para que esté a salvo y la puedas utilizar sin peligro, cuando vayas a ella? ¿Y por qué no sales de campaña con nosotros, para que, si los dioses están, como ahora, con nosotros, sea el rey asirio quien te tema y no tú a él? Trae contigo aquella de tus pertenencias que te sea agradable de ver o aquel cuya compañía te complazca y ponte en marcha. Tú, a mi parecer, podrías serme de mucha utilidad y yo, por mi parte, intentaré favorecerte en lo que
38 pueda.» Después de escuchar estas palabras de Ciro, Gadatas respiró y preguntó:

—¿Tendría tiempo de hacer los preparativos para la marcha antes de que te vayas? Porque quiero llevar a mi madre conmigo.

—Por Zeus, respondió Ciro, claro que tendrás tiempo. Esperaré hasta que me digas que todo está preparado para salir.

Reforzamiento de la fortaleza y salida de Gadatas con Ciro

Entonces Gadatas se retiró y, después, 39
con la ayuda de Ciro, reforzó la fortaleza con una guarnición y equipó todos sus rincones con cuanto una mansión se habilita bien. Llevaba con él a muchos, entre los que había gente fiel, que era de su agrado, y otros de los que desconfiaba, pero a quienes obligó a llevar consigo, a unos, a sus mujeres y, a otros, a sus hermanas, para retenerlos ligados por estos vínculos. Ciro, por su 40
parte, salió en seguida con Gadatas y su escolta. Era Gadatas quien indicaba el camino y los lugares con más abundancia de agua, forraje y trigo para acampar en ellos.

Necesidad de evitar la proximidad de Babilonia

Cuando en su marcha Ciro divisó Ba- 41
bilonia, le pareció que el camino por el que iba llevaba a la muralla misma, llamó a Gobrias y a Gadatas y les preguntó si había otro camino para no conducir al ejército tan cerca de las murallas. Y Gobrias le respon- 42
dió: «Hay muchos caminos, señor, pero, al menos yo, creía que en este momento querrías conducir al ejército lo más cerca posible de la ciudad para hacer ver al rey asirio que tu ejército ya es numeroso y bien armado, ya que cuando tenías uno más pequeño marchaste hacia la muralla misma y vio que no éramos muchos. En cambio, ahora, si está algo preparado, como anunció que haría para luchar contra ti, sé que, después de ver tu contingente, volverá a parecerle que el suyo está sin preparar en absoluto.»

43 Ciro le respondió: «Paréceme, Gobrias, que te extrañas de que la vez que vine con un ejército mucho más pequeño avanzara hacia la muralla y que, en cambio, ahora que tengo un contingente mayor, no quiera conducirlo al pie mismo de la muralla.

El orden de marcha no debe ser el mismo al atacar y al desfilar ante los enemigos

44 »Pues no te extrañes, dijo, porque no es lo mismo avanzar contra el enemigo que desfilar ante él. En efecto, en el ataque todos avanzan en el orden de batalla con el que les parece que van a luchar mejor, y los hombres prudentes emprenden la retirada por el camino más seguro y no por el más
45 rápido. En cambio, para desfilar ante los enemigos es forzoso hacerlo con los carros en columna y los bagajes muy extendidos uno tras otro: todo ello debe permanecer cubierto por la defensa de hombres armados para que los enemigos de ninguna manera vean los equipajes desprovistos de
46 defensa armada. Este orden de marcha obliga a que la fuerza combatiente se desguarnezca y debilite; así pues, si los enemigos quisieran caer sobre nosotros en masa desde la muralla, por dondequiera que atacaran trabarían combate con mucha más fuerza que los que desfilan ante ellos.
47 Además, quienes pasan en una larga hilera tienen lejano el posible auxilio; en cambio, quienes se alejan poco de las murallas para marchar sobre un enemigo próximo pueden avanzar a la carrera o retroceder.

48 »Si nosotros desfilamos sin alejarnos tanto como ahora nos hemos extendido al marchar, se percatarán del número de nuestro ejército, pero una multitud siempre pa-
49 rece terrible por obra de las armas que la rodean. Y, si, marchando nosotros de esta suerte, se lanzaran ellos contra un punto cualquiera del ejército, no nos cogerían desprevenidos porque los veríamos venir desde muy lejos. Y

además, señores, dijo, ni siquiera lo intentarán, ya que deberán apartarse mucho de las murallas, a no ser que supongan que el total de su contingente es superior al nuestro, pues temen la retirada.» Después de estas palabras de 50
Ciro, era opinión de los presentes que tenía razón, y Gobrias los condujo como Ciro había sugerido. Mientras el ejército fue pasando ante la ciudad, Ciro no se alejó en ningún momento hasta haber reforzado la parte del ejército que quedaba por pasar [202].

Después de marchar del modo indicado durante los días siguientes, llegó a la frontera de asirios y medos de donde, precisamente, había salido. Allí, por cierto, había tres fortalezas asirias: una, la más débil, la tomó el propio Ciro tras un violento ataque y, en cuanto a las otras dos, Ciro convenció a sus vigilantes para que las entregaran por el temor que inspiraba su persona y el poder de persuasión de Gadatas.

Ciro invita a Ciaxares a su campamento para hacer planes

Una vez realizadas estas acciones, Ciro envió un mensaje a Ciaxares pidiéndole que fuera al campamento para deliberar acerca de la utilización de las fortalezas conquistadas, y para que, después de pasar revista al ejército, diera su opinión respecto de las acciones posteriores. «Y dile, prosiguió, que, si él me invita, sería yo quien acudiera a acampar con él.» El men- 2
sajero partió hacia el campamento de Ciaxares para trans-

[202] Este párrafo (V 4, 41-50) es un auténtico tratado de sabiduría militar, a pesar de su brevedad. Todo él presenta una unidad indiscutible y los términos que aparecen están relacionados. Se trata de una formulación preexistente y no acuñada por Jenofonte, probablemente de una fuente jónica, cf. H. R. BREUTENBACH, en PAULY-WISSOWA, *RE*, II B 1, col. 1735.

mitirle este mensaje. Entretanto, Ciro ordenó que acondicionaran del modo más confortable, a base de los enseres que tenía, la tienda del rey asirio, que los medos habían seleccionado para Ciaxares, y que introdujesen en el gineceo de la tienda a la mujer y las cantantes que le habían
3 sido reservadas. Ellos siguieron estas instrucciones. Por su parte, el mensajero enviado a Ciaxares le transmitió el mensaje ordenado. Ciaxares, después de escucharlo, determinó que era mejor dejar el ejército en la frontera, pues los persas que Ciro había mandado llamar habían llegado y su-
4 maban cuarenta mil entre arqueros y peltastas. A la vista de los muchos daños que habían ocasionado en Media, Ciro opinó que sería más agradable despedirlos que recibir otra tropa. En efecto, conforme al mensaje de Ciro, el jefe que había traído el ejército procedente de Persia preguntó a Ciaxares si precisaba parte de su ejército y, como éste le respondió que no, el mismo día, nada más enterarse de que Ciro estaba en la zona, dirigió el ejército hacia allí.

5

Envidia de Ciaxares ante la magnificencia de Ciro

Al día siguiente, Ciaxares se puso en marcha con la caballería meda que se había quedado con él. Cuando Ciro se enteró de que se aproximaba, salió a su encuentro con la caballería persa, que ya era numerosa, y la totalidad de las tropas medas, armenias, hircanias y los más diestros jinetes y mejor armados del resto de las tropas aliadas, para exhibir su poderío ante
6 Ciaxares [203]. Pero, cuando Ciaxares vio que la comitiva que seguía a Ciro estaba formada por un número elevado de soldados apuestos y valerosos, y que, en cambio, la es-

[203] El hecho de hacer alarde del poder propio no estaba mal visto, sino que era considerado conveniente para mantener la autoridad y ser respetado.

colta que lo acompañaba a él era reducida y de poco valor, le pareció una deshonra y le entró pena. Cuando Ciro, después de bajarse del caballo, se dirigió a él para besarlo, según la costumbre, Ciaxares desmontó y se dio la vuelta.
Y en vez de besarlo, dejó ver sus lágrimas. Acto seguido, 7
Ciro ordenó al resto de la tropa que se apartara para descansar y, tomando a Ciaxares de la diestra, lo apartó del camino hacia un paraje bajo unas palmeras, ordenó que extendieran en el suelo unos tapices medos [204] y, después de ofrecerle asiento y sentarse él también a su lado, le habló del modo siguiente:

—Por los dioses, tío, dime, ¿por qué estás ofendido 8
conmigo? ¿Qué molesta a tu vista para conducirte de una manera tan ruda?

Entonces Ciaxares respondió:

—Es, Ciro, porque, aunque la fama me atribuye un padre y unos ancestros regios hasta donde llega la memoria de los hombres, y me tengo yo mismo por rey, compruebo que vengo equipado de una manera tan pobre e indigna de un rey, y que tú, en cambio, te presentas grandioso y magnífico ante mi escolta y el resto de las tropas.
Creo que es duro sufrir esta humillación de parte de los 9
enemigos, pero, Zeus, mucho más duro si es de parte de quienes menos debía haberlo sufrido. Pues considero que con más gusto descendería bajo tierra diez veces antes que dejarme ver tan pobre y ver yo que los míos se despreocupan y se ríen de mí. En efecto, no ignoro, dijo, que no sólo tú eres más fuerte que yo, sino que incluso mis esclavos, que vienen a mi encuentro, son más poderosos que

[204] Los tapices iranios parece que eran conocidos en Grecia. De hecho, se ha apuntado la posibilidad de que las palabras *tápes* y *tápis* «alfombra» en griego, sean de origen iranio, cf. antiguo persa *tabad-*.

yo y están más preparados para poder causarme daño que yo para lograr que sufran algo de mí.

10 Y, al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, era aún más desbordado por las lágrimas, de suerte que arrastró también a Ciro a llenar sus ojos de lágrimas.

Ciro se defiende magistralmente de los reproches de Ciaxares[205]

Después de hacer una pequeña pausa en la conversación, Ciro dijo lo siguiente:

—Pero tío, ni dices la verdad ni tienes razón, si piensas que por mi presencia los medos están dispuestos a hacerte
11 algún daño, sin embargo, no me sorprende tu indignación ni tu rencor. No obstante, si te disgustas con ellos justa o injustamente, lo dejaré de lado, pues sé que difícilmente soportarías oírme hablar en su defensa. El hecho de que un jefe se disguste al mismo tiempo con todos sus subordinados me parece un gran error, pues por infundir temor a muchos forzoso es granjearse muchas enemistades, y por disgustarse al mismo tiempo con todos, forzoso es que ellos,
12 a su vez, se unan en una conjura contra él. Por ello, sábelo bien, yo no los dejé marchar sin mí, temeroso de que, debido a tu indignación acaeciera un suceso que nos fuera a causar dolor a todos. Así pues, gracias a los dioses, mientras yo esté aquí presente, estás a salvo; sin embargo, soporto difícilmente que te consideres injuriado por mi parte, si preparándome cuanto puedo para causar los máximos beneficios a los amigos, luego parece que consigo lo
13 contrario. Pero, prosiguió, no nos acusemos a nosotros mismos tan a la ligera, sino que, si es posible, examinemos muy claramente de qué clase es mi ofensa. Yo propongo el principio más justo que hay entre amigos: si se demues-

[205] Este discurso de Ciro al modo sofístico, tiene un estilo semejante al de la defensa que hace Tigranes de su padre en III 1, 14-30.

tra que te he hecho algún mal, convengo en que he delinquido, pero, si, por el contrario, se demuestra que no he realizado ni he tenido la intención de hacerte mal, ¿no convendrás también tú, a tu vez, en que no ha habido ninguna injuria por mi parte?

—Me veo obligado a ello, replicó Ciaxares. 14

—¿Y si queda probado que te he causado beneficios y que me he esforzado en obrar lo mejor que he podido, no sería más digno de alabanza que de reproche?

—Efectivamente, sería justo, respondió Ciaxares.

—Entonces, vamos, lo instó Ciro, examinemos todas 15
mis acciones una por una, pues de este modo estará muy claro lo que en ellas haya de bueno y de malo. Comence- 16
mos, dijo Ciro, a partir del momento en que obtuve el mando que ahora detento, si te parece suficiente. En efecto, tú, habida cuenta de que un número elevado de enemigos se había unido y marchaba contra ti y contra tu país, enviaste en seguida un mensaje al gobierno persa pidiéndole que se aliara contigo y a mí, en particular, con la petición de que yo mismo procurara ir a la cabeza de los persas que acudieran en tu auxilio. ¿No me dejé yo convencer por tu llamamiento y vine a tu lado con el contingente de hombres más numeroso y mejor que pude?

—Sí, en efecto, contestó Ciaxares.

—Entonces, prosiguió Ciro, dime antes de nada si en 17
esa ocasión advertiste una injuria o, más bien, un favor mío hacia ti.

—Evidentemente, replicó Ciaxares, en esa ocasión me hiciste un favor.

—Cuando los enemigos llegaron y hubo que luchar con- 18
tra ellos, ¿notaste de alguna manera que yo evitara algún sacrificio o me ahorrara algún peligro?

—No, por Zeus, replicó Ciaxares, en absoluto.

19 —Y cuando, después que se retiraron los enemigos yo te insté a que los persiguiéramos conjuntamente, los castigáramos conjuntamente y cosecháramos conjuntamente cualquier éxito que aconteciera, ¿puedes en esas acciones acusarme de ambicionar más que tú?

20 Ciaxares no respondió a esta pregunta. Ciro, por su parte, volvió a hablar así: «Ya que prefieres callar a contestar esta pregunta, dime si te consideraste injuriado, porque, cuando, según tu opinión, la persecución no era segura te eximí de participar en ese riesgo, y, en cambio, te pedí que me enviaras parte de tu caballería. En efecto, si haciéndote esta petición yo te injurié, sobre todo habién-
21 dome ofrecido a ti como aliado, demuéstramelo.» Como también a esta pregunta callara Ciaxares, Ciro le dijo: «Si tampoco quieres responder a esto, a partir de ahora dime si de alguna manera te injurié cuando me contestaste tú que no querías interrumpir el regocijo que veías entre los medos para obligarlos a ir en busca de peligros, o si de algún modo te parece que te molesté al pedirte, además, sin preocuparme de irritarme contigo por tu respuesta, un favor que yo sabía que costaba muy poco conceder y que era muy fácil de ordenar a los medos: pues te pedí que
22 me concedieras voluntarios para acompañarme. Aun habiendo obtenido tu consentimiento, no conseguía nada si no los persuadía a ellos: así que fui a persuadirlos y, después, con tu permiso, me puse en marcha con aquellos que había persuadido. Si este hecho a tus ojos merece culpa, tampoco está libre de culpa, según parece, el que yo acepte de tus manos cualquier obsequio que me regales.
23 De modo que así partimos. Y, después de nuestra marcha, ¿cuál de nuestras acciones no ha sido notoria? ¿No fue tomado el campamento enemigo? ¿No han perecido muchos de los soldados que marcharon contra ti? Y de los

enemigos que quedaron con vida, ¿no fueron muchos despojados de sus armas y otros muchos de sus caballos? Estás viendo que los bienes de quienes antes saqueaban los tuyos ahora los traen consigo tus amigos para entregarlos unos a ti y otros a tus súbditos. Y lo más importante y 24
mejor de todo: ves que tu país se ha ampliado y que, en cambio, el de los enemigos ha decrecido, que las fortalezas enemigas están en tus manos y que tus fortalezas, que antes se hallaban en poder de los asirios [206], ahora, por el contrario, han pasado a tu poder. Si en estas acciones hubo algo que te dañó o que no te benefició, no sé entonces cómo podría decir que quiero enterarme de qué se trata; sin embargo, nada impide que me entere por ti. ¡Ea! Dime 25
lo que piensas al respecto.»

Ciaxares explica sus recelos [207]

Después de hablar de este modo, Ciro calló y Ciaxares le replicó en estos términos: «Ciro, sé que no se puede decir que lo que tú has hecho sea malo; sin embargo, dijo, sabe bien que estos beneficios son de tal naturaleza que, cuanto más numerosos parecen, tanto más me agobian. En efecto, respecto al país, 26
dijo, yo preferiría ampliar el tuyo con ayuda de mis contingentes, a ver el mío ampliado gracias a tu ayuda, porque este hecho te comporta a ti, que has realizado estas acciones, honra; en cambio, a mí, en cierto modo, deshonra. Respecto a las riquezas, me parece que sería más agradable 27
para mí regalártelas, que recibirlas de ti tal como ahora

[206] El texto dice *Syrōn*, pero evidentemente no se refiere a los habitantes de Siria, sino a los asirios; esta identificación como ha quedado dicho, es frecuente en la *Ciropedia*.

[207] Ciaxares, personalidad acomplejada, se muestra de nuevo receloso ante los éxitos del joven Ciro, como en IV 5, 8.

me las das; pues, enriquecido por tus favores, me doy más cuenta de que con ellos soy más pobre. Y, en lo tocante a mis subordinados, si hubiera visto que recibían una pequeña injuria de tu parte hubiera sentido menos dolor que ahora, al ver que han recibido grandes beneficios de ti.
28 Y si te parece, prosiguió, que soy un insensato por tener estos pensamientos, no los apliques a mí, aplícalos a tu persona y mira qué te parecen. Pues, si a los perros que crías para guardarte a ti y a los tuyos, alguien con sus cuidados se hiciera más familiar a ellos que tú, ¿acaso estarías contento con esos cuidados?
29 Si esta comparación te parece insignificante, reflexiona sobre esta otra: si a los guardias que posees para tu protección y para engrosar las filas de tu ejército alguien los tratara de modo que prefirieran ser suyos que tu-
30 yos, ¿acaso le estarías agradecido por sus favores? Y respecto a los que los hombres tienen mayor apego y cuidan más íntimamente: si un hombre cuidara de tu esposa con tanto cariño que la hiciera amarlo a él más que ti, ¿acaso estarías contento con sus favores? Creo que distarías mucho de estarlo, porque sé bien que con este proceder te
31 ultrajaría más que nada en el mundo. Pero, para referirme al ejemplo que más se asemeja a mi padecer: si alguien cuidara tanto a los persas que tú diriges, que lo siguieran más a gusto a él que a ti, ¿acaso lo tendrías por amigo? Pienso que no, que más bien, lo tendrías por un enemigo más terrible que si hubiera matado a un gran número de
32 persas. Y, por último, si alguien dijera amistosamente a uno de tus amigos que tomara cuanto quisiera y él, nada más oír ese ofrecimiento, se marchara con todo cuanto pudiera cargar y se enriqueciera a tus expensas y ni siquiera pudieras disfrutar de una vida modesta, ¿acaso podrías te-
33 ner por amigo sin tacha a un hombre tal? Sin duda, Ciro,

me parece que, ahora, si no he recibido este trato de tu parte, ha sido uno parecido; pues dices la verdad: yo te dije que te llevaras voluntarios, pero te marchaste con todas mis tropas y me dejaste solo. El botín que has capturado con ayuda de mis tropas es el que ahora me traes y con mis tropas has ampliado los límites de mi territorio. Parece que, sin ser partícipe de estas acciones afortunadas, me ofrezco como una mujer, a la caridad. A los ojos del resto de los hombres y de los de mis subordinados aquí presentes tú eres un héroe y yo, en cambio, indigno del mando.

»¿Te parece, Ciro, que éstos son favores? Sabe bien 34
que, si tú tuvieras algún tipo de inquietud por mí, de nada evitarías privarme tanto como de la dignidad y la honra. ¿Qué me aprovecha ensanchar mi territorio, si mi propia persona es deshonrada? Pues, ciertamente, yo no llegué a gobernar a los medos por ser superior a todos ellos, sino, más bien, porque ellos mismos nos consideraban a los reyes mejores que ellos en todo.»

Reconciliación

Todavía estaba hablando Ciaxares, 35
cuando Ciro lo interrumpió diciendo:

—Por los dioses, tío, si antes yo te concedí algún favor, concédeme tú también ahora lo que pida: deja de reprocharme por ahora, y, cuando hayas comprobado cuál es nuestra disposición hacia tu persona, en caso de que te sea evidente que las acciones que he realizado han sido llevadas a cabo por tu bien, entonces intercambiemos abrazos y considérame benefactor; si ha sido para lo contrario, entonces repróchame.

—Pues quizá tengas razón, dijo Ciaxares, así lo haré. 36

—¿Entonces, qué?, preguntó Ciro, ¿puedo besarte?

—Si quieres, contestó Ciaxares.

—¿Y no te darás la vuelta como hace un momento?

—No, replicó Ciaxares.

Y Ciro lo besó.

37 En cuanto medos, persas y muchos otros —pues a todos preocupaba qué saldría de esta conversación— vieron que se besaban, se regocijaron y mostraron su alegría. Ciro y Ciaxares subieron a sus caballos y se pusieron a la cabeza de las tropas. Los medos seguían a Ciaxares —pues Ciro así se lo había indicado con un signo—, y los persas iban detrás de Ciro; el resto marchaba inmediatamente detrás.

38 Después de llegar al campamento e instalar a Ciaxares en la tienda equipada para él, se ocuparon de preparar a Ciaxares lo necesario quienes habían sido encargados de
39 esta faena. Durante el tiempo de descanso del que disponía Ciaxares antes de la cena, los medos venían a visitarle, unos por su propia voluntad, la mayor parte por mandato de Ciro, y le traían presentes: uno un bello escanciador, otro un buen cocinero, otro un panadero, otro un músico, otro copas, otro una bella vestimenta. Las más de las veces, cada cual le regalaba una pieza del botín que ha-
40 bía capturado. De modo que Ciaxares cambió de parecer al observar que Ciro no apartaba a los medos de él, ni los medos lo atendían menos que antes.

Profundo sentido del deber de Ciro frente a la despreocupación de Ciaxares

41 Cuando llegó la hora de cenar, Ciaxares llamó a Ciro y, como había estado mucho tiempo sin verlo, le pidió que cenara con él. Pero Ciro respondió a su invitación: «Permíteme que no vaya, Ciaxares. ¿No ves que estos soldados aquí presentes han venido impulsados por nuestras exhortaciones? Yo no me quedaría tranquilo si diera la impresión de que los desatiendo para dedicarme a divertirme. Si los

soldados se consideran desatendidos, los que son buenos se hacen mucho más indolentes y los malos se hacen mucho más soberbios [208]. Pero tú, lo exhortó, y tanto más 42
habiendo llegado de un largo viaje, ponte a cenar ya. Si alguien te rinde honores, acógelo con cariño y trátalo con esplendidez para que te vayan tomando confianza, y yo, por mi parte, voy a dedicarme a los asuntos que te digo.
Mañana temprano, prosiguió, los altos mandos se presen- 43
tarán ante tu puerta para decidir todos nosotros contigo lo que hay que hacer de ahora en adelante. Estáte allí y plantea la cuestión de si todavía se considera oportuno proseguir la guerra, o si ya es conveniente disolver el ejército.»

Ciro propone a sus colaboradores mantener los compromisos con los aliados

Acto seguido, Ciaxares se ocupó de 44
la cena, y Ciro, por su parte, reunió de sus amigos a los más sensatos y más aptos para una eventual colaboración y les habló en los siguientes términos: «Amigos míos, gracias a los dioses se han cumplido los primeros votos que formulamos. Pues por dondequiera que vayamos, somos dueños del país: es más, vemos que los enemigos se debilitan, mientras que nosotros crecemos en número y fuerza.

»Y si los aliados que se han sumado recientemente a 45
nuestras filas quieren permanecer aún a nuestro lado, podríamos conseguir muchos más éxitos, tanto si conviniera hacer uso de la fuerza como si hiciera falta echar mano de la persuasión. Así pues, el modo de procurar que acce-

[208] SALUSTIO, *Yugurta* XXI 28, prácticamente traduce este párrafo: «....el ciudadano honrado que no se ve recompensado, lo más que puede hacer es entibiarse en sus servicios; pero el malvado, si no se le castiga, se vuelve más dañino» (trad. M. MARÍN y A. PARIENTE, Ed. Hernando, Madrid, 1985, reimpresión).

da a quedarse el mayor número posible de aliados no es
46 más asunto mío que vuestro. Como cuando hay que combatir se tiene por más valeroso al que haya sometido al mayor número de hombres, así también cuando hay que persuadir es juzgado en justicia más elocuente y eficiente quien haya conseguido mayor número de partidarios.
47 Sin embargo, no os preocupéis de hacernos una exhibición de la clase de discurso que diríais a cada uno de ellos; más bien preparadlos de modo que quienes hayan sido convencidos por cada uno de vosotros lo prueben con sus ac-
48 tos. Ocupaos vosotros de eso, dijo, y yo, por mi parte, intentaré ocuparme, en la medida de mis posibilidades, de que los soldados deliberen acerca de la expedición teniendo lo que sea necesario.»

LIBRO VI

Reunión de los altos mandos ante la puerta de Ciaxares[209]

Después de pasar así este día, cena- 1
ron y se fueron a descansar. Al día siguiente temprano, se presentaron ante la puerta de Ciaxares todos los aliados. Mientras Ciaxares se arreglaba, aun enterado de que una gran multitud se encontraba ante su puerta, los amigos de Ciro entretanto iban introduciendo unos a los cadusios, que le pedían quedarse, otros a los hircanios, algún otro a los sacas y algún otro al propio Gobrias. Histaspas introdujo a Gadatas, el eunuco, que le pedía a Ciro permanecer unidos.

Entonces Ciro, dándose cuenta de que Gadatas desde 2
hacía tiempo estaba consumido por el temor de que el ejército fuera disuelto, le dijo sonriendo: «Gadatas, está claro que te has dejado convencer por Histaspas, aquí presente,
para pensar del modo que hablas.» Y Gadatas, levantando 3

[209] En los libros VI y VII se desarrolla la campaña contra Babilonia. Las dos campañas históricas, una contra la Lidia de Creso y otra contra Babilonia, aparecen combinadas en Jenofonte, quizá con la intención de concentrar la acción y presentar el triunfo de Ciro como un prodigioso resultado final de su genio militar.

las manos al cielo, juró que, en verdad, no había sido convencido por Histaspas para pensar de este modo.

—Pero sé, dijo, que, si os marcháis, para mí será una catástrofe total; por eso, yo también me he dirigido por mi cuenta a éste para preguntarle si sabía cuáles eran tus planes.

4 Y Ciro le respondió:

—Entonces yo estoy acusando injustamente a Histaspas, aquí presente.

—Por Zeus, exlamó Histaspas, en verdad injustamente lo haces, Ciro, pues yo tan sólo le decía a Gadatas, aquí presente, que te es imposible salir de campaña, que tu padre te reclama.

5 Y Ciro dijo:

—Pero, ¿qué dices? ¿Te has atrevido a sacar a la luz este rumor quisiese yo o no?

—Por Zeus, exclamó Histaspas, lo hice porque veo que ansías sobremanera que tu celebridad circule entre los persas y demostrar a tu padre cómo has llevado a cabo cada una de tus hazañas.

Y Ciro le preguntó:

—Y ¿no deseas volver a tu casa?

—No, por Zeus, respondió Histaspas, ni siquiera deseo marcharme de aquí, sino que quiero quedarme al mando de mi ejército hasta que haga de Gadatas, aquí presente, el soberano de los asirios.

Ciaxares se considera el más indicado para abrir el debate. Opiniones del hircanio y el cadusio

6 Así era como bromeaban unos con otros tratando un asunto serio. Entonces, Ciaxares salió solemnemente arreglado y se sentó en el trono de Media. Tan pronto como estuvieron reunidos todos los que debían y se hizo el silencio, Ciaxares les habló del modo siguiente: «Aliados, ya que se da el

hecho de que yo estoy presente y soy mayor que Ciro, quizá sea natural que yo comience a hablar. Me parece que ahora es el momento oportuno para discutir, en primer lugar, si en vuestra opinión todavía es oportuno salir de campaña o disolver ya el ejército. Que cada cual hable, los exhortó, conforme a su manera de pensar sobre este mismo asunto.»

Acto seguido, el primero en tomar la palabra fue el 7
Hircanio: «Aliados, yo, por mi parte, no sé si se precisan palabras cuando los hechos mismo muestran lo que es más ventajoso. En efecto, todos sabemos por experiencia que, permaneciendo unidos, infrigimos mayor daño a los enemigos que ellos a nosotros. En cambio, cuando estábamos separados, aquéllos nos trataban del modo que más les satisfacía a ellos y verdaderamente más nos perjudicaban a nosotros.»

A continuación, tomó la palabra el Cadusio: «¿Qué po- 8
dríamos decir nosotros, comenzó, de volver cada uno a nuestro respectivo país y separarnos, ya que, según parece, no es conveniente separarse ni siquiera en el transcurso de una campaña? Por ejemplo, nosotros por haber realizado una breve campaña sin la multitud que representáis, hemos pagado las consecuencias, como sabéis» [210].

Opiniones de Artabazo y de Gobrias

A continuación Artabazo, el que, una 9
vez, se había declarado pariente de Ciro, tomó la palabra en los siguientes términos: «Yo, Ciaxares, exclamó, difiero un tanto de quienes me han precedido en el turno de la palabra, pues ellos dicen que hay que continuar la guerra permaneciendo todavía aquí; yo, en cam-

[210] Se refiere aquí este cadusio a la incursión que su jefe hizo en la región de Babilonia, hecho que le condujo a la muerte a él y a muchos de sus hombres. Cf. V 4, 15-23.

bio, digo que era en mi país cuando marchaba de campaña.
10 En efecto, a menudo, cuando nuestros bienes eran objeto de pillaje, yo acudía en su defensa, y respecto a nuestros fuertes, en la sospecha de que iban a ser objeto de maquinaciones hostiles, a menudo me daban quebraderos de cabeza por el temor y la vigilancia. En estas acciones gastaba mi hacienda. En cambio, ahora poseo sus fortalezas y no me inspiran temor, me harto con la comida de los enemigos y apuro sus bebidas. Así pues, como en mi país el régimen de vida era militar y aquí, en cambio, festivo, no me parece que haya que dar fin a este espectáculo.»

11 A continuación, Gobrias dijo: «Aliados, yo, hasta el momento presente, ensalzo la palabra de Ciro porque no ha incumplido ninguna de sus promesas. Pero si se marcha del país, el Asirio evidentemente descansará, sin pagar la pena por las injurias que intentó infligiros y por las que me infligió a mí; y yo, por mi parte, pagaré las consecuencias de haberme hecho amigo vuestro.»

Planes de Ciro para la próxima campaña de invierno

12 Después de todos éstos tomó la palabra Ciro: «Señores, no se me escapa que, si ahora disolvemos el ejército, nuestras posiciones se debilitarán y, en cambio, las de los enemigos se repondrán: pues cuantos enemigos han sido despojados de sus armas, rápidamente fabricarán otras; cuantos han sido privados de sus caballos, rápidamente conseguirán otros; y en el lugar de los que han muerto otros llegarán a la juventud y nacerán. De modo que no es de extrañar que nos puedan volver a ocasionar problemas en breve.

13 »¿Por qué pedí a Ciaxares entablar un debate sobre la disolución del ejército? Sabedlo bien: por temor al futuro, porque veo que nos atacan unos adversarios contra los que, si seguimos haciendo la guerra aquí, no podremos

luchar. Pues el invierno avanza, y aunque nosotros tenga- 14
mos cobijo, por Zeus, no lo tendrán ni nuestros caballos, ni nuestros auxiliares, ni el grueso del ejército, sin los que no podríamos continuar la campaña. Adonde hemos llegado, las provisiones han quedado consumidas por nuestras huestes; adonde no hemos alcanzado, los enemigos las han puesto al abrigo de las trincheras por temor a nosotros, de modo que ellos las tienen en su poder y nosotros no podemos hacernos con ellas.

»¿Quién, pues, es tan valiente o quién tan fuerte que 15
podría proseguir la campaña luchando contra el hambre y el frío? Por tanto, si vamos a salir de campaña en estas condiciones, digo que mejor debemos disolver voluntariamente el ejército, que ser expulsados contra nuestra voluntad por falta de recursos. Pero, si todavía queréis proseguir la campaña, digo que debemos hacer lo siguiente: intentar cuanto antes arrebatarles el máximo de plazas fuertes y asegurar el mayor número posible para nosotros; pues, si esto sucede, tendrá más provisiones aquel de los dos bandos que pueda capturar y almacenar una cantidad mayor, y sufrirá el asedio el que de los dos sea más débil.
En este momento no nos diferenciamos en nada de los que 16
navegan por los mares, pues aquéllos navegan sin descanso, pero el mar que dejan recorrido tras de sí no les resulta en absoluto más amistoso que el que les falta por recorrer. Si llegan a ser nuestras las fortalezas, efectivamente el país se sustraerá a los enemigos y todos nuestros asuntos se encontrarán bajo una mayor bonanza [211].

»Respecto a lo que quizá algunos de vosotros teme- 17
ríais: la posibilidad de que tengáis que cubrir la vigilancia en lugares muy alejados de vuestro país, no os haga vaci-

[211] Los símiles marineros son frecuentes en casi toda la literatura griega. Jenofonte en la propia *Ciropedia* acude a ellos, cf. V 4, 6.

lar; pues nosotros, ya que precisamente nos encontramos tan alejados de nuestro país, os garantizamos que cubriremos la vigilancia de las tierras más próximas a los enemigos; vosotros, en cambio, ocupad y cultivad aquellas tie-
18 rras que os son limítrofes con Asiria. En efecto, si nosotros fuéramos capaces de mantenernos a salvo mientras vigilamos las tierras vecinas de ellos, vosotros, que os procuraréis el alimento lejos de ellos, gozaréis de mucha paz, porque, en mi opinión, los enemigos no podrán descuidar a sus vecinos para tramar un ataque contra gente lejana como vosotros.»

Una vez acogidos con entusiasmo sus planes, Ciro resalta la necesidad de construir máquinas

19 Tan pronto como Ciro expuso esta propuesta, todos, de pie, expresaron su entusiasta apoyo, y Ciaxares también. Gadatas y Gobrias dijeron que cada uno de ellos construiría un fuerte, si los aliados se lo permitían, de suerte que hubiera
20 también zonas amigas para los aliados. Así pues, cuando Ciro vio que todos estaban dispuestos a realizar los planes que había expuesto, acabó diciendo: «Si verdaderamente queremos cumplir los planes que afirmamos necesarios, habría que conseguir cuanto antes máquinas [212] para demoler los muros enemigos y carpinteros para flanquear con torres nuestras plazas fuertes.»

Comienzo de las obras

21 Acto seguido, Ciaxares prometió proporcionarles una máquina que él mismo mandaría construir, otra Gadatas y Gobrias, y otra Tigranes. Ciro mismo dijo
22 que intentaría construir dos. Después de tomar estas decisiones, se procuraron ingenieros y cada

[212] Especie de grúas de las que hablan HERÓD., II 125; ESQUILO, *Los Siete contra Tebas* 132, y *Supl.* 956; TUCÍDIDES, II 76, y IV 100.

uno de ellos preparó los útiles necesarios para las máquinas; encargaron estos menesteres a los hombres estimados más indicados para ocuparse de ello.

Cuando Ciro se dio cuenta de que la realización de estos 23
proyectos iba a llevar tiempo, asentó al ejército en el lugar que, en su opinión, era más salubre y accesible para transportar allí cuanto se necesitaba; y, respecto a cuantos tramos precisaban protección, tomó medidas para que estuvieran a seguro los soldados que sucesivamente se quedaran allí, cuando en alguna ocasión hubiera que acampar lejos con el grueso de la tropa. Además, a quienes, en su 24
opinión, conocían mejor el país les preguntaba por los lugares que le supusieran mayores ventajas al ejército, y continuamente organizaba salidas encaminadas a proveerse de forraje, en parte, para conseguir el máximo posible de provisiones para el ejército, mantenerse más sanos y reponerse del cansancio de la marcha, y, en parte, para que durante los movimientos recordaran las posiciones.

El Asirio va a buscar refuerzos. Ciro mejora la caballería y los carros

En éstas estaba Ciro cuando los de- 25
sertores y prisioneros procedentes de Babilonia coincidieron en dar la misma noticia: que el Asirio había partido hacia Lidia con gran cantidad de talentos de oro y plata, otros tesoros y adornos de todo tipo. La masa de soldados comentaba que el rey asi- 26
rio ponía ya a seguro sus bienes por temor a un ataque, pero Ciro, como se daba cuenta de que había partido para reunir contra él todos los adversarios que pudiera, replicó prosiguiendo los preparativos con ánimo resuelto, en la idea de que todavía había que luchar. Y completó la caballería persa con caballos tomados unos de los prisioneros y otros de gente amiga, pues estos dones los aceptaba de todos

y no rechazaba nada, tanto si se le entregaba un arma hermosa como un caballo.

27 Organizó también la sección de carruajes sobre la base de los carros procedentes de los prisioneros y de cualquier otra procedencia posible. Y la caja del carro, que antes era de estilo troyano y que aún hoy es el sistema de carruajes propio de los cireneos, la desterró, pues anteriormente los pueblos de Media, Siria, Arabia y todos los de Asia utilizaban carros semejantes a los que siguen utili-
28 zando los cireneos en la actualidad [213]. En opinión de Ciro, el punto normalmente más potente de las tropas, ya que los hombres mejores están en los carros, hacía el simple papel de hostigamiento propio de las avanzadillas y no representaba para la consecución de la victoria una contribución importante, pues trescientos carros suponen trescientos guerreros que, a su vez, hacen uso de mil doscientos caballos [214]. Y tienen como aurigas a hombres que, como es natural, les inspiran la máxima confianza, hombres de élite, que representan alrededor de otros trescientos individuos y no infligen el más mínimo daño a los enemigos.

[213] Ciro reforma la táctica cirenaica consistente en un simple hostigamiento de las filas enemigas sin excesiva eficacia. Los cireneos eran conocídos por sus carros, cf. PÍNDARO, *Pítica* IV; SÓFOCLES, *Electra* 702; J. K. ANDERSON «Homeric, British and Cyrenaic Chariots», *Amer. Journ. of Arch.* 69 (1965), 349-352. También reforma la estructura del carro troyano dotado de una caja sin demasiada consistencia, tal como se presenta en la *Ilíada*. Cf. ID., «Ancient Greek Horsemanship», *Archiv. Intern. Hist. Sc.* 17 (1964), 188-189, y «Greek Chariot-horse Mounted Infantery». *Amer. Journ. Arch.* 79 (1975), 175-187. En realidad, la invención de estos carros blindados que aquí es atribuida a Ciro, se debe al propio Jenofonte.

[214] Se refiere, por tanto, a cuadrigas tales como las que aparecen en los relieves de Persépolis.

Así pues, desterró este tipo de carruaje y, en su lugar, equi- 29
pó los carros de guerra con fuertes ruedas para que no se rompieran fácilmente y con ejes grandes, pues todo lo que consiste en una superficie plana vuelca con menos facilidad. E hizo la caja para el auriga como una torre de madera resistente cuya altura llegaba hasta los codos para que los caballos pudieran ser conducidos por encima de las cajas. Y acorazó a los aurigas cubriéndoles todo, excepto los ojos. También aplicó hoces de hierro de dos 30
codos de largo aproximadamente a los ejes y a ambos lados de las ruedas y otras debajo del eje de cara a la tierra, para lanzarse contra los enemigos con los carros —tal como equipó los carros Ciro en aquel entonces, todavía en la actualidad los habitantes del país del Rey siguen utilizándolos [215]—. Tenía también una cantidad grande de camellos recogidos entre sus partidarios o capturados, formando todos un solo grupo.

Vehemente pasión de Araspas

Así era como Ciro llevaba a cabo es- 31
tas reformas. Pero, queriendo enviar a Lidia un espía para enterarse de las actividades del Asirio, le pareció adecuado para esta misión Araspas, el vigilante de la bella mujer cautiva [216].

He aquí, más o menos, lo que le había ocurrido a Araspas: cautivado por el amor que le inspiraba la mujer, una fuerza mayor le obligó a proponerle que tuviera relaciones

[215] Jenofonte conoce bien estos carros porque así eran los utilizados por Artajerjes en la batalla de Cunaxa (401 a. C). Cf. *Anáb.* I 7, 10, y 8, 10, donde su descripción anuncia la que aparece en la *Ciropedia*.

[216] La historia del amor de Araspas por la bella cautiva comenzó en VI 2, 18. Jenofonte mantiene el interés e introduce variedad en el relato distribuyendo en varios libros los sucesivos capítulos de la historia.

32 con él. Ella se negó y seguía siendo fiel a su esposo aun ausente, pues lo amaba apasionadamente. Sin embargo, no acusó a Araspas ante Ciro por no atreverse a enemistar
33 a dos amigos. Cuando Araspas, en la creencia de que iba a servir a la consecución de sus planes, amenazó a la mujer con que, si no aceptaba voluntariamente, lo haría contra su voluntad, ella entonces, temerosa de que la violara, ya no ocultó más la situación y envió a su eunuco a pre-
34 sencia de Ciro con orden de contarle todo. Tan pronto como Ciro hubo escuchado el relato del eunuco, echándose a reír de quien afirmaba ser más fuerte que el amor, envía a Artabazo acompañando al eunuco con la orden de transmitirle que no ejerciera la violencia con una mujer tal, pero que, si era capaz de convencerla, Ciro prometía
35 no obstaculizar su relación. Dirigiéndose Artabazo a Araspas le censuró de palabra su impiedad, falta de respeto e incontinencia, a pesar de haber sido nombrado depositario de la mujer, de suerte que Araspas lloró abundantemente por la pena que le entró, se hundía en tierra de vergüenza y se consumía ante el temor de que Ciro le infligiera algún castigo.

36 Ciro se enteró de estos temores, lo llamó y le habló a solas: «Araspas, veo que me temes y sientes una vergüenza terrible. Pon fin a estos sentimientos, pues oigo decir que los dioses sucumben ante el amor y también sé qué desgracias sufren los hombres por causa del amor, incluso los que son tenidos por muy prudentes. Es más, yo mismo me conozco lo suficiente para saber que no podría ser tan fuerte como para permanecer insensible a los encantos conviviendo con ellos. Y yo, a tus ojos, soy el responsable de este asunto por haberte encerrado con ese
37 irresistible objeto.» Y Araspas lo interrumpió diciendo: «Tú, Ciro, en esta situación te has portado como en las demás: afable e indulgente con las faltas humanas; en cambio, los demás hombres me hunden en la aflicción; pues, tan pronto como se extendió el rumor de mi desgracia, mis enemigos se complacen en ella y mis amigos se acercan a aconsejarme que desaparezca para avitar cualquier castigo tuyo como si hubiera cometido un gran ultraje.»

Ciro urde una estratagema contra los enemigos. Araspas expone la doctrina de la doble alma

Y Ciro le dijo: 38

—Sabe bien, Araspas, que por medio de esta reputación tuya puedes producirme un tremendo placer y prestar un gran servicio a nuestros aliados.

—¡Ojalá sucediera, dijo Araspas, que yo pudiera volver a serte útil en el momento oportuno!

—Si quisieras simular una deserción de mis filas para 39
pasarte a las del enemigo, creo que serías digno de crédito a sus ojos.

—Por Zeus, exclamó Araspas, y creo que a ojos de mis amigos también. Sé que podría darles como razón que huyo de ti.

—Entonces, dijo Ciro, volverías a nuestras filas con 40
un conocimiento perfecto de la situación de los enemigos. Y creo que por esta confianza te harían partícipe de sus conversaciones y deliberaciones, de suerte que no te escapará ni una sola cosa de las que queremos saber.

—Me voy ahora mismo, pues quizá una de las pruebas de fiabilidad sea dar la impresión de que he huido porque iba a recibir un castigo de tu parte.

—¿Y serás capaz de dejar a la bella Pantea? [217], pre- 41
guntó Ciro.

[217] Este nombre, a diferencia de la mayoría de los de la *Ciropedia,* no es persa, sino griego y significa, aproximadamente, «templo de todos los dioses», quizá para resaltar el cúmulo de sus perfecciones. Esta

—Sí, Ciro, respondió Araspas, pues evidentemente tengo dos almas; he filosofado ahora sobre esta doctrina con Eros, el injusto sofista [218]: en efecto, si es una sola, no puede ser al mismo tiempo buena y mala, ni desear a la vez las buenas obras y las vergonzosas, y al mismo tiempo querer y no querer realizar los mismos actos; más bien es evidente que tienen que ser dos almas: cuando domina la buena, realiza buenos actos, y cuando domina la malvada, pretende actos vergonzosos, y ahora que te ha tomado como aliado, es la buena la que domina, y con mucho.

42 —Si tú también, como tu alma, optas por irte, dijo Ciro, has de actuar del modo siguiente para inspirarles mayor confianza: infórmales de nuestra situación e infórmales de manera que lo que digas sea el mayor obstáculo para sus planes de actuación. Y sería un obstáculo que les revelaras que nos estamos preparando para atacar algún lugar de su país; pues, al oír esta noticia, es menos proba-

mujer enamorada de su esposo hasta el fin es el único personaje femenino de importancia de toda la obra, ya que Mandane, la madre de Ciro, apenas interviene y su carácter no está en absoluto perfilado. De cualquier modo, es interesante observar que estas dos mujeres representan los dos aspectos femeninos más apreciados por los griegos: el de la buena madre y el de la fiel casada.

[218] La teoría de las dos almas o de dos elementos contrarios en el alma se encuentra en PLATÓN, *Fedro* 246a-246c, representado por el mito del auriga, la razón, guiando al carro tirado por dos caballos (uno bueno, el ánimo, y otro malo, el apetito). El mismo autor, en *Banquete* 203d, presenta la oposición de elementos en el amor. En *República* 439d-e, distingue dos especies en el alma: «...llamando a aquello que razona, lo racional del alma, y aquello con que desea..., lo irracional...», y en *Leyes* 896d, habla de la existencia de dos almas, una benéfica y la opuesta a ésta. El propio JENOFONTE presenta también esta misma idea en *Mem.* I 2, 23, donde opone la templanza al deseo de placeres en un mismo individuo.

ble que se concentren con todos los contingentes, ya que cada uno teme por sus posesiones domésticas. Quédate 43
con ellos, prosiguió, el máximo espacio de tiempo posible; pues, cuanto más próximos estén a nosotros, nos será de mayor utilidad conocer sus actividades. Y aconséjales la formación que parezca más inexpugnable; pues, cuando te marches, aunque piensen que tú conoces su formación, se verán obligados a mantenerla; en efecto, no se atreverán a cambiarla y, si la cambian por otra, el orden de las filas se perturbará súbitamente.

Araspas entonces salió de la tienda de Ciro, tomó con- 44
sigo a sus más fieles auxiliares y, después de decir a unos cuantos lo que, en su opinión, convenía a la ocasión, partió.

Pantea propone a Ciro hacer venir a su esposo. Llegada de Abradatas

Cuando Pantea se dio cuenta de que 45
Araspas se había marchado, envió a Ciro el siguiente mensaje: «No te aflijas, Ciro, porque Araspas se haya pasado a los enemigos; pues, si me permites enviar un mensaje a mi esposo, yo te garantizo que te llegará un amigo mucho más fiel que Araspas y sé que estará a tu lado con el contingente de tropas que le sea posible traer; pues el padre del actual rey era amigo suyo, pero el rey actual una vez intentó separarnos a mi esposo y a mí. Así pues, como lo considera insolente, estoy segura de que se pasará gustoso al bando de un hombre de tus cualidades.» Cuando Ciro hubo escuchado estas razones, 46
la exhortó a que enviara un mensaje a su esposo. Y ella lo envió. Tan pronto como Abradatas reconoció los emblemas de su esposa [219] y, además, se dio cuenta de la si-

[219] Hemos traducido por «emblemas» *sýmbola*, que aparece en el texto. El *sýmbolon* era un signo de reconocimiento; consistía en un objeto partido en dos mitades, cada una de las cuales era guardada por las dos

tuación, marchó gozoso hacia donde estaba Ciro, llevando
consigo alrededor de mil caballos. Cuando estuvo próximo
a los vigías persas, envió un mensaje a Ciro diciéndole quién
era, y Ciro ordenó que inmediatamente lo llevaran hasta
47 su esposa. Tan pronto como se vieron ambos, la mujer
y Abradatas, se besaron como es natural que ocurra des-
pués de una situación desesperada. Acto seguido, Pantea
le habló de la piedad y prudencia de Ciro y de su compa-
sión por ella. Después de oírla, Abradatas dijo:

—¿Qué podría hacer yo, Pantea, para devolver a Ciro
el favor que nos ha hecho a ti y a mí?

—¿Qué otra cosa, respondió Pantea, sino intentar por-
tarte con él como él se ha portado contigo?

48 Acto seguido, Abradatas se dirigió adonde estaba Ci-
ro. Cuando lo vio, le cogió la mano derecha y dijo:

—A cambio de los favores que nos has hecho, Ciro,
no puedo decirte nada más notable que esto: me entrego
a ti como amigo, servidor y aliado, y en cuantos asuntos
vea que estás ocupado yo intentaré con todas mis fuerzas
convertirme en tu mejor colobarador.

49 —Yo te acepto, replicó Ciro. Y ahora te dejo libre para
que cenes con tu esposa. Otra vez deberás cenar en mi
tienda en compañía de tus amigos y de los míos.

50 Acto seguido, Abradatas, viendo que Ciro estaba ocu-
pado en el asunto de los carros falcados, y los caballos
y jinetes acorazados, intentó ayudarle contribuyendo con
cerca de una centena de carros procedentes de su propia
caballería y semejantes a los de Ciro. Él mismo se prepara-
51 ba para dirigirlos desde su carro; su carro lo había uncido

personas ligadas por algún tipo de compromiso, generalmente de hospitalidad. También eran utilizados para que los niños expuestos fueran reconocidos posteriormente. Es la *tessera hospitalitatis* de los romanos.

bajo el yugo con cuatro timones y ocho caballos. [Por su
parte, Pantea, su esposa, le había hecho con sus joyas una
coraza, un yelmo de oro y un brazalete del mismo mate-
rial] y Abradatas había equipado los caballos de su carro
con corazas todas de bronce.

Construcción de torres móviles

Mientras Abradatas realizaba estos 52
preparativos, Ciro vio que el carro de
Abradatas era de cuatro timones y cayó
en la cuenta de que podía hacerse de
ocho [220], de suerte que, con ayuda de
ocho yuntas de bueyes, trasladara la más novedosa plata-
forma de máquinas —ésta levantaba del suelo, con ruedas,
un máximo de tres brazas—. Tales torres, si iban junto 53
a una compañía, le pareció que podían llegar a ser de gran
utilidad para sus propias líneas y un gran perjuicio para
la formación enemiga. Construyó sobre las plataformas ga-
lerías circulares y parapetos, y finalmente, a cada torre hi-
zo subir a veinte soldados [221]. Cuando hubo combinado 54
todo el aparato de las torres, ensayó el transporte: las ocho
yuntas de bueyes llevaban con mayor facilidad la torre y
los soldados que iban sobre ella, que cada yunta de bueyes
el peso de sus correspondientes aparejos, porque una yun-
ta tenía un peso de aparejos de alrededor de veinticinco
talentos [222], mientras que la torre —como el grosor de sus
maderas era semejante al de una barraca [223] de teatro—

[220] El carro provisto de ocho timones parece ser fruto de la fantasía de Jenofonte.

[221] Jenofonte atribuye la invención de estas torres móviles a Ciro. Su objetivo es perjudicar las líneas egipcias, lo que conseguirán sobradamente. Cf. VII 1, 33-35.

[222] El talento ático, como medida de peso, representaba alrededor de 26 kg. Por tanto, veinticinco talentos eran aproximadamente 650 kg.

[223] Hemos traducido *skēnē* por «barraca», estructura simple que servía

con los veinte soldados y sus armas, tenía una carga de
55 menos de quince talentos [224] para cada yunta. Tan pronto como constató que el transporte era fácil, se preparó para efectuar el traslado de las torres al mismo tiempo que el ejército, porque consideraba que la superioridad en la guerra supone a la vez la salvación, la justicia y la felicidad.

Unos mensajeros indios son enviados por Ciro a espiar a los enemigos

2 Por este tiempo llegaron unos mensajeros del rey de la India trayendo dinero, y transmitieron a Ciro de parte de su rey un mensaje en los siguientes términos: «Me alegro, Ciro, de que me hayas comunicado tus necesidades, quiero ser tu huésped y te envío dinero. Si necesitas más, manda a alguien en su busca. A mis mensajeros les ha sido encomendado cum-
2 plir tus órdenes.» Después de escuchar este mensaje, Ciro dijo: «Mis órdenes son que os quedéis donde estáis acampados para vigilar el dinero y viváis del modo que más os plazca; y que tres de vosotros vayan a ver a los enemigos simulando que van de parte del rey de la India a tratar con ellos una alianza y, una vez enterados de lo que dicen y hacen, informadnos cuanto antes al rey de la India y a mí. Si cumplís con éxito esta misión, todavía os estaré más agradecido, que por haberos presentado con dinero, pues los espías con apariencia de esclavos no son capaces de enterarse ni de transmitir nada que no sepa todo el mundo; en cambio, unos hombres de vuestras prendas se informan bien, a menudo, incluso, de las decisiones mientras se están gestando [225].»

de fondo a las representaciones. A lo largo del siglo v se fue haciendo más complicada adquiriendo una forma arquitectónica.

[224] Aproximadamente, 390 kg.

Los mensajeros indios escucharon las palabras de Ciro 3
con satisfacción y fueron acogidos como huéspedes por Ciro. Al día siguiente, prepararon el equipaje y partieron habiendo hecho voto de volver lo antes posible tras haber tomado de los enemigos el máximo de información.

Juegos encaminados a entrenar para la guerra

Ciro, por su parte, seguía preparán- 4
dose magníficamente para la guerra, como corresponde a un hombre que se propone realizar una empresa no exenta de importancia. Se ocupaba no sólo de la opinión de los aliados, sino que también infundía en sus amigos un sentimiento de rivalidad mutua, de modo que cada uno demostrara la propia superioridad en el armamento, en el manejo del caballo, la lanza y el arco, y en laboriosidad. Conseguía estos objetivos organi- 5
zando salidas de caza y premiando a los vencedores de cada modalidad. Y a los oficiales que veía preocupados por que sus soldados fueran los mejores, también a éstos los estimulaba por medio de alabanzas y favores en lo que podía. Y si alguna vez hacía un sacrificio y celebraba una 6
fiesta, aprovechaba para organizar en ella certámenes de todas las actividades que los hombres practican con vistas a una guerra y otorgaba magníficas recompensas a los vencedores: y había mucha alegría en el ejército.

Ya Ciro casi había terminado de disponer todo lo que 7
quería tener preparado para la campaña, a excepción de las máquinas. En efecto, la caballería persa ascendía ya a cerca de los diez mil jinetes; los carros falcados que el

[225] Esa preocupación de Ciro por el espionaje bien hecho también aparece en *Jef. cab.* IV 7-8, y 16.

propio Ciro había equipado ascendían ya a cerca del centenar y los que Abradatas de Susa se había propuesto equipar tomando como modelo los de Ciro ascendían también
8 a otro centenar. En cuanto a los carros medos, Ciro había persuadido a Ciaxares para unificar el tipo de carruaje troyano y libio [226] por medio de una reforma. Y éstos ascendían en su totalidad a cerca del centenar. Sobre los camellos estaban colocados dos hombres por animal, que actuaban como arqueros. La mayor parte del ejército tenía la convicción de que ya habían conseguido una victoria total y que los enemigos habían sido reducidos a nada.

Informe de los espías indios

9 Éste era su estado de ánimo cuando llegaron de tierra enemiga los mensajeros indios, a quienes Ciro había enviado para espiar. Éstos le dijeron que Creso [227] había sido elegido caudillo y general de la totalidad de las tropas enemigas; que había sido decisión de todos los reyes aliados comparecer cada uno con la totalidad de sus fuerzas, aportar cuantiosas sumas de dinero y gastarlo en contratar a sueldo a los que pudieran
10 y en comprar con regalos a quien hiciera falta; que ya habían sido contratados a sueldo gran número de tracios armados con dagas; que por mar llegaban egipcios cuyo número, decían, era de unos ciento veinte mil hombres armados con escudos de los que llegan hasta los pies y grandes lanzas, como las que precisamente todavía en la actualidad llevan,

[226] Aquí «libio» es sinónimo de cirenaico. Se refiere al tipo de carro del que habla en VI 1, 27.

[227] Rey de los lidios aliado del Asirio contra los medos. Personaje histórico que vivió entre 560 y 546 a. C. Era proverbial la riqueza de su corte en Sardes. Ante el avance persa buscó ayuda en Grecia y Egipto, pero el Ciro histórico se le adelantó, tomó Sardes y lo sometió.

y alfanjes [228], y, además, también un ejército chipriota; que ya se había presentado la totalidad de la población cilicia y la de ambas Frigias, los licaones [229], paflagonios, capadocios, árabes, fenicios y asirios, acompañados del gobernador de Babilonia, jonios, eolios y casi todos los griegos que viven en Asia se habían visto obligados a marchar con Creso, quien había enviado mensajeros, incluso a Esparta, para tratar sobre una eventual alianza; que el ejérci- 11
to se estaba congregando en las proximidades del río Pactolo [230], pero que ellos tenían intención de avanzar hacia Timbrara [231], que todavía en la actualidad es el lugar de reunión de los bárbaros de la tierra baja sometidos al poder del rey, y que había sido transmitida a todos la orden

[228] Jenofonte había tenido oportunidad de conocer el armamento egipcio en Cunaxa, cf. *Anáb.* II 1, 6, y parece que le impresionaron sus escudos de madera sobre los que se extendía cuero de buey. Eran escudos pesados que se apoyaban en el brazo izquierdo hasta el hombro, su tamaño era enorme, casi como la talla del guerrero, que podía arrodillarse y quedar cubierto tras él. En el avance eran fundamentales, porque los soldados con sus escudos formaban una especie de barrera infranqueable, como en VII 1, 33. Los escudos persas, en cambio, eran más ligeros, más manejables, pero menos eficaces para la defensa. Además del escudo, los egipcios llevaban una larga lanza y un alfanje.

[229] Habitantes de Licaonia, región de Asia Menor situada entre Capadocia y Pisidia.

[230] Río que atravesaba Lidia, en Asia Menor. Nacía en el monte Tmolo y desembocaba en el Hermo. Corría por Sardes y en sus aguas llevaba arena de oro. El dios homónimo era hijo de Zeus y Leucotea, y abuelo de Pélope. Durante una fiesta de Afrodita, desfloró a su hermana sin saber su identidad y fue castigado por ello a lanzarse al río, que hasta entonces se llamaba Crisórroas, por llevar oro en suspensión, y que pasó a llamarse Pactolo. Cf. Pseudo-Plutarco, *De fluviis* VII 1; Nonno, *Dionisiaca* XII 127; XXIV 52; XLIII 411.

[231] Ciudad situada a 25 km. al NE. de Sardes, recorrida por el río Pactolo. Probablemente zona bien conocida por Jenofonte.

de transportar allí sus mercancías. Este testimonio casi coincidía con el de los prisioneros, pues Ciro se cuidaba de que fueran capturados aquellos de quienes iba a conseguir alguna información y, además, había enviado unos espías con apariencia de esclavos, que simulaban ser desertores.
12 Así pues, tan pronto como el ejército de Ciro escuchó este informe, como es natural, le entró preocupación, los soldados iban y venían con menos actividad que de costumbre, se mostraban no muy alegres, se reunían en círculo y por todas partes había intercambio de preguntas sobre las noticias, así como discusiones al respecto.

13 Cuando Ciro se dio cuenta de que el miedo cundía en el ejército, reunió a los mandos de las tropas y a todos cuantos le parecía que representaban un perjuicio por su desánimo y una ventaja por su fervor. Y advirtió a sus ayudas de campo que, si algún otro hombre de armas quería venir a escuchar sus palabras, no le obstaculizaran el paso. Una vez reunidos, les habló en los siguientes términos:

Discurso de Ciro para animar a las tropas

14 «Aliados, en verdad os he reunido por haber visto que algunos de vosotros, después de llegar las noticias procedentes de los enemigos, parecíais enteramente gentes atemorizadas. En efecto, me parece sorprendente que alguno de vosotros se haya alarmado por el hecho de que los enemigos se concentren, ya que nosotros sumamos un número mucho más elevado en este momento que cuando los derrotamos, y ahora, gracias a los dioses, estamos mucho mejor preparados que antes. ¿No
15 os animáis ante este panorama? Por los dioses, exclamó, ¿qué habríais hecho los que os alarmáis ahora si se nos hubiera anunciado que las tropas que en este momento están de nuestra parte venían en nuestra contra? ¿Y si hubie-

rais escuchado, dijo, en primer lugar, que quienes primero nos derrotaron vuelven llevando en su espíritu la victoria que entonces consiguieron; a continuación, que quienes entonces quebraron los disparos de nuestros arqueros y lanceros vienen ahora, así como otros atacantes [232] de semejantes prendas, pero multiplicados en número; además, que 16
con el mismo armamento con que éstos derrotaron entonces a nuestra infantería, así equipada también ahora su caballería marcha contra nosotros, y que han desechado las flechas y las lanzas, pero que cada uno, por separado, planea el ataque llevando sólo una potente jabalina con la intención de luchar cuerpo a cuerpo [233], y que, además, 17
vienen los carros, que no permanecerán vueltos de espalda como para huir [234] igual que antes, sino que los caballos de los carros están acorazados y los conductores están aislados en torres de madera, llevando cubierta toda parte que sobresalga de la torre con coraza o casco y llevando ajustadas a los ejes del carro hoces de hierro para lanzarse inmediatamente, también ellos, contra las filas contrarias; y que, además, tienen camellos a los que 18
montar, y que cien caballos no podrían soportar la visión de uno solo de ellos; y que, aún más, avanzan con unas torres desde las que defenderán a los suyos y os impedirán luchar con su infantería al mismo nivel porque os derribarán; si se os hubiera anunciado que así están las cosas en 19
el bando enemigo, ¿qué habríais hecho los que estáis teme-

[232] Se refiere a los aliados de los asirios: hircanios, sacas y cadusios.

[233] Un griego como Jenofonte consideraba que el verdadero combate era el del cuerpo a cuerpo.

[234] Antes de la reforma de Ciro, cuando los carros se aproximaban al enemigo el conductor se veía obligado a dar la vuelta para que el combatiente pudiera bajar de frente al enemigo.

rosos ahora, cuando se os anuncia la elección por parte de los enemigos, de Creso como general, quien tuvo peor comportamiento que los sirios [235], en tanto en cuanto los sirios huyeron después de ser derrotados en la lucha, mientras que Creso ante la derrota de sus aliados, en vez de
20 socorrerlos, emprendió la fuga? En segundo lugar, ¿no es verdad que corre la noticia de que los propios enemigos no se consideran capaces de combatiros y emplean a otros como mercenarios, en la idea de que van a luchar mejor en su defensa que ellos mismos? Sin embargo, si alguien opina que la situación siendo tal es terrible y que nuestros asuntos van mal, yo digo que a esa gente hay que enviarla a las filas enemigas, pues nos sería de mucho más provecho estando allí que aquí.»

Reflexiones de Crisantas sobre la causa del desánimo del ejército

21 Después que Ciro hubo pronunciado estas palabras, el persa Crisantas se puso en pie y se expresó del modo siguiente: «No me extraña, Ciro, que algunos adquieran un aire sombrío, después de oír las noticias, pues su estado de ánimo no es debido al temor, sino a la pesadumbre. Es como si, a unos hombres que quieren desayunar y creen que ya van a hacerlo, se les asignara un trabajo que, por fuerza, hubiera que realizar antes del desayuno; nadie, creo, se alegraría de oír estas órdenes. Pues bien, así también nosotros, que creíamos que íbamos a enriquecernos de inmediato, después de oír que nos queda por realizar un trabajo imprescindible, nos hemos ensombrecido, no porque tengamos miedo, sino porque habríamos querido que también esto estuviera ya
22 hecho. Pero ya que no vamos a combatir sólo por Siria [236], donde hay abundante trigo, ganado y palmeras de las que dan fruto, sino también por Lidia, donde hay abundante vino, higos en profusión y abundante aceite, y que baña un mar por el que entran más mercancías que cuantas nadie haya visto [237], con este pensamiento, ya no nos apesadumbramos, sino animémonos cuanto antes, para también antes gozar de estos productos de Lidia.» Éstas fueron las palabras de Crisantas, y todos los aliados se gozaron con ellas y las aprobaron.

Discurso de Ciro con vistas a la campaña ya próxima

«Efectivamente, señores, dijo Ciro, me 23
parece que hay que marchar contra ellos cuanto antes para, en primer lugar, llegar antes que ellos, si nos es posible, al punto donde están almacenadas sus provisiones; y, en segundo lugar, cuanto antes marchemos tanto menor será el contingente que encontremos allí y mayor
el que esté ausente. Ésta es mi propuesta, pero, si alguien 24
conoce algún otro modo de actuación que nos sea más seguro o más fácil, que nos lo enseñe.»

Después que muchos convinieron en que era necesario marchar cuanto antes contra los enemigos y nadie se opuso, Ciro comenzó un discurso en los siguientes términos:
«Señores aliados, los espíritus, los cuerpos y las armas cu- 25
yo servicio precisaremos están preparados, con la ayuda de la divinidad, hace tiempo. Pero ahora hay que preparar para nosotros y todos nuestros cuadrúpedos provisiones para un viaje de no menos de veinte días; pues, a base de cálculos, llego a la conclusión de que durará más de quince

[235] Se refiere a los asirios.

[236] Es decir, Asiria, a cuyas abundantes riquezas se refiere HERÓD., I 193. Esta región, surcada por canales que unen el Tigris con el Eufrates, era la máxima productora de grano.

[237] HERÓD., I 71, habla de su vino y sus fructíferas higueras. El propio JENOF., *Anáb.* I 5, 10, conoció el vino de dátiles lidio.

días el trayecto en el que no encontraremos provisiones, ya que unas han sido arrebatadas por nosotros y otras,
26 cuantas pudieron, por los enemigos. Así pues, hay que proveerse de bastante trigo, pues sin él no podríamo ni luchar ni vivir. En cuanto al vino, cada uno ha de tener la cantidad suficiente para irnos acostumbrando a beber agua; ya que se hará sin vino gran parte del camino, pues para cubrirlo no bastará, aunque carguemos nuestro equipaje
27 con grandes cantidades. Y para que, si nos encontramos de improviso sin vino, no caigamos enfermos, he aquí lo que hay que hacer: comencemos ahora a beber agua en la comida; pues, si lo hacemos en seguida, no notaremos
28 mucho el cambio [238]. En efecto, quien toma pan de cebada come siempre la torta amasada con agua; quien toma pan de trigo, come el pan humedecido con agua, y todos los alimentos hervidos están preparados con el máximo de agua. Si después de la comida bebemos vino, no por eso nuestro
29 espíritu descansará menos. Más tarde hay que suprimir el de después de la cena, hasta que, sin darnos cuenta, nos hayamos hecho bebedores de agua; pues la evolución gradual permite que cualquier naturaleza soporte el cambio. También la divinidad nos enseña cuando nos lleva gradualmente desde el invierno a soportar los fuertes calores, y del calor al riguroso invierno. Hay que imitarla en esto para que nosotros, por medio de una adaptación, alcancemos el estadio preciso.

30 »Consumid el peso de las mantas en favor de las provisiones, porque la sobreabundancia de provisiones no está de más. Y no tengáis miedo de que vayáis a dormir a disgusto al veros desprovistos de mantas; en caso contrario,

[238] Ya hemos visto los testimonios contradictorios respecto a si los persas bebían o no vino, cf. n. 22.

echadme a mí la culpa. No obstante, el vestido es de gran ayuda para el que lo tiene en abundancia, tanto en la salud como en la enfermadad.

»Hay que proveerse de cuantos condimentos sean picantes [239], agrios o salados, pues estimulan el apetito y resisten muchísimo. Y cuando lleguemos a tierras que no hayan sido saqueadas, donde es verosímil que obtengamos trigo, tienen que haberse preparado desde ahora mismo molinos de mano con los que hacer pan, pues el molino de mano es el más ligero de los instrumentos de panadería [240]. 31

»Hay que proveerse también de lo necesario para los enfermos, porque su volumen es mínimo y, en cambio, es de la máxima utilidad, en caso de que la suerte sea adversa. Hay que estar provistos de correas [241], pues la mayor parte de las veces se ata con correas a hombres y a caballos, y es fuerza mayor paralizar la acción cuando se gastan o rompen, si no se tienen de recambio. Y todo soldado que haya sido educado en la costumbre de pulir la lanza es aconsejable que no olvide una navaja. También es aconsejable llevar una lima, pues aquel que afila la punta de su lanza, también aguza de alguna manera su espíritu; en efecto, a aquel que acostumbra afilar la punta de su lanza le suele dar algo de vergüenza ser un mal soldado. Y hay que tener madera de reserva para los carruajes y los carros 32 33

[239] Sin embargo, en *Mem.*, I 3, 6, Sócrates dice que los condimentos perjudican al estómago, al corazón y al alma, y en *Hierón* I 22, no se recomiendan los picantes.

[240] Estos molinos de mano constaban de dos piedras cilíndricas; la de arriba daba vueltas, mientras la de abajo permanecía inmóvil; el grano se trituraba por el peso del cilindro de arriba y el movimiento circular.

[241] También aparece este consejo en *Jef. cab.* VIII 4.

de guerra, pues con el uso reiterado es forzoso que mu-
34 chos se vuelvan inservibles. Se deben tener también los instrumentos indispensables para todos estos menesteres, porque no hay artesanos en todas partes; en cambio, pocos hombres hay que no sean capaces de realizar el mantenimiento diario. Hay que tener un pico y un azadón por carro, y por acémila un hacha y una hoz, porque estos aparejos, útiles para cada uno en particular, a menudo resultan también provechosos para la comunidad [242].

35 »En cuanto a los alimentos que se necesitan, vosotros, comandantes de la infantería pesada, preguntad a vuestros subordinados; en efecto, no se deben desatender las necesidades que eventualmente alguno de ellos pueda tener, pues, en caso contrario, nosotros también las tendremos. Sobre las provisiones que os mando tener para las bestias de carga, vosotros, jefes de equipajes, averiguad lo que es necesario y obligad a quien no lo tenga a proveerse.

36 »Y vosotros, por vuestra parte, jefes de camineros, tenéis inscritos a instancias mías a los lanceros, arqueros y honderos que han sido declarados inútiles; a quienes provienen del arma de lanceros hay que obligarlos a salir de campaña con un hacha para cortar madera, a quienes provienen del arma de arqueros con una azadón, y a quienes provienen del arma de honderos con una pala, y que provistos de estos instrumentos marchen por escuadrones delante de los carros, de modo que, si se precisa un trabajo propio de caminero, vosotros os ocupéis de ello en seguida y, si soy yo quien lo precisa, sepa dónde tomarlos para servirme de ellos.

37 »También llevaré con sus intrumentos a los forjadores, carpinteros y zapateros que están en edad militar, para que,

[242] Cf. *Econ.* XXI 3.

en caso de necesidad, no falte en el ejército nada referente a tales oficios. Estarán desligados de su compañía armada y en el puesto asignado, percibiendo un sueldo para atender en el oficio que conocen a quien lo desee.

»En el supuesto de que un comerciante quiera seguir- 38
nos con la intención de vender sus mercancías, si es sorprendido efectuando alguna venta en los días en los que el aprovisionamiento está prohibido [243], le serán confiscadas todas sus mercancías; en cambio, cuando estos días hayan pasado, podrá vender a su gusto. Y el comerciante que a ojos de todos presente una oferta más amplia obten-
drá de los aliados y de mí recompensas y honores. Y, si 39
alguien cree que necesita dinero para comprar, que me traiga testigos y garantías de que verdaderamente marcha con el ejército, y tome del nuestro.

»Éstas son mis instrucciones. Y, si alguien ve que falta
alguna otra cosa, que me lo notifique. Marchad a preparar 40
el equipaje; yo, por mi parte, celebraré sacrificios para la partida. Cuando los signos divinos sean propicios, daremos la señal. Todos deben presentarse ante sus jefes con las
herramientas mencionadas y en el lugar asignado. Y voso- 41
tros, comandantes, después de haber dispuesto cada uno su compañía, reuníos todos conmigo para que cada cual se entere del puesto que le corresponde» [244].

[243] Parece que Ciro imponía la prohibición de vender mercancías en determinados días, para que los soldados vivieran el máximo de tiempo a expensas de sus propios víveres.

[244] Después del desorden que presenció en la retirada de los Diez Mil, Jenofonte está obsesionado con la cuestión del orden en el ejército. En *Econ.* VIII 1-23, Iscómaco pronuncia un largo discurso sobre la virtud del orden en la casa, el ejército y el barco, que demuestra esa preocupación del autor.

3 Una vez oídas estas instrucciones, se fueron a preparar el equipaje, y Ciro estuvo celebrando sacrificios. Cuando los signos fueron favorables, se puso en marcha con el ejército. El primer día acamparon lo más cerca que pudieron, para que, si alguien había olvidado algo, pudiera ir en su busca, y si alguien se daba cuenta de alguna deficiencia, pudiera subsanarla.

Salida del ejército y alineación del mismo

2 Ciaxares se quedó con la tercera parte de los medos,
para que el país no se quedara indefenso. Ciro, por su
parte, avanzaba a la marcha más ligera posible, llevando
la caballería en primera posición, y, precediéndolos, explo-
radores y observadores, a quienes hacía subir a las ata-
layas que por delante ofrecían mejores vistas. Detrás de
la caballería llevaba las bestias de carga y, donde el te-
rreno era llano, formaba muchas columnas de carros y de
bestias de carga. Y, como detrás marchaba la infante-
ría, si una bestia de carga se quedaba rezagada, los oficia-
les que topaban con ella se ocupaban de que no obstaculiza-
3 ra la marcha. Pero, donde el camino era más estrecho,
la infantería pesada marchaba a ambos lados de los equi-
pajes situándolos en medio, y, si había algún obstáculo,
siempre se ocupaban del asunto los soldados que se encon-
traban en su proximidad. La mayor parte de las veces, las
compañías marchaban con sus equipajes al lado, pues los
portadores tenían la orden de ir cada uno junto a su com-
4 pañía, si no lo impedía una fuerza mayor. El portador de
equipajes del taxiarco iba en primera posición portando
un estandarte conocido por los componentes de su compa-
ñía, de suerte que marchaban en orden compacto y cada
uno se preocupaba con todas sus fuerzas de que no se que-
dasen rezagados los suyos. Actuando de este modo, no era
preciso que se buscaran unos a otros, y al mismo tiempo

todo estaba a mano y más a seguro, y los soldados tenían lo que necesitaban con mayor rapidez.

Cuando los ojeadores que precedían 5
al ejército creyeron ver en el llano a unos hombres cogiendo forraje y madera, y veían acémilas, unas portando cargas de ese género y otras pastando, y como al otear de nuevo hacia delante les pareció percibir que se alzaba humo o polvareda, a partir de todos estos indicios comprendieron que el ejército enemigo estaba próximo.
Al punto, pues, el jefe de los ojeadores envió un mensaje- 6
ro que transmitiera estas noticias a Ciro. Y él, después de oírlas, les ordenó que permanecieran en sus observatorios y le informaran constantemente de lo que vieran de nuevo. Y envió una compañía de caballería en avanzada con órdenes de intentar capturar a algunos de los hombres dispersos por la llanura para enterarse con mayor seguridad de la situación.

Proximidad del enemigo

Ellos cumplieron las órdenes que les habían sido dadas, 7
y Ciro, por su parte, detuvo en el sitio al resto de su ejército para preparar cuanto él creía necesario, antes de entrar en contacto con los enemigos. Primero pasó la orden de desayunar y, después, atender a las instrucciones permaneciendo en sus puestos. Después del desayuno, reunió a los 8
comandantes de caballería, infantería y carruajes y a los oficiales de máquinas, de los portaequipajes y de los ca-
rros cubiertos. Mientras éstos estaban reunidos, los solda- 9
dos que habían recorrido la llanura trajeron a unos hombres que habían capturado, y, al ser interrogados los prisioneros por Ciro, dijeron que habían salido del campamento a buscar unos forraje y otros madera, después de haber pasado los puestos de avanzada, pues todo escaseaba allí debido a la magnitud del ejército.

10 Ciro, después de escuchar esta información, les preguntó:

—¿Cuánto dista vuestro ejército de aquí?

—Como dos parasangas, respondieron ellos y, entonces, Ciro les preguntó:

—¿Y se hablaba allí de nosotros?

—Sí, por Zeus, replicaron, e incluso se insistía en que vuestra llegada está próxima.

—¿Y qué, preguntó Ciro, se alegraban de oír que vamos? (Y esta pregunta iba dirigida a los presentes.)

—No, por Zeus, exclamaron aquéllos, ciertamente no se alegraban; al contrario, estaban muy angustiados.

11 —¿Y en este momento qué están haciendo?, preguntó Ciro.

—Se están desplegando en orden de batalla, respondieron, y lo mismo hicieron ayer y anteayer.

—Y, preguntó Ciro, ¿quién es el que les asigna las posiciones?

A lo que ellos respondieron:

—Creso en persona, y lo acompañan un griego y un medo [245], que se decía que había desertado de vuestras filas.

Entonces Ciro exclamó:

—¡Zeus máximo, que me sea posible recibirlo según mis deseos!

12 Acto seguido, ordenó que retiraran a los cautivos, y se disponía a dirigir unas palabras a los presentes, cuando se presentó otro mensajero del jefe de los ojeadores con la noticia de que en la llanura se distinguía un importante contingente de caballería. «Nosotros, dijo el emisario, conjeturamos que avanzan con la intención de ver nuestro ejército, pues muy por delante de este contingente, alrededor de otros treinta caballeros avanzan sin duda contra nosotros, quizá con la intención tomar nuestro observatorio, si les es posible. Y nosotros, los que estamos en esa atalaya, somos una decena.»

[245] El medo al que se refiere es Araspas enviado como espía por Ciro. En cambio, la personalidad del griego del que se habla es confusa.

Entonces Ciro ordenó a algunos caballeros del séquito 13
que se llegaran hasta el pie del observatorio sin ser vistos por los enemigos y que se quedaran allí sin moverse. «Y cuando nuestra decena de hombres abandone el observatorio, les encomendó Ciro, levantaos y abalanzaos sobre los enemigos que lo estén escalando. Pero, para que los componentes del contingente principal no os causen daño, sal contra ellos tú, Histaspas, dijo Ciro, con un cuerpo de mil caballeros y aparece por sorpresa [246] ante el contingente enemigo. Pero de ninguna manera inicies su persecución fuera de la vista de los observadores; al contrario, déjalos atrás sólo cuando te hayas preocupado de que los observatorios permanezcan bajo tu poder y, si entonces se os acercan caballeros con la mano levantada [247], acogedlos amistosamente.»

Informe de Araspas a su regreso de las tropas enemigas

Mientras Histaspas se retiró para ar- 14
marse, los ayudantes de campo en seguida salieron conforme a las órdenes dadas. Y fue a su encuentro en el área misma de la línea de postas, acompañado de sus auxiliares, el hombre que Ciro había enviado previamente como espía, el guardián de la mujer de Susa.
Cuando Ciro se enteró de ello, saltó de su asiento para 15

[246] Ése es el sentido militar del verbo *epiphaínomai*, tal como aparece en los historiadores. Cf. HERÓD., II 152; TUCÍD., VIII, 42, 3; JENOF., *Anáb.* III 4, 13; *Jef. cab.* VIII 15; *Cirop.* I 6, 43; II 4, 47; VIII 5, 15, y *Econ.* XXI 19.

[247] Araspas y sus auxiliares.

salir a su encuentro y saludarlo; los demás, en cambio, como es natural cuando no se sabe nada, estaban perplejos ante el hecho, hasta que Ciro les dijo: «Amigos, nos ha llegado un hombre excepcional, pues es preciso que ya, en este momento, todo el mundo conozca sus obras. Este hombre se marchó, no abatido por un acto vergonzoso ni por temor a mi persona, sino con el encargo mío de enterarse de la situación de los enemigos e informarnos
16 con claridad de lo que pasa. Respecto a lo que te prometí, Araspas, lo tengo presente y te lo otorgaré con la colaboración de todos éstos; pues es justo que todos vosotros, señores, lo honréis como hombre honorable: por nuestro bien se ha arriesgado y ha soportado sobre sí el peso de una acusación.»

17 Acto seguido, todos los presentes abrazaron y saludaron a Araspas. Ciro, después de decir que era suficiente, prosiguió:

—Cuenta, Araspas, lo que conviene que sepamos. No menoscabes la verdad ni minimices las fuerzas enemigas, pues es preferible imaginarse más y luego ver menos, que habiendo oído que son menos encontrarse luego más.

18 —Y por cierto, dijo Araspas, yo estaría en condiciones de conocer con la máxima seguridad la cuantía del ejército que formaron, porque se alinearon en mi presencia.

—Entonces, le preguntó Ciro, ¿conoces no sólo su número, sino también su alineación?

—Sí, por Zeus, y también el modo en que tienen decidido presentar batalla, dijo Araspas.

—Quizá mejor, dijo Ciro, dinos primero someramente su número.

19 —El número total de su formación es de treinta líneas de profundidad entre la infantería y la caballería, a excepción de los egipcios, y alineados de ese modo ocupan cuarenta estadios, pues, dijo, me preocupé mucho de enterarme de la extensión que ocupaban.

Alineación del ejército de Ciro

—Y los egipcios, preguntó Ciro, ¿cuál 20
es su alineación, ya que has dicho «a excepción de los egipcios»?

—Los generales los disponían en grupos de cien por cada compañía de diez mil, pues decían que así acostumbraban a alinearse en su país [248]. Y Creso convino en esta alineación muy a su pesar, pues quería desbordar al máximo las alas de tu ejército.

—¿Y por qué lo deseaba?, le preguntó Ciro.

—Por Zeus, para rodearte con la parte sobrante del ejército.

Entonces Ciro preguntó:

—¿Pero estarían éstos seguros de que las divisiones que nos rodearan no fueran rodeadas a su vez? Pues bien, 21
hemos escuchado el informe que convenía conocer de tus labios; vosotros, por vuestra parte, señores, tenéis que hacer lo siguiente: ahora, cuando os marchéis, pasad revista al equipo de los caballos y a vuestras propias armas, pues, con frecuencia, la carencia de algo insignificante hace inútil a un hombre, a un caballo, o a un carro. Mañana temprano, mientras yo celebre sacrificios, hombres y caballos deben desayunar antes de nada, para que, en las acciones que en cada momento convenga llevar a cabo, no echemos en falta el desayuno. Y después tú, Arsamas [249], hazte car-

[248] Los egipcios, efectivamente, eran en total ciento veinte mil hombres, cf. VI 2, 10.

[249] Los manuscritos presentan el nombre de Araspas, pero éste nunca aparece al frente de un ala del ejército. Seguimos la corrección de Pantacides, quien, sobre la base de VII 1, 3, y VII 1, 28, propone Arsamas. Éste es también el nombre del abuelo de Darío, es decir, el padre de

go ⟨del ala izquierda y tú, Crisantas, de la derecha⟩, como
ahora, y los demás generales mantened la posición que te-
néis ahora, pues a ningún carro conviene que sus caballos
cambien de yugo en el momento mismo de una confronta-
ción. Y exhortad a los taxiarcos y jefes de sección a que
se dispongan en formación de dos filas por sección —y
cada sección estaba compuesta por veinticuatro hombres—.
22 Entonces, uno de los generales preguntó: «¿Crees, Ciro,
que alineados en tan pocas filas seremos suficientes contra
unos enemigos dispuestos en una línea de batalla tan pro-
funda?» Y Ciro respondió: «¿Y una línea de batalla dema-
siado profunda para alcanzar a los adversarios con sus ar-
mas crees que perjudica a los enemigos o que aprovecha
23 a los aliados? [250]. Yo preferiría, prosiguió, que estos
hoplitas que están dispuestos en hileras de a cien lo estu-
vieran en hileras de a diez mil, pues, así, lucharíamos con-
tra un número mínimo de hombres. Pero, a partir de la
profundidad que voy a dar a la línea de batalla, pretendo
conseguir que la totalidad esté activa y sirva de ayuda
24 para sí misma. Colocaré a los lanceros inmediatamente de-
trás de los soldados con coraza e, inmediatamente detrás
de los lanceros, a los arqueros, pues ¿se les podría colocar
en las primeras filas, donde ellos mismos reconocen que
no soportarían un combate cuerpo a cuerpo? [251]. En cam-
bio, teniendo delante a los soldados con coraza resistirán,

Histaspas, cf. Heród., I 209. También Jenofonte podría haber tomado este nombre del hijo ilegítimo de Artajerjes II, cf. Plutarco, *Artajerjes* XXX 1.

[250] La profundidad de la línea enemiga es de treinta filas (cf. VI 3, 19), y la del ejército de Ciro sólo de ocho, ya que cada unidad de infantes, lanceros, arqueros y veteranos tenía dos filas.

[251] Las tropas ligeras no constituyen una fuerza de choque, por lo que no hace falta que vayan en las primeras posiciones.

y los unos con sus lanzas y los otros con sus flechas perju-
dicarán a las filas enemigas atacando por encima de todas
las líneas que los precedan. Cualquier daño que se inflija
a los adversarios evidentemente alivia en esa misma medi-
da a los aliados. Dispondré en última posición a los que 25
llaman 'últimos' [252], pues como la utilidad de una casa es
nula sin un muro resistente y sin los elementos que compo-
nen la techumbre, así también la utilidad de una línea de
batalla será nula si no son competentes las primeras filas
y las últimas.
»Pues bien, dijo, alineaos como os indico, y vosotros, 26
los jefes de los peltastas, inmediatamente detrás de ellos
de la misma manera, e igualmente vosotros, los jefes de
los arqueros, inmediatamente detrás de los peltastas. Y tú, 27
que mandas a los 'últimos', que tienes a tu cargo a los
que están detrás de todos, manda a los tuyos que cada
uno se fije en los soldados que tenga delante, que animen
a quienes cumplen con su deber, amenacen duramente a
quienes flaqueen y que castiguen con la muerte a quien
se dé la vuelta con ánimo de desertar; pues labor es de
los soldados de la vanguardia animar de palabra y de obra
a quienes los siguen. Por vuestra parte, vosotros, la reta-
guardia, debéis inspirar a los cobardes más miedo que el
que les producen los enemigos. Así es como debéis com-
portaros. Y tú, Eufratas, que mandas a los artilleros, haz 28
de modo que las yuntas que llevan las torres sigan lo más
de cerca posible la línea de batalla. Y tú, Dauco, que man- 29
das a los encargados de los bagajes, conduce inmediata-
mente detrás de las torres a todo el ejército de ese cuerpo,

[252] Este término designa a los veteranos, a quienes Ciro dispone en las últimas filas porque es uno de los lugares más delicados en las maniobras y requiere mucha experiencia.

y que tus auxiliares castiguen duramente a quienes even-
30 tualmente se adelanten o se atrasen. Y tú Carduco [253],
que mandas los carros cubiertos que transportan a las mu-
jeres, colócalos al final, inmediatamente detrás de los en-
cargados de los bagajes. En efecto, toda esta escolta dará
impresión de muchedumbre, nos permitirá tender embos-
cadas, y a los enemigos, si intentan envolvernos, los obli-
gará a describir un círculo más amplio; cuanto más amplio
sea el terreno que abarquen, por fuerza, tanto más débiles
31 serán. Así debéis hacer. Y tú, Artaozo, y tú, Artagerses [254],
tened inmediatamente detrás de éstos, cada uno, vuestro
32 regimiento de infantería. Y tú, Farnuco [255], y tú, Asiada-
tas [256], no añadáis a la alineación el regimiento de caballe-
ría que cada uno de vosotros manda, sino que debéis que-
daros armados en vuestro puesto, detrás de los carros, y
después venid a verme con los demás comandantes. Así
es como debéis prepararos, como si tuvierais que ser los
33 primeros en abrir batalla. Y tú, que mandas a los camelle-
ros, sitúate detrás de los carros y cumple las órdenes que
34 te dé Artagerses. Y vosotros, los comandantes de los ca-
rruajes, echad a suertes y quien de vosotros obtenga la
posición anterior a la línea de batalla que tome sus cien
carros y los disponga allí. Y los otros dos escuadrones de

[253] Puede referirse a un miembro del pueblo del mismo nombre. Este recurso de designar a individuos por un étnico es frecuentemente utilizado por Jenofonte; así tenemos Asirio, Armenio, Sacas.

[254] Tanto Artaozo como Artagerses son personajes de época de Ciro el Joven traspuestos a la de Ciro el Grande, cf. *Anáb.* I 7, 11, y II 4, 16.

[255] Este nombre era frecuente entre los persas, como demuestra el hecho de que aparezca con ligeras variantes en otros autores: en Esqu., *Persas* 313, como Farduco, y en Heród., VII 88, como Farnuques.

[256] Su homónimo aparece en *Anáb.* VII 9, 22, encarnando a un personaje que sufre captura y robo por parte del propio Jenofonte.

carros [257] que sigan la línea de batalla en fila, avanzando
uno por el lado derecho del ejército y el otro por el iz-
quierdo.» Así iba distribuyendo las posiciones Ciro [258].
Y Abradatas, rey de Susa, dijo: «Yo, Ciro, me ofrezco 35
voluntariamente a ocupar la posición frente a la línea de
batalla enemiga, si no opinas de otro modo.» Ciro, des- 36
pués de mirarlo complacido y darle su mano, preguntó a
los persas que mandaban al resto de los carros: «¿Estáis
de acuerdo también vosotros con este ofrecimiento?» Des-
pués que aquéllos respondieron que no estaba bien admi-
tirlo, Ciro echó a suertes y le tocó a Abradatas esta posi-
ción, de la que tomó el mando, y se colocó frente a los
egipcios. Entonces se separaron para ir a ocuparse de las 37
tareas anteriormente expuestas, cenaron y, después de ins-
talar los puestos de guardia, se acostaron.

Al día siguiente temprano, mientras Ciro celebraba 4
sacrificios, el resto del ejército, después de desayunar y
hacer libaciones, se atavió con profusión de hermosos
vestidos y profusión de bellas corazas y cascos. Revistie-
ron a los caballos con testeras y con petos, a los caballos
independientes con quijotes y a los enganchados a los
carros con armaduras para los costados [259], de suerte
que todo el ejército despedía un fulgor de bronce y deste-
llos de rojos tejidos [260].

[257] Cada escuadrón tenía cien carros.

[258] Los conocimientos de estrategia militar que poseía Jenofonte pueden apreciarse a lo largo de la obra, cf. J. K. Anderson, *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon*, Berkeley, 1970.

[259] La armadura de los caballos es similar en *Equit.*, XII 8-9.

[260] Tales eran las túnicas de los espartanos, cf. *Rep. lac.* XI 3. Jenofonte atribuye su instauración a Licurgo, por considerar este color

Despedida de Pantea y Abradatas.

2 Abradatas había adornado maravillosamente su carro de cuatro timones y ocho caballos, y cuando iba a ponerse la coraza de lino [261], que es tradicional en su país, Pantea le trae un yelmo de oro, brazaletes y anchas pulseras para las muñecas de sus manos y una túnica púrpura que llegaba hasta los pies, con la parte de abajo plisada y el cuello teñido de color de jacinto. Y había confeccionado estas prendas a escondidas de su marido, después de haber tomado las medidas de
3 sus armas. Abradatas se sorprendió al verlas y preguntó a Pantea:

—Espero que para hacerme las armas, mujer, no hayas destrozado tus adornos.

—Por Zeus, exclamó Pantea, el más valioso no; pues si apareces ante los demás como en mi opinión eres, serás tú mi adorno más precioso.

Y mientras pronunciaba estas palabras, le vestía las armas y, a pesar de que intentaba ocultarlo, las lágrimas se derramaban por sus mejillas [262].

4 Abradatas, que ya antes tenía un físico agradable, cuando se hubo vestido con esta armadura, presentaba un aspecto magnífico y muy distinguido, porque también tenía clase natural. Y, tomando las riendas de manos del

apropiado para la guerra y muy diferente del de las ropas mujeriles. También los soldados de Ciro el Joven llevaban túnicas rojas, cf. *Anáb.* I 2, 16.

[261] A ellas se alude en *Il.* II 529, como atuendo de Áyax Oileo, y en II 830, como complemento de Adrasto y Anfío. En *Anáb.* IV 7, 15, se asocia a los cálibes. Heród., III 47, presenta una coraza de lino como regalo del rey egipcio Amasis a los lacedemonios.

[262] Todo este pasaje recuerda el dramatismo y la ternura de la despedida de Héctor y Andómaca, cf. *Il.* VI.

auriga [263], se dispuso a subir ya al carro. Entonces Pan- 5
tea, que había pedido a todos los presentes que se apartaran, dijo: «Si alguna vez, Abradatas, otras mujeres honraron más a su marido que a su propia alma, creo que sabes que soy una de ellas. ¿Por qué, pues, he de nombrar una por una las pruebas de mi amor? Pues creo que mis actos te han proporcionado pruebas más fiables que mis palabras de ahora. No obstante, a pesar de los sentimientos 6
que sabes albergo hacia tu persona, te juro, por mi amor y por el tuyo, que preferiría compartir el enterramiento con un esposo convertido en héroe, a vivir cubierta de vergüenza con un hombre desprovisto de honra. De este modo reclamo para ti y para mí los máximos honores. Y 7
opino que debemos estar muy agradecidos a Ciro porque, hecha cautiva y escogida para él, no juzgó apropiado poseerme ni como esclava ni como mujer libre con una fama indigna, y me guardó para ti, tomándome como la mujer de un hermano. Además, cuando el hombre que me cus- 8
todiaba, Araspas, desertó, le prometí que, si me permitía enviarte un mensaje, en tu persona le llegaría a él un varón más fiel y valiente que Araspas.»

Esto fue lo que dijo Pantea, y Abradatas, complacido por esas palabras, puso la mano sobre su cabeza y, tras levantar los ojos al cielo, pronunció esta oración: «Zeus máximo, concédeme que me manifieste digno esposo de Pantea y digno amigo de Ciro, quien, a su vez, nos ha honrado.» Y, tras pronunciar esta oración, subió al carro por las puertas de la caja [264]. Cuando, una vez que hubo 10

[263] En la nueva técnica de carros instituida por Ciro, el auriga era sólo un auxiliar porque el verdadero conductor era el propio combatiente.

[264] Se trata de la caja donde se aposentaba el conductor, siempre conforme a la reforma introducida por Ciro.

subido Abradatas al carro, el auriga cerró la puerta de la
caja, Pantea, como ya no tenía otra posibilidad de besar
a su esposo, posó sus labios sobre la caja. Y mientras el
carro de Abradatas echaba a andar ya, ella, sin ser vista,
lo seguía, hasta que Abradatas, tras volverse y verla,
11 le dijo: «Ánimo, Pantea. Adiós, vete ya.» Acto seguido,
sus eunucos y sirvientas la cogieron y la llevaron a su ca-
rruaje [265], la reclinaron y la cubrieron con la capota. Y
la gente, aunque la visión de Abradatas y su carro era be-
lla, no fue capaz de contemplarlo hasta que Pantea se retiró.

Exhortaciones de Ciro

12 Cuando Ciro hubo obtenido presagios
favorables y el ejército se hubo alineado
conforme a sus órdenes, mientras se ocu-
paban otros observatorios en avanzada,
reunió a los caudillos y les habló del
13 modo siguiente: «Amigos y aliados, los dioses nos mues-
tran víctimas [266] como las que nos otorgaron cuando la
victoria precedente. Y quiero que recordéis una serie de
circunstancias que opino que si tenéis presentes, iréis al
14 combate con mucho más entusiasmo. Os habéis ejercitado
para la guerra mucho más que los enemigos, juntos os ha-
béis instruido y lleváis alineados en la misma posición mu-

[265] Traducimos *têi skênêi* «con la tienda» por «con la capota». Se refiere a la especie de tienda que había encima del carro a modo de capota. J. N. O'Sullivan, «On Xenophon, *Cyropaedia* VI 4, 11», *Amer. Journ. Philol.* 97 (1976), 117-118, se basa en dos citas de este fragmento, la de Caritón, V 2, 9, y la de Pólux, *Onomastica* X 52, para leer *tên skênên* en lugar de *têi skênêi*, y se traduciría «cubrieron la capota».

[266] El término que aparece en griego es *hierá*, neutro plural que suele referirse a las víctimas en ofrendas para un sacrificio pero, por extensión, puede también significar «augurio», aludiendo a la costumbre de ver en las entrañas de las víctimas sacrificadas auspicios favorables o desfavorables. En ese sentido aparece también en Heród., V 44, y Jenof., *Anáb.* I 8, 15; II 2, 3.

cho más tiempo que los enemigos y habéis colaborado en
la victoria unos con otros. En cambio, de los enemigos,
la mayor parte ha compartido la derrota. Respecto a los
que no han combatido de ambos bandos, los del enemigo
saben que tienen traidores como compañeros de filas, mien-
tras que vosotros, los que estáis con nosotros, sabéis que
lucháis junto a quienes desean socorrer a sus aliados.
Es natural que quienes se tienen confianza recíproca per- 15
manezcan en sus puestos y luchen con un mismo criterio,
y es obligado que quienes desconfían tramen cada uno el
modo más rápido de poner tierra por medio. Marchamos, 16
pues, señores, contra los enemigos, provistos de carros ar-
mados frente a los desarmados de los enemigos, provistos
igualmente de caballeros y caballos armados frente a los
suyos desarmados para proceder a un combate cuerpo a
cuerpo. Vais a luchar contra la infantería con la que 17
habéis combatido anteriormente, exceptuando los egipcios,
que están armados y alineados tan mal como aquéllos, pues
tienen unos escudos demasiado grandes para actuar y ver,
y, como están ordenados por centurias, evidentemente se
obstaculizarán en el combate unos a otros, a excepción de
un número muy reducido. Y si confían rechazarnos a base 18
de empujar, primero deberán oponerse a la caballería y
al acero reforzado por los caballos. Y, si alguno de ellos
aguanta el ataque, ¿cómo va a ser capaz de luchar al mis-
mo tiempo contra la caballería, la infantería y las torres?
Pues los soldados de las torres nos auxiliarán y consegui-
rán a golpes que los enemigos, en lugar de luchar, se en-
cuentren desconcertados. Si creéis que todavía falta algo, 19
decídmelo, pues, con la ayuda de los dioses, no nos faltará
nada. Y, si alguien quiere decir algo, que hable. Si no,
dirigíos al lugar donde consulto los presagios y rezad a
los dioses a quienes hemos ofrecido sacrificios y, después,

20 id a vuestras compañías. Y que cada uno de vosotros recuerde a sus hombres lo que yo os he recordado a vosotros, y que demuestre a los subordinados que se merece el mando mostrando una actitud, un rostro y un lenguaje intrépidos.»

LIBRO VII

Equipamiento del ejército. Presagios favorables

Después de haber dirigido sus plega- 1
rias a los dioses, se retiraron a sus compañías. Entonces, los subalternos sirvieron de comer y beber a Ciro y su estado mayor, que todavía estaban ocupados con los sacrificios. Ciro, por su parte, después de haber ofrecido las primicias, de pie, como estaba, desayunó e hizo partícipe de su desayuno sucesivamente a quien más lo necesitaba. Cuando hubo concluido las libaciones y las plegarias, bebió y los miembros de su séquito lo imitaron. Tras lo cual, Ciro rogó a Zeus patrio que fuera su guía y aliado y, luego, subió a su caballo e invitó al estado
mayor a hacer lo propio. Todos los miembros del séquito 2
de Ciro estaban armados como Ciro: con túnicas purpúreas, corazas y yelmos de bronce, blancos penachos, dagas, y una lanza de madera de cornejo cada uno. Los caballos iban equipados con testeros, petos y quijotes de bronce; estos mismos servían de quijotes también al jinete. Tan sólo difería en un detalle el equipo de Ciro, que, mientras las otras armas habían sido untadas con un tinte dorado, las de Ciro brillaban como un espejo [267].

[267] Gran similitud con *Equit.* XII 8-12.

3 Cuando hubo subido al caballo y estaba parado miran-
do el camino que iba a seguir, un trueno resonó por la
derecha [268]. Entonces dijo: «Vamos a seguirte, Zeus máxi-
mo.» Y partió, teniendo a la derecha a Crisantas, el co-
mandante de la caballería, con ésta, y a la izquierda a Ar-
4 samas con la infantería. Hizo pasar la orden de atender
al estandarte y seguirlo todos a una. El estandarte tenía
un águila de oro con las alas desplegadas sobre una larga
lanza —todavía en la actualidad este estandarte del rey
de Persia se conserva—.

Maniobra envolvente del ejército enemigo

5 Antes de divisar a los enemigos detuvo al ejército en tres ocasiones. Después de haber avanzado alrededor de veinte estadios, comenzaron ya a distinguir al ejército enemigo que venía a su encuentro. Cuando estuvieron todos a la vista unos de otros y los enemigos se dieron cuenta de que desbordaban con mucho las alas del ejército enemigo por ambos lados, detuvieron el centro de su propio ejército —pues no es posible rodear de otro modo— y curvaron las alas con vistas a hacer un círculo, para, al dar a su línea de batalla la forma de una *gamma* por ambos lados, poder efectuar un ataque simul-
6 táneo desde todas partes [269]. Ciro, al ver esta operación, no
renunció a ninguno de sus planes y siguió dirigiendo su
ejército del mismo modo.

Pero, al percatarse de que los enemigos delante de ellos formaban a derecha e izquierda un eje en torno del que giraban y desplegaban las alas del ejército dijo [270]:

[268] Señal de buen augurio.

[269] Semejanzas con los momentos previos a la batalla de Cunaxa referidos en *Anáb.* I 8.

[270] Los enemigos mantienen el centro inmóvil y hacen avanzar las alas conforme a la táctica prevista en VI 3, 20.

—¿Te das cuenta, Crisantas, de dónde están formando la curva?

—Perfectamente, respondió Crisantas, y me extraña, porque me parece que están apartando mucho las alas del centro de su ejército.

—Sí, por Zeus, exclamó Ciro, y también del nuestro.

—¿Y por qué lo hacen? 7

—Está claro que por temor a que, si las alas se encuentran próximas a nuestras filas estando todavía distante la del centro, las ataquemos.

—Además, dijo Crisantas, ¿cómo podrán socorrerse unos a otros mediando tanta distancia entre ellos?

—Pues bien, está claro, dijo Ciro, que cuando las alas en su subida se encuentren frente a los flancos de nuestro ejército, tornándose en algo parecido a una línea de batalla, nos atacarán simultáneamente de todas partes para mantener un combate simultáneo en todos los frentes.

—Así que, preguntó Crisantas, ¿te parece bien su plan? 8

—Para los objetivos que tienen a la vista sí, pero para
los que no ven, este plan es todavía peor que si realizasen
el avance en columnas. Bien, tú, Arsamas, conduce tu in-
fantería lentamente, como me ves hacerlo a mí, y tú, Cri-
santas, acompáñalo al mismo paso con la caballería. Yo,
por mi parte, me retiraré al lugar desde donde me parece
oportuno comenzar la lucha y durante mi marcha revisaré
cada punto de nuestra posición. Cuando me encuentre 9
allí, después de un avance que nos permita hallarnos pró-
ximos unos de otros entonaré un peán y vosotros, por vues-
tra parte, apresuraos. Os daréis cuenta del momento del
cuerpo a cuerpo con los enemigos, pues no creo que sea
pequeña la confusión, y entonces ya Abradatas se lanzará
con los carros contra los contrarios, ya que así se le habrá
ordenado. En cuanto a vosotros, debéis seguir a los carros

a la menor distancia posible, pues de este modo caeremos sobre los enemigos en la máxima confusión. Y yo, por mi parte, estaré presente allí donde pueda, con la máxima rapidez, persiguiéndolos, si los dioses lo quieren.

Ciro revisa las tropas durante la marcha

10 Después de pronunciar estas palabras y de transmitir como consigna: «Zeus salvador y guía» [271], se puso en marcha y, como marchaba entre los carros y las líneas acorazadas, cada vez que su mirada recaía sobre soldados que estaban en su puesto, decía: «Señores, qué agradable es contemplar vuestros rostros.» En cambio, ante otros decía: «¿Os dais cuenta, señores, de que la confrontación actual no concierne sólo a la victoria de hoy, sino también a la que habéis conseguido anterior-
11 mente y a la felicidad en general?» Y, prosiguiendo su avance entre otros, les decía: «Señores, lo que ocurra a partir de este momento no podrá ser inculpado nunca a los dioses, pues nos han permitido obtener numerosos e importantes bienes. Seamos, pues, valientes, señores.»

12 Y, asimismo, ante otros decía lo siguiente: «Señores, ¿a qué banquete más hermoso podríamos alguna vez invitarnos mutuamente que a este que se nos presenta? Pues ahora, si somos valientes, nos es posible prestarnos mutua-
13 mente numerosos e importantes servicios.» Y, a su vez, ante otros decía: «Creo, señores, que sabéis que la recompensa propuesta para los vencedores es perseguir, golpear, matar, obtener bienes, oír alabanzas, ser libres y soberanos; en cambio, para los cobardes evidentemente lo contrario. Así pues, el que se aprecie a sí mismo que luche en mi bando, pues yo no echaré voluntariamente a ningún

[271] En la batalla de Cunaxa la consigna era «Zeus Salvador y victoria», cf. *Anáb.* I 8, 16.

elemento cobarde o deshonroso.» Y, asimismo, cada vez 14
que se encontraba ante alguno de sus antiguos aliados les decía: «¿Qué debo deciros a vosotros? Pues sabéis qué clase de jornada pasan los valientes durante la batalla, y cuál los cobardes.»

Cuando en su recorrido llegó cerca de Abradatas, se 15
detuvo. Abradatas, tras entregar las riendas al auriga, se dirigió hacia Ciro; también los demás soldados, tanto de infantería como de carruajes, que estaban alineados en las proximidades, corrieron hacia él. Entonces Ciro comenzó a hablar entre los presentes:

—La divinidad, Abradatas, ha aprobado que, como reclamabais, tú y los tuyos tengáis la posición más adelantada de los aliados. Pero recuerda esto cuando ya sea inminente la confrontación: son persas quienes van a contemplar vuestras acciones y quienes os seguirán y no permitirán que luchéis solos.

—Y bien, Ciro, replicó Abradatas, a mi parecer, nues- 16
tras filas están en orden, pero me inquietan los flancos, porque veo el despliegue de las alas enemigas reforzado por carros y soldados de todas las armas; en cambio, de nuestro lado no se les oponen nada más que carros, de modo que yo, prosiguió, si no llega a ser porque me tocó en suerte esta posición, sentiría vergüenza de encontrarme en ella; tan segura me parece que es.

—Si tus filas están en orden, dijo Ciro, confía en los 17
flancos, pues yo, con ayuda de los dioses, te mostraré libres de enemigos estos flancos. Y no te lances contra los egipcios porque se encuentren enfrente, yo te conjuro, antes de que hayas visto batirse en retirada a quienes ahora temes —y pronunciaba términos tan jactanciosos, debido a que la batalla iba a dar comienzo; porque, si no, no solía

ser muy jactancioso—. Cuando los veas huir, considera
que yo ya estoy allí presente y lánzate contra los soldados
enemigos, pues entonces tendrás que vértelas con los ad-
versarios cuando más cobardes estén, mientras que los tu-
18 yos estarán en la cúspide del valor. Y bien, Abradatas,
mientras te quede tiempo libre, llega junto a tus carros
y exhorta a los tuyos para que se lancen al ataque, animándolos con tu presencia y aliviando su preocupación por medio de esperanzas. Y para que se ponga de manifiesto vuestra superioridad entre los conductores de carros, infúndeles competitividad, pues, sábelo bien, si estas acciones llegan a buen término, en lo sucesivo todos dirán que no hay virtud más provechosa que el valor.

Y Abradatas, tras subir a su carro, se alejó cabalgando y fue cumpliendo las órdenes recibidas.

19 Por su parte, Ciro, cuando en su recorrido llegó al ala izquierda, donde se encontraba Histaspas con la mitad de la caballería persa, lo llamó por su nombre y le dijo:

—¿Ves ahora, Histaspas? Es cuestión de tu diligencia: pues si en este momento nos adelantamos al enemigo y los matamos, ninguno de nosotros morirá.

20 —Pues bien, dijo Histapas echándose a reír, nosotros nos ocuparemos de quienes tengamos enfrente, y los de los flancos encomiéndaselos a otros para que no estén desocupados.

Y Ciro replicó:

—Yo mismo iré contra ésos. Ahora bien, Histaspas, recuerda que sea quien sea de nosotros aquel al que la divinidad otorgue la victoria, si queda algún reducto enemigo, debemos atacar conjuntamente a quien oponga resistencia.

Dicho esto, prosiguió la marcha.

Cuando en su recorrido se aproximó al flanco y al jefe 21
de los carros de aquel lado, le dijo: «Vengo para prestaros mi ayuda. Y bien, cuando veáis que nosotros atacamos la punta, intentad entonces vosotros arremeter a la vez a través de las filas enemigas, pues estaréis mucho más a seguro fuera que aislados dentro.»

Cuando también en su recorrido llegó a las líneas si- 22
tuadas detrás de los carros cubiertos, ordenó a Artagerses y a Farnuco que se quedaran allí con sus dos regimientos de mil hombres, uno de infantería y otro de caballería. «Y cuando veáis que yo ataco las líneas situadas enfrente del ala derecha, lanzaos entonces también vosotros contra las que tenéis enfrente; lucharéis, dijo, contra unas tropas en columna, posición en la que el ejército es más débil, estando, en cambio, vosotros en línea de batalla, posición en la que seríais los más fuertes y, como veis, la caballería enemiga va al final; lanzad contra ellos la compañía entera de camellos y sabed bien que, antes de librar batalla, contemplaréis las filas enemigas en una situación irrisoria.»

Ataque a los flancos del ejército enemigo

Una vez realizado este recorrido, Ci- 23
ro pasó al lado derecho. Y, creyendo Creso que ya el centro con el que marchaba se encontraba más próximo a los enemigos que las alas que se estaban desplegando, dio a las alas la señal de no subir ya más, sino que evolucionaran en el mismo lugar. Y cuando estuvieron un rato parados mirando de frente al ejército de Ciro, les
dio la señal de marchar contra los enemigos. De este modo, 24
avanzaron tres líneas de batalla contra el ejército de Ciro, la una de frente y las otras dos: una por la derecha y la otra por la izquierda, de suerte que un miedo intenso se hizo presente en todo el ejército de Ciro; pues como una *pi* pe-

queña petrificada [272] e insertada en una grande, así también el ejército de Ciro se encontraba por todas partes rodeado por los enemigos con su caballería, sus hoplitas, peltas-
25 tas, arqueros y carros, excepto por detrás. Sin embargo, siguiendo las recomendaciones de Ciro, todos evolucionaron de cara a los enemigos. Un profundo silencio reinaba en todas partes por temor al futuro inmediato. Y, cuando a Ciro le pareció oportuno, entonó un peán y todo el ejército
26 cantó a coro con él. Después de lo cual, lanzaron un grito de guerra en honor de Enialio [273], al mismo tiempo que Ciro efectuaba la salida y, tras tomar con su caballería a los enemigos de flanco, acto seguido trabó combate con ellos. La infantería, en línea apretada lo seguía inmediatamente detrás y los rodeaba por ambos lados, de modo que el ejército de Ciro llevaba la ventaja, pues se lanzaba con

[272] Los manuscritos presentan *mikrón plinthíon* «pequeño ladrillito». DELEBECQUE, «Sur une image de Xénophon: la 'petite brique' de la *Cyropédie*, VII 1, 24», *Rev. des Étud. Grec.* 89 (1976), 57-63, considera, en primer lugar, que *plinthíon* es un diminutivo redundante con el adjetivo *mikrón* que le precede y que no se ajusta al tono general del pasaje, pues carece de sentido que un ladrillo pequeño se inserte en otro más grande, como se dice a continuación. Delebecque propone corregir el fragmento por *pi lithínon*, «una *pi* pequeña petrificada» formada por los tres escuadrones de cien carros e insertada en la *pi* grande formada por las dos *gammas* de las que se habla en VII 1, 5. En cuanto a *lithínon*, entiende que, además de aparecer en otras obras de Jenofonte (*Rep. lac.* II 4, y *Banqu.* IV 24), se ajusta bien al contexto general en que se nos presenta el ejército inmovilizado por el estupor momentáneo.

[273] Evidentemente relacionado con Enio, diosa de la guerra que aparece habitualmente en el séquito de Ares, de quien a menudo se la considera hija. Más bien, este parentesco parece corresponder a la incorporación al panteón griego de una divinidad quizá tracia. Posteriormente, el sincretismo llega a su grado máximo al desaparecer prácticamente de los textos Enio y apareciendo el adjetivo Enialio como epíteto de Ares, cf. *Il.* II 651, y XVII 211; *Anáb.* I 8, 18; *Helén.* II 4, 17.

el centro contra un flanco, de modo que enseguida se produjo una violenta fuga en las filas enemigas [274].

Cuando Artagerses se dio cuenta de que Ciro interve- 27
nía, él también atacó por la izquierda, lanzando los camellos conforme a las órdenes de Ciro. Los caballos enemigos ya desde una distancia considerable, no los aguantaron: mientras unos, fuera de sí, emprendían la huida, otros saltaban y otros caían revueltos entre sí, pues tal es la reacción de los caballos ante la visión de camellos. Por su 28
parte, Artagerses con sus huestes ordenadas apretadamente hostigaba unas filas desordenadas y lanzó a un tiempo los carros a derecha e izquierda. Muchos enemigos por huir de los carros murieron a manos de quienes los perseguían por el flanco, y otros muchos, por huir de éstos, fueron apresados por los carros.

Muerte de Abradatas a manos de los egipcios

Y Abradatas, por su parte, sin demo- 29
rarse ya más, al grito de «Amigos seguidme» se lanzó sin miramientos para los caballos, haciéndolos sangrar terriblemente con la aguijada. También los demás conductores de carros se lanzaron a una. Los carros enemigos emprendieron rápidamente la huida, recogiendo unos al guerrero acompañante [275], abandonándolo otros. Abradatas, 30
corriendo hacia delante, se lanza contra las líneas egipcias y los soldados de las líneas vecinas lo acompañaron tam-

[274] En el párrafo que comienza en VII 1, 5, se aplican los conocimientos tácticos a los que se refiere JENOFONTE, *supra,* I 6, 43, y en *Rep. lac.* XI 6, 10. G. PRINZ, *De Xenophontis Cyri Institutione,* tesis doct., Gotinga, 1911, págs. 35 y sigs., ve en esta batalla contra Creso una recapitulación y enmienda de la batalla de Cunaxa.

[275] El carro llevaba dos ocupantes: el conductor (*hēníokhos*) que no combatía, y el guerrero combatiente (*paraibátēs*), cf. E. DELEBECQUE, *Le cheval dans l'Iliade,* París, 1951, págs. 94-95.

bién en el ataque. Muchas otras veces y en otras circunstancias se ha demostrado que no hay línea de batalla más fuerte que la resultante de la unión de aliados amigos, y también en esta ocasión se demostró este hecho. En efecto, los compañeros y camaradas de mesa [276] de Abradatas se lanzaron juntamente con él contra el enemigo y el resto de los aurigas; cuando vio que los egipcios aguantaban el ataque en masa apretada, se desviaron por la zona de los
31 carros en fuga y los persiguieron. Abradatas y su séquito allí donde se lanzaban, incapaces de abrirse paso por entre los egipcios a causa de la resistencia de quienes los flanqueaban por ambos lados, a unos los volcaban golpeándolos directamente con el ímpetu de los caballos y a los que caían los molían a golpes, tanto a ellos como a sus armas, con los caballos y las ruedas. Y todo aquel a quien las hoces de las ruedas atrapaban era violentamente mutilado
32 todo él, armas y cuerpo. En medio de esta inenarrable confusión, como las ruedas daban botes por los montones [277] de todas clases que había, cayeron de sus carros Abradatas y otros que lo habían acompañado en el ataque; y estos hombres, convertidos entonces en héroes, fueron mutilados y muertos.

Y los persas que lo acompañaban inmediatamente detrás, por donde Abradatas y los suyos habían atacado, por allí cayeron sobre unos enemigos en desorden y los mataban, pero los egipcios, donde todavía eran incólumes —y en esa situación había muchos—, avanzaron contra los persas.

[276] Se refiere a la comida en común que Jenofonte atribuye a los persas, pero que, como hemos visto, era costumbre espartana.

[277] Se trata de los montones formados por hombres y armas caídos.

Superioridad de los egipcios

Entonces hubo una terrible batalla de 33
lanzas, jabalinas y dagas. Sin embargo, los egipcios eran superiores en número y armas, pues sus lanzas, que todavía en la actualidad tienen, son fuertes y largas, y sus escudos, mejor que las corazas y los escudos de mimbre, cubren los cuerpos y contribuyen al empuje, porque se apoyan en los hombros. Así pues, asiendo con fuerza los escudos, avanzaban y empujaban. Los persas, por su par- 34
te, no pudieron contener el ataque con el escudo de mimbre en el extremo de la mano; volvían sobre sus pies dando y recibiendo golpes hasta que se encontraron bajo la protección de la artillería. No obstante, cuando llegaban allí, eran, a su vez, los egipcios quienes recibían golpes desde las torres; y los últimos tampoco les permitían huir de los arqueros y lanceros, sino que, con las dagas en alto, los obligaban a disparar flechas y lanzas. Mucha era la mor- 35
tandad de hombres, mucho el fragor de armas y de proyectiles de todas clases y mucho el clamor de unos que se llamaban entre sí, otros que se exhortaban y otros que invocaban a los dioses [278].

Entonces Ciro, en persecución de sus adversarios, se 36
presenta, y cuando vio que los persas habían sido rechazados de su posición, sintió dolor; y comprendiendo que de ninguna manera podría detener a los enemigos en su avance más rápidamente que si los hacía volver hacia atrás, transmitió a los suyos la orden de que lo siguieran y giró con su caballo hacia atrás; y después de caer sobre quienes miraban a otro lado los golpean y matan a muchos. Los 37
egipcios, cuando se dieron cuenta, advertían a gritos que los enemigos estaban detrás de ellos y se daban la vuelta

[278] Pasaje con reminiscencias homéricas.

en medio de los golpes que recibían. Luchaban en tremen-
da confusión infantes y caballeros, cuando un soldado que
estaba caído bajo el caballo de Ciro, pisoteado, golpea [279]
con la daga en el vientre al caballo; éste, herido, en sus
38 convulsiones [280] derriba a Ciro. Verdaderamente, entonces,
uno podría haberse dado cuenta de la importancia que tie-
ne que el jefe sea amado por los suyos: pues, al punto,
todos se pusieron a clamar y se lanzaron a la lucha: empu-
jaban y eran empujados, golpeaban y eran golpeados. Y
uno de los ayudantes de campo de Ciro, tras desmontar,
39 sube a Ciro a su propio caballo. Ciro, una vez subido al
caballo, observó que los egipcios ya recibían golpes de to-
das direcciones, pues Histaspas se había presentado ya con
la caballería persa, y también Crisantas. Pero Ciro ya no
les permitió lanzarse contra la línea de batalla egipcia y
les ordenó disparar flechas y lanzas desde fuera. Y cuando
a caballo llegó junto a la artillería, le pareció oportuno
subir a una de las torres y observar si en algún lugar resis-
tía algún otro elemento enemigo y proseguía la lucha.
40 Una vez arriba, vio la llanura llena de caballos, hombres
y carros, huyendo o persiguiendo, derrotando o sufriendo
la derrota. Pero en ninguna parte podía ya ver ningún gru-
po que resistiera en su puesto, excepto las tropas egipcias.
Y formaron un círculo cerrado cuando éstas se encontra-
ron sin salida, y se sentaron bajo sus escudos, para dejar

[279] El hecho de que en este párrafo los verbos estén en presente no debe extrañar, ya que da mayor verismo a la acción que se relata, máxime si se trata de una sucesión de acontecimientos casi cinematográfica como ésta. El uso estilístico del presente entre tantos pasados causó la admiración del Pseudo-Longino, *Sobre lo sublime* XXV.

[280] En griego aparece el verbo *sphadázō* que encontramos también en Esqu., *Persas* 194, y textos médicos.

sus armas a la vista. Y ya no hacían nada, pero sufrían mucho y terriblemente [281].

Los egipcios pactan con Ciro

Y Ciro, admirado de su conducta y 41
lamentando que siendo soldados valien-
tes estuvieran pereciendo, hizo que se re-
tiraran todos cuantos luchaban a su alre-
dedor y no permitió a nadie proseguir
la lucha. Y les envía un heraldo para preguntarles qué pre-
ferían: morir todos por culpa de los que los habían traicio-
nado o salvarse con fama de valientes. Y ellos respondie-
ron:

—Pero ¿cómo podríamos salvarnos con fama de valientes?

Ciro replicó: 42

—Es que os vemos solos, resistiendo y queriendo luchar.

—Pero, entonces, dijeron los egipcios, ¿qué hazaña podríamos realizar para salvarnos?

—Eso es posible, replicó Ciro, si salvarais la vida sin traicionar a ningún aliado, sin entregar las armas y haciéndoos amigos de quienes eligen salvaros, siéndoles lícito perderos.

Al escuchar esto, preguntaron: 43

—¿Y si nos hacemos amigos tuyos, qué relaciones juzgarás oportunas mantener con nosotros?

—Un intercambio de favores, respondió Ciro.

De nuevo preguntaron los egipcios:

—¿Qué clase de favores por tu parte?

—Yo os daría, les contestó Ciro, durante el tiempo que dure la guerra, más sueldo que el que recibíais ahora y,

[281] Para entender el papel jugado por los egipcios en la *Ciropedia*, cf. E. Delebecque, *Essai sur la vie de Xénophon*, París, 1957, páginas 400-403.

cuando llegue la paz, a aquel de vosotros que quiera quedarse conmigo le daré tierra, ciudades, mujeres y servidores.

44 Después de oír estas promesas, los egipcios pidieron quedar exentos de participar en la campaña contra Creso, pues dijeron que sólo a éste debían reconocimiento. En cuanto al resto de las condiciones, convinieron con Ciro
45 e intercambiaron compromisos. Y los egipcios que entonces se quedaron, todavía en la actualidad permanecen fieles al Rey [282], y Ciro les concedió ciudades, unas en el interior que todavía hoy día reciben el nombre de ciudades egipcias y, por otro lado, Larisa y Cilene junto a Cime, cerca del mar, las cuales todavía habitan los descendientes de aquéllos [283].

Transcendencia histórica de las medidas tomadas por Ciro

Llevadas a término estas acciones, Ciro, como ya estaba oscureciendo, condujo su ejército a Timbrara para acampar allí.
46 Durante la batalla, por parte enemiga, los únicos cuya actuación fue celebrada fueron los egipcios, y, del bando de Ciro, se estimó que el cuerpo más fuerte había sido la caballería persa, de suerte que incluso en la actualidad se mantiene el armamento que
47 Ciro dispuso entonces para la caballería. Y también fueron muy celebrados los carros falcados, de suerte que también este artefacto bélico todavía en la actualidad se mantiene
48 de rey en rey [284]. Los camellos, por otro lado, sólo atemorizaron a los caballos; los camelleros no mataron caballeros, ni ellos tampoco murieron a manos de caballeros, pues ningún caballo se les había aproximado. Y su servicio 49
parecía útil; pero ningún soldado valiente quería criar un camello para montarlo ni ejercitarlo para combatir a lomos de él. Así pues, tras recobrar su función, marchan entre las bestias de carga.

Ataque y conquista de Sardes [285]

El séquito de Ciro, después de cenar 2
y colocar vigías como era debido, se fue a acostar. Por su parte, Creso al punto huyó hacia Sardes [286] con su ejército. Los restantes pueblos, por donde cada uno pudo distanciarse más aquella noche, se retiraron camino de sus respectivos países. Cuando llegó el día, inmediata- 2
mente Ciro se dirigió contra Sardes. Y, cuando se encontró ante la muralla de Sardes, hizo trasladar las máquinas para lanzarlas contra la muralla y preparó las escalas. Mientras realizaba estos preparativos, al caer la noche, 3
hizo subir caldeos y persas por la parte que parecía más

[282] En tiempos de Jenofonte había egipcios luchando junto a los persas, como refleja *Anáb.* I 8, 9.

[283] Larisa, ciudad de Misia, y Cilene de la Eólide.

[284] En *Anáb.* I 8, 6-10, aparece el mismo armamento de la caballería persa, e incluso los carros falcados de la batalla de Cunaxa con Ciro el Joven.

[285] La conquista de Sardes por Ciro también es narrada por Heródoto (I 77-84) con ligeras variantes. En el relato de Heródoto, la conquista se produce después de un asedio de catorce días, aprovechando que Creso había despedido a sus aliados tras el indeciso resultado de la batalla de Pteria. El relato de Jenofonte es bastante fiable porque, probablemente, se encontraba todavía a las órdenes de Agesilao y pudo tener acceso a fuentes persas. Cf. J. K. Anderson, «The Battle of Sardis in 395 B. C.», *California Stud. in Class. Ant.* 7 (1974), 27-53.

[286] Ciudad de Lidia situada en una amplia llanura y atravesada por varios ríos, entre ellos el aurífero Pactolo. Tenía una grandiosa acrópolis y varios santuarios, sobre todo el de la diosa Cibele (*Kybêbê*), cf. Heród., V 102. La riqueza de esta ciudad era proverbial; por ello, muchos sabios acudían a su corte, entre ellos el ateniense Solón, siempre según el testimonio de Heród., I 29, 1. Sus principales fuentes de riqueza eran la industria de tejidos y objetos de lujo, además de un floreciente comercio.

escarpada de la muralla de Sardes. Y los dirigía un varón persa, convertido en esclavo de un guarda de la acrópolis, quien había aprendido un camino que bajaba al río[287] y su subida.

4 Cuando fue evidente que la ciudadela había sido tomada, todos los lidios echaron a huir desde las murallas por el lugar de la ciudad que cada uno podía. Ciro entró en la ciudad con el día y transmitió a sus soldados la orden
5 de que ninguno se moviera de su puesto. Creso, encerrado en los aposentos reales, llamaba a voces a Ciro. Éste dejó a unos guardias para vigilar a Creso y, en persona, se dirigió hacia la ciudadela ocupada. Y cuando vio que los persas la guardaban como es debido, pero que las armas de los caldeos habían sido abandonadas —pues se habían apresurado a saquear los bienes de las casas—, reunió inmediatamente a sus comandantes y les ordenó que abandonaran
6 el ejército cuanto antes. «Pues, dijo Ciro, no podría permitir que salga beneficiada gente que veo comportarse indisciplinadamente. Y sabed bien que yo me disponía a haceros, a quienes marcháis conmigo, los hombres más envidiables a ojos de todos los caldeos. En cambio, ahora, terminó, no os extrañe si alguien más fuerte se topa con vosotros de vuelta a vuestro país.»

7 Oídas estas palabras, los caldeos sintieron miedo, le rogaron que depusiera su cólera y afirmaron que iban a devolver todo el producto del saqueo. Él les replicó que no necesitaba nada de ellos. «Pero, les dijo, si queréis que deponga mi aflicción, todo cuanto habéis pillado devolvédselo a los soldados que han mantenido la vigilancia de la ciudad. Pues si el resto de los soldados se da cuenta

[287] Es decir, el Pactolo.

de que salen beneficiados quienes han mantenido la disciplina, por mi parte todo estará bien.»

Los caldeos obraron tal como Ciro les había ordenado, 8
y los soldados obedientes recibieron numerosas y variadas riquezas. Por su parte, Ciro, después de hacer acampar a los suyos en el lugar de la ciudad que le pareció más adecuado, les transmitió la orden de que permanecieran junto a las armas y desayunaran.

Encuentro de Ciro y Creso. Ambos preservan Sardes del saqueo[288]

Una vez dadas estas órdenes, pidió 9
que le trajeran a Creso. Y éste, cuando vio a Ciro, le dijo:

—Salud, soberano, pues éste es el título que la fortuna nos concede desde este momento a ti para poseerlo y a mí para dirigirme a ti.

—Y tú, Creso, replicó Ciro, recibe también mi saludo, 10
ya que ambos somos seres humanos. Pero, dime, Creso, ¿querrías darme un consejo?

[288] Baquílides, II 23-62, presenta una versión distinta: Creso, ante la derrota, se lanza por decisión propia a una pira, de la que lo salvó Apolo para llevarlo al país de los Hiperbóreos. En la versión de Heród., I 86-8, es Ciro quien le ordena morir en la pira, pero, al oír que invocaba a Solón y darse cuenta de que era un hombre sensato, rogó a Apolo que lo librara del fuego, que ya estaba a punto de alcanzarlo, y en ese momento una lluvia bajó del cielo apagándolo. Es, generalmente, admitido que la versión de Baquílides, elogiosa para Creso, se remonta a fuentes lidias, cf. R. Jebbs, *Bacchylides. The Poems and Fragments*, Cambridge, 1905, pág. 196; A. Taccone, *Bacchilide. Epinici, ditirambi e frammenti*, Turín, 1923, pág. 33, y B. Gentili, *Bacchilide. Studi*, Urbino, 1958, págs. 84-90.—Respecto a la hipótesis de que la versión de Heródoto correspondiese a una manipulación por parte del sacerdocio délfico, parece poco satisfactoria, cf. S. Preuss, *De fabulis apud Bacchylidem*, Königsberg, 1902.—Por otra parte, la confrontación de los relatos del encuentro de Ciro con Creso, en Jenofonte y Heródoto, ilumina la relación entre ambos autores, probablemente sin intermediarios. Jeno-

—Naturalmente, y también estaría dispuesto, Ciro, a encontrar algo que fuera bueno para ti, pues ello, creo, sería bueno para mí también.

11 —Entonces, Creso, escucha: en vista de que los soldados se han forzado mucho, han corrido muchos riesgos y ahora se creen en posesión de la ciudad más rica de Asia después de Babilonia, encuentro justo que los soldados reciban alguna recompensa, pues sé que, si no reciben ningún fruto de sus fatigas, no podré mantenerlos sumisos mucho tiempo. En todo caso, no quiero darles rienda suelta para que saqueen la ciudad, pues creo que sería su ruina y sé bien que en un saqueo los hombres más miserables sacarían mayor beneficio.

12 Tras oír estos razonamientos, tomó la palabra Creso:

—Pues bien, dijo, a los lidios hacia quienes me dirija permíteme decirles que he obtenido de ti que no se efectúen saqueos ni se permitan desapariciones de niños ni de mujeres; y que yo te prometí a cambio que todo lo que de bello y bueno hay en Sardes os será entregado por los
13 lidios de buen grado. Pues si oyen estas promesas, sé bien que te llegará todo objeto hermoso para hombre y mujer que hay aquí. E, igualmente, el año que viene la ciudad

fonte adapta el relato de Heródoto a sus necesidades, dirigiendo el centro de atención sobre el rey persa que reúne en su persona todas las virtudes que tenían Creso y Solón según Heródoto. Él mismo es un sabio que enseña a los demás el arte de la *eudaimonía*, siendo así al propio tiempo el *anḗr eudaímōn* y el garante de la felicidad de los demás, cf. E. Lefèvre, «Die Frage nach dem *Bíos eudaímon*. Die Begegnung zwischen Kyros und Kroisos bei Xenophon», *Hermes* 99 (1971), 283-296. Por su parte, Creso, como en Heródoto, da consejos a Ciro, en este caso sobre el pillaje de Sardes. Pero, a diferencia de Heród., I 88-89, que contrapone al prudente Creso con el imprudente Ciro, Jenofonte construye un diálogo muy instructivo sobre la base económica del bienestar.

estará de nuevo para ti llena de abundantes y hermosos tesoros; en cambio, si la saqueas, incluso la artesanía, que dicen que es fuente de belleza, será completamente destruida. Cuando hayas visto venir estas riquezas tendrás la 14
posibilidad de reflexionar contigo mismo todavía sobre la conveniencia de saqueo. Pero, primero, dijo, envía a buscar mis tesoros, y que tus guardias reciban riquezas de manos de los míos.

Ciro convino en seguir todas estas recomendaciones de Creso.

Profecía del oráculo de Delfos acerca de la felicidad de Creso

—De todos modos, dijo Ciro, dime, 15
Creso, cómo te resultaron esas profecías del oráculo de Delfos; pues se dice que Apolo recibe mucha veneración de tu parte y que tu conducta es fruto de la obediencia que le profesas [289].

—Habría querido, Ciro, que así fuera. Ahora bien, ya 16
desde el principio me comporté con Apolo de un modo totalmente contrario.

[289] Heródoto (I 46-56) cuenta cómo Creso, en un principio, puso a prueba a los diferentes oráculos enviando a cada uno un emisario para preguntar lo que estaba haciendo él en el momento de la consulta. El único que realmente lo adivinó fue el de Delfos y, desde entonces, fue muy devoto de él, dedicándole sacrificios y honrándolo con ofrendas de oro. Un día le consultó si su monarquía sería duradera y le dio la siguiente respuesta: «Mira, cuando un mulo sea rey de los medos, entonces... huye; no te quedes, ni te avergüences de ser cobarde.» Ante tal respuesta se alegró, porque estaba seguro de que nunca reinaría un mulo entre los medos. Sin embargo, como más adelante explica Heródoto (I 91), ese mulo era Ciro, hijo de una madre de alta alcurnia, princesa meda, y un padre persa, súbdito de los medos, vasallaje del que nunca habla Jenofonte. La consulta de oráculos aparece frecuentemente en Jenofonte, cf. *Apol.* XI; *Anáb.* III 1, 6. N. C. Castro Smolka, «O papel de oráculo na vida grega», *Ling. e Liter.* 1 (1972), atribuye al oráculo en

—Naturalmente, y también estaría dispuesto, Ciro, a encontrar algo que fuera bueno para ti, pues ello, creo, sería bueno para mí también.

11 —Entonces, Creso, escucha: en vista de que los soldados se han forzado mucho, han corrido muchos riesgos y ahora se creen en posesión de la ciudad más rica de Asia después de Babilonia, encuentro justo que los soldados reciban alguna recompensa, pues sé que, si no reciben ningún fruto de sus fatigas, no podré mantenerlos sumisos mucho tiempo. En todo caso, no quiero darles rienda suelta para que saqueen la ciudad, pues creo que sería su ruina y sé bien que en un saqueo los hombres más miserables sacarían mayor beneficio.

12 Tras oír estos razonamientos, tomó la palabra Creso:

—Pues bien, dijo, a los lidios hacia quienes me dirija permíteme decirles que he obtenido de ti que no se efectúen saqueos ni se permitan desapariciones de niños ni de mujeres; y que yo te prometí a cambio que todo lo que de bello y bueno hay en Sardes os será entregado por los
13 lidios de buen grado. Pues si oyen estas promesas, sé bien que te llegará todo objeto hermoso para hombre y mujer que hay aquí. E, igualmente, el año que viene la ciudad

fonte adapta el relato de Heródoto a sus necesidades, dirigiendo el centro de atención sobre el rey persa que reúne en su persona todas las virtudes que tenían Creso y Solón según Heródoto. Él mismo es un sabio que enseña a los demás el arte de la *eudaimonía*, siendo así al propio tiempo el *anḗr eudaímōn* y el garante de la felicidad de los demás, cf. E. Lefèvre, «Die Frage nach dem *Bíos eudaímon*. Die Begegnung zwischen Kyros und Kroisos bei Xenophon», *Hermes* 99 (1971), 283-296. Por su parte, Creso, como en Heródoto, da consejos a Ciro, en este caso sobre el pillaje de Sardes. Pero, a diferencia de Heród., I 88-89, que contrapone al prudente Creso con el imprudente Ciro, Jenofonte construye un diálogo muy instructivo sobre la base económica del bienestar.

estará de nuevo para ti llena de abundantes y hermosos tesoros; en cambio, si la saqueas, incluso la artesanía, que dicen que es fuente de belleza, será completamente destruida. Cuando hayas visto venir estas riquezas tendrás la 14
posibilidad de reflexionar contigo mismo todavía sobre la conveniencia de saqueo. Pero, primero, dijo, envía a buscar mis tesoros, y que tus guardias reciban riquezas de manos de los míos.

Ciro convino en seguir todas estas recomendaciones de Creso.

Profecía del oráculo de Delfos acerca de la felicidad de Creso

—De todos modos, dijo Ciro, dime, 15
Creso, cómo te resultaron esas profecías del oráculo de Delfos; pues se dice que Apolo recibe mucha veneración de tu parte y que tu conducta es fruto de la obediencia que le profesas [289].

—Habría querido, Ciro, que así fuera. Ahora bien, ya 16
desde el principio me comporté con Apolo de un modo totalmente contrario.

[289] Heródoto (I 46-56) cuenta cómo Creso, en un principio, puso a prueba a los diferentes oráculos enviando a cada uno un emisario para preguntar lo que estaba haciendo él en el momento de la consulta. El único que realmente lo adivinó fue el de Delfos y, desde entonces, fue muy devoto de él, dedicándole sacrificios y honrándolo con ofrendas de oro. Un día le consultó si su monarquía sería duradera y le dio la siguiente respuesta: «Mira, cuando un mulo sea rey de los medos, entonces... huye; no te quedes, ni te avergüences de ser cobarde.» Ante tal respuesta se alegró, porque estaba seguro de que nunca reinaría un mulo entre los medos. Sin embargo, como más adelante explica Heródoto (I 91), ese mulo era Ciro, hijo de una madre de alta alcurnia, princesa meda, y un padre persa, súbdito de los medos, vasallaje del que nunca habla Jenofonte. La consulta de oráculos aparece frecuentemente en Jenofonte, cf. *Apol.* XI; *Anáb.* III 1, 6. N. C. Castro Smolka, «O papel de oráculo na vida grega», *Ling. e Liter.* 1 (1972), atribuye al oráculo en

—Y ¿cómo?, preguntó Ciro; explícame, pues dices cosas muy paradójicas.

17 —En primer lugar, respondió Creso, me despreocupé
de preguntar al dios, cuando tuve necesidad, para poner
a prueba su poder de emitir la verdad. Y, respecto a este
punto, prosiguió, no sólo un dios, sino también hombres
de bien, cuando se saben en desconfianza, no aman a quie-
18 nes desconfían de ellos. Cuando él [290] se dio cuenta de mi
incluso muy extraña conducta y de mi alejamiento de Del-
fos, en esas circunstancias envío, en efecto, a preguntarle
19 acerca de mi descendencia. Y él al principio no me respon-
dió, pero, cuando yo, por medio del envío de numerosas
ofrendas de oro y plata y de la celebración de variados
sacrificios, me hice propicio a sus ojos en algún momento,
según me pareció apreciar, entonces respondió a mi pre-
gunta sobre qué podría hacer para que me nacieran hijos.
20 Y me dijo que los tendría. Y nacieron; en efecto, ni aun
en esto me mintió; pero, aunque nacieron, no me aprove-
charon en nada, pues el uno era sordomudo, y el otro,
cuando ya se había convertido en un joven notable, murió
en la flor de la edad [291]. Abrumado por las desgracias ocu-
rridas a mis hijos, envío de nuevo a preguntar al dios qué
podría hacer para pasar el resto de la vida lo más feliz-
mente posible [292], y él me respondió: «Si te conoces a ti

la obra de Heródoto, Tucídides y Jenofonte, la función de embellecer el relato o la de instrumento de propaganda política.

[290] Es decir, Apolo, dios de Delfos.

[291] Estas dos consultas al oráculo, la una para informarse acerca de su descendencia y la otra acerca de su felicidad, no aparecen en Heródoto. Respecto al hijo de Creso, HERÓDOTO lo llama Atis y relata su muerte en un accidente de caza (I 43-46).

[292] La pregunta sobre la felicidad en la vida, que en Heródoto va dirigida a Solón, en Jenofonte se dirige a un oráculo.

mismo, Creso, realizarás la travesía felizmente.» Y yo, al 21
oír el oráculo, me regocijé, pues consideraba que él me
había encomendado la tarea más sencilla para otorgarme
la felicidad. En efecto, a los demás es posible conocerlos
a unos sí y a otros no. Pero creía que cualquier hombre
sabía quién es él mismo. Y en el tiempo posterior a este 22
hecho, mientras tuve tranquilidad, después de la muerte
de mi hijo, no hice reproches a la fortuna. Pero, cuando
el rey asirio me convenció para marchar contra vosotros,
vine a entrar en toda clase de peligros. No obstante, me
salvé sin haber recibido ningún daño, y no culpo tampoco
de estos azares al dios, pues cuando yo «me hube conocido
a mí mismo» no suficientemente capacitado para luchar
con vosotros, me retiré, con la ayuda del dios, sin peligro
yo y los míos. Ahora bien, de nuevo corrompido por la 23
riqueza que poseía, por quienes me pedían que fuera su
jefe, por los regalos que me hacían, por la gente que, adu-
lándome, me decía que, si yo quería el mando, todos
me obedecerían y sería el más poderoso de los hombres;
hinchado por tales palabras, cuando todos los reyes de al-
rededor me eligieron jefe de la guerra, yo acepté el genera-
lato, en la idea de que era capaz de convertirme en el hom-
bre más poderoso del mundo, ignorante, ¡ay!, de mí mismo, 24
porque me creía capaz de oponer las normas contra ti, que,
en primer lugar, eres de estirpe divina; en segundo lugar,
eres nacido de generaciones ininterrumpidas de reyes, y,
por último, te ejercitas desde niño en la virtud; en cambio,
me han dicho que el primero de mis antepasados que reinó
adquirió al mismo tiempo el trono y la libertad [293]. Así

[293] Jenofonte deja entrever que la conducta errónea de Creso es debida a su origen plebeyo, por oposición al linaje divino de Ciro, que se refleja en su intachable conducta. Así, como en otras ocasiones, Jeno-

pues, por haber ignorado estos hechos, dijo, tengo el castigo que merezco. Pero ahora, Ciro, verdaderamente me
25 conozco a mí mismo. ¿Y tú crees, le preguntó, que todavía Apolo va a haber sido sincero al decir que yo seré feliz cuando me conozca a mí mismo? Te pregunto a ti, porque me parece que eres el más adecuado para conjeturarlo en la actualidad, pues en tu mano está que se cumpla.

26 —Déjame reflexionar al respecto, respondió Ciro, pues en consideración a tu pasada felicidad te compadezco, Creso, y te devuelvo ahora la esposa que tenías, tus hijas —pues me han dicho que las tienes—, tus amigos, tus servidores y tu mesa de toda la vida. En cambio, te arrebato batallas y guerras.

27 —Por Zeus, exclamó Creso, no reflexiones ya más sobre la respuesta acerca de mi felicidad, pues ya te digo que, si haces lo que dices, esa vida, que era la más venturosa a juicio de los demás —y yo era de la misma opinión—, a partir de ahora también yo la podré llevar.

28 Y Ciro preguntó:

—¿Y quién era la persona que ya entonces llevaba esa vida venturosa?

—Mi mujer, Ciro, respondió Creso, pues ella compartía en pie de igualdad conmigo todas las riquezas, lujos y gozos, y, en cambio, no tenía parte en las preocupaciones para procurar estos bienes, ni en guerras ni en batallas. De ese modo, me parece que tú también me arreglas la vida como hacía yo a quien amaba más que a nadie en

fonte presenta una figura-contraste, para resaltar mejor las virtudes del héroe del relato. El antepasado al que se refiere Creso es Giges, un guardia de corps, según Heród., I 8, y un pastor, según Plat., *República* II 359d. Asesinó a Candaules, rey de Lidia, para ocupar su trono.

el mundo, de suerte que me parece que debo a Apolo otra acción de gracias [294].

Después de escuchar las palabras de Creso, Ciro se 29
admiró de su buena disposición y, a partir de entonces, lo llevaba con él dondequiera que fuera, sea porque lo considerara de utilidad, sea porque de este modo se sintiera más seguro.

Entonces se fueron a acostar. Al día siguiente, Ciro 3
llamó a sus amigos y a los comandantes de ejército, y a unos les encargó recibir los tesoros y a otros les ordenó que, de cuantas riquezas había entregado Creso, en primer lugar, apartaran para los dioses lo que los magos prescribieran y, luego, que, cuando recibieran el resto de las riquezas, las metieran en cofres y las colocaran en los carros, y que, después de echar a suertes los carros, los llevaran por dondequiera que ellos fueran para que, en el momento oportuno, cada uno recibiera justa parte. Y ellos 2
cumplieron sus órdenes.

Duelo por Abradatas

Ciro, por su parte, llamó a algunos ayudantes de campo allí presentes y les preguntó:

—Decidme: ¿alguno de vosotros ha visto a Abradatas? Pues me extraña, dijo, que visitándonos antes con frecuencia ahora no aparezca por ningún lado.

Entonces uno de los ayudantes de campo le respon- 3
dió:

[294] Ciro, en su bondad, no castiga a Creso, sino que le permite quedarse con todo lo que él ama, su familia, su casa, sus posesiones, pero lo aparta muy astutamente de las armas y la guerra. Despojado del modo de vida viril, el ejército, Creso va a llevar una vida relajada y mujeril opuesta al ideal del trabajo, *pónos*.

—No está vivo, soberano, murió en la batalla al lanzar su carro contra los egipcios. En cambio, el resto de los hombres, excepto sus compañeros, evitó, según dicen, el
4 grueso del ejército egipcio cuando lo vieron. También ahora mismo se dice que su esposa, después de levantar el cadáver y haberlo colocado en el coche con el que ella solía ir, lo ha transportado por aquí hacia el río Pacto-
5 lo [295]. Y dicen que sus eunucos y servidores cavan una tumba para el cadáver sobre un túmulo, y cuentan que la mujer lo ha adornado con los atavíos que ella poseía y está sentada en tierra con la cabeza del esposo sobre sus rodillas.

6 Oídas estas noticias, Ciro se golpeó entonces el muslo [296] y, al punto, saltando sobre el caballo y tomando consigo unos cuantos caballeros, se dirigió hacia el lugar del
7 duelo. Y ordenó a Gadatas y Gobrias que cogieran las joyas que pudieran como hermoso adorno para un amigo y un héroe muerto y lo siguieran, y al encargado de llevar el séquito de rebaños le dijo que dirigiera bueyes y caballos, además de muchas cabezas de ganado menor, al lugar donde le dijeran que se encontraba el cadáver, para degollarlos en honor de Abradatas.

8 Cuando vio a la mujer sentada en tierra y al muerto yacente, lloró ante tal desgracia y exclamó: «Ay, alma noble y fiel, ¿nos dejas y te vas?» Y, al mismo tiempo que le daba la mano derecha, la del muerto se iba tras ella,
9 pues había sido segada por un alfanje egipcio. Al ver esto todavía sintió mucho más dolor, y la mujer rompió en la-

[295] Era costumbre griega, y no persa, llevar el cadáver a un río para proceder allí a las abluciones fúnebres.

[296] Este gesto aparece también en *Il.* XII 162, cuando Asio se indigna por la violencia del ataque griego, y en XV 113, cuando Ares se duele ante el resto de los dioses de la muerte de su hijo Ascálafo.

mentos y, recibiendo de Ciro la mano de su esposo, la besó, la volvió a ajustar en su sitio como pudo y dijo:
«El resto también está en estas condiciones [297]. ¿Pero qué 10
falta hace que lo veas? Sé que sufrió esta suerte por mi causa, pero quizá también por la tuya, Ciro, y no en menor medida, pues yo, loca, lo exhortaba a obrar de este modo para que apareciera ante tus ojos como un amigo digno de mención, y él sé que no reflexionaba sobre lo que pudiera sucederle, sino sobre cómo comportarse para agradarte. Así pues, dijo, él ha muerto irreprochablemente; en cambio, yo, que lo exhortaba, estoy sentada y viva.»

Ciro lloró en silencio durante algún tiempo y, después, 11
levantó la voz:

—Vamos, mujer, él tiene el final más hermoso, pues ha muerto victorioso. Tú toma estos atavíos y adórnalo con ellos de mi parte —Gobrias y Gadatas estaban presentes llevando una profusión de hermosos adornos— y, después, prosiguió, sabe que en lo demás no le faltarán honores, y serán muchos quienes levantarán su sepulcro con la dignidad que nos corresponde y se degollarán en su honor cuantas víctimas merece un héroe. Y tú, prosiguió, 12
no estarás sola: yo en lo sucesivo te honraré por tu templanza, por toda tu virtud y demás cualidades y te uniré a quien te lleve por donde tú quieras ir; sólo, la exhortó, tienes que indicarme quién solicitas que te lleve.

Y Pantea respondio: 13

—Confía, Ciro, que no te ocultaré con quién quiero ir [298].

[297] Recuérdese que Abradatas cayó luchando contra las filas egipcias y su cuerpo fue mutilado por los carros falcados, cf. VII 1, 32.

[298] Esta frase tiene mucho de *ambiguitas tragica*. En realidad, todo el capítulo es una mini-tragedia con sus distintos personajes: la heroína trágica, la nodriza y los sirvientes, y posee la estructura interna propia

14 Dicho esto, Ciro se marchó lamentando que la esposa hubiera sido privada de tal esposo y que el esposo hubiera abandonado a tal esposa para no verla más. La mujer ordenó a los eunucos que se retiraran, «Hasta que, les dijo, le haya llorado como quiero». Pero a la nodriza le dijo que se quedara con ella y le encargó que, una vez muerta, los cubriera a ella y a su esposo con el mismo manto. Y la nodriza suplicándole repetidas veces que no lo hiciera, como no conseguía nada y veía que se enfadaba, se quedó sentada llorando. Y ella, desenvainando una daga preparada desde hacía tiempo, se degüella y después de colocar su cabeza sobre el pecho de su esposo expiró. La nodriza rompió en lamentos y cubrió a ambos como Pantea le había encomendado.

15 Cuando Ciro se enteró de lo que la mujer había hecho, fuera de sí, se lanza para ver si podía prestar algún auxilio. Por su parte, los eunucos, al ver lo sucedido, los tres que eran, después de desenvainar también ellos las dagas, se degüellan allí donde la mujer les había ordenado que se quedaran [299]. En la actualidad se dice que el sepulcro

de una tragedia en la que no falta algo parecido a la instauración del culto al héroe y la institución de sus honras fúnebres. El papel asignado al *deus ex machina* es desempeñado por el propio Ciro.

[299] Aquí termina el relato anovelado del amor de Pantea y Abradatas. Repartido en cuatro episodios, representa un soplo de aire fresco y relajante entre las extensas narraciones guerreras. El primero (IV 6, 11-V 1, 17) consiste en una descripción de la hermosa mujer que da pie a una discusión sobre el amor, entre Ciro y Araspas. El segundo (VI 1, 31-49) relata la pasión de Araspas por Pantea y cómo, para librarse de ella, Araspas acepta la misión de espía entre los enemigos que Ciro le encomienda. El tercero (VI 4, 2-11) presenta a Pantea vistiendo a su esposo, Abradatas, con armas de oro y hermosas vestimentas. El cuarto (VII 3) constituye el clímax del relato, refiriendo la muerte de Abradatas como un valiente a manos de los egipcios y el suicidio de Pantea, cf.

de los eunucos se mantiene levantado hasta el día de hoy. Y dicen que en la estela de arriba están escritos en caracteres asirios [300] los nombres del esposo y la esposa y debajo dicen que hay tres estelas con la inscripción de «portacetros». Y Ciro, cuando se aproximó al lugar de la desgracia 16
después de mostrar su admiración por la mujer y de romper en lamentos, se marchó. Y se preocupó de que obtuvieran todas las honras fúnebres que ellos merecían y, según dicen, el sepulcro fue levantado a una altura enorme.

Pacificación de Caria

Después de este suceso, los carios, que 4
se encontraban divididos por la guerra civil y las luchas intestinas, dado que habitaban en lugares fortificados [301], apelaron a Ciro, cada uno de los bandos en disputa por separado. Ciro, por su parte, fijando su residencia en Sardes, construía máquinas y arietes para derribar las murallas de los grupos desleales y envía contra Caria, dotado de un ejército, a Adusio [302], varón persa no exento de juicio ni de experiencia bélica y muy agradable.

Breitenbach, *Xenophon...*, en *RE* IX A 2 (1966), cols. 1717-1718. Sobre el carácter novelesco de este relato, cf. E. Rohde, *Der griechische Roman*, Leipzig, 1914, 3.ª ed., 139 A 1; R. Helm, *Der antike Roman*, Gotinga, 1956, págs. 11 y sigs., y M. Braun, «Griechischer Roman und hellenistische Geschichtsschreibung», *Frankf. Stud. z. Rel. u. Kult. d. Ant.* 6 (1934), 40-88. Respecto al posible origen persa de esta historia, cf. Christensen, *Les gestes des rois...*, págs. 125 y sigs.

[300] Es decir, en escritura cuneiforme, utilizada en toda la región.

[301] Se alude aquí a las montañas, auténticas fortificaciones naturales, que abundaban en su territorio. Aristófanes, *Aves* 292-293, dice de los carios que «vivían en las crestas», haciendo un juego de palabras con las montañas del país y los penachos de sus yelmos. Cf. tb. Her., I 171, 4.

[302] Personaje desconocido históricamente. Ocupa en la *Ciropedia* el lugar de Hárpago en Heród., I 162 ss., como pacificador de los carios.

Cilicios y chipriotas lo habían acompañado en la campaña
2 con entusiasmo. Ésta es la causa de que hasta entonces
Ciro no hubiera enviado a un persa como sátrapa [303] de

cilicios ni de chipriotas, sino que le bastaban los sucesivos
reyes locales; no obstante, él percibía un tributo y les exigía prestaciones cada vez que tenía que realizar una expedición.

Adusio llegó a Caria conduciendo su ejército, y allí es- 3
taban miembros de los dos bandos carios dispuestos a permitirle la entrada en la muralla para perjuicio de la facción rival. Pero Adusio se condujo con ambos de igual forma: a aquel de los dos grupos con el que hablaba le decía que sus razones eran más justas y que debía ocultar al bando rival su reciente amistad: ésta era la mejor manera de caer de improviso sobre los adversarios. Y reclamó garantías y el juramento de que los carios les iban a abrir sin engaño las puertas de la muralla para bien de Ciro y de los persas, y él, por su parte, estaba dispuesto a jurar que entraría en la muralla sin engaño para bien de quienes lo recibían.
Hecho esto, concertó con cada bando, a escondidas del 4
otro, la misma noche, y esa noche entró en la muralla y tomó posesión de las trincheras de ambas facciones. Al llegar el día, asentado con su ejército en medio de la ciudadela, llamó a los jefes de cada bando. Y, al verse unos a otros, se contrariaron considerándose ambos bandos enga-
ñados. Pero Adusio les dijo lo siguiente: «Yo os juré, seño- 5
res, que entraría en la muralla sin engaño y para bien de quienes me recibieran. Así pues, si acabo con uno de vuestros bandos, creo que habré entrado para perjuicio de los carios; en cambio, si consigo la paz entre vosotros y para ambos la seguridad de cultivar la tierra sin peligro, creo que estoy aquí para bien vuestro. Por tanto, a partir del

---

[303] Término iranio *xšaθra-pā-* «protector del país», que aparece en las inscripciones aqueménidas como *xšaçapāvan-*, a partir de *xšaca-* «reino», «realeza» (relacionado con el gr. *ktáomai* «obtener»), *pā-* «proteger» (relacionado a su vez con el gr. *poimén* «pastor»), y el sufijo *-van-* de agente, cf. É. Benveniste, *Le vocabulaire des institutions indo-européenes*, vol. II, París, 1969, págs. 18-19; R. Schmitt, «Medisches und Persisches, Sprachgut bei Herodot», *Zeitsch. d. deutsch. morgenländ. Gesellsch.* 117 (1967), 131. Designaba a los gobernadores de las provincias. En realidad, se trataba de un rey vasallo con amplios poderes, pero debiendo obediencia al Gran Rey, cf. *Econ.* IV 5.—La institución era ya meda, quizá tomado el *Bei pihat* asirio. Su remodelación por parte de Ciro no es segura. Según sus instrucciones, la corte del sátrapa era una copia de la del Rey.—Darío, en la reorganización y unificación de la administración, remodeló las satrapías en un sistema que se mantuvo, salvo pequeñas modificaciones, hasta la época de los Sasánidas. Hizo depender directamente de su persona a los sátrapas. La posición de éstos siempre fue insegura y en cualquier momento podían ser depuestos.—El número de satrapías varía según las fuentes referidas al mismo período de tiempo, el reinado de Darío I: veintitrés en la *Inscripción de Behistún,* veinticuatro en la de Persépolis y veintinueve o treinta en la de Naqš-i-Rustam, mientras Heród., III 89, habla de veinte.—Las funciones del sátrapa, eran: canalizar los tributos que debían pagar las distintas satrapías anualmente en oro, plata o especies (*ibid.*, III 89-96, aparece una lista de estos tributos, que procede, sin duda, de fuentes oficiales persas), mantener el orden interno en la satrapía, administrar la justicia, detentar el mando de las tropas —aunque sólo el rey nombraba también a jefes militares—, dirigirlas contra cualquier tribu insurrecta, y acuñar moneda.—Para contrapesar este poder de los sátrapas, el Rey se valía de una serie de limitaciones y privilegios: nombrar sátrapas de las regiones más importantes a miembros de la familia real, limitar su autoridad militar por medio de jefes militares nombrados directamente por el Rey, limitar su poder civil por medio de la presencia de gobernadores subordinados con acceso directo al Rey, secretarios reales (*ibid.*, III 128, 3) y toda una red de inspectores, los llamados «ojos del Rey» (*ibid.*, I 114, 2, y Jenof., *Cirop.* VIII 2, 10-11).—Para profundizar sobre el tema, cf. E. Meyer, *Geschichte des Altertums*, III, páginas 34 y sigs., y How-Wells, *A Commentary on Herodotus...*, I, págs. 402 y sigs.

día de hoy, debéis relacionar vuestras respectivas estirpes
con lazos de amistad, cultivar la tierra sin miedo y estable-
cer vínculos matrimoniales entre vuestros hijos. Si alguien
intenta vulnerar estos principios, Ciro y nosotros seremos
6 sus enemigos.» A partir de entonces, las puertas de las mu-
rallas estaban abiertas, los caminos llenos de viandantes
que caminaban unos a casa de otros, y las tierras de labor
llenas de gente cultivándolas. Celebraban fiestas en común
7 y todo rebosaba paz y alegría. Entonces llegaron los hom-
bres de Ciro para preguntar si aún necesitaba ejército o
artillería. Y Adusio respondió que incluso podía hacer uso
en otro lugar del ejército del que disponía y, mientras de-
cía esto, sacó al ejército de la ciudad, después de dejar
puestos de guardia en las ciudadelas. Los carios le rogaban
que se quedara, pero, como no quería, enviaron emisarios
a Ciro pidiéndole que les mandara a Adusio como sátrapa.

Histaspas y Adusio en la Pequeña Frigia

8 Entretanto, Ciro había enviado a His-
taspas conduciendo un ejército a la Fri-
gia del Helesponto [304]. Y, cuando Adu-
sio llegó, Ciro le ordenó que siguiera el
camino que Histaspas había tomado pa-
ra que los frigios, al enterarse de que se aproximaba otro
9 ejército, se sometieran más fácilmente a Histaspas. En efec-
to, los griegos que habitan el litoral consiguieron, a base
de numerosos regalos, impedir a los bárbaros [305] la entra-
da en las murallas, pero debían soportar un tributo y mar-
10 char de campaña donde Ciro ordenara. Por su parte, el
rey de los frigios se preparaba para ocupar sus posiciones
fortificadas sin ánimo de someterse y transmitía órdenes

[304] Es la también llamada Pequeña Frigia, al S. de Bitinia.

[305] Aquí el término «bárbaro» no tiene una acepción peyorativa, sino que es sinónimo de gente perteneciente a una cultura distinta. En Grecia, aquí identificada con Persia, se designaba con ese término a los no-griegos.

en este sentido. Pero, como sus comandantes le hicieron
defección y se encontró solo, acabó por entregarse a His-
taspas al abrigo de la justicia de Ciro. E Histaspas, des-
pués de dejar firmes puestos de guardia persas en las ciu-
dadelas, partió con numerosos caballeros y peltastas fri-
gios unidos a los suyos. Ciro ordenó a Adusio que, tras 11
efectuar la fusión con las tropas de Histaspas, condujera
con sus armas a los frigios que habían tomado el partido
de ellos, y que a quienes habían querido hacer la guerra
les quitaran sus caballos y armas y les ordenaran que los
siguieran todos con una honda como armamento [306].

Camino de Babilonia

Y ellos cumplían estas órdenes. Ciro, 12
por su parte, salió de Sardes después de
dejar allí una nutrida guarnición de in-
fantería, llevando consigo a Creso y con-
duciendo numerosos carros cargados de
abundantes y variadas riquezas. Creso había llegado con
una detallada relación del contenido de cada uno de los
carros, y al entregar a Ciro el inventario le dijo: «Con
ello, Ciro, sabrás quién te entrega correctamente lo que lleva
y quién no.» Y Ciro le replico: «Haces bien, Creso, en 13
prevenirlo. Sin embargo, me traerán sus riquezas quienes
también merecen poseerlas, de suerte que, si roban algo,
a ellos mismos robarán.» Y, mientras decía esto, entregó
a sus amigos y comandantes el inventario para que supie-
ran quiénes de entre los encargados les entregaban íntegra-
mente sus pertenencias y quiénes no.

Llevaba consigo también a los lidios que veía hacer alar- 14
de de sus armas, caballos y carros y que procuraban com-
portarse en todo como creían que le agradaba, y a éstos

[306] El empleo de la honda era considerado humillante. Ciro suele imponérsela a los vencidos.

los llevaba con sus armas; en cuanto a los que veía seguirlo a disgusto, entregó sus caballos a los persas, sus primeros compañeros de campaña, quemó sus armas y los obli-
15 gó también a ellos a seguirlo con hondas. A todos los que se habían sometido los obligó a que, desprovistos de armas, se ejercitaran en el manejo de la honda, ya que consideraba que ésta era el arma más servil. En efecto, con la ayuda de otro cuerpo de ataque, la presencia de los honderos presta un firme servicio; en cambio, por sí solos, ni siquiera en su totalidad, los honderos resistirían a un contingente muy reducido que los atacara con las armas de la lucha cuerpo a cuerpo.

16 En su avance camino de Babilonia, Ciro sometió a los frigios de la Gran Frigia [307], sometió a los capadocios y dominó a los árabes. Con efectivos procedentes de todos estos pueblos completó la caballería persa alcanzando la cifra de no menos de cuarenta mil e incluso repartió entre todos los aliados muchos caballos de los prisioneros. Llegó ante Babilonia con multitud de caballeros, multitud de arqueros y lanceros e innumerables honderos.

5

Planes para sitiar Babilonia

Cuando Ciro estuvo ante Babilonia [308], dispuso todo el ejército alrededor de la ciudad; después él a caballo dio una vuelta a la ciudad acompañado de sus amigos y de los principales jefes aliados.
2 Cuando hubo observado la muralla, se dispuso a retirar su ejército de la ciudad, pero un desertor que había salido

[307] Situada entre Lidia y Capadocia.

[308] Ciudad fundada, *ca.* 1830 a. C., por un príncipe semita occidental, Sumuabum, cuya dinastía se mantiene hasta el siglo XVI a. C. Éste es el país que las fuentes sumerias llaman Martu y Kur, las acadias Amurru. Después de un período de cierta dependencia de la ciudad de

de Babilonia dijo que los babilonios tenían intención de atacarlo en el momento que retirara el ejército: «Pues a ellos, dijo, que os observan desde la muralla, vuestra línea

Larsa, aparece la personalidad de Hammurabi (1728-1686 a. C.), político y legislador (*Código de Hammurabi*), que destruye Larsa y restaura la unidad de Mesopotamia. La dinastía de Hammurabi continúa, pero el imperio babilónico se desmembra, dividiéndose en multitud de Estados, situación que aprovecha el rey hitita Mursil I para saquear Babilonia.—El vacío de poder será ocupado por una nueva estirpe bárbara procedente del Cáucaso, los casitas (1500-1160 a. C.), quienes absorben la cultura babilónica e intentan mantener su independencia frente a los asirios y elamitas. Con los casitas, Babilonia sigue siendo un centro comercial importante, y aunque su predominio político no se ha recuperado, desde el punto de vista cultural esta época es la más brillante, perteneciendo a ella los grandes poemas épicos babilonios: el de Gilgamesh, el de Adapa y el de Etana.—Acto seguido, la dinastía II de Isin somete Babilonia, cuyo renacimiento consigue (1160-1076 a. C.). Durante la primera mitad del siglo X ha de soportar ataques de los arameos y la prepotencia del cada vez más fuerte imperio asirio, sufriendo a menudo la humillación de ver ocupado el trono babilónico por un asirio (Tiglatpileseer III). Los sucesivos saqueos y destrucciones terminan con la toma del poder por los caldeos (625-538 a. C.), de estirpe aramea, quienes se sienten totalmente babilonios e intentan dar a la ciudad un nuevo esplendor. El primer rey caldeo, Nabopolasar, restaura la antigua ciudad, y su hijo, Nabucodonosor II, continúa su obra. Tanto él como su padre toman posiciones en Mesopotamia para frenar el avance medo. Después de su muerte, sucede un período de luchas intestinas entre las diversas castas sacerdotales hasta que accede al trono Nabonido, quien no pudo resistir el embite del joven creador del imperio medo-persa, Ciro II, y Babilonia cae ante el poderío persa, convirtiéndose en una provincia más, pero sin perder su esplendor.—HERÓDOTO describe extensamente esta hermosa ciudad en I 178-183, y ARISTÓTELES, *Política* III 3, 5, habla de su grandiosidad.—Su conquista por parte de Ciro se lleva a cabo, tanto en HERÓD., I 189 s., como en Jenofonte, mediante el desvío del curso del río Eufrates. Pero, mientras en el relato de Heródoto la operación aparece desdoblada en dos: desvío del curso del río Gindes primero y del Eufrates después, en Jenofonte se reduce a una, la del Eufrates. La causa de esta

de batalla les parece vulnerable —y no era de extrañar que así fuera, pues al abarcar un perímetro tan amplio de muralla la línea de batalla era por fuerza de poca profundi-
3 dad—». Así pues, oído esto, Ciro se plantó en medio de su ejército acompañado de su séquito y transmitió la orden de que los hoplitas, replegando la línea de batalla por ambas puntas, se retiraran paralelamente al cuerpo estable del ejército hasta que las dos puntas se encontraran una frente a
4 la otra y ambas frente al centro del ejército. Con esta maniobra, los soldados que mantenían sus posiciones adquirían más confianza, porque se encontraban al doble de profundidad, y los que se retiraban tenían, asimismo, más confianza, porque en seguida los reemplazaban ante los enemigos los hombres que mantenían sus posiciones. Y después de que en su avance unieron las puntas por ambos lados, se pararon reforzados: los que se habían retirado, por los de delante; los de delante, por los de detrás, y los
5 de detrás, por los soldados añadidos delante. Replegada así la línea de batalla, quedaban ordenados inevitablemente los soldados más valientes en primera y en última posición y los más cobardes en medio. Tal alineación parecía bien dispuesta tanto para la lucha como para impedir la huida. La caballería y la infantería ligera procedentes de las alas se encontraban siempre tanto más próximas a su jefe cuanto más se acortaba la línea de batalla al duplicarse [309].
6 Una vez apretados de este modo, se fueron retirando mientras estaban al alcance de los dardos procedentes de la muralla. Cuando se encontraron fuera del alcance de los disparos y tras darse la vuelta, avanzando primero unos pocos pasos, se volvieron hacia la izquierda y se detuvieron frente a la muralla. A medida que se alejaban, más espaciadamente evolucionaban. Y, cuando se consideraron a seguro, la retirada se hizo ininterrumpida hasta que se encontraron en las tiendas [310].

simplificación probablemente sea exaltar más la gloria de las hazañas de Ciro.

[309] Tal es la alineación que presenta el viejo pero avisado Néstor en *Il.* IV 297-300.

Después de acampar, Ciro reunió a los jefes principales 7
y les dijo: «Aliados, hemos dado un rodeo a la ciudad con nuestra vista, pero no creo ver el modo de tomar por asalto una muralla tan sólida [311] y elevada; cuanto mayor sea el número de hombres que haya en la ciudad, como no salen a luchar, tanto más estimo que serían rendidos por el hambre. Así que, si no podéis decirme otro modo, yo mantengo que es así como los hombres deben organizar el asedio.» Y Crisantas preguntó: 8

—¿El río ese no discurre a través de la ciudad con una anchura de más de dos estadios [312]?

—Sí, por Zeus, replicó Gobrias, y su profundidad es tal que ni dos hombres puestos de pie uno encima del otro sobrepasarían el nivel del agua; de modo que la ciudad es todavía más fuerte por su río que por su muralla.

Drenaje del Eufrates

Y Ciro dijo: «Todos estos asuntos, 9
Crisantas, que exceden nuestras fuerzas, dejémoslos. Es necesario que, tras distribuirnos la tarea, cuanto antes, cada uno de nosotros cave un foso lo más ancho y profundo posible para que necesitemos el menor número
10 de vigías posible.» Así, después de tomar la medida del 10

[310] Esta conversión del ejército, a primera vista peligrosa, se explica en *Rep. lac.* XI 7.

[311] ESTRAB., XVI 1, 5, dice que el grosor de la muralla de Babilonia era tal que podían cruzarla dos cuadrigas.

[312] *Ibid.*, XVI 1, 2, en cambio, le da la anchura de un estadio.

perímetro de la muralla y de dejar desde el río el intervalo
suficiente para las altas torres, hizo cavar al lado de la
muralla un gigantesco foso y echaban la tierra hacia su
11 lado. En primer lugar, hizo edificar torres sobre el río
cimentándolas en palmeras de una longitud no menor a
un pletro [313] —las hay incluso de mayor altura que éstas—,
pues, si las palmeras reciben la presión de un peso se
12 curvan hacia arriba, como los burros de carga. Y disponía
éstas debajo para que, más que nada, pareciera que preparaba un asedio, de modo que, incluso si el río se desviara
hacia el foso tras desbordarse, no destruirían las torres.
E hizo levantar otras muchas torres sobre el terraplén,
para tener el mayor número de puestos de guardia posible.

13 Los unos realizaban estas obras, y los otros, en el interior de la muralla, se burlaban del asedio en la idea de
que tenían provisiones para más de veinte años. Tras oír
estas burlas, Ciro dividió su ejército en doce partes para
que cada parte cubriera la vigilancia un mes del año.
14 Los babilonios, por su lado, enterados de estos propósitos, todavía se burlaban más, ante la idea de que pudieran
vigilarlos frigios, lidios, árabes y capadocios, a quienes
creían mejor dispuestos hacia ellos que hacia los persas.

15 Ya habían sido cavados los fosos. Y Ciro, después de
enterarse de que en Babilonia había una fiesta en la que
todos los babilonios beben, cantan y bailan durante toda
la noche [314], entonces, inmediatamente después de oscurecer, tomando consigo muchos hombres, hizo abrir boque-
16 tes en las fosas que desembocaban en el río. Cuando esta
operación fue llevada a cabo, el agua corrió por los fosos

[313] Medida de longitud equivalente a cien pies.

[314] HERÓD., I 191, confirma esta noticia.

durante la noche, y el lecho del río que atravesaba la ciudad se hizo transitable para los hombres.

Una vez que la dificultad del río fue así solventada, 17
Ciro transmitió a los persas quiliarcos de la infantería y
la caballería la orden de que se presentaran ante él con
su regimiento en columna de a dos y que el resto de los
aliados siguieran detrás de éstos manteniendo la misma formación que anteriormente. Ellos se presentaron y Ciro, por 18
su parte, tras hacer bajar a la zona desecada del río a los
ayudantes de campo, de infantería y caballería, les ordenó
que averiguaran si el lecho del río era transitable. Y, cuan- 19
do informaron que era transitable, entonces Ciro reunió
a los caudillos de la infantería y la caballería y les habló
en los siguientes términos:

«Amigos, el río nos ha dejado libre acceso a la ciudad. 20
Entremos con confianza, [sin temor de que nos ocurra nada dentro,] con el convencimiento de que estos contra quienes ahora vamos a marchar son aquellos a quienes vencimos, a pesar de que tenían, además de sus propias fuerzas, las de sus aliados, todos bien despiertos, sobrios, perfectamente armados y alineados en formación compacta.
En cambio, ahora marchamos contra ellos en el momento 21
en que muchos de ellos duermen, muchos otros de ellos
están borrachos y todos están sin alinear; cuando se den
cuenta de que estamos dentro, serán todavía más inútiles
que ahora debido al estupor. Y si alguien tiene presente 22
lo que se dice que es terrible para quienes entran en una
ciudad: que los enemigos habiendo subido a los tejados
disparen de aquí y allá, no tengáis absolutamente ningún
miedo, pues si algunos suben a los edificios, tenemos como aliado al dios Hefesto [315]: sus vestíbulos son fácilmen-

[315] Dios del fuego, hijo de Zeus y Hera en una versiones, de Hera

te inflamables, las puertas están hechas de madera de pal-
23 mera y untadas con betún, material combustible. Nosotros, por nuestra parte, tenemos mucha madera resinosa, que produce mucho fuego, y gran cantidad de pez y estopa, materiales que rápidamente provocan mucha llama; de modo que, por fuerza, los que ataquen desde las casas se verán obligados a huir rápidamente o, de lo contrario,
24 ser pasto de las llamas de inmediato. Pues bien, vamos, tomad vuestras armas. Yo, con ayuda de los dioses, os dirigiré. Y vosotros, Gadatas y Gobrias, mostrad, dijo, las vías de entrada, ya que las conocéis y, cuando nos encontremos dentro, llevadnos al palacio cuanto antes» [316].

25 —Además, dijeron Gobrias y su séquito, no tendría nada de extraño que incluso las puertas del palacio estuvieran abiertas, pues esta noche toda la ciudad celebra una fiesta. No obstante, delante de las puertas nos encontraremos un puesto de guardia, pues siempre está ahí colocado.

—No debería retrasarse la acción, dijo Ciro, sino ponernos en marcha para que cojamos a los soldados lo más desprevenidos posible.

sola en otras. Cojo, por haberlo lanzado desde el Olimpo su padre en una versión, y su madre según otra. Recogido y criado por Tetis. Forjador de metales y, por tanto, patrón de la metalurgia.

[316] Es muy probable que JENOFONTE visitara Babilonia durante la expedición de los Diez Mil, cf. *Anáb.* I 7, 1, y II 4, 12.—La ciudad antigua, rodeada de una triple fortificación por tres lados, tenía la forma de un cuadrado de aproximadamente 1.500 m., cuyo lado occidental estaba constituido por el río Eufrates que corría de N. a S. entre dos muros de ladrillo. La ciudad nueva, algo más pequeña, estaba edificada frente a la antigua sobre la ribera derecha del Eufrates. Cf. la reconstrucción hecha por E. HUNGER, *Babylon, die heilige Stadt,* 2.ª ed., Berlín, 1970, y M. RUTTEN, *Babylone,* París, 1966.

Conquista de Babilonia [317]

Una vez dicho esto, se pusieron en camino. De los enemigos que encontraban, unos morían por los golpes recibidos, otros retrocedían en su huida, otros gritaban; y Gobrias y su séquito se unían a sus gritos, como si ellos también asistieran a la fiesta, y tomando los caminos que pudieron, se encontraron in- 26
mediatamente ante el palacio. Gobrias, Gadatas y sus for- 27
maciones hallaron las puertas del palacio cerradas; los hombres encargados de ocuparse de los guardias cayeron sobre ellos, borrachos, a la luz de las antorchas, que era mucha, y rápidamente los trataron como se hace con los enemigos.
Cuando se formó el griterío y el estrépito, los que se en- 28
contraban en el interior del palacio se dieron cuenta del alboroto y, ante la orden del rey de ir a ver lo que pasaba, algunos salieron a la carrera después de abrir las puertas.
Gadatas y su séquito, cuando vieron las puertas abiertas, 29
se precipitan a entrar y, persiguiendo y golpeando a quienes retrocedían en su huida, llegan ante el rey. Lo hallaron
ya de pie con la daga desenvainada. Gadatas, Gobrias y 30
sus hombres, que eran muchos, lo redujeron [318]; también los que lo acompañaban murieron: uno cuando se protegía, otro cuando huía y otro cuando se defendía con lo que podía.

Ciro envió por los caminos compañías de caballería con 31
orden de matar a quienes sorprendieran fuera y que los

[317] Aparece narrada en el *Cilindro de Ciro* del Museo Británico. Sucedió en octubre del 539, siendo rey Nabonido, recientemente destronado por su hijo Baltasar, cf. *Daniel* V. Baltasar murió a manos de Gobrias, mientras Nabonido fue hecho prisionero y, más tarde, indultado y nombrado gobernador de una provincia.

[318] Como ha quedado dicho, en realidad Nabonido no murió.

que sabían hablar sirio [319] pregonaran a quienes se encontraban en sus casas que permanecieran en su interior: quien
32 fuese sorprendido fuera sería muerto. Ellos cumplían estas órdenes, cuando Gadatas y Gobrias llegaron; en primer lugar, se postraron a adorar a los dioses, porque habían conseguido vengarse del impío rey; después besaron las manos y los pies de Ciro vertiendo abundantes lágrimas al mismo tiempo de alegría y felicidad.

33 Cuando llegó el día y los que tenían la defensa de la ciudadela se dieron cuenta de que la ciudad había sido tomada y el rey muerto, entregaron también la ciudadela [320].
34 Ciro, por su parte, rápidamente tomó posesión de la ciudadela, hizo subir a ella a comandantes de la guardia y una guarnición, y permitió a los familiares que enterraran a sus muertos. Dio orden a los heraldos de pregonar que todos los babilonios entregaran sus armas y proclamó que en las casas donde se cogiera armamento todos sus ocupantes serían muertos. Ellos las entregaron y Ciro las depositó en la ciudadela para que, si alguna vez había necesidad de usarlas, estuvieran disponibles.

[319] Jenofonte se refiere a la lengua asiria, empleando «sirio» por «asirio» una vez más. Sin embargo, la lengua babilónica se mantuvo durante muchos siglos, sobre todo, como lengua científica, de mateméticas o astronomía. La última inscripción que conocemos data del año 75 d. C.

[320] Históricamente, Ciro entra saludado como libertador por los sacerdotes de Marduk, que formaban una dura oposición contra el rey y, seguramente, apoyaron la entrada de Ciro en Babilonia. La impresión que da es de una conquista sin esfuerzo. De este modo, Ciro añadió a sus títulos el de «Rey de Babilonia, Sumer y Acad y constructor de Esangila y Ezida».

Medidas para organizar la ciudad

Una vez realizada esta operación, Ciro llamó a los magos y ordenó que, como la ciudad era conquista de guerra, escogieran para los dioses primicias y recintos sagrados. Acto seguido, distribuyó las casas y los edificios públicos entre aquellos que estimaba que habían tomado parte en las acciones realizadas. Y así distribuyó, como se había decidido, lo mejor para los más valientes e invitó a que, si alguien creía haber recibido menos de lo que merecía, viniera a explicárselo. 35

Anunció a los babilonios que tenían que cultivar la tierra; pagar tributos y servir a quienes cada uno de ellos hubiera sido adjudicado. Y, a los persas que habían tomado parte en las acciones y a cuantos aliados elegían quedarse a su lado, les ordenó dirigirse como soberanos a los babilonios que habían recibido. 36

Popularidad de Ciro [321]

Acto seguido, Ciro, que ya tenía deseos de organizar la ciudad como él consideraba conveniente para un rey, decidió hacerlo con ayuda de la opinión de sus amigos, porque pensaba aparecer en público rara vez y revestido de solemnidad para despertar la mínima envidia posible. Así que se las ingenió de la siguiente manera: al amanecer, después de situarse en el lugar que le pareció adecuado para audiencias, iba recibiendo a quien quisiera comunicarle algún asunto y no lo despachaba sin haberle dado una respuesta. Y los hombres, 37
38

[321] El pasaje VII 5, 37-VIII 7, 1, muestra el método para gobernar un imperio territorial que no está fundado tanto en la *koinônía* humana, como en la gratitud espontánea y el temor respetuoso que sienten los hombres sometidos a su gobernante tenido como un benefactor perfecto. Cf. A. B. Breebaart, «From Victory to Peace. Some Aspects of Cyrus'State in Xenophon's *Cyrupedia*», *Mnemosyne* 36 (1983), 117-134.

cuando comprendieron que recibía, llegaron formando una
multitud extraordinaria y, en su precipitación para apro-
39 ximarse a él, se empleaba mucha astucia y fuerza. Los ayu-
dantes de campo les permitían acercarse después de hacer-
les, como podían, un reconocimiento. Pero cada vez que
aparecían ante sus ojos amigos suyos que habían logrado
librarse de la multitud, tendiéndoles la mano, Ciro los
atraía hacia sí y les hablaba de este modo: «Amigos, que-
daos a mi lado hasta que nos hayamos librado de la multi-
tud y después estaremos juntos tranquilamente.» Los ami-
gos se quedaron, pero la multitud fluía cada vez más den-
sa, de modo que la tarde llegó antes de que tuviera tiempo
40 de estar con sus amigos. Entonces Ciro habló así: «¿Es
éste, pues, señores, el momento oportuno de separarnos?
Venid mañana temprano, ya que quiero hablar con voso-
tros.» Oídas estas palabras, los amigos de Ciro, gozosos,
se marcharon corriendo, porque penaban por obra de to-
das las necesidades naturales. Y entonces se fueron a
acostar.

41 Al día siguiente, Ciro se encontraba en el mismo lugar,
y una multitud mucho más numerosa de hombres que que-
ría aproximarse a él lo tenía ya rodeado, incluso mucho
antes de que sus amigos estuvieran allí. Así que Ciro, tras
disponer un gran círculo formado por lanceros persas, dijo
que nadie se acercara a excepción de sus amigos y de los
42 jefes persas y aliados. Una vez reunidos éstos, Ciro les ha-
bló en los siguientes términos: «Amigos y aliados, no po-
dríamos reprochar a los dioses que, hasta el momento pre-
sente, no se hayan cumplido todas nuestras súplicas. No
obstante, si la consecución de grandes éxitos es tan absor-
bente que no permite disponer de tiempo libre para uno
mismo ni disfrutar en compañía de los amigos, yo mando

a esa felicidad que me diga adiós. Pues ayer, prosiguió, 43
sin duda os disteis cuenta de que, habiendo comenzado
muy temprano a escuchar a los que se me acercaban, no
terminamos antes del atardecer; y ahora veis a estos otros,
que, en número superior a los de ayer, están aquí como
con intención de importunarnos. Así que, si se somete uno 44
a sus deseos, calculo que vosotros vais a participar poco
de mi compañía y yo, por mi parte, poco de la vuestra.
En todo caso, sé con seguridad que yo no participaré en
absoluto de la mía propia. Además, prosiguió, veo otra 45
cosa ridícula: yo me encuentro sin duda en una disposición
para con vosotros como es natural que sea; en cambio,
de esos que me rodean no conozco casi a ninguno, y todos
están preparados para, si son más fuertes que vosotros en
sus empujones, obtener de mí, por delante de vosotros,
todo lo que quieren. Y considero acertado que, si alguno
de ellos necesitara un favor de mi parte, os hicieran la cor-
te a vosotros, que sois mis amigos, para pediros que los
introduzcáis ante mí. Alguien, quizá, se preguntaría por qué 46
no lo dispuse así desde el principio, en vez de presentarme
abiertamente. Es porque sabía que los asuntos de la guerra
son de tal naturaleza que precisan que el jefe no sea el
último en saber lo que hay que saber, ni en hacer lo que
sea oportuno; además, estimaba que los generales que rara
vez se dejan ver descuidan mucho sus deberes. Pero ahora, 47
después de que la guerra más penosa ha cesado, ya, me
parece que también mi espíritu tiene derecho a obtener un
descanso. Así que, como no sé lo que tendría que hacer
en beneficio de nuestros intereses y de los que de la otra
gente de la que debemos encargarnos, que se me aconseje
la conducta que se vea más conveniente.»

Opiniones de Artabazo y Crisantas

48 Así habló Ciro. Después de él se levantó Artabazo, quien, una vez, había dicho ser pariente de Ciro, y dijo: «Con toda seguridad, comenzó, has hecho bien, Ciro, en abrir el debate. Pues yo, siendo tú todavía joven, desde hacía mucho deseaba ser tu amigo, pero al ver que no me necesitabas para nada, me resistía
49 a acercarme a ti. Y, cuando una vez sucedió que me necesitaste para transmitir con vehemencia a los medos el mensaje de Ciaxares, yo calculé que, si te prestaba vehementemente este servicio, sería como familiar tuyo y me sería lícito conversar contigo durante el tiempo que quisiera. Y, ciertamente, cumplí aquella orden para que tú
50 me alabaras. Después de este hecho, los hircanios, los primeros, se hicieron amigos nuestros, cuando nos encontrabamos con una gran carencia de aliados, de modo que, en nuestro amor por ellos, sólo nos faltó pasearlos en brazos [322]. Después de esto, cuando fue tomado el campamento enemigo, creo que no tuviste tiempo libre para ocu-
51 parte de mí y yo te lo perdoné. Acto seguido, Gobrias se hizo amigo nuestro y me alegré; luego, también Gadatas, y ya costaba trabajo participar de tu amistad. No obstante, después de que sacas y cadusios se convirtieron en aliados, había, naturalmente, que atenderlos, ya que ellos te
52 atendían a ti. Y cuando volvimos a nuestro punto de partida, al verte ocupado con los caballos, carros y máquinas,

[322] Esta imagen es frecuente en la tragedia. También PLAT., *Rep.* 600d, habla en términos parecidos: «...Protágoras el abderita y Pródico el ceo pudieron, con sus conversaciones privadas, infundir en sus contemporáneos la idea de que no serían capaces de gobernar su casa ni su ciudad, si ellos no dirigían su educación, y por esa ciencia son amados tan grandemente que sus discípulos casi los llevan en palmas» (trad. M. FERNÁNDEZ-GALIANO, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1949).

creí que cuando descansaras de estas ocupaciones, tendrías tiempo de ocuparte también de mí. Sin embargo, cuando llegó la terrible noticia de que el mundo entero se unía contra nosotros, comprendí que ése era un asunto de la máxima importancia y, si llegaba a buen término, ya creía saber con seguridad que nuestra relación iba a ser muy estrecha.
Ahora hemos ganado una importante batalla, tenemos Sar- 53
des y a Creso bajo nuestro poder, hemos tomado Babilonia y hemos sometido a todo el mundo, y ayer, por Mitra [323], si no la hubiera emprendido a puñetazos, no habría podido acercarme a ti. Sin embargo, después de que tú me tendiste tu mano y me pediste que me quedara a tu lado, me sentí como alguien importante, objeto de todas las miradas, por pasar el día a tu lado sin comer ni
beber. Así que, ahora, a ver si hay alguna manera de que 54
los que más lo merecemos participemos en la mayor medida de tu compañía; y si no, deseo de nuevo transmitir de

[323] Divinidad solar persa, hermano gemelo de Varuna. Su nombre avéstico *Miθra-* significa «contrato», lo que explica que sea protector del derecho comercial. En el *yašt* [7] 52 y sigs. del *Avesta* se le atribuye el epíteto de «el que ve a lo lejos», «alerta». Personificación del sol, lo que hace que más tarde se asimile al dios babilonio Samash y al griego Helio-Apolo. Su perfil se completa en la relación cosmicosolar con los bueyes y con «la tierra de mucha yerba», no en vano se le llama «poseedor de amplios prados» y, por tanto, está relacionado también con cultos ctónicos que cristalizan en el ritual de la Tauroctonía, y que van, acompañados de la serpiente, símbolo de la tierra y el agua. También recibe el epíteto «de brazos fuertes» como conductor del ejército iranio, el caballero y arquero de Dura Europos. Su culto adquiere especial importancia en época helenística y romana, sobre todo en los círculos militares. El juramento por Mitra era frecuente entre los persas y así lo recogen JENOF., *Econ.* IV 24, y PLUTARCO, *Artajerjes* 4. Para ampliar conocimientos, cf. E. BENVENISTE, *Titres et noms propres en Iran ancien*, París, 1966, págs. 89 y sigs., y F. CUMONT, *Les mystères de Mithra*, París-Bruselas, 1902.

tu parte la orden de que se retiren todos, excepto nosotros,
que desde un principio fuimos tus amigos.»
55 Con motivo de esta intervención se echaron a reír Ciro
y muchos otros. Entonces, el persa Crisantas se levantó
y habló como sigue: «Pues bien, Ciro, antes te presentabas
en público por las razones que acabas de exponer y porque
no era a nosotros, principalmente, a quienes tenías que
atender. En efecto, nosotros estábamos allí por nuestra pro-
pia voluntad y había que conquistar por todos los medios
a la masa para que le apeteciera compartir nuestro esfuer-
56 zo y nuestros peligros. Y, ahora, cuando no tienes modo
de estar solo, sino que, además, eres capaz de conquistar
a otros cuyo apoyo sea oportuno, es justo que tú también
encuentres ya una casa. ¿O cómo podrías gozar tú del
poder, si fueras el único hombre privado de un hogar,
el lugar más santo, agradable y entrañable que hay en
el mundo? ¿Y después, prosiguió, crees que nosotros no
sentiríamos vergüenza, si te viéramos soportar las incle-
mencias del exterior mientras nosotros estuviéramos en el
interior de nuestras casas dando la impresión de tener
57 más ventajas que tú?» Después que Crisantas pronunció
estas palabras, muchos expresaron su acuerdo con él por
las mismas razones.

En el palacio real de Babilonia

Acto seguido, Ciro entró en el pala-
cio real [324], donde habían entregado las
riquezas procedentes de Sardes los hom-
bres que las traían. Y, una vez dentro,
celebró sacrificios, primero en honor de
Hestia; después, en honor de Zeus soberano y de cualquier
58 otro dios que los magos fueron prescribiendo. Celebrados

[324] Éste es el magnífico palacio construido por Nabucodonosor II (605-562 a. C.).

estos sacrificios, comenzó ya a organizar los demás asun-
tos. Y, teniendo presente su empresa: que pretendía gober-
nar sobre muchos hombres, y se disponía a residir en la
ciudad más importante de las ciudades ilustres, pero que
esta ciudad se encontraba en tal disposición para con él
que podía convertirse en la ciudad más hostil para un hom-
bre, en vista de estos cálculos estimó necesaria la presencia
de una guardia personal. Pero, sabiendo que los hombres 59
en ninguna parte son más fáciles de someter que cuando
comen, beben, se bañan, están acostados o duermen, refle-
xionaba sobre cuáles serían los hombres más fiables para
tener alrededor en esas situaciones. Y consideraba que nunca
llegaría a ser de confianza un hombre que amara a otro
más que a quien requiere su vigilancia. Pues bien, aquellos 60
que tienen hijos, mujeres bien avenidas o favoritos sabía
que se ven forzados por la naturaleza a amarlos sobre to-
das las cosas; en cambio, al ver a los eunucos privados
de todos estos lazos, estimó que éstos eran los que podrían
estimar, sobre todo, a quienes más los pudieran enriquecer
o auxiliar en caso de recibir alguna ofensa, o atribuirles
honores. Y estimaba que nadie podría aventajarle en la dis-
pensa de estos favores. Además de estas ventajas, los 61
eunucos, como tienen una mala reputación por parte de
los otros hombres, también por este motivo necesitan un
amo protector; pues no hay hombre en el mundo que no
considere justo ser superior a un eunuco en todo, si no
lo obstaculiza otra fuerza mayor; pero si es fiel a su amo,
nada impide que también el eunuco ocupe el primer puesto.
Y lo que, sobre todo, podría alguien pensar, que los eunu- 62
cos se hacen cobardes, tampoco esto le parecía evidente.
Llegaba a esta conjetura a partir también de los demás
seres vivos, porque los caballos violentos, si son castrados,
cesan de morder y de hacer uso de la violencia, pero no

son menos útiles para la guerra, y los toros castrados ceden en su altivez e indocilidad, pero no son privados de su vigor y laboriosidad, y, del mismo modo, los perros castrados cesan de abandonar a sus amos, sin hacerse peo-
63 res guardianes o cazadores. Asimismo, todos los hombres, privados de ese apetito, se hacen más tranquilos, pero en absoluto más descuidados de sus obligaciones ni peores jinetes, ni peores lanceros ni menos ávidos de honores.
64 Y demostraban, tanto en la guerra como en la caza, que conservaban en el espíritu la emulación; pero, sobre todo, daban prueba de su fidelidad en la ruina de los amos; pues, en efecto, nadie se revelaba más fiel en las desgracias de
65 los amos que los eunucos. Y si parecen inferiores de algún modo en fuerza corporal, el hierro iguala a débiles y fuertes en la guerra. Estos razonamientos hicieron que todos los servidores que estuvieran al cargo de su persona fueran eunucos, comenzando por los porteros.

Elección de persas para la guardia de la ciudad

66 Pero, estimando que esta guardia no era suficiente para la multitud de malintencionados, reflexionaba sobre qué hombres de entre los demás serían más fieles para tomar como guardias en torno al pa-
67 lacio. Sabiendo, pues, que los persas del país llevaban la peor vida a causa de su probeza, y subsistían con muchas fatigas a causa de la aspereza de la tierra y por cultivarla con sus propias manos [325], creyó que principalmente éstos
68 desearían vivir con él. Así que toma, de éstos, diez mil hombres como lanceros, quienes de noche y de día montaban guardia alrededor del palacio cada vez que descansaba Ciro en su interior, y cada vez que hacía alguna salida,

[325] Los que cultivaban la tierra con sus propias manos, *autourgoí*, aparecen también en *Econ.* V 4, t EURÍP., *Orestes* 920.

marchaban alineados a ambos lados. Pero, considerando 69
que toda la ciudad de Babilonia necesitaba un número suficiente de guardias, tanto si se encontraba él en la ciudad como si se encontraba ausente, dispuso también en Babilonia un número suficiente de guardias. Y, para pagarles, ordenó a los babilonios la entrega de un sueldo, porque los quería ver con el mínimo de recursos posible para que su sumisión y docilidad fueran absolutas.

Esa guardia en torno a su persona, que instituyó enton- 70
ces en Babilonia, todavía en la actualidad se mantiene así dispuesta.

Ciro, reflexionando sobre el modo de mantener íntegro todo el imperio y aun cómo ampliarlo, estimó que esos mercenarios eran no tanto más valientes que sus súbditos cuanto menos numerosos; él comprendía que tenían que mantenerse unidos los hombres valientes que, con ayuda de los dioses, le habían proporcionado la victoria y que había que ocuparse de evitar que se relajaran en la práctica de la virtud. Para no dar la impresión de que les daba órde- 71
nes, sino que ellos, habiendo comprendido por sí mismos que ésa era la mejor conducta, permanecieran unidos y aplicados en la virtud, reunió a los homótimos, a todos los altos mandos y quienes le parecían más dignos compañeros de fatigas y de éxitos. Una vez congregados, les 72
habló en los siguientes términos:

Conducta que debe seguir el conquistador

«Amigos y aliados, las mayores gracias sean dadas a los dioses, porque nos han concedido la consecución de lo que creíamos merecer. En efecto, ahora poseemos tierra en abundancia y de buena calidad [326] y a quienes la trabajan para alimentarnos. Te-

[326] HERÓD., I 193, 3, dice que los cereales en Babilonia rendían un doscientos o trescientos por uno, gracias a su sistema de irrigación.

73 nemos también casas y mobiliario en su interior. Que nadie considere que poseer estos bienes es una usurpación, porque desde siempre existe una ley entre todos los hombres de que, cuando una ciudad es tomada por las armas, pasa a pertenecer a sus conquistadores, tanto las personas que haya en la ciudad como sus riquezas. De modo que lo que poseáis no lo poseeréis injustamente, y, si les permitís retener algún bien, será por generosidad por lo que no se lo arrebataréis.

74 »Sin embargo, a partir de ahora comprendo que, si nos inclinamos hacia la molicie y la buena vida propia de los hombres malos, que consideran el esfuerzo una desgracia y la vida sin esfuerzo una felicidad, rápidamente, lo afirmo, nos degradaremos a nuestros propios ojos, y rápidamente seremos privados de todos nuestros bienes [327].
75 En efecto, no basta llegar a ser buenos para continuar siéndolo, si uno no se preocupa hasta el final; por el contrario, como las demás artes, si se las descuida, se degradan, y los cuerpos bien constituidos, cuando se les abandona a la molicie, vuelven a estar en malas condiciones; y lo mismo la templanza, la continencia y el valor, cuando se abandona su práctica, desde ese momento se inclinan
76 hacia la maldad [328]. No hay, pues, que descuidarse ni abandonarse al placer momentáneo. Pues gran obra es, creo, haber conseguido el imperio, pero todavía es superior conservar intacto lo que se ha tomado. A menudo se produce una conquista simplemente por un golpe de audacia, pero

[327] PLAT., *Protágoras* 343b-c, recoge el poema de Simónides de Ceos en el que advierte sobre la molicie y señala la dificultad que supone seguir siendo bueno, una vez alcanzada la virtud.

[328] Estas virtudes son definidas por PLATÓN en varias ocasiones: *Banquete* 196b-d; *Rep.* 427e, y *Leyes* 631d.

ya no es posible conservar lo que se ha conquistado sin templanza, continencia y mucha dedicación. Esto es lo que 77
debemos comprender para practicar la virtud más ahora que antes de haber adquirido estos bienes aquí presentes, sabiendo que, cuando más posesiones se tiene, es entonces cuando más personas las envidian, conspiran y se convierten en enemigos, sobre todo si, como en nuestro caso, los bienes y los servicios han sido conseguidos a pesar suyo. Así que hay que pensar que los dioses van a estar de nuestra parte, pues no somos culpables de haber tramado una conspiración, sino que hemos vengado la conspiración de la que nosotros fuimos objeto. Sin embargo, después de 78
esta acción debemos procurar lo más importante, esto es, que se considere conveniente que nosotros gobernemos porque somos superiores a los pueblos gobernados; así que es fuerza mayor que compartamos con nuestros esclavos el calor, el frío, la comida, la bebida, las fatigas y el sueño; pero, aunque los compartamos, es preciso que primero demostremos nuestra superioridad con respecto a ellos en estos menesteres [329]. En cambio, la ciencia de la guerra 79
y su práctica no hay en absoluto que compartirlas con aquellos a quienes queramos hacer trabajadores y tributarios nuestros, sino que tenemos que ser superiores a ellos en esas prácticas, comprendiendo que los dioses las mostraron a los hombres como instrumentos de libertad y felicidad; y, como les hemos quitado a aquéllos sus armas, es preciso que nosotros nunca estemos desarmados, sabiendo bien que son más asequibles los deseos a quienes siempre tienen sus armas a mano.

[329] Ciro-Jenofonte justifica el dominio de los pueblos sometidos, en primer lugar, porque los culpa de haber conspirado contra los persas y sus aliados y, en segundo lugar, porque los dominadores son mejores que los dominados, es decir, por la virtud.

80 »Si alguien reflexiona sobre cuestiones tales como qué
beneficio, en realidad, nos reporta la consecución de nues-
tros deseos, si todavía tenemos que soportar el hambre,
la sed, las fatigas y las preocupaciones, debe enterarse de
que tanto más satisfacen los bienes cuando más trabajo
ha costado antes alcanzarlos [330]. Pues las fatigas son, para
los hombres buenos, una golosina; en cambio, ningún man-
jar, por muy suntuosamente que haya sido preparado, con-
81 sigue complacer, si no satisface a quien lo desea. Pero, si
la divinidad nos ha deparado los bienes que los hombres
desean en grado máximo, y se los va a preparar uno para
sí mismo del modo que más agradable le parezcan, tal per-
sona, tendrá respecto a los más necesitados de alimento
tanta mayor ventaja cuanto más gratas sean las comidas
que consiga en el momento del hambre, más gratas sean
las bebidas en el momento de la sed y más grato reposo
82 obtenga en el momento en que necesita descansar. Por lo
cual, digo que es necesario que nos esforcemos en conse-
guir la hombría de bien, para que gocemos de nuestros
bienes de la manera mejor y más agradable y para preser-
varnos de la experiencia más dura de todas, pues el hecho
de no recibir bienes no es tan duro, como doloroso quedar
privado de los que se han recibido.

83 »Reflexionad sobre esto: ¿por qué razón nos permiti-
ríamos ser peores que antes? ¿Acaso porque ostentamos
el poder? Pero no conviene en absoluto que el gobernante
sea peor que los gobernados. ¿Porque ahora parecemos
ser más felices que antes? ¿Dirá alguien luego que la

[330] Cf. *Hierón* I 19: «...en cuanto a la duración del placer queda en inferioridad aquel a quien se sirven muchos manjares frente a los que viven sin excesos» (trad. de M. FERNÁNDEZ-GALIANO en Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1971).

maldad está todavía relacionada con la felicidad? ¿Por-
que, después de poseer esclavos, los vamos a castigar si
son malos? ¿Conviene que siendo uno mismo malo casti- 84
gue a otros por su maldad o por su cobardía?

»Pero reflexionad también sobre este hecho, que esta-
mos preparados para mantener a numerosos guardianes de
nuestras casas y nuestras personas. ¿No sería vergonzoso
si creyéramos que hemos de obtener la salvación por me-
dio de otras personas, los lanceros, y no nos defendiéra-
mos con nuestras lanzas a nosotros mismos? En verdad,
hay que saber que no hay guardia equiparable a la propia
valentía, pues la escolta de esta virtud es lo que hay que
tener. Al hombre carente de virtud normalmente no le so-
breviene ninguna ventura.

»Así pues, ¿qué conducta os aconsejo seguir, en qué 85
campo ejercitar la virtud y dónde practicarla? No deseo
nada nuevo, señores, sino que, como en Persia los homóti-
mos pasan la vida en los edificios de gobierno, así también
digo que nosotros, que aquí somos los homótimos, debe-
mos practicar las mismas normas en todo que allí, y que
vosotros, estando aquí presentes y con los ojos puestos en
mí, os fijéis en si vivo ocupándome de mis deberes; yo,
por mi parte, os contemplaré con atención y colmaré de
honores a aquellos que vea practicar acciones nobles.
Y, de otro lado, que los hijos que engendremos se edu- 86
quen aquí, pues nosotros seremos mejores al querer ofre-
cernos como el mejor ejemplo posible para nuestros hijos,
y los niños, ni queriendo, se harían malos fácilmente, al
no ver ni oír nada vergonzoso, y vivir, en cambio, día a
día en la práctica del bien.»

LIBRO VIII

1 Así habló Ciro, y tras él se levantó Crisantas, que habló como sigue: «Muchas veces, señores, en anteriores ocasiones he pensado que un buen gobernante en nada se diferencia de un buen padre [332]; pues los padres se preocupan de sus hijos para que nunca les falten bienes, y me parece que ahora Ciro nos aconseja la mejor manera de pasar una existencia feliz; pero aquello que me parece que ha demostrado con menos detalle del que hubiera sido necesario, esto es lo que voy a intentar
2 explicar a quienes no lo saben. En efecto, reflexionad sobre qué ciudad enemiga podría ser tomada por tropas indisciplinadas y qué ciudad amiga podría ser guardada por tropas indisciplinadas y qué ejército formado por soldados insubordinados podría obtener la victoria. ¿Cómo es más probable que los hombres sufran derrotas en las batallas que cuando cada uno por su cuenta empieza a tomar determinaciones sobre su propia salvación? ¿Qué otra noble acción sería realizada por hombres que no obedecen a sus superiores? ¿Qué ciudades serían gobernadas con arreglo a la ley o qué casas se mantendrían a salvo? ¿Cómo llegarían las
naves a su destino? [333]. Los bienes que ahora poseemos ¿por 3
qué otro medio los obtuvimos, sino por obedecer al superior? En efecto, por esa razón de noche y de día nos encontrábamos en el lugar que se precisaba y, siguiendo todos a una al jefe, éramos irresistibles y no dejábamos a medias ninguna de las órdenes recibidas. Si la obediencia al mando se revela como el mejor medio para obtener el éxito, sabed bien que el mismo proceder es el mejor para conservar lo
necesario [334]. Anteriormente muchos de nosotros no dába- 4
mos órdenes a nadie, sino que las recibíamos; en cambio, ahora todos los presentes estáis en una situación tal que tenéis mando unos sobre más y otros sobre menos hombres. Pues bien, como vosotros pretendéis mandar a vuestros subordinados, así también nosotros tenemos que obedecer a quienes nos corresponda. Y debemos diferenciarnos de los esclavos en la medida en que los esclavos sirven a sus amos en contra de su voluntad, en cambio, nosotros,

Organización de la corte [331]

[331] Jenofonte concibe la sociedad según el modelo del ejército y considera problema político esencial el del mando, valorando así el papel de cualidades tales como la fuerza. Sin embargo, no rompe con los valores clásicos de razón, virtud y justicia ni estima las implicaciones radicales de esta visión militar de la sociedad. Cf. N. Wood, «Xenophon's Theory of Leadership», *Class. et Medioev.* 25 (1964), 33-66.

[332] La idea de que Ciro es un padre para sus súbditos aparece frecuentemente a lo largo de este libro. También se encuentra en Heród., III 89, referida a su generosidad en materia de tributos.

[333] La insistencia de Crisantas en la disciplina parece ir dirigida más hacia los atenienses de época de Jenofonte que a los persas. En efecto, en opinión del autor, los atenienses habían perdido la disciplina tan necesaria para el buen gobierno, cf. *Los ingresos públicos* IV 51-52.

[334] La idea de la obediencia al mando como madre del éxito aparece también en términos parecidos en Esqu., *Los Siete contra Tebas* 224.

si pretendemos ser libres, debemos hacer voluntariamente lo que se revela de la mayor importancia. Y encontraréis, prosiguió, que, incluso allí donde el Estado no se rige por un régimen monárquico, la ciudad que más vivamente desea obedecer a sus gobernantes es la que menos forzada se ve
5 a someterse a sus enemigos. Así pues, estemos presentes, como Ciro nos invita, en este palacio de gobierno, practiquemos las virtudes mediante las que mejor podremos conservar lo necesario, y pongámonos a disposición de Ciro para lo que necesite. Pues tenemos que saber claramente que Ciro no podrá encontrar el medio de disponer de nosotros en beneficio propio, y no nuestro, ya que tenemos idénticos intereses e idénticos enemigos.»

6 Cuando Crisantas hubo pronunciado estas palabras, se levantaron, asimismo, otros muchos amigos de Ciro, tanto persas como aliados, para apoyarle. Y se decidió que los nobles estuvieran constantemente en la corte y a disposición de Ciro para lo que quisiera, hasta que los despidiera. Como entonces se decidió, así también se comportan todavía en la actualidad los súbditos del Rey en toda Asia, atendiendo al servicio de la corte de sus gobernantes [335].
7 Y, según ha quedado expuesto en el discurso, las medidas adoptadas por Ciro para conservar el imperio para él y para los persas, los reyes que le sucedieron todavía en la
8 actualidad las conservan como normas. Ocurre en este ámbito de cosas como en lo demás: cuanto mayor es el príncipe, las instituciones se respetan con mejor pureza; en cambio cuanto peor es, se respetan más a la ligera.

[335] La presencia de toda una corte de dignatarios en torno al Rey queda plasmada en los relieves del Palacio de Persépolis que corresponden a Darío I (521-486 a. C.), cf. E. F. Schmidt, *Persepolis*, I: *Structures, Reliefs, Inscriptions*, Chicago, 1953.

Nombramiento de funcionarios y cargos

Así pues, venían con frecuencia a la corte de Ciro los nobles con sus caballos y sus lanzas, tal como había sido decidido por toda la élite de las tropas que habían colaborado en la conquista del imperio. En el resto de los dominios estableció otros fun- 9
cionarios [336], y tenía a su disposición recaudadores de finanzas, pagadores de dispendios, inspectores de obras públicas, guardias del patrimonio y funcionarios encargados del abastecimiento alimentario; y, como encargados de los caballos y los perros [337], dispuso a los que creía que le iban a procurar la mejor crianza para su servicio. Pero, en cuanto a quienes juzgaba necesario tener como 10
colaboradores en el mantenimiento de su prosperidad, no encargaba a otros el cuidado de su perfeccionamiento, sino que estimaba que era asunto suyo. En efecto, sabía que, si alguna vez había que luchar, tendría que sacar de entre ellos a sus colaboradores directos y oficiales, con los que precisamente se corren los mayores peligros. Se daba cuenta también de que de entre éstos tenía que nombrar a los taxiarcos de infantería y de caballería. Y, si se necesitaban 11
generales donde él no estuviera, sabía que de éstos tendrían que salir los que enviara; y sabía que tendría que

[336] La organización administrativa reflejada en la *Ciropedia* es la establecida por Darío I y se mantenía vigente en época de Jenofonte. A este rey aqueménida (521-486 a. C.) se le debe la consolidación del imperio y el establecimiento de una administración unificada, a la vez que mejoras en las vías de comunicación. En la cúpula de esta complicada organización se encontraba el rey dotado de plenos poderes. Cf. M. Mayrhofer, «Alltagsleben und Verwaltung in Persepolis», *Anz. d. Österr. Akad. d. Wiss.* 109 (1972), 192-202.

[337] El número de estos animales debía de ser muy elevado en la corte, ya que una de las provincias, la de Asiria, cuenta Heród., I 192, 3-4, que disponía de dieciséis mil ochocientos caballos e innumerables perros.

servirse de algunos de éstos como guardianes y sátrapas de ciudades e, incluso, de pueblos enteros, y que a algunos de éstos los tendría que enviar como embajadores, cargo que en su opinión estaba entre los más importantes con vistas a
12 obtener sin guerra lo que necesitara. Así pues, si no se comportaban como debían los encargados de los asuntos más importantes y numerosos, pensaba que su gobierno iría mal; en cambio, si se comportaban como debían, creía que todo marcharía bien. Con esa idea se metió en esta empresa. Y creía que ésta también le servía de entrenamiento en la virtud, pues pensaba que si él mismo no era como debía era imposible incitar a otros a acciones nobles.

Organización de la economía a imagen del ejército

13 Una vez hechas estas reflexiones, estimó que, en primer lugar, necesitaba tiempo libre, si pretendía ser capaz de ocuparse de los asuntos más importantes. Despreocuparse de los ingresos le parecía imposible [338], pues preveía que inevitablemente habría muchos gastos para mantener un imperio tan amplio; pero, por otra parte, sabía que, al ser muchas sus posesiones, su atención constante a ellas le impediría ocuparse del bienestar
14 general. Con el objetivo de que la economía fuera bien y de disponer él de tiempo libre, hizo algunas reflexiones sobre la organización militar: pues en ella, generalmente, los decadarcos se ocupan de los grupos de diez; los capitanes, de los decadarcos; los taxiarcos, de los capitanes; los miriarcos, de los quiliarcos, y, de este modo, nadie queda descuidado, incluso aunque haya muchas decenas de miles de hombres; y, cuando el general quiere servirse del ejército, basta que dé órdenes a los miriarcos. Pues bien, según 15
este modelo, Ciro estructuró los asuntos económicos [339], de suerte que también consiguió hablar con pocos hombres sin que por ello ninguno de sus asuntos personales quedase sin atender. Y, gracias a ello, disponían ya de más tiempo libre que otro hombre que se ocupe sólo de una casa o sólo de una nave. Y, tras organizar así sus asuntos, enseñó a su equipo a hacer uso del mismo sistema.

Así se procuró tiempo libre para sí mismo y para sus 16
colaboradores y comenzó también a encargarse de que su equipo fuese como debía. En primer lugar, a todos aquellos que, aun pudiendo vivir del trabajo de otros, no acudían a la corte, los sometía a investigación, porque juzgaba que quienes estaban presentes ante él no desearían realizar ninguna acción mala o vergonzosa, debido a su proximidad al soberano y por saber que lo que hicieran iba a ser visto por la élite de la corte. En cambio, las ausencias estimaba que se debían a incontinencia, ofensa o negligencia.

Método para obligar a los vasallos a acudir a la corte

Así pues, expondremos en primer 17
lugar su método para obligar a tales hombres a acudir a la corte. En efecto, ordenó a uno de sus mejores amigos que tomara las posesiones del que no lo visitaba, afirmando que tomaba lo que le pertenecía. Una vez efectuada la confiscación, llegaban en seguida los despojados de sus bienes en la idea de que habían sido objeto de injusticia. Ciro, durante mucho rato, 18
no tenía tiempo de atender a gente tal; y, cuando los había escuchado, retrasaba mucho tiempo su arbitraje. Estima-

[338] *Los ingresos públicos* es el título de un tratado de Jenofonte escrito poco después de la *Ciropedia*, en el que demuestra su preocupación por las cuestiones financieras.

[339] Sobre los asuntos económicos es un modelo otro de sus tratados, *El económico*, que se ciñe a la economía doméstica, pero con proyección a un ámbito más amplio.

ba que, obrando así, los habituaba a hacerle la corte, de
un modo menos aborrecible que si los hubiera obligado
19 a acudir por medio de castigos. Éste era uno de los procedimientos que tenía para enseñarles a acudir a su presencia; otro era el de encargar las gestiones más sencillas
y lucrativas a los presentes; y otro el de no conceder
20 nunca ninguna asignación a los ausentes. Pero el mejor procedimiento de coacción, si no se atendía a ninguno de los anteriores, consistía en quitarle sus posesiones y dárselas a quien él pensaba que podría estar presente en el momento preciso; y así disponía de un amigo útil en el lugar de uno inútil. El rey actual [340] también hace este tipo de investigación, si falta alguno de aquellos a quienes corresponde estar presente.

Ciro, modelo de sus súbditos

21 Éste era su comportamiento con los ausentes. Y, en lo que respecta a aquellos que se ponían a su disposición, juzgaba que el mejor medio para incitarlos a las acciones nobles, ya que él era su soberano, consistía en procurar mostrarse él mismo a sus súbditos como el hombre más adornado de virtudes del
22 mundo. En efecto, le parecía percibir que los hombres se hacían mejores también gracias a las leyes escritas; y estimó que para los hombres el buen soberano era una ley con ojos [341], ya que se basta para imponer el orden, ver quién es indisciplinado y castigarlo.

[340] Parece referirse aquí Jenofonte a Artajerjes II, cuya administración y forma de gobierno conocía bien. No debe de aludir a Artajerjes III, porque éste accedió al trono en el 358, es decir, sólo cuatro años antes de la muerte de Jenofonte.

[341] E. Delebecque, *Cyropédie*, III, París, 1978, pág. 167, propone la traducción de «ley viviente» a partir de un sentido frecuente del verbo *blépō* en griego.

Con este criterio, ponía de manifiesto, primero, en esta 23
época, ya que gozaba de más felicidad, que se esforzaba más en el cumplimiento de los deberes relativos a los dioses. Entonces fue cuando, por primera vez, se estableció que los magos cada amanecer entonaran himnos a todos los dioses, y cada día él ofrecía sacrificios a los dio-
ses que los magos prescribían. Y así, los usos establecidos 24
entonces se conservan todavía en la actualidad transmitiéndose de rey a rey. Ésta, pues, fue la primera costumbre que le imitó el resto de los persas, ya que creían que ellos también gozarían de más felicidad, si rendían culto a sus dioses al igual que su soberano, que era el más feliz de los hombres. Además, estimaban que con este proceder
complacerían a Ciro. Ciro, por su parte, estimaba que la 25
piedad de sus hombres era beneficiosa también para él mismo, pues sus cálculos eran semejantes a los de quienes prefieren navegar en compañía de gente piadosa, mejor que con quienes dan la impresión de haber cometido algún acto impío [342]. Además, calculaba que, si todos los miembros de su equipo eran piadosos, menos desearían cometer una acción impía entre ellos o contra él mismo, que se
consideraba bienhechor de sus colaboradores. Al hacer os- 26
tentación de que daba mucha importancia al hecho de no injuriar a ningún amigo o aliado, y que, por el contrario, él observaba con rigor la justicia, creía que también los otros se mantendrían más apartados de las ganancias ilícitas y desearían marchar por el sendero de la justicia.
Estimaba también que podía llenar mejor a todos de res- 27
peto, si se manifestaba tan respetuoso con todos que
no decía ni hacía nada vergonzoso. Y conjeturaba que 28

[342] La misma idea en términos parecidos aparece en Esqu., *Los Siete contra Tebas* 602-604, y Euríp., *Electra* 1349-1353.

así sería, a partir del siguiente razonamiento: en lo que
respecta no ya al soberano, sino también a aquellos que
no inspiran temor, la gente siente mayor respeto por los
hombres respetuosos que por los que no lo son; también
en el caso de las mujeres, a las que notan respetuosas, los
que las ven tienen más deseos de respetarlas a su vez.

29 Asimismo, creía que la obediencia arraigaría mejor en
su equipo, si públicamente honraba más a quienes le obe-
decían incondicionalmente, que a quienes aparentaban ofre-
cer las más altas y arduas virtudes; y vivía con una con-
ducta conforme a estas convicciones.

30 Y, por otra parte, al hacer patente su propia templan-
za, conseguía mejor que todo el mundo la practicara tam-
bién. En efecto, cuando ven que es prudente aquel que
más puede ser desmesurado, entonces los hombres más dé-
31 biles evitan realizar un acto insolente en público. Estable-
cía la diferencia entre el respeto y la templanza del modo
siguiente: los respetuosos rehúyen quizá los actos públi-
camente vergonzosos, en tanto que los prudentes rehúyen
32 también los que son vergonzosos en privado. Y creía que
la continencia se podía practicar mejor, si ponía de mani-
fiesto que él mismo no se dejaba apartar del bien por los
placeres del momento y deseaba ser el primero que se es-
forzara en la consecución de goces sin renunciar a la
33 nobleza del espíritu. Así pues, con esta conducta, creó
en su corte un ambiente de disciplina entre los inferiores
que los hacía ceder ante sus superiores y un gran respeto
y decoro recíprocos; allí no se acertaría a oír a nadie gritar
de cólera ni reírse desmesuradamente en su alegría, sino
que, viéndolos, se podría pensar que realmente vivían para
la belleza [343].

[343] La corte de Ciro es, como la *República* platónica, un Estado ideal donde reinan las virtudes: continencia, prudencia y justicia.

De nuevo la caza el mejor entrenamiento para la guerra

Así era su conducta y el ejemplo 34
que veían durante su permanencia en la
corte. A fin de entrenarlos para la gue-
rra, llevaba de caza a quienes creía que
debían practicarla, estimando que, sin du-
da, éste es el mejor entrenamiento para la guerra y tam-
bién el más auténtico para la equitación. En efecto, ésta 35
es la actividad que mejor hace ver a los jinetes en todos
los terrenos, ya que hay que perseguir a los animales mien-
tras huyen, y es también la actividad que mejor forma a
los caballeros por la fuerte ambición y el deseo de capturar
la presa. Y, sobre todo, por medio de la caza acostumbra- 36
ba a sus colaboradores a la continencia, a ser capaces de
soportar las fatigas, el frío, el calor, el hambre y la sed.
Todavía en la actualidad el rey y el resto de su corte viven
dedicando su tiempo a esa práctica.

El hecho de que no creyera conveniente el acceso al 37
poder de alguien que no fuera superior a sus súbditos re-
sulta evidente por todo lo expuesto anteriormente, y tam-
bién por el hecho de que, al hacer ejercitarse así a su equi-
po, él mismo se esforzaba mucho más en la práctica de
la continencia y de las artes y ocupaciones de la guerra.
En efecto, llevaba a los demás de caza siempre que no 38
había alguna causa que le obligara a permanecer en pala-
cio; y él, cuando la había, cazaba en su residencia los ani-
males criados en el parque; y no probaba nunca bocado
sin haber sudado previamente, ni dejaba que echaran pien-
so a sus caballos, si no habían hecho ejercicio, y también so-
lía invitar a esas cacerías a sus portacetros. Así pues, mu- 39
cho sobresalía Ciro en todas las acciones nobles, y mucho
también su equipo, por su continuo entrenamiento. Tal
era la imagen de sí mismo que ofrecía como modelo. Ade-
más, a aquellos de entre los demás a quienes veía perseguir

con más ahínco las acciones nobles los premiaba con presentes, cargos de responsabilidad, puestos de honór y toda clase de distinciones, de suerte que les inspiraba a todos una gran ambición de ser cada uno el mejor a ojos de Ciro.

Los gobernantes deben distinguirse de sus gobernados

40 Creemos habernos informado de que Ciro consideraba necesario que los gobernantes se distinguieran de sus gobernados no sólo por su superioridad sobre ellos, sino que también creía que se les debía embaucar mediante golpes de efecto. Así, él optó por llevar la túnica meda y convenció a sus colaboradores para que también se la pusieran. Esta vestimenta le parecía que disimulaba cualquier defecto físico que se tuviera y
41 resaltaba la apostura y talla de los que la llevaran; pues tienen un tipo de calzado en el que pasa totalmente inadvertido que se han añadido unas suelas, de suerte que parecen más altos de lo que son. También aprobaba los ojos pintados para que parecieran más hermosos de lo que los tenían, y el maquillaje para que se los viera con un tono
42 de piel más hermoso que el que tenían natural [344]. Se ocupó también de que no escupieran ni se sonaran en público ni desviaran la mirada ante nada, como hombres que no se asombran de nada. Creía que todas estas medidas contribuían a que aparecieran a ojos de sus gobernados como hombres nada despreciables.

[344] Cf. n. 25. Los caps 40-42 han sido a menudo considerados apócrifos, porque presentan ideas contrarias a las expresadas en *Econ.* X 3-9, donde se condena el maquillaje en las mujeres. Sin embargo, en la *Ciropedia,* Jenofonte se vale de estos detalles para situar la acción en un país exótico cuyas costumbres a menudo no coincidían con las griegas.

Diferente preparación de los jefes y los esclavos

Respecto a aquellos que creía debían 43
detentar el mando, les dio una formación conforme a sus propios criterios, a base de entrenamiento y de ocupar puestos de importancia que imponían respeto. Por otra parte, a quienes preparaba para servir como esclavos no los incitaba a practicar ninguno de los ejercicios propios de los hombres libres ni les permitía poseer armas, pero se ocupaba de que no les faltase de comer ni de beber por culpa del entrenamiento de los hombres libres. En efec- 44
to, cuando iban a azuzar animales hacia la llanura para los caballeros permitía que llevaran provisiones para la caza, en cambio a los hombres libres no; y, cuando había una marcha, los llevaba adonde había agua, como a las acémilas; y cuando era la hora del desayuno, esperaba hasta que hubieran comido algo, para que no tuvieran hambre; de suerte que también éstos, al igual que los hombres de élite, lo llamaban padre porque se ocupaba de que llevaran siempre sin queja su vida de esclavos.

Medidas para su seguridad personal

De este modo, procuraba un clima de 45
seguridad a todo el imperio persa. Por lo que a él respecta, tenía la firme confianza de que no era posible que sufriera un atentado de parte de los hombres que él había sometido, pues los juzgaba cobardes y los veía desorganizados y, además, ninguno de ellos se le acercaba ni de noche ni de día. En cambio, de parte de aquellos 46
a quienes juzgaba más poderosos y veía bien armados y unidos —sabía que unos eran caudillos de caballería y otros de infantería; y se daba cuenta de que muchos de ellos *tenían pretensiones, en la idea de que eran capaces de detentar el mando;* sobre todo éstos sí se aproximaban a sus guardias y muchos de ellos llegaban a menudo a estar en

contacto con el propio Ciro; pues era inevitable, ya que tenía que servirse de ellos—, de parte de éstos, sí existía peli-
47 gro de que de muchas maneras él sufriera un atentado. Así pues, reflexionando sobre cómo conseguir que resultaran inocuas para él las acciones procedentes de estos hombres, descartó las idea de despojarlos de sus armas y hacerlos ineptos para la guerra por entender que era un método injusto y juzgar que era la disolución de su imperio. Por otro lado, el no aproximarse a ellos y manifestar su des-
48 confianza estimó que constituía el inicio de una guerra. En lugar de todas estas medidas, determinó que lo mejor para su seguridad y lo más elegante era ser capaz de conseguir que los más poderosos mantuvieran unos lazos de amistad más fuerte con él, que entre sí. El método por el que nos parece que llegó a hacerse amar intentaremos exponerlo.

2 *Método para conseguir la adhesión de los hombres*

En primer lugar, durante todo este tiempo, constantemente hacía la máxima ostentación que podía de magnanimidad, porque estimaba que, de la misma manera que no es fácil amar a quienes dan la impresión de odiar, ni albergar buena voluntad para quienes la tienen mala, así también los que son conocidos por su amor y buena voluntad podrían ser objeto de odio por
2 parte de quienes se consideran amados. Así pues, mientras no tuvo la posibilidad de otorgar favores a su gente por medio de riquezas [345], intentaba captar la amistad de sus compañeros a base de atenderlos, esforzarse por ellos, mostrar que compartía su alegría en los éxitos y su pena en

[345] Se refiere a la etapa anterior a las conquistas de Sardes, donde los tesoros de Creso se encontraban almacenados, y de Babilonia, a cuya riqueza y esplendor ya hemos hecho referencia.

las desgracias [346]; y, cuando le llegó el momento de poder favorecer por medio de riquezas, lo primero que comprendió, nos parece, fue que, como beneficio mutuo, no hay para los hombres ningún detalle más amable, con igual gasto, que el hecho de compartir viandas y bebidas.

Con estas consideraciones, dispuso, en primer lugar, que 3
en su mesa se sirvieran siempre unos platos muy similares a los que él comía, y en cantidad suficiente para gran número de personas; y toda la comida presentada, excepto la que se sirvieran él y sus comensales, la distribuía entre aquellos de sus amigos a quienes quería demostrar su recuerdo o su amistad. Y distribuía también raciones a quienes admiraba por su celo en las guardias, los servicios o cualquier otra actividad, manifestando así que no le pasaban inadvertidos los que querían complacerle.

Honraba también con comida de su mesa a sus servido- 4
res cada vez que quería elogiar a alguno. Asimismo, hacía poner sobre su mesa la comida de la servidumbre en su totalidad, porque pensaba que, al igual que con los perros, este detalle les infundía simpatía. Y, además, si quería que alguno de sus amigos fuera honrado por la mayoría, también a éste le hacía llegar comida de su mesa y, en efecto, todavía en la actualidad a quienes públicamente reciben comida de la mesa real todos los honran más, porque creen que gozan de la estima real y van a ser capaces de satisfacer sus necesidades. Y, además, no sólo por estas razones

[346] El tratamiento del papel de la masa del pueblo en relación con el protagonista no sigue un modo literario ni unas concepciones historiográficas, sino que se encuentra en la base de la realidad. Cf. H. Edelmann, «Volksmassen und Einzelpersönlichkeit in Spiegel von Historiographie und Publizistic des 5 und des 4 Jahrhunderts», *Klio* 56 (1974), 415-444.

que he mencionado resultan tan gratos los envíos del Rey, sino que realmente también en sabor es mucho mejor la comida procedente de la mesa real [347].

Importancia de la especialización del trabajo

5 Sin embargo, que esto sea así nada tiene de extraño: pues al igual que las demás artes son cultivadas especialmente bien en las grandes ciudades, de la misma manera las comidas de la mesa real se distinguen mucho por estar más elaboradas. En efecto, en las ciudades pequeñas un mismo hombre fabrica una cama, una puerta, un arado, una mesa y, a menudo, ese mismo hombre construye una casa; y aun así está encantado, si tiene suficientes clientes para vivir. Así que es imposible que una persona que se dedica a muchos oficios los realice todos bien. En cambio, en las ciudades grandes, como hay mucha demanda de cada objeto, a cada artesano le basta un solo oficio para vivir y, a menudo, ni siquiera un oficio en todas sus facetas: antes bien, uno fabrica zapatos de hombre y otro de mujer; hay lugares donde, incluso, uno vive sólo de remendar zapatos, otro de cortarlos, otro de hendir el cuero del empeine, y otro ni siquiera haciendo ninguna de estas labores, sino ensamblando las piezas. Por consiguiente, es inevitable que quien se dedica al trabajo más especializado se vea también obligado a realizarlo mejor [348].

[347] En *Rep. lac.* XV 4-6, se alude a la costumbre espartana de que el rey invite a su mesa u ofrezca de su comida a determinados personajes para honrarlos.

[348] Platón también hace hincapié en la importancia de la especialización del trabajo, cf. *Rep.* 369d-370e, y *Leyes* 846d-847b. Para Jenofonte, la importancia reside no en la cantidad de la producción, sino en la calidad, cf. Cl. Mossé, «Xénophon economiste» (homenaje a Cl. Préaux) *Le Monde Grec* 15 (Universidad de Bruselas, 1975), 171-172.

Esto mismo ocurre también con la cocina. En efecto, 6
alguien a quien la misma persona le hace la cama, le pone la mesa, le amasa la pasta, le prepara diversos condimentos cada vez, es inevitable, creo yo, que tenga cada cosa como buenamente salga; en cambio, allí donde es trabajo suficiente para una sola persona cocer la carne, para otra asarla, para otra cocer el pescado, para otra asarlo, para otra hacer los panes y ni siquiera todas sus variedades [349], sino que basta que ofrezca una sola variedad que goce de fama, creo que lo que así se hace, por fuerza alcanza una mayor perfección en cada caso.

Con tal conducta, Ciro superaba con mucho a todos 7
en agasajos gastronómicos. Y el medio por el que dominaba también en todos los demás agasajos, lo voy a exponer ahora: pues si sobresalía del resto por percibir el máximo de ingreso, todavía sobresalía mucho más por hacer el máximo de regalos. Esta costumbre la inició Ciro, pero todavía en la actualidad la munificencia persiste entre los reyes. Pues, ¿quién tiene amigos más ostensiblemente ricos 8
que el rey de Persia? ¿Quién hace ostentación de adornar su corte con vestimentas más bellas que el Rey? ¿En qué regalos se conoce su autor como en algunos del Rey, pulseras, collares y caballos con freno de oro? [350]. Pues allí nadie puede poseer estas joyas, si no se las ha regalado el Rey. ¿De qué otra persona se dice que por la importan- 9
cia de sus regalos consigue que la gente lo prefiera antes, incluso, que a los hermanos, padres e hijos? ¿Qué otra

[349] Jenofonte hace referencia a las clases de panes en *Anáb.* IV 5, 32.

[350] Una relación de regalos muy semejantes aparece en *Anáb.* I 2, 27, referida a Ciro el Joven. La idea de que el tirano se enriquece haciendo ricos a sus amigos está también presente en *Hierón* XI 13: «Enriquece a tus ciudadanos para enriquecerte a ti mismo.»

persona puede castigar a enemigos distantes muchos meses
de camino, como el rey de Persia? ¿Y qué otra persona,
después de haber derribado un imperio, murió recibiendo
el nombre de padre de parte de los pueblos sometidos, sino
Ciro? Esta advocación es, evidentemente, propia de un be-
nefactor más que de un usurpador.

Los «ojos» y los «oídos» del Rey

10 Descubrimos también que se procuró
los llamados «ojos» del Rey y «oídos»
del Rey, no de otro modo que a base de
regalos y honores; pues, gracias a que
otorgaba magníficos favores a quienes le
informaban de todo cuanto era oportuno saber, consiguió
que muchas personas aplicaran el oído y fijaran su vista
para observar en qué podían beneficiar al Rey si se lo trans-
11 mitían [351]. En consecuencia, muchos fueron los ojos y mu-
chos lo oídos que se le atribuyeron al Rey. Y si alguien
cree que el Rey escogía a un solo hombre para que fuera
su «ojo» se equivoca, pues pocas cosas podría ver u oír
un solo hombre; y habría sido como invitar a los demás
a desentenderse, si se le hubiera asignado dicha tarea a
uno solo; además, aquel a quien se le hubiera conocido
como «ojo» del Rey se habría sabido que era persona de
quien habría de precaverse. Pero no es así, sino que el
Rey escucha a todo el que afirme haber oído o visto algo
12 digno de atención. Así, muchos son los oídos y muchos
son los ojos que se le atribuyen al Rey, y en todas partes

[351] Los «ojos y oídos» del Rey son citados por ESQU., *Persas* 980, y HERÓD., I 100-114, quien habla de la existencia de una red de espías y confidentes distribuidos por todo el territorio. Se trataba de un cuerpo de oficiales independientes del sátrapa que actuaban como inspectores. Su aparición parece relacionada con la reforma administrativa emprendida por Darío I. Una vez más, Jenofonte comete un anacronismo al situarlos en época de Ciro.

hay temor de decir algo que disguste al Rey, como si él
mismo estuviera oyendo, y de hacer algo que le disguste,
como si él mismo estuviera presente. Por tanto, no es que
nadie se hubiera atrevido a mencionar ante otra persona
ninguna mezquidad respecto a Ciro, sino que cada cual
se comportaba con quien sucesivamente estuviera como en
presencia de todos los «ojos» y «oídos» del Rey. Tal com-
portamiento de los hombres hacia Ciro no sé yo a qué
podría atribuirse mejor que a su deseo de hacer grandes
favores a cambio de pequeños.

Que el hombre más rico sobresalga por la importancia 13
de sus dones no es extraño, pero que, siendo rey, aventaje
a los demás en agasajos y atenciones a los amigos es más
digno de mención. Se dice que era público su sentimiento
de que nada le habría avergonzado tanto como ser supera-
do en agasajos por sus amigos [352]. También se recuerda 14
su dicho de que eran similares los oficios del buen pastor
y del buen rey [353]. Pues afirmaba que el pastor debía sacar
provecho de su ganado asegurando su felicidad —la felici-
dad propia del ganado—, y que, de la misma manera, el
rey debía sacar provecho de ciudades y hombres aseguran-
do su felicidad; nada tiene, pues, de extraño que, con este
criterio, tuviera ese empeño en aventajar a todos en aten-
ciones.

[352] Una idea similar se encuentra en *Anáb.* I 9, 24.

[353] El símil del buen pastor referido al buen gobernante es frecuente a lo largo de la literatura griega: *Il.* II 243; V 144; X 3; XI 506; XV 262; XIX 251, y XXIV 654; PLAT., *Rep.* 343b; JENOF., *Memor.* III 2, 1, y al comienzo de la misma *Ciropedia* (I 1, 2).

Ciro demuestra a Creso los inconvenientes de atesorar riquezas

15 Una hermosa muestra de ello se dice
que Ciro le ofreció en público a Creso,
cuando éste le advertía que, por otorgar
muchos dones, llegaría a ser pobre, a pe-
sar de que era el único hombre al que
16 le era posible atesorar oro sin fin en su casa. Y se dice
que Ciro preguntó: «¿Cuántas riquezas crees que tendría
ya, si hubiera almacenado dinero, como me aconsejas, desde
que ocupo el trono?», y que Creso dijo una cantidad muy
elevada, y que Ciro le respondió: «Vamos, Creso, envía
con Histaspas, aquí presente, a un hombre en el que ten-
gas la máxima confianza. Y tú Histaspas, haz una ronda
de visitas a mis amigos y diles que necesito dinero para
una empresa; pues, en realidad, necesito más. Y pídeles
que escriban la cantidad que cada uno pueda proporcio-
narme, le pongan su sello y que le den la misiva al servidor
17 de Creso para que la traiga.» Tras poner por escrito cuan-
to había dicho y sellarlo, se lo entregó a Histaspas para
que lo llevara a sus amigos. Incluyó también para todos
su petición de que acogieran a Histaspas como amigo su-
yo. Cuando el servidor de Creso hubo terminado la ronda
de visitas y trajo las cartas, Histaspas dijo: «Rey Ciro,
también a mí hay que tratarme como a hombre rico, pues
aquí estoy con muchísimos dones, gracias a tu escrito.»
18 Y Ciro replicó: «Sólo con este hombre tenemos ya un
tesoro, Creso; pero ve mirando a los otros y calcula cuánta
riqueza hay disponible en caso de necesidad.» Y se dice que
Creso, tras hacer el cálculo se encontró con una cantidad
muchas veces superior a la que él había dicho que tendría
19 Ciro en sus arcas si se hubiera dedicado a atesorar. Cuando
esto resultó evidente se dice que Ciro dijo: «¿Ves, Creso,
cómo yo también tengo tesoros? Tú me invitas a hacerme
envidiar y odiar por almacenarlos en mi palacio y a poner

vigilantes al cargo de ellos y confiárselos bajo sueldo. En
cambio, yo, haciendo ricos a mis amigos, creo tener en
ellos tesoros y, al mismo tiempo, guardianes de mi persona
y de nuestros bienes más dignos de confianza que si les pu-
siera vigilantes a sueldo [354]. Y otra cosa te voy a decir: 20
ese impulso, Creso, que los dioses inspiran en el alma de
los hombres y que acaba por hacerlos igualmente pobres,
tampoco yo puedo superarlo, sino que también yo, como
los demás, soy insaciable de riquezas. Sin embargo, al me- 21
nos en este aspecto, creo que me distingo de la mayoría,
ya que ellos, cuando consiguen bienes que sobrepasan sus
necesidades, entierran una parte de ellos, echan otra parte
a perder y el resto les causa problemas en contarlo, medir-
lo, levantarlo a peso, airearlo y vigilarlo; empero, pese a
tener tanta abundancia, no comen más de lo que pueden
aguantar, pues reventarían, ni se ponen más ropa de la
que pueden llevar, pues se morirían del sofoco, y los bienes
superfluos les ocasionan problemas. Yo, por mi parte, obe- 22
dezco a los dioses y anhelo simpre más; pero, cuando con-
sigo aquello que veo que sobrepasa mis necesidades, lo em-
pleo en satisfacer las necesidades de mis amigos —y, al
tiempo que me enriquezco y beneficio a la gente, consigo
su simpatía y amistad— y obtengo como fruto de estas
mercedes seguridad y buena fama, bienes que ni echan
a perder ni perjudican por exceso; por el contrario, la bue-
na fama, cuanto más se extiende tanto más grandiosa, her-
mosa y ligera de llevar resulta, e incluso, a menudo hace

[354] En *Econ.* II 7, Jenofonte, por boca de Sócrates, demuestra a Critobulo cómo él es el rico porque tiene amigos que pueden auxiliarle, y cómo, en cambio, Critobulo es pobre, a pesar de sus riquezas, porque sus amigos sólo quieren sacar provecho de él. Es un diálogo de características muy semejantes a éste de Ciro y Creso.

23 más ligeros a quienes la llevan. Y para que sepas, dijo, esto también, Creso, yo no estimo que quienes poseen más riquezas y más las vigilan sean los más felices; de ser así, quienes vigilan las murallas serían los más felices, pues vigilan todo lo que hay en las ciudades. Por el contrario, quien es capaz de adquirir muchos bienes con justicia y gozar de ellos con honorabilidad, ése creo que es el más feliz.» Y era evidente que Ciro obraba conforme a sus palabras.

Organización de la sanidad pública

24 Además, como había reflexionado sobre el hecho de que la mayoría de los hombres, si goza de buena salud, se cuida de tener las previsiones y se procurará los alimentos útiles para un régimen de gente sana —y veía, en cambio, que cuando está enferma se despreocupa totalmente de tener a mano los productos convenientes—, decidió, pues, tomarse interés también en este punto: hizo venir a médicos, los mejores, a su corte porque quería correr él con los gastos, y todo cuanto alguno de ellos decía que era conveniente, instrumentos o medicamentos, sólidos o líquidos, lo hacía preparar, sin dejar
25 uno, para almacenarlo en su propio palacio. Y, cada vez que caía enferma alguna persona que le interesaba curar, lo iba a ver y le proporcionaba lo que precisaba. Y mostraba su agradecimiento a los médicos cada vez que uno de ellos curaba a alguien pagándoles con su dinero.

Institución del poder judicial

26 Estos y otros muchos procedimientos por el estilo ideaba para ocupar el primer puesto en la estimación de aquellos por quienes quería ser persona amada. Las pruebas de las que Ciro anunciaba públicamente certámenes y ofrecía premios con intención de infundir la emulación por las acciones nobles

reportaban alabanzas a Ciro, porque se ocupaba de que se practicara la virtud; sin embargo, entre los miembros de la élite estos certámenes inspiraban envidias y rivalidades recíprocas [355]. Además, Ciro estableció como ley que, 27
en cada asunto que demandase una resolución por medio de juicio o de concurso, las partes que precisaban la resolución se pusieran de acuerdo en los jueces. Así, era evidente que ambos contendientes tendían a escoger los jueces más influyentes y con los que mantuvieran mayor amistad. La parte no vencedora aborrecía a los vencedores, y odiaba a quienes no habían resuelto a su favor; a su vez, la parte vencedora pretendía haber vencido tan justamente, que estimaba no deber gratitud a nadie. Y aquellos que 28
querían ocupar el primer puesto en la estimación de Ciro —como otros hacen en las ciudades [356]— también éstos se odiaban entre sí de tal modo que la mayoría prefería mantenerse apartado uno de otro a colaborar en un beneficio mutuo.

Quedan expuestos los procedimientos que Ciro ideaba para que los hombres más influyentes lo amaran más a él que ellos entre sí.

---

[355] Ciro-Jenofonte gustaba de los certámenes y concursos que infundieran la emulación; cf. *Ages.* I 25; *Anáb.* IV 8, 28; *Econ.* VII 9; *Banqu.* I 2; *Helén.* III 4, 16, y IV 2, 5-6.

[356] Delebecque propone la traducción de *en pólesi* como «en los regímenes populares», es decir, aquellas ciudades en las que se trata de conquistar el favor del *dêmos.*

3

Orden de marcha en el desfile

Ahora vamos a exponer ya cómo efectuó Ciro su primera salida del palacio real; pues la suntuosidad del desfile [357] en sí fue, en nuestra opinión, uno de los procedimientos que ideó para que su poder no fuera fácil de despreciar. En primer lugar, antes del desfile reunió a los persas y aliados que tenían algún cargo y distribuyó entre ellos las túnicas medas —fue entonces cuando por vez primera los persas vistieron túnica meda—, y mientras las distribuía les dijo que tenía intención de cabalgar hacia los recintos reservados a los dioses
2 y, en su compañía, celebrar sacrificios. «Así pues, dijo, estad presentes en la corte arreglados con estas túnicas antes de la salida del sol y disponeos como el persa Feraulas os transmita de mi parte; y, cuando yo me ponga en cabeza, prosiguió, seguidme manteniendo la posición asignada. Pero, si a algunos de vosotros le parece que hay otro modo de desfilar más hermoso que como ahora vamos a hacer, que me lo muestre a la vuelta; pues del modo que os parezca más hermoso y perfecto debe disponerse cada elemento.»

3 Cuando hubo distribuido entre los personajes más poderosos las túnicas más hermosas, sacó más túnicas medas, pues había preparado un número elevado de ellas, sin escatimar paños color de púrpura, púrpura oscura, roja laca o rojo oscuro [358]. Después de repartir el lote de

[357] Jenofonte deja constancia, en varias de sus obras, de su gusto por los desfiles: *Equit.* XI 8, 12, y *Jef. cab.*, III 1-14.

[358] Los términos que aparecen en griego son *porphyrís*, que alude a un rojo tirando a morado, es decir, púrpura; *órphninos*, adjetivo procedente de *órphnē*, «oscuro»; *phoinikís*, a partir de *phoînix*, pintura roja extraída de la raíz de la rubia, tal color recibe el nombre de «rojo laca»; por último, el adjetivo *karýkinos* procede de *karýkē*, salsa lidia compuesta con el líquido segregado por un molusco, el *Murex Brandaris* o el *Murex Trunculus.*—La pequeña diferencia existente entre estos matices de colores es debida no a la falta de agudeza visual de los antiguos, sino a la variedad de resultados de los tintes de entonces. Cf. R. J. Forbes, «Dyes and Dyeing», *Studies in Ancient Technology* IV (Leiden, 1964), 99-143.

ropajes que correspondía a cada comandante, les ordenó que arreglaran con ellas a sus amigos «como, dijo, yo os arreglo a vosotros». Y uno de los presentes le preguntó: 4
«¿Y tú, Ciro, dijo, cuándo te vas a arreglar?» Y él respondió: «¿No os parece que ahora arreglándoos a vosotros me arreglo a mí mismo también? No te preocupes, si puedo beneficiaros a vosotros, mis amigos, cualquiera que sea la túnica que tenga pareceré hermoso con ella.» Ellos se 5
retiraron e hicieron llamar a sus amigos para arreglarlos con las túnicas.

Ciro, por su parte, estimando que Feraulas, hombre del pueblo, era inteligente, amante de la belleza, ordenado y no negligente en punto a agradarle, él, que en una ocasión le había apoyado en su idea de que cada uno debe recibir honores según sus méritos, a este personaje hizo llamar y le consultó sobre la manera de conseguir que el desfile fuera perfecto de ver para quienes le eran propicios y sobrecogedor para quienes le eran adversos. Cuando el 6
examen de la cuestión les puso de acuerdo al respecto, Ciro pidió a Feraulas que se ocupase de que el desfile se realizara al día siguiente como había juzgado conveniente. «He prescrito, dijo, que todos te obedezcan en la ordenación del desfile. Pero, para que, cuando les transmitas una orden te atiendan más a gusto, coge estas túnicas y llévalas a los comandantes de los lanceros; estos alcáfares [359] para

[359] El término que aparece en el texto es *kasâs* «manto de fieltro». Pertenece al grupo de nombres populares jonios en *-âs* y parece tener

echar sobre los caballos dáselos a los comandantes de caballería, y estas otras túnicas a los comandantes de los carros.»

7 Feraulas las cogió y se las llevó. Y, cuando los comandantes lo vieron, decían:

—En verdad, Feraulas, eres importante desde el momento en que también a nosotros nos vas a asignar lo que debemos hacer.

—No, por Zeus, replicaba Feraulas, no sólo no lo soy, como puede verse, sino que incluso ayudaré a llevar los equipajes. En todo caso, llevo ahora estos dos alcáfares, uno para ti y otro para otro comandante. Elige el que prefieres.

8 A partir de este momento, el comandante que recibía el alcáfar había olvidado su envidia y, al punto, le pidió consejo sobre cuál de los dos coger. Y Feraulas le aconsejó cuál podía ser mejor y le dijo: «Si me acusas de haberte dado a elegir, cuando vuelva a servirte tendrás en mí un servidor muy distinto.» Una vez que Feraulas hubo realizado la repartición así, según las ordenes recibidas, en seguida pasó a ocuparse de que, con vistas al desfile, cada elemento se comportara a la perfección.

9 Cuando el día siguiente llegó, todo estaba impecable antes del amanecer: filas de soldados estaban puestas a un lado y otro del camino, como todavía en la actualidad se colocan por donde el Rey va a pasar. Franquear estas filas a nadie le está permitido, si no pertenece a la clase de los altos dignatarios. Estaban apostados alguaciles que golpea-

una impronta oriental, hipótesis apoyada por la existencia de *kasū*, en acadio, y *kasūt*, en hebreo. Cf. G. Bjorck, *Das Alpha impurum und die tragische Kunstsprache*, Upsala, 1950, págs. 294-295, y E. Masson, *Recherches sur les plus anciens emprunts sémitiques en grecque*, París, 1967, págs. 22-24.

ban a cualquiera que perturbara el orden. En primer lugar, dispuestos en cuatro filas, estaban firmes cerca de cuatro mil lanceros delante de las puertas y dos mil a cada lado de ellas. Los caballeros estaban allí, todos, apeados de sus 10
cabalgaduras y con las manos metidas por entre los caftanes [360], como todavía en la actualidad hacen cuando el rey los está mirando. Los persas estaban a la derecha y los demás aliados a la izquierda del camino, y los carros, de igual modo, la mitad a cada lado.

Una vez abiertas la puertas del palacio real, en primera 11
posición y en cuatro filas eran conducidos toros de belleza perfecta destinados a Zeus y a los demás dioses que los magos habían prescrito —pues los persas creen que, en lo relativo a los dioses, hay que recurrir a expertos más que en los demás asuntos—. Detrás de los bóvidos eran condu- 12
cidos caballos como víctimas para el Sol [361]; después de éstos salió un carro blanco de yugo de oro y coronado consagrado a Zeus; después de éste, un carro blanco consagrado al Sol también coronado como el anterior; des-

[360] Delante del Rey todos debían tener las manos metidas entre los caftanes para evitar atentados, cf. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, págs. 276 y sigs. En un estudio más reciente, A. Santoro, «A proposito del ceremoniale delle mani coperte nel mondo achemenide», *Riv. St. Orient.* 47 (1972), 37-42, analiza dos pasajes por los que se ha venido probando esta costumbre y concluye que, en uno, *Helén.* II 1, 8, se trata de una interpolación tardía, y en el otro, *Cirop.* VIII 3, 10, corrige la traducción del pasaje así: «...después de haber traspasado las mangas del caftán...». Sin embargo, la base en la que se apoya Santoro es débil en ambos casos, olvidando, además, el pasaje de *Cirop.* VIII 3, 14, en el que también se alude a ese ceremonial cortesano.

[361] La asociación del caballo con el culto al sol se explica a partir del hecho de que, según el mito, el sol recorre cada día el cielo en un carro tirado por caballos. Tal asociación se daba también entre los maságetas (cf. Heród., I 216) y los armenios (Jenof., *Anáb.* IV 5, 35, y Estrab., XI 8, 6).

pués salió un tercer carro, los caballos con cubierta de rojo laca, y detrás de éste iban unos hombres llevando fuego sobre un gran altar.

13 Inmediatamente detrás de éstos, saliendo por la puerta, apareció ya Ciro en persona, montando en un carro y llevando la tiara recta [362] y una túnica color púrpura mezclado con blanco —a ninguna otra persona le está permitido llevar un color mezclado con blanco—, y en las piernas unas calzas color escarlata, y un caftán enteramente purpúreo. Tenía también una diadema en torno a la tiara, y los miembros de su familia tenían el mismo signo distin-

14 tivo idéntico al que en la actualidad tienen. Tenía las manos fuera de las mangas [363]. Junto a él marchaba un auriga de gran estatura, pero más bajo que Ciro, ya porque lo fuera en realidad ya por medio de cualquier otro truco, y Ciro parecía mucho más alto. Y todos al verlo se postraron [364], ya porque hubieran recibido la orden de ser los

[362] Palabra de impronta oriental y de origen desconocido. Consistía en un cono truncado, generalmente de fieltro, que portaban sobre la cabeza los varones de algunos pueblos asiáticos. Entre los persas, sólo el rey podía llevarla recta, mientras los cortesanos la llevaban inclinada. A veces iba adornada con estrellas. La tiara que luce Darío III en el mosaico de Alejandro del Museo de Nápoles presenta, además, una cubierta para la boca.

[363] Signo distintivo del soberano. Los demás cortesanos llevaban las manos dentro del caftán, cf. VIII 3, 10.

[364] Jenofonte alude al ceremonial de la *proskýnesis* «postración», que los griegos entendían como un signo de divinización del monarca, cuando, en realidad, indicaba el rango muy superior del rey sobre sus súbditos; en ello abunda el testimonio de HERÓD., I 134, que, refiriéndose a las diferentes clases de saludos que había en Persia, alude a la postración del de rango inferior ante el de rango superior, sin considerar al Rey un dios, sino representante de la divinidad y con poder emanado de la potencia cósmica de Ahura Mazdah (cf. G. WIDENGREN, «The

primeros en hacerlo, ya porque se sintieran estupefactos por el empaque del espectáculo y por la impresión que daba Ciro de talla y belleza. Antes de ese día ningún persa se postraba ante Ciro. A medida que el carro de Ciro avan- 15
zaba, le iban precediendo los cuatro mil lanceros, y otros dos mil escoltaban ambos lados del carro; los seguían los portacetros de su corte, a caballo y engalanados, llevando jabalinas, en un número aproximado de trescientos. A su 16
vez, los caballos criados por Ciro marchaban al lado ataviados con bridas de oro y con cubierta rayada, en un número aproximado de doscientos; detrás de éstos, dos mil lanceros y, a continuación, los que primero habían formado el cuerpo de caballería en número de diez mil, ordenados de cien en cien a cada lado, con Crisantas a la cabeza. Detrás de éstos, otros diez mil caballeros persas con la mis- 17
ma formación, y a su cabeza Histaspas; detrás, otros diez mil con la misma formación y a su cabeza Datamas, y detrás otros tantos y a su cabeza Gadatas. Detrás de éstos, 18
la caballería meda, luego la armenia, después la hircania, después la cadusia y detrás de éstos la de los sacas. Después de la caballería, los carros en cuatro filas y a su cabeza el persa Artabatas [365].

Contacto con la muchedumbre

Mientras Ciro avanzaba, una muche- 19
dumbre lo escoltaba fuera de los límites del cuerpo del desfile, pidiendo cada uno una cosa a Ciro. Entonces envió a unos portacetros que lo escoltaban, tres a cada lado del carro, para transmitir sus mensajes, con orden de decir a la multitud que, si alguien le quería hacer

Sacred Kingship of Iran», *Numen* 4 [1959], 242 y sigs.). De cualquier modo, Jenofonte atribuye la institución de esta costumbre a Ciro.

[365] Este personaje parece corresponder al fiel portacetro de Ciro el Joven, Artapates (*Anáb.* I 6, 11), que aparece también en HERÓD., VII

alguna petición, hicieran saber a algún comandante de ca-
ballería lo que querían, y que ellos se lo transmitirían a
él. Ellos, retrocediendo, marchaban por entre la caballería
y cada uno se preguntaba a qué comandante de caballería
20 se dirigiría. Ciro, por su parte, mandaba recado a los ami-
gos que quería que recibieran el máximo de atenciones por
parte de la gente, los llamaba uno por uno a su presencia
y les hablaba de este modo: «Si alguien de esta escolta
os hace saber alguna petición, a quien os parezca que pide
nimiedades no le prestéis atención; en cambio, a quien os
parezca que hace peticiones justas, venid a transmitírmelas
para que en común deliberemos sobre el modo de satisfa-
21 cerlas.» Y ellos, cuando los llamaba la gente, respondían
llegando a galope, acrecentando con ello el poder de Ciro
y dando muestras de obediencia ciega; pero había un tal
Daifernes, hombre un tanto grosero de maneras, que creía
manifestar más independencia si no acudía con rapidez.
22 Ciro, apercibido de este hecho, antes de que Daifernes,
se presentara para hablar con él, le envió en secreto
un portacetros con orden de decirle que ya no lo nece-
23 sitaba más; y en lo sucesivo no lo volvió a llamar. Y como
el amigo llamado después de Daifernes había llegado
antes que él, Ciro le regaló un caballo de su escolta
y pidió a uno de sus portacetros que lo acompañara a
donde él ordenara. Y, en opinión de los que lo vieron,
esto era un honor. A partir de este hecho muchos más
hombres lo servían.

65. Una vez más, Jenofonte traslada un contemporáneo suyo a la época de Ciro el Grande.

Holocaustos y carreras. Encuentro del saca y Feraulas

Cuando llegaron a los recintos sagra- 24
dos, ofrecieron a Zeus los toros en holo-
causto; luego, cumpliendo las prescripcio-
nes de los magos, los degollaron en ho-
nor de la Tierra [366], y luego en honor de
los héroes que habitan Asiria. Después de estos sacrificios, 25
siendo el lugar propicio, Ciro señaló un límite de unos quin-
ce estadios de terreno [367], y anunció carreras de caballos
por tribus.

Así que, Ciro inició la carrera con los persas y venció
con holgura, pues había adquirido una práctica extraordi-
naria en el manejo del caballo. De los medos venció Arta-
bazo, pues Ciro le había regalado el caballo; de los asirios
que se habían unido a su ejército, Gadatas; de los arme-
nios, Tigranes; de los hircanios, el hijo del comandante
de caballería; de los sacas, un hombre de condición humil-
de dejó atrás con su caballo a los demás caballos en una
distancia de cerca de la mitad de la carrera. Se dice que, 26
en ese momento, Ciro preguntó al joven si aceptaría un
reino a cambio de su caballo y él le respondió:

—Un reino no aceptaría, pero aceptaría, en cambio,
conseguir el reconocimiento de un hombre bueno.

Ciro dijo: 27

—Voy a mostrarte dónde disparar, incluso con los ojos
cerrados sin errar a un hombre bueno.

366 J. Casabona, *Recherches sur le vocabulaire des sacrifices en grec, des origines à la fin de l'èpoque classique*, Aix-en-Provence, 1967, página 164, hace una diferenciación entre los verbos *thýō* y *spházō*, concluyendo que el fuego era utilizado para los sacrificios en honor de divinidades celestes, mientras que los rituales cruentos se celebraban en honor de divinidades ctónicas.

367 Nos adherimos a la corrección de E. Delebecque, que lee quince estadios, frente a los manuscritos, que leen cinco estadios, distancia demasiado corta.

—Desde luego, muéstrame dónde, que yo dispararé con esta bola de tierra —dijo el saca, mientras la levantaba del suelo—.

28 Ciro le señalo el lugar donde estaba la mayor parte de sus amigos, y él, cerrando los ojos, tiró la bola de tierra y alcanzó a Feraulas, que en ese momento coincidió que pasaba trayendo órdenes a Ciro. Una vez tocado, ni se volvió, sino que seguía su camino para cumplir las órdenes
29 recibidas. Abriendo de nuevo los ojos, el saca preguntó a quién había alcanzado.

—Por Zeus, replicó Ciro, a ninguno de los presentes.

—Sin embargo, tampoco, dijo el joven a ninguno de los ausentes.

—Sí, por Zeus, replicó Ciro, has tocado a aquel hombre que cabalga a galope a lo largo de los carros.

—Y ¿cómo no se da ni siquiera la vuelta?, preguntó el joven.

30 Y Ciro contestó: «Según parece, es porque está loco.» Oído esto, el joven fue a ver quién era. Y encontró a Feraulas con la barbilla cubierta de tierra y sangre, pues a causa del golpe que había recibido le salía sangre de la
31 nariz. Cuando se hubo aproximado, le preguntó si había recibido algún golpe y Feraulas respondió:

—Sí, como puedes ver.

—Pues bien, dijo el saca, te regalo este caballo.

—¿A cambio de qué?

Acto seguido, el saca relató el enredo y, finalmente, dijo:

—Creo que verdaderamente no he errado al tirar a un hombre bueno.

32 Y Feraulas replicó:

—Si estuvieras en tus cabales, se lo habrías dado a un hombre más rico que yo; ahora bien, también yo voy a aceptarlo. Y ruego a los dioses, que hicieron que recibiera tu golpe que me permitan conseguir que no te arrepientas de tu regalo.

—Y ahora, dijo el saca, monta en mi caballo y vete. Volveré a estar a tu lado.

De este modo se separaron.

Y de los dos cadusios venció en la carrera Ratines [368].

Ciro hizo correr también a los carros, de uno en uno. 33
A todos los vencedores les entregaba bueyes, para que, después de sacrificarlos, celebrasen un banquete, y copas. Él mismo recibió el buey de su victoria, pero su lote de copas se lo entregó a Feraulas, porque le pareció que había ordenado perfectamente el cortejo salido del palacio real. Instituido entonces así por Ciro, el cortejo real se mantie- 34
ne todavía en la actualidad igual, excepto que faltan las víctimas cuando el Rey no celebra sacrificio. Una vez finalizados los actos, volvieron a la ciudad y se pusieron a comer, aquellos a quienes se les había entregado viviendas, cada uno en la suya, y a quienes no, en su compañía.

Feraulas y el dinero

Y Feraulas, tras invitar al saca que le 35
había regalado el caballo, lo agasajó en su casa y lo colmó de variados presentes. Después de cenar, llevando las copas que había recibido de Ciro, bebió a su salud
y se las regaló. Y el saca, al ver gran cantidad de hermosos 36
lechos, gran cantidad de hermosos muebles y gran cantidad de servidores, dijo:

—Dime, Feraulas, ¿también en tu casa te encontrabas entre los ricos?

[368] El nombre de este cadusio nos es conocido por *Anáb.* VI 5, 7, donde se presenta como oficial de Farnabazo.

37 —¿Entre qué ricos?, preguntó Feraulas. Entre quienes claramente se ganan la vida con sus propias manos. Pues mi padre me educó durante la infancia en el trabajo y alimentación propios de gente pobre. Pero, cuando me convertí en un joven, no pudiendo alimentar a un ocioso, me
38 llevó al campo y me ordenó trabajar allí. Entonces yo lo alimenté a mi vez mientras vivió, a base de cavar y sembrar una finquita muy pequeña, ciertamente no mala, sino la más justa de todas, pues la tierra que recibía semilla devolvía el fruto equivalente honrada y justamente y sin cobrarse mucho interés. Y, en una ocasión, por su generosidad, incluso devolvió el doble de lo recibido [369]. Así que en casa yo llevaba este género de vida; todo esto que ves ahora Ciro me lo ha dado.

39 Y el saca dijo:

—Bienaventurado tú en el resto de los aspectos y en este mismo, porque de pobre has llegado a rico, pues creo que disfrutas más de tus riquezas, porque eres rico después de haber tenido hambre de ellas.

40 —¿De modo, saca, replicó Feraulas, que supones que ahora yo disfruto tanto más de la vida cuando más poseo? ¿No sabes, preguntó, que ahora como, bebo y duermo sin más placer en absoluto que cuando era pobre? Son muchas mis posesiones y sólo saco esto: más tengo que vigilar, más que distribuir entre los demás, y más preocupa-
41 ciones que atender [370]. Pues ahora son muchos los sirvientes que piden comida, muchos bebida y muchos otros vestido; otros necesitan médicos; el uno llega contando que los rebaños han sido devorados por lobos, o que sus bueyes se han precipitado por un barranco, o afirmando que una epidemia ha caído sobre el ganado. De suerte que, terminó Feraulas, tengo la impresión de que peno ahora más por tener mucho, que antes por tener poco.

Y el saca dijo: 42

—Pero, por Zeus, cuando están a salvo, al ver su abundancia, sentirás un placer muchas veces mayor que el mío.

—El hecho de poseer riquezas, saca, replicó Feraulas, no es tan agradable, como penoso el hecho de perderlas. Y comprenderás que digo la verdad: pues ninguno de los que poseen riquezas se ve obligado por placer a pasar la noche en vela; en cambio, verás que ninguno de los que las han perdido es capaz de descansar por la pena que siente.

—Por Zeus, dijo el saca, tampoco verías a ninguno de 43
los que reciben algo cabecear por obra del placer.

—Dices la verdad, dijo Feraulas, pues si el hecho de 44
poseer fuera tan agradable como el de recibir, los ricos serían mucho más felices que los pobres. Obligado es, saca, que quien mucho posee mucho también gaste en beneficio de los dioses, de sus amigos y de sus huéspedes; así pues, aquel que se complace intensamente en sus riquezas, sábelo bien, se aflige intensamente también a la hora de gastarlas.

—Por Zeus, exclamó el saca, pero yo no soy de esa 45
clase de individuos, sino que creo que es una felicidad poseer mucho para gastar mucho.

—Por los dioses, exclamó Feraulas, ¿por qué no has 46
conseguido tu felicidad inmediatamente ni has causado la mía? Toma, pues, todas estas riquezas, poséelas y dales el uso que quieras. No me tengas de otra manera que como huésped e, incluso, más humildemente que a un huésped, pues me bastará participar de aquello que tengas.

—Bromeas, dijo el saca.

[369] La misma idea en *Econ.* V 12, y Ps.-Arist., *Económico* 1343a.

[370] La infelicidad del rico y poderoso se refleja perfectamente en *Hierón* II 3.

Pero Feraulas juró que hablaba absolutamente en serio:
47 —También obtendré de Ciro otras prebendas para ti, saca, no hacerle la corte ni participar en su ejército. Tú quédate en tu casa con tus riquezas, y yo haré estas faenas en tu nombre y en el mío. Y, si recibo algún beneficio por atención de Ciro o procedente de una campaña, te lo traeré, para que todavía sea mayor tu poder. Sólo, dijo, libérame de esa ocupación; pues, si de estos favores saco tiempo libre, creo que serás de utilidad a Ciro y a mí.
48 Dichas estas palabras, convinieron en este proyecto y lo llevaron a cabo; el uno estimaba que había alcanzado la felicidad porque tenía una gran fortuna; el otro, a su vez, se consideraba el más bienaventurado de los hombres porque tenía un administrador que le permitía tiempo libre para hacer lo que pudiera agradarle.
49 Feraulas era por carácter buen camarada y nada le parecía tan agradable ni tan útil como servir a los hombres. En efecto, estimaba que, de todas las criaturas, el hombre es la más noble y agradecida, porque veía que los que recibían una alabanza se apresuraban a devolverla, que los que recibían un favor intentaban devolverlo, y que los que se conocía que tenían buena voluntad recibían en justa réplica benevolencia y que no podían responder con odio a aquellos que sabían que los amaban; y que, de todas las criaturas, los hombres son los que más desean devolver sus cuidados a sus padres vivos o después de muertos. Y sabía que el resto de las criaturas eran más desagradecidas
50 y más desconsideradas que el hombre. En efecto, por ello, Feraulas se alegró extraordinariamente, porque le era posible librarse de la preocupación del resto de sus bienes para ocuparse de sus amigos, y el saca, por su parte, porque, poseyendo muchas riquezas, iba a hacer mucho uso de ellas. El saca amaba a Feraulas, porque siempre le comportaba

algún beneficio; y Feraulas al saca, porque deseaba encargarse de todo y, a pesar de tener cada vez más ocupaciones, no le proporcionaba quehacer. Y así pasaban la vida.

Ciro cena con sus dignatarios

Ciro, celebrando después del sacrificio 4
un banquete por la victoria, invitó de entre sus amigos a aquellos que mostraban más interés en que él acrecentara su poder y lo honraban con el máximo afecto. Convidó con ellos al medo Artabazo, al armenio Tigranes, al comandante de caballería hircanio [371] y a Gobrias.
Gadatas era jefe de sus portacetros, y la vida del palacio, en 2
su totalidad, estaba organizada como aquél había dispuesto; y, cada vez que un grupo de personas se reunía para cenar, él ni siquiera tomaba asiento, sino que se ocupaba de todo. Pero, cuando eran ellos mismos quienes se reunían, participaba de la cena, pues Ciro gozaba con su compañía. En agradecimiento a estos desvelos, recibía honores de parte de Ciro por medio de muchos e importantes regalos y, a instancias de Ciro, también de otros personajes.

Asignación de asientos según los méritos de cada uno

Cuando los invitados a la cena llega- 3
ron, Ciro no dejó que cada uno se sentara al azar, sino que a quien más estimaba lo sentó a su izquierda, en la idea de que este lado estaba más expuesto a las asechanzas que el derecho, al segundo en estima, a la derecha, al tercero de nuevo a su izquierda y al cuarto a la derecha; y si se trataba de un número mayor de convidados, los
disponía del mismo modo. El demostrar claramente el gra- 4

[371] Debe de referirse a Artucas, que aparece al frente de la caballería hircania en V 3, 38.

do de estima en que tenía a cada uno le parecía positivo,
porque, donde la gente cree que quien es el mejor no va
a recibir reconocimiento público ni va a obtener premios,
es evidente que allí no tienen propensión a la competitivi-
dad; en cambio, donde queda claro que el mejor goza de
ventajas con respecto a los demás, allí todos muestran el
5 máximo interés en rivalizar. Así, Ciro demostraba clara-
mente quiénes, en su opinión, eran los mejores, comenzan-
do directamente por asignar la posición de la gente sentada
o de pie. Sin embargo, no instituyó un asiento a perpetui-
dad, sino que estableció el uso de la promoción por buenas
obras hacia un asiento más honorable, y para el que se
abandonara al relajo, dispuso el desplazamiento hacia un
asiento menos honorable [372]. Le avergonzaba que quien se
sentara en el primer puesto diera la impresión de no obte-
ner los más numerosos beneficios de su parte. Estas medi-
das que vieron la luz en tiempos de Ciro constatamos que
todavía en la actualidad así se mantienen.

6 Cuando cenaban, para Gobrias no era causa de admi-
ración la abundancia de todo en casa de un hombre que
poseía un gran imperio; en cambio, sí lo era el hecho de
que Ciro, que tenía una fortuna tan grande, no consumie-
ra en soledad ninguno de los manjares que le parecían
agradables de tomar, sino que se tomaba la molestia de
solicitar a los presentes que lo compartieran, y a menudo
Gobrias veía que había amigos ausentes a quienes él mis-
mo enviaba los manjares que, a la sazón, le agradaban.
7 De modo que, cuando ya habían terminado de cenar y Ciro
había enviado a diferentes destinos todas las abundantes
sobras procedentes de su mesa, entonces Gobrias exclamó:

[372] En *Rep. lac.* IX 4, habla en términos más duros del rechazo del cobarde y su desplazamiento a puestos deshonrosos.

—Pero, Ciro, yo antes estimaba que sobresalías por encima de los hombres, sobre todo por tus excelentes dotes de mando. Pero, ahora, lo juro por los dioses, me parece que sobresales más por tu generosidad que por tu capacidad de estratego.

—Por Zeus, dijo Ciro, ciertamente yo alardeo con mu- 8
cha más satisfacción de los actos de generosidad, que de
los de estrategia.

—¿Cómo es eso posible?, preguntó Gobrias.

—Porque, contestó Ciro, hay que demostrar que con unas acciones se perjudica a los hombres, y con otras se les beneficia.

Acto seguido, cuando tomaban una copa después de 9
la cena, Histaspas preguntó a Ciro:

—Ciro, ¿te disgustarías conmigo si te preguntara lo que quiero saber de ti?

—Al contrario, por los dioses, exclamó Ciro, me disgustaría contigo, si me diera cuenta de que callas lo que quieres preguntar.

—Entonces, dime, preguntó Histaspas, ¿hubo hasta ahora alguna vez que no haya acudido yo a tu llamada?

—No digas eso, dijo Ciro.

—¿Y tardé en obedecerte?

—Tampoco esto hiciste.

—¿Acaso no cumplí alguna misión ya ordenada por ti?

—No te acuso de ello, respondió Ciro.

—Y las órdenes que cumplía, ¿advertiste alguna vez que las cumplía sin entusiasmo o sin ganas?

—Eso menos que nada, respondió Ciro.

—Entonces, por los dioses, Ciro, ¿por qué razón de- 10
cretaste que Crisantas se asentara en un puesto más hono-
rable que yo?

—¿Debo decírtelo?, preguntó Ciro.

—Por supuesto, respondió Histaspas.

—Y tú, a tu vez, ¿no te disgustarás conmigo al oír la verdad?

11 —Me alegraré, dijo, si sé que no he sufrido injusticia por su parte.

—En primer lugar, comenzó Ciro, Crisantas, aquí presente, no esperó a la invitación, sino que se había presentado antes de recibirla por consideración a nosotros. En segundo lugar, él no sólo cumplía las órdenes recibidas, sino también aquellas acciones que sabía era preferible que fueran realizadas por nosotros. Y, cada vez que había que dirigirse a las tropas aliadas, me aconsejaba las palabras que creía conveniente que yo dijera; se daba cuenta de lo que yo quería que los aliados supieran y, si yo sentía pudor de decir algo de mí mismo, era él quien aparecía en público para decirlo como si fuera su propia opinión; de modo que, en estas circunstancias, ¿qué impide que Crisantas sea para mi persona más beneficioso incluso que yo mismo? Dice siempre que le basta todo lo que posee; pero me da la impresión de que siempre busca una nueva acción que añadir a las ya realizadas para agradarme y, respecto a mis triunfos, él hace mucho más alarde de ellos y le complacen más que a mí.

12 A esto Histaspas replicó:

—Por Hera, me alegro, Ciro, de haberte hecho esa pregunta.

—¿Por qué exactamente?, preguntó Ciro.

—Porque también yo intentaré comportarme así. Sólo hay una cosa que ignoro, dijo Histaspas, el modo de manifestar mi alegría por tus éxitos. ¿He de batir palmas reír o qué debo hacer?

Entonces Artabazo dijo:

—Debes bailar el baile persa [373].

Después de lo cual se produjo una risa general.

Asuntos matrimoniales

Prosiguiendo el banquete, Ciro preguntó a Gobrias: 13

—Dime, Gobrias, ¿ahora te parece que entregarías tu hija a uno de los aquí presentes con mayor complacencia que cuando, por primera vez, te reuniste con nosotros?

—¿Debo decir yo también la verdad?, preguntó Gobrias.

—Por Zeus, exclamó Ciro, claro que sí, ya que ninguna pregunta pide una mentira.

—Entonces, sabe bien, dijo Gobrias, que en este momento yo la entregaría con más complacencia.

—¿Y podrías decir también la causa?, preguntó Ciro.

—Pues claro, respondió.

—Entonces, habla, le instó Ciro.

—Es porque en aquel momento los veía soportar ani- 14
mosamente las fatigas y los peligros, pero ahora los veo llevar las venturas templadamente. Y yo creo, Ciro, que es más difícil encontrar un hombre que lleve bien las venturas, que uno que soporte bien las desgracias; pues las

[373] Se refiere a la *Persikón*, baile al ritmo de la flauta y de la percusión de un escudo con otro, que consistía en arrodillarse y levantarse, cf. *Anáb.* VI 1, 10. Este tipo de baile guerrero se daba también en Grecia, en el ámbito dorio donde el espíritu bélico tenía mayor protagonismo; en ese sentido hay que entender la ceremonia de los Curetes que bailaban al ritmo del choque de sus escudos para proteger al Niño-Zeus de su padre Crono. Sin duda, este género de baile tiene un origen apotropaico. Cf. M. P. NILSSON, *The Minoan-Mycenean Religion and its Survival in Greek Religion*, Lund, 1950, 2.ª ed., págs. 546 y sigs; L. SÉCHAN, *La danse grecque antique*, París, 1930, págs. 100-101.

unas inspiran en muchos la soberbia, y las otras a todos la templanza.

15 Entonces Ciro dijo:

—¿Has oído, Histaspas, lo que ha dicho Gobrias?

—Sí, por Zeus, replicó Histaspas, y si expresa muchos razonamientos de este tipo, es mucho más fácil que me tome como pretendiente de su hija, que si me muestra una multitud de copas.

16 —En verdad, dijo Gobrias, tengo una colección de razonamientos de este tipo, a los que yo no te negaré al acceso, si tomas a mi hija como esposa. En cuanto a las copas, ya que me parece que no las aguantas, no sé si dárselas a Crisantas, aquí presente, ya que también te ha arrebatado tu asiento.

17 —También el resto de los presentes, Histaspas, dijo Ciro, si me decís cuándo alguno de vosotros pretende casarse, sabréis qué clase de colaborador hallaréis en mí.

18 Entonces Gobrias dijo.

—Y si alguien quiere casar a su hija, ¿a quién debe dirigirse?

—A mí, respondió Ciro, también en ese caso; pues yo soy muy diestro en ese arte [374].

—¿En cuál?, preguntó Crisantas.

19 —En el arte de saber qué clase de matrimonio podría ajustar a cada uno.

Y Crisantas dijo:

[374] El concepto que tiene Jenofonte de las mujeres se ajusta al de un ateniense de su tiempo. En las obras socráticas, concretamente en el *Económico*, se muestra más favorable a las mujeres que en otras obras, llegando a afirmar por boca de Sócrates que la mujer es igual que el hombre a excepción de en juicio y fuerza, cf. S. L. Oost, «Xenophon Attitude toward Women», *The Class. World* 71 (1971), 225-236.

—Por los dioses, Ciro, dime qué clase de mujer crees que me ajustará mejor.

—En primer lugar, respondió Ciro, una pequeña de talla, pues tú también eres pequeño; si te casas con una alta, cuando alguna vez quieras besarla estando ella erguida, habrás de saltar como los perritos. 20

—En este punto, dijo Crisantas, tu precaución es correcta, pues además tampoco soy un buen saltarín.

—En segundo lugar, prosiguió Ciro, te convendría mucho que fuera chata. 21

—Y ¿por qué esa condición?

—Porque, respondió Ciro, tú tienes la nariz curvada, y ten la seguridad de que a lo chato se adapta bien lo curvo.

—¿Quieres decir, replicó Crisantas, que a alguien que ha comido copiosamente, como yo ahora, le ajustaría una mujer en ayunas?

—Sí, por Zeus, exclamó Ciro, porque el vientre de los que han comido es curvo; en cambio, el de los que están en ayunas es cóncavo.

Entonces Crisantas dijo: 22

—Por los dioses, y ¿a un rey frío podrás decir qué clase de mujer le convendrá?

Entonces Ciro se echó a reír, y los demás igual.

Mientras los demás reían, dijo Histaspas: 23

—Por eso, sobre todo, Ciro, te envidio mucho en tu realeza.

—¿Por qué?, preguntó Ciro.

—Porque, aun siendo frío, nos haces reír.

—¿Luego no pagarías tú mucho dinero, dijo Ciro, para que estas palabras fueran tuyas y le fueran transmitidas a la mujer por la que quieres ser considerado como un hombre refinado?

Y así eran las bromas que se gastaban.

24 *Ciro colma de regalos a sus invitados*

Después de estas bromas, Ciro hizo que sacaran para Tigranes un adorno femenino, y le pidió entregárselo a su esposa por haber acompañado a su esposo en la campaña con el valor propio de un hombre; para Artabazo una copa de oro, y para el hircanio un caballo, e hizo muchos otros bellos regalos.

—Y a ti, Gobrias, te daré un esposo para tu hija.

25 —Es a mí, dijo Histaspas, a quien le debes dar para que tenga acceso a la colección de razonamientos [375].

—¿Dispones tú, preguntó Ciro, de una hacienda digna de la de la muchacha?

—Por Zeus, exclamó Histaspas, poseo unas riquezas muchas veces superiores a las suyas.

—Y ¿dondé, preguntó Ciro, tienes esa hacienda?

—Ahí, dijo, precisamente donde estás sentado, ya que eres mi amigo.

—Me basta, dijo Gobrias, e inmediatamente después de tender la mano derecha prosiguió: «Dámelo como yerno, Ciro, yo lo acepto.»

26 Y Ciro, tomando la diestra de Histaspas, se la entregó a Gobrias y éste la aceptó. Acto seguido, entregó a Histaspas una multitud de bellos regalos para que se los enviara a la muchacha; y a Crisantas, después de aproximársele, fue un beso lo que le regaló.

27 Entonces Artabazo exclamó:

—Por Zeus, Ciro, la copa que me has regalado no es del mismo oro que el del regalo que le has hecho a Crisantas.

—A ti también te lo daré, dijo Ciro.

[375] En *Mem.* IV 2, 1, corresponde a Eutidemo el papel de conocedor y coleccionista de pensamientos de sabios.

—¿Cuándo?, preguntó aquél.

—Dentro de treinta años.

—Prepárate, entonces, porque te voy a esperar, dijo, y no pienso morirme así [376].

Entonces, así fue como finalizó la reunión en la tienda. Al levantarse los amigos, se levantó también Ciro y los acompañó hasta la puerta.

Al día siguiente, envió, cada uno a su casa, a los aliados que habían sido voluntarios, excepto a cuantos querían quedarse a vivir con él. A éstos les entregó tierra y casas que todavía tienen los descendientes de los que entonces se quedaron [377]; la mayoría son medos e hircanios. Y a los que se marcharon los despidió no sin antes entregarles muchos regalos y satisfacer sus necesidades, tanto a comandantes como a soldados. 28

Acto seguido, distribuyó también entre los soldados de sus tropas todas las riquezas que había tomado de Sardes, a los miriarcos y a sus propios ayudantes de campo les entregó una parte conforme a los méritos de cada uno, y el resto lo repartió. Y, respecto a la parte que a cada miriarco había entregado, les encargó que, a su vez, la repartieran, como él había hecho con ellos. En cuanto a los oficiales, entregaron el resto de las riquezas sopesando cada uno de los méritos de sus subordinados; y las últimas riquezas las entregaron los hexadarcos a los soldados rasos que tenían a sus órdenes, a cada uno según sus méritos. De este modo todos recibieron su justa parte. 29 30

Después que hubieron recibido los regalos que entonces les entregó, algunos hablaban de Ciro en estos términos: 31

[376] Sobre la historia del beso de Artabazo, cf. I 4, 27-28.

[377] Jenofonte mismo había tenido el deseo de asentarse en Babilonia en la época de la expedición de los Diez Mil, cf. DELEBECQUE, *Essai sur la vie...*, págs. 102-105.

«Él debe de tener muchas riquezas, cuando ha dado a
cada uno de nosotros tanto.» Y otros decían: «¿Qué es
eso de que tiene mucho? El carácter de Ciro no es como
para enriquecerse, sino que disfruta más dando que reci-
biendo.»
32 Informado Ciro de estas palabras y de las opiniones
que tenían respecto a su persona, reunió a sus amigos y
a todos los altos mandos y les habló del modo siguiente:
«Amigos, he visto ya a hombres que quieren aparentar más
de lo que en realidad tienen, creyendo que así parecerían
más distinguidos. En cambio, a mí, dijo, me parece que
ésos atraen hacia sí lo contrario de lo que quieren. Pues
quien aparenta tener mucho sin hacer ver que socorre a sus
amigos según su hacienda, me parece, al menos a mí, que
33 aplica a su conducta un acto de bajeza. Hay también, pro-
siguió, quienes quieren ocultar cuanto tienen; también ésos
me parecen perniciosos para sus amigos, pues por el hecho
de no saber la fortuna real, los amigos, a menudo necesita-
dos, en lugar de pedir a sus compañeros, padecen reveses
34 de todos. A mí, dijo, me parece propio del más franco
de los hombres que, tras dar muestra de su poder, comba-
ta desde él por la nobleza de corazón. Así que yo, termi-
nó, quiero mostraros cuanto sea visible de mi fortuna y
exponeros de palabra lo que no lo sea.»
35 Dicho esto, Ciro les mostró gran número de bellas per-
tenencias; y, respecto a las que tenía en depósito, como
no eran fácilmente visibles, se las describió de palabra.
36 Finalmente, les habló del modo siguiente: «Todas estas ri-
quezas, señores, debéis estimarlas no más mías que vues-
tras; pues yo, dijo, las reúno no para derrocharlas yo solo,
ni para agotarlas yo solo —pues no sería capaz—, sino
para poder recompensar a quien de vosotros sucesivamente
realice una bella acción y para que, si alguno de vosotros

cree necesitar una parte, se dirija a mí y tome lo que nece-
site.» Tales fueron las palabras pronunciadas por Ciro.

Preparativos para la salida hacia Persia. Posiciones en el campamento

Cuando le pareció que en Babilonia 5
la situación estaba ya suficientemente bien
como para ausentarse, preparó los baga-
jes para el viaje a Persia y transmitió a
los demás la orden de que hicieran lo pro-
pio; y, cuando juzgó suficientes las provisiones que creía
necesitar en el futuro, entonces levantó el campo. Expon- 2
dremos también cómo ordenó los efectivos, a pesar de su
elevado número, organizó la recogida y distribuyó rápida-
mente posiciones en el lugar debido. En efecto, donde el
rey acampe, allí marcha su séquito equipado con sus tien-
das tanto en verano como en invierno.
Ciro en seguida introdujo la costumbre de orientar la 3
tienda a Levante; a continuación estableció, en primer lugar,
el trecho que debía separar las tiendas de los lanceros de
la tienda real; luego adjudicó a los panaderos el terreno de
la derecha, a los reposteros el de la izquierda, a las caba-
llerías el de la derecha, y a las demás bestias de carga el
de la izquierda; por lo demás, distribuyó los efectivos de
modo que cada uno supiera su posición tanto en extensión
como en emplazamiento. Cuando recogen, cada uno reúne 4
el equipo cuyo uso les ha sido encomendado, otros, a su
vez, lo cargan sobre las acémilas, de manera que todos
los encargados de los bagajes se dirigen al mismo tiem-
po a las bestias ordenadas para el transporte y todos al
mismo tiempo las cargan, cada uno la suya. Así, basta
el mismo tiempo para levantar una sola tienda que para
todas. Del mismo modo se organiza también la acción de 5
desplegar las tiendas. A fin de tener a mano todas las pro-
visiones en el momento oportuno, la tarea es distribuida

a cada uno de igual manera, por lo cual basta el mismo tiempo para disponer una parte de las provisiones como la totalidad de ellas.

6 Como los encargados de las provisiones tenían el puesto que convenía a cada uno, así también los efectivos armados tenían el puesto que convenía a cada arma durante la instalación del campamento, y sabían cuál era y todos
7 se colocaban en sus puestos sin titubeos. En efecto, Ciro estimaba que era una buena costumbre tener orden también en la casa —pues cuándo se necesita algo es evidente dónde hay que ir a cogerlo—, pero todavía juzgaba más hermoso el orden de los cuerpos militares, y tanto más cuanto las oportunidades de utilizarlos para la guerra son más repentinas, y más graves los fallos de quienes se retrasan en ellos; y constataban que en la guerra las ventajas más importantes procedían de quienes están presentes en el momento oportuno; por esto, pues, se preocupaba de este orden más que de ninguna otra cosa [378].

8 Él mismo se instaló primero en el centro del campamento en la idea de que este lugar es el más seguro. A continuación, tenía a su alrededor, como de costumbre, a los hombres de su confianza, y después de éstos, colocados en círculo, los caballeros y conductores de carros.
9 Pues, además, juzgaba que también éstos necesitan un lugar seguro, porque acampan sin tener a mano sus armas de combate y necesitan mucho tiempo para armarse, si de-
10 ben estar en condiciones de prestar servicio. A derecha e izquierda de Ciro y de los caballeros, tenían su emplazamiento los peltastas, y el de los arqueros se encontraba
11 delante y detrás de él [379] y de la caballería. Tenía a los

[378] Cf. *Econ.* VIII 1-23. El orden es una preocupación constante en la obra de Jenofonte.

[379] Es decir, detrás de Ciro.

hoplitas y a los soldados provistos de grandes escudos dispuestos alrededor de todo el conjunto a modo de muralla, para que, si los caballeros se tenían que equipar, situados delante los cuerpos más firmes les proporcionaran seguridad en el momento de armarse.

Dormían en el propio puesto peltastas y arqueros, co- 12
mo hacían los hoplitas, para que, después del anochecer, si fuera preciso, como los hoplitas están preparados para golpear a quien venga a trabar combate, también los arqueros y lanceros, si se aproximaba alguien, le dispararan inmediatamente lanzas y flechas por encima de los hoplitas.
Todos los comandantes tenían enseñas en sus tiendas; 13
y, como en las ciudades los sirvientes avispados saben la dirección de la mayoría de la gente y sobre todo de las personas importantes, así también los ayudantes de campo de Ciro conocían las posiciones dentro del campamento de los comandantes y sabían la enseña de cada uno, de suerte que no perdían tiempo buscando a quien Ciro necesitara, sino que corrían a él por el camino más corto.
Y, debido a que cada cuerpo del ejército estaba bien sepa- 14
rado de los otros, era mucho más evidente cuándo había disciplina y si alguien no cumplía las órdenes. Con esta disposición, Ciro estimaba que, si se producía un ataque de noche o de día, los atacantes caerían en el campamento como en una emboscada.

Él consideraba que el arte táctica no consistía sólo en 15
ser capaz de desplegar con amplitud la línea de batalla, o de darle profundidad o de pasar de la columna a la línea o, en caso de que los enemigos aparecieran por la derecha, a la izquierda, o por detrás, realizar la evolución correctamente [380], sino que también consideraba que correspondía

[380] ELIANO, *Taktiká* 27, explica en qué consiste esta maniobra. Se trata de un cambio de frente, ya sea sólo de las alas, ya sea de todas las

al arte táctica la dispersión de las líneas cuando fuera preciso, la disposición de cada elemento donde diera el máximo rendimiento y la celeridad cuando hubiera que apresurarse. Todas estas técnicas y otras similares las juzgaba Ciro propias de un varón con sentido táctico y se ocupaba
16 de todas ellas por igual. En las marchas avanzaba siempre distribuyendo las posiciones según los acontecimientos; en cambio, al acampar, los ordenaba las más de las veces como ha quedado dicho.

Parada en Media. Ciaxares le ofrece su hija y su reino

17 Cuando en su marcha se encontraron en las proximidades de Media, Ciro se dirigió al palacio de Ciaxares. Y cuando se hubieron abrazado, Ciro, en primer lugar, dijo a Ciaxares que tenía reservadas una casa y una residencia oficial en Babilonia, para que, cuando fuera allí, pudiera hospedarse en su propia casa, y, después, le entregó una multitud de hermosos regalos.
18 Ciaxares los aceptó y, a su vez, le envió a su hija portando una corona de oro, pulseras, un cetro y una túnica meda
19 de belleza imposible de igualar. Mientras la jovencita coronaba a Ciro, Ciaxares dijo: «También, Ciro, te entrego como esposa a ella, que es mi hija. Tu padre también desposó a la hija de mi padre, de la cual tú naciste [381]; ésta

líneas de batalla. Este método era seguido por los hoplitas espartanos, cf. *Rep. lac.* XI 8. Quizá el propio Jenofonte vio utilizarlo a Agesilao en el año 394, cf. *Helén.* IV 3, 18.

[381] Tanto Heródoto (I 107) como Jenofonte (*Cirop.* I 2, 1) hacen a Ciro nieto de Astiages, rey medo, e hijo de Mandane, hija de Astiages, y Cambises, rey persa. Este matrimonio de Ciro con la hija de Ciaxares, una princesa meda, es producto de la fantasía de Jenofonte y le permite librarse de la dificultad que suponía admitir la tradición herodotea que presenta como esposa de Ciro a una princesa persa, Casandane, hija de Astiages y, por tanto, su tía, de la que tuvo a Cambises II, conquistador de Egipto.

es la pequeña que tú de niño, cuando estabas con nosotros, a menudo cuidabas; cada vez que alguien le preguntaba con quién se iba a casar, ella respondía que con Ciro. Además, te entrego con ella toda Media como dote; pues no tengo hijo legítimo varón.»

Así habló Ciaxares y Ciro respondío: «Pues bien, Cia- 20
xares, alabo tu estirpe, tu hija y tus dádivas, pero, dijo, quiero concertar estos acuerdos contigo con el consentimiento de mi padre y de mi madre.» Así habló Ciro; sin embargo, entregó a la jovencita todos los presentes que pensaba iban a ser también del agrado de Ciaxares, después de lo cual se marchó camino de Persia.

En la capital con Cambises

Cuando en su marcha llegó a las fron- 21
teras de Persia, dejó allí a todo el ejército, excepto a sus amigos, con los cuales marchó en dirección a la ciudad [382], llevando un número de víctimas suficientes para que todos los persas pudieran hacer sacrificios y celebrar banquetes. Y llevaba presentes de la categoría que convenía a su padre, a su madre, al resto de sus amigos y de la categoría que convenía a los altos dignatarios, a los ancianos y a todos los homótimos. A todos los persas, hombres y mujeres, les entregó cuantos presentes precisamente todavía en la actualidad el Rey les regala cuando llega a
Persia. Acto seguido, Cambises reunió a los ancianos y 22
altos dignatarios persas, que son precisamente las personas más importantes, invitó también a Ciro y les habló en los siguientes términos:

«Varones persas y tú, Ciro, yo naturalmente os soy propicio a vosotros y a ti, pues a vosotros os gobierno, y

[382] Parece referirse a una de las capitales de Persia, Pasargada o Persépolis.

tú, Ciro, eres mi hijo. Es justo, pues, que yo diga públicamente cuantas excelencias vuestras y tuyas creo conocer.
23 En el pasado, vosotros engrandecisteis a Ciro al entregarle vuestro ejército y ponerlo bajo su mando; pero él, a la cabeza del mismo, con la ayuda de los dioses, os hizo a vosotros, persas, famosos entre todos los hombres e ilustres en Asia entera. También ha enriquecido a los mejores de cuantos marcharon con él, y tiene preparados para la masa de soldados sueldo y provisiones; el instituir una caballería persa ha hecho partícipes a los persas también de
24 las praderas. Así pues, si en el futuro sois de la misma opinión, seréis unos para otros responsables de muchos bienes. En cambio, si tú, Ciro, exaltado por el éxito presente, intentas gobernar a los persas como a los demás pueblos, con avaricia, o si vosotros, ciudadanos, envidiosos de su poder, intentáis acabar con su imperio, sabed bien que se-
25 réis obstáculo recíproco de muchos bienes. Así que, para que eso no ocurra, y os sobrevengan bienes, creo que, después de hacer sacrificios en común y poner a los dioses por testigos, debéis convenir en estos acuerdos: tú, Ciro, que, si alguien ataca el territorio persa o intenta violar las leyes de los persas, ayudarás con todas tus fuerzas, y vosotros, persas, que, si alguien intenta derribar el imperio de Ciro o alguno de los pueblos sometidos intentara hacer defección, os ayudaréis a vosotros mismos y a Ciro, con-
26 forme a las órdenes que éste os transmita. Mientras yo viva, el trono persa es mío; pero, cuando yo muera, evidentemente corresponderá a Ciro, si vive. Y, cuando él venga a Persia, será un acto piadoso por vuestra parte dejarlo sacrificar en favor vuestro las víctimas que precisamente yo ahora estoy sacrificando. Y cuando él esté ausente, creo que os será de utilidad que realice los oficios divi-

nos aquel que os parezca el más excelente, si es de estirpe real.»

Después que Cambises pronunció estas palabras, con- 27
certaron los acuerdos Ciro y las autoridades persas, y el pacto que se realizó con los dioses por testigos todavía en la actualidad persiste entre los persas y el Rey. Terminados estos actos, Ciro se marchó.

Como, a su vuelta de Persia, se encontró en Media y 28
estaban de acuerdo su padre y su madre, desposó a la hija de Ciaxares, de la cual existe todavía en la actualidad la tradición de que era de una belleza perfecta. [Algunos historiadores afirman que desposó a la hermana de su madre; en cuyo caso la jovencita hubiera sido una mujer muy anciana [383]]. Inmediatamente después de la boda, volvió a ponerse en camino con ella.

Administración del imperio. Las Satrapías

Una vez en Babilonia, le pareció con- 6
veniente enviar en seguida sátrapas a los pueblos sometidos. Sin embargo, no quería que los comandantes de los puestos de guardia de las ciudades y los quiliarcos repartidos por el país obedecieran a ningún otro jefe que a él; tomaba esta precaución, porque entendía que, si algún sátrapa se sublevaba por las riquezas y la multitud de hombres de que disponía e intentaba rebelarse, tendría una inmediata oposición en el propio terre-
no. Así pues, con la intención de llevar a cabo estos pla- 2
nes, decidió reunir ante todo, a los altos mandos y les previno para que quienes iban a un determinado puesto supie-

[383] La frase parece una interpolación. Dice: «algunos historiadores...», especialmente Ctesias para quien la hija de Astiages, Amitis, fue desposada por Ciro cuando éste hubo vencido a su padre y matado a su marido, Espitamas.

ran en qué condiciones iban, pues creía que así las sopor-
tarían mejor, y que, en cambio, si un jefe ya asentado
en su puesto se enteraba de esas condiciones, le parecía
que las soportaría con dificultad, porque creería que eran
debidas a la desconfianza que él inspiraba.
3 Así, una vez reunidos, les habló en los siguientes tér-
minos: «Amigos, en las ciudades conquistadas tenemos
guarniciones y como comandantes a quienes entonces deja-
mos allí; no me marché sin haberles ordenado que dedica-
ran su atención nada más que a proteger la muralla. Por
consiguiente, no voy a cesar a estos hombres de su cargos,
ya que han observado escrupulosamente mis órdenes; pero
me parece bien enviar más sátrapas que administren a los
habitantes de esos Estados, perciban el tributo, entreguen
el sueldo a los soldados de las guarniciones y cumplan
4 el resto de sus eventuales deberes. Y me parece también
que quienes de vosotros se quedan aquí, a los cuales pongo
en apuros cuando los envío a estas poblaciones para reali-
zar alguna empresa, tengan allí tierra y casa para percibir
tributo, y cuando vayan allí, puedan hospedarse en su casa.»
5 Éstas fueron sus palabras y, a continuación, en todas las
ciudades conquistadas entregó a muchos de sus amigos ca-
sas y servidores. Todavía en la actualidad [384] los descen-
dientes de aquellos que recibieron esta donación conservan
las tierras en sus respectivos países, pero ellos viven en la
corte real.
6 »Y, prosiguió, tenemos que buscar, para enviar como
sátrapas a esas tierras, a hombres tales que se acuerden
de enviarnos desde allí lo que haya de hermoso y bueno

[384] La expresión *éti kaì nŷn* «todavía en la actualidad», en frases pro-
bablemente añadidas *a posteriori* por Jenofonte, se multiplica ahora para
anunciar el último capítulo, donde se desarrolla la idea de que «ahora
todo es diferente». Cf. DELEBECQUE, *Essai sur la vie...*, págs. 395-407.

en cada lugar, para que también quienes estamos aquí par-
ticipemos de bienes de cualquier procedencia; pues, si su-
cede algo funesto, nosotros tendremos que defenderlos.»
Pronunciadas estas palabras, dejó de hablar; después, 7
eligió, de entre los amigos que sabía deseosos de ir en las
condiciones citadas, a quienes le parecían más adecuados,
y los envió como sátrapas: Megabizo [385] a Arabia, Artaba-
tas a Capadocia, Artacamas a la Gran Frigia, Crisantas
a Lidia y Jonia, Adusio a Caria —a donde había sido
reclamado— y Farnuco a la Frigia del Helesponto y a
Eolia [386]. No envió, en cambio, sátrapas persas a los cili- 8
cios, chipriotas ni paflagonios, porque opinaba que ha-
bían colaborado voluntariamente en la campaña contra Ba-
bilonia; sin embargo, también a éstos les prescribió que
le pagaran tributo [387]. Tal como entonces estableció Ciro, 9
todavía en la actualidad los puestos de guardia de las ciu-
dadelas están bajo las órdenes del Rey, y los quiliarcos
de estos puestos detentan su cargo nombrados por el Rey
y están inscritos en los archivos reales.
Ciro advirtió a todos aquellos que enviaba como sátra- 10
pas que lo imitaran en todo cuanto le veían hacer a él:
ante todo, instituir una caballería con los efectivos persas
y aliados que los acompañaban y un cuerpo de conducto-

[385] *Bagabuchša* en antiguo persa. Jenofonte pudo haber tomado este
nombre de HERÓD., III 70.

[386] El interés por querer ver en estos seis sátrapas nombrados por
Jenofonte a las personalidades designadas por el propio Ciro no tiene
un respaldo histórico y traiciona el carácter general de la *Ciropedia*, don-
de Jenofonte pretende simplemente resaltar y asociar los favores reales
y la fidelidad de sus súbditos. Tampoco es probable que este ordenamien-
to de satrapías hubiera sido establecido por Ciro.

[387] Esta atribución de los sátrapas de cobrar tributos está en contra-
dicción con el testimonio de HERÓDOTO (III 89), quien informa que, en
tiempos de Ciro, no se cobraba ningún impuesto.

res de carros; obligar a cuantos recibieran tierra y residencia oficial a acudir a la corte del sátrapa y, en atención a la prudencia, ponerse a su disposición para cualquier eventualidad; educar a los niños que fueran naciendo en esa corte como en la suya; llevar de caza, el sátrapa, a sus cortesanos y practicar, él y su comitiva, las artes guerreras.
11 «Y quien, en razón de su fuerza, dijo, me presente el mayor número de carros y el mayor número de los mejores caballeros yo lo honraré como buen aliado y buen colaborador en la defensa del imperio para los persas y para mí mismo. Que en vuestras casas haya también asientos para que los mejores reciban el puesto preferente como en mi palacio lo han recibido, y una mesa, como la mía, que, en primer lugar, alimente a los sirvientes y, después, esté abastecida suficientemente para que los amigos la compartan y para recompensar cada día a quien realice una buena
12 acción. Procuraos también parques y criad fieras salvajes, y no os sirváis nunca alimento sin haberos esforzado ni echéis forraje a caballos que no hayan hecho ejercicio; pues, igual que yo solo no podría con mi virtud humana salvaguardar los bienes de todos vosotros, sino que tengo que ser vuestro protector con mi valor, acompañado del de mi séquito, vosotros, del mismo modo, con vuestro valor, acompañado del de vuestros compañeros, tenéis que ser
13 aliados míos. Querría que comprendierais también que mis presentes exhortaciones no son órdenes dadas a esclavos: las empresas que os exijo realizar también yo procuro cumplirlas todas. Y como yo os invito a imitarme, así también vosotros enseñad a quienes tienen cargos por debajo de vosotros a imitaros también.»

14 Conforme a las medidas así tomadas entonces por Ciro, todavía en la actualidad todos los puestos de guardia que dependen del rey son vigilados del mismo modo, y

todas las cortes de las autoridades son guardadas del mismo modo, y todas sus casas, grandes y pequeñas, son administradas del mismo modo; por todos son honrados con asientos preferentes los hombres mejores, y todas las expediciones son organizadas conjuntamente de manera análoga, y todos los asuntos, que son muchos, se concentran en unos pocos cargos.

Después de decirles la manera en que cada uno debía 15
comportarse y de asignarles a cada uno un ejército, los despidió y les advirtió a todos que se preparasen para la expedición que tendría lugar al año siguiente y para la revista de hombres, armas, caballos y carros.

La inspección de las provincias del imperio

Hemos constatado que también esta 16
costumbre instituida, según dicen, por Ciro persiste todavía en la actualidad: un hombre acompañado de un ejército inspecciona las provincias cada año, para que, si un sátrapa precisa auxilio, lo auxilie; si se rebela, lo reprima; si descuida la percepción de impuestos o la protección de los habitantes de la provincia o los medios para asegurar la fecundidad de la tierra, o desatiende otra de las funciones que le han sido encomendadas, corrija todas estas negligencias; y si no puede, se lo transmita al Rey, y él, al oír el mensaje, decida sobre la suerte del sátrapa indisciplinado. Y de quienes a menudo dicen que baja el hijo del Rey, el hermano del Rey, el ojo del Rey y son a menudo invisibles, ésos pertenecen al cuerpo de inspectores, pues cada uno de ellos se da la vuelta desde donde el Rey le ordene [388].

[388] Los inspectores desempeñaban las mismas funciones que el Rey, pero en territorios alejados de la residencia real, premiando o castigando, como él, a aquellos que cuidaran o descuidaran las tropas y las tierras

Sistema de postas

17 Estamos bien informados de otro de sus métodos para compensar la inmensidad del imperio, por medio del cual se enteraba rápidamente de cómo era la situación en todas las regiones del imperio, incluso de las que se encontraban muy distantes. En efecto, después de examinar el trecho de camino que un caballo puede realizar al día a una marcha que pueda aguantar, construyó unos puestos de caballos dejando entre ellos un intervalo y estableció en ellos caballos y gente a su cuidado, y en cada uno de los puestos dispuso un hombre apropiado para recoger y transmitir las cartas traídas y para acoger a los hombres y a los caballos agotados y enviar otros
18 frescos. Y dicen que hay ocasiones en las que ni siquiera la noche detiene esta marcha, sino que un consejero nocturno releva al diurno. Y dicen algunos que, cumpliéndose así estos relevos, realizan ese trayecto con mayor rapidez que las grullas; si en esto mienten, es bien evidente, sin embargo, que de los recorridos que el hombre realiza por tierra éste es el más rápido. Y es bueno que cada hombre se informe lo más rápidamente posible para ocuparse del asunto también lo antes posible [389].

Última expedición

19 Cuando el año hubo transcurrido, Ciro reunió un ejército en Babilonia, y se dice que disponía de ciento veinte mil caballeros, dos mil carros falcados y alre-
20 dedor de seiscientos mil infantes. Después que estos efectivos, en opinión de Ciro, estuvieron preparados, partió para la expedición, durante la que se dice que sometió a todos los pueblos que habitan según se sale de Siria hasta el Mar Rojo [390]. Después de estas conquistas, se dice que tuvo lugar la expedición contra Egipto,
21 y lo sometió [391]. A partir de lo cual hizo que su imperio limitara al Este con el Mar Rojo, al Norte con el Ponto Euxino, al Oeste con Chipre y Egipto, y al Sur con Etiopía; los límites de estas regiones son inhabitables, unos por el calor, otros por el frío, otros por el agua y otros
22 por la sequedad. Y él, tras fijar su residencia en medio de éstos [392], hacia la época de invierno pasaba en Babilonia siete meses; pues ésta es la región más cálida; hacia la primavera, tres meses en Susa; en el rigor estival, dos meses en Ecbatana, y dicen que, haciendo así, Ciro vivía siempre en un clima primaveral y templadamente fresco.

23 La disposición de los hombres para con él era tal que a todo pueblo le parecía minimizarse, si no enviaba a Ciro lo que de bello en su región se produjera, criara o fabricara; y cada ciudad, igual; y cada particular se creía rico,

del Imperio, cf. *Econ.* IV 6-8, donde se insiste en que se trata de hombres de confianza del Rey.

[389] Este sistema de *angarêion* «servicio de correo montado», aparece descrito por HERÓD., VIII 98-99, referido ya a la época de Jerjes (486-465 a. C.). El sistema de postas cuya creación Jenofonte atribuye a Ciro II el Grande, se instituye en época de Darío I (521-486 a. C.) sobre precedentes babilónicos, como casi todas las instituciones persas; pero los persas fueron quienes lo organizaron conforme a un sistema. Este servicio cubría el recorrido entre las capitales de las satrapías y la capital central, que en época de Darío era Susa. El trecho más importante de estas vías era el «Camino Real» que iba de Sardes a Susa y Persépolis.

[390] Jenofonte, como HERÓD., I 2 y II 8, cuando habla del «Mar Rojo», se refiere al mar situado al S. y SE. de Asia. Lo que nosotros entendemos por ese nombre era su límite occidental, el llamado *arábios kólpos*. La denominación de Mar Rojo es egipcia y, quizá, se derive del color oscuro de sus arenas.

[391] La conquista de Egipto que Jenofonte atribuye a Ciro II, el Grande, fue efectuada, en realidad, por su hijo Cambises (529-522 a. C.)

[392] Históricamente la capital persa en tiempos de Ciro era Pasargada.

si complacía en algo a Ciro. Pues Ciro, recibiendo de cada uno lo que ellos tenían en abundancia, los gratificaba con aquello de los que se daba cuenta que tenían escasez.

7 Transcurrida la vida de este modo, Ciro, de muy anciano, llegó a Persia por séptima vez en su reinado. Su padre y su madre, como es natural, habían muerto hacía tiempo. Ciro entonces celebró los sacrificios tradicionales [393], dirigió el coro de los persas según las costumbres patrias y distribuyó entre todos regalos, como solía hacer.

2 Estando acostado en el palacio real tuvo en sueños una visión de estas características [394]: le pareció que un ser, de contextura más fuerte que la de un hombre, tras aproximarse, le dijo: «Prepara tu equipaje, Ciro, pues ya partes hacia los dioses.» Después de esta visión, se despertó y le pareció saber casi con certeza que el final de su vida

3 era inminente. Así que en seguida tomó víctimas y las sacrificó a Zeus patrio, al Sol y al resto de los dioses en los puntos elevados de la ciudad, como sacrifican los persas [395], dirigiendo la siguiente plegaria: «Zeus patrio, Sol y todos los dioses [396], aceptad estos sacrificios como acción de gracias por vuestros muchos favores y como reconocimiento porque me mostrasteis, por medio de presagios, señales celestes, pájaros y augurios, lo que debía hacer y lo que no. Mucho agradecimiento a vosotros, porque también yo conocí vuestra predilección y nunca hasta ahora tuve pensamientos por encima de la condición humana sobre la base de mis éxitos. También ahora os pido que otorguéis felicidad a mis hijos, mi esposa, mis amigos y mi patria, y a mí me déis un final conforme a la vida que me habéis dado.»

Tras elevar tales plegarias y de vuelta al palacio, decidió descansar plácidamente y se acostó. Cuando llegó la 4
hora del baño, los encargados de ello se acercaron a él y le invitaron a bañarse. Pero él les dijo que estaba descansando plácidamente. A su vez, los encargados de servir la cena, cuando llegó la hora, se la sirvieron, pero su espíritu no toleraba el alimento; le pareció tener sed y bebió con gusto. Como al día siguiente le ocurriera lo mismo 5
y al siguiente también, mandó llamar a sus hijos [397], que casualmente lo acompañaban y se encontraban en Persia; mandó llamar también a sus amigos y altos cargos persas, y, una vez presentes todos, comenzó el siguiente discurso:

Último discurso de Ciro

«Hijos míos y todos los amigos presentes, el final de mi vida es ya inminente; lo sé a partir de muchos signos. Cuando muera, debéis referiros a mí en palabras y hechos como a un hombre feliz. En efecto, creo que de niño disfruté los gozos de la infancia; cuando llegué a joven, los de la juventud, y cuando 6

[393] CASABONA, *Recherches...*, pág. 9, traduce: «los sacrificios del ritual tradicional». Estas costumbres que Jenofonte atribuye a los persas son, en realidad, griegas. Las funciones dirigentes en los sacrificios aparecen también desempeñadas por el rey en *Rep. lac.* XIII 1-11, y XV 1-9.

[394] En *Il.* I 63, el sueño es un mensaje de Zeus.

[395] La costumbre persa de sacrificar en las cimas de las montañas aparece en HERÓD., I 131, 2, y ESTRAB., XV 3, 13.

[396] Jenofonte, como también Heródoto, identifica Zeus con Ahura Mazdah, principal divinidad del panteón persa. La adoración al Sol, fuego, agua y vientos por parte de los persas se refleja en HERÓD., I 131, 2-3.

[397] Ciro y Casandane tuvieron cinco hijos: dos varones, Cambises y Tanaoxares (Bardiya), y tres muchachas, Atosa, Roxana (así llamada por CTESIAS, *Persiká* en FOCIO, *Fr. Gr. Hist.* 688 F, 12) y Aristone. Cambises casó con las dos primeras. Aristone casó con Darío, cf. HERÓD., III 88, 2.

me convertí en hombre maduro, los de la madurez; con el paso del tiempo, me parecía observar que mi potencia cada vez aumentaba, de suerte que nunca hasta ahora me di cuenta de que mi vejez perdía el vigor de mi juventud, y no sé ninguna acción que haya intentado o deseado en
7 la que haya fracasado. He visto que mis amigos han llegado a ser felices gracias a mí y que mis enemigos han sido reducidos a esclavitud por mí; la patria, antes inadvertida en Asia, ahora la dejo en un puesto de honor; de mis conquistas no tengo conciencia de haber descuidado ninguna. En el pasado me iba como pedía a los dioses; pero el miedo que me escoltaba de que en el porvenir yo viera, oyera o padeciera alguna desgracia no me permitía en absoluto tener pensamientos altivos ni abrirme al regocijo.

8 »Ahora, si muero, os dejo vivos a vosotros, hijos, cuyo nacimiento los dioses me otorgaron; dejo una patria y unos amigos felices; así que ¿cómo no voy a alcanzar en justicia la fama de hombre bienaventurado y la memoria eterna? Es preciso que deje aclarada la sucesión del trono para que
9 la confusión no os ocasione problemas. Yo os amo igualmente a los dos, hijos; pero la preferencia en el consejo y la dirección en aquella acción que convenga se las encomiendo al que nació antes, pues, como es natural, tiene
10 mayor experiencia. También yo recibí de ésta mi patria, que es también la vuestra, la misma educación: hay que ceder el paso, el asiento y la palabra a los mayores, no sólo a los hermanos, sino también a los ciudadanos; a vosotros también, hijos, os eduqué desde el principio así, a honrar con preferencia a los ancianos y recibir honores de los jóvenes. Así que aceptad mis palabras por antiguas, tradicionales y conformes a la ley.

La sucesión del trono. Conveniencia de la armonía entre hermanos

»Tú, Cambises [398], ocupa el trono que te entregamos los dioses y yo, en la medida de mis posibilidades. Y a ti, Tanaoxares [399], te otorgo la satrapía de medos, armenios y, en tercer lugar, de los cadusios. Al hacerte esta entrega estimo quedejo un poder más grande y el título de rey a tu hermano 11

[398] Cambises II llegó al trono ya maduro y con larga experiencia como regente de Babilonia. Carecía del equilibrio y la fuerza física de su padre. Llevó a cabo la conquista de Egipto (525 a. C.). Según Heród., III 27-37, cometió allí muchos excesos, se portó como un tirano y no tuvo ningún respeto para la religión egipcia, llegando a matar al buey Apis, hecho atestiguado también por otras fuentes: Plutarco, *De Iside et Osiride* 44; Justino, I 9, y Clemente de Alejandría, *Protréptico* IV 52. Sin embargo, las fuentes egipcias no lo confirman; las inscripciones del *Serapeum* indican que un Apis murió mientras Cambises estaba en Etiopía y que su entierro no se hizo «a espaldas de Cambises», como dice Heródoto. Abundando en este sentido, la *Estela 354* del Louvre presenta a Cambises adorando a Apis, vistiendo el traje real egipcio y pronunciando la fórmula del ritual tradicional egipcio. Por todo ello, podemos entender que el testimonio de Heródoto, seguramente base del resto de los testimonios grecorromanos citados, respondía al sentimiento anti-persa que debía de ser común, a la sazón, en Grecia. De cualquier modo, Heródoto (III 31) le atribuye también el asesinato de una de sus hermanas, a la que se había llevado a Egipto como esposa y, sobre todo, el asesinato de su hermano Esmerdis, llamado Tanaoxares por Jenofonte, convencido de que se había sublevado contra él. La muerte de Cambises es confusa por la contradicción de las fuentes: *ibid.*, III 64, 3-66, se la presenta causada por un rasguño accidental de su espada contra su muslo, como el que le había producido él al sagrado buey Apis, es decir, deja entrever un castigo divino. En cambio, la *Inscr. Beh.* 11, habla de que Cambises «murió de su mano», lo que ha dado pie a especular que se hubiera suicidado ante la noticia de la insurrección del ejército que el rey había llevado a Egipto. Cf. W. Schulze, «Der Tot des Kambyses», *Sitzungsb. d. Berl. Akad. d. Wiss.* (1912), 685 y sigs.

[399] Una vez más, Jenofonte sigue a Ctes., *Fr. Gr. Hist.* 688 F 13

mayor, pero a ti una felicidad menos empañada por las
12 penas. En efecto, no veo de qué alegría humana serás privado; por el contrario, te será posible alcanzar todo cuanto parece producir la alegría de los hombres. En cambio, el amor a las dificultades, la preocupación por todos los asuntos, la imposibilidad de tener tranquilidad picado por la rivalidad con mis obras, organizar y sufrir conspiraciones, son circunstancias que inevitablemente acompañan al que ocupa el trono más que a ti y, sábelo bien, obstaculizan en gran medida las alegrías.

13 »También tú, Cambises, sabes que este cetro de oro no es la salvaguarda del trono, sino que para los reyes el cetro más auténtico y seguro son los amigos fieles [400]. No creas que los hombres son fieles por naturaleza, pues, si no, a todos parecerían fieles las mismas personas, como también el resto de las cualidades innatas a todos parecen iguales. Así que es preciso que cada uno establezca su propia corte de fieles, que no se consiguen nunca por medio de la violencia, sino, más bien, por medio de la gene-
14 rosidad. Si intentas convertir en colaboradores para la defensa del trono a otra gente, no comiences la búsqueda por ningún lado antes que por tu propio linaje. Los hombres que son ciudadanos de una misma ciudad tienen una relación más estrecha que los extranjeros, y los soldados que comen juntos más que los que acampan en tiendas separadas. Los hombres nacidos de la misma simiente, criados por la misma madre, crecidos en la misma casa, amados por los mismos progenitores, y que llaman padre y madre a las mismas personas, ¿como no van a ser éstos los parientes más próximos de todos? Así que lo que los 15
dioses señalan como bueno para estrechar los lazos entre hermanos no lo convirtáis nunca en algo vano, sino edificad sobre ellos en seguida más actos de amor; así vuestra amistad superará siempre a otros amores. El que se preocupa de su hermano cuida de sí mismo. Pues ¿para qué otra persona el poder de un hermano es tan hermoso como para el hermano? ¿Qué otra persona será honrada por su gran poder tanto como su hermano? ¿A qué otro temerá alguien injuriar, si el hermano es poderoso, tanto como a un hermano? Que nadie le obedezca más prontamente ni 16
se presente con ánimo más resuelto que tú, pues sus asuntos, ya sean buenos o funestos, no están ligados a ninguna persona más que a ti. Ten presente lo siguiente: ¿a quién harías un servicio en espera de obtener más ventajas, que si se lo haces a éste? ¿A quién prestarías ayuda a cambio de recibir un aliado más poderoso? ¿A quién es más vergonzoso no amar, que al hermano? ¿A quién de todos es más hermoso honrar con preferencia, que al hermano? Si solamente un hermano, Cambises, tiene la preferencia en el cariño de su hermano, la envidia no viene de otros.

»Pero, por los dioses patrios, hijos, honraos el uno al 17
otro, si de algún modo os importa también complacerme; pues de ninguna manera creáis tener la certeza de que yo ya no existo cuando termine mi vida humana; en efecto, hasta ahora no veíais mi alma, pero por sus obras deducíais su existencia [401]. ¿No habéis observado hasta ahora qué 18

passim, quien lo llama Tanyoxarkes. Llamado Esmerdis por HERÓD., III 61-79, y Mardos por ESQU., *Persas*, 774-777, el nombre persa era, sin embargo, Bardiya, cf. *Inscr. Beh.* 10. Para la hipótesis de que se tratara de un epíteto, cf. PRÁŠEK, *Geschichte der Meder...*, pág. 244, 2.

[400] Cf. *Mem.* III 11, 11. Idea recogida también por SALUSTIO, *Yugurta* X.

[401] Este pasaje fue traducido por CIC., *Cato Maior* 79-81. La confrontación de ambos pasajes evidencia la preocupación por la precisión y la fidelidad al texto original que presenta Cicerón, cuando el autor

temores infunden a los asesinos las almas de quienes pade-
cieron sus injusticias [402] y qué remordimientos envían con-
tra los sacrílegos? ¿Creéis que se seguiría honrando a los
19 difuntos, si sus almas no tuvieran algún poder? Yo, hijos,
tampoco he tenido hasta ahora el convencimiento de que
el alma viva mientras se encuentre en un cuerpo mortal,
y haya muerto cuando se aparte de él; pues compruebo
que el alma, durante el tiempo que habita en los cuerpos
20 mortales, les da vida [403]. En cuanto a que el alma sea pri-
vada de razón cuando se separe del cuerpo privado de ra-
zón, tampoco estoy convencido de ello; al contrario, cuan-
do el espíritu se libera puro y sin mezcla, es natural que
entonces disfrute del máximo raciocinio. Y, una vez di-
suelto el hombre, se ve que cada uno de sus elementos
vuelve al origen común, excepto el alma: sólo ella, tanto
21 si está ausente como presente, no se deja ver. Tened en
cuenta, prosiguió, que ningún estado mortal está más pró-
ximo a la muerte que el sueño; entonces el alma del hom-
bre se muestra auténticamente divina y entonces es capaz
de prever un hecho futuro, pues, según parece, es sobre
todo entonces cuando está liberada de trabas [404].

que traducía tenía cualidades literarias, cf. F. de Caria, «Cicerone *C.M.* 79-81 e Senofonte *Cyr.* VIII 7, 17 e Cicerone *C.M.* e Senofonte *Oec.* IV 20-25», *Riv. d. Cult. Class. e Med.* 16 (1974), 321-336. Por su parte, D. Kroemer, «Kiros Unterblichkeitsbeweis bei Xenophon und Cicero», *Würzb. Jahrb. f. d. Altertumswiss.*, N. F., 3 (1977), 97-104, compara la diferencia de elaboración entre ambos pasajes y la entiende a partir de la diferencia de contextos.

[402] Se refiere a las Erinis o Euménides, divinidades menores encargadas de vengar los crímenes de sangre.

[403] En términos parecidos se expresa Sócrates en Plat., *Fedón* 100c, 105e.

[404] Cf. Plat., *Apología* 40d: «Si es una ausencia de sensación y un sueño, como cuando se duerme sin soñar, la muerte sería una ganancia

El respeto a los dioses y al género humano

»Así que, si es como creo, y el alma 22
abandona el cuerpo, haced lo que os pi-
do por respeto a mi alma; pero si no es
así, y el alma se queda en el cuerpo y
muere con él, entonces a los dioses que
son eternos, que todo lo ven, que todo lo pueden, que
mantienen el orden del mundo intacto, sin desgaste, sin
vejez, sin error e indescriptible en su belleza y grandiosi-
dad, a ellos temedlos y nunca hagáis ni traméis nada impío
ni sacrílego. Después de los dioses, respetad a todo el gé- 23
nero humano que se sucede de generación en generación;
pues los dioses no os esconden en la oscuridad, sino que
vuestras obras inevitablemente viven siempre a la vista de
todos; si se revelan puras y libres de injusticia, os mostra-
rán poderosos a ojos de todos; pero si albergáis algún pen-
samiento injusto uno contra otro, perderéis vuestra reputa-
ción en el mundo entero, pues nadie podría fiarse ya de
vosotros, aunque lo deseara mucho, al ver que sufre injus-
ticia quien está más emparentado con vosotros por el
afecto [405].

»Así que, si os he enseñado suficientemente sobre vues- 24
tros deberes recíprocos, baste ya; pero, si no, sacad ense-
ñanzas de los hechos del pasado: ésta es la mejor enseñanza.
Pues, en general, los padres han sido a través del tiempo
amigos para sus hijos y también los hermanos amigos para
los hermanos; pero ya algunos de ellos realizaron también
acciones propias de enemigos entre sí. Así pues, vuestra

maravillosa» (trad. de J. Calonge [Biblioteca Clásica Gredos, 37] Madrid, 1981). La relación entre el Sueño, Hipnos, y la Muerte, Tánato, se explica en mitología, presentándolos como hermanos gemelos.

[405] Al igual que Platón, Jenofonte-Ciro considera que el poder debe ir unido a la virtud de la justicia.

decisión sería correcta si eligierais la conducta que voso-
tros comprobéis que les ha aprovechado.
25 »Quizá ya sean suficientes estas recomendaciones. Res-
pecto a mi cuerpo, hijos, cuando muera, no lo metáis en
ningún recipiente de oro, de plata ni de ningún otro mate-
rial; devolvedlo a la tierra lo antes posible, pues ¿qué pue-
de ser más venturoso que mezclarse con la tierra que pro-
duce y alimenta todas las criaturas hermosas y buenas?
Yo fui, por encima de todo, amante del género humano
y ahora me parece que voy a formar parte gustosamente
del elemento benefactor de los hombres [406].
26 »Está bien ya, concluyó, pues me parece que mi alma
abandona el lugar de donde para todo el mundo, en apa-
riencia, comienza a irse. Así que, si alguno de vosotros
quiere tocar mi mano derecha o desea dirigir su mirada
hacia mis ojos mientras todavía estoy vivo, que se aproxi-
me; pero, cuando yo me cubra, os pido, hijos, que ningún
27 hombre vea ya mi cuerpo, ni siquiera vosotros. Sin embar-
bo, invitad a todos los persas y a los aliados a venir a
mi tumba para que compartan conmigo el gozo de que
ya me voy a encontrar en un lugar tan seguro que no voy
a poder sufrir ningún mal, tanto si estoy en compañía de
la divinidad como si ya no soy nada; y a cuantos vengan
no los despachéis sin haberles proporcionado los favores
28 tradicionales en memoria de un hombre feliz. Recordad
de mí, terminó, esta última palabra: al beneficiar a los ami-
gos seréis capaces también de castigar a los enemigos. Adiós

[406] El cadáver de un persa no recibía sepultura hasta que hubiera sido desfigurado por un ave de rapiña o un perro. Antes de enterrarlo, lo impregnaban de cera para evitar que se corrompiera y así no mancillara la tierra, elemento sagrado según la religión de Ahura Mazdah, cf. HERÓD., I 140.

queridos hijos, despedíos de vuestra madre en mi nombre, adiós también a todos los amigos presentes y ausentes.» Tras pronunciar estas palabras y extender su mano derecha a todos, se cubrió y así murió [407].

Decadencia del imperio [408]

Que el reino de Ciro ha sido el más 8
hermoso y más extenso de todos los de
Asia, él mismo es su propia prueba, pues
limitaba al Este con el Mar Rojo, al Norte con el Ponto Euxino, al Oeste con Chipre y Egipto, y al Sur con Etiopía. Tanta extensión de terreno se regía por un único criterio, el de Ciro; él honra-

[407] Este pasaje presenta muchas similitudes con PLAT., *Fedón* 114e-117e, donde se narran los últimos momentos de Sócrates, a los que no asistió Jenofonte por encontrarse en Asia participando en la expedición de los Diez Mil. La muerte del Rey en su palacio rodeado de sus hijos no es histórica, pero constituye un buen final para un gran personaje. CHRISTENSEN, *Les gestes des rois...*, págs. 126 y sigs., ve en esta muerte de Ciro un paralelismo con la de *Šhâh-nâmeh* de FIDAURSÍ, relato de época sásanida.

[408] Este último capítulo es un añadido a modo de epílogo. También el último capítulo de *La República de los lacedemonios* tiene unas características semejantes. En ambos existen ciertas contradicciones con respecto al resto de la obra; ello no quiere decir que no pertenezcan al autor, sino, más bien, que son fruto del cambio de opinión producido por los acontecimientos. Hay que tener en cuenta que las obras largas de Jenofonte tenían una redacción que duraba varios años. El epílogo de la *Ciropedia* parece corresponder a la época anterior al reinado de Artajerjes III, que comenzó en el 358 a. C. Está marcado por un tono, si no de pesimismo, por lo menos de advertencia y precaución hacia el futuro, motivado por la revuelta de las provincias persas en el 362 a. C., que se podía entender como el inicio de la decadencia del imperio aqueménida. Cada vez que aparezca el adverbio *nŷn* «en la actualidad», se va a referir a la época en que Jenofonte ha cambiado de opinión acerca de los persas. Los *nŷn* anteriores se referían a la época en que Jenofonte admiraba las costumbres establecidas por Ciro el Viejo, cf. DELEBECQUE, *Essai sur la vie...*, págs. 405-409.

ba y cuidaba de sus súbditos como a sus propios hijos,
2 y sus súbditos lo veneraban como a un padre. Sin embar-
go, inmediatamente después de la muerte de Ciro, sus hi-
jos se enemistaron, ciudades y pueblos hacían defección, y
todo tornó a peor [409]. Y en prueba de que digo la verdad,
comenzaré mi demostración a partir de hechos divinos.

---

[409] Los dos hijos de Ciro, Cambises y Tanaoxares (también llamado Esmerdis y Bardiya), protagonizaron enfrentamientos. Casi todas las fuentes coinciden en el relato central con algunas variantes. HERÓDOTO (III 61-79) presenta la versión anovelada de los hechos: habiendo Cambises tenido en sueños una visión de que Esmerdis usurparía el trono, mandó matarlo. Tiempo después, se sublevaron en Susa los magos acaudillados por dos de ellos, uno de los cuales se llamaba también Esmerdis y se hacía pasar por el hermano de Cambises del mismo nombre. Cambises, entonces, comprendió que el sueño se refería a este impostor y no a su hermano, pero, herido ya de muerte por un rasguño accidental, no pudo hacer otra cosa que prevenir a los persas de la impostura. Un grupo de siete persas ilustres dirigidos por Darío, perteneciente a la familia aqueménida, según las fuentes, y futuro rey de Persia, logró sofocar la revuelta de los magos matando al impostor. Todos los autores griegos, a excepción de ESQU., *Persas* 774, que considera al propio Esmerdis rebelde, aceptaron la versión de la revuelta de los magos; así, por ejemplo: CTES., *Persiká* en FOCIO, *Fr. Gr. Hist.* 688 F, 12; PLAT., *Leyes* 695b, y *Epíst.* VII 332 a. Por otro lado, la *Inscr. Beh.* 10-14, redactada por Darío, ya rey, para justificar su ascensión al trono, relata el asesinato de Esmerdis a manos de su hermano, Cambises, sin detallar la causa. Refiere, después, la sublevación del pueblo contra Cambises alentada por el mago Gaumata que se hacía pasar por Esmerdis y que acaba nombrándose rey de todo el país. Ante tal hecho, Cambises se suicidó, «murió de su propia mano».—A continuación, el propio Darío se atribuye la matanza de Gaumata y de sus seguidores, ayudado por la gracia de Ahura Mazdah y de un puñado de hombres, después de lo cual pasó a restaurar el antiguo imperio. Cf. R. G. KENT, *Old Persian: Grammar, Texts, Lexicon,* American Oriental Society, New Haven, Connecticut, 1953, 2.ª ed., págs. 116-120; OLMSTEAD, «Darius and his *Behisthum Inscription*», *Amer. Journ. Semit. Lang. and Lit.* 55 (1938), 392 y sigs., y del mismo autor *History of the Persian Empire...,* págs. 92-93 y 117-118.

Degradación de la moral

En efecto, sé que anteriormente el Rey
y sus subordinados, incluso a quienes ha-
bían realizado las últimas iniquidades, si
habían hecho juramentos, se los confir-
maban, y si habían establecido un com-
promiso, se lo consolidaban. Si no hubieran sido de este 3
modo y su reputación no hubiera sido tal, ni una persona
habría confiado en ellos, como en la actualidad todavía
ni una sola confía, porque es conocida su impiedad. Tam-
poco entonces los generales de las tropas que hicieron la
anábasis [410] con Ciro [411] habían confiado en ellos; de he-
cho, se pusieron en sus manos porque se fiaban de su anti-
gua reputación, pero tras ser conducidos [412] ante el Rey
les cortaron la cabeza y muchos bárbaros que habían par-
ticipado en la expedición, engañado cada cual por diferen-
tes garantías, perecieron.

Pero ahora son mucho peores en los aspectos siguien- 4
tes: antes, si alguien arriesgaba su vida por el Rey o some-
tía una ciudad o un pueblo o realizaba en su honor otra
noble acción, estas personas recibían los honores; en cam-
bio ahora, incluso alguien como Mitrídates [413], que traicionó

---

[410] Se refiere a la expedición para derrocar a Artajerjes II en favor de Ciro el Joven realizada por los llamados Diez Mil, caballeros griegos todos ellos, que, después de la batalla de Cunaxa y de haber perdido a su pretendiente al trono y a sus propios generales, se vieron obligados a emprender una larga retirada para poder reunirse con el ejército espartano que se encontraba en Asia Menor. Jenofonte participó en esta expedición y retirada; de ello nos ha dejado un apologético testimonio en su *Anábasis,* así llamada porque se refiere a la ascensión desde la costa hacia el interior de Persia.

[411] Alude sin duda, a Ciro el Joven.

[412] Los generales Próxeno, Menón, Agias y Sócrates de Acaya, cf. *Anáb.* II 6, 1.

[413] El sátrapa Ariobarzanes, que se rebeló en las provincias occiden-

a su padre, Ariobarzanes, o alguien como Reomitres [414],
que dejó a su mujer, a sus hijos y a los hijos de sus amigos
como rehenes al egipcio y violó los juramentos más solem-
nes, con tal de que dé la impresión de haber realizado al-
guna acción conveniente para el Rey, éstos son recompensa-
5 dos con los máximos honores. Así que, al ver esta situa-
ción, todos los pueblos de Asia se han inclinado hacia la
impiedad y la injusticia; pues, por lo general, como sean
los jefes, así se hacen los subordinados. Y de este modo,
se han hecho más inmorales que antes.

6 He aquí cómo en lo referente a la obtención de dinero
son más injustos: arrestando no sólo a quienes han cometi-
do muchas faltas, sino a quienes no han delinquido en ab-
soluto, los obligan, sin ningún derecho, a pagar dinero,
de suerte que quienes parecen poseer muchas riquezas no
tienen menos temor que quienes han cometido muchas in-
justicias, y además éstos no quieren tener trato con quie-
nes son más poderosos que ellos, ni se atreven a enrolarse
7 en el ejército real. Por tanto, quien haga la guerra contra
los persas puede pasearse por el país como guste sin
luchar, debido a su impiedad con respecto a los dio-
ses y su injusticia con respecto a los hombres. Sus cri-
terios son así del todo peores que los que tenían antigua-
mente.

tales contra Artajerjes II, fue traicionado por su propio hijo, Mitrídates, que lo entregó al rey, fue conducido a Susa y allí crucificado.

[414] Lugarteniente de Orontes, sátrapa rebelde, a quien traiciona después de haber recibido ayuda de los egipcios en favor de su jefe y de haber dejado en Egipto como rehenes a su esposa e hijos.

Degradación de las costumbres

Que tampoco se ocupan del cuidado 8
del cuerpo como antes, es lo que voy a
pasar a exponer. En efecto, tenían la cos-
tumbre de no escupir no sonarse; eviden-
temente no habían adoptado esta costum-
bre para economizar el líquido que hay en el cuerpo, sino
con la intención de que por medio del ejercicio y el sudor
los cuerpos se curtieran. En la actualidad todavía persiste
la costumbre de no escupir ni sonarse, pero no practican
el ejercicio físico [415] en absoluto. Antes tenían la costum- 9
bre de comer una vez al día para dedicar el día entero
a la actividad y al ejercicio. En la actualidad todavía per-
siste la comida única, pero comienzan a comer cuando lo
hacen quienes desayunan muy temprano y pasan el tiempo
comiendo y bebiendo hasta que se acuestan quienes lo
hacen más tarde.

Tenían la costumbre de no llevar orinales a los banque- 10
tes, evidentemente porque consideraban que al beber sin
exceso fallarían menos los cuerpos y las mentes; en la ac-
tualidad todavía persiste la costumbre de no llevarlos, pero
beben tanto, que en lugar de llevar algo ellos, son ellos
los llevados cuando ya no pueden salir manteniéndose
erguidos.

[415] El verbo *ekponeîn*, que traducimos como sustantivo, «ejercicio físico», tiene en Jenofonte a menudo un sentido médico con un complemento como *diaítēn* «alimentación», o *sîta* «comida», ya sea expresamente o sobrentendidos. Tiene el significado de asimilar los alimentos gracias al ejercicio físico. Relacionado con este término está *pónos* «trabajo», que también tiene el sentido especial en Jenofonte, de «esfuerzo para obtener un resultado perfecto». La integración del trabajo en la teoría de la virtud es una novedad probablemente de influencia cínica. Los cínicos hacían elogio del trabajo en todas sus formas, frente al desprecio del trabajo, corriente en una sociedad esclavista como la griega.

11 Tenían también aquella costumbre nacional de que quienes estuvieran en el transcurso de una marcha no comieran ni bebieran ni se dejaran ver realizando ninguna de las necesidades derivadas de estas actividades. En la actualidad todavía persiste la costumbre de abstenerse de esas funciones, sin embargo, realizan unas marchas tan breves que no extrañaría a nadie que se abstengan de sus necesidades.

12 Antes salían de caza con tanta frecuencia que las cacerías les bastaban como ejercicio, tanto a ellos como a los caballos; pero, después que el rey Artajerjes y su corte fueran vencidos por el vino, ya no salían ellos ni llevaban a otros de caza igual que antes; por el contrario, incluso si había algunos amantes del esfuerzo y cazaban acompañados de la caballería que tenían a su alrededor, mostraban su envidia hacia ellos y su odio contra quienes eran mejores que ellos.

Degradación de la educación y la austeridad

13 La costumbre de educar a los niños en la corte también persiste todavía; sin embargo, la de aprender y practicar la equitación se extinguió, porque no había lugar donde pudieran obtener renombre exhibiendo sus habilidades [416]. Y el hecho de que allí antes los niños parecieran aprender la virtud de la justicia asistiendo a los procesos resueltos conforme a la justicia, también ha caído en desuso totalmente; pues ven claramente
14 que sale vencedora la parte que más paga. También antes los niños aprendían las propiedades de los productos de la tierra, para servirse de los beneficiosos y apartarse de los perjudiciales; en cambio, ahora parecen recibir estas enseñanzas para hacer el mayor daño posible; al menos, en

[416] Cf. *Cineg.* XI 8, 12, y *Jef. cab.* III.

ninguna otra parte mueren o echan a perder su salud por causa de los venenos más niños que allí.

También son ahora mucho más blandos que en tiem- 15
po de Ciro; pues entonces todavía hacían uso de la educación y de la continencia aprendidas de los persas, y de la túnica y el lujo aprendidos de los medos; en cambio, ahora miran con indiferencia la extinguida fortaleza de los persas, pero conservan la blandura de los medos [417].
Quiero demostrar claramente su molicie: en primer lugar, 16
a ellos no les basta tener colocado debajo mullidamente el lecho, sino que, además, ponen los pies de la cama sobre alfombras para que el suelo no ofrezca resistencia y las alfombras cedan. Además de cuántos guisos de mesa se habían descubierto anteriormente, sin excluir ninguno de ellos, continuamente idean otros nuevos; y respecto a los condimentos, lo mismo; pues en ambas especialidades ellos tienen innovadores [418].

Y en el invierno no les basta con tener cubiertos sólo 17
la cabeza, el cuerpo y los pies, sino que, además, tienen mitones de lana, que les cubren hasta las extremidades de la mano, y guantes. Tampoco en el verano les basta la sombra de los árboles ni de las rocas, sino que, además de ponerse a cubierto en estas sombras, tienen a su lado hombres que les procuran otra sombra artificial [419].

Además, si poseen una colección de copas extraordina- 18
riamente numerosa, se jactan de ello; y, si es manifiesto su origen injusto, no sienten ninguna vergüenza, pues entre ellos se ha desarrollado mucho la injusticia y la codicia.

[417] La molicie de los medos es resaltada también por Plat., *Leyes* 695b.

[418] En términos semejantes se refiere Jenofonte al lujo de los persas en *Ages.* IX 3.

[419] Se refiere a las sombrillas que aparecen, a menudo, en los relieves persas y asirios.

19 También era antes una tradición nacional no dejarse ver marchando a pie, no por otra razón más que porque pretendían convertirse en los mejores jinetes del mundo. En cambio, ahora tienen más mantas sobre el caballo que sobre su cama, pues no se ocupan tanto de la forma de montar como de disponer de un asiento mullido.

Empeoramiento de la técnica guerrera

20 En lo que concierne a la guerra, ¿cómo no van a ser naturalmente en todos los aspectos peores que antes? Ocurría que, en tiempo pasado, era una tradición nacional que los terratenientes extrajeran de sus tierras caballeros que marchaban a la guerra en caso de necesidad, mientras que los guardias fronterizos eran mercenarios. En cambio, ahora, a los porteros, a los panaderos, a los cocineros, a los escanciadores, a los encargados de los baños, a los encargados de servir la mesa y de retirarla, a los encargados de acostar y de levantar, y a los ayudas de cámara que los maquillan, dan masajes y arreglan otras descomposturas, a todos éstos los soberanos los han convertido en caballeros para tenerlos como mer-
21 cenarios [420]. Así que, de ese mosaico de gente, resulta también una muchedumbre; sin embargo, no es de ninguna utilidad para la guerra. Los propios hechos lo demuestran: por el país de los persas evolucionan con mayor facilidad
22 los enemigos que los amigos. Ciro puso fin al combate a distancia, cubrió con corazas a soldados y caballeros y dio a cada uno una jabalina para que pudiera luchar cuerpo a cuerpo; en cambio, ahora, ni combaten ya de lejos ni
23 traban combate cuerpo a cuerpo. Los infantes van equipados con un escudo de mimbre, un cuchillo y un hacha co-

[420] En *Helén.* VII 1, 38, JENOFONTE refiere la multitud de acompañantes y servidores del Gran Rey.

mo combatían en tiempos de Ciro, pero ni siquiera éstos
24 quieren el cuerpo a cuerpo. Tampoco utilizan ya los carros 24
falcados para la función que Ciro los había creado; pues, como había colmado de honores a los aurigas y los había convertido en blanco de las envidias, los tenía para atacar a los hoplitas. En cambio, ahora, como ni siquiera conocen a los conductores de carros, creen que los conductores
25 inexpertos van a conducir igual que los expertos. Los con- 25
ductores actuales se lanzan, sí, pero antes de encontrarse entre las filas enemigas: unos se tiran al suelo voluntariamente, y otros saltan del carro, de modo que muchas veces los carruajes, al quedar sin auriga, producen más daño a
26 los amigos que a los enemigos [421]. Sin embargo, desde que 26
saben cómo les va en las artes de la guerra, bajan la guardia y ningún persa presenta batalla sin ayuda de los griegos, ni cuando tienen luchas internas, ni cuando los griegos hacen una campaña contra ellos; incluso contra los griegos, han decidido hacer la guerra contando con griegos entre sus filas [422].

27 Creo haber cumplido la tarea que me había propuesto. 27
En efecto, afirmo haber demostrado que los persas y los pueblos que les son afines son más impíos con sus dioses, más irrespetuosos con sus parientes, más injustos con los demás y más cobardes con los ejercicios encaminados a la guerra ahora que antes. Y, si alguien tuviera un criterio contrario al mío, que analice sus acciones y descubrirá qué acreditan mis palabras.

[421] Es un recuerdo de la expedición contra Artajerjes II, cf. *Anáb.* I 8, 20.

[422] Jenofonte recuerda sus propias campañas en Persia bajo las órdenes de Tibrón y, después de la «Retirada de los Diez Mil», a las órdenes de Dercílidas y Agesilao contra los griegos que auxiliaban a Tisafernes y Artabazo.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL